

Noches de NEÓN

SCARLETT DE PABLO



Escarlata
ROMÁNTICA

 **Escarlata**
EDICIONES

Noches de
NEÓN

SCARLETT DE PABLO



Noches de neón

Primera edición: marzo, 2018

©Scarlett de Pablo, marzo 2018

Con la colaboración de Tsailanza Rayne

Publicado por:

© Escarlata Ediciones S.L., 2018

www.escarlataediciones.com

hola@escarlataediciones.com

ISBN: 978-84-16618-27-9

IBIC: FRD

Edición: Claudia Córdoba

Corrección de estilo: Sofia Aguerre

Diseño de la cubierta: ©Sarima

Maquetación: Scarlett de Pablo

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 93 272 04 47).

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1. ARTES MARCIALES MIXTAS

CAPÍTULO 2. JUGUEMOS

CAPÍTULO 3. ALMAS GEMELAS POR UNA NOCHE

CAPÍTULO 4. TODO LO BUENO ACABA

CAPÍTULO 5. DOS MILLONES DE DÓLARES

CAPÍTULO 6. AMIGAS

CAPÍTULO 7. EL INTERROGATORIO

CAPÍTULO 8. EN LA CUERDA FLOJA

CAPÍTULO 9. AMIGOS

CAPÍTULO 10. CARRERA DE OBSTÁCULOS

CAPÍTULO 11. A LA CAZA DE LA MARIPOSA

CAPÍTULO 12. FIESTA DE COMPROMISO

CAPÍTULO 13. LA VERDAD

CAPÍTULO 14. CARL RITTER

CAPÍTULO 15. MI BENDICIÓN

CAPÍTULO 16. EN SHOCK

CAPÍTULO 17. SOLA EN EL MUNDO

CAPÍTULO 18. FICHAS DE CASINO

CAPÍTULO 19. FUNERAL

CAPÍTULO 20. CIGARRILLOS

CAPÍTULO 21. ALIADOS

CAPÍTULO 22. PRIMER GOLPE

CAPÍTULO 23. SALSA PESTO

CAPÍTULO 24. JOYAS

CAPÍTULO 25. EL DIABLO

CAPÍTULO 26. PESO MUERTO

CAPÍTULO 27. VIEJOS LOBOS

CAPÍTULO 28. TE ECHO DE MENOS

CAPÍTULO 29. CONFÍO EN TI

CAPÍTULO 30. SEGUNDO GOLPE

CAPÍTULO 31. CELOS

CAPÍTULO 32. HAY ALGO MÁS

CAPÍTULO 33. EPIFANÍA

CAPÍTULO 34. CORAZÓN ROTO

CAPÍTULO 35. FRÍO

CAPÍTULO 36. EL GOLPE DE LA VENGANZA

CAPÍTULO 37. OPORTUNIDADES

CAPÍTULO 38. CADENAS ROTAS

CAPÍTULO 39. EL ÚLTIMO GOLPE

CAPÍTULO 40. DONDE MORA EL DIABLO

CAPÍTULO 41. LA CARA DEL DIABLO

CAPÍTULO 42. HURACÁN

CAPÍTULO 43. LOS HOMBRES LLORAN

CAPÍTULO 44. TRAIADOR

CAPÍTULO 45. ÁNGEL VENGADOR

EPÍLOGO

SPOTIFY

SCARLETT DE PABLO

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

Para aquellas mujeres que, por el simple hecho de serlo,
fueron infravaloradas, juzgadas y subestimadas.

Prólogo

No fue hasta el tercer intento que Jessica consiguió que la llave entrara en la cerradura. En circunstancias normales, eso no hubiese sido ningún problema, sin embargo, no todos los días una tenía un tiro en la pierna para justificarse.

De haber tenido otra opción, quizás se lo hubiera pensado mejor y no habría acudido a él. No obstante, su propia casa estaba lejos, a las afueras, y allí tampoco había alguien que pudiera salvarla. Lo necesitaba a él; estaba desesperada, y el muy capullo no estaba en casa. No iba a negar que se lo merecía.

Por suerte, no estaba todo perdido. Jessica aún conservaba la llave y él no había cambiado la cerradura después de que dejaran su relación. Se prometió entonces que le compensaría. A partir de ahora haría las cosas bien, pero para eso tenía que sobrevivir.

Cuando volvió a tomar conciencia de lo que estaba haciendo, se dio cuenta de que ya había traspasado el umbral y había dejado todo un reguero de sangre a su paso.

«Genial», pensó, «una cosa más por la que pedir perdón».

Cerrar la puerta tras de sí suponía tener que retroceder, y decidió que era algo que no valía la pena hacer. Cuando Blake llegase, ya se daría cuenta de que algo no iba a bien y se ocuparía de todo, siempre lo hacía.

Ahora lo que Jessica necesitaba era una buena dosis de calmantes. Sin el dolor punzante que le atravesaba toda la pierna, estaba segura de que sería mucho más eficiente de lo que había demostrado hasta el momento. De modo que soltó la condenada bolsa que la había llevado a tales circunstancias y la empujó contra una pared para que no quedara muy a la vista. Luego se arrastró por el suelo y llegó hasta el baño. Cabía la posibilidad de que Blake guardara

las benditas pastillas en la mesilla de noche, lo había visto hacerlo cuando había tenido que recuperarse de una pelea jodida, pero por regla general, también recordaba que en el baño siempre había alguna reserva. Escogió la opción más segura y la más cercana.

No tardó en dar con las pastillas y se tomó tres de un trago. Jessica empezó a preocuparse cuando su vista se nubló por unos instantes. Era imposible que ya le estuvieran haciendo efecto, así que debía ser una señal de que estaba perdiendo bastante sangre. Si seguía así, no le quedaría mucho que hacer en este mundo.

No se lo pensó demasiado y tiró de una toalla que había colgada tras la puerta del baño. Escuchó un «crack», probablemente porque había arrancado el gancho que la sujetaba, y se hizo una nota mental para pedirle disculpas a Blake también por eso.

Luego enredó la toalla a su pierna y apretó la herida. No tenía ni idea de si eso serviría; nunca había visto a nadie hacerse un torniquete e imaginaba que una toalla no era la herramienta más indicada para ello.

Aun así, insistió y trató de retorcerla para que hiciera más presión sobre su muslo. Fue entonces cuando se le escapó un grito que contenía todo el dolor y la frustración que había estado reprimiendo. Acto seguido, se echó a llorar. ¿Cómo había podido salir todo tan mal? Se suponía que aquello iba a cambiar sus vidas, pero para mejor. Y ahora Jim estaba muerto y yacía inerte en un callejón, con un agujero de bala en la cabeza. Eso no se parecía ni de lejos a lo que habían planeado.

—Jim —sollozó rota por el dolor y se miró el anillo de un compromiso que jamás iba a llevarse a cabo—. Mierda, Jim.

Acababa de tomar conciencia de que todos los sueños que habían compartido, una vez hubieran conseguido el dinero, se habrían esfumado de un plumazo. Un dinero cargado de promesas con el que ya no sabría qué hacer.

Sin embargo, por muy desoladoras que fueran sus circunstancias actuales, debía intentar tranquilizarse o ella acabaría igual que su novio.

Trató de recomponerse y decidir cuál iba a ser su siguiente paso: llamar a Blake.

Muy despacio, sacó su teléfono de un bolsillo de los pantalones. No contaba con que el gesto le volvería a provocar una oleada de dolor insoportable. Apretó los dientes.

Cuando por fin pasaron los espasmos y pudo volver a respirar, centró la vista en la pantalla. Se permitió relajarse un poco al escuchar los tonos de llamada, pero no duró mucho, pues Blake no contestó y le saltó el buzón de voz. Por lo menos tenía la certeza de que tampoco había cambiado de número.

Abrió la ventana de mensajes y comprobó que hacía horas que no se conectaba. Luego suspiró arrepentida al ver los últimos comentarios que se habían enviado, hacía ya casi dos años; no se decían precisamente cosas muy bonitas. ¡Mierda! ¿Dónde demonios se había metido? Necesitaba su ayuda. No era una exageración afirmar que era una cuestión de vida o muerte.

Pensó entonces que tal vez habría una persona más a la que podría llamar. Encontrar ese número le costó un poco más. Su mente empezaba a abotagarse y los dedos no le respondían muy bien. O tal vez era que haber salpicado la pantalla del teléfono con sangre confundía al dispositivo táctil. «Jim sabría de eso», pensó, y sintió un ardor que le subió por la garganta y le humedeció los ojos de nuevo.

—Freddy's Muscle Palace —escuchó al otro lado de la línea después de superar el reto que le había supuesto marcar el número.

—Hola, Freddy —saludó. Se estaba esforzando para que su voz saliera más o menos normal—. Soy Jessica, Jessica Spencer. ¿Me recuerdas?

—¿Estas de broma, nena? ¿Cómo no voy a acordarme? ¿Cómo estás? Hace mucho que no sabía de ti.

—¿Está Blake ahí? Necesito... —Hizo una pausa para reprimir una arcada, como si con el dolor de la pierna no tuviera suficiente—. Necesito hablar con él.

—No, no está. ¿Estás bien? Suenas medio rara, chica.

—Estoy... bien —mintió. Estar desangrándose en las baldosas del baño de su ex, con dos millones de dólares en una vieja bolsa deportiva en la habitación contigua y con la certeza de haber visto morir a su prometido por orden del puto capo de la ciudad, «medio rara» era una buena manera de describirlo—. Necesito hablar con Blake.

—Blake no está aquí, ya te lo he dicho. Tenía una pelea esta noche. Si quieres, le puedo decir que le has llamado.

Quizás se debía a los efectos de los calmantes, pero mantener los ojos abiertos estaba empezando a costarle un horror.

—Ya sería muy tarde —dijo finalmente ella.

—¿De qué hablas?

—Necesito ayuda, Freddy. No tengo a nadie más a quien acudir.

Qué demonios, si le confesaba eso, quizás Freddy le buscaba a Blake y...

—¿Dónde estás? —No estaba preparada para esa pregunta. Se quedó sin saber qué contestar hasta que la voz de Freddy volvió a sonar al otro lado, más insistente esta vez—: Jessica, ¿dónde estás? Solo dímelo.

Había razones para no decírselo, pero a esas alturas estaban dejando de importarle. La necesidad de no estar sola se estaba volviendo abrumadora.

—Estoy en su apartamento. El de Blake. Vine a... recoger... unas cosas.

—¿Has tomado algo?

—¿Qué? —preguntó ella sin entender de qué le hablaba.

—Da igual. Quédate donde estás. Voy a buscarte.

«Eso suena muy bien», pensó ella y cerró los ojos. Ya no hacía falta preocuparse. Solo descansar un poco y luego todo estaría bien.

Capítulo 1. Artes marciales mixtas

—¿Qué es eso de artes marciales mixtas? —preguntó Mia y estiró con un dedo uno de sus rizos rubios.

Al otro lado del teléfono, su amiga Charlotte intentaba convencerla para ir a un evento al que las había invitado su nuevo novio, Carl.

—Pues ya sabes, Mia. Tíos peleándose sin camiseta hasta que uno de ellos se queda KO.

Dicho así, no sonaba mal. Sin embargo, la joven no estaba muy convencida. La violencia hecha espectáculo no era la idea que tenía de pasar una tarde entretenida.

—Empieza a las ocho, pero yo iré directamente desde el apartamento de Carl, ¿Quieres venir con nosotros o prefieres llegar por tu cuenta?

—Aún no he dicho que sí —contestó la joven y rápidamente pensó en la alternativa; la semana siguiente tenía que entregar un trabajo sobre contabilidad financiera, y pese a que no era muy importante, ya era la tercera vez que había suspendido la asignatura. Quizás debía hacerlo para no jugarse toda la nota en el examen final. Aunque, qué demonios, ¿acaso importaba? Odiaba sus estudios y odiaba su vida. Bueno, no toda, solo la parte en la que se llamaba Mia Gabrielli y era la hija de un cabronazo con mucha visión para los negocios.

—Si acudes sola, tendrás que decir que vas de parte de Carl para que te dejen pasar. Digamos que el encuentro no es todo lo legal que cabría esperar.

—De acuerdo —aceptó sin más miramientos. Si Charlotte hubiese empezado por ahí, Mia no se lo habría pensado tanto. Hacer cosas indebidas era lo que más placer le daba en este mundo. Quizás si su padre no se empeñara en anular todas sus iniciativas, las cosas podrían haber sido

distintas. Por el momento, esa era la única forma que conocía para sentirse realmente viva—. ¿Carl? ¿Solo Carl?

—Bien. Asumo que vendrás por tu cuenta. Te paso la ubicación por Whatsapp. Es Carl Ritter. Me ofende que no te acuerdes —dijo su amiga con un deje de indignación.

La joven no tenía ningún interés en perder el tiempo memorizando los nombres de los novios de Charlotte. Ahora era Carl Ritter, pero el mes pasado había sido Ted *no sé qué*. La parte positiva era que siempre se trataba de personajes de lo más variopintos, con nuevas experiencias que ofrecer, como en esa ocasión.

Por si acaso, anotó el nombre en el bloc de notas de su teléfono.

—Nos vemos a las ocho —se despidió y colgó a su amiga para poner el teléfono a cargar.

Mía entró en el vestidor y se puso lo primero que encontró. Escogiese lo que escogiese, todo le haría parecer una muñeca frágil y dulce. Desde luego, detestaba verse así, pero la ropa con la que ella se identificaba hubiese sido motivo de un escándalo que, sin lugar a dudas, pensaba evitar a toda costa. Por ello, el apartamento de Charlotte se había convertido en una especie de santuario donde guardaba sus pertenencias más preciadas, el lugar donde podía cambiar de imagen sin tener que dar explicación.

Se miró en el espejo y vio que uno de sus tatuajes amenazaba con descubrirse. Abrió un pequeño armario y sacó uno de las decenas de botes de maquillaje para cuerpo de alta cobertura que guardaba bajo llave. A esas alturas, se había convertido en toda una experta en el arte de camuflaje y aquel producto era uno de sus indispensables.

A veces se preguntaba si valía la pena seguir escondiéndose, seguir fingiendo ser alguien que no era. Pero luego pensaba en su autoritario padre y su incapacidad para empatizar con ella. La juzgaría sin contemplaciones como

una decepción. Y Mia, aunque se avergonzaba de ello, aún deseaba su aprobación. Detestaba que la considerase alguien débil, incapaz de cuidarse sola. Su plan era demostrarle cuán equivocado estaba, aunque aún no hubiera encontrado ni el valor, ni la ocasión.

A bordo de su Fiat 500, color turquesa y regalo de papá, se encaminó hacia el establecimiento en el que había acordado reunirse con él. Se trataba de un restaurante francés, no muy del gusto de ninguno de los dos, pero sí lo suficientemente elegante y caro para que eso no importara. Ubicado en lo alto de un rascacielos de la zona centro, Mia recordaba haber estado allí con anterioridad, en una gala benéfica contra el maltrato infantil, cuando su madre aún vivía. Quizás fuese una elección casual, pero aquello la puso triste. Era una constante pensar en aquellos tiempos y dejarse invadir por la nostalgia, a pesar de que ya habían pasado más de ocho años de su muerte. De ese modo se recordaba a sí misma que sí que habían existido unos tiempos en los que había sido verdaderamente feliz.

—Mia Gabrielli —anunció al *maître* y enseguida la acompañaron hacia la mesa donde la esperaba su padre.

Este, al verla, se levantó de su asiento y la saludó dándole un breve beso en la mejilla. A Mia le gustaban esos pequeños gestos cariñosos, aunque estos, con el tiempo, cada vez eran más escasos.

Después de tomar asiento se fijó en que a sus pies había una bolsa de deporte vieja y raída, con el parche de un triángulo rojo medio descosido en el centro. Recordaba haberla visto hacía muchos años por casa, pero lo que le resultó extraño fue verlo a él llevándola, un hombre que siempre vestía trajes de setecientos dólares, incluso para ir a comprar al supermercado. Decidió no darle importancia y se dedicó a escuchar lo que le preguntaba su padre.

—¿Cómo va el semestre, princesa? ¿Celebraremos por fin tu graduación este curso?

Mia ya tenía de antemano respuestas preparadas para esta clase de preguntas incómodas. Mentiras piadosas para no reconocer lo poco que iba a clase, las malas notas que sacaba y lo asqueada que estaba con las elecciones que había hecho su padre por ella respecto a su futuro.

—Es posible. Aunque hay un par de asignaturas que planeo dejarlas para el año que viene y así no arriesgarme a bajar mi media.

Su padre hizo una mueca de disgusto casi imperceptible y no dijo nada. No obstante, Mia supo identificar perfectamente lo que estaba pensando: mientras ella llevaba casi cinco años en la universidad, su pupilo e hijo de su mejor amigo, Noah McKay, se había graduado con honores en tres. Y ahí, de nuevo, estaba aquella agobiante sensación de decepción contra la que quería luchar y no se atrevía a hacerlo.

Durante un incómodo silencio, padre e hija se concentraron en descifrar los sofisticados nombres de los platos de la carta. Por suerte para ambos, no tardó en surgir una conversación al respecto y el clima tenso de hacía un momento acabó esfumándose. El resto de la comida transcurrió con la misma dinámica de conversaciones arbitrarias sobre el tiempo, algún que otro libro y Noah. A su padre le encantaba hablar de Noah.

No era que ella aborreciera al muchacho, habían crecido juntos y lo consideraba más que un amigo, pero le daba rabia que él despertase en su padre lo que ella no conseguía: admiración.

No fue hasta los postres cuando su padre pareció cambiar de actitud de nuevo.

—Mia —dijo su nombre de forma lenta, alargando las vocales, como si de esa manera lograra captar toda su atención—. Hay algo que quería decirte.

La joven arqueó las cejas. Fuera lo que fuera, tenía que ser algo muy gordo. ¿Los federales volvían a pisarle los talones? ¿O quizás iba a hacerla partícipe por fin de todos sus negocios? Sería gracioso eso. Su padre jamás había sido

sincero con ese tema, pero habría que ser muy idiota para no darse cuenta de que su poder, dinero e influencias no se debían a la propiedad de unos cuantos hoteles y casinos. No, su padre era alguien importante, dentro y fuera de la ley. Personalidades de todas las calañas lo respetaban, incluso temían, y eso no era algo que se consiguiera siendo honrado.

—Luca... —los interrumpió una mujer.

Durante las reflexiones de Mia, su padre no había vuelto a abrir la boca. Siempre había sabido cómo ocultar todas sus emociones, por lo que la joven se dedicó a examinar con detenimiento a la recién llegada ¿Policía? No lo parecía. En realidad, le sonaba su rostro, pero no conseguía acordarse de qué.

—Karen —dijo su padre—. Llegas pronto, aún no...

El señor Gabrielli no acabó la frase y Mia recordó quién era la mujer. Se trataba de su doctora, la única de la sala que sabía que se había roto un tobillo bailando hip hop en un estudio de baile que solía frecuentar, en vez de caminando hacia casa después de clase. Por un momento pensó que uno de sus secretos había salido a la luz y sintió pánico. Luego lo descartó pensando que aquello era una estupidez y la doctora había prometido guardar silencio porque una mierda de juramento la obligaba, o algo así. El caso era que la presencia de la doctora Bernard tenía que deberse a otra cosa, pero ¿a qué?

—¿Estás enfermo, papá? —se escuchó decir. No era la doctora de su padre, era la suya, pero no se le ocurría nada y estaba empezando a ponerse nerviosa.

Su padre alternó su mirada entre la atractiva mujer y ella. Negó con la cabeza de forma rotunda y, con una tenue sonrisa, se levantó. Con una actitud afectuosa que no pasó desapercibido para Mia, pasó la mano por la espalda de la mujer y apartó la silla para invitarla a sentarse con ellos.

—¿Recuerdas a Karen? —le preguntó su padre una vez tomó asiento de nuevo.

«¿Karen?», pensó Mia. «No. Recuerdo a la doctora Bernard».

—Hola, Mia —saludó ella y estiró el brazo para estrecharle la mano. Sin embargo, la joven no hizo ademán de corresponder.

Su padre frunció el ceño, otra clara señal de desaprobación. ¿Pero qué esperaba? La tenían en ascuas y quería que se dejaran de tonterías y hablaran de una vez. Mia se revolvió en su silla, inquieta.

—No esperaba que Karen llegase tan pronto. Quería darte un tiempo para... —empezó su padre.

—Mis disculpas —le interrumpió la doctora y lo miró con sus grandes ojos oscuros de una manera que a Mia le pareció de lo más osada.

—Mia, Karen y yo... —«¡Oh! ¡Joder! ¡No!», pensó la joven. Ya entendía lo que pasaba y no le gustaba nada, nada en absoluto—. Nos hemos prometido.

—Has tenido toda la puta comida para decírmelo —soltó Mia de repente. No, no era lo que quería decir. O sí, pero no lo más importante. La joven estaba pensando más bien en algo como «¿Estás loco? ¡Pensaba que amabas a mamá! ¡Que no la ibas a olvidar nunca! ¿Y si casi no tienes tiempo para estar conmigo, cómo es que sí con ella, hasta el punto de prometerte?», pero las palabras se le atragantaron.

—¡Mia! —la reprendió su padre.

—Tengo que irme —consiguió vocalizar la joven.

Le hubiera gustado arrojarle la copa de vino sobre su caro traje y su mierda de bolsa de deporte, como hacían en las películas, pero sabía que un gesto como aquel lo enfurecería en exceso. Tenía una reputación que mantener. Así que, con tal de evitar los conflictos, Mia había desarrollado un talento natural para huir de ellos.

—¡Mia! —repitió su padre ofuscado.

Ella se limitó a arrastrar la silla, dedicar una última mirada a la mujer, esta vez con desdén, y salir del restaurante tan rápidamente como le fue posible.

Aún quedaban unas horas en las que matar el tiempo hasta encontrarse con

su amiga Charlotte, por lo que la joven optó por coger su coche, conducir hasta una licorería, comprar una botella de Michter's Bourbon y brindar en solitario por la nueva pareja.

—¡Llegas tarde! —acusó Charlotte al verla. Mia se había puesto su peluca favorita, una de color rosa pastel y con un corte estilo bob hasta los hombros. Calzaba botas del mismo color con las que no era muy fácil caminar, pero se las apañó para subir por las gradas y llegar hasta su amiga sin dar un traspie —. Y hueles a esa horrible bebida que le gusta a tu padre.

—Ya sabes, problemas en el paraíso —respondió ella con la voz alzada y algo turbia. Luego se acomodó en una silla, de cara al *ring*, y cruzó las piernas.

Charlotte asintió de forma comprensiva. Su padre no era muy distinto al de Mia, pero a diferencia de este, sí que conocía la verdadera cara de su hija, y no le había supuesto ningún reparo rechazarla. Ni siquiera sus hermanos habían intercedido por ella cuando la había dejado de patitas en la calle y sin apenas un centavo.

—¿Este es nuevo?

—¿Qué? —preguntó la joven, sin entender a qué se refería su amiga.

—El tatuaje —respondió Charlotte y señaló su brazo. Se trataba del castillo de *Cenicienta* y la carroza en forma de calabaza, bajo la cual rezaba «felices para siempre jamás». Mia lo había dibujado hacía unos meses en un arrebato de nostalgia por lo que había representado para ella el matrimonio de sus padres—. Me gusta.

—¿Y tu novio? Cuando dije su nombre en la entrada, no me sonrieron mucho.

—Ah, ya sabes. Por ahí haciendo eso de las apuestas. Oye, Mia, ¿estás pedo? Porque se te van un poco los ojos.

—Solo estoy triste —respondió ella—. Así que diviérteme, Charlotte.

—¡Has llegado justo a tiempo! —dijo su amiga y le dio un efusivo beso en la mejilla. Si no hubiese sido por Charlotte, Mia se habría consumido en la más absoluta tristeza. No había nadie en el mundo que la conociese mejor que ella—. Está a punto de empezar el evento principal. Se te van a olvidar todas las penas, créeme.

Fue decirlo y, como si las hubieran escuchado, una voz por megafonía anunció lo siguiente:

—Señores y señoras, damas y caballeros, y todos los que no son ninguna de las dos cosas, tengo el placer de presentarles esta noche a nuestra gran estrella y campeón absoluto, ¡Brent *el Toro* Olson!

El entusiasmo de la multitud se convirtió en un rugido general que retumbó por toda la sala. No se aplacó hasta que fue sustituido por la música rap que acompañaba la entrada en escena del primer luchador.

Entre vítores y exclamaciones, muchas de ellas con connotaciones bastante agresivas, apareció una figura imponente que se encaminó hacia la jaula. Llevaba la cabeza rapada e iba ataviado únicamente con unos pantalones cortos con un toro bordado en actitud furiosa. Lo escoltaban dos tipos que habrían parecido corpulentos de no estar a su lado. Uno de ellos se adelantó y abrió la puerta de la jaula para dejar pasar al grandullón; este se paró en el centro del hexágono e hizo gala de una actitud intimidante al alzar un brazo y golpearlo contra su pecho hinchado. El reclamo del público fue inmediato.

Mia puso los ojos en blanco un tanto asqueada. Aquello no era lo que le había prometido Charlotte. No pudo evitar sentirse estafada así que le tiró del pelo a su amiga.

—¡Au! —protestó Charlotte.

—¿Eso es lo que se supone que me iba a gustar? Pero si casi puedo olerle el sobaco desde aquí.

—Eres una impaciente. Espera y verás.

El presentador volvió a ocupar su lugar en el centro del *ring* y carraspeó para llamar la atención del público. Quizás incluso con demasiado énfasis.

—Y el contrincante, damas y caballeros, esta noche, no es otro que el chico más polémico de la MFA, el «casi campeón» de peso medio, ¡Blake *Kingsnake* Novak!

Apenas hubo acabado la frase, una introducción musical de batería y guitarras empezó a sonar. Mia la reconoció enseguida, era *Rock n' Roll* de Motörhead.

La joven se percató de que la respuesta del público no fue tan entusiasta; incluso escuchó algunos abucheos. Muerta de curiosidad, aunque demasiado orgullosa para reconocerlo en voz alta, estiró el cuello con tal de observar mejor a ese tal Blake.

El tipo en cuestión no se dejó intimidar por el poco afectuoso recibimiento y se deslizó con paso sutil pero confiado en dirección a la alfombrada zona de acceso. Movía la cabeza ligeramente, como si ejercitara cada uno de los músculos de su cuello y espalda. Y luego estaba la mirada, esa mirada penetrante que quedaba ensombrecida por unas cejas de hueso prominente y acentuadas por la luz de los focos. A Mia le recordó a un felino salvaje a punto de asaltar a su presa.

Cuando el nuevo luchador entró en la jaula, se acercó al presentador y, de un brusco movimiento, le arrebató el micrófono. Mia pudo contemplar en todo su esplendor los tatuajes que cubrían sus brazos, desde el cuello hasta sus muñecas. Luego reparó en su abdomen, cuyos músculos estaban escandalosamente perfilados y eran capaces de convertir a las chicas más listas en tontas del culo.

—Pregúntale a Aaron McGregor qué tan «casi campeón» fui, imbécil. — dijo con sorna y tiró el micrófono al suelo.

La reacción de la multitud fue instantánea; algunos abuchearon con más

fuerza e incluso arrojaron cosas contra la jaula, pero una buena parte pareció recibir ese reto con entusiasmo. A Mia le resultó gracioso todo aquello y acabó sonriendo de medio lado con las expectativas más altas de lo que habría cabido esperar.

El presentador, por su parte, no tuvo más remedio que recoger el micrófono y retirarse. La jaula se cerró y los dos hombres quedaron frente a frente. El más corpulento miraba a su rival con desprecio y este le respondía con una sonrisa divertida. Mia se mordió el labio.

—Luchadores, al medio. Pelearéis hasta que uno de los dos se rinda o quede KO, o hasta que yo lo diga. Todo lo demás permanecerá a vuestro juicio —informó el réferi—. ¿Alguna pregunta? ¿No? Pues empecemos de una vez.

Mia miró a su amiga un momento y se dio cuenta de que Charlotte la estaba contemplando con una mueca de satisfacción en el rostro.

—Te dije que te iba a gustar.

El sonido de la campana impidió que Mia contestara, de modo que regresó su atención al hexágono y observó cómo los dos contrincantes se tanteaban el uno al otro mientras se desplazaban en círculo. Se fijó en que no llevaban guantes, sino una venda que les protegía los nudillos. Además, iban descalzos.

Una parte de ella estaba tan expectante que tenía ganas de gritar algún improperio como los que lanzaban algunos de los energúmenos que había entre el público. Ese estado tan primario le resultó de lo más divertido.

Fue el grandullón el que optó por lanzar el primer rechazazo. El guapo lo esquivó con facilidad y Mia se imaginó que estaba calculando su estrategia de forma metódica.

El grandullón, enfurecido, cayó en la trampa y volvió a golpear. Tampoco dio en el blanco. Esa operación llegó a repetirse tantas veces que el público empezó a perder la paciencia.

—¡Mátalo!

—¡Hazlo mierda! —se escuchó desde los asientos de la primera fila.

En ese momento, el grandullón arremetió una vez más, tratando, esta vez, de cerrarle el paso al luchador más ligero y atraparlo contra una esquina de la jaula. Su golpe hizo contacto con el hombro del guapo y provocó que este trastabillara. Motivado por su pequeño triunfo, el grandullón volvió con otra ofensiva que prometía ser devastadora.

Mía estaba conteniendo el aliento cuando el hombre de los tatuajes dio un paso hacia delante y lanzó un puñetazo tan veloz que casi ni se vio, pero que le dio al otro de lleno en un costado. Lo que siguió a continuación sucedió muy rápido; el grandullón, que un segundo antes había estado de pie y con todas las de ganar, ahora yacía de rodillas y apenas podía respirar. El guapo no perdió oportunidad y fue a darle un rodillazo en toda la cara, seguida por una serie de puñetazos que terminaron por salpicar sangre en el suelo del *ring*. Sin embargo, el grandullón no estaba acabado; hizo uso de toda su fuerza física y su peso, atrapó la cintura de su rival con sus brazos y lo suspendió en el aire, para después estampar su espalda contra el suelo.

Mía tuvo la sensación de que todos los huesos del guapo debían de haberse hecho añicos. La gente gritaba emocionada, extasiada con aquel giro tan brusco de los acontecimientos. Ella había dado por supuesto que ganaría el de los tatuajes, pero ahora ya no lo tenía tan claro.

El grandullón aprovechó su posición y descargó su furia, golpe tras golpe, en la cabeza y el cuerpo de su contrincante, quien parecía que apenas llegaba a cubrirse con los antebrazos. Entonces, igual de veloz que antes, el guapo cambió de posición y extendió sus torneadas piernas hacia arriba para aprisionar con ellas el cuello del grandullón en una llave. Mientras, sus manos detuvieron el último puñetazo y aprovecharon para inmovilizar el brazo con el que iba a recibir un golpe. Eso permitió que la espalda del guapo se despegara del suelo y, al arquearse hacia atrás, hiciera palanca con el gigantesco brazo

del otro.

De nada sirvieron los intentos del grandullón por incorporarse, y Mia se encogió en su asiento, asustada, consciente de que las extremidades humanas no parecían estar hechas para esa clase de contorsionismo. No escuchó el crujido, pero si los gritos de dolor de la gran bestia cuando el guapo le partió el brazo.

—¿Te diviertes? —preguntó su amiga.

—¡Esto es violencia extrema, Charlotte! ¡Debería ser ilegal!

—Es que lo es, ya te lo advertí.

Mia quiso llevarse la mano al rostro en un vano intento de olvidar lo que acababa de ver. Sin embargo, sus ojos, casi hipnotizados, repararon en el campeón. Estaba en medio del hexágono, bajo los focos, dentro de una jaula, mientras todo el mundo celebraba su victoria, excepto él.

Lo observó fijamente, tratando de descifrar lo que estaba viendo, y se dio cuenta de que aquel hombre ya no parecía estar en su hábitat natural. Ahora se asemejaba más a un animal salvaje, pero al que le habían arrebatado su libertad.

Casi sintió que le estaba pidiendo a gritos que lo rescatara y, entonces, decidió que aquello era justamente lo que iba a tratar de hacer.

Capítulo 2. Juguemos

—Eres el puto amo, Blake Novak —exclamó Andrei con efusividad. Acto seguido imitó el sonido que hizo el brazo de Olson al partirse, lo que provocó las risas de los demás.

Anatoli, el hermano mayor de los Bondaryenko, le dio una fuerte palmada en el hombro al luchador.

—Vamos a celebrarlo —dijo, aunque sonó más bien como una orden.

Blake se desperezó contra el respaldo del sillón blanco y alzó las cejas.

—¿Y esto no es celebrar? —preguntó, aunque en realidad conocía la respuesta de antemano.

Anatoli rio.

—No. Me refiero a celebrar de verdad.

Para recalcar lo que decía, una camarera con minifalda negra se acercó a ellos y retiró las copas vacías de la mesa. Luego dejó dos bandejas en su lugar; una con rayas de coca ya preparadas y otra con vasos de chupito y una botella entera de vodka. Anatoli la agarró y llenó los vasos como si estuviera regando un jardín.

—*¡Nekhay zhive i pasetsya nasha korova u vashomu gorodi!* —exclamó con aires de importancia.

—Lo que tú digas, tío —respondió Blake, sin tener ni idea de lo que aquello significaba. Sin embargo, levantó el vaso y brindó como se le exigía.

—«Que nos siga yendo de puta madre y que nos la chupen todos» —explicó Andrei y se tomó la bebida de un trago.

El luchador lo imitó. Era un poco exasperante tomar siempre la misma mierda, pero al menos no sabía a nada. Tampoco tenía intención de tocar la coca. Por lo menos, no todavía.

—¿Dónde están las chicas? —gritó el hermano menor de los ucranianos y, en respuesta, uno de los sujetos que reposaban junto a la barra de la zona VIP, como quien no quiere la cosa, le hizo una seña con la mano. «Ya están llegando, falta poco», era el significado implícito, pero Andrei no parecía satisfecho con tal contestación.

—¡Me cago en todo! —volvió a gritar el chico con indignación y se levantó de su asiento de forma teatral—. No me vengas con estas mierdas que ya llevas media hora diciendo lo mismo, ¿dónde están las perras, tío?

—Vuelve a sentarte, pedazo de imbécil —lo regañó Anatoli y lo agarró de la chaqueta con tanta fuerza que no le dio más opción que la de cumplir su orden—. Parece como si no la hubieras mojado nunca.

Luego se inclinó sobre la mesa hacia Blake y, en un tono más bajo, dijo:

—Papá te manda saludos. —El gesto vino acompañado de un sobre gordo que deslizó por la mesa.

—Dale las gracias de mi parte —respondió el luchador y se guardó el ofrecimiento en el bolsillo interior de su chaqueta—. ¿Tenéis algo nuevo para mí? Estoy un poco cansado de partir las mismas putas caras una y otra vez.

Anatoli arqueó las cejas divertido.

—¿Estás buscando un reto, Novak?

Automáticamente, Blake enderezó su espalda.

—Siempre estoy buscando un reto —dijo con un tono soberbio del cual era totalmente consciente—. Si no, no estaría aquí con vosotros, par de cosacos.

Quizás esa no era una respuesta muy prudente para darle al hijo de un mafioso ucraniano, pero Anatoli pareció entenderlo. Era un tipo razonable, dentro de todo.

—Ya veo por qué te saliste de la MFA —contestó tras una carcajada—. Con nosotros te diviertes más. Bien, ¿quieres un reto? Te conseguiré uno. Para que veas cuanto te aprecio, cabrón.

—¡Por fin! —exclamó Andrei desde el otro lado del sofá.

En ese momento, un grupo de féminas ascendió por las escaleras que daban a la zona VIP, una especie de tarima elevada desde la que se podía observar casi todo el local. El joven ucraniano se levantó de un salto y corrió a darles la bienvenida.

—Será salido. —Anatoli movió la cabeza con desaprobación—. Es una puta vergüenza. En fin, te llamaré para cuando esté fijado lo que te he dicho. Si todo sale como me prometieron, el público va a ser el triple de lo que hubo esta vez.

—¿Te vas ya? —preguntó Blake al ver cómo el hermano mayor se levantaba.

Este se encogió de hombros.

—Negocios.

—Está bien. —El luchador se incorporó también y se despidieron con un apretón de manos y las clásicas palmadas en el hombro—. Nos vemos. Gracias.

—Gracias a ti, cabrón. Eres una puta máquina. Te voy a conseguir ese reto. ¡Ya verás! —Esto último lo gritó desde las escaleras, antes de descender por ellas.

Blake se volvió a hundir en el sofá de cuero. Con Anatoli fuera, las posibilidades de tener una conversación decente se habían vuelto nulas. Su hermano pequeño tenía diecisiete años y solo había suficiente sangre en su cerebro para concentrarse en una sola cosa a la vez.

Blake observó cómo trataba de toquetear a dos chicas simultáneamente y cómo estas no se esmeraban mucho por disuadirlo. Terminó por servirse otro chupito de vodka y consideró lo de las rayas blancas, pero se lo pensó mejor. No tenía ganas de intensificar lo que sentía esa noche. La adrenalina de la pelea se había evaporado hacía rato para dar paso a una ansiedad ya familiar

que recorría todo su cuerpo. Por suerte, el vodka realizaba un trabajo decente al adormecer sus terminaciones nerviosas.

«Crack», recreó mentalmente el sonido, junto con la sensación física de cuando el brazo de Olson se había partido contra su cuerpo. Trató de dilucidar qué había sentido en ese momento y llegó a la conclusión de que nada. Cero. O quizás se debía a que era incapaz de recordarlo.

—¿Por qué estás tan serio, campeón? Has ganado, deberías estar disfrutándolo, ¿no?

Blake giró el cuello sin mover el resto de su cuerpo. Una mujer se había manifestado a su lado como por arte de magia. Se fijó en que era esbelta, bronceada y su cabello oscuro le enmarcaba el escote de una forma bien estratégica. Tal vez el maquillaje era algo excesivo, pero no había que ponerse quisquilloso con algo que te estaban ofreciendo en un plato.

—Es que estaba esperándote —aseguró y estiró sus labios en una sonrisa confiada—. ¿Qué bebes?

La mujer sonrió de medio lado, aparentemente satisfecha con el halago. Le susurró en el oído lo que quería y Blake hizo una señal a una camarera para que los atendiera. Se les tomó nota y, mientras esperaban, dio comienzo una conversación de lo más superficial. Blake ya se había hecho a la idea de que lo único que iba a pasar entre los dos iba a ser una noche de sexo desenfrenado y le pareció aceptable. De hecho, esa conversación no era más que un mero trámite para pasar a la acción, así que decidió mirar el reloj y calcular que en quince minutos ya podría estar saliendo con ella por la puerta.

—¿Quién ha pedido un Cosmopolitan? —preguntó otra camarera.

«Debe estar de broma», pensó el luchador. Era más que obvio quién había sido.

Galina, Carolina o como fuese que se llamara su acompañante, miró a la camarera con el entrecejo fruncido. Probablemente le había molestado la

interrupción. Luego trató de ignorarla y volvió a hablar con el luchador sobre decoración de interiores o algo parecido. Sin embargo, Blake ya no le prestaba ni la más mínima atención. Estaba observando a la camarera con cierta curiosidad. Le hizo gracia que llevara el pelo rosa y también todos los tatuajes que se dejaban entrever por su escueto vestido. No era la clase de chicas que trabajaban en ese local o se dejaban ver por él, de eso estaba seguro.

Cuando ella se agachó para servir la bebida, no pudo evitar fijarse en la hermosa vista que le regaló de su escote. Sin embargo, el escrutinio finalizó abruptamente cuando esta derramó la copa sobre su ligue de esa noche.

—¡Serás estúpida! —gritó la morena. El líquido de colores había acertado de lleno en su vestido blanco.

—¡Perdona, qué torpe soy! —se apresuró a decir la camarera, aunque Blake percibió un deje divertido en su tono—. Deberías ir al baño a limpiarlo antes de que la mancha sea permanente.

—¡Será posible! —gruñó la afectada—. Es indignante este trato. Voy a hacer que te despidan, zorra.

La camarera se encogió de hombros. Luego se dispuso a limpiar el estropicio con un trapo húmedo. Sin ningún tipo de cuidado, amontonó lo que había sobre la mesa. No parecía importarle que las rayas de coca quedaran sepultadas bajo los vasos vacíos y Andrei estaba demasiado ocupado con dos mujeres como para protestar.

El ligue del luchador se puso en pie y se fue en dirección a las escaleras, probablemente siguiendo el consejo de la joven de pelo rosa.

Lo que pasó a continuación acabó por poner la guinda al pastel: la camarera dejó de hacer lo que hacía y se sentó donde segundos antes había estado la mujer morena. Miró a los ojos a Blake y le ofreció una sonrisa traviesa.

El luchador no salía de su asombro, sin embargo, se reconoció a sí mismo

que aquello lo había divertido más de lo esperado.

—Te propongo un trato —anunció ella y Blake la miró intrigado—. Te invito a una copa para compensar este desastre, pero en esa zona de ahí.

Él siguió la dirección de su dedo y se dio cuenta de que estaba señalando una de las barras, la más cercana a la pista, fuera de la zona VIP.

—¿Y por qué ahí? —se vio obligado a preguntar.

—Esa zorra volverá y aún no se si vale la pena pelearme por ti.

Aquello provocó que en los labios de Blake se dibujara una sonrisa. Le gustaba su estrategia aunque fuera con el mismo fin que el de la morena. Mientras no se pusiera a hablar sobre diseño de interiores, incluso podría mantener algún tipo de conversación con ella.

—Buenas noches, Andrei —se despidió del chico al ponerse en pie.

El pequeño de los Bondaryenko ni siquiera levantó la vista. Emitió algo que sonó como un gruñido y continuó con lo suyo y las dos chicas. Blake se dio por entendido y siguió a su nueva conquista hacia la barra, aunque en realidad, él había sido el conquistado.

La recorrió de arriba abajo durante el trayecto, bajo las intermitentes luces de neón de la discoteca. El vestido, aunque no era muy ajustado, marcaba unas curvas de lo más apetecibles.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó ella al acomodarse sobre un taburete y cruzar las piernas.

—Elige tú.

—Así que no estás acostumbrado a decidir por ti mismo.

El luchador entrecerró los ojos ante tal observación.

—O quizás es que tengo curiosidad por ver qué eliges para mí —dijo provocador.

Ahora fue él quien robó una sonrisa a la chica. Ella pidió una bebida cuyo nombre no reconoció y al poco rato se la sirvieron en dos vasos pequeños.

Tenía un color rosado rojizo que lo hacía parecer un jarabe para la tos. Aun así, él la imitó cuando ella se lo llevó a los labios y los dos se lo bebieron de un trago.

El licor era lo más dulce que había probado en su jodida vida. Blake hizo una mueca y se pasó la lengua por los labios.

—¿Qué demonios es esto?

Ella se inclinó hacia él y puso su boca a escasos centímetros de su oreja.

—No te quejes, ahora tus besos serán los más dulces de la sala.

Visto así, el sabor ya no le molestaba tanto. Antes de que se apartara del todo, Blake alzó una mano y enredó un dedo juguetón en un mechón de su pelo rosa.

—¿Quieres comprobarlo?

Ella le puso una mano en el pecho y lo apartó un poco, para su sorpresa.

—Aún no.

—¿Por qué no?

—Esa no es la pregunta —lo esquivó ella—. Imagino que estás acostumbrado a que las mujeres se te acerquen y te ofrezcan pasar la noche con ellas, ¿me equivoco? —Aquel juego de tira y afloja le estaba calentando bastante los motores, pero esa pregunta lo volvió a dejar seco—. No te preocupes, no te juzgo. Yo voy a hacer lo mismo.

Eso le gustó, aunque no pudo evitar sentir que le estaban poniendo una lista de condiciones.

—¿Ah, sí? —se rio, un poco inquieto—. ¿Dónde está el pero?

Ella pareció satisfecha con su observación.

—No es un pero. Es más bien una promesa. Hoy no será como esas noches, si decides acceder. Te doy mi palabra. No iremos a tu piso, ni al mío, no acabaremos en un hotel. O sí, quién sabe. Si vienes conmigo, te prometo que será, simplemente, distinto. Quizás no mejor, pero si algo diferente. ¿Qué te

parece? ¿Te apetece salir de tu zona de confort, Blake Novak? Si es que no, no te preocupes, la morena estará a punto de volver junto a ti. Sea como sea, tú decides.

Blake la observó con un poco de incredulidad. ¿Lo estaba desafiando? ¿De dónde rayos había salido esa chica con pintas de hada psicodélica que además se sabía su nombre?

—¿De qué me conoces? —preguntó con un deje de sospecha.

—Te vi luchar hoy y despertaste mi curiosidad.

Eso tenía sentido. Se relajó un poco.

—Está bien —asintió—. ¿Y te gustó?

—¿La verdad? Creo que necesitabas conocerme.

Blake soltó una carcajada de forma espontánea y ella le correspondió con una sonrisa.

—Puede que sí —dijo y apoyó los codos sobre la barra—. Admito que estaba un poco aburrido.

—Perfecto. Entonces es que estábamos predestinados esta noche. ¿Y bien? ¿Aceptas el reto, Blake?

La chica no se andaba con rodeos y le gustó cómo se movían sus labios al pronunciar su nombre. Le dieron ganas de provocarla para que lo dijera, o incluso lo gritara, en más ocasiones. Fue fácil darle una respuesta.

—De acuerdo. Pero, oye —se le ocurrió de pronto—, ¿tus jefes no se molestarán si no estás trabajando?

—No te preocupes por eso. No trabajo aquí.

Él arqueó las cejas, pero esta vez no se sorprendió. Se imaginó entonces que así como ella le proponía un desafío, él debía de haber sido el suyo en el momento que lo había visto luchar. «Está bien», pensó. «Juguemos». Y sacó las llaves de su coche y las balanceó en sus dedos.

—¿Conduzco yo?

Ella puso su mano sobre la suya y se levantó del taburete. Ese pequeño contacto físico le resultó agradable y se dio cuenta de que la noche había mejorado considerablemente en muy poco tiempo.

Cuando salieron del club, vio que ella hacía una peineta en dirección la zona VIP y no pudo más que sonreír al ver a quién iba dirigida. El hecho de que dos mujeres se lo hubieran disputado era un motivo de peso para sentirse halagado.

Una vez en la calle, fue él quien tuvo que tomar la mano de ella, ya que se iba en la dirección contraria de donde estaba aparcado su Camaro del sesenta y nueve.

—¡Vaya! Es un buen coche para ligar, ¿no? Siempre he querido uno así — exclamó la joven mientras él le abría la puerta para que entrara.

Blake estaba orgulloso de su Camaro y no pudo disimularlo.

—¿En serio? —dijo—. ¿A quién planeabas ligarte con un coche como este?

—Imagino que con alguien como tú funcionaría.

—*Touché.*

Blake metió las llaves en el contacto y arrancó el motor. Vio que la chica rebuscaba en un pequeño bolso que llevaba, también de color rosa, y le entregó un papel con una dirección.

El luchador reconoció la calle. Se trataba de una pequeña avenida industrial cerca de la playa que durante los últimos años había experimentado una gran transformación. Los antiguos y pequeños talleres ahora se habían convertido en tiendas, galerías, restaurantes y todo tipo de locales de ocio. No solía frecuentar mucho la zona, pero lo suficiente para saber que ella sí sería la clase de chica que encajaba en ese lugar.

Mientras Blake conducía, se fijó en que ella bajaba el espejo retrovisor y se retocaba los labios con un color rosa chillón. Le gustó el gesto y de nuevo pensó en lo que ella sería capaz de hacer con ellos. En un acto reflejo se

mordió el labio inferior.

—Tengo curiosidad —dijo tras aquel pensamiento—, ¿por qué crees que necesitaba conocerte?

Ella sonrió coqueta.

—Cuando te vi ganar, me pareció ver algo en ti —confesó—. Creí que eras esa clase de hombres que tiene un alma salvaje, pero aún no lo sabe.

El comentario le resultó extraño, aunque no supo decir por qué. Sin embargo, no quiso ahondar en ello.

—Mi alma salvaje no es ningún secreto —dijo con media sonrisa—. Pero a lo mejor tú no sabías eso.

—Muy bien, tienes razón. Reconozco que puedo estar equivocada. Demuéstramelo.

Si ella lo hubiera conocido mejor, habría sabido que esa clase de cosas no se le podían decir; donde los tíos normales tenían aunque fuera una pizca de sentido común, Blake solo tenía un montón de cerillas flotando en una mezcla inflamable.

Sin apartar la vista de su copiloto y con una mano en el volante, pisó el acelerador a fondo. El motor rugió como un animal en celo y el coche se puso a toda velocidad.

Lejos de asustarse, la chica soltó un grito de júbilo y bajó la ventanilla para asomar medio cuerpo por ella. Los pocos transeúntes que había por la calle debieron quedarse espantados ante tal temeridad.

Blake aprovechó ese momento para mirar al frente de una puñetera vez, pero las nalgas expuestas de ella no le permitieron fijar la vista por mucho tiempo. Ese vestido era extremadamente corto.

—No te me caigas, ¿eh? —atinó a decir y apoyó la mano sobre su tobillo. Habría preferido ponerla más arriba, pero no quería llevarse un bofetón mientras conducía.

Ella volvió a su asiento y le dedicó una sonrisa ladina. Poco después, Blake anunció que ya habían llegado.

Les costó un poco más aparcar y no lo hicieron muy cerca de la dirección que ella le había dado. «Mejor así», pensó, ya que un coche como ese en una calle concurrida podría ser una gran tentación.

El edificio en cuestión era bajo, como todos los circundantes, de ladrillos y con apenas tres plantas. Al parecer, la fiesta se estaba celebrando en la superior y también en la terraza. Pese al gentío que abundaba en la avenida, la música que provenía del lugar llegaba con bastante claridad.

La joven de pelo rosa llamó a un interfono. Alguien desde la azotea gritó y ella saludó con una mano. ¿Acababan de llamarla *Butterfly* o se lo había imaginado? Fuese como fuese, la puerta se abrió y ambos accedieron a un rellano con unas viejas escaleras muy empinadas y desgastadas.

—¿Butterfly? —preguntó.

—*Enchanté*, Blake —respondió ella mientras ascendían.

—Te queda bien, pero no creo que sea tu nombre real.

—Tú podrías tener uno si quisieras. ¿Cuál te gustaría?

Él no pudo evitar reír. Estaba claro no iba a confesarle su nombre. Quizás era mejor así.

No le dio tiempo a pensar nada, porque la puerta se abrió y una chica alta, morena y de tez bronceada se lanzó a los brazos de su acompañante. Estaba apreciablemente ebria y Blake se preguntó qué clase de gente iba a encontrar dentro de ese lugar.

—Charlotte, él es...

—Kingsnake —respondió Blake rápidamente.

—Eres la puta ama, Butterfly —dijo la interpelada y arrastró a ambos hacia el interior. Le hizo gracia recordar que eso mismo le había dicho a él el menor de los Bondaryenko apenas una hora antes.

Blake se vio despojado de su chaqueta tan rápido que incluso se cuestionó su capacidad de reacción. Tampoco es que hubiera bebido tanto, ¿no? Entonces Butterfly lo volvió a tomar de la mano y lo llevó a una esquina de aquel *loft*.

La música retumbaba y todo estaba parcialmente a oscuras, iluminado intermitentemente por luces de colores que se proyectaban por suelo y paredes.

Unas tías, casi más altas y corpulentas que él, se acercaron a ellos. Enseguida se dio cuenta de que no se trataba de mujeres y se sintió cohibido cuando una de ellas le puso una boa de plumas sobre los hombros y lo miró con lo que le pareció deseo.

—Quita, zorra —exclamó la chica de pelo rosa, aunque no lo dijo con maldad—. Él es mío.

Aquello le gustó y no pudo evitar sonreír.

—¿Y quién se supone que es tu hombre, Butterfly? —comentó otra, de piel oscura y pelo muy largo.

—Kingsnake —respondió ella repitiendo lo que él había dicho—. Es un tatuador famoso, no me digas que no lo conocéis.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó la tercera. Esta era más redonda y más baja que las demás—. ¿No fuiste tú quien tatuó a Jennifer López?

—A Rihanna —aclaró rápidamente Blake cuando logró salir de su aturdimiento. Butterfly le miró con una sonrisa radiante y le guiñó un ojo. Las *drags* parecieron encantadas con la respuesta y revolotearon un poco más alrededor de ellos. Era como estar rodeado de pavos reales, si uno entrecerraba bastante los ojos.

Una vez se hubieron ido, acercó sus labios al oído de Butterfly y le susurró, tal y como ella lo había hecho antes en el club:

—¿Así que soy tuyo? ¿Y qué planeas hacer conmigo ahora?

—Liberarte —susurró ella—. Quitarte esas cadenas que llevas, Blake Novak.

«Joder, esta chica no para de descolocarme», pensó.

A continuación, una música setentera empezó a sonar y de una puerta apareció un séquito de hombres descamisados y ataviados con unos pantalones de lentejuelas rojas. Arrastraban lo que parecía un carrito de helados, más propio de la feria donde él había trabajado durante su adolescencia que de una fiesta en la avenida de moda en la ciudad.

Se fijó entonces en que el carrito estaba lleno de *cupcakes* y en que la gente se iba sirviendo a ritmo de la música.

Butterfly no perdió el tiempo y se hizo con dos. Eran de colores estridentes, igual que ella.

De un bocado se comió el suyo y luego le ofreció el otro al luchador, pero cuando él iba a morderlo, ella lo apartó rápidamente.

—Antes de probarlos, tienes que saber que estos no son pastelitos normales. No quiero que pienses que quiero abusar de ti.

Tal vez era el hecho de que apenas había tocado a la chica, pero había algo en ella que la hacía tremendamente irresistible. Adictivo, incluso. O a lo mejor solo eran sus paranoias de siempre.

—No me molestaría que lo hicieras —aseguró y le dio un bocado al *cupcake* y esta vez acercó su boca a la mano de Butterfly y la rozó con los labios.

Ella le manchó la nariz con la crema del pastelito a propósito y luego se la lamió. Él quiso aprovechar la cercanía para besarla, pero volvió a escurrírsele. Lo estaba matando.

Sin embargo, Butterfly lo tomó de las dos manos y lo dirigió hacia donde estaba la gente bailando. Blake percibió que esa zona del suelo estaba llena de globos y pisó uno sin querer. Aquello provocó que ella soltara una carcajada.

A continuación, la chica acercó más su cuerpo al de él e hizo que le rodeara la cintura con sus brazos. Blake sintió cómo los latidos de su corazón se acompañaban a los graves de la música y supo que le estaba pidiendo que bailara con ella. Así lo hizo.

En aquellos momentos todo daba vueltas. El efecto de lo que fuera que llevaban esos *cupcakes* se había extendido por todas sus extremidades y empezaba a sentir como si estuviera sobre una nube. Un algodón de azúcar, tal vez.

Entonces la miró a los ojos, pero no como en las veces anteriores, sino de una forma mucho más profunda. Seguramente se debía a las drogas, pero le pareció que el verde de sus iris se convertía en un bosque frondoso y lleno de vida. Pudo escuchar incluso hasta el sonido de las copas de los árboles meciéndose con el viento y los pájaros cantar antes de alzar el vuelo.

—Bésame —pidieron sus jugosos labios.

No sabía si lo estaba imaginando. Tampoco quería que se le volviera a escapar, pero mientras lo estaba debatiendo, ella se le adelantó y, tal como había imaginado, fue una explosión de azúcar en su boca. Ella le rodeó el cuello con los brazos y presionó sus pechos contra su cuerpo. Él, en respuesta, la tomó por la cintura y la alzó del suelo sin separar sus labios. De no tener los sentidos abotargados, se la habría llevado a un rincón para hacerla suya en ese mismo instante. No se arrepentía de su elección.

Capítulo 3. Almas gemelas por una noche

Mia sentía que los pies la estaban matando. En mal momento había decidido ponerse esas botas nuevas. Eran bonitas, sí, pero no imaginaba que pudieran ser tan dolorosas. Normalmente llevaba un recambio en el bolso, pero tampoco había acertado esa vez con aquella cosa minúscula que se había colgado al hombro.

No obstante, era una gilipollez insignificante. Esa noche había conocido a un hombre increíble y se lo había ligado. Es más, se lo había levantado a una tía siliconada con todas las de ganar, y aunque en un primer momento no había pensado en tirárselo, ahora ya no estaba tan segura de ello.

No acababa de creerse que el sensual luchador estuviera sentado a su lado, en las escaleras de incendio de un viejo edificio de la avenida. Y para colmo, no podía dejar de comérselo con los ojos.

Eso le recordó que empezaba a estar muerta de hambre. El efecto del pastelito mágico ya se estaba pasando y esa era una consecuencia a la que tenía que atenerse.

—¿Te apetece ir a comer algo, Kingsnake? —preguntó y aprovechó para tocarle el pelo. Ahora que había descubierto lo que era experimentar el contacto físico con él, no podía parar—. Yo me muero de hambre.

Él la observó con sus hipnóticos ojos grises; sin embargo, en vez de decir algo, puso su mano sobre su nuca y la acercó hacia sí. Le regaló un beso tan erótico que Mia dudó en si guiarlo directamente al piso de Charlotte.

Cuando se separaron, Mia sintió que le faltaba el aliento y él no parecía estar mucho mejor.

—Y yo —le confesó—. Pero no creo que pueda conducir así.

—Conozco un sitio muy cerca, en el paseo marítimo —dijo ella y pensó en

sus pies. A esas alturas ya no le importaba ir descalza a donde fuera, si iba con él—. Podemos ir andando.

Dicho y hecho, los dos se levantaron y comenzaron a descender las escaleras. Sin embargo, Mia estaba viviendo los siete infiernos a cada paso que daba y decidió que no valía la pena seguir sufriendo. Allí mismo se quitó las demoníacas botas y las lanzó al vacío sin pensar.

—¿Me acabas de tirar una bota? —escuchó desde abajo. El luchador se le había adelantado demasiado.

—¡Lo siento! —se disculpó ella y vio como él las recogía del suelo y se perdía por una esquina.

Mia se quedó estupefacta. ¿Se había largado y la había dejado allí sola, y sin zapatos?

—¿Blake? —preguntó a la nada, tratando de analizar la situación. Creía que se estaban divirtiendo, que lo estaba ayudando a liberarse de las cadenas que había visto en él. No obtuvo respuesta—. ¡Blake! —gritó, esta vez más enfadada.

Y el luchador apareció por la misma esquina, pero subido en una bicicleta de color azul y con una cesta delante del manillar, decorada con flores y en la que iban sus botas.

El ataque de risa de Mia se pudo escuchar por todo el vecindario.

—Te vas a caer como te sigas riendo así —le gritó él desde abajo—. Mejor baja a acompañarme, o me voy con tus botas.

Mia bajó las escaleras a carcajada limpia.

—Sube —le ordenó él. De un salto se posicionó en la parte de delante, aunque aplastando un poco con sus posaderas la cesta.

Blake comenzó a pedalear y ella le fue indicando el camino hasta que llegaron a un viejo *diner* que aún conservaba la decoración del día de su inauguración, allá en los años cincuenta.

La campana de la puerta sonó cuando entraron. Escogieron una mesa junto a la ventana y se posicionaron uno frente al otro. A Mia le habría gustado sentarse a su lado, pero tenía el juicio nublado por la perspectiva de unas cuantas hamburguesas.

—Butterfly, ¿lo mismo de siempre? —preguntó el dueño, un hombre de cara impávida y bigote gris cuyo nombre Mia nunca recordaba. Ella asintió—. ¿Y el señor?

—Tomaré lo mismo que ella.

—Esto, no sé si podrás con ello —se apresuró a decir Mia un poco avergonzada.

—¿Por qué? ¿Qué has pedido? Si tú puedes con ello, estoy seguro de que yo también.

Estuvo a punto de sacar su teléfono y hacerle una foto cuando observó la cara que puso al ver los platos que empezaron a traerles a la mesa: un menú para cada uno compuesto de aros de cebolla, patatas fritas, dos hamburguesas completas y un batido de fresa y nata montada con no una, sino dos guindas encima.

—No hay forma de que te comas todo eso tu sola —dijo Blake. Parecía alarmado.

—Espera y verás.

Y lo que pasó fue que no solo se acabó todo lo que ella había pedido, sino que también ayudó al luchador a acabar con lo suyo.

—Creo que voy a explotar —dijo finalmente Mia, y Blake estalló en carcajadas. Le encantó verlo así—. No te rías. Ahora tendremos que hacer algo para que esto baje.

—Podríamos dar una vuelta por la playa. Así podrás caminar descalza —sugirió él.

—Me parece una idea estupenda. —Mia pidió la cuenta y cuando Blake se

fue a llevar la mano al bolsillo, ella se percató de que llevaba su chaqueta sobre los hombros—. Invito yo.

La joven buscó en su minúsculo bolso y sacó unos cuantos billetes arrugados. Notó que Blake la observaba con expresión pensativa.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó de repente.

—Doce.

—Lo digo en serio, vamos.

—¿Cuántos te gustaría que tuviera?

El luchador rio, aunque Mia se percató de que parecía algo incómodo.

—No tienes de qué preocuparte. No soy menor. Ahora, ¿vamos a esa playa?

Cuando Mia se convertía en Butterfly, había una serie de reglas a las que atenerse. La primera y más importante era no revelar nada de su verdadera identidad. Eso incluía su edad, y no pensaba hacer ninguna excepción, por muy guapo e interesante que fuera su acompañante. Por suerte, Blake debió captar la indirecta y no insistió. Le ofreció su mano para ayudarla a levantarse y salieron por la puerta. La playa estaba a escasos metros y Mia optó por no calzarse.

Cuando sus pies tocaron la arena, sintió un indescriptible alivio que se reflejó en su cara, pero se dio cuenta de que él no la miraba. Tenía la vista perdida al final del paseo, donde estaban el muelle y el parque de atracciones.

—¿En qué piensas? —le preguntó ella.

—En la feria. No ha cambiado nada desde que trabajaba ahí —le respondió mientras empezaban a andar por la arena. A esas horas de la noche las luces del parque estaban apagadas, pero Mia era capaz de imaginar lo bonitas que se verían si hubieran estado encendidas—. ¿Has ido alguna vez?

—Sí —dijo ella y no pudo evitar que se le ensombreciera el rostro al recordarlo. La última vez había sido cuando su madre aún vivía. Habían ido juntas, pero en lugar de papá, había sido Noah quien las había acompañado.

Su padre había estado demasiado ocupado con sus tejemanajes para hacerlo. Aun así, lo había pasado en grande. Si se esforzaba, aún podía evocar el olor de los puestos de dulces y el ruido incesante de las atracciones—. Pero hace mucho. Apenas lo recuerdo.

—Ya me lo imaginaba —respondió—. Para mí también fue hace mucho. Tenía dieciséis años y necesitaba dinero.

—Trabajar ahí tenía que ser maravilloso.

Blake se encogió de hombros de forma despreocupada.

—Podría haberlo sido si no fuera porque mi jefe era un auténtico hijo de puta. Al principio me trataba bien, pero luego se le cruzaron los cables y decidió que su nuevo pasatiempo iba a ser hacerme la vida imposible, y vaya si lo hizo.

—¿Cómo qué?

—Pues por ejemplo una vez faltaban veinte dólares de la caja. ¡Veinte dólares! ¿Adivina a quién culpó? Me los descontó de la paga por duplicado, supuestamente para dar ejemplo.

—Qué gilipollas —pensó Mia, pero lo dijo en voz alta. De pronto, se le ocurrió una idea—: ¿Sabes si aún trabaja ahí?

—La verdad es que no lo sé. —El luchador sonrió de medio lado, al parecer había entendido por donde iba ella—. Podemos ir a comprobarlo.

Blake tomó su mano y aceleró el paso. Ella no quería andar tan rápido porque quería saborear ese momento, cogida de la mano de un misterioso hombre en medio de la playa, pero decidió que era mejor guardárselo para sí misma.

Llegaron hasta el muelle y subieron por las escaleras de madera que llevaban a la verja que delimitaba el recinto. Mia se calzó y fue menos doloroso de lo que esperaba. Quizás solo necesitaba un tiempo para que aquellas botas se convirtieran en una segunda piel.

—¿No querrás que escale eso, no?

—Tranquila, no hace falta —dijo él y a continuación le mostró una zona donde la verja estaba suelta—. Como dije, nada ha cambiado.

Blake la apartó para que ella pudiera pasar primero y luego la siguió. A pesar de que el parque estaba parcialmente a oscuras, apenas iluminado por las tenues luces que venían del paseo y la luna creciente, Mia pudo contemplar todo lo que había a su alrededor. Lo que le pareció más espectacular fueron las sombras que proyectaban en el suelo las atracciones, en especial las de la montaña rusa y la noria, tan altas que no parecían tener fin. Era como estar en un cementerio de un cuento de hadas; fantasmagórico, espeluznante, pero también emocionante.

—¿Dónde estaba el despacho de ese idiota? —preguntó ella.

—Espera.

Blake se le acercó de forma sugerente y Mia contuvo la respiración, pensando que la iba a besar de nuevo. Sin embargo, lo único que hizo fue meter la mano dentro de uno de los bolsillos de su chaqueta, la que ella llevaba sobre los hombros, y sacar su teléfono para usarlo de linterna. Resultó estar sin batería.

Mia captó el mensaje e hizo lo propio con el suyo.

—Por aquí —indicó él.

Llegaron a una construcción de madera destartada y de una sola planta. En la fachada había restos de lo que antiguamente habría sido un payaso pintado, aunque ahora se asemejaba más a un terrorífico monstruo sin media cara. Como era de esperar, la puerta estaba cerrada.

—Déjame una tarjeta —pidió ella.

—Sírvete tú misma. Mi billetera está en tu bolsillo izquierdo.

Mia aceptó la oferta, palpó la chaqueta y lo primero que encontró fue un sobre lleno de lo que le pareció bastante dinero. No quiso darle importancia y

continuó la búsqueda hasta dar con la cartera. Ya que se lo había permitido, también le hubiese gustado inspeccionarla y descubrir algo más sobre el luchador, quizás una foto de una antigua novia o algo así, pero no se atrevió. Se limitó a forzar la cerradura.

—Eso ha sido rápido —escuchó decir a Blake cuando la puerta cedió—. ¿Te dedicas a esto profesionalmente, Butterfly?

—No. —Ella rio por lo bajo—. En mi casa tenían tendencia a cerrar las puertas y yo era muy curiosa. Digamos que lo aprendí por necesidad.

En realidad se lo había enseñado el padre de Noah cuando era una adolescente, después de que ella le insistiera hasta la saciedad que lo hiciera.

—Ya, entiendo.

Al entrar, Blake encendió la luz y les costó unos segundos adaptarse. La estancia olía a tabaco y algo más que no supo identificar. No parecía muy acogedora.

—¿Es este? —señaló Mia al ver una foto colgada en la pared de un hombre en la sesentena y con un salmón al que parecía estar a punto de amamantar.

—Joder, sí. Ha envejecido un montón —le confirmó el guaperas.

—Pues ha llegado la hora de tu *vendetta*. —Mia no se lo pensó dos veces, descolgó la foto y la tiró al suelo con fuerza. Se escuchó el ruido de cristales rotos. Luego lo pisó con saña para acabar de doblegar el marco—. Tu turno.

El luchador aceptó el desafío y tampoco vaciló cuando estrelló la lámpara del escritorio contra la pared.

—Vaya, eso ha estado muy bien —lo halagó ella y entonces, sin dejar de mirarlo, tiró de los bordes de una estantería, aunque solo consiguió inclinarla. No obstante, empezaron a caer las cosas que había en ella y Blake se acercó para rematar el trabajo y acabar de volcarla.

—Te doy medio punto por eso, Butterfly —dijo e hizo crujir su cuello—. Observa cómo se hace.

Entonces, ni corto ni perezoso, lanzó una patada al viejo ordenador de mesa y lo hizo caer al suelo con un gran estruendo.

—¡Ja! —exclamó ella, aunque lo cierto era que estaba impresionada—. Observa tú.

Mía había identificado una pequeña nevera escondida y esperaba encontrar algo al abrirla con lo que sorprender al luchador. Tuvo suerte porque estaba llena de latas de cerveza.

Le pasó una a Blake y luego sacudió otra con énfasis. Al tirar de la anilla de la lata, el contenido salió disparado por todos lados y acabó de derramarlo sobre lo que había a su alrededor, cables y ordenador incluido. Lo próximo iba a tener que ser prenderle fuego o algo así, pero no le dio tiempo. Escucharon unos ladridos y a alguien vociferando.

—¡Nos van a pillar! —soltó ella, seguida de una carcajada. Había experimentado una emoción que había desbocado sus latidos.

Al parecer, a Blake no le divertía tanto la perspectiva, porque enseguida la cogió de la mano y la sacó de allí.

Salieron por la puerta como alma que lleva el diablo. Mía no podía seguir a Blake con tanta rapidez, y menos con esas botas, por lo que se quedó atrás cuando perdió el equilibrio y cayó de rodillas al suelo.

Los ladridos se escucharon más cerca y la idea de ser devorada por perros furiosos no entraba en sus planes. Por suerte, tampoco en los de él, porque enseguida retrocedió a por ella, la cargó al hombro y la sacó de allí.

No paró de correr hasta que llegaron al paseo marítimo, pero ella estaba encantada. Con esa postura tenía unas vistas en alta definición del culo del luchador y no pudo evitar darle una palmada para apremiarlo. Le apetecía ser de lo más descarada.

Se detuvieron en un pequeño callejón, al lado de una tienda de comestibles, y entonces sintió cómo un par de manos fuertes la tomaron por la cintura y,

para su decepción, la posaron sobre el suelo. Mia abrió la boca para protestar, pero Blake la interrumpió al arrinconarla contra la pared. Parecía un depredador hambriento por cómo la miraba, lo que acabó por robarle todas las palabras.

—Estás loca —lo escuchó decir, con la respiración aún agitada por el ejercicio, ¿o tal vez era por otra cosa? No tuvo tiempo de analizarlo porque Blake acortó las distancias y reclamó su boca de una manera tan maravillosamente posesiva que a Mia se le aflojaron las rodillas. El luchador debió de haberlo notado, porque de repente la cogió por los muslos y se vio alzada del suelo. Una sensación vertiginosa la recorrió y se dejó llevar; sus piernas rodearon la cintura del hombre tatuado.

En cuanto sintió la presión del cuerpo de él, Mia quedó completamente expuesta y a su merced. Un jadeo se escapó de su garganta y murió en los labios de él. Acaba de vivir un momento de auténtico subidón de adrenalina y ahora el tío al que había estado toda la noche comiéndose con los ojos la tenía arrinconada y con intención de devorarla allí mismo.

—Loca de deseo —le respondió entre besos, aunque a este punto también le costaba hablar.

Arrastró sus uñas por la nuca del luchador y le mordió el cuello, justo donde sentía su pulso y lucía el tatuaje de una estrella ninja, un *shuriken*. El gruñido placentero que emitió fue como música para sus oídos y una clara invitación a seguir explorando.

—Blake —susurró ella y aunque su intención era detenerlo, él debió tomárselo como un reclamo, porque friccionó el cuerpo contra el suyo y ella estuvo a punto de perder la cordura—. Blake, vamos a tu piso.

Puede que fuera una temeridad. No era el estilo de Mia exponerse así ante un desconocido, pero el tipo le había roto todos los esquemas y no conseguía pensar con claridad.

Por su parte, el luchador tardó en reaccionar; parecía que todos sus músculos estaban en tensión, como si una corriente eléctrica estuviera corriendo por ellos. Mia se fijó en que sus pupilas se habían dilatado tanto que sus ojos se asemejaban a dos carbones encendidos.

—Sí —jadeó al salir de su trance—. Vamos.

Capítulo 4. Todo lo bueno acaba

El sonido de un maldito mensaje despertó a Mia. Quizás no era el primero que recibía durante las horas que llevaba durmiendo, pero sí el elegido para que sus oídos lo captaran y su cerebro le indicara que era hora de levantarse.

Le llevó un buen rato asimilar dónde se encontraba y con quién. Un brazo tatuado rodeando su cintura le hizo plantearse si debía darse la vuelta y seguir durmiendo junto aquel ardiente y musculado cuerpo, pero otro mensaje le negó el placer. Luego otro, y otro, lo que acabó con su paciencia.

Poco a poco apartó aquel brazo y puso los pies en un suelo recién encerado. A tientas buscó sus bragas y se las puso, pero al incorporarse dio de lleno con su reflejo en un espejo colgado de una pared. Lo que vio la asustó: no solo tenía el maquillaje de los ojos corrido, sino que además su peluca estaba enredada, la rejilla suelta y mechones rizados y rubios sobresalían por un lado.

Como pudo, y sin la ayuda de un cepillo, se quitó la peluca y se arregló el cabello. No había mucho que hacer con él, pero por lo menos ya no parecía una prostituta a la que su chulo había dado una paliza.

Encontró un paquete de pañuelos sobre una cómoda, humedeció uno con un poco de saliva y lo arrastró por su cara. Consiguió quitarse parte de los restos de máscara de pestañas de sus mejillas, aunque tampoco obtuvo grandes resultados.

Después se giró para ver el causante de todo aquello y se quedó embelesada contemplando al luchador. Era tan guapo que hasta dolía. Y así, durmiendo profundamente, se le antojó irresistible. Se permitió durante unos instantes rememorar pequeños retazos de la noche anterior y no pudo evitar morderse el labio. El arrebató de pasión que los había llevado a su piso había sido

frenético. Desde que habían subido al taxi que los llevara al apartamento de él, no habían podido dejar de tocarse. Subir por las escaleras había resultado un tanto complicado y en más de una ocasión sus movimientos habían sido torpes, casi cómicos. Quizás por eso, al abrir la puerta de entrada al apartamento, la había sujetado con sus enormes brazos, la había alzado en volandas y llevado directamente a la cama, donde la había dejado tumbada.

Mía sintió mariposas en el estómago al volver a evocar ese momento, cuando ella, sin un ápice de indecisión, se había quitado el vestido y había quedado expuesta ante él, a la espera y totalmente excitada. No la había decepcionado. Él se había desnudado casi al instante, bajo su atenta mirada, y luego la había agarrado de los tobillos y la había puesto a su altura para recorrerla entera con besos y caricias. Dios, el sexo había sido increíble. Se atrevía a decir incluso que no había experimentado nunca nada igual.

Lástima que seguramente no volverían a verse. Le habría gustado conocerlo un poco más y quizás... No, aquello era una memez. Tenía muy claro que era el tipo de hombres que no se comprometían con nadie, que no buscaban eso, y quizás ella tampoco lo hacía. Guardaría el recuerdo como la cita más perfecta que había tenido nunca, eso era todo.

Mía encontró su vestido. Se lo puso y se miró de nuevo al espejo. No tenía ni idea de qué hora podía ser, pero el sol brillaba con todo su esplendor a través de aquel gran ventanal, por lo que salir así a la calle no le pareció lo más adecuado.

Abrió el armario de Blake, uno enorme empotrado en la pared. Se quedó bastante impresionada con la cantidad de ropa que había, toda muy bien colocada y de aspecto lustroso. Estaba claro que era un tipo elegante que sabía cómo explotar al máximo su físico.

Cogió una camisa y se la llevó al rostro. Aspiró profundamente, pero quedó decepcionada al notar que no olía a él, sino a un suavizante de lavanda. Se

sintió un poco estúpida al hacerlo pudiendo ir directamente a la fuente, pero asumió que ya había disfrutado bastante de ello. Se puso la camisa, hizo un nudo en la cintura y se sintió preparada para abandonar la morada. No obstante, antes de eso, debía mirar quién era la persona que deseaba comunicarse con ella con tanta insistencia.

Charlotte: ¿Dónde estás, pequeña zorra? 09:02

Charlotte: ¿Has dormido en tu casa o en el apartamento? 09:03

Charlotte: Estoy de camino. Si estás en el apartamento dime algo que llevo desayuno 09:03

Charlotte: No estás y he traído croissants. He comprado para un regimiento, zorra. Contéstame 09:22

Charlotte: Oye, estás empezando a preocuparme. Vale que trasnocharas ayer, pero joder, sabes que los sábados siempre quedamos, aunque hayamos dormido dos horas. Es la tradición, ¿no? 09:34

Charlotte: De acuerdo. Esto ya me está jodiendo. Acaba de llamarme tu padre preguntando dónde estás. Le he dicho que durmiendo. Contéstame de una vez 10:15

Charlotte: ¿No estarás con el luchador, verdad? No me jodas B, me aseguraste que solo ibas a tontear. Este no es tu estilo, siempre lo dices 10:20

Charlotte: A la mierda. Si no me contestas en cinco minutos, llamo a la policía. Tu verás, pero tendré que contarles quién es Butterfly 10:30

Al ver el último mensaje, Mia entró en pánico. No sería capaz, ¿no?

Contestó todo lo rápido que le permitieron sus dedos.

Butterfly: Esxtoi 10:33

Butterfly: Me acabo de despertar, pesada 10:33

Charlotte: ¡Oh, por Dios! Casi me da un ataque cardiaco. Ya me veía a los matones de tu padre enterrándome en cal viva, hijaputa 10:33

Butterfly: No digas tonterías. ¿Sigues en el piso? 10:33

Charlotte: Claro. Te odio. 10:34

Butterfly: Y yo te quiero. Mira 10:34

Mia encendió la cámara, se posicionó de una forma estratégica sobre la cama, guiñó un ojo al objetivo y apretó el botón. Había conseguido sacar una foto del luchador apenas cubierto con una sábana a la altura de su culo respingón y salir ella en un lado con el pulgar levantado. Le dio a enviar.

Charlotte: ¡Hiiiiiiiiiiiiiiiiijaaaaaaaaaaa deeeeeeee puuuuuuuuuuutaaaaaaaaaaaaa! ¡Mentirosa! ¡Te lo has tirado! ¡No has podido aguantarte! 10:35

Butterfly: Sí. Lo sé. Es irresistible. 10:35

Charlotte: ¡Eres mi ídolo! Y tanto que lo es. Joder, quiero todos los detalles. ¡Ven ya! ¿O va a haber polvo matutino? 10:35

Butterfly: Llego en veinte minutos, creo. 10:35

Charlotte: Tíratelo otra vez y deja la cámara encendida. Quiero verlo. 10:35

Mia soltó una carcajada y se dio cuenta de que aunque fuera una idea de bombero, la parte de tener sexo con él otra vez le resultaba de lo más

atractiva. Sin embargo, el tipo estaba tan dormido que no se había enterado de nada y le dio pena despertarlo. Además, ahora era imposible seguir siendo Butterfly. Su peluca rosa estaba hecha un harapo. Lo más sensato era desaparecer.

Salió de la habitación con las botas puestas y se topó con un enorme espacio abierto de pared de ladrillo, pero parcialmente iluminado. Al fondo había una cocina en la que no había reparado la noche anterior, aunque sí que supo identificar que estaba frente a la puerta de entrada. Se encaminó hacia allí sorteando los sofás, cuando algo la hizo resbalar. Fueron unos momentos en los que toda su habilidad equilibrista se puso a prueba... y fracasó estrepitosamente. Por lo menos fue su culo el que se llevó el mayor impacto del golpe y no la cabeza.

Soltó una exclamación que bien podría haber despertado al luchador, pero ahí no apareció nadie. ¿Cómo podía alguien dormir tan profundamente?

Entonces, se fijó que había una mancha oscura sobre su pantorrilla: algo pegajoso que también se extendía por el suelo. Su vista siguió el recorrido del rastro en una de las direcciones, la de la puerta, y retrocedió enseguida, pero a mitad de camino algo reclamó su atención: una bolsa, una bolsa de deporte, vieja y con un maldito parche de un triángulo rojo y medio descosido.

Su cerebro iba a mil por hora tratando de asimilar lo que sus ojos estaban viendo. Casi de forma instintiva, su cuerpo se impulsó hacia delante y, a gatas, alcanzó la bolsa.

«Un momento», pensó. «Analiza primero la situación».

No había ya ninguna duda. Aquella vieja bolsa de deporte era demasiado reconocible. No podía haber otra igual. Era la misma que tanto le había extrañado verle llevar a la comida en el restaurante.

Una parte de Mia quería darse media vuelta, largarse y olvidar lo que había visto, pero la curiosidad la estaba matando. Quería saber qué eran aquellas

manchas en el suelo, aquel rastro que conducía a otra habitación, quizás al baño. Pero, sobre todo, quería saber qué había dentro de la bolsa de deporte de su padre y por qué la tenía aquel luchador.

Al final la intriga pudo con ella y tiró de la cremallera para abrirla. Lo que encontró dentro la dejó estupefacta: dinero, muchos fajos de dinero, infinidad de dinero.

«¿Pero qué mierda?», se dijo. Instantáneamente le vino a la memoria aquel sobre que había descubierto en un bolsillo de la chaqueta del luchador e intentó darle algún significado, pero no lo encontró. Sacó uno de los fajos y lo vio manchado de aquella cosa oscura que al momento impregnó sus dedos. Se lo llevó a la nariz y un olor metálico penetró en sus fosas nasales.

«¡Oh! ¡Joder!». Era sangre.

Mia lanzó el rollo de billetes en un acto reflejo. Miró el resto y aunque parecían estar en buen estado, se quedó paralizada durante un tiempo, tratando de digerirlo.

Advirtió que estaba temblando. Un miedo empezaba a atenazarla en sus entrañas y no la dejaba pensar con claridad. Además, sentía que el tiempo apremiaba, una agobiante sensación de que o hacía algo pronto o realmente lo iba a lamentar.

Aquel tipo, ese luchador, tenía que ser pura fachada. Trabajaba para su padre, eso estaba claro. ¿Haciendo qué? Pues nada bueno, eso era una obviedad.

Miró el rastro de sangre, luego el baño y empezó a atar cabos. Ahí tenía que haber un cadáver, quizás un encargo por el que su padre le había pagado semejante suma. Alguien importante seguramente, pero del que aún no había tenido tiempo de deshacerse. Ya no le cabía duda, estaba en la maldita escena de un crimen y sus huellas estaban por todo el puto apartamento. Sin embargo, no tenía sentido que la hubiese llevado allí con semejante espectáculo, a

menos que... «¡Oh! ¡Joder!», pensó de nuevo. A menos que no le importara deshacerse también de ella en cuanto despertara. Fuera como fuera, o bien acababa declarando ante la policía y desvelaba una trama que hundía a su familia, o bien la mataba ese loco que la había seducido. Aquello no era ninguna broma, ¿y quién la iba a creer cuando dijera que era hija de Luca Gabrielli? No pensaba ponerlo a prueba. De modo que solo tenía dos opciones; una, salir de allí pitando y esconderse y no volver a salir en mucho, mucho tiempo. Dos, robar la bolsa, largarse con Charlotte y ser libre. Estaba claro, ¿no?

Cogió la bolsa, que pesaba mucho más de lo que había imaginado, y se dirigió a la puerta. No obstante, unos ruidos la sobresaltaron y los nervios le jugaron una mala pasada: estuvo a punto de volver a caer.

Horrorizada, constató que había alguien trasteando en la cerradura de la puerta principal, así que retrocedió en sus pasos. Lo primero que hizo fue desviar la mirada hacia la cocina, en busca de un cuchillo o algo con lo que defenderse, ya fuera del luchador o de quién demonios estuviera tratando de acceder al apartamento. Por suerte, se dio cuenta de que había otra salida: una escalera de incendios que debía de dar al callejón. No se lo pensó mucho y se abalanzó hacia allí. Trastabilló varias veces antes de lograr abrir la puerta acristalada, pero cuando lo consiguió se precipitó escaleras abajo y corrió hasta que sus pulmones parecieron respirar fuego.

Solo había conseguido poner un par de manzanas de distancia entre ella y la casa del asesino, insuficiente para sentirse a salvo. No solo había huido de una muerte casi segura, sino que encima le había robado una cantidad de dinero innombrable al supuesto sicario. Si salía de esa, tenía un buen motivo para demostrarle a su padre lo gilipollas que había sido siempre al subestimarla tanto.

Con los latidos de su corazón en la garganta, siguió caminando a toda prisa

hasta que logró ver un taxi y a trompicones accedió al interior del vehículo. Con la voz entrecortada, por su propia respiración, le dijo al taxista la dirección de Charlotte. Este la miró de soslayo, quizás con preocupación, antes de arrancar.

—¿Se encuentra bien, señorita? ¿Le ha sucedido algo? Parece...

Mia se frotó las rodillas, incómoda. A la luz del día era imposible disimular que tenía las manos y las piernas manchadas de sangre. Aquello la puso más nerviosa aún.

—Estoy bien, gracias —dijo cortante y con toda la paciencia de la que fue capaz. Luego se aferró a la bolsa como si fuera una niña que no sabía vivir sin su peluche. Después de lo que acababa de hacer, ese era su único pasaje a la salvación—. ¿Puede arrancar ya? Llego tarde.

El taxista no pareció contento con su explicación, pero obedeció y Mia por fin se vio capaz de respirar.

—Si le han hecho algo, puedo llevarla a la comisaría —insistió el hombre. Puede que fuera un buen tipo, pero hablar de policía empujó aún más a Mia al borde del precipicio.

—Limítese a llevarme a donde le he dicho —contestó con un bufido y a partir de entonces reinó el silencio.

Capítulo 5. Dos millones de dólares

No recordaba todos los detalles, pero sí los suficientes como para estar seguro de que había vivido una noche increíble. Hacía rato que la luz lo molestaba, pero no se vio capaz de hacerle frente. Tenía, además, la impresión de estar escuchando ruidos de gente moviéndose a su alrededor, cosas cayéndose y puertas abriéndose y cerrándose, pero no le importaba. No lograba desperezarse, o mejor dicho, no quería hacerlo. Deseaba seguir durmiendo con ese cuerpo suave que respiraba pausadamente abrazado al suyo y...

Estiró el brazo para atraerla de nuevo hacia sí, pero solo dio con unas sábanas tibias y una almohada hundida con la forma de la cabeza que la había ocupado. ¿Se había ido?

«Joder», pensó y se sintió un poco decepcionado, incluso molesto consigo mismo. Si hubiera sabido que se iría tan pronto, habría buscado alargar más la noche, el día y lo que fuera.

Con un resoplido de frustración, giró sobre la cama y quedó boca arriba. Fue en ese momento cuando se percató de que no estaba solo.

—Arriba, princesita —dijo un tío vestido de negro y le pegó en la cara con algo duro, lo suficientemente fuerte como para hacerle saborear su propia sangre.

La reacción de Blake fue inmediata; quizás fuera lento para despertarse, pero jamás para devolver un golpe. Saltó de la cama como un animal salvaje y tiró todo su peso contra el sujeto. Lo empotró en la pared y aplastó su tráquea con un brazo. Fuera quién fuera ese hijo de puta, se había metido en la casa equivocada.

—Quieto ahí, campeón —escuchó detrás de él.

Como acto reflejo, se giró y, sin soltar a su presa, vio como otro cabronazo le estaba apuntando con una pistola desde la puerta del dormitorio.

—Suéltalo —ordenó el recién llegado. Blake tardó en obedecer—. ¿Estás sordo? Que lo sueltes ya.

Su pistola venía con un silenciador incorporado.

El luchador se apartó con un gesto brusco y dejó al otro tipo tosiendo contra la pared. ¿Pero qué coño estaba pasando ahí? Hacía nada estaba en su cama y había una chica preciosa durmiendo a su lado, y ahora estaba desnudo, frente a estos dos cabrones que habían venido con la clara intención de causar problemas.

Butterfly. Mierda.

—¿Dónde está? ¿Qué le habéis hecho? —rugió.

Sabía que no iba a poder cargárselos a los dos sin que le dispararan primero, pero estaba tan cabreado que por un momento consideró el intentarlo.

—¡Hijo de puta! —gritó el que casi había ahorcado, y cuando Blake quiso darse cuenta, este también tenía una pipa apuntándole, prácticamente en su cara. Una voz en su mente le gritó que si no le habían disparado antes, no tardarían en hacerlo.

—Calma. —El que había entrado desde la sala intervino. Dio unos pasos dentro del dormitorio, aunque sin bajar su arma en ningún momento. Era bastante mayor que el otro, de unos cincuenta y tantos quizás; definitivamente no era parte del círculo de los ucranianos, aunque Blake tenía la impresión de haberlo visto antes. Trató de recordar dónde, pero no pudo.

—¿Dónde está el dinero, Novak? —preguntó el más viejo.

—¿Qué dinero? —dijo el aludido, sin entender.

Un estallido de dolor en la parte de atrás de su cabeza le indicó que el hijo de puta más joven lo había vuelto a golpear.

—¿Te crees gracioso? —escupió este con desprecio—. Sabemos que lo

tienes. Más te vale que dejes de hacerte el listo o...

—Si sabes quién soy... —interrumpió Blake al dirigirse al hombre mayor. Tenía todas las ganas del mundo de quitarle el arma al retaco que tenía al lado y metérsela por el culo, pero a la vez poseía la certeza de que su compañero no dudaría en liquidarlo con solo hacer el amago de intentarlo—, también has de saber con quién ando. No sé qué imbécil os envió aquí, pero ha sido mala idea, ya te digo. No tengo vuestro puto dinero. ¿Para qué lo necesitaría? Mira este lugar y mírame a mí, ¿acaso tengo pinta de necesitar robarle a alguien?

El cincuentón acató la sugerencia y se tomó la molestia de mirarlo de arriba a abajo. Su expresión no varió en absoluto. El mensaje estaba claro: «no estoy impresionado».

Blake se sintió aún más iracundo. El tío, en cambio, ubicó el pantalón y la camisa que el luchador había llevado durante la noche, ahora descartados en el suelo, y los pateó hacia él.

—Vístete —dijo sin dejar de apuntarle—. Y hablemos. —El luchador estuvo a punto de protestar, pero el tío mayor negó con la cabeza, como si le leyera la mente—. Ni lo pienses, campeón —advirtió—. Ya sé quiénes son tus jefes, ¿pero sabes tú quién es el mío?

Blake frunció el ceño. ¿Quién se creía que era este tío? Los ucranianos no eran sus jefes, solo... colaboraban. Sin embargo, su enfado por ese comentario se vio mitigado por el hecho de que aquella pregunta le pareció importante.

—Ni puta idea. ¿Quién es?

El tío de su lado, ese al que se le iba la mano con facilidad, rio, lo que hizo que Blake se acordara de su existencia.

—¿En serio no lo sabe? —se burló—. Vaya imbécil.

—Ya veremos quién es más imbécil cuando te parta los dientes —respondió Blake. Su interlocutor dejó de reírse de inmediato y respondió presionando el cañón contra su mejilla.

—¿Qué has dicho, perra?

—Nico —llamó el mayor—. Ya te he dicho que si te sigues pegando a la gente cuando les apuntas, un día de estos te van a quitar el arma. No te lo tomes como sugerencia, Novak.

No obstante, Blake se había quedado pensando en otra cosa, tanto que se olvidó de terminar de abrocharse la camisa.

—¿Nico? —dijo—. Esperad. Sí que os conozco. Mierda. —Las cejas de Blake se alzaron considerablemente al llegar a la impactante conclusión—. Trabajáis para Luca Gabrielli, el Pirata.

El viejo no dijo nada, pero no hacía falta. El luchador los observó a los dos con desconcierto.

—¿Que mierda queréis de mí? ¿Y qué habéis hecho con la chica?

El cincuentón metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono.

—¿Esta chica? —preguntó y le enseñó una foto en la pantalla. El luchador lo miró confundido.

—No. ¿Qué coño hacéis con una foto de mi ex? ¿A qué viene esto?

—A que se ha llevado algo que no le pertenece y lo trajo aquí.

El luchador soltó un bufido.

—Estás de broma. No la he visto, no nos hemos hablado en casi dos años.

—¿Ah, sí? Pues yo diría que no lo parece —añadió el más joven, siempre con su tono de burla.

—¿De qué coño hablas?

El tío mayor se dio la vuelta sin decir nada y se encaminó hacia fuera del dormitorio. Luego le hizo una seña con la mano para que lo siguiera. Blake obedeció, con Nico el imbécil tras de sí, aunque esta vez a una distancia más prudente.

Blake se dio cuenta de que la sala estaba parcialmente iluminada y le vino a la mente una pregunta de lo más absurda: ¿por qué la señora que le hacía la

limpieza le cerraba todas las putas cortinas del piso excepto las de su dormitorio? Se prometió a sí mismo que iba preguntárselo, si conseguía salir de esta.

Tardó unos momentos en revisar la estancia y encontrar qué era lo que estaba fuera de lugar; pero cuando lo consiguió, su desconcierto y enfado se intensificaron considerablemente, y se les sumaron unas cuantas emociones más.

—¿Qué coño...? —solo pudo decir.

—Así que no os habláis y no os veis —dijo el tío mayor, pensativo—. Y ella ha entrado a tu casa y te ha dejado estos regalitos, y tú ni te has dado cuenta. ¿Esa es tu historia, campeón? Ya sé que de tanta pelea no te debe funcionar bien la cabeza, pero piénsatelo mejor: ¿realmente vale la pena joder tu vida por esta tía?

A Blake ni siquiera le molestó que lo insultara. Se le erizó la piel al observar las manchas del suelo.

—¿Jessica ha estado aquí? —soltó. Las preguntas empezaron a multiplicarse en su cabeza: ¿era sangre? ¿De Jessica? ¿De alguien más? ¿Qué le había pasado? ¿Dónde estaba Butterfly? ¿Había visto todo eso al salir?

Esto último era una pregunta idiota. Por supuesto que lo había hecho. ¿Qué habría pensado de él? No quería ni empezar a considerarlo.

Notó que el rastro llevaba hasta el baño y, sin apenas reflexionarlo, corrió hacia allí. Lo que contempló dentro le pareció una maldita película de terror; cosas desperdigadas por todo el suelo, incluyendo sus pastillas, y una enorme mancha de sangre que ni siquiera había terminado de secarse. Además, había huellas de zapatos, como si varias personas hubieran estado allí. Pero no había nadie. Jessica no estaba.

—¿Qué mierda le habéis hecho? —preguntó, horrorizado.

—¿Nosotros? —escuchó una voz desde la sala—. Más bien, ¿qué mierda

has hecho tú, pedazo de idiota?

Era Nico. Estaba agachado junto al sofá y examinaba algo en el suelo con expresión divertida. Empezaba a lamentar el haber despertado aquella mañana.

—¿Lo encontraste? —preguntó el cincuentón.

—Sí. —Al ver que el luchador no tenía intención de acercarse, Nico le arrojó algo contra el pecho. Blake no tuvo más remedio que cogerlo. Era un fajo de billetes de cien, empapados en sangre.

—Le pusimos un rastreador —explicó el joven de negro—. Para seguirle la pista al dinero. Y mira adonde ha ido a parar: a la casa de Blake, la Serpiente. ¿Quién lo hubiera pensado?

—No tengo idea de cómo llegó aquí —dijo el luchador anonadado. Su mente pasó de ir a mil por hora a estar totalmente en blanco. Joder, ¿cómo era posible que todo eso le pasara en una sola mañana?

El tío mayor lo sacó de su trance.

—Vamos —ordenó y le puso una mano en el hombro de una forma casi paternal, mientras que con la otra le apuntaba discretamente con la pistola en la espalda—. Te vienes con nosotros, campeón. Y no intentes nada si no quieres meterte en más problemas.

Blake miró el fajo de billetes ensangrentados en sus manos, luego al suelo y a sus propios pies, descalzos. Tenía que tomar una decisión, decir algo, hacer lo que fuera, siempre y cuando no provocara su propia muerte, claro. Como mínimo, tenía que saber a dónde lo iban a llevar.

—¿A dónde vamos? —preguntó y trató de no sonar demasiado como alguien que acababa de perder una pelea.

El viejo le dio una palmada en el hombro.

—A hablar con el hombre al que le debes dos millones.

Capítulo 6. Amigas

Charlotte Costello le dedicó una mirada lasciva a los cruasanes rellenos de chocolate. Se había comido ya media bolsa y, aunque se había prometido que lo que quedaba tenía que ser para Mia, estaba empezando a cuestionárselo. Para empezar, la rubia le había dado plantón. De acuerdo, se lo había justificado y la razón era de peso según el código de amigas que tenían establecido: no todos los días una echaba un polvo con un tiarrón como ese luchador. Sin embargo, eso no disculpaba el hecho de que la hubiera tenido preocupada toda la mañana por no haberle dado señales de vida. Si hasta había tenido que mentir al jodido Luca Gabrielli por ella, como si el hombre no la odiara lo suficiente por ser la hija descarriada de su colega.

Pensó en cómo podría habérselo tomado el Pirata si realmente le hubiera sucedido algo a su hija y tuvo un escalofrío. Mentir al señor Gabrielli era una temeridad, como lo era irse con un tío a su casa sin saber apenas nada sobre él y sin decirle a nadie la ubicación. Por Dios, si siempre era Mia la que le daba la bronca a ella por hacer esa clase de cosas. Si tan caliente estaba para no tener dos dedos de frente, por lo menos podría haberlo traído al piso y que las dos se hubieran lucrado juntas con las vistas. La foto que había recibido era como un caramelo mal saboreado. «¡Egoísta!», pensó y abrió la bolsa para coger otro cruasán.

Cuando por fin Mia abrió la puerta, ya solo quedaban tres cruasanes. Había tardado menos de lo que la joven morena había imaginado, pero agradeció su llegada, pues no lograba concentrarse en el *reality* sobre vestidos de novia que había en la MTV, y eso que le encantaba. Lo que realmente quería era saber todos los detalles de la noche de su amiga, así como contarle ella los suyos. Carl le había presentado a un par de tíos que se dedicaban a financiar

proyectos de jóvenes emprendedores y cuando ella les había contado su idea muy por encima, habían parecido interesados. De hecho, le habían dado su tarjeta para mantener el contacto, una vez Charlotte hubiese hablado con su socia, es decir, con la rubia que se había pasado la noche cabalgando sobre un semental y se había olvidado de avisar.

Charlotte estiró el brazo para alcanzar el mando a distancia y apagó el televisor. No quería que nada ni nadie interfirieran en la charla que iban a tener, estaba demasiado emocionada. Cuando se giró para mirar a Mia, que ya había llegado hasta el sofá en el que se encontraba, el comentario irónico sobre su comportamiento que tenía preparado murió en su garganta. Por el contrario, exclamó un «joder», muy alto y muy rotundo.

—¿Pero qué coño te ha pasado? ¿Te han vuelto a intentar secuestrar los del circo? —exclamó y Mia dejó una bolsa de deporte sucia y raída delante de sus narices—. ¿Le has robado a un mendigo?

—¡Cállate y escucha! —exigió la aludida.

Para haber echado un buen polvo venía de muy malas pulgas, o quizás con alguna de ellas encima, a juzgar por su apariencia.

—¿Qué es eso que llevas en las piernas? —preguntó entonces la morena, que había reparado en unas manchas oscuras y reseca en la piel de su amiga—. ¿Te ha venido la regla?

—¡Charlotte! —gruñó la rubia y la agarró con una inusual brusquedad por los hombros y la zarandeó. Aquello sí que no se lo esperaba y decidió obedecer. Algo gordo tenía que haber pasado en cuestión de ¿qué, veinte minutos? Más le valía que fuera importante porque Charlotte estaba poniéndose muy nerviosa.

—Verás... —empezó Mia, pero el silencio que vino después fue tan prolongado que la morena perdió la paciencia.

—¿Quieres hablar de una vez? —exigió.

—Mejor abre la bolsa —sugirió la otra. Charlotte hizo una mueca de asco. No tenía ni idea que podía haber dentro, pero de repente empezó a pensar en cosas desagradables y no pudo evitar apartarse un poco—. ¡Que la abras, joder!

De acuerdo, ¿dónde estaba y que había hecho con Mia esa tía borde y desaliñada que se estaba haciendo pasar por ella?

La mirada desafiante que le dedicó la rubia hizo que dejara de dudar y finalmente se atrevió a abrir la bolsa. Una simple cremallera que al deslizarla dejó al descubierto lo último que esperaba encontrar.

—Me cago en la... —Charlotte se quedó estupefacta. Quería preguntar, quería saber, pero lo único que pudo hacer fue empezar a reír como una loca. Y lo hizo, vaya si lo hizo.

—Es bueno saber que te preocupas por mí —añadió Mia con los ojos entrecerrados.

Charlotte la ignoró y empezó a sacar los fajos de billetes. Algunos se le cayeron al suelo. Le sacó la goma a uno y lo extendió en su mano como un abanico. Era un fajo enorme y todos los billetes eran de cien.

—¿Cuánto dinero hay? —preguntó por fin.

—No lo sé. ¿Un millón? ¿Quizás uno y medio?

—Yo creo que hay dos —aseguró Charlotte. Ahora que empezaba a calmarse estaba experimentando una curiosidad descomunal—. ¿Se lo has robado a tu padre?

Era lo lógico, ¿no? ¿De dónde iba a sacar tanta pasta y en tan poco tiempo Mia si no era de Luca Gabrielli?

—Más o menos —admitió y empezó a relatarle lo sucedido.

—¿Entonces ese luchador es un sicario que trabaja para tu padre? —preguntó la morena. Charlotte Costello se esforzaba por ser fría y calculadora porque era eso o empezar a llorar de miedo.

—Sí, no sé. Es lo que parece. Sea como sea, tenemos el dinero y nadie sabe quién es Butterfly. Es la oportunidad que estábamos esperando, ¿no lo ves?

Charlotte esbozó una sonrisa forzada. Esa no era precisamente la oportunidad que había imaginado. Joder, no se parecía en nada. ¿Robarle a un supuesto asesino el dinero que le había dado un mafioso? Por mucho que ella fuera una Costello y la otra una Gabrielli, se habían metido en un lío de proporciones épicas.

—Está bien —dijo para sí misma y se obligó a analizar la situación en voz alta—. Tenemos dinero, mucho dinero. Con él podremos hacer todo lo que queramos. Tendremos nuestro negocio sin depender de nadie. Nuestros sueños al alcance de la mano. Pero por otro lado, nos buscarán. Oh, tenlo claro que lo harán, Mia. No sé si el asesino o tu padre, pero tendremos que irnos a tomar por culo para que no nos encuentren. No pensaste en eso, ¿verdad? Tú y tu cabecita soñadora decidisteis que esto iba a ser coser y cantar, como tanto te gusta decir. Cojo el dinero y se acaban mis problemas y le demuestro al mundo lo que valgo. ¡Pues está claro que nada es así de sencillo!

—Charlotte...

—No, no. Perdona —rectificó enseguida la morena—. Estoy emocionalmente muy confusa. Es decir, creo que lo que has hecho es una estupidez enorme, la mayor que has cometido en tu vida, maldita sea. —aspiró una gran bocanada de aire y prosiguió diciendo sus pensamientos en voz alta—: Sin embargo, creo que en tu lugar hubiese hecho lo mismo. Es decir, estabas ahí, era irte con el dinero o sin él y, de cualquier manera, serías testigo de algo que jamás deberías haber sido. Puestos a correr el riesgo, decidiste hacerlo a lo grande. Está bien.

Mia la miró con ojos implorantes y Charlotte sintió una punzada de culpa por su tono mordaz. Si una cosa era cierta, era que Mia lo había hecho pensando en las dos, en su proyecto, en sus sueños, y estaba dispuesta a

compartirlo absolutamente todo, sin condiciones. Claro que eso no solo incluía el dinero, sino también los problemas que podían acarrear el robo. No le llevó mucho deducir que, en realidad, los dos posibles millones de dólares que había en esa bolsa bien merecían la pena.

—Sí. Tienes razón. Por eso tenemos que irnos, ¡ya! ¿Qué tal Los Ángeles? Allí hace calor...

Charlotte asintió, muy lentamente. Los Ángeles le parecía bien. Lejos, grande y lleno de gente. No serían fáciles de localizar. No obstante, aún había una cosa que tenía que hacer: Carl, su novio. Llevaba poco tiempo con él, pero el suficiente para saber que después de besar a tantísimos sapos, por fin había encontrado a su príncipe, y por esa mierda no iba a renunciar a él. Además, él sabía moverse por el mundo, se lo había demostrado una y otra vez. Su ayuda iba a ser indispensable si querían salir airoso de esa. De modo que si se iba, Carl estaba incluido en el paquete, le gustara a Mia o no.

—Carl se viene con nosotras —puntualizó.

—¿Qué? ¿En serio? —Mia parecía sorprendida y eso hizo que Charlotte frunciera el entrecejo, un tanto disgustada. ¿Acaso su amiga no se estaba tomando en serio su relación?—. Está bien. Llámalo y nos vamos.

—No pienso decirle nada por teléfono.

—¿Es que crees que lo tienes pinchado? ¿No estás siendo un poco paranoica?

—Si vamos a hacer esto, vamos a hacerlo bien —aseguró Charlotte muy seria—. A partir de ahora, toda precaución es poca.

—Está bien —aceptó su amiga y bajó la mirada de forma sumisa.

—Voy a ir a su casa a buscarlo y tú, tú no te muevas de aquí. ¿Entendido? Lo mejor es que nadie te vea.

Mia iba a decir algo pero su teléfono empezó a sonar. Charlotte se inquietó y empezó a imaginar que ya las habían descubierto y que, por supuesto, a Mia

se lo perdonarían, pero, ¿quién le aseguraba que a ella también?

—No contestes —ordenó Charlotte.

—¿No será sospechoso si no lo hago? Si finjo que no ha pasado nada, nadie tiene porqué sospechar de mí. Te digo que el luchador solo sabe que existe Butterfly. Cero conexión con los Gabrielli y con la guapa Costello, de verdad.

Eso tenía sentido. Charlotte se regañó a sí misma por perder de ese modo la compostura.

—Está bien. Hazlo.

Mia contestó y la morena fue testigo de lo fácil que le resultaba a su amiga fingir. Si el salón tatuajes salía mal, siempre podría decantarse por la actuación.

—Tenemos un problema, uno pequeño. No te alteres —dijo Mia al colgar—. Quiere que vaya a casa ahora mismo. Necesita hablar.

—Le habrás dicho que no, ¿verdad?

Charlotte tenía el corazón en un puño.

—En realidad, tengo que ir. No puedo largarme y dejar las cosas como están. Ayer tuvimos una pelea.

—¡Mia, por Dios! ¿Qué te acabo de decir?

—Actuar con normalidad. Hemos quedado en eso, ¿no? Me ducho, me cambio, me convierto en Mia Gabrielli y vuelvo en un par de horas en las que tú vas a ir a buscar a Carl. Está todo calculado al dedillo. Va a salir bien. Sabes que puedo hacerlo. Confía en mí.

—Eso espero —aceptó Charlotte y quiso creer firmemente en que Mia tenía razón.

Capítulo 7. El interrogatorio

—Has hecho bien. —Incrédulo, Noah levantó la mirada. No estaba de acuerdo. Le habían encargado un trabajo simple y había terminado siendo un maldito desastre—. Dicen que Lenny va a lograrlo. Si lo hace, será gracias a ti —su interlocutor hizo una pausa—. Mírame. Liquidaste a uno de los bastardos que os atacaron. Salvaste al hombre que tenía que estar cuidándote las espaldas. Mantuviste tu boca cerrada con la policía. Lo has hecho bien, Noah.

El joven asintió lentamente, aunque sus ganas de protestar no se vieron aplacadas. El amargor del fracaso no quería abandonar su paladar.

—Dejé que se llevara el dinero —se regañó a sí mismo—. Eso no fue lo que usted me encargó que hiciera.

El hombre le dedicó una mirada llena de aprecio.

—Ya lo encontraremos —aseguró—. De hecho, tu padre y Nico ya están en ello.

El muchacho había empezado a calmarse, pero escuchar aquello lo volvió a alterar.

—¿Nico? —exclamó—. Es un inútil.

—Es mi sobrino —respondió su interlocutor cortante. Noah recordó su lugar rápidamente.

—Lo siento —se disculpó—. No quería ofender.

Su interlocutor se relajó un poco y entornó los ojos.

—En realidad, no has dicho nada que no sea cierto, pero así es la familia. No puedes deshacerte de los inútiles, solo reeducarlos. Por lo tanto, esperemos que tu padre lo haga por lo menos la mitad de bien de lo que lo hizo contigo. Con eso me bastaría.

El joven sonrió de forma sincera y agradecida. Era imposible no sentirse

lleno de orgullo cuando el mismísimo Luca Gabrielli te daba su aprobación.

—Ahora, cuéntamelo todo de nuevo, al detalle.

Noah lo hizo. No se dejó nada, al contrario que con la policía, a quienes había brindado una versión fuertemente censurada. Sobre todo con respecto a quién era su acompañante y al porqué habían estado en el restaurante. «Una cita», fue lo que le dijo al detective de turno y, por supuesto, este no se lo creyó. No importaba. Después de unas cuatro horas de un interrogatorio que no llevó a ninguna parte, el abogado de los Gabrielli lo sacó de allí. Noah odiaba a los polis y a todo lo que representaban. De niño había tenido que ver cómo se llevaban preso a su padre por algo que ni siquiera había hecho y desde entonces había sabido que el sistema al que ellos obedecían no funcionaba. Solo había una manera correcta de hacer las cosas.

—¿Y el primer tirador? —quiso saber don Luca—. ¿Llegaste a verlo?

El joven negó con la cabeza.

—No de cerca. Sé que vi algo moverse en la azotea del edificio de enfrente; debió de atacar desde ahí. También sé que llegó a darle a la chica. Había manchas de sangre en el suelo junto a la salida trasera, por donde huyó. Sabían lo que hacían. Nos estaban esperando.

El jefe asintió, taciturno. Su expresión era indescifrable, enigmática, incluso distante. Sin embargo, Noah entendió al momento lo que estaba pensando; hasta que no apareciera el traidor, la paz entre las familias pendía de un hilo y aquello no era bueno para los negocios.

—No habrá huido muy lejos. Bien, lo que necesito que hagas ahora es irte a casa, ducharte y descansar.

—Pero...

—¿Cuánto llevas sin dormir, hijo? —lo cortó.

—Estoy bien —protestó Noah.

—No te lo estoy pidiendo. —Con esa mirada no se discutía. Se despidió

con un asentimiento de cabeza y se dispuso a abandonar la oficina del jefe.

—Ten tu teléfono encendido —le dijo don Gabrielli antes de salir—. Sospecho que se te va a necesitar pronto.

Como siempre, no se había equivocado. Cuatro horas después, es decir, a las once de la mañana, el tono de llamada de su teléfono lo despertó. Era el jefe.

—Ve al casino —le ordenó—. Usa la puerta trasera y baja directamente al cuarto de la lavandería.

Aquello fue todo lo que necesitó para despejarse. Se vistió en segundos y bajó corriendo hasta donde lo esperaba su Nissan negro. No había conseguido dormir mucho, ni muy bien, tal vez porque la impresión del tiroteo aún lo tenía bastante ansioso, pero sobre todo por la perspectiva de que si no aparecía el traidor pronto, llegarían tiempos convulsos para todo el clan. Tener algo que hacer lo calmó; se concentró en conducir con cuidado y lo suficientemente rápido como para estar cerca del límite de velocidad, pero sin excederlo. Podría argumentar que lo último que le faltaba ahora era que lo detuvieran por pasarse una luz roja, pero en realidad, le gustaba la sensación de caminar sobre una línea sin cruzarla. Eso le hacía sentir que tenía el control.

Aparcó a un par de manzanas del casino, solo por si acaso, y caminó por una calle pequeña y poco transitada hasta llegar al callejón donde se encontraba la entrada trasera. La puerta blindada estaba cerrada, pero Noah tenía la llave. No había muchos sitios en ese edificio a los cuales no pudiera acceder, aunque jamás abusaba de tal privilegio.

El cuarto de la lavandería se encontraba en el sótano, un lugar laberíntico lleno de túneles de servicio, tuberías y maquinaria. Fuera a donde fueras ahí abajo, siempre escuchabas el ruido de los generadores, la caldera o alguna que otra pieza de equipo que mantenía con vida esa parte del negocio. Era como estar en las entrañas de la bestia, mientras que el resto de la gente

caminaba sobre la superficie, ignorando que también eran parte de ella.

Noah abrió la puerta del cuarto de lavandería.

—¡No tengo ni puta idea de dónde se lo ha llevado! ¡Ya he dicho que llevo años sin hablarle! —fue lo primero que escuchó.

El joven cerró rápidamente la puerta y se tomó un momento para observar la escena. Cuatro de los suyos estaban en la habitación: su padre, Nico y dos de los hombres más fieles que tenían, Vinnie y Sonny, ambos pistola en mano. En medio de los cuatro había un hombre sentado en una silla, con cara de resaca y tratando sin mucho éxito de cubrirse los ojos de la luz de los tubos fluorescentes que le daba de lleno. No había que ser adivino para darse cuenta de que era a él a quien había escuchado primero, pero lo que sí le resultó curioso fue el hecho de que lo había reconocido casi inmediatamente; era el luchador sobre el que los Bondaryenko no podían dejar de alardear, el rechazado de la MFA que ahora vivía de las peleas ilegales que los ucranianos le organizaban.

—Estuve fuera la mayor parte de la noche —gruñó este—. Si vino a verme, habrá sido mientras no estaba.

—Seguro que fue considerada y te llamó. ¡Ah, mira! —El padre de Noah tenía un teléfono en la mano, enchufado a un cargador—. Siete llamadas perdidas y un mensaje de voz. ¿Quieres escucharlo?

El luchador abrió la boca, pero Barney no esperó su respuesta y le dio a marcar.

—Usted tiene un nuevo mensaje —anunció la grabadora, y luego—; Blake, amigo, ya sé que debes estar pasándolo en grande, pero sería excelente que me contestaras. Ha pasado algo muy gordo. Llámame.

—¿Quién era ese? —preguntó Nico. Al ver que el interrogado no contestaba enseguida, sacó su pistola y se acercó hasta tenerla prácticamente contra su rostro—. ¿Es que no me has oído, imbécil? Te he hecho una pregunta.

Noah se esforzó por no poner los ojos en blanco. Quizás era por su estatura, no, estaba *seguro* de que era por ello, pero al primo de Mia le gustaba dárselas de tipo duro a la mínima ocasión. «Payaso», pensó Noah.

—Deja de agitarme esa mierda en la cara, enano —bufó el luchador.

—¿Qué me acabas de llamar?

—Basta ya —intervino Barney a tiempo—. Contesta la pregunta del chico, Novak. ¿Quién es Freddy? —añadió, tras mirar la pantalla del teléfono.

—Es solo el dueño del gimnasio donde entreno.

—No me mientas, hijo. No te conviene.

El luchador lo miró con el ceño fruncido.

—Nos conocemos desde hace tiempo —reconoció a regañadientes.

—Sois amigos, buenos amigos. ¿Eso es lo que quieres decir? Bien, averigüemos qué era lo que tu buen amigo Freddy quería decirte. —El padre de Noah volvió a apretar las teclas del teléfono. Sin embargo, tras unos tonos, le saltó el buzón de voz—. Déjale un mensaje y que te devuelva la llamada —ordenó y acercó el aparato a Novak. Este trató de cogerlo pero los subordinados de Barney reaccionaron al instante y le apuntaron con sus cañones.

El luchador resopló frustrado y apartó las manos.

—Freddy, tío, soy yo. Estaba visitando a mi madre y se me descargó el teléfono. ¿Qué mierdas ha pasado? Llámame.

Barney movió la cabeza y miró al luchador con desaprobación.

—Idiota —sentenció.

—¿Qué?

—¿Crees que no sé lo que acabas de hacer? —Apenas un leve asentimiento de cabeza por parte del padre de Noah bastó para que Vinnie y Sonny se acercaran al luchador y lo agarraran de los brazos.

—¡Oye! ¿Qué coño pasa? —Como era de esperarse, este se resistió.

Noah permanecía en silencio contemplando la escena y tratando de entender qué pretendía su padre con una muestra de fuerza bruta. Hasta entonces, había creído que Novak estaba colaborando. Sin embargo, entendía la frustración de ir dando palos de ciego. Imaginó entonces que la clave sería usarlo de cebo para que la cabrona que había salido huyendo regresara a ellos con el maldito dinero y el video prometido. A raíz de ese pensamiento, el joven sintió cierto alivio. Quizás todo podía arreglarse.

—Cállate y siéntate —ordenó Barney—. Esto no es un maldito juego. Si hubieras tenido dos dedos de frente, ya hubieras avisado a tus amigos ucranianos, pero no lo hiciste. Es decir, aparte de desgraciado, eres estúpido. Bien, eso te lo puedo perdonar porque lidio con muchos idiotas en mi profesión, pero lo que no me gusta es uno que se cree listo. No sé en qué has pensado cuando trataste de mandarle ese mensajito secreto a tu amigo, campeón, pero de todas las personas por cuyas manos pasó el dinero, aquí solo estás tú. Así que te preguntaré una vez más —esta vez, sus palabras vinieron acompañadas del sonido de un bate de madera siendo retirado de la mesa—, ¿dónde está tu novia y dónde está el dinero?

Noah no pudo evitar sorprenderse de lo ágil que había estado su padre ahí. Él no tenía referencias para llegar a la conclusión de que el luchador estaba transmitiendo algún tipo de mensaje, pero al parecer su padre sí. Aquello intensificó su curiosidad, así como su admiración. Mientras él había estado durmiendo, su padre había hecho los deberes.

El luchador, por otro lado, se revolvió, aunque los guardias ya habían hecho lo suyo atándolo a la silla de forma brusca. Ahora le darían una lección, y pudo distinguir en la ansiedad de Nico que este había llegado a la misma conclusión.

—Te juro que no lo sé —insistió el luchador, exasperado—. Ni siquiera sé qué mierda está pasando.

Pese a todo, Noah sintió cierta lástima por el tipo. Probablemente se merecía la paliza que estaba a punto de recibir, pero estaba seguro de que ese Blake ni siquiera concebía aún la magnitud colosal del lío en el que se había metido.

—¿Disfrutando del show, McKay? —inquirió Nico con una sonrisa burlona cuando por fin reparó en Noah—. Espera, que esto está a punto de ponerse mejor. Ya sabes lo que ha ordenado mi tío. Hay que sacárselo como sea — Esto último, lo dijo con un tono de soberbia exagerada.

—Última oportunidad, hijo —dijo Barney, el padre de Noah.

—¡Oh, por Dios! Solo golpéale ya —se quejó Nico.

—De acuerdo, ¡espera! Si Jessica está en problemas, habrá ido con Jim, su novio. Probablemente esté ahí. —Al luchador por fin pareció encendérsele una neurona.

Barney arqueó una ceja.

—¿Por qué fue a tu casa, entonces?

—Yo que sé. Tal vez quería joderme más la existencia o tal vez solo le quedaba de camino.

—Tal vez deberíamos dejar de escuchar las estupideces que dice este gilipollas y empezar a sacarle la verdad a golpes. —Nico, tan paciente como siempre, se acercó a Barney y lo miró desafiante—. Puedo hacerlo yo si te tiembla la mano, viejo.

Aquello Noah ya no lo podía tolerar. Sobrino del jefe o no, no iba a permitir que le faltara el respeto a su padre. Dio unos pasos hacia Nico, sabiendo perfectamente que, siendo el retaco inseguro que era, eso se lo tomaría como una amenaza. Así fue.

—¿Tienes un problema con lo que he dicho, Huesos?

A Noah le gustaba su apodo, se lo había ganado cuando de adolescente había partido unos cuantos huesos a los crápulas de los Costello en una pelea,

pero que Nico lo dijera con aquel tono burlón le sacó de quicio.

—De hecho, sí. Creo que deberías ir a sentarte en una esquina y dejar que los que saben se encarguen de esto. Tú límitate a aprender, *Nicolo*.

Podía ver, por la expresión rabiosa del sobrino del jefe, que este estaba a punto de cometer alguna estupidez. Si bien Noah estaba plenamente seguro de su capacidad de reducir al canijo, se regañó mentalmente por haberlo provocado, además de llamarlo por un mote que detestaba. Se suponía que era el más maduro de los dos.

Afortunadamente para todos, ahí fue cuando la puerta se abrió y el mismísimo Luca Gabrielli entró por ella, acallando cualquier tipo de queja o protesta con su mera presencia. Se notaba, además, que no estaba del mejor humor, probablemente porque habría visto todo el interrogatorio desde las pantallas de seguridad y la falta de resultados le habría agotado la paciencia.

La gente se apartó como si fuera el mar rojo ante Moisés cuando caminó y se detuvo a unos escasos pasos del luchador atado.

—Dame el teléfono —ordenó el Pirata, y Barney el Verde, su segundo al mando, obedeció sin decir nada.

—¿Qué haces? —preguntó Novak, y Noah lo miró alarmado. Ese tipo realmente no tenía idea de cuando había que callarse.

—Estoy llamando a tu novia —respondió el jefe como si fuera lo más normal del mundo. El teléfono no lo tenía en altavoz, por lo que Noah no pudo escuchar bien lo que sonaba al otro lado, pero asumió que habían descolgado en cuanto Gabrielli volvió a hablar con el mismo tono calmado:

—Hola, Jessica. Me imagino que ya sabes quién soy y lo que significa que te esté llamando desde este número. Puedes quedarte callada si quieres, pero te recomiendo que escuches. Tienes algo mío, algo que me prometiste y no has cumplido. El que lo vaya a recuperar es un hecho, lo único que queda por determinar es cuándo y qué haré contigo. Ten por hecho que, mientras más

esperes, menos te va a gustar la respuesta a esa segunda pregunta. Y, por cierto, si no me llamas en los siguientes treinta segundos, puedes despedirte de Blake Novak.

Dicho esto, colgó. Durante unos segundos, reinó el silencio.

—Espera un momento. —El luchador reaccionó—. ¿No estarás hablando en serio, no?

El Pirata miró a uno de los guardias y, sin apenas asentir y mucho menos decir nada, la orden quedó más que clara. Sonny apuntó a la cabeza del interrogado.

—Veinticinco segundos —informó el jefe de los Gabrielli al mirar su reloj suizo.

—¡Vamos, hombre, no tengo nada que ver con esto! —gritó Blake con una mezcla de indignación y desesperación.

—Veinte.

—¡Ya os he dicho todo lo que sé! ¿En serio creéis que soy tan estúpido como para tratar de engañaros?

—Quince.

—Estás perdiendo el tiempo, tío. Jessica me odia. No arriesgaría ni...

—Diez.

Noah bajó la mirada, decepcionado. Allí todo el mundo era consciente, excepto Nico quizás, de que el pato lo iba a pagar un pobre gilipollas que se había visto sorprendido en medio del fuego cruzado. No iba a servir de nada cargarse a ese luchador más que para tener que dar un montón de explicaciones y cuantiosas compensaciones a los ucranianos por la pérdida de una buena fuente de ingresos. Tampoco les convenía cabrear a ningún aliado. Sin embargo, también sabía que Luca Gabrielli no podía, y seguramente no quería, echarse atrás. Si esa cabrona no llamaba, las cosas iban a ponerse aún más feas y esa muerte no dejaría de ser más que un daño colateral.

—¡Mierda! ¡Vamos! —suplicó Novak. Se retorció de sus ataduras como una serpiente ensartada—. ¡No toqué tu puto dinero! Pero si me dejas ir, te juro que lo encontraré. Puedo resolver esto. Puedo encontrarla. Puedo....

El teléfono sonó y Noah se tensó, expectante. El Pirata descolgó y escuchó unos segundos sin decir nada.

—Sigue vivo —dijo finalmente—. Claro que el precio por mantenerlo así va a ser todo lo que me debes. Eso incluye mis dos millones de dólares.

Otro silencio. Noah podía oír la respiración agitada del luchador, quien, a su vez, parecía esforzarse más que nadie por escuchar lo que se decía del otro lado de la línea. Nuevamente, le dio lástima.

—Ese es tu problema, Jessica. Saliste corriendo y anulaste nuestro trato. Ahora me lo debes todo.

¿Qué se le podía ocurrir a aquella chica para salir de esa? En base a la breve interacción que habían tenido en el restaurante, Noah podía asegurar que ella tenía agallas, pero también que era una novata. Volvió a mirar al luchador y pensó: «qué mala suerte tienes, cabrón».

Al cabo de un rato, el jefe dejó de escucharla y puso el teléfono sobre la mesa.

—Habla —le indicó a Novak.

Este miró el aparato como si fuera a explotar en cualquier momento.

—¿Jessica? —preguntó.

—¿Blake? —se escuchó en el altavoz.

Noah reconoció la voz de inmediato y le vino a la cabeza de forma muy vívida el recuerdo de su encuentro con la chica. Se habían reunido en un restaurante atestado de gente en uno de los barrios de clase media de la ciudad. La primera condición había sido que acudiera el jefe, pero este se había negado y lo había escogido a él como hombre de confianza. Por cuestiones obvias, muy pocos sabían nada del trato, incluyendo a Nico, que

estaba ahí sin tener prácticamente ni puta idea.

El caso es que se le había exigido que acudiera solo al interior del local y totalmente desarmado. Algo que, de haberlo cumplido, ahora mismo no podría contarlo. Lenny había sido uno de sus hombres apostados en el interior para vigilarlo y ahora estaba en el hospital, recuperándose de un balazo que había ido dirigido a Noah.

No obstante, la idea siempre había sido la de un intercambio rápido; una bolsa con dos millones de dólares a cambio de un vídeo que incriminaba a un supuesto traidor entre las familias asociadas. Una prueba irrefutable para obtener el permiso de acabar con él. Si Noah veía el contenido y lo daba por válido, la chica le habría dado la única copia que le habían asegurado que existía y él, a cambio, le habría entregado la bolsa de dinero, con un dispositivo de seguimiento camuflado para darle caza posteriormente, razón por la cual ahora tenían a Blake Novak atado a una silla. Si por el contrario, las imágenes no le hubiesen convencido, se habría dado media vuelta y no habría habido trato. ¿Fácil, no? Sin embargo, de nada había servido tanta discreción; el supuesto traidor debía de haber estado al tanto, teniendo en cuenta los resultados. Eso dejaba a Gabrielli un panorama bastante desolador. Por un lado, corroboraba la veracidad del contenido de la grabación sin haberla llegado a ver. Por otro, confirmaba el hecho de que quizás no se trataba de uno solo, sino de unos cuantos que trabajaban en equipo y sabían muy bien lo que hacían. ¿Con qué intención? Tener el poder no te aseguraba que fueras capaz de mantenerlo, y esa era la lección número uno que el padre de Nico había aprendido cuando habían nombrado a su hermano menor jefe, en lugar de a él.

Noah reflexionó entonces que, muy a su pesar, el porqué no importaba. Solo el quién y el cómo frenarlo. Y para ello, primero tendrían que saber quién coño era. Estaba seguro de que el Pirata iba a hacer lo que hiciera falta para

conseguirlo.

—¿Qué coño has hecho? ¿Estás herida? ¿Qué te ha pasado? —La voz del luchador sacó a Noah de sus pensamientos

—Estoy bien, por ahora —contestó la aludida—. Escucha, Blake, no tuve elección. Tuve que dejar algo en tu casa anoche, una bolsa negra deportiva con mucho dinero dentro. No sé dónde la has puesto, pero se la tienes que dar a Luca Gabrielli. —Hizo una pausa—. Le pertenece.

Entonces Blake emitió un ruido que a Noah le recordó a un perro rabioso.

—¿Crees que no sé eso ya? Estoy sentado en un puto sótano con Luca Gabrielli y tíos apuntándome a la cabeza gracias a ti y a tu maldita bolsa. Si la tuviera, se la daría, necia.

Pausa.

—¿Como que «si la tuviera»? ¿Quién la tiene, sino tú? —preguntó la chica.

—¿Cómo voy a saberlo? Llegue tarde a casa, no encendí las luces, no vi ni el maldito baño de sangre que habías dejado por todo el apartamento, ni mucho menos una bolsa. Y por la mañana había dos hijos de puta irrumpiendo en mi casa.

—¿Cómo me acabas de....

—Cállate, Nico —ordenó Barney.

La línea se volvió a quedar en silencio, tanto que hasta a Noah se le contagió la ansiedad del luchador.

—¡Jessica! —bramó este.

—¿Por qué mierdas no encendiste las luces?

—¿Qué tiene que ver eso?

—Solo contesta —exigió ella.

Ahora, extrañamente, era Blake el que había dejado de hablar. Noah lo observó con sospecha. ¿Acaso tenía algo que ocultar, después de todo?

—Contéstale —ordenó Luca.

Entonces Novak cerró los ojos y suspiró. La cara que puso era de las que uno tenía cuando llegaba a la conclusión de que la había cagado a lo grande.

—Estaba con una chica —reconoció.

Noah arqueó las cejas y por un momento casi sonrió. Luego se acordó de cómo estaban las cosas y volvió a su rictus serio y contrariado.

—Idiota —reiteró Barney.

—No puedo creérmelo. —Se escuchó la voz de Jessica—. ¿Estás diciendo que has dejado que una zorra cualquiera se pasee por tu casa y te robe dos malditos millones de dólares?

—Serás hija de puta —rugió Blake—. Me los has dejado sin decirme nada y te has fugado.

—Te he llamado mil veces —repuso la otra—. No es mi culpa que no puedas atender tu maldito teléfono, pedazo de inútil.

—Te juro que si estuvieras aquí te mataría yo mismo.

—Suficiente —dijo el Pirata. No llegó ni siquiera a alzar la voz y, sin embargo, los dos se callaron. Noah no sabía cómo lo hacía; debía de ser algo innato—. Los dos me debéis el contenido completo de esa bolsa. Jessica —añadió, mirando el teléfono—, cuando digo «completos», ¿sabes a lo que me refiero?

—Si. —respondió sumisa.

Noah captó que estaba hablando de la grabación y eso corroboró sus sospechas de que Nico seguía sumido en la ignorancia, así como probablemente los otros dos. Que confiara en él y en su padre, y no en su propia familia, era otro motivo de orgullo. Lo que no acababa de entender era por qué no le preguntaba directamente a la aludida quién aparecía en la cinta. Es decir, sabía que sin la prueba ninguna de las familias daría su aprobación para exterminar al traidor, pero tener una idea de quién podría ser sería de bastante ayuda. Noah determinó entonces que Luca sabía lo que hacía, así que

dejó de cuestionárselo.

—Bien. Tienes veinticuatro horas. —Dicho esto, Luca colgó el teléfono y le hizo una seña a los guardias para que desataran al luchador.

—¿Estoy libre de irme? —preguntó este con desconfianza.

—Estás libre de hacer todo lo posible para encontrar mi dinero —fue la respuesta que recibió—. Tal y como has prometido.

Noah había tenido la oportunidad de ver la cara de un hombre en el momento en el que tomaba consciencia de que iba a morir. Ahora estaba viendo a uno que había vendido su vida, y encima lo había hecho barato. Por un momento pensó que aquel idiota impulsivo iba a estallar y hacer algo imperdonable, y entonces, tanto Noah como los demás presentes (incluso Nico, no había forma de que fallara a esa distancia), se asegurarían de que no viviera para contarle. En vez de eso, solo apretó la mandíbula, se frotó las muñecas y asintió.

—De acuerdo —aceptó.

—¿Quién era la chica? —Fue la primera pregunta que hizo el jefe, y la más obvia.

—No le va a gustar la respuesta —respondió el luchador y bajó la cabeza, en actitud sumisa. Noah pudo apreciar que finalmente se había rendido. No había nada como darte cuenta de que la habías cagado para que se te bajaran los humos—. Pero se lo contaré todo.

—Adelante.

—Ayer tuve un combate. Ella me dijo que estaba entre el público, pero no la conocí hasta que no estuve en la discoteca. El club de la calle Ferry, de los Bondaryenko. Nunca la había visto antes. No era la típica chica que encuentras en ese lugar. Llevaba tatuajes y el pelo rosa, era muy atractiva. —Nico soltó una carcajada llena de indignación, pero la mirada que le lanzó su tío hizo que no dijera ningún tipo de comentario al respecto. Noah sonrió para sus adentros

por su derrota, pero enseguida volvió toda su atención a Novak, que continuó con su relato—: Me dio la sensación de que me retaba. Quizás me tomó el pelo desde el principio, no lo sé. El caso es que me invitó a ir con ella y acepté. Me dijo que se llamaba Butterfly, ni un detalle más. Era muy esquiva con su verdadera identidad. Sinceramente, en ese momento no me importó. Obvios son los motivos. Entonces fuimos a una fiesta de la avenida, allí la gente la conocía. Era en una vivienda. Puedo empezar buscándola por ahí.

—¿Te das cuenta, campeón, de que tu historia tiene demasiados huecos para ser creíble? —intervino el padre de Noah—. ¿No te dio su teléfono, por lo menos?

—Ya os he advertido que no os iba a gustar. No me dio nada y tampoco creo que tuviera intenciones de volverme a ver, sobre todo después del espectáculo que debió encontrarse al salir de mi dormitorio. Lo siento, pero, ¿qué más puedo añadir? Conocí a una chica guapa, acabamos en mi piso y me robó. Es lo que hay.

Esta vez Noah no pudo reprimir la carcajada. La mirada que le dedicó su padre hizo que se arrepintiera al instante.

—¿Dónde más estuvisteis antes de acabar en tu piso? —preguntó el jefe con su tono taimado, pero seco. Noah tenía curiosidad por saber cómo iba a afrontar esa nueva información, o más bien, la falta de ella.

—Después fuimos a comer unas hamburguesas a un *diner*, el camarero también la conocía. Luego a la playa, al parque de atracciones y finalmente a mi cama.

—¿Al parque de atracciones? —preguntó Noah—. ¿De qué horas estamos hablando?

—Estaba cerrado. Nos colamos dentro, dimos una vuelta y nos fuimos.

Noah se fijó entonces cómo miraba Gabrielli al luchador, sin embargo, continuó sin poder sacar ninguna conclusión. Era una característica del jefe

que siempre le había fascinado, una intimidación implícita en sus gestos que no dejaban entrever ninguna emoción. Excepto con su hija, a ella nunca la miraba así.

Nico estaba inquieto, quizás guardaba la esperanza de que finalmente acabaran a palos con Novak. Entonces, Barney fue a abrir la boca para seguir con el interrogatorio, pero alguien llamó a la puerta. Luca el Pirata hizo un gesto a Vinnie el Gordo, para que abriera. Era Anthony, el encargado de personal del casino.

—Don Luca, siento la interrupción —le dijo en un susurro al jefe, pero Noah llegó a escucharlo—. Su hija está aquí y ha demandado verlo, con urgencia.

Noah McKay no pudo evitar mirarlos, preocupado. Tras lo acontecido, probablemente todo el clan estaba en peligro y más aún la familia directa del jefe. Si algo le pasaba a Mia, Noah jamás podría perdonárselo.

Luca notó que los estaba mirando y eso hizo que se sintiera un poco avergonzado por lo entrometido que estaba siendo. Por suerte, su preocupación fue interpretada correctamente, porque don Luca lo llamó con la mano y lo llevó aparte, hasta la puerta de la lavandería.

—Ve con Mia —ordenó. Sabía que los había escuchado—. Asegúrate de que esté bien y dile que subo en un rato. Entretenla mientras.

Aquello apenas se podía considerar una tarea; Noah y Mia se llevaban muy bien, lo hacían desde pequeños; salvo por algún que otro malentendido de hacía mucho tiempo y que no venía para nada al caso. Asintió, muy serio, y se retiró del lugar.

Capítulo 8. En la cuerda floja

Mia se dio los últimos retoques de maquillaje en los brazos antes de salir del apartamento de su amiga. Fue en ese preciso momento, atenta al reflejo que le devolvía el espejo, cuando cayó en la cuenta de que quizás sería la última vez que tendría que tapar todos sus tatuajes y vestir como una virginal colegiala. Charlotte ya se había ido a por su novio y, en menos de una hora y media, los tres estarían rumbo a Los Ángeles para empezar una nueva vida, una en la que por fin Mia y Butterfly serían la misma persona.

Estaba expectante, nerviosa, podía ser que incluso un poco asustada, pero sobre todo, segura, segura de que las cosas por fin iban a cambiar, y para mejor.

Ella y Charlotte habían acordado que lo mejor era dejar la bolsa con el dinero en el piso. Sacarla era un riesgo, por lo que las dos iban a darse prisa en volver cuanto antes. Dejar dos millones de dólares en casa tampoco era la mejor de las ideas, y si no, que se lo preguntaran a aquel guapo sicario.

Una vez hubo aparcado en la entrada monumental de su casa, corrió por la escalinata que daba acceso a la puerta principal. Lo primero que planeaba hacer era darle un abrazo a su padre, el de despedida. Luego le diría que si le daba la gana, se casara con la doctora, que a ella ya no le importaba. Imaginaba que eso lo haría feliz e impediría que tuvieran lugar las preguntas incómodas.

Antes de acceder al interior, se tomó un momento para pensar en si aquello la ponía triste o si sentiría alguna pena por no verlo en bastante tiempo. Casi al momento decidió que no. Al fin y al cabo, ya que estaba dispuesto a sustituir a su madre, lo más probable era que también acabara por sustituirla a ella. No se merecía su pesar.

—Señorita Gabrielli —saludó Dolores, una de las asistentas—. Bienvenida a casa.

—Gracias, Dolores. ¿Dónde está mi padre? —preguntó. El corazón le latía a mil por hora y no sabía si era por la carrera o porque en realidad seguía hecha un manojo de nervios después de todo lo que le había ocurrido en cuestión de horas.

—Ay, señorita. Se fue hace un rato. Me dejó el recado de decirle que lo esperara para cenar. También me pidió que...

—¿Se ha largado? —exclamó Mia, incrédula. Hacía menos de media hora le había exigido que fuera urgentemente a casa porque tenían que hablar y ahora el muy capullo se había ido y la había dejado allí, plantada. Desde luego que no iba a esperar a la cena. Aquello era cronológicamente imposible.

—Sí, señorita, pero debe...

—Disculpa, Dolores. ¿Sabes a dónde fue? —Mia era consciente de que estaba siendo muy descortés al interrumpir a la asistente tan bruscamente, pero estaba demasiado indignada.

—Al casino, pero ya le digo que...

Mia no la dejó acabar la frase y, tal y como había entrado, salió por la puerta. Escuchó que Dolores le gritaba algo, pero estaba demasiado furiosa como para detenerse. Si su padre había pensado que lo iba a esperar, lo llevaba claro.

Condujo hacia el casino sin prácticamente pisar el freno. Ni siquiera le importó saltarse el límite de velocidad y un par de señales de tráfico.

Cuando llegó, le entregó las llaves al *valet* para que se entretuviera él en aparcar y fue directa a la recepción. La mayoría de empleados no la conocían, no pasaba mucho tiempo en el casino-hotel. Sin embargo, Anthony, el jefe de personal, la había visto crecer, así que decidió que era mejor preguntar por él en vez de ir directamente a por su padre.

Cuando Anthony acudió ante ella, le dejó muy claro que necesitaba ver urgentemente al jefe. El hombre acató la orden y ella determinó que sería mejor esperarlo en el bar, en vez de allí, de pie.

A medida que los minutos pasaban, Mia empezó a calmarse. Aún le quedaba una hora antes de reunirse con Charlotte. No iba tan justa de tiempo como se había pensado. De modo que, más relajada, sacó su cuaderno y se puso a dibujar. Empezó por un brazo, luego un torso, y cuando se dio cuenta de a quién estaba dibujando, desestimó el boceto. Volvió a intentarlo, pero entonces se vio sorprendida por una voz muy conocida.

—¿Qué estás dibujando, Pulgarcita? —La joven se sobresaltó perceptiblemente y aquello debió inquietar a su interlocutor, porque frunció el ceño y le preguntó—: ¿Te ha pasado algo?

—¡Noah! —exclamó ella un tanto acelerada—. ¿Pasarme algo? ¿Por qué iba a pasarme nada? Vine a ver a mi padre. Está aquí, ¿no? Dolores me dijo que estaba aquí. ¿Y ese traje? ¿Es nuevo? Me gusta más cuando vas menos formal. Ahora pareces mayor.

Su amigo de la infancia rio divertido. Mia se castigó a sí misma por estar actuando tan mal y se propuso respirar hondo para recuperar el control. Sin embargo, y de forma muy repentina, se le ocurrió que tampoco lo vería a él en mucho tiempo y aquello sí que la puso un tanto triste. Noah y ella no pasaban muchos ratos juntos últimamente, pero siempre había sido uno de los pilares de su vida, sobre todo cuando había muerto su madre. Alguna vez había tratado de contarle la verdad sobre sí misma, sincerarse del todo para que la conociera como lo hacía Charlotte, pero tenía miedo de que la relación tan íntima que él mantenía con su padre los pusiera a los dos en un conflicto de intereses.

—Eso es bueno ¿no? Y sí, tu padre está aquí, pero está algo ocupado ahora mismo. Ha pedido que lo esperes. ¿Todo bien?

—De maravilla —aseguró ella y fue incapaz de añadir nada más. Noah no tardaría en darse cuenta de que no estaba siendo sincera.

—¿Qué tal las clases? —le preguntó él—. ¿Ya has hecho Derecho Procesal con el profesor Kowalski? Sé que el viejo intimida y el temario es infernal, pero con mis apuntes te aseguro que tienes la asignatura superada. Los conservas, ¿no?

—Sí. Los conservo. Gracias, Noah —Mia se sintió culpable de nuevo. A veces, la envidia le hacía odiarlo por qué él era todo lo que a ella no le dejaban ser. Incluso había disfrutado de la misma carrera que cursaba ella y se la había sacado en tiempo récord. No obstante, Mia tenía muy presente que era un odio injusto por el que se sentía avergonzada. Noah no hacía más que buscar su aprobación y claro que la tenía. Si no hubiera sido por él, por ejemplo, aún estaría en el primer año de universidad.

—¿Sabes si va a tardar mucho? Mi padre, digo.

—Seguro que no —le respondió él—. ¿Te pido algo? ¿Un zumo de naranja?

—¿En serio, Noah? ¿Un zumo? Ya no tengo diez años, ¿sabes?

Los dos se sonrieron y aquello hizo que la joven recuperara la seguridad en sí misma. Tenía la sensación de que sus emociones se habían subido en una gigantesca montaña rusa.

—A lo mejor quieres almorzar. Podemos ir al restaurante y esperar ahí, ¿te apetece? —Le ofreció él y se pasó una mano por su corto cabello rubio. Cuando eran pequeños, a veces los habían confundido pensando que eran hermanos. Ellos habían seguido la broma hasta que, bueno, hasta que Mia decidió hacer de las suyas y ponerlo en la cuerda floja. No se arrepentía de aquello, pero tampoco quería recordarlo.

—No tengo hambre, pero gracias. ¿Quieres tomar algo tú? ¿Un zumo de manzana, quizás? —Noah volvió a sonreír y le indicó al camarero que les atendiera. Cuando se acercó, Mia pidió un zumo, sí, pero con un añadido de

vodka. Él se limitó a pedir un café—. Si me guardas el secreto, prometo no decirle a mi padre que me has incitado a beber alcohol a estas horas.

—Estás hecha una rebelde, Mia Gabrielli —bromeó él.

—Brindemos por eso, entonces.

Ella dio un trago largo a la bebida y se percató de que Noah la estaba observando fijamente. Enseguida bajó la mirada. ¿Acaso sabía algo? ¿Por qué la estaba haciendo esperar su padre? ¿Por qué le había dicho que tenían que hablar de algo importante? No se le había ocurrido pensar en ello y, al caer en la cuenta, le empezó a temblar el pulso. Escondió las manos bajo la barra y estiró el cuello y la espalda. Luego soltó el aire que había estado conteniendo y decidió que a partir de ese momento tenía prohibido pensar.

—¿Y tú cómo estás, Noah? ¿Todo bien?

—Noche difícil —confesó el joven de ojos azules—. Pero sí. Todo bien. Ya sabes, trabajo.

Y ahí estaba uno de los motivos por los que ya no hablaban tanto, los dos tenían secretos que no querían compartir.

—Ya... —susurró Mia y en ese momento apareció su padre, con su andar sereno y el mentón alzado, digno de un jefe.

—¿Por qué has venido al casino, Mia? —exigió saber al llegar a su lado. Ni un beso, ni un hola, ni nada. Mia descartó lo del abrazo de inmediato.

—¿Querías verme, no?

—Le dije a Dolores que te comunicara que nos veríamos para la cena.

—Es que tenía ganas de verte.

La joven se percató de la incomodidad de su amigo, pero a su padre no parecía importarle su presencia. Después de todo, sí que parecían hermanos, aunque menos mal que no lo eran.

—Está bien —admitió Luca—. ¿Has comido algo? ¿Quieres almorzar?

—Con el zumo está bien, papá.

—Un zumo no es suficiente, Mia.

—Si me disculpáis, creo que... —Noah intervino.

—Sí, desde luego. ¿Puedes esperar en mi despacho, Noah? Hay algo que quiero decirte.

—Como ordene, don Luca —aceptó el chico, y finalmente padre e hija quedaron a solas.

—Siento lo del otro día —empezó la joven.

—Me alegro de oír eso, Mia. —Y tras esas palabras, reinó el silencio. Un silencio incómodo y prolongado. Fue su padre quien decidió romperlo—. Tengo que pedirte algo.

La joven arqueó una ceja.

—No me lo dijiste de la mejor de las maneras, ¿sabes?

—Lo sé —reconoció él.

—¿La quieres?

—Si no, no me casaría.

—¿Cuándo pasó?

—No sucedió de la noche a la mañana, si eso es lo que estás preguntando.

No, no era lo que estaba preguntando. Solo quería saber cuánto tiempo llevaba mintiéndole con eso también.

—Es que no entiendo de dónde has sacado el tiempo para conocerla, para enamorarte y para decidir que quieres casarte. Te pasas el día aquí, siempre trabajando.

—Y tú en la universidad, hija. De hecho pasas tanto tiempo estudiando que no entiendo como no has acabado aún la carrera.

Aquello cabreó a Mia; no estaban hablando de ella, tampoco había ido ahí a discutir, solo a dejar las cosas en paz para poder largarse sin ninguna espina clavada. Estaba claro que eso no iba a suceder.

—Muy bien, pues entonces solo puedo darte mi enhorabuena. Espero que

seas muy feliz.

—Mia... —suspiró su padre.

—Ah, y por cierto, no me esperes para cenar. Tengo que estudiar.

La joven hizo ademán de levantarse, pero su padre la detuvo con un rápido movimiento que la dejó atónita.

—Hay algo que tienes que saber —dijo con una voz taimada, incompatible con el gesto que acababa de hacer—. Lo siento mucho, pero a partir de ahora van a cambiar un poco las cosas. No quiero entrar en detalles y aburrirte, pero estoy teniendo unos problemas de seguridad con el casino y me veo obligado a tener que ponerte vigilancia. Espero que lo entiendas.

Mia no dijo absolutamente nada. Estaba demasiado conmocionada para hacerlo. ¿Vigilancia? ¿Problemas de seguridad? ¿Acaso se creía que ella era imbécil o qué? Sí, por supuesto que lo pensaba. Por eso se iba a largar tan lejos como pudiera, en aproximadamente media hora.

—¿Has escuchado lo que he dicho? —insistió él.

—Por supuesto —dijo ella, pero en su tono no pudo disimular la rabia que estaba conteniendo.

—Noah te llevará a casa.

—Imposible.

—¿Como que imposible?

—He venido con mi coche —se justificó ella.

—Muy bien, ya ordenaré que alguien lo lleve de regreso a casa.

—¡No! —exclamó rotunda.

—¿No? —Los ojos de su padre se clavaron en Mia, como si tratara de intimidarla.

—No puedo. Ya te he dicho que tengo que estudiar. He quedado...

—Pues quizás deberías dejar la universidad hasta que las cosas se pongan bien.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué pasa con Karen? ¿A ella también le vas a poner vigilancia? ¿O la vas a encerrar con nosotros en casa?

—Quizás no sea una mala idea.

Mia puso los ojos en blanco.

—No va a entrar en casa hasta que estéis casados. Eso sería muy indecoroso, don Luca.

—Ya está bien, Mia. Entiendo que todo esto no te guste. Créeme cuando te digo que a mí tampoco. No te voy a pedir que dejes la universidad, no me imaginaba que te gustara tanto. Sin embargo, vas a tener vigilancia, y Noah te va a llevar hoy a casa. Se acabó la conversación.

—Sí, estoy de acuerdo.

—Espera a que venga Noah. Nos veremos para cenar.

Su padre se levantó y trató de darle un beso, pero debió arrepentirse, porque finalmente se dio la vuelta y se fue por donde había llegado.

Mia no daba crédito. Ojalá nunca hubiese venido a despedirse. Noah podría llevarla a casa, pero ella a la hora de la cena estaría, como mínimo, en Tulsa.

Capítulo 9. Amigos

Noah llevaba un buen rato esperando. Aquel encuentro con Mia lo había puesto nervioso y ahora se encontraba dando pequeños golpecitos al apoyabrazos del sillón con la punta de los dedos. Se preguntó qué era lo que padre e hija podrían estar diciéndose. Sin duda, algo sobre el tema de la vigilancia. A Mia no le iba a gustar, pero no había otro remedio. Ya se encargaría él de explicárselo si hacía falta.

La puerta del despacho se abrió y el joven se levantó enseguida, expectante. El jefe le indicó que volviera a sentarse. Luego caminó hasta el minibar y se sirvió un vaso de bourbon y le brindó a Noah otro igual.

—Hay varias cosas que necesito pedirte —dijo el jefe y le dio un trago a su bebida. Noah lo imitó—. Para empezar, lo de ayer nos ha dejado expuestos. La policía no es un problema, pero los medios sí, y si bien tú has quedado como el héroe que defendió a un montón de gente inocente de un psicópata, eso hace que el foco esté puesto en ti. No es lo que más nos conviene en estos momentos, ¿lo entiendes?

—Perfectamente —corroboró el joven.

—Necesito entonces que mantengas un perfil bajo por un tiempo. Si bien se ha evitado que tu nombre salga en todas las noticias, siempre está la posibilidad de que algún entrometido que se crea el próximo Truman Capote te quiera contactar. Si pasa eso, házmelo saber a mí o a tu padre, que ya nos ocuparemos de que no te molesten. Y, obviamente, trata de no dar entrevistas.

Noah tardó unos segundos en darse cuenta de que esto último era una broma. Y solo lo hizo porque Luca el Pirata se permitió esbozar una sonrisa irónica.

—Lo intentaré —aseguró, tras una pequeña carcajada.

—Bien. Lo otro tiene que ver con Blake Novak. Tú serás el encargado de

acompañarle en busca de esa Butterfly. Seguir la ruta que ha contado que hicieron y dar con ella. La quiero viva. Ten en cuenta que por lo que ha dicho, o bien la chica está implicada de algún modo en esto, o él nos ha mentado, y en ambos casos, alguien va a tener que pagar por ello. De momento, lo he enviado a su casa con Vinnie, pero lo que quiero no es que tenga una niñera, sino que más bien, un amigo. —Gabrielli entornó los ojos y miró al muchacho fijamente—. Alguien que pueda ganarse su confianza y con quien pueda sincerarse, ¿te queda claro?

—Creo que sí. Me está pidiendo que le saque información, ¿no?

—Sácale todo. Hasta las cosas que no cree que sabe.

Noah sonrió de medio lado.

—De acuerdo —dijo—. Puedo hacerlo.

—No tengo ni la menor duda de ello. Ahora, una cosa más. También necesito que lleves a Mia a casa. Tal y como están las cosas, no puedo arriesgarme y dejar que vaya sola por ahí. Si quieren hacerme daño, ella puede ser un objetivo.

—Por supuesto —contestó Noah inmediatamente—. Supongo que necesitara que alguien la vigile, ¿no?

—Ya me hice cargo de eso. Solo asegúrate de que llegue sana y salva. ¿Has dejado el coche en el casino?

—No, lo aparqué a unas calles de distancia.

—Lleva el de tu padre. Después lo traes de vuelta.

El joven asintió y se levantó.

—¿Algo más? —preguntó por si acaso.

—Tienes más que suficiente con eso. Ve y haz que me sienta orgulloso.

Cuando Noah bajó al vestíbulo, Mia lo estaba esperando. Tal y como había imaginado, no se la veía nada contenta.

—¿Nos vamos?

—Qué remedio —gruñó ella.

Noah le pasó un brazo por encima de los hombros de forma cariñosa. Con su metro noventa de estatura, Mia le quedaba a la altura perfecta.

—Es por tu bien. Además, podría ser peor. ¿No te acuerdas cuando perdiste tu permiso de conducir y por un mes Vinnie el Gordo tenía que llevarte a todas partes?

—Eso no me consuela, pero aprecio el intento.

Los dos se dirigieron hacia el exterior. El *valet* ya tenía preparado el todoterreno de su padre en la entrada del casino y los estaba esperando. Le entregó las llaves y los dos accedieron al interior.

—¿Sabes que se ha prometido? —soltó Mia de repente.

Noah arrancó el coche.

—Sí, era de imaginar.

—¿Perdona? ¿Desde cuándo sabes que están juntos? Yo no hace ni veinticuatro horas que me he enterado.

Noah se puso tenso. Quizás había hablado más de la cuenta. No tenía ni idea de cuán partícipe le había hecho su padre de su relación con la doctora, pero él, como uno de sus hombres de confianza, había estado al tanto casi desde el principio.

—Yo...

—Da igual, no me lo digas. Guárdate el secreto. Ya sé cómo va esto.

Se hizo un silencio incómodo. Noah no estaba seguro de cómo remediarlo así que puso algo de música y Johnny Cash sonó a un volumen considerable.

Mia se hundió en su asiento y miró por la ventanilla. El joven podía llegar a entender cómo se sentía, a nadie le gustaba que lo dejaran al margen. Sin embargo, tampoco creía que hacerla parte de todo le hiciera ningún bien.

—Noah... —susurró ella. El joven dejó de mirar la carretera durante un momento para dedicarle toda su atención—. Si pudieras elegir, si pudieras ser

quién quisieras, dónde quisieras, ¿habrías escogido esta vida?

—¿A qué te refieres? —preguntó él, confuso.

—A que si te gusta tu vida, lo que eres, quién eres, lo que haces, y si lo tirarías todo por la borda si te dieran la oportunidad de empezar de cero.

Noah alzó las cejas, sorprendido.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —dijo—. Claro que me gusta. No es perfecta, pero yo la he escogido y lo hago lo mejor que puedo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada, simple curiosidad.

El joven no entendía que podía estar pasando por la cabeza de la rubia para salir con esas, pero tampoco le gustaba lo que podría estar insinuando. ¿Acaso a ella no le gustaba su vida? ¿O era la de él la que no aprobaba? Suspiró, pensando que ojalá no fuera ninguna de las dos opciones y simplemente fuera que ella estaba teniendo un mal día, como lo estaba teniendo él y como lo estaban teniendo todos.

—Eres muy extraña a veces, Pulgarcita.

—Gracias, supongo, Huesitos.

Aquello le hizo sonreír. Le gustaba la manera cariñosa en la que Mia decía su apodo. En el fondo, se sintió agradecido por este pequeño instante de normalidad, después de la ansiedad y la incertidumbre de las últimas horas. Sin embargo, no podía engañarse. Si las cosas estaban tal y como sospechaba, entonces también esa parte de su mundo estaba en peligro. No se lo podía permitir. Tenía que solucionarlo como fuera, hacerse con aquel vídeo y descubrir de una vez por todas quién era el traidor y acabar con él.

Tras pasaron la verja de acceso a la gran propiedad de los Gabrielli y llegaron hasta la monumental entrada. Noah se apeó del coche y fue a abrirle la puerta a Mia, pero ella se le había adelantado y sus manos se encontraron sobre la carrocería.

—Mia... —empezó Noah. El contacto lo había alterado y no estaba pensando con claridad lo que estaba haciendo.

—Cúidate, Noah —concluyó ella y se puso de puntillas para alcanzar a darle un beso en la mejilla.

Después de eso, se fue y lo dejó allí, con la sensación de que, una vez más, se había acercado a un límite que solo él sabía que existía. El problema era que Noah no estaba seguro de si quería cruzarlo. Bueno, eso era una mentira, claro que quería hacerlo, pero tenía un miedo atroz de fracasar en el intento. Ella lo era todo para él.

Cuando llamó a la puerta de Blake Novak, el que le abrió fue Vinnie el Gordo.

—¡Huesos! —saludó—. Ven, pasa.

Tenía en la mano una botella de cerveza y estaba masticando algo.

—¿Qué comes? —preguntó Noah divertido.

—Una zanahoria. Este malnacido apenas tenía nada en la nevera —se quejó su colega.

—Qué pena por ti. —El joven rubio le dio una palmada en el hombro e hizo un barrido con la mirada a su alrededor. El piso del luchador era algo rústico y desorganizado para su gusto, pero no estaba mal.

—¿Y el malnacido? —inquirió.

Vinnie señaló la puerta del baño.

—Lleva como una hora ahí dentro. No sé qué cojones estará haciendo.

Noah se puso en alerta. ¿Y si se había escapado? De una patada abrió la puerta del baño y se encontró con el luchador, a pecho descubierto, y una toalla anudada a la cadera. Estaba afeitándose.

—¿Y ahora qué mierdas pasa? —se quejó Novak.

—Nada —dijo Noah—. Sigue. Oye, ¿no que tenías el apartamento lleno de sangre?

—Tu colega lo ha limpiado —respondió Blake que seguía mirándose al espejo—. Se le da bien, debería despedir a la señora de la limpieza y contratarlo a él.

—Solo si tienes llena la nevera, ¡cabrón! —Se escuchó desde la sala—. Y bien podrías tener algo en tu colección de DVD que no sean vídeos de peleas.

—Tengo Netflix. ¿Es que no para de quejarse nunca?

Noah sonrió.

—Déjalo, está sensible desde que su esposa lo dejó.

Blake se enjuagó la cara.

—Pues recomiéndale que cambie la cerradura antes de que decida volver a causarle más problemas —dijo.

—¿Puedo irme ya? —preguntó Vinnie el Gordo. Se había acercado hasta el baño.

Noah asintió.

—Sí, ve. Yo me encargo.

—Nos vemos, Huesos.

Vio como la puerta se cerraba tras Vinnie y regresó su atención al hombre tatuado. Este ahora lo observaba de reojo con una ceja alzada.

—¿Huesos?

Noah se encogió de hombros.

—Es un apodo.

—Ya sé que es un apodo —dijo el luchador, sarcástico—. ¿Cómo lo conseguiste?

—Rompí unos huesos en una pelea.

—¿Tuyos o los de alguien más?

—Adivina.

Blake soltó un bufido y caminó hacia fuera del baño. Empujó al muchacho con el hombro en vez de pedirle permiso para pasar. No se trataba de una

agresión real, así que Noah lo dejó pasar y lo siguió hasta su dormitorio, en donde lo vio detenerse frente a un espacioso armario lleno de ropa.

—Yo también rompí unos cuantos huesos peleando —lo escuchó decir—. ¿Sabes qué apodos me gané con eso? «Hijo de puta desgraciado», «maldito animal», «enfermo de mierda», entre otros tantos. —Mientras hablaba, sus manos rebuscaban entre la multitud de camisas colgadas, aunque parecía que lo estaba haciendo automáticamente y sin prestarle mucha atención. Finalmente, sacó una casi sin mirarla y la dejó colgada sobre la puerta del armario—. Claro que luego empecé a pelear por dinero y ahí las cosas sí que cambiaron. Ahí me convertí en «Kingsnake». ¿Suena mejor, no?

—Suena a que ahora tienes bastante que perder —respondió el rubio, con los brazos cruzados—. La has liado parda, pero aún se puede solucionar.

—Déjame adivinar, ¿tú estás aquí para ayudarme?

—Algo así. Y para evitar que la lées más.

El luchador soltó una carcajada y de un movimiento se quitó la toalla. Noah puso los ojos en blanco; el tipo no le intimidaba, pero tampoco le interesaba verle en pelotas. Al apartar la mirada, sin embargo, notó que algo brillaba sobre una de las almohadas de la cama. Lentamente, se acercó para examinarlo.

—Oye —dijo—. ¿Cuándo fue la última vez que tu asistente cambió las sábanas?

Blake, quien por suerte ya se había puesto el pantalón, lo miró extrañado.

—Ayer, ¿por qué?

Noah se agachó y estiró la mano hacia la almohada.

—Dijiste que la chica tenía el pelo rosa, ¿no?

—Sí.

El joven le enseñó a Blake lo que había encontrado.

—¿Estás seguro de ello? —preguntó irónico.

En su mano tenía un cabello rubio largo y muy ondulado.

Capítulo 10. Carrera de obstáculos

Lo primero que hizo Mia, en cuanto Noah desapareció, fue mirar el teléfono. Ningún mensaje, ninguna llamada. Cinco minutos era lo que le quedaba para llegar a la hora acordada con Charlotte, algo imposible a todos los efectos. Lo mejor que podía hacer era avisar a su amiga para que no le diera un ataque cardíaco durante la espera.

Butterfly: Charlotte, todo bien. Llegaré tarde. No te preocupes. Te quiero. 16:50

Se quedó unos instantes contemplando la pantalla para comprobar si su amiga lo leía, pero no estaba en línea desde hacía una hora. No le dio importancia, aunque tampoco le gustó. Ahora, sin embargo, su mayor preocupación era encontrar un maldito medio de transporte. Su padre ya se había ocupado de que no dispusiera de su propio coche.

Se encaminó hacia la verja para salir, con la intención de llamar un taxi, pero un hombre le detuvo el paso.

—Disculpe, señorita Gabrielli, pero no puede abandonar la propiedad.

—¿Qué?

Mia estaba desconcertada. El hombre en cuestión iba con traje, pinganillo y gafas de sol. Tenía que ser uno de los agentes de seguridad del casino, pero ¿qué hacía en su casa? Conocía a todos los empleados que trabajaban en el hogar, incluyendo el par de guardias habituales que no iban ni tan elegantes ni tenían una pinta tan mortífera. De modo que, o estaba cubriendo una sustitución, o su padre se había propuesto hacerle la huida imposible.

—Digo que no puede salir de la propiedad. Son órdenes del señor Gabrielli, señorita.

—Ya te he entendido, pero ¿por qué?

—Podrá hablarlo con el señor cuando regrese a casa para la cena. Ahora, si me permite, la acompañaré al interior.

—No necesito que nadie me escolte, gracias —respondió Mia y trató de reprimir en su tono de voz toda la indignación acumulada. No lo consiguió.

Pese a la negativa, el hombre le señaló la entrada y con un gesto sutil la obligó a acceder por la puerta. Después, la cerró y se quedó en el exterior con la mirada perdida en el infinito. Mia lo contempló atónita, y no le pasó desapercibida la pistola que llevaba sin disimulo alguno en el cinturón, algo también muy poco habitual.

Aquello la obligó a preguntarse si realmente su padre sospechaba algo, o si había alguna clase de relación con lo que había hecho.

—Buenas tardes, señorita —la saludó Dolores—. ¿Ha comido o le apetece algún tentempié?

—¿Por qué está ese hombre ahí fuera, Dolores? —preguntó Mia a la asistenta.

—Traté de decírselo antes, señorita, pero salió tan precipitadamente que apenas me escuchó. Su padre ha puesto a más hombres vigilando la casa. Teme por la seguridad.

—¿A cuántos hombres?

—Ay, pues no sé. Quizás diez. Pero no se preocupe, según me dijo José, son muy buenos en su trabajo. Aquí dentro estará segura.

—¿Segura de qué? Pero, ¿qué está pasando?

Dolores se limitó a encogerse de hombros y se la quedó mirando sin decir nada, como a la espera de cumplir la petición que ella decidiera hacerle.

—Estaré en mi habitación estudiando. Gracias, Dolores.

La mujer asintió y se hizo a un lado para dejarla pasar. Era menuda y sobre la cincuentena, pero parecía más joven de lo que era. Mia la conocía desde su

adolescencia, por lo que no le fue difícil deducir que estaba incómoda, tratando de no revelar todo lo que sabía. Probablemente sus órdenes eran las mismas que las de las del guardaespaldas de fuera; su padre le diría lo que él considerase que necesitaba saber durante la cena.

La joven subió las escaleras hacia la planta superior, casi vacilante, tratando de elaborar un plan que la sacara de allí. ¿Diez hombres? Aquello no le dejaba muchas opciones. Del enfado, pasó a una desesperación total, pero no quiso advertir a Charlotte. No quería que el pánico cundiera.

Entró en su habitación, que parecía sacada de un catálogo de una revista de diseño. El piso de Charlotte era otra cosa muy distinta, lleno de sus dibujos y su arte por todas partes; lo había transformado ella a su gusto, por lo que se asemejaba mucho más a un verdadero hogar que aquella enorme y lujosa casa.

Cerró la puerta e, inquieta, se paseó por la habitación. Al poco rato salió y fue hasta el final del pasillo, donde estaba el dormitorio de su padre. Se encaminó hacia los grandes ventanales que daban al jardín de la propiedad, donde a un nivel inferior, estaba la piscina. No tardó en divisar tres figuras sigilosas recorriendo el perímetro. Ya iban cuatro y aún no sabía dónde podían estar los otros seis. Cualquier salida por allí quedaba descartada. Estaba atrapada.

De regreso a su habitación, se sentó en la cama con la intención de calmarse y pensar fríamente en una solución. Quizás podía decirle a Charlotte que en vez de esa noche, salieran por la mañana del día siguiente. Quizás... No, desde luego que no. A una bolsa con dos millones de dólares no se le hacía esperar.

Dirigió la mirada a su ventana y le vino a la mente un recuerdo: siendo niña, durante un castigo que la había llevado a permanecer atrapada en su cuarto, había estado a punto de bajar por el árbol cuyas ramas a veces repiqueteaban en los cristales de su ventana. Lo había desestimado entonces porque le

pareció que jamás hubiese sido capaz de dar semejante salto, pero ahora era mayor y las distancias no eran ni tan grandes, ni el árbol tan joven.

Abrió de par en par los ventanales. El árbol seguía ahí, fuera de la verja electrificada que daba a ese lado de la casa. Observó con detenimiento los alrededores y en ese lado nadie parecía estar vigilando. Ya se ocupaba de ello la amenazante verja y, seguramente, alguna cámara de seguridad que nunca había creído conveniente identificar su paradero.

Había bastantes posibilidades de que aquello saliera mal; o bien porque las ramas no fueran lo suficientemente resistentes para aguantar su peso y se viera precipitándose al vacío sobre una verja electrificada y con alambre de espino en su cúspide. O bien porque una vez conseguido, un guardaespaldas la descubriera, y lo que era peor, la confundiera con un intruso.

Se quedó un buen rato allí de pie, estudiando las ramas, imaginándose cómo se iba a desplazar por ellas y cómo una vez en el suelo, descendería la colina hacia la carretera y llamaría a un jodido taxi para reunirse con su amiga.

Iba a hacerlo, tenía que hacerlo, pero bien. Y el primer paso era ponerse lo más cómoda posible. Se sacó los tacones y el vestido. Se puso unas mallas ajustadas de deporte, unas zapatillas que ató a conciencia y escondió los cordones. A la espalda se ajustó una pequeña mochila con su teléfono, fotos de su madre, un cargador de repuesto y su pistola. Cuando ya creía estar preparada, se dio cuenta de que sería una buena idea llevar algún tipo de herramienta, por si se quedaba enganchada, Dios no lo quisiera.

En la caseta de José, el jardinero, podría encontrar de todo. ¿Pero cómo demonios iba a explicar a los guardias qué hacía con unas tenazas? Solo había una manera, que no la vieran.

Salió de la habitación a hurtadillas y descendió a la planta principal. Vio a Dolores pasearse entre el salón y la cocina, pero por suerte, a esas horas ya no estaba todo el servicio. La esquivó con facilidad y salió al jardín.

—Buenas tardes, señorita Gabrielli —la saludó una voz.

Mía tuvo un sobresalto imposible de disimular y miró al hombre, que parecía una copia exacta del guardaespaldas de la entrada. Acababan de pillarla.

«De acuerdo», se dijo. Si la veían así vestida y fracasaba, llegado el caso quizás no la confundirían con un intruso y no la coserían a balazos. A todo había que sacarle la parte positiva.

—Buenas tardes. Voy a dar una vuelta por los jardines. ¿O tampoco debería?

—Puede hacerlo, señorita. Disfrute del paseo —se limitó a decir el hombre y siguió allí plantado como si nada.

A Mía le enfurecía semejante intromisión en su casa. No era que no estuviera acostumbrada a verla llena de gente, pero ahora la estaban tratando como a una niña, dejándole claro que podía o no podía hacer.

Se encaminó hacia el primer tramo de jardín, donde había un espacio preparado para eventos y fiestas, con mesas, sillas y una gran barbacoa de piedra.

Girando hacia la derecha, y antes de bajar la rampa que conducía al nivel donde estaba la piscina, había un camino de tierra que llevaba a la caseta de José. La puerta de madera estaba cerrada y con un candado. La mayoría de personas, para abrirlo, necesitaría las tenazas que la joven esperaba encontrar en el interior. No obstante, Mía era parte de la minoría. Se sacó una horquilla de la coleta, la dobló y empezó a trabajar sobre el cerrojo. En unos segundos lo tenía abierto.

La caseta estaba a oscuras pero con la luz del teléfono identificó las tenazas y también unos guantes de trabajo reforzados. No se entretuvo y sabiendo que no iba a poder esconder la herramienta, decidió que era mejor llevarla a la espalda, sujeta con la camiseta y el dobladillo del pantalón. Para disimularlo,

se aseguraría de que cualquier posible interacción hasta su habitación fuera de frente. Y así lo hizo, saludó al guardia y se excusó diciendo que hacía frío. Este apenas le prestó atención y pudo pasar sin que él percibiera el metal a su espalda y los guantes en un costado.

En pocos minutos se hallaba de nuevo en su habitación, dispuesta a jugársela todo a una. Miró el teléfono una vez más y le extrañó que pasada ya una hora, Charlotte no le hubiera respondido. Ni siquiera se había conectado. Mia se convenció de que se tenía que deber a su paranoia y que cuando por fin se encontraran tendría que aguantar una buena bronca por haber llegado tan tarde. Eso, si conseguía llegar.

Ultimó los detalles finales, que consistieron en llamar por el telefonillo a Dolores y convencerla de que se encontraba mal y se iba a dormir sin cenar, cerrar el pestillo de la puerta de su habitación y dejar una breve nota de despedida para cuando por fin su padre se diera cuenta de que no estaba. En esto último no se entretuvo en exceso. Simplemente le dijo que se había ido por voluntad propia a tratar de forjar su vida, que no sabía cuándo volvería, pero que esperaba hacerlo algún día. Que lo quería y que deseaba que fuera feliz con Karen.

Al hacerlo, sintió una pesadumbre con la que no había contado. Al fin y al cabo, irse tal y como estaban las cosas no iba a ser bueno para ninguno de los dos. Después se dio cuenta del riesgo que estaba a punto de correr por su culpa y se le pasó.

Se subió al alféizar de la ventana, con los guantes puestos y las tenazas en la mochila. «Que pase lo que tenga que pasar», se dijo y saltó con todas sus fuerzas.

No aterrizó sobre el tronco, ni siquiera se le acercó. Simplemente se agarró a una rama gruesa con una mano y a otra no tanto con la otra. Esta última se partió casi al instante, lo que provocó que quedara colgando sobre la verja, de

un fino trozo de fibrosa corteza.

Mia miró hacia abajo un momento para cerciorarse de que si caía, iba a hacerse un daño atroz. Aquello le dio fuerzas para volver a alzar su mano y recuperar la estabilidad. No se atrevió a moverse mucho porque no estaba segura de cuánto tiempo y cuanto peso estaría dispuesta a soportar esa rama. Trató de concentrarse en el siguiente paso, que consistía en darse un breve impulso y saltar hacia el tronco. Si caía ahí, por lo menos, lo que le esperaba debajo era el suelo inclinado y pedregoso de la colina, y no unas púas metálicas dispuestas a triturar su carne al hacer contacto y una descarga eléctrica de regalo.

Al primer movimiento de su cuerpo, Mia escuchó un sonido que la asustó. Aquello precipitó el salto de una manera torpe y poco controlada. Logró sobrepasar la verja y alcanzó arañar el tronco del árbol. Lo que no consiguió fue detener el descenso de la inercia de su salto, y aterrizó en el suelo, no solo con un ruido considerable, sino que además con un golpe que le provocó un dolor terrible desde los tobillos hasta la cadera.

Ahora tenía dos alternativas; una, permanecer donde estaba y esperar a recuperarse y rezar para que nadie la viera; dos, salir corriendo colina abajo sin mirar atrás y sufrir lo que fuera con tal de quedar fuera del alcance de los guardias. Optó por la segunda opción y fue realmente horrible correr con ese dolor punzante recorriéndole las piernas. Le recordó a la rotura de su tobillo que se había hecho tiempo atrás y que había llevado a su padre a conocer a Karen, su doctora. Aquello la puso furiosa y acabó corriendo más rápido aún hasta que tuvo que frenar en seco. Delante de ella, a escasos centímetros, había otro cerco con el que no había contado. No era ni tan alto ni tan torvo como la verja, pero por sus características, todo apuntaba a que también estaba preparado para freír intrusos. Le había ido por los pelos de comprobarlo en carne propia.

La joven sacó las tenazas de su mochila. Se felicitó a sí misma por haberse hecho con ellas y se dispuso a cortar el primer cable. De repente, un pensamiento cruzó su mente y no llegó a hacerlo. ¿Y si tenían alarma? Si una cosa estaba clara era que su padre no escatimaba en seguridad, había quedado más que demostrado. Se planteó si merecía la pena correr el riesgo una vez había llegado hasta allí, y determinó que no. Se le había ocurrido otra idea: con ayuda de las tenazas empezó a escarbar en la tierra. Al principio le costó porque estaba seca y dura, pero una vez hubo golpeado y retirado la primera capa, el resto se asemejaba más a la arena, y fue mucho más fácil. No se detuvo hasta que dejó un hueco que consideró aceptable para poder deslizarse por él. Aquello le estaba llevando muchísimo tiempo y esfuerzo. Estaba sudando. Definitivamente se había levantado con el pie izquierdo esa mañana.

Como si fuera una ladrona de joyas en una película de acción, se arrastró por el hueco arqueando la espalda, muy despacio y cuidando al detalle que sus posaderas no rozaran el cable electrificado.

Hasta el momento no había aparecido ningún guardia. Se giró para recuperar su mochila, introdujo las tenazas dentro y continuó la marcha. Al llegar al final del terraplén, las luces de las farolas que alumbraban la calle se encendieron. Había empezado a oscurecer.

No podía creer que hubiese logrado salir de su casa. Había que reconocer que había sido toda una aventura. Lo malo, por fin, había quedado atrás.

Llamó a un taxi rápidamente y aprovechó de nuevo para mirar los mensajes. No había ni rastro de Charlotte. Ahora que tenía tiempo, mientras esperaba su transporte, optó por llamarla. El teléfono le salió apagado. No quería preocuparse, no después de todo lo que acababa de hacer. Se merecía que le dieran un jodido premio por ello, y no más problemas.

En el taxi volvió a intentarlo sin éxito. Llegaba dos horas y media tarde, pero finalmente lo había conseguido.

—¡Charlotte! —gritó—. ¡Estoy en casa!

Como acto reflejo había encendido las luces y no fue hasta saludar en voz alta que se dio cuenta de la rareza: si Charlotte y Carl estaban esperándola, ¿por qué estaban en el piso a oscuras?

Nadie respondió.

Con el corazón en un puño, la joven se adentró en el apartamento y sus ojos repararon en una nota sobre la encimera de la barra de la cocina. Al lado, había un fajo de billetes. Estaban ahí, preparados para que ella los viera nada más entrar.

Mía podía sentir los latidos en su garganta, la sangre fluir a golpes por todas sus venas. Incluso padeció un mareo que le nubló la vista. Trató de apoyarse en uno de los taburetes y respiró profundamente repetidas veces. Cuando la necesidad de aire se hizo menos latente en sus pulmones, agarró la nota y se la puso delante. Le costó un buen rato poder enfocar la mirada y leer. Indudablemente, era la letra de Charlotte:

Mía:

Imagino que cuando leas esto vas a estar muy cabreada. Lo sé, y lo entiendo. Por eso lo primero que te diré es un lo siento. Y créeme cuando te digo que es sincero. Aunque ahora no lo comprendas, sé que llegarás a hacerlo. Te dije que teníamos que hacerlo bien y eso mismo es lo que estoy haciendo. Confía en mí.

La cuestión es que fui a buscar a Carl y gracias a él pude ver las cosas más claras. Necesitaba un tiempo para reflexionar a lo que estábamos a punto de enfrentarnos.

No nos conviene estar juntas por el momento, no hasta que se hayan calmado las cosas. Me he llevado el dinero, sí, pero voy a permanecer escondida un tiempo con él, hasta que el río vuelva a su cauce. Ya te dije que Carl es hombre de mundo y sabe moverse. Era lo mejor para todos.

Mientras, conseguiré nuevas identidades, para ti inclusive. También conseguiré un local, una casa, en definitiva, un lugar para que vengas cuando estimemos oportuno. No te voy a dejar atrás, aunque ahora pienses que lo he hecho. Te repito que es por nuestro bien.

Tú, mientras tanto, goza de la protección y los cuidados que te da tu padre, deja de ser Butterfly por un tiempo y así no levantarás sospechas. Como bien dijiste, sabes actuar con normalidad. Aprovecha que tu padre no te ha repudiado como el mío. Disfruta de tu mansión en las colinas; no es tan difícil, en serio.

Y ten en cuenta esto: volveré a por ti. No te dejaré atrás, te lo prometo.

Cabe decir que después de que hayas leído esta carta, debes quemarla. No debe quedar ningún rastro. Tampoco trates de ponerte en contacto conmigo. Si te preguntan, no tienes ni idea. Yo seré quien te avise.

Te he dejado algo de dinero para que pagues el alquiler y te compres algo. Piensa que hay mucho más esperándote para cuando nos volvamos a ver.

Hasta pronto, pequeña. Te quiero,
Charlotte.

Capítulo 11. A la caza de la mariposa

—Puede que fuera una peluca —concedió Blake.

Había terminado de vestirse y estuvo a punto de calzarse un par de zapatos elegantes, bien lustrados, pero cambió de opinión; en vez de ello, optó por unas botas de cuero viejas y gastadas.

El rubio arqueó una ceja y no reprimió la burla en su voz al contestarle:

—¿Puede? ¿Tú crees? ¿Quieres decir que estuviste con ella toda la noche y ni siquiera te diste cuenta de si el pelo en su cabeza era el suyo o no?

El luchador entornó los ojos al mirarlo. Aquel tipo estaba empezando a irritarlo.

—¿Qué tal si haces menos chistes y te enfocas en ayudarme? Digo, que por eso te pagan, ¿no, Huesos?

A Noah no pareció caerle bien el comentario y Blake deseó que hiciera algo al respecto. La violencia no siempre resolvía los problemas y definitivamente no iba a resolver este, pero seguro que le haría sentirse mejor. Sin embargo, el rubio simplemente lo miró y esbozó una sonrisa displicente, lo que, por supuesto, le irritó aún más.

—De acuerdo, Kingsnake —respondió, un poco más serio—. Empecemos por el principio de tu recorrido.

Así fue como pasadas las cuatro de la tarde, acabaron frente al club de los Bondaryenko. Lógicamente, estaba cerrado para el público, pero Blake sabía que no estaba vacío. Aquello quedó confirmado por el camión que encontraron aparcado junto a la entrada trasera, donde unos operarios estaban descargando cajas llenas de botellas.

—Espera aquí —le indicó al altísimo rubio.

Este negó con la cabeza.

—En tus sueños.

—Solo voy a hablar con alguien.

—Y yo a oírlo. No hay forma de que te deje solo, Novak. Acostúmbrate.

Blake hizo una mueca de disgusto. No obstante, ponerse a discutir ahora era una pérdida de tiempo, y en el fondo sabía que tenía las de perder.

—Entonces, solo sígueme y deja que yo hable —gruñó y, sin esperar respuesta, se encaminó hacia la puerta de personal del local. Unos cuantos trabajadores los miraron sorprendidos cuando entraron, pero no les dijeron nada, tal vez por las caras de pocos amigos que traían ambos.

En la barra más grande se encontraban tres personas y una de ellas era justamente a quien el luchador buscaba.

—Luke, tío ¿cómo lo llevas? —dijo y le dio unas palmadas en el hombro al jefe de los camareros. Este estaba tan absorto por la discusión que mantenía con los proveedores que se sobresaltó un poco al verlo.

—¿Kingsnake? Qué raro verte por aquí a esta hora —dijo, e inmediatamente sus ojos se posaron sobre el hombre que lo acompañaba.

El luchador se imaginó lo que se debía de estar preguntando: que si acaso tanto músculo junto era señal de que los dueños no estaban contentos con algo. Acto seguido, se enfadó consigo mismo por pensarlo. Él no era ningún matón de los Bondaryenko, a diferencia del rubio, que sí que lo era de los Gabrielli.

—Solo pasaba por aquí con mi amigo —se excusó, y trató de sonar lo más normal posible—. Ah, ¿y sabes? Te quería preguntar; ayer por la noche vi una chica aquí. Pelo corto, de color rosa, y con tatuajes. ¿La conoces?

—Por lo general estoy demasiado ocupado como para fijarme en todas las tías, aunque la tuya suena bastante interesante. Si la hubiera visto, seguro que me acordaba. Lo siento, tío, pero no.

—Mmm. Qué pena —entonó el luchador—. ¿Sabes? Me dijo que era una de las camareras.

Luke pareció pensarlo un poco.

—No, no tenemos a nadie así —aseguró.

—¿Tenéis alguna rubia? —intervino Noah—. Y con tatuajes, claro.

El jefe de camareros lo miró bastante extrañado y Blake tuvo que hacer un esfuerzo para no maldecir en voz alta. Estaba claro que, sin importar lo que le dijera a ese guardaespaldas glorificado, él iba a sudar de ello e iba a hacer las cosas a su manera.

—Puede que anoche llevase peluca —explicó el luchador. Trató de no pensar en lo ridículo que sonaba.

—Rubia y con tatuajes —dijo Luke pensativo—. Bueno, está Jenny.

—No es Jenny —aseguró Blake.

—¿Laura? Me han dicho que tiene uno pequeño en la ingle. No es que lo haya visto personalmente, pero...

—No. Tenía varios y a la vista. En el brazo, en el omoplato...

—Pues entonces no, tío. No hay ninguna así. Ella te mentiría.

La risa que le salió al luchador fue un poco histérica. Sí, eso era justamente lo que ella había hecho, desde el minuto cero, al parecer. Aunque eso no debería haber sido ninguna sorpresa. Blake tenía que reconocer que Butterfly se lo había advertido.

El club resultó ser un callejón sin salida.

—Espero que tengas algo mejor que eso —le informó el rubio una vez hubieron regresado al Nissan—. Hasta ahora, no veo nada que confirme que esta chica de cabello rosa existe en ningún lugar más allá que dentro de tu cabeza.

—Encontraste un pelo rubio, ¿no? Como mínimo, sabes que hay una chica.

—Tampoco voy a fiarme de eso.

Blake soltó una risa, a pesar de que no estaba de humor para ello. Le vinieron a la mente las *drag queens* y luego, las palabras de Butterfly cuando

lo había reclamado como suyo. Se consideró un idiota por lo bien que aquello le había hecho sentirse.

Tardaron un poco en encontrar el edificio de ladrillo. El barrio estaba lleno de ellos.

—¿Tienes idea de quién vive aquí? —preguntó Noah.

—Ninguna —dijo el luchador y tocó al timbre del telefonillo. Al cabo de un rato, una voz soñolienta y hosca les contestó.

—¿Sí?

Huesos abrió la boca para hablar, pero esta vez Blake lo detuvo a tiempo.

—Oye —dijo al intercomunicador—, me olvidé la chaqueta en tu fiesta. ¿Puedo subir a buscarla?

Una vez arriba, les recibió un tío pálido en pantalón de pijama. Olía como si se hubiera fumado un camión entero cargado de hierba.

—¿Te conozco? —preguntó y se frotó los ojos.

—No —respondió Blake—. Vine ayer con una chica con el pelo de color rosa.

—Ah —dijo el dueño. Se encogió de hombros y les dejó pasar.

A juzgar por su apariencia, se había levantado hacía poco. El apartamento estaba hecho un asco y nadie se había dedicado a limpiarlo después de la fiesta. Incluso había un par de personas durmiendo en una mala postura, sobre un sofá.

El inquilino no se detuvo a mirarlos; más bien los dejó solos y caminó hacia la isla de la cocina que formaba parte del mismo ambiente, donde una joven se encontraba friendo algo. Por el olor, Blake supo que eran tortitas. Entonces se fijó en la chica en cuestión; estatura media, poca ropa, pelo verde recogido en un moño y varios tatuajes sobre el cuello y los brazos, pero no era ella.

—Se hace llamar Butterfly, ¿la conocéis? —preguntó el luchador.

—¿Butterfly? No lo sé. Quizás la conozca, pero mi yo de ahora no está tan

en sintonía con lo que sepa o deje de saber, ¿sabes? —Fue la respuesta del tío.

Blake tuvo la sensación de que iba a ser un día muy largo.

—Conozco a una Butterfly —dijo la de las tortitas.

El luchador intercambió una mirada con Noah.

—¿Si? ¿Sabes dónde podemos encontrarla? —preguntó Blake con algo de esperanza.

—Funktory.

—¿Perdón?

—Funktory —repitió la chica—. Es un estudio de baile al que voy. Ella también va.

—¿Tú bailas? —intervino el del pantalón de pijama. La pregunta pareció ofenderla.

—¿En serio, Leo? Te lo habré dicho unas mil veces. Deberías dejar los porros, o tendrás Alzheimer.

—Nena, ya dije que mi yo de ahora...

—¿Dónde queda el estudio? —interrumpió Noah. Por una vez, a Blake no le molestó su intervención.

—En la Barrow con la tercera. Está a un par de manzanas de aquí.

El estudio de baile resultó estar la planta baja de un edificio muy similar al que ya habían visitado, pero con fachada acristalada. Al entrar, la llamativa música de Die Antwoord, que sonaba a todo volumen, inundó sus oídos.

Les recibió una chica de tez trigueña y pelo afro. La única de las aproximadamente veinte personas que se debían de encontrar ahí que no estaba, en ese momento, bailando.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó y arqueó una ceja, perfectamente delineada.

Blake escaneó a través de los cristales la multitud de bailarines que se movían detrás de ella. Era un grupo variado; hombres y mujeres, muchos de

ellos con peinados llamativos y ropa de colores muy brillantes. Parecían estar ejecutando algún tipo de coreografía de movimientos muy salvajes.

—Estamos buscando a alguien —intercedió Noah cuando Blake tardó en responder—. Se llama Butterfly, ¿la conoces?

La morena frunció el ceño y acto seguido soltó una risa algo exagerada.

—Bueno, es vuestro día de suerte, entonces. Esa de allí es una Butterfly y esa de ahí también lo es —dijo señalando a unas cuantas bailarinas—. De hecho, yo también soy Butterfly, cuando no tengo que hacer las cuentas...

—¿De qué hablas? —interrumpió el luchador.

—De que hay muchas mariposas aquí, guapo.

Aquello lo cabreó. Estaba claro que esa tía se estaba burlando de ellos.

—Pues la que busco es una específica —dijo con impaciencia y dio un paso hacia la chica—. Cabello rubio, usa una peluca rosa, tatuajes de colores en los brazos y el cuerpo. Uno es de una calabaza que dice «Por siempre jamás». ¿Te resulta familiar?

La morena se cruzó de brazos.

—Lo siento —respondió. Su actitud era desafiante—, no conozco a nadie así.

Blake entornó los ojos.

—Tal vez tus amigos sí.

—Están ocupados.

—Esperaremos.

En ese momento, el luchador sintió una mano sobre su brazo.

—Olvidalo —dijo Noah—. Esto es otro callejón sin salida, vámonos.

«¿De qué coño hablas?», iba a replicar Blake, pero su acompañante le brindó una mirada significativa. A regañadientes, optó por hacerle caso.

—Sabes que nos estaba mintiendo descaradamente, ¿no? —acusó, una vez fuera del edificio.

A Noah no pareció sorprenderle el hecho.

—Lo sé. Pero lo que estabas haciendo no estaba dando resultados. Trataste de intimidarla y no funcionó. Seguir con ello solo iba a atraer más atención y más problemas. Yo estoy aquí para asegurarme de que no pase eso, ¿recuerdas?

Esta vez, fue Blake el que se cruzó de brazos.

—¿Cuál es tu plan, entonces?

Noah sacó su teléfono y le indicó que esperara.

—¿Sonny? Hola. Necesito que hagas una cosa. Envía a un par de hombres a la Barrow con tercera, estudio de baile Funktory. No quiero que entren, solo que se queden fuera y vigilen a todos los que salen y entran, hasta que yo lo diga. Ya sabes la descripción de la chica, pero añade también a todas las rubias. ¿Está bien? Gracias.

Al colgar, miró a Blake como si no pasara nada.

—Listo.

—Así de fácil, ¿eh? —dijo el luchador con desconfianza. La verdad era que estaba impresionado; había asumido que Noah McKay era otro esbirro más, pero al parecer tenía cierto nivel. El suficiente, al menos, como para disponer del tiempo de otros sin que se lo cuestionaran.

Huesos se encogió de hombros.

—Igualmente puede pasar un buen rato hasta que vean algo, así que vayamos al siguiente sitio de tu lista.

—No tengo ni la más mínima idea. Sé que se llama Butterfly. Sé que viene casi todos los fines de semana y sé que siempre pide lo mismo, eso es todo —contestó el camarero del *diner* en el mismo tono monótono en el que les había hablado a él y a Butterfly hacía ya más de doce horas—. A veces lleva el pelo rosa, otras azul, otras rojo. Le gusta cambiar. Es lo único que os puedo aportar.

Blake soltó un resoplido largo y profundo. Era el tercer sitio al que iban y, por lo visto, allí tampoco iban a conseguir nada. Excepto que ahora sabían que buscaban a una chica tatuada que cambiaba de color del pelo con la misma asiduidad con la que él se cambiaba de calzoncillos. Había que reconocérselo, aquella ladrona sabía cómo cubrirse bien las espaldas.

—Esto es inútil —declaró Noah—. Vámonos.

Blake no se movió de su sitio.

—Tiempo muerto —dijo, cuando su compañero de desgracias se disponía a salir del local—. No sé tú, pero todo este trabajo de detective me ha dado hambre, así que...

Dicho eso, se sentó sobre uno de los taburetes de la barra y se puso a estudiar el menú que estaba escrito en unas pizarras que colgaban de la pared, sobre la cabeza del dueño. Este siguió con lo suyo, como si no pasara nada.

McKay retrocedió sobre sus pasos y lo observó pasmado.

—¿Piensas comer ahora? —preguntó.

—Pues sí. Todo esto necesita proteína, ¿sabes? —respondió el luchador y señaló con las manos su torso en una muestra de orgullo por su físico.

Noah lo miró con fastidio, cosa que a Blake le produjo cierta satisfacción.

—De acuerdo —aceptó finalmente y los dos se sentaron en la barra.

Huesos pidió una hamburguesa completa y una cerveza, mientras que Blake solicitó unos huevos rancheros con un batido de espinacas, aguacate, plátano y naranja. El brebaje tenía un color bastante desagradable, pero había que reconocer que estaba muy bueno y era sano. Prefería dejar los excesos para cuando su rutina no se viera tan alterada.

—¿Cómo conociste a Jessica, Blake? —preguntó Noah después de dar un trago a su bebida.

El luchador resopló. No le apetecía recordarlo, tampoco hablar de ella. En lo que a él le concernía, Jessica estaba muerta. Sin embargo, entendía que

McKay no estaba ahí para hablar del tiempo, así que decidió que lo mejor era decir la verdad.

—Fue hace bastante tiempo. Era amiga de mi hermana. Ella nos presentó.

—¿De Laurie?

A Blake no le gustó nada que Noah supiera tanto sobre él, pero imaginó que, después de todo, lo más lógico era que lo hubieran estudiado al milímetro. No se había parado a pensar si aquello podría repercutir de alguna forma en su familia y no pudo evitar ponerse tenso.

—Sí. De Laurie —asintió—. Pero ella se queda al margen de esta historia, ¿entendido?

—¿Sabes? A pesar de lo que hayas oído por ahí, Luca Gabrielli es un hombre de honor. Si no colaboras, el único perjudicado vas a ser tú. No tienes por qué estar así de tenso, a menos que pienses hacer alguna tontería, claro.

—Ya...

Eso no había quién se lo creyera. Blake no era un idiota y conocía de primera mano cómo se manejaban los Bondaryenko. Si los Gabrielli eran más poderosos, estaba seguro de que no era por una cuestión de honor. Además, lo poco que había visto ya se lo había dejado claro. Por el amor de Dios, si había estado a punto de diñarla sin ser culpable de nada.

—¿Por qué rompisteis? —insistió el rubio. Muy bien, si quería hablar de Jessica, pues lo haría.

—Me dejó ella, por otro. Por Jim.

—Vaya, menuda mierda. ¿Llevabais mucho juntos?

—Tres años —respondió Blake mientras abordaba la comida de su plato—. Ya ves, no tengo mucha suerte con las mujeres.

—¿Y quién la tiene? —dijo el otro y volvió a beber, esta vez de forma melancólica.

A Blake se le dibujó una media sonrisa en el rostro.

—¿Te ha pasado algo parecido?

—Bueno, quizás no tan desastroso. Lo que te ha hecho Jessica es una putada tras otra. Lo mío es más bien es estar atrapado en la zona amigo y no saber cómo salir de ahí.

—Ah, pero eso es fácil. Déjale las cosas claras y lo que tenga que pasar, pasará.

—Ajá —asintió Noah—. Quizás ese sea el problema. No quiero que me dé la patada.

—Eso es que te han rechazado pocas veces. La primera duele, pero uno se acaba acostumbrando.

El rubio alzó las cejas, divertido.

—¿Así que hay muchas mujeres que rechazan a Blake Novak? Interesante.

—El sexo es una cosa, las relaciones, otra muy distinta.

—Sí, supongo que tienes razón.

Blake se dio cuenta de que con esa breve conversación el ambiente se había relajado. Podía llegar a reconocer que Huesos no era desagradable, pero eso no lo convertía en buena persona.

—¿Kingsnake? —preguntó una voz masculina que interrumpió a los dos comensales—. Qué casualidad verte en mi restaurante. ¿Cómo fue la noche con Butterfly?

Tanto Noah como él dejaron de comer al instante. Un tío enorme, de piel oscura y con un delantal, acababa de dejarlos estupefactos. Blake no tenía ni idea de quién era y trató de estrujarse el cerebro con tal de averiguarlo.

—¡Oh! Perdonad mis modales. A veces me olvido de que cuando trabajo no parezco la misma de siempre. Soy Carmín. Me recuerdas, ¿no? Porque yo he sido incapaz de olvidarte.

Huesos escupió su cerveza, tal cual. Empezó a toser y le llevó un buen rato recuperarse. Mientras tanto, Blake tenía la boca abierta y no sabía muy bien

qué decir. Al final, se interpuso el sentido común:

—Carmín... disculpa, pero, ¿nos conocimos ayer, por casualidad?

El hombre puso la mano en el hombro del luchador de forma coqueta e inclinó su cuerpo.

—Pues claro, tonto. Nos presentó Butterfly.

—¿Y sabes dónde está ahora? Estamos tratando de encontrarla —intervino el rubio.

El hombre de piel oscura arqueó una ceja.

—¿Los dos? —preguntó con desconfianza.

Blake creyó necesario dejar de alucinar e inventar algo creíble, rápido. Acababan de encontrar una aguja en un pajar, o más bien, la aguja los había encontrado a ellos.

—Este es Noah, un amigo —dijo—. Ha venido a ayudarme.

—Encantada, Noah —saludó el hombre y extendió la mano para que el rubio se la besara. Llevaba las uñas muy largas y pintadas de rojo. Aquello hizo que el cerebro de Blake por fin reaccionara. Tenía que ser una de las *drags*, la más alta, sí.

Huesos tenía el ceño fruncido, fruto de la confusión o lo que fuera que estuviera pensando. El caso fue que acabó por ceder a la insinuación y se comportó de forma galante.

—Carmín —continuó Blake—. No consigo quitarme de la cabeza a Butterfly. El problema es que la perdí y ahora no sé cómo encontrarla. Es muy escurridiza. Noah es detective privado y, como el buen amigo que es, se ofreció a acompañarme. Sabe que necesito una mujer como ella para sentar la cabeza de una vez, no sé si me entiendes.

El hombre de uñas pintadas asintió con una sonrisa.

—Butterfly es difícil de rastrear. En eso tienes razón —aseguró—. Es un espíritu libre. No sé si le gustará que la cacen.

Blake empezó a impacientarse y pudo comprobar que Noah también, por lo que antes de que el rubio abriera la boca y metiera la pata, volvió a intervenir.

—Por favor, estoy desesperado.

Carmín se llevó el dedo a la boca en un gesto muy dramático, como si estuviera dilucidando qué hacer. Blake se dio cuenta en ese momento de que la había convencido.

—Está bien. Haré una excepción. Noah, ¿y tú qué? ¿Soltero y sin compromiso?

—Estoy casado y enamorado —respondió rápidamente el aludido—. He experimentado lo que es la verdadera felicidad y por eso estoy aquí, para que mi amigo también la consiga.

Blake admitió que Huesos había sido ingenioso, aunque quizás un poco moñas. Abrió mucho los ojos deseando que por fin les facilitara la información. Incluso se le infló el pecho ante la expectativa.

—Todos los guapos están pillados. Una pena —puntualizó el hombre de las uñas pintadas—. Bueno, ahora que pienso, quizás no sea de mucha ayuda, pero conozco a su ex. Trabaja en la tienda de tatuajes que hay en la avenida. En el número 522. Se llama Mike.

—¿Nos das la localización de su ex? ¿Eso es todo? —protestó Blake.

—Es lo único que sé —se defendió Carmín—. Ya te dije que no es fácil de cazar. De todos modos, él podrá decirte cómo encontrarla. Nadie dijo que el amor fuera fácil.

—Es mejor que nada —acotó McKay—. Además, conozco el sitio.

Resultó que la razón por la que Noah lo conocía era porque traficaban con drogas: marihuana, cocaína, éxtasis y todo tipo de estupefacientes. Noah se lo hizo saber en cuanto salieron del local y Carmín les hubo dado su tarjeta de *drag queen* especializada en espectáculos y despedidas de soltero.

Entre haber conseguido su primera pista real y la sustanciosa comida, el

humor de Blake había mejorado. Quizás no estaba tan jodido como pensaba.

—Escúchame —exigió Noah mientras andaban hacia la avenida—. Tengo que mantener un perfil bajo por lo que no quiero llegar a tener que usar excesiva violencia. Sin embargo, abordar al ex de una tía que te has tirado, que encima es traficante, para que te diga dónde encontrarla, no va a ser tarea fácil. Así que solo te pido que no te excedas si no es del todo necesario. ¿De acuerdo?

Blake rio como respuesta.

—Mientras él no haga nada estúpido, yo tampoco lo haré —prometió, con una sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes.

—He dicho que no te excedas, no que no hagas nada —reiteró el rubio.

El local tenía una puerta acristalada con un aparador donde había camisetas de eslogans que pretendían ser graciosos, *piercings* y todo tipo de bisutería cutre. El interior estaba empapelado con fotos y dibujos de tatuajes y había una pequeña recepción, además de una mesa en la que libros y libros de diseños se amontonaban de forma desordenada. Dos tíos charlaban animadamente, sentados en dos taburetes, sin aparentemente nada que hacer.

Cuando Noah y Blake accedieron al interior, los tipos siguieron hablando sin prestarles la más mínima atención. «Menudo par de vagos», pensó Blake e imaginó que ese debía ser uno de los motivos por los que no había ningún cliente curioseando, además de ellos.

Aprovechó para fijarse en los dos tipos. Uno no debía tener más de dieciocho años. Lo que le llamó la atención fue que tenía unas dilataciones en las orejas del tamaño de bolas de billar. El otro, en cambio, era mayor, quizás de la edad de Huesos. Iba cubierto de tatuajes y llevaba una camiseta tan ajustada que debía haberla comprado en una tienda de ropa infantil. Además, vestía pantalones de culo cagado y una gorra de béisbol tan baja que a duras penas podría ver nada más que su nariz.

Noah les llamó la atención con un sutil carraspeo y por fin dejaron de hablar.

—¿Qué queréis? —preguntó el mayor. No parecía muy simpático.

Blake decidió ir directo al grano.

—¿Eres Mike? —dijo y dio unos pasos hacia él.

—¿Quién lo pregunta? —El tipo estaba siendo precavido, pero al luchador ya se le había agotado la paciencia.

—Un amigo de Butterfly —contestó—. ¿Podemos hablar en privado?

—¿De Butterfly? —dijo y sonrió de manera socarrona—. ¿Y qué quiere de mí un amigo de mi novia? Todo lo que tengas que decirme puedes hacerlo delante de este, es un colega.

«Así que tu novia, ¿no, imbécil?», pensó Blake. «Ya lo veremos.»

Lo que pasó a continuación ninguno de los presentes se lo esperaba. El rubio de metro noventa se lanzó a por el tipo, lo empotró contra la pared y lo elevó dos palmos del suelo.

—¿Tu novia? Entonces vas a decirme ahora mismo dónde está, gilipollas.

—¿Y lo del perfil bajo? —soltó Blake. No era que no le divirtiera, pero sintió una pizca de frustración al no poder ser el poli malo.

El adolescente de las dilataciones hizo un intento de ir a ayudar a su amigo; el luchador puso una mano sobre su hombro y lo volvió a sentar por la fuerza.

—Ni lo sueñes —le advirtió Blake.

La gorra se le había caído con el impulso al supuesto Mike, y el luchador pudo fijarse que además de ser un chulo, tenía una cara de crío que no podía con ella.

—¡Jódete! —gritó el agredido—. No me intimidan un par de payasos como vosotros.

Huesos sonrió, parecía satisfecho con la respuesta. Entonces, ni corto ni perezoso, golpeó con fuerza la cabeza de ese estúpido contra la pared.

—¿Qué tal ahora? —preguntó.

—¡No sé dónde mierdas esta! No es como si le hubiera puesto un rastreador, ¿sabes? —balbuceó Mike.

A Blake no se le pasó por alto la ironía. Si la muy zorra se hubiera llevado el rastreador junto con el resto de la bolsa, probablemente él se habría librado de toda esa mierda. Como consecuencia del cabreo producido por aquel pensamiento, volvió a empujar al idiota adolescente, que había intentado nuevamente resistirse. Esta vez se tropezó con el taburete y cayó de espaldas, llevándose consigo una bandeja llena de piercings y causando un buen estruendo.

El rubio, mientras tanto, no perdió el tiempo con Mike.

—Tendrás su número, ¿no, gilipollas? Llámala.

—¡Y una mierda! —respondió.

Noah resopló. Acto seguido, lo soltó y le propinó un puñetazo en el estómago. Mike se dobló sobre sí mismo y se deslizó por la pared como un sapo aplastado.

—Hazlo —ordenó Huesos.

El ex de Butterfly parecía estar al borde del desmayo.

—Está bien, está bien —gruñó.

Sacó un teléfono del bolsillo y empezó a marcar. Luego, arremetió contra McKay y le asestó un golpe en la cara.

—¡Sube ahora, hay un par de cabrones que...! —gritó, con el aparato en la mano.

—Bueno, hay que darte crédito —dijo Blake después de acortar las distancias y reducir al gilipollas con una llave en el cuello—. Ir contra un tío de ese tamaño requiere agallas. Y tú, Huesos, ¿cómo es que no te viste venir eso? Hay que estar ciego, en serio.

Noah se ajustó la mandíbula y le dedicó una mirada furibunda a Blake.

—Lo acabas de escuchar, ¿no? Vienen más.

—¿Cuántos más? —le preguntó el luchador a Mike. Este tosió como respuesta.

—¡Oye! —le gritó Noah al adolescente, que había logrado escabullirse y abrir una puerta que parecía llevar al sótano. A los pocos segundos, un trío de tipos tatuados subieron en tropel por una escalera.

—Ah, vale —dijo Blake con desdén—. Solo son tres más.

Huesos lo miró, exasperado. No parecía estar muy contento con la despreocupación de Blake. Era hasta gracioso. Iba armado y en cualquier momento podía sacar su pipa y poner fin a todo el problema, pero elegía no hacerlo. Pues bien, mientras siguiera así, lidiarían con la situación al estilo Kingsnake.

Soltó entonces a Mike y de una patada lo empujó hacia sus amigos, que ya venían dispuestos a impartirles una paliza. Esto hizo que tropezaran; el luchador no se quedó esperando y fue a por el más cercano, cuyo pelo se asemejaba a una mata de vello púbico. Pisó la espalda del ex de Butterfly y presionó su cuerpo contra el suelo. Acabó el trayecto cuando sus nudillos conectaron con la cara de su nueva víctima, alias Pelo Polla, con un sonoro «crack». Aquello fue suficiente como para derribarlo.

—¿Todo bien ahí? —gritó, después de girarse y proteger su cabeza de la bandeja que había estado a punto de colisionar contra él. Ahí estaba otro, cuyo rostro redondeado le recordó a un culo.

—Sí, maravilloso —escuchó decir a Huesos, a quien le había tocado lidiar con el adolescente y con un tío gordo y casi tan alto como él. Seguro que se las ingeniaba, y si no, bueno, pues que aguantase un poco.

Cara Culo intentó dar unos cuantos golpes más con su bandeja, tal vez para mantener al luchador a raya. No había mucho espacio para maniobrar, así que Blake resolvió el problema agarrando uno de los taburetes y, sosteniéndolo

como si fuera un bate, arremetió contra su desafortunado oponente. Para cuando Cara Culo se dio cuenta de que podía soltar la bandeja y agarrar otro mueble como el que estaban usando para atizarle, el luchador ya se le había acercado lo suficiente para patearlo hacia la misma puerta por la que había entrado y mandarlo escaleras abajo.

Entonces, Blake regresó sobre sus pasos y evaluó la situación. Mike seguía en el suelo, el muy gilipollas. El que se había llevado su rechazazo, Pelo Polla, estaba inconsciente, así de simple. En una cabina adyacente con pared de cristal estaba el adolescente de las dilataciones, sentado bajo una camilla mientras se abrazaba la tripa y gruñía de dolor.

«¡Buen trabajo, Huesos!», pensó, y en ese momento vio que el tío gordo tenía una navaja.

—Mierda —siseó y, a pesar de que su instinto de supervivencia estaba en desacuerdo, entró en la cabina y se lanzó hacia su espalda. Pasó rápidamente uno de sus brazos debajo de la axila del gordo y posicionó la palma de su mano sobre la nuca, tratando de apresar su otro brazo. El grandullón era demasiado alto como para que la llave fuera efectiva del todo, pero al menos evitó que Huesos fuera abierto en canal.

Por suerte, este no se quedó parado y agarró lo primero que había a mano, que no era otra cosa que un extintor, para golpear con todas sus fuerzas al gordo. Un fuerte clang se escuchó cuando el metal chocó contra el cráneo del tío. Inmediatamente, Blake sintió que el grandullón se quedaba flácido en sus brazos y se apartó para evitar quedar aplastado bajo el peso de su cuerpo. Observó entonces a Noah. Este no parecía tener ningún daño encima, salvo una pequeña impresión de un puño en su cara.

—Nada mal —dijo Blake.

—Jódete —respondió Huesos.

—Sí, de nada, cabrón.

Noah negó con la cabeza, pero no pudo ocultar una media sonrisa.

—Hay que encontrar ese puto teléfono antes de que se recuperen —añadió.

—De acuerdo —asintió Blake y retrocedió hacia donde estaba Mike—. Mierda.

Mike no estaba dónde lo había dejado. La puerta abierta de la trastienda era una gran pista de hacia dónde se había dirigido.

—Que... —empezó a decir Huesos, pero el luchador no se quedó a escucharlo. Como una bala, se abrió paso hacia la puerta y la atravesó. Tuvo que correr por otra estancia hasta llegar a una puerta que daba a un callejón. Lo hizo lo más rápido que pudo, mientras rezaba a la nada que ese gilipollas no se hubiera ido muy lejos. Era su única pista viable después de tantas horas de búsqueda.

Una vez que llegó a la avenida, se encontró con una multitud de gente caminando en todas las direcciones. Por unos momentos, mantuvo la esperanza de divisarlo, mientras buscaba la figura de aquel imbécil con pantalones demasiado grandes para correr. Sin embargo, con cada segundo que pasaba, aquella esperanza se hundía más y más en un enorme pozo de mierda; el mismo en el que parecía haberse despertado esa mañana y en el cual, por lo visto, seguiría hasta el día siguiente. Si es que aún estaba vivo.

—Fue mi culpa. La situación se salió un poco de control y el tío se escapó. Pero lo encontraremos, no es difícil. Además, está el estudio de baile. Si ella pasa por ahí, lo sabremos.

Blake miró a Noah de reojo mientras este daba sus explicaciones al jefe. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? Había que reconocer que la forma que tenía de mirar ese hombre era capaz de desarmar a cualquiera. Además, la habían cagado, y tenía la impresión de que eso no era algo que le gustara oír al Pirata.

—Sí. Lo sabremos —asintió don Luca.

—Puedo encargarme yo mismo de la vigilancia si lo cree necesario —

añadió el rubio.

El jefe lo meditó sin mover ni un solo músculo de su cara. Parecía querer decirlo todo con los ojos, sin embargo, no decía nada. Frío, eso era lo que le transmitía a Blake en ese momento, mucho frío.

—No —dijo finalmente—. Sonny se va a encargar de eso.

McKay asintió, muy serio. Blake se removió en su asiento, ansioso. Sabía que no se habían olvidado de él, pero en el fondo deseaba que así fuera.

—¿Han pasado ya las veinticuatro horas? —preguntó entonces el jefe al tipo que parecía ser su segundo, el mismo que había empezado a interrogar al luchador.

Este negó con la cabeza.

—Le quedan unas horas —comentó con media sonrisa, el muy cabrón.

—Bien —dijo el Pirata sin dejar de mirar a su segundo—. ¿Crees que el señor Novak aún puede hacer algo al respecto para arreglar su situación?

—Sinceramente, no —aseguró el viejo. Estaban hablando de él como si no estuviera delante. Aquello era demasiado enervante y no se pudo controlar:

—Estoy aquí, ¿sabéis?

Enseguida lamentó haberlo dicho. La mirada que le dedicaron le hizo sentir como un insecto molesto, a punto de ser aplastado.

Noah le dio un leve golpe en la rodilla, con disimulo. Aquello sí que no se lo esperaba, ¿el rubio seguía tratando de ayudarlo? Vaya, o le pagaban muy bien o realmente no era tan mal tipo. Nada mejor que una pelea para hacerse amigos.

—Lo que quiero decir es que si bien se nos ha escapado ese capullo con cara de crío, tenéis pruebas de que la chica existe. Su muchacho aquí es testigo de ello —aclaró, lo más sereno que pudo—. Por tanto, creo que merezco un poco de crédito, considerando que me han metido en todo esto sin preguntarme.

—Sí, tienes razón —admitió el Pirata. Blake tampoco esperaba oír eso, aunque temía lo que le iba a acompañar después—. Sin embargo, sigues debiéndome dos millones de dólares.

El luchador respiró profundamente. Tenía ganas de gritarle en su puta cara que él no le debía una mierda, pero desde luego que eso era una mala idea. Se limitó a bajar la vista y mirar las puntas de sus botas desgastadas. «Que mierda de suerte tengo, joder», pensó.

—Eso es mucha pasta, aunque alardee de ganarse bien la vida —añadió su segundo. Menudo mamón, ahora utilizaba sus propias palabras en su contra.

—¿Ah, sí? ¿Alardea? —pareció interesado el jefe. Blake no podía obviar la sensación de que se estaban burlando de él—. ¿Y cómo te ganas la vida, Novak?

Sí, definitivamente lo estaban haciendo. Era obvio que lo sabían todo de él.

—Es luchador —contestó Noah por él—. Uno bueno, de hecho.

Blake se dio cuenta de lo que estaba a punto de pasar y supo que no le iba a gustar nada.

—Interesante —apreció Gabrielli—. ¿Qué te parece eso, Novak? ¿Quieres una segunda oportunidad para demostrar tu valía? Tienes suerte de que hoy me sienta generoso.

El hombre tatuado lo observó expectante y no dijo nada. Estaba claro que no tenía alternativa.

—Te han hecho una pregunta, campeón —le soltó el segundo con un tono brusco.

Pretendían humillarlo, doblegarlo. Le cabreó pensar que lo estaban consiguiendo. Sin embargo, si él hubiera tenido una pipa y dos hombres en su retaguardia, también le habría sido fácil hacerlo.

—Sí, claro que quiero una segunda oportunidad —respondió entre dientes.

—Trato hecho, entonces —dijo el jefe, pero su rostro seguía impertérrito—.

Ahora trabajarás para mí. Al menos hasta que saldes tu deuda. En tu mano estará determinar cuánto tiempo te llevará eso.

—Sospecho que bastante —se jactó el otro.

Entonces Blake miró a Noah y vio que asentía con la cabeza, como si de esa forma le dijera que había hecho bien. Él, en cambio, no podía quitarse la sensación de que acaba de hacer un pacto con el diablo.

Capítulo 12. Fiesta de compromiso

Noah miraba su reloj con impaciencia. Hacía ya un buen rato que estaba allí plantado, en el recibidor de la casa de los Gabrielli, aguardando a que la hija de don Luca hiciera acto de presencia.

Dolores, la asistenta, le había ofrecido esperarla en el salón, en la comodidad de un ambiente más relajado y en compañía de un buen vaso de *bourbon*, pero el joven lo había descartado con amabilidad. La primera de las razones era que empezar a beber tan pronto, cuando ejercía de acompañante de la pequeña Gabrielli, podía causar unos cuantos problemas. Lo había comprobado en sus propias carnes hacía ya unos años. La segunda era que si se sentaba en aquellos confortables sofás, cabía la posibilidad de que se quedara dormido. Había sido una semana infernal, en la que no solo había tenido que ir de un lado a otro acatando órdenes, sino que además muchas de ellas no habían dado buen resultado. Hasta dónde él sabía, no había habido ninguna nueva pista sobre el supuesto traidor y tampoco del paradero del dinero. Si aquello salía a la luz, las otras familias podrían considerar que la fortaleza de los Gabrielli flaqueaba, y aquello, desde luego, no auguraba nada bueno.

El sonido de unos tacones sobre las escaleras de mármol lo sacó de sus pensamientos. Noah alzó la vista y vio a la chica que descendía por ellas de forma precipitada.

—Siento la espera —se apresuró a decir ella, pero a él se le atragantaron las palabras. Mia estaba deslumbrante. El vestido negro que llevaba se ceñía a su delicada cintura y la satinada tela de la falda se mecía al compás de sus movimientos. Además, el escote dejaba al descubierto sus hombros y permitía entrever el contorno de sus pechos—. ¿Noah? ¿Estás borracho?

El joven rubio miró los labios de ella, de un intenso rojo carmesí, y se dio cuenta de que le estaba hablando.

—Sí, claro —respondió sin saber muy bien qué se le había preguntado.

Ella soltó una carcajada.

—Gracias por hacerme reír. Es justo lo que necesito.

Él intentó disimular que probablemente se había puesto en evidencia.

—¿Nerviosa? —preguntó él.

—No. ¿Cabreada? Mucho.

Noah abrió la boca para preguntarle por qué, pero decidió no hacerlo. Podía adivinar sus razones, al menos, en parte. A causa del embrollo, la hija de don Luca llevaba aproximadamente una semana encerrada en su mansión, con escolta a todas horas. A lo que además había que sumarle el hecho de que no le hacía gracia que su padre se volviera a casar. No le costó imaginar que para ella también había sido una semana de mierda.

—Todo volverá a la normalidad —aseguró él.

—No lo creo —sentenció ella con expresión resignada y le tomó del brazo para salir por la puerta. Sin embargo, Dolores intervino una vez más e insistió en tomarles una foto juntos. Ninguno se negó y la mujer, entusiasmada, les sacó unas cuantas.

—Qué linda pareja que hacen —aseguró la asistente y Noah sonrió, orgulloso. Quizás esa noche, si encontraba el momento apropiado, podría dar por fin el primer el paso.

Fuera, una limusina les esperaba para llevarlos a la fiesta de compromiso de don Luca y su prometida, Karen. Iba a tener lugar en el hotel Gianpierre e iba a asistir un cuantioso número de invitados, seleccionados muy estratégicamente. Nadie excesivamente famoso para no atraer a la atención de la prensa, pero sí con suficiente influencia para considerarse digno. Por descontado, también acudirían miembros de las otras familias allegadas a los

Gabrielli y hombres importantes con los que tenían negocios. Más que una fiesta de compromiso, la velada iba a ser una hábil jugada para ver qué posiciones adoptaba cada uno en el nuevo tablero de juego que les había supuesto la aparición de un traidor.

Noah acudía como el acompañante de Mia por imposición, y aunque para él era todo un honor, no le gustaba el hecho de que para la hija de don Luca no hubiera habido opción.

—Estás muy guapa, Mia —se atrevió a decir. Lo hubiese dicho antes de no haberse quedado como un imbécil mirándola.

—Gracias. Tú también —contestó ella, distraída. Tenía la atención puesta en la pantalla de su teléfono.

—¿Quieres una copa? La limusina viene preparada.

No era una buena idea lo que acababa de proponerle, pero a Noah le pudieron más las ganas de conseguir su atención que las de hacer uso de la sensatez.

—¿Ah, sí? —dijo ella y alzó las cejas de forma sugerente.

Noah abrió una nevera y sacó una botella de champán. Fue Mia la que descubrió donde estaban las copas y él tuvo que callar a su voz interior que le decía que había metido la pata mientras descorchaba la botella. Si la joven aparecía con evidentes síntomas de embriaguez a la fiesta de compromiso de su padre, estaba seguro de que a este no le iba a gustar.

—¿Por qué brindamos? —dijo él tratando de no pensar.

Mia se encogió de hombros y dio un trago, así que Noah la imitó.

—Por los traidores —soltó de repente cuando él ya tenía el líquido en sus labios. Aquello le hizo atragantarse, pero esta vez de verdad.

—¿Cómo?

—Nada, solo bromeaba —dijo ella—. Podemos probar de nuevo.

Mia se había bebido la copa de un trago, tal y como él temía, y ya estaba

sirviéndose la segunda.

Noah sintió un sudor frío recorrerle la espalda. ¿Era posible que la hija de Gabrielli se hubiera enterado de lo sucedido? Si era así, ¿que debía hacer él? ¿Seguir fingiendo ignorancia o hablar de ello? Ya la había cagado con el tema del compromiso de su padre; si lo hacía con esto, iba a ser aún peor.

—¿Por qué quieres brindar tú, Noah?

—Si digo por la nueva pareja corro el riesgo de que me des con esa botella, ¿no? —Ella le dedicó una leve sonrisa y asintió—. Entonces brindo por las cosas buenas que nos depare la noche. Creo que nos las merecemos.

—Estoy de acuerdo. Brindemos por ello, entonces.

Lo que duró el trayecto les permitió beberse la botella entera. Mia sugirió abrir una segunda, pero por suerte ya habían llegado a su destino.

El hotel en cuestión era uno de los más lujosos de la ciudad, un rascacielos que recordaba a un castillo de estilo renacentista francés. La fiesta iba a tener lugar en el ático, una enorme planta dedicada a eventos de esa índole.

—Por aquí —le indicó Noah a Mia cuando la vio dirigirse hacia el lado contrario de donde estaban los ascensores.

En ese momento, posó su mano en la espalda baja de ella y su pulso se aceleró. Se obligó a respirar hondo y dejar de hacer el imbécil. Ya se había dado cuenta de hasta qué punto ella podía llegar a descontrolarlo.

Un pie detuvo las puertas del ascensor antes de que se cerraran. El dueño del este, cuya edad rozaba la sesentena, y cuyo traje hecho a medida no disimulaba su redondeada y abundante figura, sonrió ampliamente al verlos.

Huesos no pudo evitar compararlo con su hermano menor. Desde luego, Silvio Gabrielli era un individuo muy diferente.

—¡Mia, *come stai, mi bella ragazza!* —dijo efusivamente y le dio a la pequeña Gabrielli dos besos, uno en cada mejilla, y un fuerte y aparatoso abrazo.

—¡Tío Silvio! —exclamó ella un tanto apabullada—. ¡Has venido!

—Pues claro. Las distancias no importan cuando se trata de la familia. ¿Y este *ragazzo*? —dijo cuando se percató de la presencia de Noah—. ¡*Madonna mia! Sarà possibile*, si es el joven vástago de Barney el Verde. ¿Qué es lo que comes para haber crecido tanto, hijo? Si casi mides dos metros.

—*Buona sera*, señor Gabrielli —saludó el interpelado con una afable sonrisa.

—¡Si *parla italiano il bravo ragazzo!*

Noah observó que Mia le miraba intrigada. Aunque Silvio había nacido en América, igual que su hermano, tenía por costumbre hacer uso de la lengua de sus padres a la mínima ocasión.

—No, que va. Creo que eso es lo único que sé y...

—No sigas —le interrumpió el hombre divertido—. No digas palabras malsonantes delante de mi sobrina. Ya sabemos que es lo primero que se aprende.

Ambos jóvenes rieron. En ese momento, el ascensor se abrió. Noah llevaba toda su vida a la vera de los Gabrielli. Debería estar acostumbrado a su tren de vida, sin embargo, no dejaba de impresionarse por el ostentoso lujo que predominaba en sus veladas públicas. Intuía que eran una oportunidad más para reflejar su poder.

La sala era un gran espacio abierto, cuyas paredes exteriores eran todas de cristal. Gracias a la altura, se podía contemplar un espectacular panorama nocturno de la ciudad, con sus innumerables luces como si fueran un reflejo de las estrellas en el cielo. Al mismo tiempo, la iluminación de la sala se multiplicada por las lámparas de araña que colgaban del techo y las exquisitas figuras de hielo que adornaban las mesas del bufé. Si esa era la fiesta de compromiso, no se podía ni imaginar cómo iba a ser la boda.

Don Luca y su prometida estaban casi a la entrada, recibiendo a los

invitados que iban llegando. Silvio se les adelantó para saludar a su hermano, lo que le permitió estar unos minutos más al lado de la rubia, cuya cara ya no mostraba ninguna sonrisa, sino más bien todo lo contrario.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Estaría mejor sin esta mierda de tacones, esta mierda de vestido, y en la otra punta del mundo. Por lo demás, bueno, si me traes una copa, quizás se me pase.

—Quizás no deberías beber tanto, no hasta...

—Mia —le interrumpió el Pirata. Se había acercado a ellos y había dejado a Karen con su hermano.

—Padre —dijo ella con un tono de voz monótono.

—Estás muy guapa.

—Sí, he tenido mucho tiempo libre para arreglarme. De hecho, casi una semana —replicó ella.

—Veo que sigues de mal humor.

—No sé de quién será la culpa —ironizó la joven. Don Luca le dedicó una mirada a su hija que puso los pelos de punta a Noah—. Si me disculpáis, tengo que ir al baño.

Dicho y hecho, ella se dio media vuelta y los dejó allí. Noah sabía que era lo que Mia solía hacer delante de cualquier conflicto, así que no le sorprendió. Le habría gustado poder evitar el momento de tensión.

—Gracias por traerla, Noah —dijo don Luca—. Me alegro mucho de contar contigo. Sabes que no lo está pasando muy bien, pero me tranquiliza que por lo menos tenga un hombro en el que apoyarse, ya que rehúsa el mío.

Huesos asintió agradecido ante las palabras de su jefe.

—Siempre haré lo que sea por usted y por su familia, don Luca —aseguró.

—¡Noah! —escuchó entonces—. Un placer verte de nuevo.

La futura novia, al parecer, había dado por concluida su conversación con el

hermano de Luca y se había acercado a ellos. No era una mujer joven, pero conservaba su belleza y además un porte exótico y distinguido que acentuaba su atractivo.

Noah hizo lo estipulado y, después de darles la enhorabuena a ambos, entregó un sobre con una cuantiosa suma de dinero a la novia.

—¡Chico! —exclamó el Pirata—. No hacía falta.

—Quería hacerlo, don Luca.

El jefe asintió complacido y enseguida se acercaron nuevos invitados a los que dedicarles su atención.

El joven rubio se retiró discretamente y se fue a la barra donde imaginaba que encontraría a su acompañante. No fue así, y en su lugar se encontró a una cara conocida.

—Cabronazo, no esperaba encontrarte aquí —escuchó Blake a sus espaldas. El luchador ya iba por su tercer vaso de vodka, por lo que tardó unos segundos en reaccionar y también en ubicar al dueño de la voz.

—Huesos —lo reconoció entonces, sin girarse, y esbozó una sonrisa que solo en parte era irónica. No iba a admitirlo en voz alta, pero después de la semana de mierda que había tenido, McKay no era la última persona a quién quería ver. No, ese era su jefe. Y quizás Jessica. Aún no había decidido a quién odiaba más—. ¿Cómo crees que iba a perdérmelo? —bromeó y se giró para mirar a su compañero de desgracias—. Después de mi visita al casino, lo mínimo que me merezco es una barra libre, ¿no?

Noah soltó una carcajada y ocupó el asiento de su lado.

—No exageres. Eso solo fue un malentendido. Además, trabajar para el Pirata puede beneficiarte. Yo creo que incluso te va a ir mejor que con los Bondaryenko.

Blake frunció el ceño.

—Hay una gran diferencia ahí, «colega». Yo trabajo con los ucranianos, no

para ellos. Con tu jefe no creo que goce de ese lujo. —No pudo evitar hacer una mueca ante sus propias palabras. Siempre había considerado su libertad como un derecho, y solo ahora estaba empezando a sentir que a lo mejor era eso: un lujo que le estaban dando. Se rebeló ante tal idea, la desechó y la ahogó en lo que quedaba de su vodka—. En fin, da igual. ¿Alguna novedad de ese gilipollas con cara de crío?

El rubio negó con la cabeza.

—No ha vuelto a pasarse por la tienda, pero tarde o temprano, aparecerá.

—Vaya, sí que se os da bien perder a la gente.

—Mira quien habla.

—*Touché.*

La banda que había contratado el ricachón de Gabrielli para el evento empezó a tocar de nuevo. Aquello supuso que un cierto número de parejas se acercaran a la zona de baile y empezaran a danzar. Otros, en cambio, siguieron conversando animadamente en pequeños corrillos. Blake imaginó que muchos de los presentes no podían dejar de hacer negocios ni en la cama, incluso aunque estuvieran al lado de una bonita mujer. Notó entonces que Noah estaba mirando alrededor suyo, como si estuviera buscando a alguien.

—¿Se te ha perdido la novia? —preguntó socarrón—. Ah, perdón. Que solo sois amigos.

La expresión de desdén que le regaló el rubio le hizo gracia. Si ya estaba jodido, al menos aprovecharía esa noche para divertirse a costa ajena.

—Noah —llamó una voz—. Ven, tenemos que hablar.

Se trataba de Barney el Verde, reclamando la atención de su hijo.

Blake se despidió con una mano y pidió otra ronda al camarero. No tenía intención de socializar con nadie más que con su copa. Sin embargo, no pudo evitar notar a dos hombres que se acercaron a la barra, no muy lejos de él. Uno era alto y delgado, con una cabellera negra abundante y una nariz

aguileña; el otro parecía una versión más joven del primero aunque bastante más agraciado. Los dos, además, llevaban trajes que seguramente provenían del mismo sastre. Blake hubiera apostado los dos millones que no tenía a que se trataba de padre e hijo, o por lo menos de parientes.

—¿Has recibido noticias de tu hermana? —preguntó el mayor.

—No. Ya sabes cómo es, nos dirá algo cuando le dé la gana.

—Hubiese venido bien para acercarte a la hija de Gabrielli. Tengo entendido que siguen siendo muy amigas.

—Puedo acercarme a ella sin necesidad de nadie, papá. Además, Charlotte está como una puta cabra. Mejor que no haya venido.

Blake asintió al comprobar que no había estado equivocado en sus suposiciones, y brindó porque de haber apostado, habría ganado. Lástima que no fuera así.

—Muy bien, esa es la actitud. Demuéstrale de qué están hechos los Costello. Y no la cagues. La necesitamos.

«Vaya, vaya», pensó Blake, «así que el Pirata tiene a una princesa en su castillo». Tal vez fuese divertido de ver, pero el luchador no tenía ni el más mínimo interés de permanecer en ese mundillo. Quería su vida de vuelta.

Unos gritos le sacaron de su ensimismamiento. De mala gana levantó la vista y se fijó en el puto don Luca, que hablaba con una rubia. Luego vio a Huesos acercarse como una flecha y sacar a la chica a bailar. Habría vuelto su atención hacia el fondo de su copa de no haberle visto la cara a la joven. Pero lo hizo, y algo en su interior se removió.

«No puede ser», se dijo, «debo de estar borracho».

Mia se miró en el espejo y se dio cuenta de que le costaba enfocar los ojos. Beber de aquel modo tan descontrolado no le había hecho ningún bien. Sin embargo, era la única forma que conocía para lidiar con toda la mierda que se le había venido encima. Primero, la puta Charlotte que la había traicionado de

esa manera tan ruin. No la iba a perdonar, no tan fácilmente. Le daba igual que fuese el cabronazo de Carl el que la hubiera convencido. Ella debería haber tenido la suficiente personalidad como para mandarlo a la mierda. Pero no, lo había escogido a él por encima de su mejor amiga, y eso le provocaba ira. No solo se había jugado la vida inútilmente para escapar aquella noche de su casa, sino que, además, había tenido que volver y fingir que nunca había salido de allí.

Por otro lado, su padre se había propuesto amargarle la existencia. Le había puesto vigilancia a todas horas, incluso una escolta para ir a la universidad. Tampoco podía volver a ser Butterfly. Aún había un psicópata que seguramente la estaba buscando para reclamarle los putos dos millones de dólares que a ella también le habían robado. Y ahora estaba ahí, en la fiesta de compromiso de su padre, con una mujer que ni siquiera conocía, una sustituta de su madre fallecida. ¿Cómo no iba a emborracharse? Debería pillarse un gramo de coca de esos que pasaba Charlotte y mandar todo a tomar por culo.

Le chilló al espejo. Lo golpeó y ni siquiera logró romperlo. Frustrada y con unas tremendas ganas de llorar, se sentó sobre la taza de uno de los váteres y se llevó las manos al rostro. Permaneció así durante un tiempo indeterminado, hasta que las voces de un par de mujeres que acababan de entrar le hicieron incorporarse y finalmente abandonó los baños.

Mía tenía la intención de sentarse en la barra y pasar el resto de la velada allí, sin hablar con nadie más que con el camarero para pedirle una copa tras otra. No obstante, sus planes se vieron frustrados con demasiada facilidad y de forma repentina.

Lo primero que vio fueron sus manos. Era un detalle absurdo, pero se había fijado demasiado en ellas como para no reconocerlas. La cabeza de una serpiente tatuada en la mano derecha lo hacía inconfundible y también la buena suerte que rezaba en sus nudillos.

Instintivamente, Mia dio un paso atrás. El corazón había comenzado a bombearle con fuerza y sentía que estaba a punto de desmayarse. Sus ojos se desplazaron por su espalda, su ancha espalda que ahora estaba cubierta por la chaqueta de un traje elegante. La visualizó desnuda, con el tatuaje de la calavera de un cuervo en la columna. Dio otro paso hacia atrás; las manos habían empezado a temblarle. ¿Qué coño hacía el tipo ahí? Si era un asesino a sueldo, contratado por su padre, ¿acaso era buena idea que los vieran juntos en público? Dio otro paso atrás. Por más que quería, no podía apartar los ojos de él. Trataba de encontrar una lógica, de negarse a sí misma que ese hombre estuviera allí de verdad. Luego contempló su nuca, su cabello, rapado por los lados y ligeramente largo por arriba, peinado hacia atrás. Pensó en la sangre por todo el puto suelo. Un escalofrío le recorrió la espalda. Mia inspiró el aire que se había olvidado de respirar y se giró para irse de allí lo más rápido que sus piernas le permitieran.

—Mia —la interceptó su padre. No podía creer en su mala suerte, ni siquiera había llegado hasta el ascensor—. ¿Has dado ya la enhorabuena a Karen?

—Sí, digo no. No lo sé.

Mia nunca había tenido una taquicardia, pero estaba segura de que era lo que estaba padeciendo en ese instante. Tenía las palmas de las manos empapadas en sudor.

—Hablo en serio, Mia. No te he criado para que seas una maleducada. Ve ahora mismo y compórtate como una Gabrielli. No me avergüences más.

—Yo... No me encuentro bien.

—¿Acaso me tomas por tonto? —exclamó su padre y le dirigió una de sus miradas iracundas.

Lo irónico de la situación era que ella no estaba mintiendo. No se encontraba bien y posiblemente iba a ir a peor si no conseguía salir de allí.

—¡Te estoy diciendo la verdad! —alzó la voz. No quería hacerlo, pero no podía controlarse. Aquello llamó la atención de bastante gente. Mia pudo sentir los ojos de todos ellos clavados en su nuca. No iba a salir indemne, no después de aquello. Trató de hacerse a la idea y bajó sus párpados, como si de esa manera pudiera dejar de existir, como cuando era pequeña y jugaba al *ahora estoy, ahora no estoy*.

—Cariño. —La doctora se había aproximado a ellos y puso su mano de forma tierna sobre el hombro de su padre—. Mia me dio la enhorabuena antes, si es de eso de lo que hablabais.

La muchacha parpadeó un par de veces y se preguntó si la doctora trataba de ayudarla. Sin embargo, ¿a quién le importaba eso cuando había un sicario pisándole los talones?

—Te estaba buscando —anunció alguien y Mia casi dio un brinco del susto. Solo se trataba de Noah, que también se había acercado a ellos. Luego, este se dirigió a su padre—. ¿Don Luca, le importa que saque a su hija a bailar?

El semblante del padre de Mia cambió inmediatamente, como si aquello fuera lo mejor que había escuchado en toda la noche.

—Por supuesto —aceptó de buena gana, y a pesar del terror que la tenía al borde de las náuseas, la joven no pudo evitar sentirse profundamente indignada. ¿Es que a nadie en este mundo le importaba su puta opinión?

Noah la tomó de la mano y la arrastró en la dirección contraria de la que estaban los ascensores. Dirigió una mirada lastimera hacia allí y pensó que conservar la calma era su única opción. Entonces se repitió varias veces seguidas que, aunque ella lo hubiera reconocido, la posibilidad de que el sicario lo hiciera con ella era prácticamente nula. Para empezar, no llevaba su peluca rosa, y lo que era más importante, no había ni rastro de ninguno de sus tatuajes, ¿verdad? Disimuladamente se miró los brazos. El maquillaje estaba impoluto. Nada fuera de lugar.

—Pensé que necesitabas un cable. —escuchó decir a Noah.

Mia lo miró a los ojos, aunque para ello tuvo que levantar bastante el mentón.

—Gracias —dijo y fue lo más sincero que había dicho en toda la noche.

Noah le estrechó la mano con más fuerza y la llevó hacia la pista. Durante el recorrido, deseó llevar el pelo suelto para que le cayera sobre la cara, pero para su desgracia, había decidido llevarlo recogido.

Empezaron a tocar la canción *Tu vuo fa l'americano*. Noah puso su mano sobre la cintura de ella y prácticamente la obligó a bailar. La joven movía los pies por inercia, de forma torpe, pero dirigida por su amigo, que no le permitía tropezar.

Entre vuelta y vuelta, miró hacia la barra y el corazón le dio un vuelco al comprobar que el sicario ya no estaba.

—Huesitos —susurró, presa del pánico. Mia acababa de plantearse una salida, quizás la única que le quedaba: Noah podría ayudarla. Solo tenía que confesarle todo, hasta el último detalle, incluyendo su identidad secreta como Butterfly. Él era su amigo, lo acababa de demostrar, ¿podía confiar en él? ¿La iba a salvar?—. Tengo que decirte algo.

El joven alzó las cejas. Sus pasos fueron más lentos, algo que Mia agradeció, pues si seguía así, no tardaría en vomitar.

—¿Qué? —preguntó como si no la hubiera escuchado. Quizás la música sonaba muy alta, así que ella acercó los labios a su oído.

—Sácame de aquí, Noah. Por favor. Hay algo que te tengo que contar.

Ahora sí que la había escuchado. Lo supo por la cara que puso, de completa confusión.

—Mia, no puedo. Es la fiesta de compromiso de tu padre. Tienes que estar aquí.

—Por favor, Noah —insistió ella, casi con la voz rota.

Su amigo pareció dudarlo, pero no tuvo tiempo de contestar. Alguien más había llegado hasta ellos.

El luchador no sabía si era el vodka, o quizás solo su mente desquiciada jugándole una mala pasada. Al margen de lo que pudiera pensar, sus pies ya habían tomado la decisión de actuar por él y lo habían desplazado de aquel taburete de la barra hasta la pista de baile. Ahora se abría paso entre las parejas que se movían al ritmo de la música y entorpecían su recorrido. No iba en línea recta. Se movía en círculo, como un tiburón, con la vista fija en los dos bailarines o, más concretamente, en la joven que Huesos tenía entre sus brazos. El luchador no pudo evitar recordar la fiesta de aquella noche y su propio baile con Butterfly. ¿Era realmente la misma chica? Se fijó en su cabello largo y rubio; lo llevaba recogido y se podían ver a la perfección sus hombros y brazos desnudos. No había ni un solo tatuaje en ellos. Sin embargo, su cara, su maldita cara, era algo que Blake jamás iba a poder olvidar. Estaba casi seguro de que era el rostro que le había costado dos millones de dólares y su libertad.

Una parte de él sabía que si actuaba precipitadamente, corría el riesgo de arruinarlo aún más. Lo mejor era sentarse en alguna esquina oscura y esperar a que la rubia estuviera sola para cerciorarse de que no estaba confundíendola. Tal vez incluso aguardar hasta que se retirara de la fiesta y seguirla entonces. Desafortunadamente, la paciencia nunca había sido su fuerte. Como consecuencia de ello, y sin casi proponérselo, llegó hasta la pareja y los interrumpió.

—¿Puedo? —dijo.

Aquello no era realmente una pregunta. Ninguno respondió, tal vez estaban demasiado sorprendidos como para hacerlo. Huesos ciertamente lo parecía, pero no le importó. De un movimiento agarró la mano de la chica y la hizo girar hacia él.

El contrabajo marcó un ritmo pausado. Un par de ojos verdes muy abiertos se encontraron con los suyos. Era ella, tenía que serlo.

—¿Te conozco de algún lado? —preguntó Blake sin dejar de mirarla fijamente.

—Es poco probable —respondió ella y al siguiente instante, bajó la vista.

El luchador la hizo girar sobre sí misma y la estrechó más a él.

—¿Segura? —insistió—. Pareces algo tensa.

—Disculpa, pero tengo que irme.

Ella hizo el amago de apartarse, pero Blake no la soltó. Por el contrario, la agarró con más fuerza y pasó una mano por su hombro. La piel se le manchó de maquillaje y la sombra de un tatuaje se dejó entrever.

—Serás hija de puta...

La chica logró zafarse de su agarre, se dio la vuelta, pero él la siguió. No pensaba montar una escena, no en presencia de tantos criminales. No obstante, que no se le iba a escapar también lo tenía claro.

Su trayecto fue interrumpido.

—¿Qué demonios haces? —inquirió Huesos y se le plantó enfrente.

—Es una larga historia —respondió el luchador impaciente—. Te la cuento luego.

No era idiota, sabía que se estaba metiendo con el potencial ligue del rubio, pero, ¡demonios! Había cosas más importantes de por medio que Noah y su maldita zona amigos. Por no hablar de otro que tenía la suerte en el culo. Quién sabe, quizás hasta se lo agradecería luego.

—Eres imbécil —escupió el otro con rabia y lo agarró de la chaqueta, lo que impidió su marcha—. Es la hija del jefe.

El luchador iba a zafarse, pero esa última información lo detuvo en seco.

—¿Qué has dicho?

—Que no puedes acercarte a ella, estúpido. Es la hija de Gabrielli.

Blake lo observó con la cara desencajada, mientras lo procesaba. Entonces se preguntó qué demonios iba a hacer a continuación. Primero, iba a ser su palabra contra la hija del jefe; segundo, se la había follado. El panorama no era nada prometedor. «Oh vamos», pensó «tanta mala suerte no puedo tener». Se planteó si era que toda su vida había sido una gran broma y esto era la culminación de la esta. Tuvo que reprimir sus ganas de gruñir como un perro salvaje.

—¡Ahí estás! Ven, te presentaremos a los novios —exclamó otra voz familiar. El hijo mayor de los Bondaryenko había elegido ese preciso momento para molestarle.

Se vio entonces arrastrado entre la multitud hacia un pequeño grupo que se había reunido junto a uno de los ventanales.

Una mujer de mediana edad y sinuosas curvas conversaba con un viejo de cara enrojecida y cejas pobladas, junto a la que reconoció como su esposa. Blake los había visto en contadas ocasiones, pero sabía que se trataba de los padres de los Bondaryenko. Andrei, el hijo menor de estos, también estaba a su lado. Y para rematar, Luca Gabrielli, con la pequeña e infernal Butterfly a su lado.

El luchador tuvo el deseo de encontrarse en la otra punta del mundo.

—Hijo, ven. Saluda —dijo el patriarca ucraniano a su hijo mayor.

Anatoli obedeció y felicitó a los novios. Luego le entregó a la mujer un sobre. Luca Gabrielli respondió algo, pero Blake no le pudo prestar atención. Su mirada estaba clavada en la chica, que para tratar de cubrir su tatuaje se había soltado su abundante y rizada melena. Se le ocurrió entonces que ella también tenía algo que ocultar.

—Hemos traído a nuestra estrella, como le prometimos, compadre. —Un ligero empujón en el hombro de Blake, por parte del padre de Anatoli, le hizo saber que lo estaban haciendo partícipe de la conversación—. Gracias a él

hemos podido atraer a bastante público a las luchas. Su nombre es Blake Novak.

La mirada del Pirata se posó sobre él. Le pareció ver una leve sonrisa de mofa y aquello le hizo hervir la sangre.

—Luca Gabrielli —se presentó el mafioso y le ofreció la mano como si nada. A Blake le costó casi toda la voluntad que poseía el estrechársela—. Tenía ganas de conocerte. He oído hablar mucho sobre ti. ¿No estabas en el circuito profesional hace unos años?

—Lo estaba —respondió secamente el luchador, lo que dio lugar a un silencio incómodo que el patriarca ucraniano no tardó en romper.

—¡Ah! Y esta debe de ser tu hermosa hija. ¡Un placer, señorita! —El hombre cogió la pequeña mano de Butterfly y la besó. «¿Señorita? Si ellos supieran», pensó el luchador. Pavlo Bondaryenko se apartó y empujó ligeramente a su hijo pequeño hacia la rubia—. A Anatoli ya lo conocéis, pero este es el más joven de mis hijos, Andrei.

Como si fuera una jugada estudiada de ajedrez, el patriarca llevó aparte al Pirata y se pusieron a conversar, a la vez que la mujer de los ucranianos hizo lo propio con la de los Gabrielli. Anatoli posó su mano sobre el pecho de Blake como invitándole a abandonar la escena y Andrei se quedó a solas con la dueña de una falsa inocencia.

El luchador se dio cuenta de que ahora la que lo miraba fijamente era ella, como si estando rodeada de toda esa gente le hubiera dado el valor para desafiarlo. Aquello lo cabreó aún más. Sin embargo, no tuvo más remedio que retirarse.

Noah seguía allí plantado, contemplando el panorama y tratando de entender qué mierda acababa de pasar. Primero, Mia le había dejado de lo más confundido. Él había tenido la ilusión de que ella fuera finalmente a decirle lo que durante tanto tiempo había estado esperando oír, pero enseguida se había

dado cuenta de su error. Algo le pasaba a la hija de los Gabrielli y él no había sabido reaccionar a tiempo.

«Imbécil», se llamó a sí mismo. Pero lo que no tenía sentido alguno era que el gilipollas de Novak se la levantara de ese modo. Claro que había intentado pararle los pies, ¿pero quién coño se creía que era? Sin embargo, no le había gustado ni un pelo la reacción de ella. Nunca la había visto así de nerviosa, como si él le gustara o algo parecido, joder.

Encima Blake había tenido el descaro de seguirla cuando ella había acudido a su padre. Lo que le llevó a pensar, ¿por qué Mia había vuelto con él? Tal y como había ido la noche, eso carecía de lógica. Entonces empezó a pensar que Novak podría haberla intimidado, o que se conocían de antes, o cualquier puta cosa. No tenía ni idea. En cuanto dejara de estar con los ucranianos, iba a decirle un par de cosas al luchador. Eso lo tenía claro.

Fue sumido en esta vorágine de pensamientos cuando se percató de que el grupo al que no había sido invitado se había disuelto. El Pirata conversaba con el patriarca de los Bondaryenko, Blake había desaparecido de su vista y Mia estaba siendo acosada por el criajo de los ucranianos. Decidió que no iba a permitir que ningún gilipollas más volviera a molestarla. La sacaría de allí, tal y como ella le había pedido.

Decidido, avanzó hacia ellos, pero la suerte le jugó una mala pasada y fue interceptado por su padre.

—¿Has localizado ya a Nakahara? —le preguntó de forma brusca.

—No, pero...

—Últimamente estás comportándote como un idiota, Noah. ¿Se puede saber qué te pasa? No paras de cagarla. Te he dicho que lo hagas. Don Silvio y su hijo hace rato que están esperando, ¡ahora!

El joven sabía que lo que le pedía su padre era importante. Los japoneses le habían propuesto al hermano de Luca un trato difícil de rechazar. Sin embargo,

el jefe quería alguien más gestionando el trato a parte de don Silvio, por lo que el padre de Noah había sido nombrado el portavoz. Ello había supuesto que la intermediación cayera sobre Noah, en lugar de sobre Nico, y con tanto ajetreo, aún no había logrado encontrar a su contacto, el intermediario de los japoneses.

—Está bien —aceptó. Haría eso y luego se iría a por Mia.

Capítulo 13. La verdad

Blake no se había ido muy lejos. Sabía que Butterfly no le había quitado los ojos de encima porque él tampoco lo había hecho, así que, ¿para qué esconderse? Se detuvo junto a una de las ostentosas estatuas de hielo y cogió un pedazo de fruta de la mesa. Se lo llevó a la boca con expresión ufana, sin desviar la mirada. La rubia entrecerró los ojos.

—¿Te gustan los coches? —le dijo Andrei.

—¿Qué? —preguntó ella. La hija de Gabrielli miró al ucraniano como si le hablara en otro idioma.

Blake apenas pudo reprimir una irónica sonrisa. El chiquillo no tenía ni puta idea de con quién estaba hablando. Él, en cambio, había experimentado en sus propias carnes lo que ella era capaz de hacer. No le cabía duda de que Butterfly estaba totalmente fuera de la liga de Andrei.

Cabía la posibilidad, no obstante, de que la reconociera, pero enseguida la desestimó, al recordar la escena de cuando se habían conocido en el club: Andrei ni la había mirado, ocupado como había estado con esas dos mujeres.

—Yo tengo un Jaguar deportivo de quinientos cincuenta caballos...

El pequeño de los Bondaryenko se puso a describir su coche y todas sus características al detalle como si a alguien le importase una mierda. La rubia asentía distraídamente de vez en cuando e iba mirando de soslayo al luchador como si esperara que él hiciera algo. No se equivocaba, aunque aún no había decidido qué.

Blake se percató de que Andrei le estaba dando un repaso de arriba abajo a Butterfly con todo el descaro, mientras no dejaba de hablar. Era obvio que le parecía atractiva, no podía culparlo; él había pecado de lo mismo.

—¿Qué? ¿Te gusta lo que ves? ¿Te apetece tocarme las tetas? —soltó ella

de pronto.

El chico ucraniano frenó de golpe su verborrea. Esa vez, Blake no reprimió la sonrisa. Ahí estaba la Butterfly que él había conocido, la muy cabrona.

—E-esto... —tartamudeó Andrei.

—Quizás otro día —dijo la rubia e hizo ademán de darse la vuelta.

El hombre tatuado se apresuró a seguirla, pero una voz desgraciadamente familiar lo clavó en el sitio.

—Me alegro de que haya acudido a mi fiesta, señor Novak. —Luca Gabrielli se había acercado a él—. Quizás esto puede ser el inicio de una fructuosa amistad. Pronto recibirá nuevas indicaciones, estoy seguro de que seguirá a la altura.

El luchador apretó los dientes con cólera. Era lo único que podía hacer para no abrir la boca y decirle al tipo todo lo que pensaba y, de paso, todo lo que ahora sabía. Desafortunadamente, y aunque Gabrielli le creyera, si le contaba la verdad sobre su hija, no había forma de asegurar que no mataría al mensajero. Especialmente si este se había acostado con ella.

—Si usted lo cree —fue lo único que pudo decir.

—Estoy seguro de ello. Si me disculpa...

Apenas el mafioso se hubo alejado, volvió la vista hacia donde habían estado Andrei y Butterfly. La chica ya no se encontraba allí.

No iba a permitir que se le escapara, así que avanzó rápidamente hacia el pasillo de donde salían los camareros con las bandejas de comida. Tenía la sospecha de que no iba a tratar de salir por la puerta principal, puesto que ahí los hombres de seguridad fichaban a todos los que entraban y salían.

No se había equivocado; después de atravesar un pequeño cuarto con mesas frías, donde los sirvientes colocaban los alimentos que en breve iban a hacer circular por la fiesta, el luchador llegó a una puerta de vaivén doble. En esta, un par de ventanas redondas le permitieron ver un pasillo exterior donde la

rubia estaba siendo abordada por uno de los guardaespaldas.

—Lo siento, señorita. Por aquí no se puede pasar —escuchó decir a este.

—Vamos, solo iba a salir a fumar un rato... —Butterfly, o como fuera que se llamase en realidad, adoptó una pose coqueta y le sonrió—. ¿No pasa nada, verdad?

El hombre pareció pensárselo un poco y luego asintió en silencio. La rubia le dio las gracias y se largó por lo que parecía ser la puerta de las escaleras de emergencia. Estaba claro que no le costaba nada mentir, igual que a su padre.

Aquel pensamiento le hizo apretar los puños. Salió rápidamente al pasillo, dispuesto a perseguir a su estafadora, pero enseguida se dio cuenta de que había sido una mala idea: su forma de lidiar con guardias era bastante menos sutil que la de Butterfly. Para su suerte, en ese momento, un camarero salió del ascensor de servicio. Cargaba con una bandeja repleta de copas. Como si fuera a cámara lenta, Blake observó que el guardia se giraba hacia ellos. Sin pensárselo mucho, puso el pie disimuladamente, lo que provocó que el camarero tropezase y que la bandeja, las copas y todo su contenido volaran por los aires. Cayeron sobre el carrito de vajilla sucia empujado por una chica que justo había salido por la puerta de vaivén.

Durante un instante, le preocupó que se le hubiera ido la mano, pero la chica parecía estar bien. Cuando el hombre de seguridad se acercó a examinar la destrucción que había causado, el luchador aprovechó para cruzar el pasillo y saltar al interior del montacargas.

Apretó el botón con insistencia para bajar dos pisos, pero las puertas se cerraron con tanta lentitud que temió ser descubierto. Suspiró aliviado al empezar a descender, aunque le dio la impresión de que aquella plataforma apenas se movía.

La impaciencia se trasladó a su pie y dio repetidos golpecitos en el suelo

metálico a la espera de llegar a su destino. Eso provocó que, al abrirse las puertas, se lanzara a la carrera por un pasillo en busca de las escaleras de emergencia. Las prisas le hicieron calcular mal y se golpeó la rodilla con un carrito lleno de enseres para las habitaciones que volcó por la inercia del impacto. Blake no se detuvo, pero sintió cómo dejaba atrás otro desperfecto más. En el fondo, le hizo gracia; romper cosas era algo que se le daba tan bien como a Butterfly fingir.

Al llegar a la puerta de emergencia, sin embargo, frenó en seco. Debía abrir con cuidado si no quería hacer ruido y que la rubia lo interceptara. Al hacerlo, agudizó el oído para escuchar sus pasos. El repiqueteo de sus tacones sobre las baldosas le llegó con toda claridad. Se asomó por el hueco de las escaleras y logró ver su mano, que se deslizaba por la barandilla a cada paso que daba. Le llevaba unos cuantos pisos de ventaja.

Blake avanzó con todo el sigilo del que fue capaz. Iba pegado a la pared con tal de evitar que lo viera, pero de vez en cuando se asomaba para cerciorarse de que ella seguía ahí. En una de esas ocasiones se dio cuenta de que se había detenido. Habían bajado tantas plantas que seguramente estaban ya bajo el nivel de la calle, en los sótanos.

El luchador se escondió detrás de un pilar y observó a Butterfly: estaba forzando una cerradura con un par de horquillas o algo parecido, de la misma manera que había hecho con la oficina de su exjefe en el parque de atracciones. Se preguntó si el cabrón de Luca Gabrielli estaría al tanto de que su hija también era una criminal como él.

Cuando la puerta se abrió, el ruido de las calderas y tripas del edificio ahogó todo lo demás. Seguirle por aquel recorrido fue más fácil. Habría podido abordarla sin problemas en ese mismo instante, sin embargo, quería ver hasta donde lo llevaba esa pequeña ladrona. Estaba seguro de que ahí era donde encontraría el dinero.

Un par de rodeos más, otra cerradura forzada y ya estaban en la calle. Imaginó que ella tomaría un taxi, así que se preparó para tomar otro, cuando la vio acceder a la boca de metro.

—¡Mierda! —maldijo y corrió en la misma dirección. Ahí había muchísimas más posibilidades de perderla entre la multitud.

No obstante, a esas horas, el metro no estaba tan lleno como había imaginado, y lo cierto fue que ella, con su vestido, sus brazos y hombros al descubierto, y su pelo rubio, destacaba bastante. Blake no subió al mismo vagón por precaución, pero a través de los cristales podía observarla tanto a ella como a lo que sucedía a su alrededor. La gente la miraba, y en una ocasión, un hombre de aspecto ebrio se le acercó.

Blake pudo fijarse en que Butterfly se había puesto rígida, y también en cómo llevó su mano a un pequeño bolso que colgaba de su hombro. Quizás pensaba que iban a intentar robarla, quizás era eso lo que trataban de hacer. «Karma», reflexionó Blake.

El tipo en cuestión le dijo algo y ella le contestó. Desde donde estaba el luchador era imposible escucharlo, y se planteó qué haría en caso de darse una situación violenta. ¿Ayudarla? La muy cabrona había provocado que casi lo mataran.

Afortunadamente, no tuvo que tomar ninguna decisión. La dejaron en paz y la rubia bajó en la siguiente parada. No le sorprendió que se tratara del mismo barrio de siempre, el que circundaba la avenida de moda en la ciudad y por la que había estado buscándola. La siguió durante un par de calles bastante transitadas y luego hacia otra zona más residencial. Los edificios seguían siendo parecidos, pero entre los viejos había nuevas construcciones fácilmente reconocibles por su altura más elevada.

La chica se paró en uno de los bloques antiguos y subió una pequeña escalinata que daba a la puerta de entrada. No forzó la cerradura esta vez, sino

que sacó unas llaves de su bolso. Aquello significaba que Blake no se había equivocado; ya podía percibir el olor del dinero.

Mia sentía que el cuerpo entero le dolía. Todos sus músculos habían permanecido en tensión desde el momento en el que había visto a aquel luchador en la maldita fiesta de compromiso de su padre. ¿Podía tener más mala suerte? Era como si todos los astros del universo hubiesen conjurado para ponerse en su contra. ¿Y qué le quedaba ahora? Había visto a su padre acercarse a ese cabrón y estaba segura de que, a esas alturas, todos sus secretos habían salido a la luz. ¿Le habría contado también cómo habían acabado la noche? Quizás esa era su única esperanza, porque entonces el sicario tampoco saldría impune de todo aquello. Fuese como fuese, Mia se sentía incapaz de enfrentarse a lo que se le venía encima. Tenía que marcharse. Lo había tenido claro desde que lo había escuchado conversar con su padre.

Maldijo a Charlotte por dejarla plantada, por haberla abandonado, por forzarla a esa situación en la que, sin apenas dinero, tenía que largarse, mal vivir y esperar que la endemoniada de su amiga decidiera que había llegado el momento de rescatarla. Se lo haría pagar, de un modo u otro, ella también debía atenerse a las consecuencias.

En el rellano, por fin, su cuerpo se relajó un poco. Parecía mentira que, después de todo, siguiera sintiendo que aquel sitio era su santuario.

Abrió el apartamento, que había permanecido cerrado durante una semana, y encendió las luces. Propinó un leve golpe con la pierna a la puerta para cerrar tras de sí y dio dos pasos para colocar su bolso en la encimera de la cocina. Su intención era pasar allí la noche y, a la mañana siguiente, ir a la estación de autobuses y coger un billete a cualquier lugar lo suficientemente lejos para no ser encontrada. Mientras meditaba sobre ello, sin embargo, se dio cuenta de algo: no había escuchado la puerta cerrarse.

—Butterfly—dijo una voz detrás de ella.

El corazón de Mia dio una sacudida tan fuerte que creyó que iba a tener un ataque cardíaco. Se giró, aterrada, y vio al objeto de sus temores ahí delante.

El terror ante semejante amenaza la hizo retroceder de forma brusca, perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo. ¿Había venido a matarla? ¿Incluso sabiendo quién era ella? Tenía que defenderse, tenía que... Sus ojos se desviaron hacia su bolso. Ahí estaba su pistola, sobre la encimera. Solo tenía que apartarlo, llegar hasta ahí, sacar el arma y disparar.

El sicario avanzó hacia ella, estiró un brazo y, sin saberlo, le dio una oportunidad. Con toda la fuerza de la que era capaz, le propinó una patada entre sus piernas. Casi pudo empatizar con el dolor que aquello debió de suponerle a él, cuyo rostro se volvió rojo al instante. El luchador se acuclilló con un profundo gemido.

La joven se arrastró hacia delante, tratando de ponerse en pie y alcanzar la encimera. Lo hizo, y consciente de que su atacante empezaba a incorporarse, sus manos trémulas se afanaron en abrir el bolso y sacar la pistola.

Justo a tiempo, cuando él ya iba hacia Mia con el rostro contraído y encendido por la rabia, ella le apuntó con el arma, que sostenía con ambas manos debido a los temblores que padecía.

—¡Espera! —exclamó el luchador.

Mia apretó el gatillo.

Había cerrado los ojos al hacerlo, había esperado un retroceso, también un grito, incluso varios, pero sobre todo, lo que había esperado era oír el ruido del disparo y sentirlo rebotar en su cabeza. Nada de eso pasó.

Al abrir un ojo se dio cuenta de que el hombre tatuado seguía de pie y que la observaba con una expresión pasmada. Ninguna bala había salido de la recámara, y volvió a apretar el gatillo presa de la confusión y el miedo. Una, dos, tres veces, hasta que él maldito sicario saltó como un perro salvaje y se le echó encima.

Mia trató de apartarse, pero él fue más rápido; la fuerza del placaje la derribó y los dos cayeron al suelo. El impacto hizo que Mia perdiera la pistola y esta se deslizara por el suelo hasta estrellarse contra la pared. Entonces se produjo el disparo.

El ruido ensordecedor les dejó aturridos a los dos. Un momento de distracción que la joven usó: clavó sus dientes en el hombro del luchador. Este aulló de dolor y Mia aprovechó el lapsus para empujarlo hacia un lado y gatear a toda prisa hacia la puerta acristalada que daba al jardín. Si lograba alcanzar la puerta de la verja, podría escapar.

—¡Detente, joder! —gritó su asaltante.

Una mano la agarró del tobillo y la hizo retroceder. Ella intentó darle una patada, pero con la otra mano también atrapó su otra pierna y de nuevo volvió a tenerlo encima. Esta vez estaba boca abajo y no podía verlo, solo sentir el peso de su cuerpo sobre el de ella. Ahora estaba completamente inmovilizada. Una sensación terriblemente angustiada se apoderó de ella.

—No puedo respirar —sollozó.

Se había acabado, iba a morir ahí y nadie iba a salvarla. La enterrarían en un descampado y nadie sabría nunca jamás lo que le había sucedido.

Entonces, y para su sorpresa, dejó de soportar el peso del luchador sobre su cuerpo. Se quedó boca abajo unos segundos, tratando de respirar. A medida que fue recuperando el aire en sus pulmones, supuso que al girarse se encontraría al tipo con el arma para acabar lo que había empezado. Se giró lentamente y comprobó que, efectivamente, Blake Novak estaba sentado en el suelo y tenía su pistola en las manos. Sin embargo, no le apuntaba con ella.

Ante su atenta mirada, sacó el cargador y lo tiró lejos. Luego, vació la recámara.

—¿Vas a matarme? —preguntó ella. Ahora le aterrorizaba pensar que su muerte fuese lenta y de lo más sangrienta.

—¿Qué?

—Si lo vas a hacer, prefiero una bala en la cabeza, por favor.

En vez de responder, el luchador soltó una carcajada. De hecho, empezó a reír a mandíbula batiente, y Mia se sintió tremendamente ofendida. Su muerte no era un asunto para tomarse a broma. Recordó la sangre que había por todo su piso y tuvo un escalofrío. Quizás aquel tipo era un sádico.

—¡Serás cabrona! Me has intentado matar cuatro veces y tienes las agallas para decirme eso. ¿Qué mierda tienes en la cabeza? ¿Por qué piensas que quiero matarte?

—¿Y si no es así, qué es lo que quieres? —preguntó ella con un hilillo de voz.

—Lo que quiero es que me devuelvas los dos millones que me has robado, pedazo de loca. —Dicho esto, se acercó a ella y la señaló con el dedo—. Antes de que mi cuello acabe en una bandeja y se la sirvan a tu papi.

—Si me matas, él te matará igualmente. Eso tenlo por seguro, puto sádico.

Mia había decidido cambiar de estrategia. Ahora que el tipo había sacado a colación a su padre, quizás podría usarlo en su favor.

El luchador la miró furibundo. Abrió la boca para decir algo y luego la cerró. Una expresión parecida a la resignación se dibujó en su cara.

—Viste la sangre en mi piso —concluyó.

—¿Cómo no iba a verla? Estaba por todas partes. ¿Por qué me llevaste ahí? ¿Qué pensabas hacer conmigo?

—¡No sabía que todo eso estaba ahí! —exclamó él y abrió los brazos.

Mia soltó una carcajada exagerada y muy sonora, aunque seguía temblando.

—¡Otro que se cree que soy imbécil! —exclamó muy frustrada—. ¿Entonces si no sabías que estaba ahí, por qué tenías la bolsa de mi padre con dos jodidos millones de dólares?

—¡Porque a la descerebrada de mi ex le dio por jugar con mafiosos! —gritó

Blake tan fuerte que posiblemente el edificio entero lo oyó.

Su historia sonaba ridícula.

—¿La mataste? —preguntó Mia, temiendo la respuesta.

—¿Qué? ¡No!

—¿Y qué pasó con ella? ¿La sangre era suya?

El luchador desvió la mirada, parecía consternado.

—Sí. Le dispararon y fue a mi casa. Supongo que necesitaba un lugar donde refugiarse.

—¿Y dónde estaba cuando llegamos?

Mia no entendía nada.

—Un amigo vino y se la llevó al hospital —dijo y apoyó las manos sobre las rodillas—. Y yo no me entere de nada hasta la mañana siguiente, porque, bueno...

—¿Y dónde está ahora tu ex? Porque según lo que dices, los dos millones de dólares no son tuyos —lo interrumpió y le dirigió una mirada desafiante. Tenía que estar tomándole el pelo.

—No tengo idea. Se ha fugado. Y no, no tengo nada que ver con esto.

—Entonces lárgate. A ti no te debo nada.

Blake emitió un gruñido frustrado acompañado de un brusco movimiento de brazos.

—Tu padre —bramó— cree que soy el responsable de recuperar su jodido dinero. Le importa una mierda el que no haya sido yo el que se lo haya robado.

—¿Y por qué debería confiar en ti? —Aunque él parecía haber adoptado una actitud más pacífica, Mia pensó que si reconocía haber perdido el dinero, quizás la mataría después.

—¿Quién te crees que soy? —preguntó el luchador. Parecía ridículo, pero sonaba ofendido—. Da igual, no respondas a eso. Tu misma lo has dicho; si te hiciera algo, tu padre me mataría. Solo dame el puto dinero para que pueda

devolvérselo y seguir con mi vida, a menos que quieras que le diga que su propia hija se lo ha robado.

—¡Espera! ¿Qué? —preguntó ella desconcertada. Había pasado de creer que su única solución era escapar, a mirar directamente a los ojos a la muerte, para finalmente llegar a la posibilidad de arreglarlo todo—. ¿No se lo has dicho?

Blake soltó una risa seca.

—No encontraba el momento apropiado —dijo en tono de burla.

—Ya. Imagino que no es fácil decirle a un padre que su hija, a la que te has tirado, te ha robado su dinero —se mofó ella. El miedo no le dejaba pensar con mucha claridad. Sin embargo, casi tuvo ganas de reír al decirlo. ¡Estaba salvada!

—Dame los jodidos dos millones de dólares y acabemos con esto de una vez —dijo el luchador con los ojos entrecerrados y un tono de voz muy pausado.

—Hay un problema —empezó ella. Por supuesto, si tuviera el dinero se lo daría, nadie más que ella quería que se acabara de una vez aquella pesadilla—. No los tengo. Me los han... —hizo una pausa avergonzada puesto que su historia también pecaba de absurda—. Me los han robado.

La mirada que le dedicó Blake fue fulminante.

—No me mientas.

Ella hizo ademán de levantarse, pero él se incorporó hacia ella, como si tratara de impedirlo.

—Tranquilo —exclamó—. No me voy a escapar. Solo intento ir a por la prueba que lo demuestra.

—¿De qué hablas?

Mia se incorporó despacio y él también lo hizo. No quería darle la espalda por si volvía a embestirla. Estar inmovilizada de aquella forma había sido la

peor experiencia de su vida. Sin embargo, necesitaba ir a por la carta y quería acabar con aquello sin tener que insistir dando explicaciones.

—Está en mi habitación —informó—. La prueba, no el dinero.

El luchador le dedicó una mirada ansiosa.

—Muéstramela —ordenó—. Y ni se te ocurra volver a intentar matarme. ¿Queda claro?

—¿Quién te crees que soy? —exclamó ella tratando de imitar el tono que él había utilizado unos minutos antes.

—La hija de Luca Gabrielli —respondió el luchador.

Mia no supo si ofenderse o mostrarse orgullosa. Saber que él no la consideraba alguien inofensivo y débil, sino más bien una mujer a la que no había que subestimar, era totalmente nuevo para ella. Claro que de haber funcionado la pistola, ahora él estaría muerto.

Con esos pensamientos, abrió la puerta de su cuarto sintiendo los ojos de él clavados en la espalda. Abrió el cajón de la mesita de noche y, despacio, sacó la carta de Charlotte. Algunos fragmentos estaban borrosos a causa de las lágrimas que había derramado después de leerla por quinta vez, pero seguía siendo legible. Se la tendió.

Blake la leyó en silencio. Sus ojos se movían por las líneas y, de vez en cuando, regresaban a Mia.

—¿Cuánto hace de esto? —le preguntó.

—Horas después de ver la macabra escena de tu piso.

—Joder —susurró el luchador. Se llevó las manos a la cabeza, apretó los puños y arrugó la carta en el proceso—. Joder, mierda. Dime que tienes una idea de adónde pudo haber ido.

—No. No tengo ni idea —aseguró Mia y recogió la carta, la dobló cuidadosamente y la metió en su bolso—. Ni siquiera conozco a Carl más allá de haberlo visto un par o tres de veces —se sinceró. Si hubiese sabido por

dónde empezar, ella también habría buscado a Charlotte.

—Joder —repitió Blake. Acto seguido, salió de la habitación. Cuando Mia se asomó por la puerta, lo vio caminar de un lado a otro de la sala. Abría los puños y los volvía a cerrar. Verlo así hizo que le recordara una vez más a un animal enjaulado, tal y como lo había hecho la primera vez.

Lo que la sobresaltó fue el grito que pegó al darle un puñetazo a la pared, su pared. Sin embargo, ya no le daba tanto miedo como antes.

—Estoy acabado —lo escuchó decir sin mirarla—. Tú y tu amiga me habéis enterrado.

Una punzada de culpa sacudió la conciencia de Mia. En ningún momento se había imaginado que él fuera una víctima. Se había convencido de que se trataba de un asesino, de alguien que no merecía tener ese dinero, pues se dedicaría a usarlo para seguir haciendo el mal. Ahora, toda su lógica se estaba desbaratando, sin contar además que había intentado matarlo. ¿Qué habría pasado entonces? No quería ni imaginarlo, aunque en esos momentos ella había pensado que era eso o morir.

Quiso pedirle perdón, pero ella había sentido en sus propias carnes lo que era que te dejaran caer en un precipicio y sabía que unas disculpas no servirían de nada. No obstante, no pudo evitarlo.

—Lo siento —susurró—. Fue un malentendido. No sé qué puedo hacer para ayudarte.

—Dile a tu padre quién lo tiene.

—¿Qué? ¡No puedo hacer eso!

—¿Por qué no?

—¡Porque la mataría! —exclamó Mia. Luego se inclinó hacia atrás, consternada. Le había respondido sin reflexionar, y escucharlo de su propia boca había sacado a la luz un pensamiento que jamás hubiera imaginado que tenía.

El luchador la miró como si fuera a protestar y Mia se imaginó lo que iba a decirle; que no le importaba Charlotte mientras su propio pellejo estuviera en peligro. Sin embargo, no respondió. En vez de eso, soltó un resoplido exasperado y se sentó en el sofá de color púrpura. A la joven no le pasó desapercibido el hecho de que su argumento no había sido cuestionado. Quizás, después de todo, se había equivocado al juzgarlo. Sin saber muy bien cómo actuar al respecto, fue hacia el sofá y se sentó a su lado, pero a una distancia prudencial.

—Has dicho que casi no conoces a ese Carl —dijo Blake—. ¿Ni siquiera su apellido?

Mia se acordó de algo.

—¡Espera! Sí. —Fue hacia la cocina para alcanzar de nuevo su bolso. Blake siguió todos sus pasos con los ojos—. Lo tengo anotado en mi teléfono.

Sin prestarle más atención, se hizo con el dispositivo. Lo primero que vio al encenderlo fue que tenía unas cinco llamadas de Noah, pero no le dio tiempo a más. El luchador estaba a su lado y se lo arrebató de un manotazo.

—Yo lo busco —informó y ella lo miró con el ceño fruncido. No se le había ocurrido llamar a nadie para pedir ayuda en ningún momento y se maldijo por no haber pensado en ello. Aunque, de todos modos, el único que podría haberla ayudado ya le había dejado claro que tenía otras prioridades.

—Está en el bloc de notas. —Se resignó.

Los dedos del luchador se movieron hábiles y rápidos por la superficie de la pantalla, tanto que, justo en ese momento, alguien llamó y lo descolgó sin poder ver siquiera de quién se trataba.

—¿Mia? —se escuchó al otro lado del altavoz. Era Huesos.

La joven tragó saliva inquieta y trató de decidir qué era lo que más le convenía hacer: chillar a pleno pulmón que Blake Novak la tenía secuestrada en un piso cuya dirección nadie más que ella conocía, o fingir total

normalidad. Entonces vio que el luchador la observaba con los ojos muy abiertos y se percató de que estaba al tanto de lo que debía de estar pasando por su mente. Incluso lo notó asustado, una señal más de que no era tan peligroso como había aparentado. Tomó aire para responder, pero, en ese momento, Blake colgó.

—Putra mierda —bramó—. Si vuelve a llamar, contéstale, y ni se te ocurra gritar, ¿entendido?

—¿O qué? —preguntó ella y arqueó una ceja. No le gustó que la amenazara, sobre todo después de haber decidido no delatarlo.

El luchador hizo una mueca.

—O vas a tener que explicarle a tu padre quién es Butterfly.

El teléfono volvió a sonar y él le dedicó una mirada que enfatizaba su advertencia. Le pasó el dispositivo y ella lo tomó de sus manos en un gesto cargado de indignación.

—Hola, Noah —respondió al aparato.

—¡Mia, joder! ¿Se puede saber dónde coño te has metido?

—Me he ido de la fiesta.

—A esa conclusión también he sabido llegar yo —gruñó él—. Necesito que vuelvas ahora mismo. ¿Dónde estás?

Noah le estaba hablando con el mismo tono que lo hacía su padre y aquello le desagradó más de lo imaginado. Él era quien la había dejado sola, a merced del luchador y de aquel retrasado ucraniano. No tenía ningún derecho a exigirle nada; claro que ella sabía que había sido su padre él que le había ordenado que hiciera de su canguro. Bien, pues así demostraba que ella no iba a permitir que la trataran como a una niña que había que custodiar en todo momento.

—No puedo. Tendrás que cubrirme con mi padre, o dile la verdad. Me da igual. Adiós, Noah. —Antes de que él pudiera decirle nada más, colgó—.

¿Por dónde íbamos? —le dijo a Blake, quien ahora la observaba boquiabierto. Esta vez no le entregó el teléfono, sino que se puso a buscar las notas ella misma.

—¿Estás tratando de hacer que me maten? —preguntó el hombre tatuado.

—¿Qué? —respondió ella exasperada—. ¿Acaso no me has escuchado? Si quisiera que te matasen, habría sido tan fácil como decir tu nombre. No lo olvides, Blake Novak.

—Serás... —empezó a decir el luchador, pero pareció pensárselo mejor—. Da igual, ¿ya tienes el nombre?

—Carl Ritter, corredor de apuestas. Él fue el que nos llevó a verte luchar, a las dos.

—Espera, ¿corredor de apuestas? —dijo Blake pensativo y se acarició el mentón—. Eso significa que podría estar trabajando en otros eventos de la ciudad. Empezaremos por ahí.

—¿Empezaremos? —Ella no tenía intención de empezar nada con él.

—Tú les has visto la cara y yo no. Aunque no me guste, tengo que llevarte conmigo.

—Si esa es tu excusa para que te ayude, te puedo dar fotos de ambos.

Mia buscó en la galería una foto de su amiga pero la primera que le apareció fue la que le había hecho a él, aquella fatídica mañana. La pasó lo más rápido que pudo.

—¿Me hiciste fotos? —preguntó. Su rostro reflejaba espanto.

—Solo una.

—¿A quién se la has enviado?

—¿A nadie? Qué más da. Ese no es el punto. Te paso las fotos de Charlotte y Carl y te vas a buscarlos. ¿De acuerdo?

Blake puso los ojos en blanco.

—Primero, tú me has metido en este lío, así que tú me vas a ayudar a salir

de él. Segundo, borra esa foto. No quiero que tu padre o tu novio acaben viéndola.

—Como quieras, pero yo no tengo novio —dijo ella. Ni siquiera sabía a qué venía ese comentario, pero sintió la necesidad de responder. Con una punzada de dolor en su orgullo, eliminó la foto de la galería delante de sus narices, aunque consciente de que había una copia en la carpeta de Whatsapp.

—Ahora vamos a buscar a Carl —exigió el luchador.

—¿Ahora?

—Sí —ordenó y la cogió del brazo para arrastrarla hacia la puerta.

—¡No puedo ir así contigo! —protestó ella y trató de zafarse de su agarre con un gesto brusco—. ¿O es que quieres que toda la ciudad te vea con la hija de Luca Gabrielli?

—Demonios —gruñó Blake y la soltó inmediatamente—. Está bien, tienes razón. Ponte una de tus pelucas y vámonos.

—No son solo las pelucas —gruñó ella por lo bajo y se dio la vuelta para encerrarse en su habitación. Iba a ayudarlo, pero no porque él se lo hubiera exigido. Ella también quería encontrar a Charlotte y decirle unas cuantas cosas.

Capítulo 14. Carl Ritter

Blake volvió a mirar su teléfono por quinta vez. Llevaba casi media hora sentado en ese ridículo sillón violeta esperando a que Mia se visitara de Butterfly. En realidad, ella ya había salido de su cuarto unas cuantas veces, pero era solo para ir al baño y regresar al poco rato. No se imaginaba lo que podía estar haciendo, pero al menos tenía la certeza de que no se le había escapado de nuevo.

Su teléfono sonó y lo descolgó de forma ansiosa; era Freddy.

—¿Ey, tío, me has llamado? —dijo su interlocutor.

Después de lo que les había hecho Jessica, ya habían hablado con anterioridad. Freddy le había contado su versión de los hechos, como cuando Jessica lo había llamado pidiéndole ayuda, y cómo después de llevarla al hospital, la muy hija de puta se había dado a la fuga y lo había dejado colgado. Aquello supuso que a él también le interrogaran, pero Freddy le había asegurado que la forma en la que lo habían hecho no había sido ni la mitad de virulenta que la que habían usado con Blake. Sin embargo, no tuvo reparos en repetirle bastantes veces que ambos habían tenido mucha suerte: casi nadie salía impune después de molestar a Luca Gabrielli. También había insistido en que obedeciera y se comportara respetuosamente si quería que las cosas le fueran bien, pero no le quiso dar muchas más explicaciones respecto a lo que le habían propuesto a él a cambio de su colaboración. El luchador sospechaba que su amigo había recibido ayuda ilícita para financiar su gimnasio. Aun así, se sentía demasiado agradecido con él como para preguntarle, porque a pesar de que ninguno de los dos tenía la culpa de lo que la estúpida de su ex había hecho, Freddy se había comportado como un verdadero amigo desde el principio y no le había echado nada en cara.

—Necesito tu ayuda, Freddy. —El luchador fue directo al grano—. ¿Conoces a Carl Ritter? Es corredor de apuestas.

—¿Ritter? No, no me suena. ¿Esto tiene que ver con Butterfly, Blake?

Freddy tampoco se andaba con rodeos, una de las razones por las que eran amigos.

—Puede. ¿Seguro que no lo has oído nombrar? Piensa.

—Mira, tú sabes que ya no voy a estas cosas como antes. Le preguntaré a los muchachos en el gimnasio, a lo mejor ahí sale algo, ¿te parece?

—Está bien. —Blake no pudo evitar sonar frustrado. Agradecía la ayuda, pero necesitaba esa información cuanto antes—. Oye, he escuchado que Nelson pelea hoy. ¿Sabes dónde es?

—Si, en La Ratonera. ¿Es que piensas ir?

—Tengo curiosidad.

—Ya, claro. Ten cuidado, tío. Con los Gabrielli no se bromea, ya te lo he dicho.

Blake se despidió y colgó. No le gustaba el mensaje implícito en las palabras de Freddy, que daba a entender que él no sabía con quién estaba lidiando y qué era lo que estaba haciendo. Ya lo había podido comprobar muy de cerca.

Como si hubiera escuchado sus pensamientos, la hija de Gabrielli por fin abrió la puerta.

—¿Sabes lo que has tardado? —preguntó el luchador, irritado.

—No, ¿es algo relevante? —respondió ella y se puso frente a él.

Blake estuvo a punto de responderle, pero, al despegar la mirada del teléfono, el comentario murió en sus labios. La transformación era impresionante: con los tatuajes visibles, unos pantalones negros, ajustados y rotos, con una camiseta del mismo color y de tirantes que dejaba todo su abdomen al descubierto, Mia parecía otra persona. La peluca azul que llevaba

completaba el disfraz. Estaba irreconocible, y le fastidió admitir que ese aspecto, mucho más salvaje y atrevido, le resultaba de lo más provocador.

—Hay que salir ya —dijo el luchador y movió la cabeza. Entonces se fijó en sus zapatos—. ¿Tacones de nuevo? No vamos a una fiesta.

—¿También vas a decirme cómo me he de vestir?

—Solo decía que... ¿Sabes? Da igual. ¿Tienes coche? Porque yo no he venido en el mío.

—Mia Gabrielli tiene coche, Butterfly no.

A Blake no le hicieron falta más explicaciones.

—Entonces iremos en taxi.

—¡No!

—¿No? —se extrañó el luchador.

—Esto... Trato de ahorrar.

Tuvo que repetírselo mentalmente para ver si lo había escuchado bien.

—¿Va en serio? —se rio—. Si tu padre está forrado.

—Tú lo has dicho, mi padre, no yo.

Eso no se lo esperaba. Al verla en la fiesta, con aquel vestido elegante y pegada a su progenitor, había asumido que gozaba de todos los lujos y caprichos que pudiera brindarle la fortuna familiar. Quizás se había equivocado. Después de todo, le había robado esos dos millones por algo, ¿no? Tal vez después se lo preguntaría, cuando dejara de estar tan irritado por ello.

—Ya pago yo.

—Tú también deberías ahorrar. Te recuerdo que debes dos millones.

El luchador le dedicó una mirada que indicaba que si seguía por ahí, no iban acabar bien. Ella, en cambio, le sonrió.

—No te enfades. Los recuperaremos. Por cierto, no me has dicho a dónde vamos.

—A Maple Park.

A pesar del nombre, no era uno de los mejores barrios de la ciudad, ni de lejos. Se podía encontrar toda clase de escoria ahí, especialmente de noche. Blake lo sabía muy bien porque había sido parte de ella.

Finalmente, tomaron un taxi.

—¿Qué hay ahí? —preguntó ella después del breve rato en el que habían permanecido en silencio.

—Luchas.

—¿Vas a luchar? —se extrañó Butterfly.

—No, son otra clase de peleas. Son más sucias y violentas, sin ningún tipo de normas. Ni siquiera hay *ring*. Mueven bastante dinero, por lo que ningún corredor de apuestas se perdería el evento. Si no encontramos a Carl, seguro que alguien nos podrá decir dónde está.

La chica asintió.

Durante el resto del trayecto no hablaron mucho más, aunque Blake le fue lanzando miradas de soslayo. Mia era un enigma. Le fastidiaba pensar que no entendía lo que pasaba por su cabeza, aunque no podía negar que le intrigaba.

Al apearse del coche, Blake pagó al taxista y le indicó a Butterfly que lo siguiera. Llegaron a un bar ubicado en un edificio muy viejo. Parecía que no había mucha gente en su interior, pero al abrir la puerta, el barullo que se escuchó dejaba claro que el espectáculo se estaba celebrando en la parte trasera, escondido, aunque sin mucho cuidado, de los ojos curiosos que pudieran pasar por delante de la fachada. La gente de la zona estaba muy acostumbrada a esa clase de actividades sociales.

Observó que Butterfly arrugaba la nariz. Un olor a orines, sudor, alcohol y unas cuantas cosas más desagradables penetró en sus fosas nasales. También notó que los pocos clientes que había en el bar la miraron fijamente, así que le pasó un brazo por encima de su hombro para evitarse problemas.

—Si esta fuera nuestra segunda cita, ahora sería el momento de decirte que no la planeaste muy bien.

Blake tuvo que esforzarse para reprimir una carcajada. Llevar a la hija de un rey del crimen organizado a ese antro ciertamente no era el mejor de los planes. Pero lo había hecho y no había vuelta atrás.

—No te alejes de mí —fue la única explicación que le ofreció.

Le resultó irónico pensar que, hacía tan solo unas horas, ella lo había intentado matar, no una, sino cuatro veces, y ahora él estaba haciendo muestra de una actitud protectora con ella. Aquella chica lo tenía completamente confundido.

Tras pasar por una puerta, custodiada por dos porteros de aspecto rudo y altanero, el bullicio se hizo más potente. Ahora estaban en un patio, rodeado por una cerca de madera y varios edificios más. Debía de haber unas cincuenta personas, pero la gran mayoría se apiñaba en el centro, donde a pesar de no poder verlo, Blake intuía que estaba teniendo lugar una de las peleas.

El luchador hizo un rápido barrido con tal de encontrar una cara conocida para empezar a preguntar, y no tardó en hallarla.

—¡Ozzie! —gritó, lo suficientemente alto como para que el hombre se diera por aludido. Un tipo con la cabeza afeitada y un enorme tribal tatuado en ella se dio la vuelta.

—Puto Novak, ¿qué haces aquí? —le dijo con una sonrisa y le dio unas palmadas en el hombro.

—¿Qué crees? He venido de visita.

—Cabrón, hace años que no te pasas a vernos. Como ahora te va tan bien con esos *chupavodkas*, te has olvidado de nosotros. ¿Y esta? —preguntó e hizo alusión a su acompañante.

—Ella es...

—Butterfly —le cortó la chica y le dedicó una sonrisa a su amigo,

demasiado deslumbrante para su gusto—. Me mola tu tatuaje.

—¿Ah sí? —dijo Ozzie y sonrió como un chacal—. ¿Quieres tocarlo?

—¡Claro! —exclamó ella y, antes de que el luchador pudiera decir nada, le pasó la mano por la calva con una expresión divertida.

—Que suaves tienes las manos, Butterfly.

—Oye, ya —intervino Blake—. Quería preguntarte algo. —Ozzie volvió a dedicarle su atención—. Estoy buscando a un tipo, se llama Carl Ritter.

—Ni idea.

—Es un corredor de apuestas —aclaró el luchador.

—No lo conozco —dijo Ozzie—. Pero a lo mejor Damien sí. ¿Te acuerdas de él? —Blake asintió. Era difícil olvidarse de ese camarero con rastas y rostro lleno de marcas de viruela—. Te llevaré hasta él.

El hombre tatuado siguió a su amigo hasta una zona en la que un par de luces rojizas eran la única iluminación. Cerca había una especie de barra compuesta por dos tablas y poco más, tras la que estaba Damien sirviendo cervezas.

—¡Damien! —chilló Ozzie—. El gilipollas de mi amigo pregunta por un tal Ritter. ¿Lo conoces?

—¿Ritter? —escupió el camarero—. Ese mamón se pasó el otro día a pedir todo el dinero que había dejado a depósito.

—¿Cuándo? —preguntó Blake.

—No sé, ¿el lunes, quizás? ¿Por qué lo buscas? ¿Te debe dinero? El cabronazo no tiene fama de jugar limpio.

—Esto, sí. Y una pasta —confesó Blake.

—Ah, pues cuando acabe Willy de dar mamporros, pregúntale. Seguro que sabe decirte dónde encontrarle. En más de una ocasión le ha tenido que dar una paliza por subnormal.

Blake se giró hacia la zona en la que se suponía que estaba teniendo lugar el combate y se dio cuenta de que Mia no estaba a su lado.

—Mierda —masculló y, temiendo que se hubiera largado, empezó a buscarla entre la multitud.

Para su sorpresa, la vio casi en el centro del patio, a pocos metros de donde se estaba llevando a cabo la pelea. A punta de empujones y codazos, se abrió paso hacia ella.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —exclamó.

En ese momento, el griterío aumentó y alguien anunció que ya tenían un vencedor.

—¡Sí! —gritó Mia y dio un salto y unas palmadas. Ignorándolo deliberadamente, se giró hacia un tipo que le ofreció un fajo de billetes.

—Butterfly, un placer hacer negocios contigo.

La chica se volvió hacia Blake con una expresión de triunfo grabada en su rostro.

—Aposté cien y gané quinientos. Toma, para la hucha de los dos millones —le dijo y le tendió el dinero.

El luchador estaba alucinando.

—En serio, estás loca —solo pudo decir—. Guarda eso.

La joven se encogió de hombros y metió el fajo de billetes en su bolso.

—Y tú no paras de quejarte. Cuando dije que parecías alguien que había que liberar, no me equivocaba. Vamos, Blake. Solo se vive una vez.

Lo dijo con tanto entusiasmo que volvió a sentirse confuso.

—No vuelvas a alejarte —concluyó y la cogió de la mano.

En ese momento sus miradas se encontraron. No pudo evitar fijarse en cómo brillaban sus grandes ojos verdes. Le recordó a aquella noche en la que estos lo habían hipnotizado, posiblemente a causa de los pastelitos alucinógenos, y tuvo que agitar la cabeza para deshacerse de la impresión.

—Este es Willy —escuchó que le decía Ozzie.

El chico que acompañaba al hombre del tribal en la cabeza era de piel

oscura, pelo rizado y ojos negros como el carbón. Su nariz estaba deformada, seguramente debido a las veces que había sido rota a causa de las peleas en las que participaba.

—¡El vencedor! —exclamó Mia y le ofreció su mano para que la chocara. La otra seguía agarrada a la de Blake. Willy lo hizo con una mueca de orgullo—. Gracias a ti he ganado una pasta. ¡Te invito a una cerveza!

—¡No! —objetó Blake. Tanto Ozzie como Willy sonrieron de forma socarrona, cosa que lo cabreó soberanamente. Respiró hondo. No le servía de nada perder la paciencia ahora—. En realidad, necesitaba preguntarte algo, Willy.

—Lo que quieras, Kingsnake. Soy un súper admirador tuyo.

—¿En serio?

—Tío, eres de lo mejor que he visto jamás. Deberías estar en la puta cumbre. Esos hijos de puta de la MFA no saben lo que han dejado escapar —exclamó el chico entusiasmado.

Blake no pudo disimular su satisfacción. No estaba acostumbrado a que le reconocieran de forma tan abierta que él merecía más. Después de todo, esa cerveza no le iba a sentar tan mal.

Volvieron a la improvisada barra y Mia se encargó de pedir para todos. Conversaron con sus botellines en la mano sobre algunos movimientos que le habían dado fama, hasta que se fijó en que Ozzie no paraba de coquetear sin disimulo con Butterfly. Aquello le irritó; a fin de cuentas, era él quien había llevado a la chica a ese lugar. Acto seguido, se percató de lo absurdo que estaba siendo; más bien debería hacerle un favor a su amigo y advertirle de que no cayera en la misma trampa que él. Claro que tampoco podía hacer eso, por lo que, llegados a ese punto, decidió que debía volver a abordar el tema de Carl Ritter antes de que las cosas se salieran aún más de control.

—Te puedo dar su dirección. He tenido que ir a verle un par de veces

porque el muy capullo se había retrasado con los pagos —explicó Willy. Anotó algo en una servilleta—. Vive cerca de la comisaría así que no la lées, porque si los avisan, llegarán en un pestañeo.

Como si les hubieran llamado, el sonido de unas sirenas policiales se hicieron escuchar desde la entrada del bar.

—Tenías que decirlo —comentó Ozzie y, sin más, tanto él, como Willy, como las decenas de personas que aún permanecían en el patio, echaron a correr en diferentes direcciones. Mia también lo hizo, pero en la equivocada. Blake la detuvo agarrándola del brazo.

—No podemos ir por ahí —exclamó y la arrastró hacia el lado derecho de la valla que delimitaba el perímetro.

No se entretuvo en explicaciones. Le puso la rodilla para que se apoyara en ella y saltara la valla. Ella lo hizo y él reprimió un quejido cuando la aguja de su tacón se le clavó en el muslo. Mientras maldecía a esos zapatos, fue él quien saltó y, después de caer sobre la arena polvorienta del parque anexo al edificio, tomó su mano y la guio. De nuevo tuvo la sensación de estar viviendo un episodio similar al de su primera cita y, por un momento, se planteó si debía volver a cargársela al hombro para ir más rápido. Sin embargo, creyó que ya estaban a salvo y consideró que, sabiendo quién era ella, ya no resultaba apropiado.

A la velocidad de la rubia, alcanzaron un callejón, con la mala suerte de toparse un coche patrulla que lo obstruía y dos policías al acecho. De un rápido movimiento la empujó hacia la pared y le puso la mano en la boca para que no hiciera ningún ruido.

El pecho de ella subía y bajaba por el esfuerzo y temió que la estuviera ahogando. Tenía que pensar rápido o se meterían aún en más problemas. No se le ocurría nada y los pasos de los dos agentes cada vez estaban más cerca.

Blake puso los ojos en blanco al dar con la solución. «A la mierda», se dijo,

era eso o acabar en comisaría con la hija de Luca Gabrielli.

Despacio, le sacó la mano de sus labios y acercó su boca a la suya. Comenzó a besarla, primero de forma suave, pero luego con más fiereza. Ella le respondió y pudo notar como sus manos se apoyaban en su cintura. Por un instante, se olvidó de todo a su alrededor, como si lo que estaba haciendo fuera algo natural. Luego, una linterna en sus rostros le devolvió a la realidad.

—Ustedes dos —escuchó decir a uno de los polis—. Márchense de aquí. Están obstruyendo una operación.

Vaya, era como tener dieciséis años de nuevo.

El agente en cuestión le dedicó una mirada de desconfianza a Blake, pero luego, al observar a Butterfly, relajó el rostro. Les indicó por donde tenían que retirarse. Había sido tan fácil burlarlos que casi no se lo creía.

Al salir del callejón, el luchador pudo comprobar, bajo la luz de las farolas, que la hija del Pirata tenía las mejillas encendidas.

—He tenido que hacerlo para que... —trató de excusarse.

—Sí —interrumpió ella—. Y ha funcionado. Muy hábil, Kingsnake.

El luchador asintió sin saber muy bien qué más decir. El camino hacia la casa de Ritter lo hicieron en silencio, uno muy incómodo. Era obvio que la atracción entre ellos seguía latente, pero esa era una complicación con la que no quería lidiar. Pensó que sería mucho más llevadero que ella lo odiara y continuara con ganas de matarlo.

Ya en el ascensor de su edificio, a Blake le dio por preguntar:

—¿Llevas la pistola?

Mia negó con la cabeza.

—Me la has desmontado —informó.

—¡Mierda! Podríamos necesitarla.

Blake se lamentó por no haberlo pensado antes.

La puerta del ascensor se abrió con un tintineo y lo primero que vieron fue

un marco sin puerta.

Él se puso en tensión e instintivamente alargó un brazo para impedir que Butterfly avanzara.

—¿Dónde demonios está la puerta? —susurró ella.

El luchador no dijo nada. Se aproximó, lo más cauteloso que pudo hacia la entrada. Asomó la cabeza sobre el umbral y trató de ver el interior del apartamento. Divisó la puerta no muy lejos y también un desorden que indicaba que sus sospechas de que alguien se les había adelantado eran ciertas.

Con sigilo, accedió al interior para comprobar que no había nadie dentro. Mia le seguía muy de cerca. Él se agachó para hacer acopio de una de las jambas que habían quedado sueltas con la intención de usarla como arma si hacía falta. Lo único que se escuchaba era el sonido del viento y del tráfico que venía desde la calle.

—Creo que no hay nadie —le dijo la rubia, pero Blake no se relajó hasta haber comprobado las cuatro habitaciones que conformaban el piso: un salón comedor, un dormitorio, la cocina y el baño.

—No hay nadie —informó al acabar la inspección.

—Sí. Ya te lo he dicho —respondió ella. Vio como movía el sofá hacia un ángulo que parecía el correcto y empezaba a recoger los desperdicios que había por el suelo.

Blake la ignoró. Necesitaba pensar en que hacer a continuación. Intentaba descubrir algún indicio de violencia para determinar si el tal Carl había estado ahí durante el desvalijo, o bien, se había marchado mucho antes. Fuera como fuera, había muchas posibilidades de que los responsables regresaran. Tenían que actuar rápido.

—Mia. —Era la primera vez que la llamaba por su nombre real—. Trata de encontrar algo que nos pueda dar una pista de su paradero. Quien quiera que

sea el que ha hecho esto, puede volver en cualquier momento.

—Es lo que estaba haciendo —le dijo con un suspiro.

El luchador asintió y sacó su teléfono para usarlo de linterna. No quería encender la luz por si alguien vigilaba desde fuera.

Lo primero que buscó fue una portátil o un ordenador, pero no los encontró. Se dirigió a la cocina, que no presentaba un aspecto muy diferente al del salón: la basura estaba volcada. Imaginó que los autores del saqueo habían supuesto, igual que él, que era una buena fuente de información. Trató de buscar alguna factura o algún *ticket* de la compra que mostrara los últimos movimientos del inquilino del piso, pero más allá de restos de comida putrefacta, no encontró nada. Era inútil, estaban perdiendo el tiempo. Se les habían adelantado y Blake no podía dejar de preguntarse en quiénes habían sido. ¿Los Gabrielli? De ser el caso, ¿cómo lo habían descubierto? Quizás la chica le había mentado, quizás ya los habían encontrado y tenían el dinero, y pronto lo llamarían para decirle que era libre. Quizás... No tenía ni puta idea.

—Tenemos que irnos ya —concluyó—. ¿Has encontrado algo?

Butterfly se le acercó para poner algo bajo la luz de la linterna de su teléfono.

—Solo una prueba de que los dos han estado juntos.

Era una tira de fotos de cabina que mostraba a una pareja en cuatro actitudes cariñosas distintas. La chica le resultó vagamente familiar y supuso que se trataba de la amiga de Butterfly. El hombre, de unos treinta y tantos y con barba, no le sonaba de nada, pero imaginó que era el tal Carl.

Soltó un resoplido y decidió que lo mejor era irse ya de allí. Estaba más que harto de buscar gente. La sensación era de lo más frustrante. Hacer de detective no iba con él, no tenía paciencia para ello.

—Vámonos —concluyó y vio cómo Mia se guardaba la foto en un bolsillo y lo seguía.

Caminaron un par de manzanas sin decir nada. Blake iba sumido en sus pensamientos, unos muy funestos. Se sentía abatido al reconocer que su causa estaba perdida.

—¿Y ahora qué? —le preguntó ella finalmente.

—Dímelo tú. Dijiste que los encontraríamos. —Su tono demostraba su enfado.

—Y lo haremos —le aseguró ella y se detuvo para mirarlo—. Te lo prometo.

Ojalá tuviera razón. No iba a negar que actualmente ella era su única baza, y por el momento no se le había rebelado. Sin embargo, estaba mentalmente agotado. Miró el reloj y se dio cuenta de que eran las dos de la mañana. Decidió que ya no quería seguir amargándose más por algo que no podía controlar.

—Mira, lo mejor es que te vayas a casa. Anota mi número y si descubres algo, avísame.

—Está bien —aceptó ella y sacó su teléfono a la espera de que él le dictara los números del suyo.

—No pongas mi nombre en el contacto —le pidió después de dárselos. Solo le faltaba que su padre sospechara algo para acabar de hundirse en la mierda.

—Está bien. ¿Qué nombre pongo?

—No sé, el que te dé la gana. Adiós, Butterfly —dijo y, sin mirarla, se dio la vuelta y se fue a su casa.

Capítulo 15. Mi bendición

«Grumpy», escribió Mia.

Cuando levantó la vista, vio la espalda del luchador a lo lejos. La había dejado allí, sola y prácticamente con la palabra en la boca. Trato de resolver cómo se sentía al respecto. Por un lado, aunque le fastidiara, no podía recriminar su actitud malhumorada. Ella lo había puesto en un aprieto, uno muy gordo, y por si fuera poco, casi lo había matado. La culpa que Mia sentía al respecto había sido determinante para decidirse a ayudarlo. No iba a negar que también quería encontrar a Charlotte, pero eso no entraba en conflicto con rescatarlo a él. Es más, no solo se había propuesto ayudarlo, sino que también había decidido llevar a cabo la promesa que se había hecho al verlo por primera vez: la de liberarlo.

En el fondo, una parte retorcida de ella admitía que no haber encontrado a Carl había sido una suerte, pues si no, todo se habría acabado repentinamente y estaba segura de que no volvería a verlo jamás. «Oh, Dios», pensó. ¿Se estaba convirtiendo en alguien horrible por pensar así? No, todo se debía al hecho de haber permanecido encerrada durante una semana en la que no había dejado de sufrir y lamentarse por tanta traición y engaño. Por primera vez, en todo ese tiempo, por fin había vuelto a sentirse viva, y tuvo que admitir que en parte había sido gracias a él. No se podía negar que todo lo que el luchador tenía de guapo, también lo tenía de intenso.

Con unos cuatrocientos dólares más en el bolsillo con los que no había contado, decidió que lo mejor era volver al piso de Charlotte. El metro ya estaba cerrado, por lo que no le quedó más opción que tomar un taxi. No obstante, quizás su precipitada huida podía aplazarse, incluso descartarse si encontraba a Charlotte, y ya no le haría tanta falta el dinero.

Al entrar al apartamento, esta vez se aseguró de que la puerta se cerrara tras de ella. Trató de dormirse con las luces apagadas, pero le resultó imposible. Cualquier ruido le aceleraba el corazón y la ponía alerta. No podía dejar de imaginarse que de nuevo alguien venía a por ella, y estando sola, ni siquiera la pistola le permitía sentirse segura. Al final encendió las luces, puso a cargar su teléfono y se durmió.

El ladrido de un perro hizo que Mia se incorporara de golpe. No sabía qué hora era y le costó un poco ubicarse. Permaneció un rato en silencio, escuchando los ladridos del animal y temiéndose lo peor, pero luego cesaron y todo pareció seguir en calma.

Despacio, se movió entre las sábanas para alcanzar su teléfono. Al poco rato de introducir el PIN, este empezó a vibrar repetidas veces para anunciarle todas las llamadas y mensajes que había ido recibiendo a lo largo de la noche. Pasó el dedo rápidamente por la pantalla y pudo comprobar que Noah no había cesado en su intento de localizarla.

De nuevo sintió culpa. Quizás no había sido muy justa con él. Quizás lo había metido también a él en un problema con su padre. Empezaba a estar harta de esa constante.

Resolvió que lo mejor sería llamarlo y posiblemente regresar de nuevo a su triste vida como Mia Gabrielli. No se lo había planteado hasta entonces, pero desaparecer de la fiesta de compromiso sin avisar y presentarse a la mañana siguiente en casa, después de haber pasado la noche fuera y haber dado esquinazo a Noah, no iba a ser del agrado de papá. Fuese como fuese, aguantaría de forma estoica. Ahora ya no tenía tanto por lo que preocuparse. Todo tenía solución.

—Hola, Noah —saludó con timidez cuando este descolgó el teléfono.

—¡Maldita sea, Mia! —Su voz le llegó tan fuerte que casi la dejó sorda—. ¿Dónde demonios estás? ¿Pero tú eres consciente de lo que me has hecho

pasar?

—Lo siento —se limitó a decir ella y aunque era sincera, le habría gustado añadir que entre él y su padre la habían forzado a ello.

Durante un rato, Noah no dijo nada. Mia solo pudo escuchar su respiración y el ruido del tráfico. Debía de estar conduciendo.

—De acuerdo. Dime dónde estás. Voy a buscarte.

—No hace falta, Noah. Iré a mi casa y diré la verdad, que me escapé, que tú no tienes ninguna culpa.

—¡Ni se te ocurra! —bramó en un tono que la dejó atónita—. Eres mi responsabilidad. ¿Es que no lo entiendes, Mia? Mierda, a veces pareces una niña.

—Quizás es porque me tratáis como si lo fuera. —soltó ella, estupefacta. Le había dolido el comentario, pero prefería guardarse para sí todo lo que pensaba al respecto.

—Dime de una maldita vez dónde estás. Ya me ocuparé yo de hablar con tu padre para arreglar este maldito desastre.

—Aclárame una cosa, Noah —continuó ella sin alzar la voz—. ¿Crees que mi libre albedrío es un desastre? ¿Que mi vida os pertenece?

—No quería decir eso, mierda. No saques las cosas de contexto. Sabes de sobras que lo que se esperaba de ti era que permanecieras en la fiesta. Es lo que haría cualquier hija, alegrarse porque a su padre le vayan bien las cosas. Te juro que a veces no te entiendo.

—Ya. Me he dado cuenta de eso.

—Mia —gruñó Noah—. No hagas esto más difícil de lo que ya es.

—Seré breve. Siento que te veas metido en un conflicto con mi padre por mi culpa. En primer lugar, él no debería haberte pedido que fueras mi niñera. Hablaré con él al respecto. Estoy segura de que entenderá que el bueno de Noah siempre hace lo correcto y que si algo le pasa a la inútil de su hija, es

que se lo ha buscado ella sola. —Esta vez ella habló con una entonación fría y distante, sin ningún tipo de emoción—. Adiós, Noah.

No esperó a que él le contestara. Había sido un error llamarlo. Tenía la sensación de que hiciera lo que hiciera, ella siempre sería una decepción para todos los que la rodeaban.

Con tal desazón, la joven salió de la cama, se duchó, se tapó los tatuajes y volvió a convertirse en la hija de Luca Gabrielli.

Cuando salió a la calle, el cielo había abandonado la oscuridad de la noche para dar paso a una mezcla de matices anaranjados y rosados de una extrema belleza. La temperatura había bajado y un escalofrío le recorrió la espalda, aunque no supo si se debía al frío o por ser consciente del nuevo conflicto que iba a tener lugar en cuanto pisara el umbral de su casa.

Otro taxi la condujo hacia las colinas de la ciudad. Antes de tomar la calle en cuyo final se encontraba la mansión de los Gabrielli, un todoterreno negro se cruzó en medio de la calzada y obligó al taxista a dar un frenazo que hizo chirriar los neumáticos.

Boquiabierta, Mia contempló a Noah, que bajaba de su coche con el rostro encendido por la furia y caminaba hacia ellos a grandes zancadas. Abrió la puerta de su lado y le dedicó una mirada llena de rabia.

—¡Baja! —ordenó.

Era la primera vez que veía a su amigo en semejante estado. Llevaba la ropa arrugada y unos cercos oscuros rodeaban sus ojos inyectados en sangre. Además, sus labios estaban tan apretados que habían perdido su color rosado habitual.

Mia bajó del coche sin saber muy bien qué iba a pasar a continuación. Noah cerró la puerta tras de ella, se acercó a la ventanilla del conductor, sacó unos billetes de su bolsillo y se los dio al taxista, que no emitió ninguna queja.

—Noah, tranquilízate —se vio obligada a decir. Estaba empezando a

asustarla.

La mirada desquiciada que le dedicó no hizo nada para apaciguarla.

—¿Qué me tranquilice? —exclamó y se pasó las manos por su corta cabellera rubia con un gesto desesperado—. Mia, si algo llegara a pasarte, yo...

—Te meterías en problemas. Lo sé, y lo siento. Ya te he dicho que voy a tratar de arreglarlo. Sé que esto no es justo para ti. Lo entiendo.

—No entiendes una mierda.

Mia inspiró con paciencia. Definitivamente, Noah no estaba en condiciones de tener una conversación. El taxi se había dado la vuelta y ahora estaban los dos solos, con su coche atravesando la calle, con el motor encendido y a escasos metros de su casa.

—De acuerdo. ¿Y qué es lo que quieres que haga?

—Basta, no hagas eso —protestó él.

—¿Hacer qué? No entiendo de lo que hablas.

El joven rubio inspiró pesadamente. Por un momento, a Mia le pareció verlo temblar.

—Llegué a pensar que te había pasado algo. ¿Por qué te fuiste de la fiesta? ¿Por qué querías que te sacara de allí? ¿Que... qué era lo que querías decirme? —Mia guardó silencio. Había cambiado de opinión respecto a Noah. Él no entendería sus secretos. Por delante de ella, siempre estaría su padre—. Joder, Mia. ¡Habla, por el amor de Dios! —exigió.

—Noah, creo que deberías descansar.

El joven no dijo nada. La miró con cara de desesperación y la mandíbula tensa, apretando los dientes. Toda su actitud mostraba que quería protestar, sin embargo, no lo hizo. Bajó los hombros y dijo con resignación:

—De acuerdo. Sube. Te llevaré hasta tu casa.

Mia no se negó, a pesar de que estaban a menos de cincuenta metros de ella

y de que la aparición de ambos a esas horas de la mañana podía dar lugar a una mala interpretación. Sin embargo, pensó que lo mejor era dejar que Noah se saliera con la suya. Ya le daba igual quién de los dos sería el que hablara con su padre. Lo único que deseaba ella era que su amigo se calmara y volviera a ser el de siempre.

Dolores les recibió en el vestíbulo. A Mia no le pasó desapercibido que los hombres de seguridad adicionales no habían hecho acto de presencia.

—Buenos días —saludó la asistente con una sonrisa en cuanto entraron por la puerta. Mia no tuvo fuerzas para devolvérsela y un asentimiento fue lo único que pudo ofrecer a la amable mujer—. Su padre está desayunando en el salón. ¿Les apetece acompañarlo?

Mia sabía que esa era una pregunta trampa, una sutil forma de decir que le habían ordenado llevarlos hasta él en cuanto aparecieran. Suspiró pesadamente.

—Por supuesto.

No se giró para comprobar si Noah la seguía, ya que lo que iba a pasar a continuación iba a ser desagradable con o sin su presencia. Se armó de valor y atravesó las puertas del comedor.

Su padre la esperaba sentado al extremo de una larga mesa de madera de caoba, con su espalda hacia los ventanales que daban al jardín y dejaban entrar la luz matutina. Al escucharla entrar, levantó la mirada de su teléfono y los observó.

—Buenos días, hija. Noah. —Acompañó el nombre del joven con un leve asentimiento.

—Buenos días —la respuesta de Mia salió bastante más débil de lo que le habría gustado, pero trató de no pensar mucho en ello.

—Se os ve cansados. Acercaros, tomad asiento.

—Don Luca —empezó Noah—, le pido disculpas por...

—¿Habéis pasado buena noche? —interrumpió el padre de Mia. El momento era de lo más incómodo y ninguno de los dos jóvenes se atrevió a sentarse aún.

—Le pedí a Noah que me llevara a una fiesta de la universidad y no le di opción. Es... —trató de excusarse ella.

—Está bien. Lo entiendo —volvió a interrumpir don Luca—. Sois jóvenes y la fiesta de compromiso no era el mejor de los planes para chicos de vuestra edad. Por favor, tomad asiento.

Mia no daba crédito. Aquello tenía que ser algún tipo de trampa, pues desde luego que esa no era la forma habitual de actuar de su padre, sobre todo teniendo en cuenta que su hija, supuestamente, había pasado toda la noche fuera con uno de sus hombres, aunque este fuera Noah.

Dolores volvió a aparecer y les preguntó qué deseaban tomar. Mia escuchó que Huesos pedía un café y por inercia hizo lo mismo. Al final, los dos se sentaron tímidamente, uno al lado del otro.

—Don Luca, gracias por su comprensión. Perdimos la noción del tiempo, no queríamos llegar a estas horas, yo...

—Fue mi culpa —intervino Mia. A pesar de seguir enfadada, no quería que su amigo cargara con todas las responsabilidades, tal y como sospechaba que estaba a punto de hacer—. Estábamos con unos amigos y cuando acabó la fiesta nos invitaron a desayunar; Noah no quería ir, pero yo insistí y...

—Aunque no lo creáis, yo también he sido joven —añadió su padre. Mia trataba de dilucidar qué estaba pensando realmente, pero el rostro de su padre tenía la peculiaridad de ser indescifrable—. Sé que los dos sois responsables; pese a las horas, llegáis en buenas condiciones. Por tanto, no tenéis que darme más explicaciones. En realidad, soy yo el que tiene algo que decir al respecto. —«Y aquí viene el sermón», pensó Mia mientras contemplaba a su padre dar un largo sorbo a su café—. Creo que os puse en un compromiso a ambos al

forzaros a ir juntos a la fiesta. No tuve en cuenta que quizás queríais ir con otras personas. Os pido disculpas por ello. Sin embargo, habría sido más educado que os despidierais antes de iros, y que lo hicierais por la puerta, no por los accesos de servicio.

Mia no pudo evitar lanzar una mirada interrogante a Noah. ¿También él la había seguido? ¿Habría visto a Blake? ¿Hasta dónde sabía su amigo lo que había sido de ella durante esa noche? El estado apaciguado y resignado del que había estado haciendo gala se evaporó de forma abrupta y dio paso a una creciente ansiedad.

—Mis disculpas —escuchó decir a su amigo—. No sé en qué estaba pensando.

Don Luca asintió complacido y miró a su hija esperando quizás una reacción parecida; no obstante, algo había distraído a la joven, que no pudo disimular en su rostro el reflejo de la sorpresa.

Karen, la prometida de su padre, había aparecido en la estancia, ataviada con unos pantalones ajustados y una camiseta deportiva. No llevaba maquillaje, pero aun así, su rostro se mostraba resplandeciente. Era la primera vez que la veía vestida de forma tan informal y aquello solo podía significar que había pasado la noche con su padre, en su casa, en el mismo dormitorio en el que había dormido su madre cuando aún estaba viva.

—¡Buenos días! —saludó la mujer y besó la mejilla de Luca Gabrielli para después tomar asiento a su lado.

Mia sintió cómo la sangre se acumulaba en sus mejillas. Luego, apretó tan fuerte el asa de la taza del café recién servido que esta acabó por partirse. El caliente líquido se derramó y salpicó las ropas tanto de ella como las de Noah.

—¿Estás bien? —Para su desgracia, Karen fue la primera en reaccionar. No solo eso, sino que se levantó de su asiento y se acercó para ayudar a arreglar

el estropicio. Si el café ardía, ni siquiera lo notó—. Digan lo que digan, la vajilla cara tampoco es de fiar.

La mujer le dedicó a Mia una sonrisa afectuosa que la dejó aún más consternada. Noah también se agachó para recoger los restos de la taza esparcidos por el suelo, momento en el cual la mirada de la joven se cruzó con la de su padre. Fue en ese instante cuando, sin decir nada, se lo dijeron todo. Él estaba decepcionado, ella se sentía traicionada. Él trataba de reprocharle su actitud y ella trataba de reprocharle a él la suya.

—¡Dolores! —llamó su padre rompiendo aquel instante de desafío mutuo.

La asistenta apareció para regañar a sus improvisados ayudantes el hecho de estar haciendo su trabajo.

Mia se dio cuenta de que no iba a ser capaz de seguir manteniendo una actitud sumisa, por lo que hizo ademán de levantarse para retirarse a la soledad de su habitación. Su padre, sin embargo, aún tenía algo más que añadir.

—Mia. —su voz sonó como una bofetada—. Regresa y siéntate. —Karen, que había regresado a su sitio, puso una mano sobre el hombro de Luca como si tratara de sosegar su actitud—. Por favor. —añadió este.

Después de ese gesto, la certeza de que la responsable de que su padre se comportara de esa manera fuera Karen resultaba inequívoca. Le enfureció pensar que ejercía semejante influencia sobre él. A pesar de ello, obedeció.

—Tengo algo más que decirte —aclaró don Luca—. Como habrás notado, he retirado la vigilancia adicional de la casa. Tampoco te seguirán cuando salgas.

En cualquier otro momento, eso hubiera supuesto una buena noticia, pero Mia se encontraba demasiado encolerizada como para procesarlo.

—Gracias. ¿Eso es todo? —Fue lo único que supo responder.

—Sí. Eso es todo.

Después de que Mia se retirara, Noah trató de mantener la compostura y actuar con normalidad. Sin embargo, estaba agotado y poseía un montón de sentimientos encontrados. Había estado a punto de decirle a Mia otra vez lo que sentía por ella, pero se había chocado de bruces contra el muro que siempre parecía haber entre los dos. Sin contar que, con estrés acumulado durante la noche al no encontrarla, se había puesto tan frenético que había sido incapaz de controlar las formas. Por si fuera poco, aparecer con ella a esas horas de la mañana lo dejaba en una situación terriblemente conflictiva respecto a su jefe y cabía la posibilidad de que su integridad física corriera grave peligro si aquello era considerado como una ofensa. Ni siquiera ser hijo de Barney McKay podría salvarlo. Que don Luca lo hubiera recibido manifestando su comprensión tampoco le aseguraba que hubiera sido perdonado. Por tanto, ahora solo le quedaba aguardar las consecuencias con paciencia y aceptar cualquiera que fuera su destino con la máxima entereza posible.

—No estés tenso, Noah —le dijo Luca Gabrielli cuando acabaron de desayunar y su prometida se hubo retirado del salón—. Hablaba en serio cuando dije que os considero a los dos personas responsables. Confío en que si me debes algún tipo de explicación, vas a hacer lo apropiado.

—Don Luca —respondió Noah—. Usted sabe que le respeto y que estimo a su familia como si fueran de mi propia sangre. Jamás haría algo que pudiera ofenderlos de forma consciente. Sé que mi actitud no ha sido la adecuada, pero le doy mi palabra de que jamás podría hacer nada que le perjudicara a usted o a su hija.

—Lo sé, Noah. Mucho más de lo que crees, y quiero tu confesión.

Noah parpadeo varias veces seguidas, fruto de la confusión. Estaba seguro de que había entendido mal las palabras del jefe y trató de darles un significado que encajara más dentro de sus esquemas, pero no lo encontró.

—¿Mi confesión? —acabó preguntando con un hilillo de voz.

—Mírame a los ojos, hijo, y sé totalmente sincero. ¿Qué es lo que sientes por Mia? ¿La quieres?

A Noah le dio un vuelco el corazón y sintió como su propio pulso le martilleaba en las sienas. Los ojos de don Luca lo escrutaban de forma tan intimidante que imaginó que en cuanto se sincerara, él lo apuntaría con una pistola y lo mataría en el acto.

Trató de tragar su propia saliva, pero tenía la boca seca como si fuera de esparto.

—Más que a nada en este mundo.

Instintivamente cerró los ojos, preparado para recibir el disparo.

—Bien. ¿Ha pasado algo entre vosotros esta noche?

—No, se lo juro —respondió rápidamente. Tuvo que apoyar las manos sobre las rodillas para que le dejaran de temblar.

—Entonces, Noah McKay, tienes mi bendición. Creo que mi hija no podría estar con nadie mejor que tú.

El tiroteo en el que había estado hacía ya una semana no le había causado emociones tan fuertes como la conversación que estaba teniendo ahora. Luca Gabrielli no era simplemente su jefe, era un hombre ejemplar, un modelo a seguir, y que le diera su bendición significaba que lo tenía en alta estima. Que había demostrado, a pesar de todos sus fallos, ser digno de confianza. Excepto que eso era una mentira. Noah había traicionado esa confianza siete años atrás, cuando Mia se había ofrecido a él, frágil y vulnerable, buscando en sus brazos consuelo tras la muerte de su madre. Él, en vez de hacer lo correcto y detenerla, se había dejado llevar por la tentación y había sido incapaz de rechazarla. Confesarlo ahora equivalía a suicidarse. Tendría que vivir con esa carga y trabajar el doble para ser el hombre que Luca Gabrielli creía que era, y el que su hija merecía.

Capítulo 16. En shock

Blake movió su mandíbula de lado a lado y volvió a levantar la guardia. Había sido un buen golpe, de acuerdo, pero no pensaba dejar pasar otro así.

—¿Estás dormido, Novak? —gritó Freddy desde el otro lado del cuadrilátero.

El luchador se permitió una pequeña sonrisa. No le dio tiempo a más porque el tipo que estaba frente a él tenía toda la intención de seguir explotando su buena suerte. No lo consiguió. Sus movimientos eran demasiado obvios, sus pasos, demasiado lentos. Cuando Kingsnake acabó moliendo a su oponente a golpes, Freddy paró el entrenamiento.

—Tómate un descanso —le dijo a Blake y le sostuvo las cuerdas para que pasara—. ¿Vas decirme qué te pasa hoy?

El luchador recogió su botella de agua de la mesa que se encontraba junto al *ring* y le dio un sorbo.

—No exageres, han sido un par de golpes.

—Llegaste una hora tarde, tío. Ya sabes que estoy aquí para ayudarte, pero no puedo modificar mi horario según te convenga. Tengo otros chicos a los que entrenar.

—Pues anda y entrénalos.

La mirada que le dedicó su amigo le hizo arrepentirse enseguida de haber dicho eso.

—¿En serio te vas a poner así? —preguntó Freddy.

—No. Lo siento. —Blake apoyó sus manos enguantadas sobre una de las cuerdas inferiores y miró al techo con expresión frustrada—. Ya sé que hoy no tengo la cabeza en su sitio, créeme.

—¿Y cuándo sí? —aquello sonaba más a una broma que a una acusación,

por lo que el luchador soltó una carcajada y le tiró la toalla con la que se había estado limpiando el sudor.

—Sí, ya sé, cabrón.

—¿Es por lo del Pirata?

Al escucharlo decir ese nombre, Blake instintivamente miró a su alrededor, pero todos los demás usuarios del gimnasio parecían estar concentrados en lo suyo, sin prestarles atención. Le hizo un gesto para que Freddy lo siguiera y poder continuar la conversación en el vestuario.

—Me revienta estar en deuda con ese tipo —confesó al comprobar que estaban solos. Supuso que desahogarse con su amigo le haría más bien que mal.

Freddy asintió de forma comprensiva mientras Blake abría su taquilla.

—Ya. Lo sé —dijo—. ¿Y has seguido buscando?

—¿El dinero?

—Y a esa tal Butterfly.

Blake hizo una pausa. No tenía razones para mentirle a Freddy, excepto que para protegerlo. Ya se había metido en suficientes problemas por él.

—Sí, pero sin éxito —respondió.

—Qué mal. Bueno, mira. Lo mejor que puedes hacer ahora es concentrarte en tu profesión. Deja toda esa mierda de detective para después de la pelea. O mejor, déjasela a quienes realmente les importa.

—Está bien, ya lo he captado —añadió Blake—. Debo centrarme en la pelea y dejar de hacerte perder el tiempo, ¿no?

—¡Buen chico! —Lo que fuera que iba a añadir a continuación fue interrumpido por un zumbido que provenía del casillero de Blake. Este sacó su teléfono y le sorprendió ver que la llamada provenía de Mia.

—Tengo que contestar —se excusó, consciente de que todo lo que le había prometido a Freddy acababa de irse por la taza del váter.

—¡Por fin! Te he llamado tres veces. Pensaba que ya te habían matado.

—Ya quisieras tú. ¿Qué pasa? ¿Has encontrado algo?

—¡Sí! —respondió ella efusivamente—. Lo teníamos delante de nuestras narices y no nos dimos cuenta. Escucha, ¿te va bien quedar ahora? Prefiero no decirlo por teléfono. Ya sabes, quizás te lo han pinchado.

—¿Hablas en serio? —preguntó Blake, que de repente se le había puesto el corazón en un puño.

—No, es que me apetece verte. —La chica hizo una pausa—. Pues claro, tonto.

—Me refería a lo del... espera... dijiste que... —su cerebro pareció hacer un pequeño corto circuito al tratar de encajar tres preguntas en una sola oración. No entendía cómo ella lograba confundirlo tanto—. Está bien. ¿Dónde?

—Te envió la ubicación en un Whatsapp. ¿Tienes la aplicación, no?

Blake puso los ojos en blanco.

—Sí. Mándamela.

—En media hora allí.

La chica le colgó y a los pocos segundos le llegó la notificación. Había escogido el aparcamiento de un centro comercial de la zona sur, no muy lejos de dónde estaba el gimnasio. Se duchó rápidamente, se cambió y se fue para allí.

Mia le estaba esperando apoyada sobre el capó de un Fiat color turquesa. Iba vestida de Butterfly, con una peluca del mismo color que su coche, una gorra negra y ataviada con un mono corto y una chaqueta rosa. Por lo menos esta vez no llevaba tacones, sino que unas zapatillas deportivas, también rosas. Era imposible no fijarse en ella.

Cuando la chica lo vio, lo saludó con la mano y con una sonrisa que le pareció demasiado deslumbrante para el propósito de su encuentro. Ya estaba

empezando a hacerse la idea de que nada con ella tenía mucho sentido.

—¿Qué tienes? —preguntó al salir del enredo mental que ella le había provocado.

Butterfly bajó la mano y su sonrisa se esfumó. Había captado su intento de mostrar indiferencia. Del bolsillo sacó la tira de fotografías que ella se había llevado de la casa de Carl Ritter y le dio la vuelta.

—Mira —le dijo al señalar una impresión sobre el papel—. Es la dirección que indica dónde se encuentra la máquina con la que se hicieron estas fotografías. La fecha es de hace un mes; recordé que Charlotte ese fin de semana lo pasó con Carl en una cabaña que él tenía, y eso que casi acababan de conocerse. El caso es que ahí tenemos la dirección de otra de sus propiedades. Hay muchas posibilidades de que podamos encontrarlos. Busqué en internet y efectivamente hay un complejo de cabañas cerca, así que podemos ir a comprobarlo. Está a dos horas de aquí.

Blake miró la impresión detenidamente. El código postal parecía indicar que Mia tenía razón, pero no estaba dispuesto a creerla tan fácilmente. En su fuero interno se preguntaba si se trataría de otra prueba a la que Luca Gabrielli había decidido someterlo. Aún tenía muy presente que el piso de Ritter había sido desvalijado y que no eran los únicos que estaban buscando el dinero, por tanto, tenía que haber un gato encerrado en alguna parte.

—¿Qué? ¿Piensas que estoy mintiendo? —la escuchó decir.

—¿Le has contado a alguien más lo que pasó?

—No. Bueno, a Charlotte, pero eso ya lo sabes.

—¿Segura?

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Oye, yo solo trato de ayudarte y enmendar mi cagada. Si no quieres que lo haga, solo tienes que decirlo.

—Ya —dijo él con ironía.

—De acuerdo entonces. ¡Suerte con tu búsqueda!

Ella se incorporó y se fue hacia la puerta de su coche. El luchador apretó los dientes y se tocó el entrecejo. Era ridículo. Freddy tenía razón. Él no debería estar haciendo esto. Por otro lado, si no encontraba el dinero, seguiría sometido a esa panda de mafiosos.

—Espera —gruñó—. Vamos en mi coche. Llegaremos más rápido.

La chica arqueó las cejas con expresión desconfiada. No dijo nada y retrocedió en sus pasos. Blake se lo tomó como un asentimiento, así que se dirigió a su vehículo de nuevo.

—¿Sabes? Creí que eras más simpático —dijo ella al abrir la puerta del copiloto—. Está claro que se me da fatal juzgar a las personas.

El luchador evitó responderle. La hija de Luca Gabrielli pensaba que era un imbécil. Bien. Que agarrara un número y se pusiera a la cola. No era la primera, ni sería la última.

Después de media hora, la ciudad quedó atrás. Blake permanecía en silencio, concentrado en la carretera. Trataba de resistirse al deseo de mirarla, pero no pudo contenerse cuando vio que se quitaba la chaqueta, y quedó impactado al comprobar que debajo del mono no llevaba ninguna otra prenda a excepción de un sujetador negro. Una voz interior le dijo que lo mejor era abrir la ventanilla para forzarla a que se tapara, o terminarían teniendo un accidente. No tuvo fuerza de voluntad para obedecer a su conciencia.

—¿Puedo poner música? —le preguntó entonces ella.

Se sobresaltó un poco al escuchar su voz, pensando que tal vez lo había visto mirarla.

—De acuerdo —aceptó y le señaló la guantera—, aunque no sé si te gustará lo que llevo en el coche, y no creo que por estos caminos llegue muy bien la señal de la radio.

—Veamos —dijo ella y se hizo con un estuche que contenía un montón de CD

desordenados—. Motörhead —leyó—. Era de suponer—. The Offspring, AC/DC. ¡Oh! ¡Y Bob Marley!

Butterfly sacó el disco del jamaicano y lo introdujo en el reproductor. *Is this love* empezó a sonar a un volumen considerable. El luchador no se encontraba realmente de humor para escuchar esa canción. De hecho, la última vez que había puesto ese condenado CD era cuando Jessica y él aún estaban juntos. Sin embargo, su creciente mal humor se vio reemplazado por un grave desconcierto cuando Mia empezó a cantar la letra.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —protestó.

—¿Tan fácilmente te distraes?

—Sí. Me distrae, y lo último que me falta es que tengamos un accidente.

—Ya, está bien. —entonces ella dejó de tararear y se encogió en su asiento—. Eres incapaz de disfrutar de nada, Blake. Así no se puede vivir.

El luchador levantó una ceja. Lo estaba provocando de nuevo, al igual que aquella noche. ¿Realmente creía que iba a funcionar? «¿A quién quieres engañar?», la misma voz interna volvió a hacer acto de presencia. «Ya está funcionando».

Estiró la mano sin dejar de ver la carretera y bajó un poco el volumen de la música.

—¿Por qué me robaste el dinero?

La chica alzó mucho las cejas, probablemente sorprendida por la pregunta tan directa. No respondió al momento, sino que adoptó una postura más cómoda, miró hacia la carretera y suspiró.

—Digamos que así era mucho más fácil empezar de cero. Lo vi como una oportunidad.

—¿Empezar de cero? ¿Por qué querrías...? —Blake no formuló su pregunta. Acaba de comprender, o por lo menos intuir, que la chica no era muy feliz siendo quien era. Quizás era por eso que se disfrazaba de otra persona y

llevaba una doble vida. Quizás él también la había juzgado mal—. ¿Lejos de papá?

—Lo sé. Soy un cliché.

—Bueno... —el luchador trató de buscar las palabras adecuadas, pero no las encontró—. Sí. Sí, lo eres.

Butterfly sonrió.

—¿Y qué hay de ti? ¿Qué habrías hecho con el dinero?

La pregunta le sorprendió. Ni siquiera se lo había planteado, no tal y como se dieron las cosas.

—Invertirlo. O comprarme otro coche.

—¿En serio?

—No, la verdad es que ni idea.

—Eso quiere decir que no lo necesitas. Está bien. No eres un cliché.

A Blake se le escapó una carcajada.

—Gracias, supongo. —Entonces otro pensamiento se cruzó por su mente—. Y tu amiga, ¿también quería empezar de nuevo, o qué?

—Sí —respondió—. Íbamos a hacerlo juntas. Ese había sido nuestro plan desde hacía mucho tiempo. Digamos que nuestras familias nunca nos han sabido valorar, y ya sabes lo que dicen, la unión hace la fuerza.

—Ya veo —dijo Blake y se pasó la mano por el mentón—. Y no tuvisteis mejor idea que robarle a un posible asesino.

—Bueno, para ser sincera, eso fue consecuencia de la improvisación. Era muy difícil que me encontraras. En realidad, era imposible. Tuviste suerte, imagino.

—Suerte, claro. —La respuesta de Blake no carecía de ironía—. No te creas. Huesos y yo dimos con tu ex. Si no se nos hubiera escapado...

—¿Qué? ¿Huesos y tú? ¿Mi ex?

La chica había dado tal sobresalto que casi golpeó el cambio de marchas.

Fue un milagro que el manotazo que propinó en el salpicadero no activara el *airbag*.

—Cuidado, ¡joder!

—¿Por qué me buscabais juntos? ¿Qué tiene que ver Noah en todo esto? ¿Sabe que soy Butterfly? ¿Y qué coño dijo el idiota de Mike?

—A ver, tranquilízate. No. —El luchador inspiró hondo en un intento de armarse de paciencia. La ansiedad de la joven era excesivamente contagiosa —. McKay no sabe nada. Tu papi me lo puso de niñera tras enterarse de que me habían robado el dinero, y fuimos a buscar a quien creíamos que lo tenía. Es decir, a Butterfly.

—¿Y cómo disteis con Mike? —insistió—. ¿Qué os dijo? ¿Qué descubristeis?

—¿Quieres calmarte y hacerme solo una puta pregunta a la vez?

—¿Quieres responderme a alguna y dejar de dar rodeos?

—¡Eso intento! —exclamó Blake y momentáneamente quitó las manos del volante para gesticular en el aire. El coche viró un poco hacia el arcén, pero rápidamente lo enderezó—. Fuimos a todos los sitios donde tú y yo estuvimos juntos. Bueno, a excepción del parque de atracciones. Pasamos por la casa de la fiesta y nos dieron la dirección de un estudio de baile...

—¡Oh! ¡Joder! —se lamentó ella—. No le hicisteis nada a Valerie, ¿no?

—Si te refieres a la chica de recepción, no. Ella nos mandó a la mierda y no soltó prenda.

—¡Demonios! Valerie. No podré volver ahí nunca más hasta que... Tenemos que recuperar el jodido dinero.

—Sí, no vaya a ser que te pierdas unas clases de baile —ironizó Blake. Ignoró la cara que puso Mia y prosiguió—. Luego acabamos en el *diner*, y adivina quién estaba allí.

—Carmín —suspiró.

—Exacto. Huesos la dejó encantada con su caballerosidad y nos dijo dónde encontrar a Mike, así que fuimos a visitarlo, pero se escapó antes de poder sacarle nada.

—¿Y cuánto hace de eso? ¿Lo han seguido buscando? —La joven parecía realmente preocupada. Blake se preguntó entonces hasta qué punto su identidad como Butterfly era secreta.

—¿Cuántas personas saben que Mia Gabrielli es Butterfly? —le preguntó a raíz de sus últimos pensamientos.

La rubia desvió su mirada hacia abajo mientras se llevaba una mano a la frente en señal de decepción.

—Solo tú y Charlotte. Y Carl, imagino.

—¿En serio?

—Sí. Pero Mike tiene unas fotos que si las ve Huesitos... o mi padre... estoy jodida.

—Mierda —maldijo el luchador. Ahora no solo tenía la necesidad de encontrar el dinero para librarse de Gabrielli, también debía encontrar a ese capullo, arrebatarse las fotos y así evitar que el jefe descubriera que a la que se había tirado era a su hija—. Estamos jodidos.

Mia volvió a hundirse en su asiento.

—Sí. Pero sé dónde se puede esconder esa rata. Tengo que recuperar las fotos antes de que las vean, si es que no lo han encontrado aún.

—Que yo sepa, no. Huesos me lo confirmó ayer.

—¿Hablas mucho con él? —se interesó entonces ella.

—¿Por qué? ¿Te preocupa? —se burló. Ella entrecerró los ojos—. No temas, no le diré nada que pueda perjudicar tu relación con él.

Podía ver a Mia Gabrielli como objeto de deseo de McKay; sin embargo, a Butterfly, le resultaba imposible.

—¿De qué hablas? Él se lo cuenta todo a mi padre, así que por lo que a ti

respecta, también deberías cuidar lo que dices delante de él.

Blake gruñó en respuesta. No era que no se lo imaginara, pero no le hacía mucha gracia escucharlo. Mia tenía razón, debía dejar de ser tan transparente y elegir mejor en quien confiar. Es más, si lo hubiera hecho antes, ni siquiera estaría metido en este lío.

—¡Blake! —exclamó entonces ella.

—¿Qué?

—Te has pasado el desvío. Era por ahí —le señaló.

El luchador se planteó si era mejor esperar a dar la vuelta en el próximo desvío, pero decidió que no tenía paciencia para ello. Estaba casi seguro que no se habían cruzado con más de dos o tres coches durante el último tramo, así que, de un volantazo, hizo girar el vehículo en unos casi ciento ochenta grados. Tuvo que maniobrar para ponerse en el sentido correcto tirando marcha atrás, pero sin sufrir ningún contratiempo, lo consiguió en pocos segundos.

—Tú también estás loco —escuchó que decía Mia. No estaba equivocada.

El desvío los llevó por un camino de tierra rodeado por una arboleda, a través de la que se podían ver los últimos retazos de la luz del atardecer. Siguió durante un buen rato, hasta que, ya en una considerable oscuridad, un cartel desgastado les informó de que estaban a punto de ingresar a las cabañas de Arbor Creek. Una bifurcación le obligó a detenerse.

—¿Izquierda o derecha? —preguntó Blake.

La joven observó el camino durante unos instantes.

—No lo sé —concluyó—. Probemos por la izquierda.

—Tal vez sea mejor que dejemos el coche aquí.

—¿Por si nos ven y salen corriendo? Sí, quizás tengas razón. Veo a Charlotte capaz de eso.

Blake no dijo nada. En realidad, tenía otras cosas en mente, como el hecho de que alguien se les había adelantado en el apartamento de Carl. Esperaba

que no fuera el caso aquí también.

Aparcó el Camaro bajo las copas de unos árboles y empezó a andar. Butterfly, que había vuelto a ponerse la chaqueta, le siguió de manera apresurada.

Tras unos minutos de caminata, los árboles dieron paso a un claro donde se encontraban tres cabañas de una sola planta. Cada una tenía un pequeño porche con escalones. En medio del claro se podían apreciar unas hamacas, sillas y mesas llenas de hojas y polvo. No había ningún coche a la vista, aunque la oscuridad y la cantidad abundante de vegetación no permitían ver con claridad todo el perímetro.

—No creo que estén aquí —dijo Blake.

—Quizás han salido a dar una vuelta.

—Puede ser.

El luchador observó detenidamente las ventanas; esperaba ver algún tipo de movimiento en ellas. Fuera como fuera, todas las luces estaban apagadas. Al tratarse de un día entre semana, lo más probable era que ninguna de ellas estuviera habitada, pues sospechaba que era un complejo pensado más como alojamiento vacacional que como primera residencia. Sin embargo, una de ellas tenía las cortinas corridas y por un momento le pareció ver un destello que provenía del interior.

Instintivamente agarró el brazo de Mia y la arrastró hacia el cobijo de un robusto roble rojo. Asomó ligeramente la cabeza tras el tronco y fue entonces cuando se percató de que dos de las cabañas adyacentes tenían signos en sus puertas de haber sido forzadas. Estaba seguro de que la tercera, cuya puerta no podía alcanzar a ver desde su posición, estaría en las mismas condiciones.

—¿Qué pasa? ¿Qué has visto? —le susurró Mia.

Él le señaló la ventana donde no tardó en aparecer otro destello. A los pocos segundos, para su sorpresa, las luces del interior se encendieron. Pudo

divisar un par de figuras, pero le parecieron demasiado robustas como para que una de ellas perteneciera a una mujer.

Se oyeron ruidos que no supo identificar, como unos golpes, o unos pasos y, de repente, un grito agudo. Notó que Mia se ponía tensa y trataba de acercarse, pero él se lo impidió.

—Es Charlotte. La que ha chillado ha sido Charlotte —la forma de decirlo se asemejó bastante a una súplica.

Blake tenía la sensación de que si la soltaba, saldría corriendo hacia la casa, sin importar a quién o qué pudiera encontrarse dentro. No podía permitírselo.

—Espera aquí —susurró mientras la sostenía por los hombros. Mia pareció dudar, pero asintió y entonces Blake se apartó del cobijo que les proporcionaba el roble.

Todos sus instintos le gritaban que esa era la peor idea que había tenido nunca, que diera la vuelta y regresara a su coche y se largara de allí, pero los ignoró. Agachado para evitar que se le pudiera ver desde las ventanas, se acercó a la cabaña, cuyas luces ahora estaban todas encendidas.

Escuchó más ruidos, que esta vez sí pudo identificar porque estaba muy familiarizado con ellos. Alguien estaba recibiendo una paliza. También le llegaron unos sollozos femeninos. Se giró para asegurarse de que Butterfly permanecía oculta y se horrorizó al verla correr hacia el coche, con la chaqueta rosa puesta, que parecía un faro encendido en medio de una tempestad.

Pensó que el pánico la había dominado e iba a desaparecer dejándole a él allí, expuesto al más grande de los peligros, cuando al poco rato, la vio aparecer con algo en la mano. Enseguida supo que se trataba de su pistola.

«Mierda», se dijo, consciente de que aquello no auguraba nada bueno. Mia ya había demostrado no ser muy hábil con las armas de fuego. O quizás era

solo que había tenido mala suerte con él. No obstante, enfrentarse a un posible escenario de fuego cruzado no era lo que tenía planeado. En realidad, no tenía ni puta idea de qué hacer a continuación. Simplemente sabía que, o detenía a la chica, o era posible que tanto él como ella no vivieran para contarlo.

Retrocedió en sus pasos para ir a buscarla. Iba agachado y se percató de que Butterfly se dirigía directa hacia la cabaña, sin esconderse y con una desafiante mirada grabada en su rostro, dispuesta a hacer una puta locura. Ni siquiera reparó en él hasta que lo tuvo encima y le puso la mano en la boca para que no gritara.

Ella se revolvió y Blake tuvo que hacer acopio de su fuerza para retenerla y arrastrarla hacia un pequeño cobertizo, muy a su pesar, demasiado cerca de la cabaña.

—No grites —susurró y le destapó la boca, mas no la dejó ir.

—¡Suéltame! —le dijo ella, y aunque mantenía el mismo tono bajo, su desesperación era evidente—. Tengo que...

Un ruido seco cortó el aire e hizo que los dos se callaran. Fueron unos momentos de silencio absoluto en el que los dos agudizaron sus oídos con tal de escuchar lo que estaba sucediendo en el interior de la cabaña. Más golpes, un grito masculino y la puerta se abrió haciendo un fuerte estruendo al golpear con la pared de madera. Una figura se dejó entrever en el umbral y salió corriendo. Bajó las escaleras a trompicones y se encaminó directa hacia donde ellos se encontraban.

—¡Charlotte! —susurró Mía al reconocerla e hizo ademán de levantarse, pero el luchador se lo impidió y volvió a taponarle la boca.

Sus ojos estaban clavados en la chica que se acercaba a ellos por el claro, probablemente buscando refugio entre los árboles. No parecía haberlos visto. La luz era demasiado tenue como para que los divisara, pero Blake pudo escuchar su respiración entrecortada y frenética. A medida que se acercaba, se

fijó en que le faltaba un zapato y tenía la ropa manchada. Además, presentaba signos de haber sido golpeada, con un ojo entrecerrado y abultado, y sangre goteando de su nariz.

Entonces, una segunda figura apareció por la puerta y, antes de que el luchador pudiera decidir qué hacer, una especie de silbido atravesó el aire y la chica se desplomó en el suelo como una marioneta a la que le hubieran cortado las cuerdas de golpe.

Aquello provocó que Mia se revolviere con más fuerza. El forcejeo le permitió liberar uno de sus brazos del agarre del luchador, precisamente el que aún sostenía la pistola. Atónito, Blake la vio alzarla y apuntar hacia el asesino de su amiga. Si el ruido que habían hecho no había alertado ya a los intrusos de su presencia, el disparo seguro que sí lo haría, y entonces no saldrían vivos de allí.

Como si fuera a cámara lenta, Blake visualizó cada uno de los movimientos que hizo Mia: primero quitar el seguro, después apuntar, finalmente, posar su dedo índice sobre el gatillo. Sabía que esta vez la pistola no se iba a encasquillar. Ella misma le había dicho en el coche que se había ocupado de limpiarla y ponerla en condiciones.

Sin embargo, justo antes de que presionara el gatillo, Mia lo apartó. De fondo, casi de forma distorsionada, le llegaron las voces de más personas. Giró el cuello despacio hacia delante y comprobó que tres individuos más habían salido de la cabaña. Un total de cuatro, probablemente armados hasta los dientes, les quitaban cualquier ventaja que pudiera suponer el efecto sorpresa.

Para su fortuna, Mia llegó a la misma conclusión. No tuvo que hacer además de convencerla. Simplemente, ella se quedó entre sus brazos, inmóvil, con un ligero temblor en el labio y los ojos vidriosos. Poco a poco bajó el brazo, pero no soltó la pistola.

—Mia... —escuchó que sollozaba alguien.

Alertado, Blake dirigió toda su atención a Charlotte, ahora rodeada de aquellos tipos cuyos rostros estaban cubiertos con pasamontañas. No solo seguía viva, sino que también los había localizado. Estaba mirándolos directamente y sus ojos parecían implorar que hicieran algo para salvarla. Sin embargo, el luchador no movió un solo músculo. Ni siquiera se atrevió a respirar. La sensación de ser un maldito animal inmovilizado por las luces de un camión que estaba a punto de arrollarlo lo invadió, y lo único en lo que pudo pensar fue si los demás también se habían percatado de su presencia.

—¿A qué esperas? ¿Quieres que lo haga yo, o qué? —dijo uno de ellos.

Otro zumbido partió el aire. El asesino había vuelto a disparar a la chica sin compasión, y esta vez lo había hecho directamente en la cabeza.

Blake notó cómo Butterfly ahora era un peso muerto entre sus brazos. Su vista, en cambio, estaba fija en aquellos hombres y el cuerpo inerte de Charlotte. Supo que Butterfly había comenzado a llorar por la humedad que sintió en sus manos. Las lágrimas de ella caían sobre su piel, pero no se atrevió a apartar la mano. Estaba demasiado aterrorizado como para mover un solo dedo. Ella, tampoco trató de resistirse.

—¿Lo encontrasteis? —escuchó decir al asesino de Charlotte. Le pareció irreal que ese tipo hablara con voz humana.

Uno de los que se habían quedado atrás se encogió de hombros.

—No.

—Buscadlo de nuevo.

Dos de los hombres volvieron a desaparecer en la cabaña sin rechistar. El que se quedó, se puso de cuclillas junto al cuerpo de la muchacha y rebuscó entre sus ropas. Sus movimientos mostraban una indiferencia total, como si todo ello no fuera más que un trámite. Mientras tanto, la mano ejecutora sacó algo de su bolsillo, se lo puso en la boca, y el destello que acompañó la

acción le aclaró a Blake que había puesto a fumar un cigarrillo. Entre calada y calada, los ojos de aquel que parecía ser el jefe se perdieron en la negrura del bosque, justo hacia la misma dirección en la que se encontraban Mia y Blake. En ese instante, el luchador sintió como si alguien agarrara su corazón y lo estrujara con rabia. «No puede ser», se dijo, «cálmate».

Al cabo de un rato que a Blake le pareció una eternidad, ambos hombres dieron por terminada su tarea. Agarraron el cuerpo de la chica por las piernas y lo empezaron a arrastrar hacia la cabaña.

—Tenemos que irnos —dijo por fin Blake. Sospechaba que esa iba a ser su única oportunidad para ir al coche sin ser vistos. Si permanecían más tiempo ahí, o los descubrían a ellos, o a su Camaro, y entonces estarían perdidos.

Mia no respondió, de modo que decidió actuar por cuenta propia. Trató de llevarla de la mano, pero a los primeros pasos la sintió tropezar tanto que tuvo miedo de que los hombres de la cabaña los escucharan. Entonces puso el brazo de ella sobre sus hombros y la agarró por la cintura para cargar con su peso. Cuando se hubieron alejado lo suficiente, simplemente la alzó en volandas y echó a correr. Notó cómo ella apoyaba la cabeza en su pecho sin oponer resistencia. No se detuvo hasta estar al lado de su Camaro, aparcado bajo las copas de los árboles, ahí donde lo había dejado. Le pareció en ese momento la cosa más maravillosa del mundo. Sin aire, y con el sudor frío empapando su camiseta, depositó a Mia con cuidado en el asiento del copiloto y, a grandes zancadas, avanzó hacia el lado del conductor.

Al introducir las llaves en el contacto, se dio cuenta de que las manos le temblaban. Tenía el pulso acelerado y un ligero mareo lo cegó por unos segundos. Se obligó a respirar profundamente y tomar las riendas de la situación. Arrancó y puso el coche a toda velocidad, sin importarle que el camino de tierra destrozara la carrocería.

No dejó de mirar por el retrovisor hasta haber alcanzado la carretera.

Entonces se permitió echar un vistazo a Mia y la vio con el teléfono en las manos.

—Quiero denunciar un crimen —dijo ella con una voz capaz de helar a cualquiera.

—¿Qué haces? —exclamó el luchador espantado—. No podemos...

Ella no le hizo caso. A continuación, dio la dirección de la cabaña y sin más explicaciones, colgó.

Blake iba a gritarle que lo que había hecho era una locura, pero de su boca no salió sonido alguno. Una mirada bastó para darse cuenta de que Mia no iba a escuchar nada de lo que dijera, quizás estaba en *shock*. Quizás él también lo estaba. Había visto bastantes cosas malas en su vida, pero esa era la primera vez que asesinaban a alguien a sangre fría frente a él. No iba a poder olvidarlo.

Pasado el tiempo, Blake no supo decir cuánto, un coche patrulla pasó a su lado a toda velocidad. Iba en dirección contraria y tenía la sirena encendida.

«Ya no hay vuelta atrás», pensó. Cabía la posibilidad de que los asesinos ya se hubieran largado de allí, pero ¿qué habrían hecho con los cuerpos? Porque estaba seguro de que a Carl también lo habían matado. Tal vez intentarían deshacerse de ellos allí mismo, por lo que podrían seguir aún en la cabaña. De ser así, los atraparían con las manos en la masa. Y entonces, quien fuera que los hubiese enviado, sabría que habían existido testigos.

«Sabes perfectamente quién ha sido», oyó en su mente. Miró a Mia de reojo y se acordó de lo que le había dicho hacía tres noches. Desde luego que si su padre no había tenido miramientos en ordenar matar a su amiga, no le supondría ningún problema deshacerse de él. Parecía mentira que eso no le hubiese quedado claro durante el interrogatorio. Tal vez aún no se lo había creído del todo. Ahora ya no había forma de negarlo: su vida estaba en peligro. Y, probablemente, la de la pequeña Gabrielli también, sobre todo si

seguía jugando a ser otra persona.

—No puedes decirle a nadie lo que hemos visto, te queda claro, ¿no? —La chica no contestó—. ¡Mia!

—Me queda claro.

Su voz sonó apagada y monótona, como si se tratara de un robot. Blake no estaba seguro de si lo había escuchado, pero un nuevo problema acaparó su atención al llegar hasta el centro comercial donde la joven había dejado su Fiat: una reja indicaba que el aparcamiento ya estaba cerrado.

No obstante, Mia no se encontraba en condiciones de conducir. Seguía sentada, totalmente inmóvil, con la vista fija en ninguna parte y el teléfono aún en la mano. Tenía unas cuantas ramitas y hojas secas enredadas en la peluca y su máscara de pestañas manchaba sus mejillas con unas pronunciadas líneas negras, que al contrastar con su extrema palidez, le daban un aspecto escalofriante. No había forma de que se pudiera presentar así ante su padre, o McKay, o quien fuera.

—¿Dónde te dejó? —preguntó Blake—. ¿En el apartamento de Char...?

Se detuvo antes de completar la frase, aunque la mirada de Mia le indicó que ya había captado lo que iba a decir. Sus ojos verdes le parecieron imposiblemente grandes, y la intensidad del sufrimiento que vio en ellos lo abrumó.

—No. No lo sé. —susurró ella.

Blake sintió que las manos volvían a temblarle. Él no servía para eso, no podía hacerse cargo de la entereza mental de otra persona. Apenas se las apañaba con la propia. Aquel pensamiento debió de haberse reflejado en su cara, porque escuchó cómo la chica se quitaba el cinturón de seguridad y abría la puerta.

—¿A dónde vas? —exclamó—. ¡Espera!

Unos cuantos coches le pitaron cuando dejó el suyo parado en medio de la

calle, con la puerta abierta, y salió corriendo tras de ella. Enseguida le cerró el paso.

—No puedes llegar a casa así —advirtió.

—No pienso volver.

—No seas tonta. Se darán cuenta...

—Me da igual.

Blake supo que ella lo decía en serio. En ese momento no le importaba que su padre sospechara algo, y lo peor era que no podía culparla, salvo por el pequeño detalle de que su vida dependía de ello. Antes de tener la oportunidad de pensarlo, las palabras salieron solas de su boca.

—Puedo llevarnos a un lugar seguro. Vuelve al coche. —La mirada que le dedicó ella no carecía de desconfianza, por lo que suavizó su tono considerablemente y añadió—: Por favor.

Entonces ella cerró los ojos, como si sopesara la oferta. Finalmente, sin decir nada, aceptó y los dos subieron de nuevo al vehículo.

—Gracias —le dijo ella en un susurro. Se le habían vuelto a humedecer los ojos.

Blake solo le respondió con un leve asentimiento. Temía que cualquier otra cosa que pudiera hacer o decir provocara en ella un estallido de sollozos imposible de manejar. Optó por conducir en silencio hasta que se vieron, una vez más, frente al edificio donde él vivía. Quizás no era el lugar más seguro del mundo, pero era lo único que podía ofrecerle.

La inseguridad, en cambio, lo invadió cuando reflexionó lo que había pasado ahí, y no se refería al sexo desenfrenado con ella, sino más bien el hecho de que ahí habían empezado todas las desgracias que ahora les atenazaban. Le tranquilizó, por otro lado, que ella no mostrara signos de inquietud ni se alterara más. Simplemente se dedicó a seguirlo escaleras arriba y en silencio, hasta que entraron en el apartamento.

—Puedes pasar aquí la noche, si quieres. Yo puedo dormir en el sofá y tú en la cama. Prepararé algo de cenar, si tienes hambre o...

—Está bien, Blake. No te preocupes —le interrumpió ella con esa voz tenue y carente de emoción—. ¿Puedo darme una ducha?

—Claro —aceptó él. Estaba nervioso, incómodo y, sobre todo, aterrorizado. Cada vez que cerraba los ojos, la imagen de la amiga de Mia siendo abatida acudía a su mente como un latigazo. Si eso le pasaba a él, que ni siquiera la conocía, no podía llegar a comprender lo que debía estar sufriendo Butterfly.

Le señaló el cuarto de baño y fue a por unas toallas limpias. Se las entregó y cerró la puerta. Al momento escuchó el agua correr por las cañerías.

Qué la hija de Luca Gabrielli volviera a estar en su piso, concretamente en su baño, y volviera a usar su dormitorio, aunque no fuera con él dentro, no dejaba de ser otra temeridad más. Era como si una fuerza sobrenatural lo empujara siempre a hacer lo que no debía, lo que era más perjudicial. Si acababa muerto, tenía que admitir que en parte era culpa suya. Su instinto de supervivencia ya había quedado demostrado que estaba completamente atrofiado. Sin embargo, se obligó a dejar de pensar. Perder la cabeza tampoco era lo que necesitaba en ese momento. No, lo que necesitaba era un trago de algo fuerte, llenarse el estómago y tratar de no vomitarlo después.

Al poco rato tenía la sartén sobre el fuego y estaba preparando unos sándwiches de queso derretido. No era la opción más nutritiva, pero no pudo evitarlo: Laurie y él siempre cocinaban eso cuando, de niños, su madre les dejaba solos en casa, a veces durante días enteros.

«Mierda», pensó. «Laurie». Si el lío llegaba a perjudicar a su hermana, jamás se lo perdonaría. Pasara lo que pasara, no podía permitirlo. De alguna manera, aquel pensamiento lo calmó; el estar preocupado por alguien más que él mismo le daba un propósito, aunque este fuera simplemente el de no

cagarla. En ese momento, escuchó que el agua dejaba de correr y la puerta del baño se abrió. Mia apareció envuelta en una de sus toallas y con el pelo húmedo cayendo sobre su espalda.

—Blake, ¿me puedes prestar algo de ropa? —le preguntó. Él no pudo contestar. Con los tatuajes visibles y sin la peluca, la chica no parecía ni Mia Gabrielli ni Butterfly. Era como si la estuviera viendo de verdad por primera vez, pensamiento absurdo que definitivamente en ese momento no le servía de nada. Tampoco iba a negar que así también le resultaba atractiva, aunque eso directamente era algo en lo que prefería no pensar. Además, ¿qué ropa iba a ofrecerle a una chica que ocupaba la mitad de espacio que él? Recordó que a Jessica le encantaba ponerse sus camisetas, claro que solía llevarlas sin nada debajo. Sí, se dijo, una camiseta, ¿pero qué más podía dejarle?—. Una camiseta estará bien.

—De acuerdo. —dijo y no pudo evitar sentirse como un idiota.

Hizo ademán de dirigirse al dormitorio, pero a medio camino le vino el olor a quemado de uno de los sándwiches que estaba aún en la sartén.

—Están en...

Ella asintió como si fuera capaz de entender el nivel de estupidez del que estaba haciendo gala y se fue hacia su dormitorio. Al rato apareció con una camiseta suya puesta que le llegaba por la mitad de los muslos, concretamente una del parque de atracciones en la que salían un payaso terrorífico y una noria. Se preguntó si la elección había sido casual, como si esto tuviera alguna importancia. Por lo menos, la distracción le había supuesto unos momentos en los que la imagen de la chica muerta no lo había vuelto a turbar, hasta ahora.

Mia se sentó en uno de los sofás y se acurrucó en una esquina con las piernas dobladas. El trajo los platos con la comida hasta ella, pero cuando le ofreció el suyo, negó con la cabeza. Lo que sí que hizo fue coger la botella de whisky que había dejado en la mesita y le dio un trago.

—¿No quieres que lo ponga en un vaso con hielos y mezclado con algo? — le preguntó él.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—¿Te molesta que beba de la botella? —preguntó entonces.

Como respuesta, Blake la imitó y tuvo que reconocer que el ardiente líquido bajando por su garganta le sentó bien.

—Gracias —le dijo ella—. Después de todo lo que te he hecho, no me merezco que seas tan bueno conmigo.

Blake notó que la voz se le había quebrado y que los ojos se le habían vuelto a humedecer.

—No ha sido culpa tuya —dijo sin pensar—. Quiero decir, lo que le ha pasado a tu amiga. Tú no sabías que...

—Sí que lo sabía. —Mia se llevó las manos al rostro, tal vez para que no la viera llorar—. Cuando te robé el dinero, pensé que eras tú la amenaza. Y aun así, lo hice. Lo hice y lo compartí con ella. La puse en peligro.

—Sí. Eso es cierto —admitió el luchador. Ella agarró la botella y dio un prolongado trago—. Pero, para ser justos, creo que muchos en tu lugar habrían hecho lo mismo. Es decir, dos millones de dólares. Algunos harían auténticas borradas con tal de conseguirlos. —Blake se sorprendió a sí mismo al decir esas palabras. Quizás no se le daba tan mal consolar a la chica. La mirada que ella le dedicó, no obstante, le hizo cambiar de opinión al momento—. Bueno, por otro lado —continuó él. No se había dado aún por vencido—. Ella tomó su propia decisión al robártelo. Míralo de esta forma. Tu intención era compartirlo con ella, desinteresadamente, y ella te lo arrebató. Quizás si no lo hubiera hecho, si tú hubieras estado con ella, los hombres de tu padre no...

—Piensas que ha sido mi padre —dijo ella, tajante. Blake suspiró profundamente. Definitivamente estaba mejor callado—. ¡Contesta!

—Es muy probable.

Ella asintió y volvió a dar un trago, tan largo que Blake pensó que lo mejor era arrebatarse la botella. Trató de hacerlo, pero ella la apartó de su alcance.

—Bien. Entonces ya eres libre, imagino. Habrán recuperado el dinero y ya no les deberás nada, ¿no? Espera un momento. ¿Por qué no te han avisado, aún? —El luchador entrecerró los ojos al darse cuenta de que el tono de ella había vuelto a cambiar. Ahora sonaba mucho más mordaz.

—Ya sé por dónde vas —dijo—. Crees que no seré libre a menos que se lo entregue yo mismo.

—En realidad, no sé nada —reconoció ella y su voz volvió a relajarse—. Lo siento.

—No eres la única —confesó y se apoyó sobre el respaldo del sofá con gesto resignado—. Ni siquiera sé que mierda va a pasar mañana.

—No voy a dejar que te hagan daño a ti también —añadió.

—No te ofendas, pero no creo que puedas protegerme.

Ella lo miró fijamente durante unos segundos.

—Tienes razón —sollozó—. Acabas de decir que si yo hubiese estado ahí, las cosas podrían haber sido distintas. Yo *estaba* ahí y no hice nada. He dejado que maten a Charlotte.

Entonces comenzó a llorar de forma descontrolada. Blake tuvo que reprimir la maldición que tenía en la punta de la lengua para no empeorar aún más las cosas. No era lo que había querido decir, para nada. En tal caso, él también había estado ahí y no había hecho nada. El que la chica asesinada no fuera nada suyo no lo hacía sentirse una mejor persona. Claro que, explicarle todo eso a Mia no era buena idea. Resultaba evidente que, por cada palabra que decía, aún lo empeoraba más.

—Sí lo hiciste. Evitaste que también nos mataran a los dos. Charlotte tomó su decisión. No es tu culpa, maldita sea. La culpa es de Jessica, joder.

La muchacha levantó el rostro y volvió a mirarlo con sus profundos ojos

verdes.

—La culpa es de mi padre —sentenció ella. Blake no pensaba negárselo.

—Está bien —aceptó él—. Ahora dame esa botella.

Mia le dio otro trago, se secó las lágrimas del rostro y se la pasó.

—¿Sabes qué es lo más gracioso? Qué cuando te vi por primera vez pensé que tenía que salvarte. Ya ves, y ahora te has hundido en la mierda conmigo. Me odio —gruñó ella—. Y tú deberías hacerlo también. No deberías haberme acogido en tu casa. Deberías echarme y dejar que me pudra sola.

Lo dijo con tal convicción que Blake tuvo miedo de que fuera a infringirse algún tipo de daño. Por precaución, dejó la botella sobre la mesa, lo más apartada posible y volvió su mirada hacia la joven rubia.

—Oye —dijo y apoyó una mano en su rodilla—. Ninguno de los dos estábamos preparados para esto, ¿sabes? Es decir, sí, la has cagado, pero volviste con la intención de ayudarme y trataste de hacer lo mismo con tu amiga, solo que no fue posible.

Durante unos segundos, Mia no dijo nada. Blake no pudo evitar notar lo cerca que estaban, el calor corporal que irradiaba de ella junto con un aroma dulce.

—Blake —susurró ella y advirtió que las distancias entre ambos se habían acortado—. Eres un buen tipo. No te mereces esto.

Mientras lo dijo, el dorso de la mano de Butterfly acarició el rostro del luchador. Ese simple gesto le aceleró el pulso como pocas veces le había ocurrido al estar con una mujer. Ni siquiera se había quitado la ropa y su mente ya se le había adelantado al recrear sus sinuosas curvas bajo la tenue luz de la luna, tal y como la había visto aquella noche, cuando se habían acostado. Era innegable que le seguía atrayendo, igual e incluso más. Debía de estar peor de lo que pensaba para ponerse de nuevo en semejante riesgo. «Es la hija de Luca Gabrielli», se dijo, y no sirvió de nada.

Deslizó sus manos por sus cabellos húmedos y sostuvo su rostro con ellas. Mia se estremeció bajo su tacto. Una vez más, tuvo la extraña sensación de que sus intensos ojos verdes le ofrecían una invitación a lo desconocido, y esta vez no podía culpar a las drogas. Pero sí que podía culpar al alcohol, al terror que los dos habían vivido y a su propia incapacidad de aprender de sus errores.

Se apartó de un salto y le indicó la puerta del dormitorio, como si ella no supiera donde se encontraba.

—Ve a dormir —dijo luchando contra sus propios deseos.

Mia parecía perpleja, pero como ya iba siendo costumbre, no dijo absolutamente nada. Simplemente se levantó y entró en su dormitorio. Las ganas de seguirla se le hicieron insoportables, por lo que dio un último lingotazo al whisky, se acomodó en el sofá y cerró los ojos. De nuevo, las desagradables imágenes del asesinato de Charlotte acudieron a su mente, dispuestas a arrebatarle cualquier esperanza de poder dormirse.

Capítulo 17. Sola en el mundo

Habían pasado siete años desde que Mia no sufría aquel vacío en su pecho, siete años desde que cada bocanada de aire no suponía un auténtico suplicio y desde que el espacio en el que se encontraba le resultaba tan ajeno y tan intangible que apenas podía asegurar si era real o no.

Trataba por todos los medios de ser racional, de tomar conciencia de lo acontecido y de encontrar la solidez necesaria para hacerle frente. Ella no se había rendido entonces, ni pensaba hacerlo ahora. Sin embargo, la sensación de pérdida era tan abrumadora, tan brutal, que todo esfuerzo parecía ser en vano. Lo único que le apetecía era abandonarse al dolor, a la desesperación y a la autocompasión.

«Han matado a Charlotte», se repetía una y otra vez, como si de esa forma consiguiera convencerse de que no estaba atrapada dentro de una pesadilla.

«Charlotte ya no existe, Charlotte ya no volverá», insistía mientras recreaba en su mente el momento en que una bala le había atravesado el cráneo a su amiga. Después de todo, el desconsuelo parecía reconfortarla. Ya lo había experimentado con anterioridad, cuando su madre había fallecido. Durante los primeros días no había podido dejar de imaginar lo que ella podía haber sentido en sus últimos momentos; el dolor, la sorpresa, el miedo, e incluso la aceptación del final, de la nada. Los meses siguientes, aquellos pensamientos fueron sustituidos por unos mucho más terribles; visualizaba a su madre en el ataúd, inerte y sin vida. Recreaba en su mente, aterrada, cómo la piel de su rostro se oscurecía hasta volverse negra y dejaba entrever su calavera, cómo la carne de su cuerpo se desprendía, putrefacta, de unos huesos que acabarían convirtiéndose en polvo. Era su espeluznante manera de lidiar con la muerte, la única que había encontrado para soportar el hecho de que nunca más

volvería a escuchar su voz, a verla pintar en su estudio o a regalarle un cariñoso beso lleno de amor.

En la oscuridad de la habitación de Blake, Mia tomó conciencia de su soledad. Iba a volver a pasar por todo aquel dolor, pero esta vez nadie estaría a su lado para ofrecerle consuelo. Su padre, su propio padre, le había arrebatado a la única persona que la conocía de verdad, a la única que la había aceptado tal y como era.

—Charlotte —sollozó y hundió su rostro en la almohada.

La culpa le oprimía el pecho, la rabia le provocaba un escozor en las entrañas y la congoja le entumecía todos los músculos. Quizás el luchador había estado en lo cierto cuando le había dicho que ella había actuado bien, que a pesar de haber cometido graves errores, luego había tratado de enmendarlos. Que el hecho de no disparar cuando estaba dispuesta a hacerlo los había salvado a ambos, aunque eso hubiera condenado a Charlotte. Sin embargo, eso no la consolaba, porque lo que Blake no sabía era que Mia, durante toda su vida, había sospechado de lo que era capaz su familia y jamás había hecho nada al respecto. Su actitud pasiva, su deliberada ignorancia, la habían llevado a subestimarlos, a creer que ella estaba a salvo. Cuán equivocada había estado. Mia no podía quitarse la sensación de que no conocía a ninguno en absoluto y no pudo más que lamentarse al reconocer que incluso Noah podría haber sido uno de aquellos encapuchados. «No», se dijo con tal de sosegarse, pues había vuelto a sollozar y no quería perturbar más al luchador. Noah no sería capaz. No obstante, su padre sí lo era, y aquello no solo la asustaba, también la enfurecía.

Si realmente había sido él, si todo había sido por dinero, no habría jamás lugar para el perdón. Se lo haría pagar, se prometió, y el pensamiento le dio tal descarga de energía que tuvo que incorporarse y centrarse en el sonido acelerado de su respiración. Estaba mareada, quizás por el whisky, quizás por

el tormento al que estaba sometida.

No obstante, de pronto aquella idea empezó a cobrar forma en su cabeza. Sabía cómo hacerlo, sabía cómo vengar a Charlotte. Y lo haría, sin importar los sacrificios que tuviera que hacer.

La joven no podía dormir. Ahora que había dado con la fórmula para sobrellevar tanto dolor, no podía dejar de pensar en ello. Cuando ya creía que no había esperanza para conciliar el sueño, inspiró aquel olor en las sábanas que le había hecho sentirse menos sola de lo que en realidad estaba y salió de la cama. La situación a la que había empujado al luchador era desastrosa, por lo que también estaba dispuesta a hacer por él lo que fuera con tal de ayudarlo. Le debía demasiado: no solo la había perdonado, o esa era la sensación que le había transmitido, sino que encima él le había tendido una mano, la única a la que había podido aferrarse. Al salir del dormitorio se encontró con él, que dormía profundamente en el sofá. Lo contempló unos momentos y recreó en su mente el instante en el que había estado a punto de besarlo, cuando él le había sostenido de tal forma el rostro que todo su cuerpo se había estremecido. Luego la había rechazado y no podía culparlo. Se lo merecía. Cualquier oportunidad, por remota que fuera, que ella hubiera tenido con él, había quedado anulada en el momento que le había robado el dinero.

Regresó al dormitorio, agarró el edredón y lo llevó hasta Blake para extenderse por encima.

—Gracias —le susurró. Tenía la necesidad constante de decírselo, incluso aunque no la escuchara.

De camino al aparcamiento del centro comercial, Mia trató de no volver al bucle de dolor y sufrimiento en el que había entrado por la noche al pensar en Charlotte. Se concentró en su plan y funcionó. Aunque no le gustaba, sabía que tendría que hacer acopio de todo su talento como intérprete y fingir hasta no

reconocerse a sí misma. Incluso aunque la idea de volver a casa de su padre la carcomiera por dentro. Estaba dispuesta a someterse a cualquier martirio, porque solo cuando por fin concluyera su venganza, se permitiría ser finalmente libre.

De regreso al apartamento de Blake, Mia compró unas magdalenas de arándanos recién horneadas y café para preparar ella. No se había fijado en si el luchador tenía cafetera, pero su madre le había enseñado a prepararlo sin necesidad de esta, llegado el caso. Lo cierto era que se moría de hambre.

Aparcó a unas manzanas por si alguien reconocía el coche. Luego abrió el maletero y sacó los enseres que necesitaba para convertirse en Mia Gabrielli. Había salido vestida de Butterfly y sin la peluca, a pesar del riesgo de ser reconocida, pero no había pensado en ello hasta ser demasiado tarde. Por otro lado, había decidido no mirar su teléfono hasta hablar con Blake. Necesitaba un poco más de tiempo para ser capaz de intercambiar alguna palabra con su progenitor y tenía la certeza de que ya la estaría buscando, sobre todo si la policía había descubierto el cuerpo de Charlotte.

«Charlotte está muerta, Charlotte ya no existe, Charlotte ya no volverá», volvió a escuchar en su mente. «Venganza», se respondió a sí misma.

Para volver a entrar y no despertarlo, lo hizo por la escalera de emergencia del callejón. Forzar la puerta acristalada no le costó ni dos segundos.

—Por la puta madre, Mia —escuchó apenas hubo cruzado el umbral—. ¿No podías haber dejado una nota, o algo?

Al levantar la vista se encontró con el luchador, que salía por la puerta del dormitorio. Llevaba su peluca turquesa en una mano y la pistola en la otra. La joven se reprendió mentalmente por haberla olvidado.

—Lo siento —dijo, por lo que parecía ser la centésima vez—. No quería despertarte.

Blake soltó un bufido exasperado. Dejó caer la peluca sobre el hombro del

maniqué que usaba para entrenar y dio unos pasos hacia ella. Parecía cansado, además; Mia se fijó en que no se había duchado ni se había cambiado de ropa desde anoche.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó y señaló sus bolsas.

—El desayuno. ¿Qué te parece si mientras lo preparo te das una ducha?

Esta vez fue el luchador el que la miró desconfiado, aunque ya no era la primera vez que lo hacía. Mia abrió la boca para tranquilizarlo y decir que no se preocupara, que ella no planeaba dejarlo tirado, pero no hizo falta.

—De acuerdo —aceptó y entonces se encaminó hacia el baño.

—Pero deja la pistola —sugirió ella—. No creo que te haga falta ahí dentro.

Blake miró hacia abajo y se percató de que efectivamente la llevaba en la mano. La dejó sobre el mueble del que colgaba la gran pantalla plana y entró en el cuarto de baño.

Una vez en la zona de la cocina, Mia se encontró que el fregadero tenía los platos que habían usado durante la noche sin fregar. También localizó una cafetera que le facilitaría bastante las cosas. Se puso manos a la obra y en cuestión de minutos ya estaba todo preparado y limpio.

Entonces dirigió su mirada al cuarto de baño y comenzó a impacientarse. Quería decirle cuanto antes a Blake lo que había pensado, aunque a decir verdad, no tenía ni idea de cómo empezar para que no se pusiera a maldecir, algo que había quedado demostrado, hacía constantemente. Se planteó si en caso de no estar de acuerdo, trataría de impedirselo, pero él no era su familia. No tenía potestad para decidir por ella. Aunque, después de todo, ninguno la tenía ya.

—Blake —empezó ella cuando lo tuvo delante. Los ojos grises de él la miraron mientras ofrecía el primer mordisco a la magdalena. «Esto no va a ser fácil», pensó—. ¿Te han dicho algo?

—Quieres decir... —El luchador le dio un sorbo al café y emitió un jadeo—. ¿Qué le has hecho al café? Está buenísimo.

—Le puse canela y poca agua. —Mia sonrió como una tonta por el cumplido. Al darse cuenta, se obligó a ponerse seria de nuevo—. Me refiero a que si te han dicho que la deuda está saldada. Ya tienen el dinero, ¿no?

—No me han dicho nada —contestó él y su rostro se ensombreció—. Quizás aún es pronto.

—Quizás —dijo Mia. Sus sospechas habían quedado confirmadas—. Espero equivocarme, pero creo que no te van a soltar, Blake. No sé lo que se proponen hacer contigo, pero si vales algo, si pueden sacar beneficio de ti, estás condenado. Lo siento.

—¿Por qué me lo estás diciendo ahora? —preguntó el luchador. No parecía demasiado sorprendido por el comentario, más bien era como si le acababan de dar las malas noticias que ya estaba esperando.

—Corrígeme si me equivoco —continuó Mia—. Te dijeron que les debes dos millones de dólares, ¿no?

—Sí.

—Bien, pues han encontrado el dinero y no te han dicho nada. Así que por lo que a ellos respecta, se lo sigues debiendo. —Blake no dijo nada, con lo cual ella siguió—. Puedo ayudarte a conseguirlo, y no me refiero a la bolsa de deporte por la que ha muerto Charlotte, sino que a conseguir dos millones de dólares por nuestra cuenta y que se los puedas tirar a la cara.

El luchador la miró con una ceja levantada. «Charlotte ha muerto», se repitió ella mentalmente.

—¿Y de donde se supone que sacaremos tanto dinero?

—Escúchame bien y no saques conclusiones antes de tiempo, ¿de acuerdo? —Blake asintió de forma lenta. Había entrecerrado los ojos. Ahora dependía de Mia usar las palabras correctas para que no se negara—. Vamos a

robárselo. —Por la cara que puso, ir directa al grano no había funcionado. Trató de explicarse lo más rápido posible, pues vio como él empezaba a negar con la cabeza—. Sé cómo hacerlo. Y no será la cantidad entera, sino por partes, tan insignificantes que ni se darán cuenta hasta que sea demasiado tarde. Hay unas cinco familias hasta donde yo sé que colaboran en los negocios de mi padre, y estoy segura de que todas están de mierda hasta arriba. Yo estoy dentro, puedo enterarme de cómo se mueven, de cómo trabajan y de cómo podemos hacerlo sin que nos pillen. Solo necesito unos días para reunir la información y te aseguro que te presentaré unos golpes tan perfectos que tú mismo dirás que es coser y cantar.

Blake no solo siguió negando con la cabeza sino que se irguió como un pavo real.

—¿Te estás escuchando a ti misma? —preguntó—. Acabamos de escapar por los pelos de una muerte casi segura y tú quieres meterte con un sindicato del crimen. No somos ladrones profesionales, Mia. Nos cogerían y ya has visto cómo se las gasta esta gente. Quizás ser una Gabrielli te salve, pero desde luego que para mí sería como cavar mi propia tumba.

—Charlotte era una Costello y eso les ha dado absolutamente igual —murmuró Mia, aunque sabía que esa información solo le demostraba a ella que, en su plan, cualquiera que participase correría el mismo peligro. Suspiró profundamente y se justificó—: Quizás no soy justa contigo al pedírtelo, quizás tú tienes una sensatez que a mí me falta, pero por lo menos te estoy dando la oportunidad de decidir por ti mismo si prefieres arriesgarte y luchar por tu libertad, o ser un esclavo de esos malnacidos, que te aseguro que te van a robar hasta el alma. Yo, desde luego, ya he tomado mi decisión. Es lo que Charlotte intentó. No voy a dejar que su muerte sea en vano.

—¿Qué piensas hacer? —la expresión de Blake pasó de escéptica a alarmada—. Mia, no estarás pensando en cargártelos, ¿verdad? Porque eso ya

no sería locura, sino un puto suicidio.

—No. Eso sería demasiado bueno para ellos. A esta gente solo les importa una cosa, y esa es el dinero. Les voy a dar donde más les duele. ¿Qué me dices, Blake, estás dentro?

—Creo... —El luchador dejó su taza de café sobre la mesa y la miró seriamente—, que aún estás en shock. Necesitas descansar y pensártelo bien, porque si haces esto, no habrá vuelta atrás y no estoy seguro de si lo entiendes ahora mismo.

Mia soltó un bufido exasperado. Blake no la entendía, claro que él apenas conocía a su familia. Podía estar asustado, pero no creía que él fuese un cobarde. Lo mejor sería que lo comprobase por sí mismo. Si le gustaba la sumisión, pues que fuera feliz con ella.

—Muy bien. Si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme —concluyó ella y se levantó. Apiló las tazas y el plato en el fregadero y se dispuso a limpiarlas—. No te preocupes, me visto y me voy en un rato, y nadie sabrá nunca lo que hemos visto. Gracias por dejarme pasar aquí la noche, Blake.

Mia hizo caso omiso de las protestas que el luchador le fue lanzando mientras aún estaba en su piso. Se vistió de hija de Luca Gabrielli con el pertinente maquillaje que tapaba sus tatuajes y fue hasta su coche concienciada a llevar a cabo todo cuanto había dicho.

Al encender su teléfono, volvió a repetirse la escena en la que lo tenía repleto de llamadas y mensajes, solo que esta vez no eran solo de Noah, también de su padre. Se miró al espejo del retrovisor tratando de borrar cualquier mueca del asco que estaba sintiendo en ese momento y, no sin esfuerzo, dulcificó su rostro para interpretar a la niña tonta que no sabe nada de lo ocurrido. Iba a ser excesivamente duro fingir, pero sabía que podía hacerlo.

«Charlotte está muerta, Charlotte ya no existe, Charlotte ya no volverá», dijo en voz alta y el cambio fue instantáneo. Ella le daría fuerzas.

No llamó a nadie ni atendió el teléfono mientras conducía, y eso que no dejó de sonar. Fue directa a las colinas, a su casa, y al llegar a la entrada vio tal cantidad de coches aparcados que tuvo que dejar el suyo en doble fila.

Ni siquiera le dieron la oportunidad de entrar en casa, pues por el retrovisor vio como su padre salía por la puerta acompañado de varios hombres e iba directamente hacia ella. No se esperaba lo que ocurrió entonces. Delante de todo el mundo, la abrazó y la estrechó entre sus brazos. Su primer instinto fue apartarse, pero lo reprimió. Tuvo que hacer lo mismo con la rigidez de su cuerpo, el teatro había comenzado. Resultaba irónico que ella siempre hubiera deseado una muestra semejante de cariño y, ahora que la tenía, la despreciara con todo su ser.

—Dios mío, Mia, creí que...

Las palabras de su padre sonaron quebradas, rotas por un supuesto dolor. Estaba claro que sus dotes de interpretación eran cosa de la genética.

—¿Qué pasa, papá?

—¿Dónde demonios has estado? —exclamó él—. ¿Por qué no cogías el teléfono?

Mia había tenido tiempo de ensayar las respuestas, así que de la forma más natural posible argumentó que había estado en una fiesta con los compañeros de la universidad y había pasado la noche en la residencia de la hermandad de su amiga Veronica. En realidad, era la única persona con la que tenía trato amistoso del campus, porque con nadie más tenía algo en común.

—Vayamos dentro —ordenó su padre y le pasó una mano sobre los hombros. Muchos de los presentes asintieron al verlos pasar, y algunos regresaron hasta sus coches, para ir desapareciendo en fila por el camino de acceso a la casa.

Mia no acababa de encajar muy bien el revuelo con la presencia de tantos hombres de su padre, pero no podía concentrarse en tantas cosas a la vez.

Luca la guio hasta el salón e incluso le apartó una silla para que se sentara.

—Mia, ha pasado algo.

Y aquí venía el peor momento de todos, simular que no sabía lo que le había ocurrido a su amiga.

Por el rabillo del ojo vio que Nico, Barney y Noah entraban en la habitación y su padre les dedicaba una breve mirada. Ninguno de los tres se movió.

Su padre pareció sopesar las palabras, pero finalmente le arrojó la información como un jarro de agua fría.

—Charlotte ha sido asesinada.

Trató de recrear el impacto que habrían supuesto para ella aquellas palabras si no lo hubiera visto con sus propios ojos. Su padre no era un hombre con mucho tacto. Funcional, eficiente, práctico, despiadado, mentiroso, pero jamás empático.

—¿Qué? —exclamó Mia y las lágrimas, que en realidad no tenían nada de falsas, inundaron sus ojos—. ¿Asesinada? ¿Por quién? ¿Cuándo? ¿Qué estás diciendo? ¡No!

Su padre le puso una mano sobre el hombro.

—Ayer, la policía encontró su cuerpo. Pensábamos que tú... —Su padre parecía tan afectado que Mia dudó por unos instantes de su autoría. Luego recordó y no se permitió volver a dudar—. Mia, la policía quiere hablar contigo. ¿Sabes algo? ¿Conoces si estaba metida en algún lío?

—¿Qué? ¡No! Charlotte era amiga de todo el mundo —exclamó la rubia. No podía dejar de llorar, porque la imagen de cómo le habían disparado a sangre fría en la cabeza acudió a ella con tanta claridad que incluso le pareció escuchar el leve zumbido del disparo amortiguado por el silenciador. Ni siquiera pensó en el hecho de que también debería enfrentarse y mentir a las

fuerzas del orden.

—Pudo ser un ajuste de cuentas. ¿Sabías que tu amiga traficaba con drogas? ¿Viste alguna vez a alguien que...?

—¡Eso es mentira! —interrumpió Mia tan tajante que supo que de estar en una película, tendría muchas posibilidades de ser nominada al Oscar. La joven sabía que Charlotte pasaba cocaína para ganar algún dinero extra y permitirse llevar una vida con las comodidades que su propia familia le había negado, pero era algo tan insignificante y a tan pequeña escala que le parecía ridículo que la calificaran de traficante.

—Luca. —Mia reconoció la voz de Barney tras su espalda—. ¿Podemos hablar en privado? Creo que Mia necesita unos momentos para asimilarlo.

El padre de la joven asintió y se levantó de su asiento, no sin antes volver a abrazar a su hija, que esta vez no le correspondió al abrazo. La Mia ignorante tampoco lo habría hecho. Sin embargo, no se quedó sola. Noah, que seguía allí, se sentó a su lado y también trató de abrazarla. Ella se dejó hacer, aunque lo que de verdad hubiese deseado habría sido escuchar qué tenían que decirse aquellos dos cabrones.

—Lo siento muchísimo —le dijo el joven—. Cualquier cosa que pueda hacer por ti, solo dímelo.

—¿Lo dices en serio? —preguntó ella y su tono de voz le indicó que estaba saliéndose del papel. Se cercioró de que su primo Nico no estaba con ellos para continuar hablando. Noah asintió con el ceño fruncido—. Quiero saberlo absolutamente todo, hasta el último detalle. ¿Vas a hacerlo?

Noah parecía extrañado.

—¿A qué te refieres?

—A que sé que puedes conseguir los informes del forense y también los de la policía. Sé que puedes acceder a información clasificada y que si realmente estás dispuesto a hacer lo que sea por mí, compartirás conmigo todas esas

indagaciones.

—Mia, yo...

Ella le dedicó una mirada cargada de rabia.

—Si no estás dispuesto a hacerlo, entonces no me prometas nada —
determinó la joven.

El muchacho la observó durante un largo rato. Parecía estar tratando de escudriñar sus pensamientos y Mia tuvo que resistir el deseo de apartar la mirada, pues sintió que eso sería admitir la derrota. Finalmente, y era obvio que lo hacía muy a su pesar, Noah asintió.

—Veré que puedo hacer —concedió.

Capítulo 18. Fichas de casino

Esa mañana, Blake solo tenía dos cosas en mente: entrenar y permanecer con la boca cerrada. No había vuelto a saber de Butterfly después de que se fuera de su apartamento y no tenía ni idea de si había logrado mantener su farsa. Esperaba que así fuera. No paraba de convencerse de ello para poder llevar una vida medianamente normal sin tener que recurrir a calmantes y somníferos. La imagen del brutal asesinato de la chica seguía perturbando su mente sin piedad. Para colmo, en la prensa no se hablaba de otra cosa, pues se trataba de nada más y nada menos que la hija menor de uno de los magnates de los deportes de la ciudad. Aquello había inducido a los medios a especular sobre la vida de la joven, a la que se había tachado como una oveja descarriada con turbios asuntos con las drogas, pero también se barajaba la hipótesis acerca de que era una desafortunada víctima de los trapos sucios de su propia familia.

Tampoco había pista sobre los asesinos, pues en el momento de hallar el cuerpo, todos y cada uno de ellos se habían dado a la fuga. Era como si el mundo se esforzara en recordarle constantemente a Blake que sabía demasiado y que, tarde o temprano, acabaría pagando por ello. Le resultaba curioso, por otro lado, que apenas nadie, incluso el propio Freddy, se acordara de Carl Ritter, como si el cuerpo del corredor de apuestas no hubiera aparecido a escasos metros de su novia, con innumerables signos de tortura y de una muerte infinitamente más violenta. Los asesinos se habían ensañado con él con un total de veintitrés puñaladas. La piel de Blake se erizaba con tan solo imaginar el tormento y lo cerca que había estado de sufrir un destino similar.

Cuando el luchador salió del Freddy's Muscle Palace, con la bolsa deportiva al hombro, se sintió mucho más despejado. El entrenar como un

maniático permitía que la ansiedad de la que era víctima fuera reemplazada por el cansancio y un agri dulce dolor muscular. No obstante, aquella paz mental no le duró más de un minuto. Apenas dio dos pasos dentro del aparcamiento, cuando la imagen de dos tipos de aspecto sospechoso apoyados sobre el capó de su coche lo hizo ponerse alerta. Estaba seguro de que iban armados y a punto estuvo de darse la vuelta y darles esquinazo, cuando uno de ellos levantó la cabeza y exclamó:

—¿Me echabas de menos, rata despreciable? —Era Nico Gabrielli, el putito retaco.

Blake se detuvo. El pánico que lo apresó fue tal que sintió que su corazón iba a salirse del pecho. Lo sabían todo. Habían encontrado al ex de Butterfly, o la rubia no había podido mentirles bien, o tal vez alguien del bar de las peleas los había delatado y el cabrón de McKay había terminado por atar los cabos. Demonios, ¿cómo había podido ser tan descuidado? Si tan solo se enteraban de una de las tantas cosas que había hecho con Mia Gabrielli, tenían suficiente como para colgarlo de las pelotas.

—¿Qué pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato? —El enano mafioso y su compañero rieron.

—¿Qué queréis? —se obligó a preguntar el luchador. Sonar desconfiado y molesto no era difícil, el problema consistía en evitar que le temblaran las manos en el proceso.

—El jefe quiere verte.

—¿Por qué?

Nico levantó una ceja e intercambió miradas con su compañero.

—Es una sorpresa —aseguró con sorna—. Ahora, ¿vas a venir por las buenas o por las malas? Ya sabes que estaré encantado de convencerte.

Al decir eso, introdujo una de sus manos dentro de su chaqueta y le permitió ver la culata de su pistola.

Lo último que Blake quería era obedecer a ese imbécil. No solo era un sádico con pocas luces, sino que probablemente estaba a punto de llevarlo a otro interrogatorio, y ese no iba a acabar tan bien como el anterior, no si estaban al tanto de su participación en lo de la cabaña y su implicación con la hija del jefe. Claro que, si ese fuera el caso, ¿porque simplemente no lo liquidaban? ¿Era que acaso querían hacerle sufrir? ¿O pensaban que aún podían sacarle algo? Tal vez lo mejor era correr. El aparcamiento era un gran espacio abierto, pero si usaba los coches como escudo, por pequeña que fuera, tendría una oportunidad.

«Y luego, irán a por Laurie», escuchó en su mente. Su hermana no sabía nada de lo que había sucedido. Ni siquiera tendría tiempo de huir cuando la apresaran para usarla como cebo con él.

«Mierda», pensó. Realmente no tenía ninguna alternativa. Pasase lo que pasase, solo le quedaba rezar para que no fuera lo que él creía, y si lo era, que quedara enterrado con él.

—De acuerdo —aceptó, tratando de sonar lo más calmado posible—. Déjame guardar mis cosas primero.

El que lo llevaran de nuevo al hotel casino Castellammare no le sorprendió; lo que sí lo dejó desconcertado fue el hecho de ser escoltado por la puerta principal y no por la de servicio como había ocurrido la primera vez. Después de un viaje de ascensor en la nada placentera compañía de esos dos imbéciles, Blake fue dirigido a un despacho que doblaba en tamaño su sala de estar. El luchador se fijó en que los ventanales ofrecían una imponente vista de la ciudad y no pudo evitar pensar en que probablemente también una muerte instantánea en el caso de ser arrojado desde semejante altura.

El dueño de todo aquello, su torturador personal, permanecía allí, trabajando. Levantó la vista de su portátil cuando el luchador, Nico y el otro tipo accedieron al interior, mas no hizo ningún otro movimiento para

reconocer su presencia.

—Tío Luca —dijo el retaco y tosió ligeramente. Sonaba bastante más sumiso cuando se dirigía al jefe.

—Nico. —Esta vez, Luca Gabrielli le ofreció un leve asentimiento de cabeza—. Tome asiento, señor Novak. En un momento estaré con usted.

El desconcierto de Blake fue en aumento. Aquel no era el trato que esperaba recibir. Había dado por sentado que se había metido en mayores problemas con el mafioso, pero ahora empezaba a pensar que cabía la posibilidad de que no fuera así. ¿Tal vez lo habían llamado para decirle que quedaba libre? ¿Que su deuda estaba saldada?

—¿Necesita algo más, don Luca? —preguntó el acompañante de Nico.

—Si. Cerrad la puerta al salir, por favor. Deseo hablar a solas con el señor Novak.

—Pero... —trató de protestar el retaco.

El jefe alzó una ceja y aquello bastó para silenciar a Nico. Blake no pudo evitar una punzada de satisfacción al ver cómo imitaba a su amigo y se retiraba de la estancia con el rabo entre las piernas.

Se instauró un silencio incómodo. Al menos, para Blake lo era; Luca Gabrielli aparentaba estar de lo más tranquilo, y de no ser porque hacía más de un par de semanas aquel tipo había hecho que le pusieran una pistola en la sien, Blake podría haber dicho que parecía un empresario normal y corriente.

—¿Ha visto las noticias, señor Novak? —A pesar del tono de voz mesurado, las palabras le sobresaltaron. No se había planteado siquiera que respondería a esa pregunta y por un momento barajó qué tan conveniente le sería mentir—. Supongo que no. Al juzgar por su cara de desconcierto, no las mira mucho. —El luchador reprimió un suspiro de alivio. Aparentemente, el padre de Mia también creía que era un imbécil. Mejor así—. ¿Conoce a un hombre llamado Carl Ritter? —preguntó entonces Gabrielli, y el alivio de

Blake se fue al traste.

—Sí —respondió—. Es un corredor de apuestas.

Los ojos del mafioso lo escudriñaron detenidamente, como si estuvieran buscando el menor signo de debilidad.

—¿Qué más sabe de él? —preguntó.

Blake trató de emitir un típico resoplido de «no sé qué más contarte» e imploró para que le saliera natural.

—Que me debe dinero. Lo busqué para cobrárselo, pero no lo encontré.

—¿Usted y quién más? —La mirada inquisitiva del Pirata se volvió más intensa. Al luchador le empezaron a sudar las manos. Se acabó, era hombre muerto.

—Una chica que conocí —dijo sin pensar. Blake sintió cómo se precipitaba al vacío. Tenía que decir algo y rápido—. Butterfly.

«Mierda.»

Luca Gabrielli asintió y una media sonrisa se dibujó en su rostro.

—Por curiosidad; ese dinero que le debía, no sería un total de dos millones de dólares, ¿no?

—Sí, más o menos.

—Creía, señor Novak, que habíamos llegado a un entendimiento.

—Y lo hicimos —dijo rápidamente el luchador—. Trataba de buscar su dinero.

Luca Gabrielli dio un golpe en la mesa y se puso en pie. Sus ojos verdes le resultaron terriblemente familiares, aunque estos estaban cargados de una inquietante amenaza.

—Si sabes lo que te conviene, no juegues conmigo, Blake Novak —le dijo con un tono excesivamente intimidante.

—Escúcheme —la voz de Blake sonó mucho más tenue de lo que había planeado—. La encontré, pero temí que, si se lo decía, usted podría matarla.

De modo que me dije que si recuperaba su dinero, la vida de ella no correría peligro. Su novio se lo robó. Fuimos a buscarlo. No lo encontramos, eso ya se lo he dicho. Ella debió de actuar por su cuenta. No sé lo que pasó, pero cuando me enteré de quién era en realidad, me entró el pánico. Estaba tratando de hacerme a la idea de cómo decirle que había vuelto a meter la pata. Lo siento, soy humano y no quiero morir. Ahora, imagino que ya ha recuperado el dinero y ella ha pagado las consecuencias. ¿Podríamos decir que estamos en paz?

Luca Gabrielli volvió a sentarse. Se reclinó sobre su asiento y juntó las manos para apoyar su mentón sobre ellas. Durante todo el proceso no dijo ni una sola palabra, no obstante, ni por un segundo dejó de observar al luchador que trataba de asimilar lo que acababa de decir: había adjudicado la identidad de una muerta a la de Butterfly.

La tensión que Blake estaba sufriendo se manifestó como un constante martilleo en sus sienes. Sabía que había hablado más de la cuenta, los nervios habían podido con él. No obstante, estaba seguro de que las mentiras formuladas habían sonado creíbles. Si no lo mataba el Pirata, lo haría la impaciencia por saber su veredicto.

—Bien —dijo el jefe con un asentimiento de cabeza—. Aclaremos ciertos puntos. El primero y más importante: no recuperaré mi dinero. Yo no los maté; claro que a usted eso no le concierne excepto para saber que sigue teniendo una deuda conmigo. El segundo, no me gustan los cobardes. Tampoco los mentirosos. Si vuelve a pecar de alguno de estos dos defectos, me veré obligado a tomar medidas. A partir de ahora, toda nueva información que adquiera por su cuenta, deberá ser comunicada inmediatamente a mí o a uno de mis allegados. Sé que conoce a algunos de ellos muy bien. Y por último, considero la clemencia un don, pero no lo confunda con una debilidad. No le daré ninguna oportunidad más. ¿Queda todo claro o tiene alguna duda, señor

Novak?

—Clarísimo —respondió Blake rápidamente. No tenía intención de volver a decir más de la cuenta. Por otro lado, Mia había tenido razón respecto a que recuperado o no el dinero, él seguiría en deuda.

—Cabe mencionar, no obstante, que si hay algo más que deba saber, es un buen momento para decírmelo. Mi familia y yo nos hemos visto muy afectados por la muerte de Charlotte Costello, y si hay algo que me impida ser razonable en esta vida, es su bienestar. ¿Lo entiende?

—Sí. Entiendo —El luchador bajó la mirada. Recordar el sufrimiento de Mia tras lo que habían presenciado en el bosque fue suficiente como para adoptar una actitud de remordimiento que no pecaba de falsa, aunque no iba dirigida al hombre que tenía enfrente—. De haberlo sabido, lo habría dicho mucho antes.

—Confío en que sea cierto —dijo Gabrielli con una leve sonrisa—. Si no tiene nada más que añadir, señor Novak, puede retirarse. Nos veremos el viernes en el evento. Si quiere, puede coger unas cuantas fichas y probar suerte, como muestra de mi agradecimiento por decir la verdad.

Blake no solía apostar, sabía que no era un hombre al que la fortuna le sonriera. Sin embargo, aceptó las fichas con un asentimiento y se encaminó hacia el vestíbulo. Quería irse cuanto antes de allí, así que se las guardó en el bolsillo y pensó que, como recompensa, si conseguía salir algún día de semejante embrollo, se dedicaría a jugarlas y disfrutar todo lo posible de lo que le quedara de vida. También reflexionó sobre su historia, la que, aunque se sostenía, lo hacía sobre la afirmación de que la amiga muerta de Mia era Butterfly. Mantenía la esperanza de que no hubiera nada que pudiera ligarlos al asesinato, ni que nadie que lo hubiera visto con la rubia fuera capaz de reconocerla, pero no podía dejar de sentirse indefenso. ¿Qué demonios podía hacer al respecto? Pedir prestado semejante cantidad a los ucranianos era

absurdo, e incluso si por alguna razón aceptaban fiarle la cuantiosa suma, estaba seguro de que se la terminarían cobrando con unos enormes intereses o con algo mucho peor. Anatoli podía ser un tío bastante tranquilo para los estándares de su mundo, pero era su padre, Pavlo, el que manejaba el capital, y las cosas que Blake había escuchado del viejo le helaban la sangre. Venderle su alma a él iba a ser igual o peor que vendérsela a Luca Gabrielli.

El luchador había regresado al gimnasio a por su coche y estaba a punto de hacer el segundo intento de emprender el camino a casa cuando su teléfono sonó. Por un momento tuvo la esperanza de que fuera Mia. Su última conversación lo había inquietado mucho, pero seguía siendo la única persona con quien podía hablar de lo sucedido y, en cierta manera, ansiaba hacerlo. Sin embargo, la pantalla de su dispositivo le informó de que no se trataba de ella, sino del hijo mayor de los Bondaryenko.

—Novak —dijo Anatoli—. ¿Cómo estás? ¿Listo para el viernes?

—Obvio. —La pelea no era lo único que ocupaba la mente de Blake, pero no por ello la había dejado de lado. No había faltado a entrenar con Freddy, de hecho, últimamente lo hacía con más rigor que nunca, aunque fuera para desahogarse—. Claro que sería mucho mejor si supiera con quién voy a pelear.

—Por eso mismo te llamaba. Esto te va a encantar. ¿Sabes quién quiere enfrentarse a ti? —El ucraniano hizo una pausa dramática—. Eric. El maldito Eric Hart. ¿Qué te parece, eh? ¿Eh?

Blake no supo qué contestar. Oír nombrar a su antiguo rival de la MFA fue como recibir una descarga directa al cerebro, justo en el lugar donde se almacenaban todas sus frustraciones y sueños olvidados. Hart había sido campeón de peso mediano y se había retirado campeón, pero si Blake no hubiera perdido la oportunidad de enfrentarse a él por el campeonato en ese entonces, bueno, se podría decir que su vida habría resultado muy distinta.

—¿Eric Hart dijo eso? —preguntó finalmente y con escepticismo—. ¿Qué hace aquí siquiera? Ese tío hace años que ha dejado el circuito profesional.

—Igual que tú —señaló Anatoli—. Supongo que se ha aburrido. No te estarás acobardando, ¿o sí?

—No —negó el luchador tajantemente—. Que mierda. Si el puto Eric Hart quiere una pelea, le daré una. Sabe que puedo ganarle.

—Perfecto. Eso era lo que quería oír. Te envío la dirección luego. No llegues tarde, Novak.

El resto del viaje Blake lo pasó en un silencio pensativo. Entre su conversación con Gabrielli y la noticia sobre su oponente, empezaba a pensar que no se trataba de coincidencias. ¿Sería capaz el Pirata de desenterrar todo su pasado para usarlo en su contra? No, seguro que solo estaba siendo un paranoico. Además, pensándolo bien, enfrentarse a Hart era una excelente oportunidad para probar de una vez por todas de lo que era capaz. Por muy privados que fueran esos eventos, los videos siempre acababan en internet y, quién sabía, quizás con ello acababa consiguiendo otro contrato. La posibilidad de ver desaparecer esa maldita ciudad en su espejo retrovisor le resultaba muy atractiva últimamente.

Capítulo 19. Funeral

Noah se ajustó la corbata disimuladamente, como si de esa manera pudiera deshacer el nudo que tenía en la garganta. La última vez que había visto a Mia así, desconsolada por el dolor que le había causado la muerte de su madre, se había prometido a sí mismo que haría todo lo posible para que no volviera a sufrir de semejante manera. Había fallado. Charlotte había sido su mejor amiga, y ahora su cuerpo se encontraba en un ataúd que pronto sería sepultado bajo tierra. El llanto de las mujeres Costello era sobrecogedor, en especial el de la madre. Sin embargo, lo que de verdad afectaba a Noah era ver a la pequeña Gabrielli sufrir en silencio y conservar la compostura de manera estoica. Deseaba poder consolarla, compartir su dolor, estrecharla entre sus brazos y prometerle que todo iba a ir bien. El protocolo no se lo permitió, ni tampoco la absurda sensación de estar mintiendo. Las cosas estaban muy feas para todos después de aquel intercambio y no paraban de empeorar.

Concluida la ceremonia, el féretro empezó a descender en el foso. La familia permaneció en su sitio, mientras el resto de los presentes improvisaba una fila y uno a uno iban ofreciendo sus respetos para después lanzar una rosa roja sobre el blanco ataúd de Charlotte. Cuando le tocó su turno, Noah hizo lo propio y el jefe de los Costello le dedicó una mueca de aprobación. Después se retiró a un lado y buscó de nuevo a Mia. Había esperado hasta el final para hacer lo mismo. Se fijó entonces que, a diferencia de todas las demás, su flor era amarilla. No pudo descifrar lo que sus labios decían, pero estaba seguro de que fuera lo que fuera, había puesto su corazón en esas pocas palabras de despedida.

Iba a acercarse a ella cuando alguien se le adelantó. Era el mayor de los hermanos Costello, al que más huesos había partido cuando eran niños y por el

que había recibido su mote.

Sin ningún disimulo contempló la escena. Hubiese dado lo que fuera por saber qué se estaban diciendo, pero creyó que no era adecuado hacerlo. Si era importante, acabaría por enterarse. Sin embargo, no le gustó nada la postura del cuerpo de él, tan cercana a la de Mia, ni el hecho de que le cogiera la mano. Para su descontento, Mia le sonrió de forma sutil y le regaló una caída de ojos. Aquello lo cabreó, y cuando ella por fin liberó su mano y se alejó, Noah se acercó a la joven Gabrielli a trompicones.

—Mia —llamó. La muchacha se giró y toda su irritación se esfumó. Parecía tan pequeña, tan frágil, que a Huesos le dolió mirarla.

—Hola, Noah —saludó con voz apagada.

—Hola. —No supo decir nada más y caminaron juntos, en silencio. Hacía un día soleado y el cementerio se le antojó como un lugar verde y pacífico. Bajo otras circunstancias, habría resultado agradable—. Me ha dicho tu padre que has venido sola hasta aquí. —Ella asintió—. Yo he venido con mi padre. ¿Te importa si regreso contigo? Si escucho una sola canción más de Johnny Cash, creo que explotaré.

Mia sonrió levemente.

—Claro, no hay problema.

Los dos jóvenes siguieron caminando por aquel paraje que se había ido vaciando paulatinamente. Noah sintió de nuevo el anhelo de abrazarla, pero no se atrevió.

—Mia —susurró él. Tenía que decir algo, aunque no sabía muy bien qué—. Siento lo del otro día. Estaba muy nervioso, yo...

—Está bien, Noah. No pasa nada. Yo tampoco fui justa contigo. —En ese preciso momento, ella se detuvo y alzó el mentón para mirarlo. A Noah le dio un vuelco el corazón y el recuerdo de aquella tarde en la piscina hacía ya siete años atravesó su mente como un relámpago. Tenía la bendición de su padre y

no pensaba desaprovecharla, pero el momento era terriblemente inoportuno, otra vez. Entonces ella le sostuvo las manos. Podía sentir los latidos de su corazón acelerarse—. ¿Conseguiste lo que te pedí?

—Sí —dijo cuando logró recuperarse de aquella bofetada emocional—. Lo tengo en mi apartamento.

—Perfecto. Entonces vamos.

Noah frunció el ceño. La idea de tenerla en la privacidad de su piso no le desagradaba, sin embargo, estaba preocupado porque los detalles que había reunido eran muy escabrosos y no sabía cuánto más podría soportar la pequeña Gabrielli.

—¿Estás segura de que quieres esa información?

Mia paró en seco, lo que le obligó a hacer lo mismo.

—Más que nada en el mundo. —De alguna manera, aquello se escuchó como una sentencia. Noah se lo había prometido y decidió que cumpliría su parte. Solo esperaba no arrepentirse.

La música ya sonaba a todo volumen cuando Blake llegó al club recién inaugurado de los ucranianos. Era casi idéntico al otro, el que él frecuentaba: paredes negras, sofás blancos, luces de neón y balcones de acero para mostrar quiénes eran VIP y quiénes no lo eran. Según Anatoli, tenían uno más así, en Nueva York. El luchador nunca había ido ahí, pero podía apostar a que se vería exactamente igual. Los Bondaryenko no destacaban por su originalidad. Incluso su clientela selecta, tíos con sonrisas autosuficientes y trajes de negocios sin corbatas, acompañados de chicas de vestidos minúsculos, se veían todos iguales. Lo único que verdaderamente destacaba esa noche para Blake era la jaula octagonal situada en medio de la pista. Era más pequeña que cualquiera de las que se usaban en una competición profesional y eso aseguraba más acción violenta. El luchador se dijo a sí mismo que aquello estaba bien. Huir nunca había sido lo suyo, al menos no dentro del *ring*.

—Novak —lo llamó Anatoli que se abría paso entre la creciente multitud de invitados para interceptarlo. Su traje blanco brillaba bajo las luces de neón como una maldita farola—. ¿Qué te parece el lugar? Tiene estilo, ¿no?

—Sí, se ve genial. —El luchador no se vio capaz de fingir mucho entusiasmo. Acababa de divisar, en uno de los balcones VIP, al perro guardián del hombre que amargaba su existencia, es decir, a Barney McKay. Desde luego que el resto del séquito, y el jefe mismo, no podía andar lejos.

—¿Nervioso? —preguntó Anatoli.

Blake volvió a mirar al ucraniano.

—No. Impaciente —aseguró.

—Eso está bien. No hagas nada estúpido. Tú y Hart sois el evento principal, ¿recuerdas?

—¿Qué crees que haré? —preguntó el luchador sin disimular su irritación.

Su interlocutor soltó una risa apacible.

—En realidad me da igual lo que hagas —aseguró y le dio una palmada en el hombro—, mientras ganes. Ahora, ve a prepararte, campeón.

Blake asintió y fue al vestuario. Le habían reservado una zona solo para él, un privilegio al que ya se había acostumbrado y que otorgaban en exclusiva a las estrellas del evento. Imaginó que Eric tendría el suyo y no pudo evitar fruncir el entrecejo. Esa noche, por muy mal que le hubieran ido las cosas hasta ahora, iba a poner todo su empeño en demostrar quién era el verdadero campeón.

Mientras uno de los técnicos se dedicaba a adecentarlo para la pelea, se dio cuenta de que alguien más había entrado en su camerino. Imaginó que se trataba de Anatoli para anunciarle que ya había llegado el momento y para desearle suerte, de modo que no levantó la mirada y siguió supervisando que sus cintas estuvieran bien ajustadas.

—Fuera —gruñó una voz. Al reconocerla, Blake se alertó. Era el viejo de

los Bondaryenko. El técnico dejó lo que estaba haciendo de inmediato, se incorporó y obedeció la orden. El luchador se quedó a solas ante el capo, algo que nunca había pasado con anterioridad—. Mi hijo está muy orgulloso de ti, Novak. Demasiado, en mi opinión. Por eso es una pena que hayas resultado ser una rata traidora más.

A Blake se le desencajó la mandíbula y una profunda sensación de malestar se estableció en su vientre. Quería pensar, quería hablar, quería hacer lo que fuera para remediar aquella situación hostil, pero se quedó paralizado por la sorpresa.

—Don Luca me lo ha contado todo sobre ti. Tienes suerte, sin embargo, de que él sea un tipo con más escrúpulos que yo. Si por mí fuera, estarías criando malvas, pedazo de cabrón. Robarle dos millones de dólares con lo que te pagamos, asco me das. —El rostro del anciano había perdido cualquier rasgo de amabilidad. Aquello era tan injusto que tuvo ganas de gritarle que se fuera a la mierda. La poca sensatez que le quedaba le ayudó a guardar silencio. Entonces el viejo se le acercó como si tuviera la intención de agredirlo y el luchador no pudo reprimir su instinto de zafarse. A continuación, el capo se echó a reír en sonoras carcajadas—. Haces bien en tenerme miedo.

—Señor Bondaryenko, yo...

—¿Te he dado permiso para hablar, pedazo de mierda? —le interrumpió el capo con un bufido—. Ahora escúchame bien porque solo te lo diré una vez. Vas a pagar lo que has hecho, ya lo creo que lo vas a hacer. Don Luca quiere que pierdas esta noche y yo no le voy a negar semejante placer. Estoy de acuerdo en que tienes que recordar cuál es tu sitio porque parece que lo has olvidado. Más te vale que sea creíble, y como le digas algo a mi hijo, estás muerto, ¿queda claro? Solo recuerda esto, Novak, has tenido suerte con Gabrielli, pero conmigo, nadie que me joda sale impune.

Tras el violento discurso, aquel anciano se dio la vuelta y desapareció por

donde había venido. Durante unos segundos, Blake no hizo absolutamente nada. Su mente se rehusaba a creer que aquella situación fuera verdad, quería pensar que todo era una pesadilla y en cualquier momento iba a despertarse. Pero en el fondo, lo sabía. Lo había vivido antes. Tarde o temprano, la suerte se tornaba en su contra y el mundo se le echaba encima.

—¡Mierda! —gritó a pleno pulmón y estrelló su puño contra la taquilla. Luego volvió a hacerlo, una y otra vez, hasta que su respiración se volvió pesada y los latidos de su propio corazón retumbaron en sus oídos. Entonces se detuvo y observó la plancha de metal abollada e inservible en la que se había convertido la puerta de la taquilla. Era la imagen perfecta de su vida—. A tomar por culo todos. No soy vuestro puto esclavo. Me vais a comer la polla.

Decirlo en voz alta le sentó bien, tanto que incluso experimentó una punzada de placer al saborear la idea de que todo le daba igual, de que ya no tenía miedo y de que si querían matarlo, primero tendrían que intentarlo. Él era algo más que un perro obediente y sumiso al que le podían dar órdenes a cambio de unas galletitas. Se convenció de que si ganaba, no se atreverían a tocarlo; era demasiado valioso, una importante fuente de ingresos, recordó citando las palabras de Mia.

—¿En serio no quieres beber algo? —insistió Huesos.

Mia no dejaba de mirar a la pantalla y saltaba de un archivo a otro tratando de asimilar toda la información que lograba descifrar. Algunos usaban un lenguaje tan burocrático que tenía que leerlos repetidas veces para descartarlos o procesarlos. Era una ardua tarea que requería toda su concentración, y las constantes interrupciones de Noah la estaban sacando de quicio. Por lo menos aún no había encontrado nada que hablara sobre presencia de testigos que pudieran incriminarla a ella o al luchador. Ni siquiera se mencionaba su llamada.

—No —susurró.

Huesos se cruzó de brazos y soltó un exasperado suspiro.

—Sé que esto te ha afectado, pero no entiendo para qué necesitas saber todas estas cosas, Mia. Creo que...

—Sí, quiero una Pepsi. ¿Tienes? —dijo ella cortante con la intención de quitárselo un rato de encima.

Noah se levantó y fue a por lo que ella le había pedido. Tal y como Mia suponía, no tardó ni cinco minutos en regresar.

—¿Esto es todo lo que tienes? —le preguntó ella al darse cuenta de que había finalizado de leer todo el expediente.

Noah arrugó la nariz y extendió el brazo para alcanzarle la bebida.

—Es que...

—¡Huesos! —exclamó Mia con un deje de indignación en su tono de voz—. Deja de preocuparte por mí. Estoy bien. Charlotte está muerta y sé que nada se puede hacer para cambiarlo. Simplemente necesito saber en qué andaba metida. Puede que yo posea alguna información de la que ni siquiera soy consciente para descubrir qué sucedió, y necesito saberlo, porque quiero que los culpables paguen y ayudar en todo lo posible a la investigación. ¿Lo entiendes? Así que por favor, no me censure.

—Yo no te estoy censurado —protestó él—. Es que son cosas muy fuertes, Mia.

—¡Deja de tratarme como a una niña! —La joven perdió la paciencia. Estaba cansada de que nadie la tomara en serio, de que todos la consideraran un ser indefenso al que había que proteger de la crueldad que ellos mismos ejercían. «¡Hipócritas!», pensó, pero enseguida se retractó. Noah no se merecía su odio, por mucho que fuera el lameculos oficial de su padre.

—¡Está bien! ¡Toma! —Se rindió él y del bolsillo sacó una memoria externa—. Tú decides, pero hay fotos.

Mia no lo dudó dos veces. Le arrebató la llave y la introdujo en la clavija.

Su amigo no había exagerado. El primer archivo que abrió contenía una serie de fotografías del cadáver de Carl, el novio de Charlotte. Su aspecto estaba irreconocible, con la ropa empapada de sangre y el rostro desfigurado. Se fijó en que estaba sobre un suelo de madera, por lo que dedujo que debía de estar dentro de la cabaña cuando lo habían encontrado. Trató de divisar algo más en las fotos, alguna pista, algún detalle que pudiera resultar relevante, pero más allá de las manchas rojas debajo del cuerpo, no había nada.

Cerró la carpeta y abrió la siguiente. Encontró lo mismo, pero esta vez la protagonista era su amiga. Haberlo visto en directo no hizo que el impacto fuera menor. Un escalofrío le recorrió la espalda y el estómago se le revolvió. Noah debió de notarlo porque posó su mano sobre su hombro de forma cariñosa.

—Estoy bien —repitió, pero su voz no sonó tan convincente esta vez.

Mia se obligó a mirar con el mismo desapego del que se había servido para analizar las fotos de Carl. Observó a Charlotte tumbada boca abajo, la posición en la que la había visto exhalar su última bocanada de vida. De ahí no pudo sacar nada nuevo, más que el volver a revivir el horror y comprobar cómo la habían arrastrado al interior de la cabaña con la intención de quién sabe qué. La siguiente foto aún fue peor. Era Charlotte en la mesa del forense, con el agujero de bala que le había atravesado el cráneo de lado a lado en primer plano. Mia no pudo resistir ver así a su amiga, con la piel cetrina, casi azulada, y un rostro que no parecía conservar apenas similitudes con el de Charlotte más allá de algunos leves rasgos. Cerró el portátil de un golpe y se echó a llorar. La pena, la rabia, la indignación y el dolor se mezclaron con el odio que sentía hacia sí misma por no ser más fuerte, por no mostrar esa frialdad que caracterizaba a su familia y por no haber apretado el gatillo.

Noah la abrazó y, pese a sus buenas intenciones, sintió su orgullo herido.

—Estoy bien —volvió a repetir.

—Deja de decirlo. No pasa nada, Mia. Esto no te hace débil.

Ella no estaba de acuerdo, pero trató de agradecerle sus palabras con una mirada sincera.

—Tengo que seguir —anunció, como si al decirlo se insuflara valor para llevarlo a cabo. Funcionó, aunque sus movimientos fueron lentos y mucho menos decididos que antes. Por lo menos no recibió ningún reproche más de su amigo, que se mantuvo a su lado sin abrir la boca ni apartar la mano de su hombro, mientras iba saltando de fotografía en fotografía hasta llegar de nuevo a más informes.

Cuando ya creía que no iba a encontrar nada y que todo aquel suplicio había sido en vano, llegó a un archivo policial que se mezclaba con apreciaciones forenses: bajo las uñas de Charlotte había aparecido piel. Todo indicaba que se había resistido, que había luchado antes de encontrar el final. Pero eso no era todo, puesto que las pruebas de ADN habían señalado a un sospechoso. La ficha policial estaba en la página siguiente.

Keith Schmidt, de treinta y cinco años, nacido en Pennsylvania, con antecedentes penales, estancia en el correccional de menores en su adolescencia, la cárcel en su edad adulta y en orden de busca y captura por una lista interminable de homicidios y asociación ilícita criminal. No lo ponía en ningún sitio, pero con semejante historial, Mia supo en el acto que lo que tenía delante era el expediente de un sicario, uno de verdad.

Siguió leyendo hasta dar con otro dato de lo más relevante; su hermano, Hank, con un historial prácticamente clonado, había sido capturado como sospechoso y ahora estaba detenido, bajo custodia policial y secreto de sumario.

—Bueno, ahora ya sabes que tienen a los que lo hicieron, o por lo menos a

uno. —Las palabras de Huesos volvieron a Mia a la realidad, que se había perdido en una escena imaginaria en la que su padre ordenaba a esos dos hermanos ejecutar a su amiga—. ¿Reconoces a alguno?

—No —negó la joven sin dejar de mirarlos. No iba a olvidar esos rostros, los grabaría a fuego en su mente hasta que se hiciera justicia, y aun así, tampoco los olvidaría.

—Mia, sabes que no puedes hablar de esto con nadie, ¿no? Me meterías en un lío y...

—Lo sé —le cortó ella—. Y te lo agradezco, Noah. No sabes cuánto.

Durante las dos horas siguientes, Mia volvió a mirar los archivos de nuevo hasta que su amigo, aburrido y algo impaciente, se ofreció a hacer la cena. Ella no se negó, estaba deseando que la dejara sola, puesto que su plan no había hecho más que empezar.

Mientras Noah desaparecía en dirección a la cocina, Mia sacó de su bolso uno de los sofisticados dispositivos. Veronica, su amiga de la universidad y *hacker* en su tiempo libre, le había dado específicas instrucciones de cómo instalar los micrófonos. También le había cobrado una pasta por ellos, pero no dudaba de que había sido un dinero bien invertido.

Consideró que el mejor sitio para ponerlo sería debajo de la mesita que había delante del sofá, justo donde ella tenía el portátil de Noah encendido. No tenía ni idea de si a su amigo le limpiaban el piso ni con cuanta asiduidad, pero estaba segura de que ahí debajo no sería interceptado durante el tiempo suficiente para lograr darle un buen uso. Se aseguró de engancharlo bien, lo encendió y probó en su teléfono si llegaba la señal. Funcionaba a la perfección.

Le pidió mentalmente disculpas a Noah por la intromisión tan descarada de su intimidad, pero no solo tenía que asegurarse de que él no tenía nada que ver con lo de Charlotte, sino que además necesitaba sacar de Huesos toda la

información posible para seguir planeando los golpes. No había otra manera de hacerlo. Por mucho que le pesara, su amigo no era del todo de fiar.

Mia le había preguntado a Veronica si existía la posibilidad de pincharle el teléfono móvil, pero esta le había explicado que el *software* para lograrlo rondaba los mil dólares y era muy fácil de detectar: se producían interferencias y se recalentaba la batería entre otras cosas. Teniendo en cuenta que Noah trabajaba para su padre, estaría demasiado blindado como para siquiera intentarlo; habría sido tirar el dinero. Se tendría que conformar con un micro en una zona medianamente estratégica y, con suerte, sacar de ahí algo sustancial.

El primer golpe que recibió Blake hirió tanto su orgullo como sus costillas. Eric seguía siendo muy rápido a pesar de estar rozando los cuarenta. De fondo pudo escuchar al público emocionarse por su fallo. ¿Cuántos habrían apostado en su contra? ¿Cuántos pensaban que Hart podía ganarle? No podía culparles; no era la primera vez que se encontraban en un *ring*, pero aquello era entonces y esto era ahora. La técnica impecable de Hart podía ganarle puntos en un combate sancionado, pero ese no lo era. Lo único que importaba allí era quién permanecería de pie y quién no, y Blake estaba seguro de tener más experiencia en esa clase de contiendas que su reconocido oponente. Todo era cuestión de esperar, dejar que se cansara un poco, y...

En cuanto vio la oportunidad, se lanzó hacia delante y escuchó cómo el suelo del octágono crujía bajo el peso de dos tíos enormes estrellándose contra él.

—No pensaba verte aquí —soltó el hombre tatuado, entre una bocanada de aire y otra.

Hart no contestó enseguida, probablemente porque estaba ocupado en evitar que los puños de Blake cayeran sobre su cabeza. A los pocos segundos, sin embargo, respondió con su propio ataque y desequilibró a Kingsnake lo

suficiente como para revertir sus posiciones. Ahora era el hombre tatuado el que tenía dificultades para hablar, gracias al brazo que aplastaba su tráquea.

—Tú tienes tus razones —dijo Eric—. Yo tengo las mías. ¿Qué pasa? ¿No estás feliz de verme?

Blake no podía mirarle a la cara, pero sí que podía ver el palco VIP al otro lado de la red. Y ahí estaba Pavlo Bondaryenko, observando con una sonrisa divertida y charlando con Luca Gabrielli, como si fueran mejores amigos. Kingsnake apretó los dientes.

—Vendido de mierda —siseó mientras sentía cómo la rabia se apoderaba de su cuerpo. La conversación con el Pirata, la amenaza de Bondaryenko, y ahora Hart. Ese cabrón también había venido aquí para joderlo. Seguro que había aceptado encantado en cuanto le habían ofrecido la oportunidad.

Rodaron por el suelo en un enredo de extremidades, uno tratando de liberarse y el otro buscando volver a apresarlo. Sus posiciones volvieron a revertirse. Luego lo hicieron de nuevo. Para cada llave, Hart tenía una forma de escaparse. La pelea adquirió un ritmo frenético que al público le encantó, a juzgar por el barullo que estaban montando.

—¿De qué coño hablas? —escupió Eric cuando tuvo la oportunidad de separarse. Los dos se pusieron de pie y Blake soltó una carcajada ante su cara de sorpresa.

—Buena esa. Debiste haberte dedicado a hacer películas.

Había roto su concentración, podía percibirlo. Aquella idea lo llenó de una sensación de triunfo y un estallido de energía que no tardó en canalizar en sus puños. No, no era tan bueno como Hart. Era mejor. Merecía estar en la puta cumbre y no bailando para esos idiotas que querían verlo perder. Lo había merecido durante años y por fin iba a demostrarlo. Su último golpe se coló bajo la guardia de Hart e impactó directamente contra su cabeza, mandándolo contra la pared de la jaula. Antes de que pudiera hacer nada más, sonó la

campana.

Blake se retiró a una esquina y observó cómo el entrenador de Hart entraba para hacer lo suyo. Estaba acostumbrado a estar solo en estos eventos, por lo que se sorprendió cuando una mano le ofreció una botella de agua mientras una voz familiar decía:

—Toma, campeón.

—¡Freddy! —exclamó—. Tío, ¡has venido!

—Claro que sí.

—No debiste haberlo hecho. —A pesar de ello, Blake no pudo reprimir la sonrisa, ni la sensación de alivio que la acompañó. Su amigo estaba ahí. Había alguien en ese puto mundo que creía en él, que quería verlo ganar.

—Blake, tienes que perder.

La botella de la cual estaba a punto de beber se detuvo a milímetros de sus labios. El luchador la miró y lo primero que pensó fue que seguramente no se trataba solo de agua.

—Blake, ¿me estás escuchando?

—Te escucho —respondió con la voz helada—. Pensé que Hart era el vendido, pero tú...

—Maldita sea, tío —lo interrumpió Freddy—. ¿Es que no entiendes? ¡Te van a matar!

—Que lo intenten —rugió Blake. Tiró la botella contra el pecho de Freddy y escupió al suelo. De su boca salió sangre.

—No seas un puto crío, Novak. —La mano de quién creía haber sido su amigo se aferró a su brazo—. Tú solo, ¿contra ellos? No eres un maldito superhéroe.

—Quítame las manos de encima.

Freddy lo hizo.

—De acuerdo —dijo—. Quizás no te importe lo que te van a hacer, pero,

¿qué hay de Laurie? ¿Qué hay de Sarah?

Blake levantó la vista hacia el palco. Gabrielli ya se había ido, pero el viejo Bondaryenko seguía ahí, mirándolo como si fuera un pedazo de mierda pegado a su zapato. «¿Sería capaz?», se preguntó. La respuesta no se hizo esperar, desde luego que lo era. Si Gabrielli no tenía problemas en mandar matar a la amiga de Mia, ese maldito anciano psicópata haría cosas aún peores. La sensación de impotencia no hizo más que acrecentar su deseo de cargarse a todo el que se le pusiera por delante como un animal enfurecido, pero ahora también sentía miedo. Y desgraciadamente, Freddy tenía razón.

«Malditos sean todos», pensó. Le habían vencido.

Capítulo 20. Cigarrillos

Volver al piso de Charlotte no fue agradable para Mia. Cada rincón, cada detalle, cada objeto tenía impresas las huellas de una vida que ya no existía, una que la joven Gabrielli no se iba a permitir olvidar. Quizás se regodeaba en su propio dolor, quizás por ello se había sometido a la realización de un nuevo tatuaje, esta vez en la cara interna del brazo. El escozor de la herida entintada le recordaba que el sufrimiento la hacía más fuerte y que los ojos que ahora tenía dibujados pertenecían a alguien que merecía ser vengada.

Lo primero que hizo entonces fue arrancar todo lo que había en una de las paredes del salón. Luces, cuadros y fotografías. No se detuvo hasta dejarla completamente desnuda. Fue incluso liberador. Su santuario había dejado de serlo. Ahora iba a convertirse en el centro de operaciones y necesitaba espacio, entre muchas otras cosas. Lo siguiente que hizo fue empezar a anotar nombres en *post-it* y repartirlos por la pared. Había muchos huecos, de eso era consciente, pero su intención era desentrañar a todos los implicados de aquella trama alrededor de los dos millones de dólares y darle a cada uno su merecido. Estaba sola y no iba a ser fácil, pero si algo tenía claro era que no se iba a dejar abrumar. Usaría en su favor todo y cuanto estuviera en su mano y no dudaría en manipular a quién hiciera falta. Estaba dispuesta a transgredir cualquier límite, como por ejemplo, invadir la privacidad de Noah McKay.

Aunque a Mia le sorprendió lo poco que pasaba su amigo en casa, las escuchas no tardaron en dar sus frutos. Resultó ser que él, su primo Nico y otros jóvenes más de los círculos de empresarios con los que se codeaba su padre, tenían por costumbre celebrar timbas de póker en las que se apostaba bastante dinero. Robárselo quizás no iba a ser una buena venganza, pero tal vez sí una forma de financiar lo que estaba por venir, cuando empezara a

obtener más información y estuviera más segura dentro del tablero de juego. Consideraría ese golpe como un primer tanteo con el mundillo, y para su desgracia, se dio cuenta de que a pesar de ello, iba a necesitar ayuda. Recordó entonces el interés que había mostrado en ella aquel niño ucraniano y volvió a comprobar las escuchas para ver si se decía su nombre en algún momento. Efectivamente, Andrei Bondaryenko estaba entre los asiduos a esa clase de encuentros que, según escuchó, solían acabar con juergas desenfrenadas y presencia de prostitutas. Ya daba por sentado que Noah no era un santo, pero no le gustó imaginárselo de esa manera. Un chico como él no debería tener la necesidad de sexo a cambio de dinero. Fuese como fuese, él no sería el que la llevase a semejante encuentro, eso lo tenía muy claro, así que optó por el ucraniano, en apariencia bastante más manejable. Lo buscó en Facebook y, justo cuando le iba a enviar un mensaje privado, descubrió que el tío tenía su número de teléfono ahí puesto para que lo viera cualquiera. Optó por llamarlo.

—Al habla Andrei —contestó casi al momento.

—Hola, Andrei. Soy Mia Gabrielli.

Escuchó un ruido de fondo, como si alguien se hubiese atragantado con una bebida.

—Hola... Mia —saludó después de varios segundos.

—Te busqué en Facebook y vi tu número, así que me dije que era mejor llamarte. ¿Te apetece quedar el martes?

La joven fue directa y sin dar rodeos.

—¿El martes? Esto... No... No puedo. ¿Qué tal el miércoles? Podemos ir a una fiesta, ¿te gustan los yates?

—¿Y qué haces el martes que no puedes? ¿Algún plan con otra chica?

Mia sabía qué plan tenía el martes e ignoró deliberadamente la segunda pregunta. Ahora debía usar sus dotes de convicción para que la llevara con él en lugar de escoger a las putas.

—No, no es eso, es que...

—Si no es con otra chica, quizás puedas llevarme, ¿no? —Mia puso la voz melosa a propósito.

—No sé si te va a gustar, nena, digo, Mia. Juego al póquer, ya sabes, cosas de tíos.

—Ya... —susurró ella reprimiendo sus ganas de colgarle—. Yo no soy una chica cualquiera, Andrei. Me gustan las cosas emocionantes... Y eso lo parece. ¿No te apetece hacer algo emocionante conmigo?

—Um... Sí. Digo, sí, claro, pero...

—Prometo guardarte el secreto —susurró—. ¿Nos vemos entonces en el centro a las nueve? Me gustaría verte conduciendo ese cochazo tuyo.

Mia se dio cuenta de que decir la hora a la que sabía que se jugaba la partida había sido un error, quizás sospecharía algo. Guardó silencio, expectante.

—¿A las... nueve?

—¿Es a otra hora la timba?

—No, pero... ¿No quieres pasar a comer algo primero?

—Ah, es que salgo a esa hora de la universidad —mintió ella—. Ya comeremos luego.

—Bien. Digo, sí. De acuerdo. A las nueve. Pasaré a buscarte a la universidad entonces.

Mia aceptó y colgó. Genial, ahora ese crío iba a buscarla al campus en su coche hortera. «Todo por la causa», se repitió mentalmente.

—Deja, yo lo hago —el luchador se levantó primero y procedió a quitar la vajilla con los restos de comida de la mesa.

—¿En serio?

—¿Qué? Echo de menos tener que lavar los platos, en mi casa nunca lo hago.

Laurie le agradeció el gesto y le tiró una toalla a la cabeza. Blake la cogió, se la puso al hombro y se reclinó sobre el pequeño fregadero. El olor a limón penetró en sus fosas nasales. Su hermana siempre compraba el mismo detergente y, aunque Blake nunca lo admitiría, le hacía sentirse nostálgico.

—¿Qué te sucede? —la escuchó decir tras él.

—¿Sabías que cuando flexionas el bíceps, te aparecen estrías en el tatuaje? —Blake trató de esquivar la pregunta y señaló las rosas rojas que ella tenía grabadas en el brazo. La cara de espanto que puso su hermana al mirárselo le hizo sonreír.

—¡Es mentira! —gritó escandalizada.

—Sí, lo es —admitió—. Pero ahora mira lo que has hecho.

Una niña de tres años, vestida con un pijama amarillo chillón, entró a la cocina, se frotó los ojos y, sin apenas prestarles atención, acercó una silla a la mesa con la intención de alcanzar el plato de las galletas.

—Sarah, no. A la cama —dijo la mujer y alzó a la pequeña en brazos. Al ver que esta se ponía a llorar, agarró una de las galletas y se la dio—. Esto es tu culpa —recriminó con un deje de resignación—. Te dije que no le dieras nada dulce antes de dormir. Ahora tengo que volver a lavarle los dientes.

Blake las observó en silencio. Había pasado mucho tiempo sin verlas, metido en otro mundo, enredado con chicas, coches, peleas, drogas. Había pensado que le iba bien, aunque en el fondo sabía que era mentira. Y ahora había unos mafiosos que querían matarlo, lo que ya era el colmo. Ver algo tan normal como una madre tranquilizando a su hija le reconfortó y a la vez le provocó un dolor casi físico. Después de todo lo que le había sucedido en las últimas semanas, deseaba olvidarse del mundo que existía fuera de la pequeña casa destartada, y solo descansar.

—¿Quieres quedarte a dormir? —preguntó Laurie.

—¿Por qué, ha pasado algo? —Con solo pensarlo, se le heló la sangre. Si

alguno de esos hijos de puta venía aquí...

—No, es que te ves fatal.

—Ah... —El luchador soltó un suspiro de alivio y fingió interesarse mucho en los platos sucios que había en el fregadero—. Bueno, tuve otra pelea, no es nada.

—Ya lo sé. No me refería a los moretones. Parece como si no hubieras pegado ojo en días, y de paso, podrías darte una ducha. ¿Aún recuerdas cómo se hace?

—De acuerdo. Lo he pillado. —Blake puso los ojos en blanco, aunque luego se acordó de que ella no podía verlo.

—Bien. ¿Y vas a contarme qué te pasa?

Su hermana era una mujer sensata, tenía los dos pies sobre la tierra a pesar de todas las salvajadas que había cometido en sus épocas. Quizás hasta podía darle algún buen consejo. Por otro lado, ¿cómo demonios iba a decirle que se había metido en un marrón tan gordo que hasta podía salpicarla a ella si no tenía cuidado?

—Hay alguien que me está amargando la vida —dijo finalmente. No era precisamente una mentira—. Que quiere usarme, convertirme en algo que no quiero ser. —Miró como el agua se escurría entre sus manos. Flexionó los dedos para asegurarse de que seguían siendo suyas—. Y estoy empezando a pensar que he sido tan idiota que me merezco que lo hagan, ¿sabes?

Escuchó los pasos de Laurie y se giró para ver cómo se alejaba en dirección del dormitorio con la niña ya dormida en brazos. Suspiró resignado. Seguramente ni lo había oído. Terminó de lavar los platos en silencio, cerró el grifo y tiró la toalla sobre la encimera sin poder evitar pensar en el simbolismo del gesto. Tal vez fuera obra del karma, después de todas las cagadas que había cometido, y lo mejor que podía hacer era tragarse su orgullo herido y soportarlo como un hombre.

—No eres idiota —escuchó entonces, y apenas pudo contenerse de soltar una maldición por la sorpresa.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —dijo en tono bajo, consciente de que su sobrina dormía a pocos metros.

—La verdad es que no, es muy divertido. Pero lo digo en serio. No eres idiota, no mereces que te utilicen y lo único que debes ser es lo que tú quieres. Eres un hombre adulto, Blake. Deja de regocijarte en tu propio sufrimiento y defiéndete.

Dormir resultó una ardua tarea, a pesar del cansancio. Después de unas horas de intentarlo y dar vueltas en la cama, Blake abandonó el esfuerzo y se sentó sobre el alfeizar de la ventana. Mientras escuchaba las campanas de viento sonar desde la rama de un árbol cercano, hizo algo que no había hecho en mucho tiempo: se encendió un cigarrillo. El sabor del tabaco rancio lo hizo toser, pero, por obstinación, le dio otra calada y sintió cierto placer en percibir el ardor en sus pulmones. Ser sensato nunca se le había dado bien. Tal vez eso terminaría acabando con él, pero no se iría sin plantar pelea. Su vida era solo suya, y si se metían con ella, les iba a devolver el favor. O al menos, ayudar a alguien que ya lo estaba haciendo.

El tono de llamada en su teléfono sonó, implacable, y le hizo pensar que no recibiría respuesta, pero entonces, contestó.

—Mia —saludó, con una punzada de emoción que no supo justificar—. ¿Podemos hablar?

Andrei Bondaryenko apareció en la puerta del campus a las nueve menos cinco pisando el acelerador y chirriando rueda. Veronica, la amiga de la universidad de Mia, estaba con ella riendo por lo bajo al contemplar el espectáculo que les ofreció el ucraniano. Después de mucho pensarlo, y hablarlo largo y tendido las dos, finalmente habían comprado el *software* de

espías para teléfonos y habían planeado usarlo. Mia lo había costeado con la convicción de que en breve iba a recuperarlo, además de que probarlo con Andrei le parecía mucho más seguro que hacerlo con Noah. Podía ser que estuviera juzgando mal al chico, pero ella sospechaba que no era lo se decía muy perspicaz. Tampoco peligroso, a decir verdad. Si se le descargaba el teléfono rápido, seguramente acabaría por comprarse otro y, con suerte, ya habría sacado de él algo más para completar su mural.

—Hola, bombón —saludó él al bajar la ventanilla con el cristal tintado.

—Hola, Andrei —contestó Mia y le dio un codazo a Veronica, que seguía riendo por lo bajo.

—Pasadlo bien —se despidió esta. Veronica no sabía de la existencia de Butterfly, tampoco todos los detalles de lo que se proponía hacer Mia, pero sí que sabía que su amiga Charlotte había sido asesinada y sus investigaciones iban encaminadas en descubrir a los culpables. Comprendía los motivos de Mia.

En el coche, el muchacho pensó que sería una buena idea subir la música a todo volumen para mostrarle a la joven el potente equipo, lo que dio lugar a ninguna conversación. No obstante, él parecía mucho más seguro ahora y se atrevió a ponerle la mano en la pierna. Quizás fuera el coche lo que le insuflaba la confianza, pero Mia aguantó estoicamente y se limitó a sonreír. Se había puesto una camiseta negra con los hombros descubiertos y las mangas caídas a los lados, una falda azul con vuelo hasta las rodillas y unos zapatos de tacón. Pensó que eso sería lo que la hija de Luca Gabrielli llevaría a una cita, aunque nunca había tenido ninguna como tal. Los tatuajes iban tapados y el maquillaje, a excepción de los labios, era muy natural. Ella sabía que iba a desentonar en el local de la timba y que probablemente encontraría a más de un conocido, incluso a Noah, por lo que tampoco podía excederse. El recorrido le sirvió para acabar de construir ese nuevo papel que iba a adoptar.

—¿Has estado alguna vez en este club? —le preguntó Andrei al bajar del coche. Se había apresurado en hacerlo para abrirle la puerta, pero Mia no le había dado tiempo.

—No —admitió ella al observar la entrada. Estaban cerca del club donde había fingido ser una camarera para ligarse al luchador, pero lo cierto era que no conocía la zona—. Parece grande.

—Sí. Lo es. Tiene varias salas, pero está descuidado y medio abandonado. Hemos alquilado una sala. Mi padre quería comprarlo para reformarlo y aprovecharlo, pero los Fitzpatrick se negaron a hacerlo. Ya sabes cómo son estos putos irlandeses.

Mia no tenía ni idea de quiénes eran los Fitzpatrick ni de cómo se suponía que eran los irlandeses, pero se hizo una nota mental para averiguarlo más tarde.

—¿Tú padre tiene muchos clubes?

—Tres. El otro día inauguró el tercero. Me hubiese gustado que estuvieras allí. Se organizaron combates y...

—¿Combates? —preguntó Mia sin disimular su interés.

—Sí, ya sabes, de artes marciales...

—Mixtas —finalizó Mia y una repentina tristeza la invadió. Charlotte, ella le había llevado a ver a Kingsnake en acción, y él, él había rechazado su plan. Estaba tan sola...

—¿Te gustan? —Se emocionó el crío—. Mi padre organiza combates, aunque no son de liga profesional. Ya sabes...

Mia notó que el chico guardaba silencio, consciente quizás de haber hablado más de la cuenta. Si iba contando por ahí a todo lo que se dedicaba su padre, seguramente no tendría ni que pincharle el teléfono.

—Andrei, puedes contarme lo que quieras. Se guardar secretos —dijo ella y él sonrió complacido.

El ucraniano no la llevó directamente a la entrada del club, sino que dieron la vuelta y accedieron por un callejón. El chico se paró ante una vieja puerta de emergencias y llamó tres veces seguidas con el puño.

—Esta es nuestra contraseña —informó el muchacho y lo cierto era que parecía orgulloso al decirlo. Mia sonrió pensando que se lo estaban poniendo demasiado fácil. Tres golpes. Desde luego que no lo iba a olvidar.

Al poco rato, un hombre de aspecto descuidado, con una barriga muy prominente y un bigote mal recortado, les abrió la puerta, los miró de arriba abajo y tras un gruñido que debía de ser un saludo, les indicó que entraran. La estancia era pequeña, llena de cajas apiladas unas sobre otras, un sofá y un escritorio donde había dos bandejas llenas de armas. Eran pistolas, de todos los tamaños y colores. Debía de haber unas veinte. El hombre se las señaló y Andrei se sacó una de la chaqueta y la dejó en la bandeja. Luego sacó otra de la parte de atrás del cinturón. Mia lo miró con las cejas arqueadas. ¿Para qué necesitaba ese niñato dos pistolas?

—¿Llevas alguna? —le preguntó—. No se puede acceder con ellas a la timba. Ya sabes, por si alguien no lleva bien lo de perder y se le va la olla —le aclaró.

—Entiendo —aceptó ella—. No, no suelo llevar.

—Pues deberías —le indicó él—. Una chica como tú tiene que ir protegida.

—¿Habéis acabado? —gruñó el hombre del bigote y Andrei asintió. Entonces empezó a cachearlo. Luego la miró a ella con una sonrisa.

—No lleva nada —protestó Andrei.

—Tengo que comprobarlo —insistió el del bigote y Mia asintió. Puso los ojos en blanco al notar sus manos por sus caderas, sus brazos y sus muslos. Ambos se dieron cuenta de que el bigotes se estaba tomando su tiempo con ella.

—¿Ya o qué? —insistió Andrei.

—Podéis pasar —se limitó a decir el otro y les dedicó una sonrisa, parcialmente escondida bajo su bigote.

Atravesaron la pequeña habitación sorteando las cajas. Andrei apartó una cortina de cuentas y entraron a una sala que apestaba a humo de tabaco. En el medio había una mesa con un *croupier* como los del casino de su padre y unos cuantos hombres y alguna mujer sentados alrededor. Reconoció entre ellos a su primo Nico, pero no había ni rastro de Noah. Se fijó también en que al fondo había una pequeña barra atendida por dos chicas con escasa ropa.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —exclamó Nico al reconocerla y acto seguido miró al ucraniano con el gesto torcido.

—Andrei me ha invitado —exclamó Mia. No le caía bien su primo. Se comportaba como si constantemente tuviera una avispa picándole el culo.

—¿Vas a apostar? No creo que a tu padre...

—No. Vengo como su acompañante —interrumpió ella, tomó el brazo de Andrei y sacó su teléfono del bolsillo sin que este se diera cuenta. Mia habría contestado que sí, con tal de pinchar un poco a su primo, pero sabía que la apuesta inicial era de diez mil dólares por cabeza y ella no podía permitirse semejante suma si quería reunir dos millones de dólares. Prefería robar el premio que tentar a la suerte jugando—. Si me disculpáis, necesito ir al baño.

Nico la agarró del brazo para impedir que se fuera.

—No puedes contarle nada a tu padre de lo que veas aquí, ¿me oyes? —dijo con un tono excesivamente agresivo.

—No pensaba hacerlo —le respondió ella con desdén y se zafó de él.

Andrei le indicó un punto cercano a la barra. Mia encontró el aseo y cerró la puerta. Rápidamente hizo lo que Veronica le había ordenado: instaló la aplicación de espionaje, comprobó que no había rastro de ella en el dispositivo y efectuó una llamada a su propio teléfono. Su amiga había estado en su habitación del campus esperando el aviso para comprobar que todo

estaba en marcha. Casi al momento recibió un mensaje con la confirmación. Había sido tan fácil y rápido que no podía creerlo.

Un ligero sobeteo a Andrei bajo la mirada desaprobatoria de su primo y el teléfono ya volvía a estar en el bolsillo del ucraniano. La pena era que aquello le daba carta blanca al chico para hacer lo mismo, y Mia tuvo que apartarse simulando un repentino interés por un excompañero de su colegio que también estaba por allí. En efecto, era una reunión de niños ricos.

El alcohol era uno de los vicios con los que se empezó la reunión, pero pronto algunos de los allí presentes empezaron a darle a cosas más fuertes. Andrei se metió una raya de coca delante de sus narices y le ofreció otra a ella. Mia la aceptó consciente de que Nico estaba mirándola. Poco después, su primo estaba haciendo lo mismo. Era como si midiera sus movimientos para ver qué límites cruzaba y así poderlos cruzar él también. Mia estaba segura de que lo que más miedo le daba era que Luca Gabrielli supiera algo de aquella reunión que pudiera perjudicar su reputación con él. Sintió incluso lástima. También tenía que fingir ante su padre ser otra persona.

El resto de la noche Mia sociabilizó, bebió y consiguió ganarse la simpatía de un par de jugadores. No volvió a meterse ninguna raya y rechazó en repetidas ocasiones los ofrecimientos. Necesitaba estar concentrada y no perder detalle, como cuando por ejemplo cada jugador cambió su dinero por fichas y este fue guardado en un par de maletines. Los vio desaparecer tras la puerta del almacén por el que habían entrado y no pudo creer que el hombre de bigotes fuera el encargado de custodiarlos junto a todo el armamento, sobre todo cuando este se ausentó por una aproximadamente media hora en uno de los aseos con una de las camareras. A nadie pareció importarle, por lo que Mia llegó a la conclusión de que, o estaban muy colocados, o esa era la dinámica habitual del grupo. De hecho, no fue el único que hizo lo mismo, a medida que iban siendo expulsados de la mesa de juego porque se habían

quedado sin fichas. Sexo en los baños, drogas y juego en la mesa. «Menudos tipos más duros», se burló.

—Andrei —susurró Mia—. ¿Quién es el hombre del bigote?

—Un puto Fitzpatrick —le contestó él en el oído—. El hermano de Devin, Mark. ¿Por qué?

—¿Y si has perdido tus fichas, te devolverá él el dinero?

Andrei soltó una carcajada. Mia se estaba haciendo la tonta, pero no podía preguntar directamente si era él quien custodiaba la pasta y tampoco dónde la había puesto.

—No. Si te retiras antes de perder todas las fichas, Mark te devuelve la parte proporcional. Si pierdes todo, te quedas sin nada. Pero si ganas, te lo llevas todo menos su porcentaje, claro.

Al cabo de un buen rato, Mia acabó fingiendo un mareo por el humo y decidió que quería salir al exterior. Nadie le puso objeción, ni siquiera el tal Mark, que ahora estaba con otra mujer en el sofá de su pequeño almacén, con los dos maletines a sus pies.

Fuera, por irónico que pareciera, sacó de su bolso la vieja cajetilla de cigarrillos y se encendió uno. Analizó la situación. El robo parecía fácil, pero necesitaba de fuerza bruta. Bastaba con noquear al tío del bigote y sacar los maletines de allí sin dar tiempo a nadie a saber qué había ocurrido. Sin embargo, ¿cómo iba ella a tumbar a ese gigante barrigudo? Claro que también podría seducirlo, drogarlo o...

El teléfono de su bolso comenzó a sonar. Al ver quién la llamaba, se quedó boquiabierta. Una extraña emoción agitó su interior y torpemente apretó la pantalla para dar a contestar.

—¡Blake!

Capítulo 21. Aliados

Blake había actuado por impulso. Cuando le dijo a Mia si podían hablar y ella aceptó, sufrió una especie de cortocircuito en su cabeza y decidió que tenía que ser en persona, sin importar que fuera la madrugada de un miércoles. Se preguntó qué podía estar haciendo ella a esas horas en un barrio como aquel, y ninguna de las respuestas que se le ocurrieron fue buena. Pisó con más fuerza el acelerador. No había tráfico, pero quería llegar cuanto antes, aunque le impacientó que después de colgar, hacía ya unos diez minutos, ella aún no le había mandado la ubicación exacta de donde se encontraba. Estaba a punto de volver a llamarla, pero entonces le apareció un mensaje en el teléfono. Le contestó de inmediato que ya llegaba.

La encontró en medio de una calle solitaria, parada en una acera y frotándose los brazos. Lo primero que notó fue que no llevaba peluca; era difícil no verlo con la cabellera rubia que le caía en voluminosos bucles sobre los hombros. Al acercarse más, se percató de que lo que realmente estaba haciendo, en vez de calentarse los brazos, era quitarse el maquillaje que le cubría los tatuajes.

—¿Eso no es algo que deberías haber hecho antes de venir aquí? —dijo a modo de saludo cuando su coche se puso a su lado. Estiró su cuerpo para abrir la puerta del copiloto—. Anda, sube.

—Hola a ti también, Blake —dijo ella al sentarse a su lado.

El interior del coche se llenó de un intenso olor afrutado. Al menos su perfume no cambiaba, sin importar si era Butterfly o Mia Gabrielli.

—¿Qué hacías aquí? —no pudo evitar preguntar mientras volvía a arrancar.

Ella abrió la boca para contestar, pero se limitó a dejar escapar el aire, como si dudara en dar una respuesta.

—Estaba trabajando en el plan —acabó diciendo.

—Así que vas en serio con eso —contestó el luchador, que frenó en seco al percatarse de que el semáforo se había puesto en rojo.

La luz de una de las farolas de la calle iluminó el interior del coche y Blake se giró hacia Mia al percatarse de que lo estaba mirando.

—¡Dios mío! Pero, ¿qué te ha pasado? —exclamó ella con tono de sorpresa y una mano fue directa a acariciar su rostro, donde tenía un par de moretones recientes de la pelea con Hart—. ¿Ha sido mi padre?

—No. —Blake giró la cabeza con la excusa de estar mirando la carretera y apartarse así de su tacto, aunque la luz aún no se hubiera puesto verde—. Me lío a golpes con otros tíos para ganarme la vida, ¿recuerdas? No es nada.

Por su mente pasó la idea de que, técnicamente, el padre de Mia sí que era el responsable, pero su orgullo no estaba tan destruido como para admitirlo.

—Ah... —susurró ella y Blake notó por el rabillo del ojo cómo se encogía en su asiento en actitud cohibida. Se sintió un poco mal por haber sido tan brusco.

—Estoy bien —aseguró con un tono más suave, o al menos, el intento de uno—. ¿Cómo has estado tú?

—¿Por qué querías verme, Blake? Y, ¿a dónde vamos?

Buena pregunta aquella. El luchador se percató de que automáticamente se había puesto a conducir en dirección a su piso y bajó la velocidad.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó—. Para hablar, digo.

Mia sonrió, divertida. Le gustó que lo hiciera. La última vez que la había visto, no lo había hecho ni una sola vez.

—¿Hacia dónde te estabas dirigiendo?

Blake la miró de soslayo.

—A mi apartamento —admitió—. Pero no pasa nada, es un reflejo.

Mia asintió sin dejar de sonreírle.

—Bueno, todo depende de qué quieras hablar; puede ser un buen sitio.

Tal vez no lo estaba diciendo en serio, pero la imagen de ellos dos en su piso, enredados entre las sábanas o tumbados sobre cualquier otra superficie, llegó a su cabeza demasiado rápido y con demasiada intensidad, amenazando con descarrilar sus pensamientos.

—Quiero ayudarte —soltó, antes de que se le olvidara por completo a que había venido.

—¿De verdad? —exclamó ella y su rostro se iluminó.

Blake inspiró profundamente.

—Sí —dijo tras una pausa—. Tenías razón. No hay otra forma de salir de esto.

Mia se abalanzó sobre él y lo abrazó. Aquello hizo que él perdiera un poco el control del coche, pero enseguida lo enderezó.

—¡Has tomado la decisión correcta! —clamó—. Cambia de rumbo. Vamos al piso de Charlotte. Te enseñaré todo lo que he conseguido hasta ahora.

—Cuidado por donde pisas —comentó Mia después de invitarle a pasar. Blake no supo de qué estaba hablando hasta que su pie chocó de lleno contra una impresora ubicada en el suelo. Entonces levantó la mirada y se percató de que aquel no era el único cambio que había sufrido el apartamento.

Toda la sala era un gran desorden, o al menos así parecía a primera vista. Papeles apilados sobre la mesa junto a cajas de pizza, un ordenador portátil encendido con unos auriculares enchufados sobre el sofá violeta, el mismo sobre el que se había pasado una hora esperándola. La pared detrás del respaldo fue lo que más le impresionó. La recordaba llena de cuadros y luces que colgaban en guirnaldas; ahora, sin embargo, estaba llena de *post-it*, recortes de periódico y lo que parecían ser fotos impresas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

La rubia se giró y arqueó una ceja.

—Mi investigación —dijo—. Siento el desorden. Si hubiese sabido que venías, lo habría arreglado un poco.

Blake no respondió. Su mirada estaba fija en los papeles colgados en el muro y se acercó para mirarlos más detenidamente.

—Costello —leyó—, Noriega, ¿Bondaryenko? Pensaba que solo querías vengarte de tu padre.

—¿Sigues trabajando para los Bondaryenko, Blake? Imagino que sí, ya que el viernes luchaste en la inauguración de su club, ¿no?

—¿Estuviste ahí? —preguntó él. No quería sonar angustiado, pero no pudo evitarlo. Que ella lo hubiera visto perder era una afrenta más a su orgullo herido y se imaginó que un «te lo dije» estaba a punto de salir de sus labios.

—No. Me he enterado hoy. El caso es que tanto ellos como los que ves ahí, todos tienen una relación. Aún no se cuál exactamente, pero sé que trabajan juntos en algo, quizás narcotráfico o no sé. ¿Ves a este tío de aquí? —dijo y señaló una fotografía policial en la que salía un hombre sosteniendo un cartel con el nombre Keith Schmidt—. Pues es uno de los encapuchados de la cabaña. Uno de los que mató a Charlotte. Su hermano, este de aquí, estoy segura de que es otro de ellos. Son sicarios y no hace mucho trabajaron para tus amigos ucranianos.

—¿Cómo lo sabes?

Mia arrancó uno de los papeles grapados que había en la pared y se los tendió.

—El informe forense de Charlotte y la ficha policial de estos mal nacidos. Tienes información para horas si lo quieres leer.

Blake agarró la hoja y le echó un vistazo rápido.

—Te tomo la palabra —dijo—. ¿Y de dónde sacaste todo esto?

Un pitido ensordecedor interrumpió la conversación. Mia lo miró con los ojos muy abiertos y de repente pareció reconocer que significaba.

—Hablando del rey de Roma... —susurró ella y le hizo un gesto a Blake para que se acercara al ordenador portátil. Desenchufó los auriculares y una voz muy familiar se escuchó por los pequeños altavoces.

—Andrei al habla.

—¿Qué cojones? —susurró Blake—. ¿Le has pinchado el teléfono?

Mia le indicó con un gesto rápido que guardara silencio. Por los altavoces del ordenador portátil sonó otra voz familiar que Blake reconoció como la de Anatoli.

—Soy yo. ¿Sigues en la timba?

—No, yo...

—Perdiste, imbécil.

—Jódete.

—Chúpamela. ¿Sigues con la *spaghetti* esa?

—Qué bien... —susurró Mia y torció el gesto. ¿Estaban hablando de ella?

—Sí. Estoy por llevármela a un hotel, así que deja de tocarme las pelotas, ¿quieres?

—Serás retrasado... —Blake había escuchado más de una vez aquel resoplido por parte de Anatoli—. No puedes hacer eso. Es la hija del Pirata.

—¿Y?

—Como que, «¿y?». No es una de tus putas, *bovdur*. Déjala en su casa y trae tu inútil trasero aquí. Tenemos negocios que atender.

—¿Han llegado ya las AK-47?

—Estúpido. Tú ven y punto.

La línea se cortó. Sin decir nada, Mia se dirigió a la mesa, tomó un boli, escribió algo en un *post-it* y lo puso debajo de la columna que parecía pertenecer a los ucranianos. «Tráfico de armas», rezaba. Blake la observó pensativo durante unos instantes.

—¿Has salido con Andrei? —preguntó finalmente.

—Al parecer ha sido mi doble y aún sigue con él.

—Por eso no ibas como Butterfly —siguió él e hizo caso omiso a su comentario—. Estabas de civil. Digo, de hija de gánster.

—Qué perspicaz —se burló ella y lo miró desafiante.

—Sí, perdón por interrumpir tu cita con un mafioso de diecisiete años —respondió Blake sin pestañear.

—Solo estaba... ¿Sabes qué? Da igual. Mira lo que conseguí. Eso es lo único que tiene que importarte.

El luchador estuvo a punto de protestar, pero entonces su cerebro se puso al día. Lo que decía ella era verdad. ¿Por qué mierda tenía que importarle? Cerró la boca con una expresión de frustración.

—Está bien —gruñó—. Sabes que los Bondaryenko trafican armas, eso te lo podría haber dicho yo. ¿Y ahora qué?

—¿Lo sabías? —preguntó ella, parecía bastante sorprendida.

El luchador se encogió de hombros.

—No es que me lo cuenten todo, pero era bastante obvio. Aparte, Andrei es un bocazas.

—Ya... Lo sé —añadió ella—. Entonces ya sé que vas a hacer ahora. Escribe todo lo que sepas en esa pared. Tenemos que empezar a planear los golpes. Y hablando de eso. ¿Qué haces el martes que viene?

—Entrenar —dijo—. Básicamente, como casi todos los días, pero por la noche estoy libre. ¿Qué tienes pensado?

Mientras decía aquello, agarró un lápiz y unos *post-it* y se acercó a la pared. Escribió «combates ilegales» en uno y «prostitución» en otro, y los pegó debajo del que llevaba el apellido de los ucranianos.

A continuación, Mia se dedicó a explicarle el golpe y todo lo que había pensado. Pasaron muchas horas hablando de ello, planeando, sorteando opciones y comiendo pizza fría. No recordaba en qué momento se habían

quedado dormidos, pero cuando despertó, lo hizo en aquel incómodo sofá de color lila y con Mia apoyando la cabeza sobre su pecho. Si no fuera porque le estaba clavando el codo en el muslo, no le habría importado permanecer un poco más en aquella postura. Sin embargo, el brazo también amenazaba con dormírsele, de modo que trató de apartarse con cuidado, con tal de no despertarla. Estaba a punto de conseguirlo cuando la melodía de *The Runaways*, *Cherry Bomb*, rompió el silencio matutino y Mia se desperezó.

—¿Por qué pones música tan pronto? —preguntó ella somnolienta. Aún no había ni abierto los ojos.

—No es música, es tu teléfono. —Blake estiró el brazo para cogerlo y alcanzárselo a la bella durmiente.

—Mi... ¡Butterfly! Soy Butterfly —respondió al descolgar.

—¿Estabas dormida? —escuchó Blake. O la chica que hablaba al otro lado de la línea lo hacía muy alto o el altavoz del teléfono de Mia era espectacular.

—¡Valerie!

Al luchador le sonó el nombre y no tardó en recordar que era la recepcionista del estudio de baile que lo había recibido a Noah y a él y los había mandado a volar.

Desconectó de la conversación porque una parte de él quería darles privacidad, y otra, mucho más convincente, necesitaba ir al baño. Cuando regresó, Mia ya había colgado y la encontró poniéndose una peluca de pelo negro y largo frente al espejo del recibidor.

—¿No piensas ducharte primero? —preguntó con un bostezo.

—No hay tiempo. Tengo que irme. Mike ha vuelto a la ciudad y aún tiene las fotos. Quédate el rato que quieras. En la nevera hay comida y bueno, puedes hacerte café y ducharte, estás en tu casa.

—A la mierda eso. —Con lo primero que le había dicho ya se le habían pasado los últimos resabios de sueño. Mike, cara de crío, estaba de vuelta, lo

que quería decir que las pruebas de que Butterfly no era Charlotte volvían a estar al alcance de Gabrielli—. Iré contigo.

—¿Quieres ir conmigo? —se extrañó ella mientras se pintaba los labios de un color rojo intenso—. Puedo solucionarlo yo sola, si es lo que te preocupa. Mike no es peligroso.

—¿No quieres que vaya? —preguntó el luchador y se cruzó de brazos.

—No, no, no es eso —dijo ella de forma atropellada—. Es que me sabe mal que te tomes molestias por esto. Pensé que tendrías cosas que hacer, como entrenar, ya sabes.

Blake frunció el ceño. Lo cierto era que, a esa hora, normalmente ya estaría en el gimnasio de Freddy, pero después de lo sucedido el viernes no quería ni verle la cara. Quizás había llegado la hora de cambiar de gimnasio.

—Puedo hacerlo más tarde —ofreció como respuesta.

—Muy bien. Un segundo y nos vamos —sentenció ella y esa vez no tardó ni tres minutos en aparecer ataviada con una falda corta, un *top* y unas zapatillas Converse del color de sus labios. Blake apenas tuvo tiempo de mandarle un mensaje a su hermana explicando que se había ido temprano. Tampoco se iba a sorprender.

—Estás guapa —le dijo cuando salieron por la puerta. No lo pensó mucho, simplemente le salió. Ella le ofreció una sonrisa radiante y le dijo:

—Tú también, aunque eso ya lo sabes.

Blake soltó una carcajada espontánea y, por un momento, sintió como si estuviera de vuelta en esa primera noche en la que se habían conocido. O mejor dicho, lo que habría sido la mañana siguiente si las cosas no hubieran resultado ser tan jodidamente complicadas.

No se había duchado, pero estaba guapa. El cumplido le había gustado tanto que por un momento se permitió saborear cierta felicidad. Estaba segura de que con él, con su ayuda, iba a conseguir todo lo que se propusiera, y más.

Volvía a estar sentada a su lado y en su coche. Mia habría apostado lo que fuera que ninguno de los pivones con los que solía codearse el luchador había estado tantas veces seguidas en ese asiento como ella. Quizás sí su ex, pero eso era algo en lo que prefería no pensar. Tenía que admitirlo, cada vez le gustaba más y no sabía cómo sentirse al respecto. Bueno, sí, insegura, pero tampoco quería darle vueltas a eso. Ahora tenía que concentrarse en el capullo de Mike. La joven Gabrielli le había dado instrucciones concisas a Valerie de que en cuanto tuviera noticias de su ex, la avisara. Había cumplido, puesto que Mike, tal y como Mia había imaginado, lo primero que había hecho al volver a la ciudad había sido pisar el bar de la playa en el que trabajaba el hermano de Valerie, lugar de encuentro de amantes de la marihuana.

—¿Y qué más haces en tu día a día, Blake? Además de entrenar. Porque digo yo que harás más cosas, ¿no?

Quería darle conversación y todo lo que se le ocurrieron fueron tonterías. Quizás sería mejor hacer el trayecto en silencio.

—Soy más aburrido de lo que parezco —contestó él—. Es decir, salgo, cocino a veces....

—¿Cocinas?

—Sí. ¿No te acuerdas de esa obra de arte culinaria que preparé la noche del...?

—Yo...

Mia no recordaba mucho de esa noche. Tampoco quería hacerlo. Lo único que retenía su mente de aquel entonces era un dolor profundo con el que estaba empezando a aprender a lidiar. Su rostro se ensombreció.

—Perdón —dijo Blake. Parecía haberse incomodado con su reacción—. ¿Y tú? Nunca me has dicho a qué te dedicas.

—Soy la hija de un capo —soltó ella. Trataba de quitarle hierro al asunto con humor—. Y voy a la universidad, o al menos finjo que lo hago.

—¿Ah sí? —El luchador no dejó de mirar la carretera, pero en su rostro se dibujó una sonrisa— ¿Y a dónde vas en realidad?

—Es por ahí —señaló Mia antes de que se pasara la calle. Quizás Blake no se daba cuenta, pero las preguntas que le hacía no paraban de traerle recuerdos dolorosos de su mejor amiga, su mejor amiga asesinada. Por suerte, ya estaban llegando a su destino y pudo evitar tener que responderle—. Déjame hablar a mí, ¿vale? Mike a veces es un poco impulsivo.

—Siéntete libre —contestó Blake—. Tampoco creo que vaya a querer hablar conmigo.

—¿Fuisteis muy duros con él, Huesos y tú? —Mia no sabía cuantas palabras podían haber intercambiado antes de que su ex se diera a la fuga, pero necesitaba saber el nivel de hostilidad que podía encontrar cuando Mike viera quién la acompañaba. Aunque pensándolo mejor, era una ventaja, puesto que Blake era bastante intimidante cuando no se le conocía. «¿Cuando no se le conocía?», se preguntó. «Ay, Dios, Mia. Sí tú apenas lo conoces aún».

El luchador, mientras tanto, aparcó su Camaro y le dedicó una sonrisa extraña.

—Para nada —negó con tono despreocupado y se bajó del coche.

La brisa del mar sacudió la peluca de Mia y la falda. Disimuladamente puso las manos para que no se le levantara y caminó al lado del luchador por la playa, en dirección al bar. Tenía la sensación de haber vivido aquello, aunque en lugar de bajo un sol deslumbrante, en un cielo despejado y lleno de estrellas. A lo lejos podía ver el parque de atracciones a todo rendimiento.

—Hola, Daryl —saludó Mia al entrar al establecimiento. El suelo era amarillo, las paredes también, pero todas estas estaban decoradas con enormes tablas de surf, banderines de colores, cuadros y dibujos con la bandera de Jamaica y sus más emblemáticos rastafaris.

—Está al fondo, donde siempre —le respondió el aludido después de

asentir con la cabeza como saludo.

Mia se dirigió hacia allí, donde paredes hechas a base de caña de bambú dividían los espacios con sofás. Sabía cuál era el favorito de Mike, y en el que pasaba casi todas las tardes de su vida, cuando no tenía encargos en la tienda de tatuajes.

Lo encontró allí, cachimba en mano y con los ojos rojos como los de una rata de laboratorio. Tenía una chica sentada sobre sus rodillas y tres de sus insoportables amigos estaban a su alrededor riéndole la última gracia que acababa de soltar.

—Mike —saludó Mia.

Todos levantaron la vista para mirarla. Ella solo se concentró en su ex, que sonrió ufano.

—Sabía que volverías. Te he estado guardando esta rodilla para ti, Butterfly —dijo con altanería y apartó un poco a la chica para enfatizar la burla.

—Muy gracioso. Necesito que borres las fotos de tu teléfono. Ya sabes por qué.

A Mia le enfurecieron los comentarios obscenos que soltaron sus amigos tras esa información. Por lo menos Blake se había quedado atrás, lejos de la vista de ese grupo de idiotas.

—No decías eso cuando te las hice, nena.

—Déjate de rollos, Mike. Sabes que me han estado buscando y has tenido que largarte de la ciudad por eso. No debes avergonzarte delante de tus amigos por haber huido, ya te conocen. Ahora dame tu teléfono. Ya lo hago yo.

—¿Ah, sí? ¿Esa es tu forma de darme las gracias por proteger tu honor? Creo que mejor me las quedo, por si alguien vuelve a por ellas.

—Gracias por no darlas, Mike. Ahora, dime de una vez, ¿qué es lo que quieres a cambio?

—Ya sabes lo que quiero, nena.

—Ni lo sueñes.

La chica que estaba en sus rodillas le dio un golpe cariñoso.

—No te preocupes, Susy, contigo también cuento para ello. Sé que a Butterfly le gusta probar de todo.

Sus amigos se echaron a reír. Mia deseó sacar la pistola, que no había traído consigo, y apuntarle en la cara a ese gilipollas.

—¿Me estas provocando, Mike? —le amenazó ella. No hacía falta decir en voz alta que era capaz de meterlo en más de un problema si se ponía imbécil. Sabía demasiados secretos sobre él, como por ejemplo que había estafado a un traficante en más de una ocasión y este aún no se había dado cuenta.

—¿La estás provocando, Mike? —intervino Blake que había aparecido tras ella. A pesar del efecto de la droga, el cambio de expresión de su ex fue evidente.

—¿Qué coño hace este imbécil aquí? —vociferó Mike y se quitó a la chica de su rodilla de un movimiento brusco. Sus amigos dejaron de reír y se pusieron alerta, o, al menos, tanto como podían estarlo.

—Dale tu puto teléfono si sabes lo que te conviene, pedazo de mierda —exclamó el luchador y Mia lo miró de soslayo, impresionada. No iba a negar que le gustaba ese giro de los acontecimientos, y le gustó aún más cuando Mike, ofuscado, sacó su teléfono y se lo lanzó a ella.

—Como me borres algo más, me las pagarás —aseguró, aunque en vista de su última acción, la amenaza no sonaba nada convincente.

Mia abrió la galería y empezó a ver fotos de un montón de chicas distintas, algunas de ellas estaban vestidas, pero otras tantas no. Imaginó que lo que le había propuesto a ella no había sido ninguna excepción. En su momento había aceptado porque le parecía sensual. Confiaba en él y, a decir verdad, nunca había habido ningún incidente con ellas, hasta ahora. Imaginó que ese era su fetiche particular. No fue hasta pasar unas cuantas que dio con las suyas.

Llevaba la peluca rosa, su favorita, y más que vulgares, le parecieron bastante eróticas. A Mia le gustaba cómo se veía en ellas y en cierta manera le daba un poco de pena borrarlas; claro que se le veía el rostro y, en caso de caer en las manos equivocadas, podrían identificarla como la hija de Luca Gabrielli. Rápidamente se las envió a su propio teléfono y luego, una por una, las borró.

—Bonitas fotos —le susurró Blake al oído. Se había olvidado por completo de él mientras las contemplaba y no se había percatado de que desde su ángulo él veía la pantalla perfectamente. Se sobresaltó tanto que el teléfono se le cayó de las manos y fue a parar al interior de un vaso lleno de cerveza.

—¡Me cago en la puta! —gritó Mike, que se abalanzó sobre el vaso y sacó su teléfono chorreando de líquido amarillento—. ¡Me has jodido el teléfono!

—Ha sido sin querer —se defendió Mia—. Además, aún funciona. Si lo apagas y lo metes en arroz...

—Espero que no tengas copias, paleta. No quiero verme obligado a tener que ir a por ti otra vez —intervino Blake.

—¡Serás gilipollas! —se encaró Mike al luchador. Mia pudo contemplarlos frente a frente y se dio cuenta de que su ex poco tenía que hacer ante aquel pedazo de tío que la acompañaba.

—Vamos, Mike. Tranquilízate —sugirió la otra chica mientras le tocaba el brazo. Mia sabía que no tenía copias, lo conocía demasiado bien para saber que era nulo en lo que informática se refiere.

—Eso, Mike. No es para tanto. No está roto... —dijo uno de sus amigos.

Estaban tan espatarrados en el sofá que Mia imaginó que lo último que querían era enzarzarse en una bronca. Sin embargo, Mike era como una bomba de relojería, siempre a punto de explotar. Si Blake hacía o decía algo más en su contra, la cosa no iba a acabar bien. No obstante, el luchador se mantuvo inmutable y sin quitarle los ojos de encima. Mike refuló y volvió a sentarse.

—¿Nos vamos? —le preguntó Blake a la joven.

Mia asintió y al darse la vuelta el luchador pasó su brazo por encima de sus hombros. No supo si lo hacía para enfurecer al idiota de su ex, pero le dio exactamente igual. La sensación de estar tan cerca de él, de irse de allí con un actitud de triunfo tan brutal, le hizo sentirse como una princesa en un maldito cuento de hadas.

—¡Pedazo de puta estás hecha, Butterfly! —escuchó tras de ella—. Igual que tu amiga, no me extraña que acabara muerta.

Mia sintió tanta rabia que estuvo a punto de gritar. Se dio la vuelta y fue directa a abalanzarse sobre Mike. Le habría sacado los ojos si no hubiera sido porque Blake la agarró de la cintura y la apartó a un lado.

—Tranquila —le dijo en tono bajo—. No pasa nada, solo es un imbécil.

Tal vez se debía a que estaba muy alterada, pero lo que pasó a continuación sucedió demasiado rápido como para que sus ojos lo percibieran. Solo pudo darse cuenta de que unos segundos después, la cabeza de Mike se estaba estrellando repetidas veces contra la mesa. Ni la chica ni los amigos hicieron nada para impedirlo. Estaban todos paralizados.

—Escúchame, gilipollas —dijo entonces Blake mientras lo agarraba de la nuca, y Mia pudo ver que de la nariz de Mike salían chorretones de sangre—. Vas a largarte hoy mismo de la ciudad. Si vuelvo a verte, esto te va a parecer una caricia. Terminarás en un hospital comiendo de una pajita, ¿te queda claro?

Mike asintió y Blake lo soltó. Se encaminó hacia Mia con pasos decididos, la tomó de la mano y la sacó de allí.

Capítulo 22. Primer golpe

Hacia una noche fría y el coche de Blake tenía la calefacción encendida. Estaban aparcados a unas manzanas de donde Mia le había indicado que estaba el club de los Fitzpatrick, repasando el plan que estaban a punto de efectuar y que, si Blake era honesto consigo mismo, tenía unos cuantos huecos.

—Veamos... —repitió—. Tocas tres veces. El tío abre...

—Pateas la puerta —continuó la rubia—. O la empujas, o lo que sea, y te ocupas del Bigotes. Mientras, yo me aseguro de que la chica, si es que hay una, no grite. Entonces nos llevamos el dinero y las armas, y nos vamos. Simple, ¿no?

—El bigotudo irá armado, ¿verdad? —preguntó el luchador.

—Asumo que sí, pero no va a sospechar nada. Contamos con el factor sorpresa, y ya he visto lo rápido que eres.

Blake resopló disconforme al ver como Mia se ajustaba el pasamontañas. Iba vestida totalmente de negro, así que con ello, lo único que quedaba a la vista de su cuerpo eran sus ojos verdes, que resaltaban de una forma impresionante, o al menos así le pareció.

—¿Te estás acobardando? —se preocupó ella—. Si quieres irte...

El luchador agarró su propio pasamontañas y se lo puso.

—Vamos —dijo—. Manos a la obra.

La primera parte resultó ser tan fácil como Mia habría predicho. Después de tocar tres veces, y tras unos segundos de ansiedad durante los que nadie respondió, la puerta chirrió sobre sus bisagras y un sujeto grande, barrigón y con un bigote poblado asomó su rostro por ella. Se llevó un derechazo en la nariz, lo que hizo que trastabillara hacia atrás.

—¡Su arma! —susurró Mia. Blake empujó la puerta y se abalanzó sobre el

bigotudo.

En efecto, lo primero que hizo este fue tratar de desenfundar su pistola, pero se quedó en el proceso. El luchador lo agarró por los hombros y le hundió la rodilla en el estómago, con tanta fuerza que el tío se quedó sin aliento.

Se escuchó un leve chillido.

—Mierda —susurró, y al girarse comprobó que se trataba de una chica pelirroja que, a juzgar por su atuendo, sería una de las camareras.

—Cierra la boca si no quieres que te meta una puta bala en la cabeza — advirtió Mia y la encañonó. Blake echó un vistazo rápido a la estancia y, a través de una cortina de cuentas, le llegaron unas voces y música. Seguramente habrían escuchado el grito y en cualquier momento entrarían. Además, Bigotes empezaba a recuperarse.

—Tenemos que irnos —dijo mientras trataba de terminar lo que había empezado. El bigotudo lo superaba en peso y forcejeó bastante, pero el luchador logró atrapar su cuello en una llave que lo dejó sin oxígeno en cuestión de segundos. Acabó perdiendo el conocimiento.

—¡B! —la llamó.

—Estoy en ello —le respondió ella. Mia seguía encañonando a la pelirroja, pero en el tiempo en el que Blake había tardado en reducir al Bigotes, había logrado introducir parte de las armas que había sobre la mesa dentro de una bolsa, sin dejar de apuntar a su rehén.

—Podrían habernos oído —protestó el luchador.

—Si nos hubieran oído, habrían salido ya. Y tú no vas a volver a gritar, ¿verdad, guapa? —dijo la rubia. Acercó su pistola al rostro de la camarera, la cual se apresuró a mover la cabeza de lado a lado. Blake se sorprendió de lo fría y confiada que sonaba Butterfly, como si hubiera hecho eso mil veces antes. Nadie jamás habría asociado ese tono de voz con el de Mia Gabrielli.

—Agarra las armas —indicó ella, y el luchador obedeció sin pestañear.

Butterfly sacó un rollo de cinta aislante de su bolsillo. Se la pasó a él y le indicó con un gesto que atara al grandullón y a la chica a la mesa, cosa que hizo tan rápido como pudo.

—Tenemos un problema —escuchó decir a Mia justo cuando él iba a amordazar a la mujer con un pedazo de cinta—. Los maletines no están aquí.

—¿Cómo que no están aquí?

—Se supone que estarían en la parte de atrás, pero...

Blake levantó una mano enguantada para interrumpirla. Acto seguido, observó a la camarera detenidamente.

—¿Dónde está el dinero de la timba? —preguntó, tratando de sonar tan autoritario como lo había hecho Mia.

La pelirroja los observó a los dos con los ojos muy abiertos y tragó saliva. Entonces, con sus manos atadas, señaló en dirección a la otra habitación, detrás de la cortina de cuentas.

—¡Oh, que me den! —renegó Butterfly—. ¿Te apetece una de *Bonnie y Clyde*?

—¿Qué? —exclamó el luchador. Mia se dirigió hacia él con paso decidido, abrió la bolsa, sacó tres pistolas y le dio dos a él.

—Pase lo que pase, no pierdas la bolsa. Pégala a tu cuerpo y que nadie se acerque a ella. Si lo hacen, disparas.

Blake no tuvo tiempo de contestarle. Aún no había terminado de procesar sus palabras cuando la rubia se giró y, arma en alto, fue corriendo hacia la cortina de cuentas, sola. Entonces su cerebro reaccionó y se precipitó tras ella.

—¡Quieto todo el mundo! —gritó Butterfly—. Y como algún jodido capullo se mueva, me cago en la leche, me pienso cargar hasta el último de vosotros.

Alrededor de una decena de pares de ojos se dirigieron hacia ella y la observaron en un aturdido silencio. El mismo Blake aún estaba tratando de ponerse al día con lo que acababa de pasar, cuando uno de los allí reunidos,

un tío con chaqueta de cuero y restos de carmín en la camisa, abrió la boca y dijo:

—¿Eso no es de *Pulp Fiction*?

Ahí fue cuando el hombre tatuado por fin reaccionó.

—Calla tu puta boca —le amenazó—. Ahora quiero ver todas vuestras manos en alto o me lío a pegar tiros. —Apuntó con una de las pistolas al que había hablado y con la otra a una de las camareras—. Al suelo, ahora.

La chica puso las manos en alto y muy despacio se dejó caer de rodillas. Blake no dejó de mirarla hasta que quedó tendida en el suelo.

—¡Oye, esa es mi pistola! —se quejó entonces otro de los jugadores.

—Ya no, idiota —se mofó Mia y le dio con la culata en la cabeza. El tipo gruñó de dolor y la rubia encañonó rápidamente al otro que estaba a su lado—. Hemos dicho que las manos en alto, así que levántate —le exigió y este obedeció sin rechistar. Su cara estaba deformada en una mueca de terror—. ¿Dónde están los putos maletines?

—En la barra —le contestó.

Al hablar, Blake se dio cuenta de que era un crío. No debía de tener ni la mayoría de edad. Mia lo obligó a ir con ella a por los maletines. Blake apenas pudo apartar su mirada de ella. No sabía de dónde había salido esta actitud decidida y feroz, pero tenía que admitir que le estaba encantando. Mantuvo su vista en los que quedaron sentados y se aseguró de que ninguno se moviera.

—¡Hijos de puta! ¡No tenéis ni idea de con quién os estáis metiendo! —escupió uno de ellos.

El luchador se fijó en él y esbozó una gran sonrisa que nadie pudo ver. Era el puto retaco. Había llegado el momento de su *vendetta*.

Fue hasta él con pasos decididos y le dio una patada con todas sus fuerzas a una de las patas de la silla en la que estaba sentado. Esta crujió y acabó cediendo, tan rápido que Nico no pudo evitar estrellarse contra el suelo.

El que estaba a su lado trataba de incorporarse, quizás pensando que él era el siguiente. Blake le indicó con un gesto que se sentara de inmediato y así lo hizo. Y menos mal, porque se trataba de Andrei Bondaryenko.

—¿Te he pedido tu opinión, pedazo de mierda? —profirió el hombre tatuado mientras encañonaba a Nico y le pisaba la mano con saña. El agredido emitió un gruñido de dolor—. Lindo reloj, imbécil. Quítatelo.

—¡Jódete! —respondió Nico.

Blake hundió con más fuerza el talón de su zapato en la mano de Nico y escuchó un crujido, seguido de un gemido lastimoso.

—Estás muerto, cabrón —gruñó el retaco.

Se oyó un disparo que hizo eco por toda la sala. Blake se giró sobresaltado y presionó la bolsa de armas contra su cuerpo, por si la distracción hacía que alguien tratara de arrebatársela. Tardó unos segundos en percatarse de que había sido Mia la que había disparado. Trozos de pintura, ladrillo y yeso cayeron del techo sobre la mesa llena de cartas y fichas.

—Te ha dicho que le des tu jodido reloj, gilipollas —recalcó ella. Con una mano sujetaba habilidosamente dos maletines, mientras que en la otra sostenía la pistola humeante con la que acababa de disparar. La otra la llevaba ajustada con la costura de su pantalón.

A regañadientes, Nico se quitó el reloj y se lo ofreció al luchador.

—Vais a pagar por esto —protestó el agraviado.

—Y las cadenas y ese anillo hortera que llevas. Dáselo —continuó la rubia. Nico obedeció—. Ahora, quiero que todos os tumbéis en el suelo, muy despacio.

El primero en obedecer fue Andrei. Los demás lo imitaron segundos después. Blake dio dos pasos hacia atrás sin dejar de apuntar y vigiló los movimientos de cada uno de ellos hasta que no quedó ninguno en pie.

Entonces Mia se agachó al lado de la camarera y la maniató con la cinta

aislante. Lo hizo de forma rápida y diligente, para luego dirigirse al siguiente que estaba al lado y repetir la operación.

—Tú no dejes de vigilarlos —le ordenó ella cuando vio que se proponía ayudarla—. Me ocupo yo.

Aunque nada de aquello estaba planeado, Mia había improvisado correctamente. Si querían largarse de allí sin que nadie les pisara los talones, debían atarlos a todos.

—Hora de irse —le indicó Mia después de sujetar al último. Blake caminó hacia atrás cubriendo las espaldas de Butterfly, por si alguno conseguía liberarse y se atrevía a hacer alguna estupidez. Llegaron hasta la cortina de cuentas—. ¡Buenas noches, capullos! —les gritó ella y, antes de acceder al almacén, volvió a disparar al techo. El centro de la sala quedó a oscuras. Le había dado al foco principal. Si había sido a propósito, su puntería había mejorado tanto que daba incluso miedo.

Lo siguiente que recordó el luchador fue que ambos corrieron tan rápido como les permitieron sus piernas y el peso que ahora llevaban encima. Se metieron en el coche de un salto y dejaron la bolsa y los maletines en el asiento de atrás. Los nervios hicieron que Blake trasteara unas cuantas veces con las llaves antes de poder introducir la adecuada en el contacto. Cuando lo consiguió, el coche rugió y, aunque su instinto le gritaba que pisara el acelerador, su cerebro le indicó que lo más inteligente era fingir normalidad y no excederse en velocidad.

—¡Lo hemos hecho! —gritó Mia al sacarse el pasamontañas. Luego se lo sacó a él de un rápido movimiento y Blake no pudo evitar el escalofrío que le provocó ese contacto—. ¡Lo hemos conseguido!

El luchador escuchó su propio pulso retumbar en sus oídos. Se percató de que estaba experimentando una sensación semejante a cuando ganaba una pelea. De reojo vio cómo ella se ponía de rodillas en su asiento y se giraba

para alcanzar las bolsas de la parte de atrás. Blake se vio incapaz de apartar la mirada de la curva de su culo expuesto con esos pantalones ceñidos. El claxon de un camión que venía de frente lo hizo regresar a la realidad.

—Me cago en... —exclamó y giró el volante bruscamente para esquivarlo, lo que provocó que la joven a punto estuviera de perder el equilibrio. Como acto reflejo, Blake había estirado una mano para evitar que se cayera y esta tuvo la suerte de acabar posándose sobre una de sus nalgas. Por supuesto.

—Perdón —soltó rápidamente.

Mia sacó un montón de billetes y los puso delante de su cara. No se había dado ni cuenta.

—No sé cuánto hay, pero joder, seguro que un montón. ¡Eres el puto amo, Blake! ¿Y lo que le hiciste a Nico? Siempre he tenido ganas de poner en su sitio a ese gilipollas de mi primo.

—Estás totalmente loca —dijo por fin. Se lo había dicho en otras ocasiones, pero esta vez realmente lo creía. Y le gustaba. Supo entonces que estaba sonriendo como un idiota y no se molestó en disimularlo. Quería disfrutar ese momento sin pensar en lo que iba a pasar después, en dónde iban a acabar los dos o en lo malas que eran todas las ideas que se le estaban pasando por la cabeza.

—Tú también. Y me encanta.

Lo dijo mirándolo fijamente después de haber guardado el dinero en el maletín. Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos verdes le brillaban de la emoción. Además, los rizos rubios, que le caían en mechones sobre la cara, le daban un aspecto salvaje y sensual. Blake se había olvidado nuevamente de observar la carretera, pero por más que quiso, no pudo apartar la mirada. No, la verdad era que tampoco quería.

—A la mierda —dijo entonces y aparcó el coche bruscamente en una zona de carga y descarga. Vio que Mia abría la boca, seguramente para preguntar

qué demonios estaba haciendo, pero no le dio tiempo. Llevó sus manos hacia el rostro de ella con un gesto casi desesperado y la besó.

El luchador tenía que reconocer que no se esperaba ni de lejos la reacción de Butterfly. No solo se dejó besar, sino que cuando él decidió que había llegado el momento de apartarse, ella se lo impidió al morderle el labio. Con un rugido volvió a juntar su boca a la de ella y sus lenguas se enredaron. Mia parecía querer más de él que un simple beso: una de sus manos estaba ya en su nuca y la otra jugueteaba con el cierre de su cinturón. El vacío que separaba sus cuerpos no tardó en desaparecer. Ella se inclinó, pasó una pierna por encima de su regazo y se acomodó a horcajadas sobre él. Blake soltó un jadeo que murió en la boca de ella al notar la presión de su pelvis sobre su miembro. La erección que tenía iba a reventarle los pantalones.

—No podemos quedarnos aquí, hay que... —trató de decir, aunque sus manos ya se habían metido bajo el suéter que ella llevaba y estaban acariciando sus pechos.

—Lo sé... —respondió ella con un gemido.

Siguieron besándose y la lengua de ella le lamió los labios.

—No, en serio —intentó de nuevo el luchador. Le había costado un infierno separarse, pero sabía que si no lo hacía ahora, ya no podría detenerse.

Mia volvió a su asiento despacio. Tenía los labios hinchados y enrojecidos por los besos que se habían dado. Blake tuvo que sacudir la cabeza y dejar de mirarla. Arrancó y puso de nuevo el coche en marcha. Sin embargo, la mano de él se había desplazado hasta su muslo y, mientras su pie pisaba cada vez más a fondo el acelerador, sus dedos hacían círculos sobre la tela del pantalón de ella en dirección ascendente. Fue una mala idea, puesto que Mia no pudo estarse quieta y volvió a inclinarse hacia él. Su jugosa boca se posó sobre su cuello, para luego deslizarse hasta su oreja. Unos escalofríos de placer le recorrieron la columna.

Volvía a sufrir aquella urgencia que había experimentado en el taxi la noche que la había conocido, solo que ahora era mucho más intensa. Más real, incluso. En el fondo, aquello le preocupó, pero carecía de la voluntad necesaria para pensar en ello.

Blake aparcó frente al edificio. Salió rápidamente del coche y Mia hizo lo mismo. Ambos se precipitaron hacia la puerta de entrada. Antes de volver a tocar a la chica, el luchador dio media vuelta y regresó corriendo al coche.

—Las cosas —dijo, casi sin aliento.

Levantó las manos para enseñarle a Mia que en una de ellas ya llevaba la bolsa con las armas, y en la otra, los dos maletines.

—¡Estupendo! —añadió ella. Lo esperaba sosteniendo la puerta abierta.

Blake subió los escalones precipitadamente. A Mia le faltaron segundos para volver a agarrarlo del cuello de su jersey y atraerlo hacia sí para besarlo. No dejó de hacerlo hasta que llegaron al fondo del pasillo. Lamentó con todas sus fuerzas tener las manos ocupadas.

—¿Puerta? —logró decir el luchador, un poco mareado.

—¡Sí! —La rubia rebuscó en el bolsillo de su pantalón y sacó unas llaves. Blake tuvo toda la intención del mundo de dejarle abrirla en paz, pero al verla de espaldas, su cuerpo actuó por él y se inclinó para rozar sus nalgas con sus piernas y besar su cuello. Sintió como se estremecía bajo su tacto y escuchó el tintineo de las llaves al chocar contra el suelo.

—¡Mierda! —maldijo ella, y el luchador no pudo evitar reírse.

Rápidamente, la rubia se agachó a por ellas y finalmente lograron abrir la condenada puerta. Mia lo agarró del cinturón y presionó sus caderas contra las suyas mientras volvía a morderle el labio. La sensación que eso le produjo le sacó un gruñido frustrado.

Blake tiró los maletines al suelo sin mirar dónde caían, aunque tuvo un poco más de cuidado con la bolsa llena de armas al recordar la experiencia previa

que había tenido en ese mismo apartamento.

Para cuando levantó la vista, Mia ya se había quitado la parte de arriba de su uniforme y lo estaba esperando con sus redondeados pechos a la vista. El luchador cerró la puerta de una patada y se abalanzó sobre ella sintiéndose un depredador hambriento y ávido de deseo.

Cuando la estrechó entre sus brazos, notó cómo ella forcejeaba con su cinturón y una mano traviesa le acarició su erección. Blake echó la cabeza hacia atrás por la descarga de placer que eso le produjo y ella aprovechó para levantar su suéter y besar su abdomen.

Quería sentirla piel contra piel, así que se desprendió de su jersey y la alzó por los muslos. Mia rodeó su cintura con las piernas y sus uñas se pasearon por su nuca y su espalda desnuda. El luchador caminó, sorteando como pudo las cosas que había por el suelo, hasta llegar a la pared más cercana y entonces la apoyó contra ella.

Primero besó sus labios, de una forma torpe y ansiosa. Después, su lengua recorrió su mandíbula y continuó deslizándose hasta el hueco de su cuello. Ella arqueó la espalda hacia atrás y la pelvis hacia la suya. Aquello provocó que el corazón del luchador se desbocara. Se concentró entonces en sus pechos y notó que sus pezones se endurecían bajo sus palmas. Los pellizcó, lo que arrancó un gemido gutural a Mia. Ella bajó sus piernas y se sostuvo de puntillas. Aquella invitación a seguir explorando los rincones de su cuerpo lo llevaron a descender por su vientre, al que veneró con una cadena de besos que se detuvo a la altura de la costura de su pantalón. Sus manos, inquietas, lo arrastraron hacia abajo, para dejarla expuesta ante él con tan solo unas finas bragas de color rosa chicle. No se pudo contener y besó uno de sus muslos. El cuerpo de ella se tensó, lo que provocó en él un gemido de placer ante tal muestra de deseo.

—Blake —susurró ella mientras él no dejaba de provocarla con sus besos

en la cara interna de sus muslos—. Los preservativos... están en... voy a por ellos.

Mia puso las manos sobre sus hombros antes de que besara por fin su sexo a través de la fina tela de algodón. La idea de proporcionarle placer hasta llevarla al límite quedó interrumpida cuando ella lo apartó. Sin embargo, decidió no perder el tiempo y terminó deshaciéndose de lo que llevaba encima: primero las botas y luego el pantalón junto con la ropa interior, justo en el momento en que ella regresaba. Traía consigo un edredón que dejó caer en el suelo. A él le daba igual donde continuar la contienda, lo único que pensaba al verla completamente desnuda era en volver a arrinconarla y meterse por fin entre sus piernas.

La estrechó por la cintura con los brazos y ella le ofreció unos besos lentos y sensuales que lo llevaron al límite. Podía sentir sus pezones duros y sus pechos aplastados contra su torso. Volvió a alzarla en volandas, esta vez disfrutando del calor que desprendía su sexo. Ella no dejó de besarlo mientras que él con una mano se colocaba el preservativo y con la otra la sujetaba para mantenerla en equilibrio contra la pared. Ella llevó una mano hasta su miembro para ayudarlo. El roce le robó un jadeo. Estaba impaciente; quería sentirla por fin alrededor de él, pero se obligó a ralentizar sus movimientos y, despacio, se introdujo dentro de ella. Estaba muy húmeda. Fue la mejor tortura que había experimentado nunca.

Levantó la mirada de donde se unían sus cuerpos y observó el rostro de Mia. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta en una expresión de deleite. Se quedó inmóvil unos segundos observándola, disfrutando de su calor, de cómo sus músculos internos se contraían alrededor suyo y lo succionaban. Si seguía así, se iba a correr antes de empezar y, definitivamente, no quería eso. Sus movimientos fueron lentos y pausados. Sin embargo, Mia se propuso volverlo loco y se balanceó hacia delante y atrás con un ritmo más

acelerado. Blake se apresuró a sujetarla por las caderas y le ayudó a mantener esa cadencia contra la pared. Con el poco autocontrol que le quedaba, empezó a embestirla y sus movimientos se acompasaron. Cada envite le provocaba una ráfaga de placer indescriptible. Sus jadeos se hicieron más frecuentes, roncós y profundos a medida que el clímax se acercaba y el ritmo se incrementaba. Poco después sintió cómo las manos de Mia se aferraban con más fuerza a su espalda, y los dos se miraron fijamente. De nuevo pudo ver aquel bosque infinito en sus ojos y supo que había llegado al orgasmo cuando un apremiante gemido se escapó de su boca entreabierta y su interior se contrajo y lo estrechó. Casi a continuación le llegó a él, y se obligó a mantener los ojos abiertos aunque el instinto le llevase a cerrarlos. No quería perder detalle del rostro de ella, ahora brillante por las perladas gotas de sudor, mientras le llegaban aquellas brutales oleadas de placer.

Capítulo 23. Salsa pesto

Mia seguía acariciando el cielo cuando Blake llegó al orgasmo. Durante unos instantes permaneció en su interior, con su frente apoyada en la suya y con su plomiza mirada clavada en sus ojos. Se habría quedado así para siempre.

Blake se apartó de ella despacio y un vacío tremendo la invadió. Tan abismal que no pudo controlarse, buscó su boca y lo besó. Luego se lo quedó mirando fijamente a los ojos. El gris de sus iris le recordaba a aquellas tormentas de verano que tanto le gustaban cuando era niña.

El luchador acabó desviando la mirada. Mia tuvo la sensación de que lo había incomodado y maldijo su indiscreción. No quería que pensara que era una niña tonta y enamoradiza a la que si le daban un par de caricias ya la tenían en el bote. Luego ella misma se ofuscó pensando que era así justamente cómo se sentía. Blake Novak la tenía totalmente encandilada y eso solo podía augurar más dolor y sufrimiento. «No es chico de una sola mujer», se dijo para despejarse. «Te ayuda, le ayudas, folláis y luego se acabó. No va a querer complicarse la vida contigo, ni lo sueñes».

Una repentina angustia le subió por la garganta al ver cómo él, sin mediar palabra, se apartaba y se alejaba unos pasos con su hermoso culo al aire. Lo vio agacharse a por el edredón que ella había dejado caer al suelo y regresó hasta ella. En aquel tenso silencio la envolvió y luego la besó. Esta vez con ternura y acompañado de una dulce caricia en su rostro. No supo muy bien qué pensar al respecto.

—¿Tienes hambre? —preguntó él. Mia asintió con una tímida sonrisa y Blake la imitó—. De acuerdo. Veamos qué tienes en la nevera.

Aunque Charlotte ya no estaba, Mia no había descuidado el piso. De hecho,

se podía decir que pasaba más horas en él que nunca, de modo que se había obligado a estar bien abastecida.

Aunque estaba envuelta en un edredón, pensó que lo mejor sería ponerse las bragas y las buscó a tientas por el suelo. Miró de soslayo al luchador, que parecía estar haciendo lo mismo. Se quedó unos instantes observándolo y tuvo que reprimir un repentino calentón. Le ensimismaba contemplar cómo se movían cada uno de sus tersos músculos al realizar cualquier movimiento. Era como la encarnación de una escultura clásica decorada con tatuajes. Ojalá no se tapara. O mejor sí, porque si no, no podría evitar quedar como una estúpida de nuevo.

Decidió que con la calefacción puesta, podría quedarse con solo las bragas y una camiseta de tirantes. Se encaminó a la cocina donde él tenía la nevera abierta. Blake había decidido que sus calzoncillos serían suficiente vestimenta. A Mia le pareció excitante cocinar en ropa interior.

—¿Qué es esto? —preguntó él al señalarle una de las cajas de pasta fresca que había en la nevera.

—*Tagliatelle* al huevo —respondió ella con un deje de orgullo—. La traen de Italia. Es la mejor.

—¿Te apetece? Simple, rápido y fácil.

Mia frunció el ceño.

—La pasta no es simple, rápida y fácil.

La pasta era de las comidas más consumidas del mundo, pero la mayoría del mundo no tenía ni puta idea de lo que era un buen plato de pasta.

—Bueno, puede ser, pero esta está hecha y solo hay que hervirla. ¿No?

—Puede —dijo ella y le arrebató la caja—. Pero el secreto de la pasta, además de que esta sea artesanal, a poder ser italiana, es la salsa. Así que dime, Blake, ¿qué salsa te apetece?

—¿Cuatro quesos?

Ella lo miró horrorizada.

—¿Qué? ¡Eso no es una salsa!

—¿Ah, no? Yo creía que...

—¡No!

El luchador esbozó media sonrisa y levantó las manos en señal de derrota.

—Está bien —concedió—. Sorpréndeme.

Mia sonrió de lado y la primera que le vino a la cabeza fue la salsa al pesto. Hizo un recuento de los ingredientes mientras sacaba una olla y la llenaba de agua para ponerla a hervir.

—¿Sabes picar ajo?

—Después de luchador, soy experto en ello, nena —la vaciló, y Mia, con una sonrisa divertida, le pasó la tabla de picar y un cuchillo.

—No me mientas. No me gustaría tener que llevarte al hospital porque te has cortado un dedo. —Ella había decidido seguirle la broma y él se puso a hacer malabares con el cuchillo para luego aplastar el ajo y sacarle la piel de un rápido movimiento. No iba a reconocerlo en voz alta, pero estaba impresionada. Qué mierda, estaba con las bragas tan mojadas que tendría que acabar por ir a cambiárselas.

Mia regresó a la nevera y sacó la albahaca. Le encantaba y siempre se aseguraba de tener para echárselo a todo lo que comía, aunque no se conservaba muy bien y temió que esta no se encontrara en condiciones. Lo que hizo fue retirar los tallos y aquellas hojas que se habían estropeado un poco. Echó el resto en la batidora con unos piñones que había robado de la despensa de Dolores, también importados de Italia, y un chorro de aceite de oliva californiano. La puso en marcha.

—¿Qué coño es esa masa verde? —preguntó Blake cuando acabó de picar. Mia le echó un ojo y le dio el visto bueno.

—Vómito de gremlin. Pásame el ajo —dijo al poner la pasta en el agua

hirviendo. Luego paró la batidora, vertió el ajo, queso parmesano y queso pecorino rallado, y puso unas cucharadas de agua para desespesarla, tal y como le había enseñado su madre.

Mia echó una pizca de sal a la olla y siguió removiendo la pasta. Entonces el luchador la abrazó por detrás y puso su mandíbula sobre su hombro. Un revoloteo sacudió el estómago de la joven.

—¿Ya está? ¿Se queda de ese color? —insistió él. Ella quería contestar, pero las palabras se le habían atragantado. Le había gustado tanto el gesto, lo estaba disfrutando tanto, que le importó una mierda que la salsa tuviera un color horrible y que la pasta se pasara y se convirtiera en un chicle. No quería sacarla del fuego porque eso implicaba apartarlo. Joder, y no quería separarse de él—. ¿Falta mucho? Tengo hambre.

Mia reaccionó. Ella también tenía hambre, pero de él. Otra vez.

—No, ya está —dijo y soportó como pudo el pesar que le produjo notar cómo él la soltaba.

La joven sacó la olla del fuego y volcó la pasta en el escurridor. Ahora estaba más torpe que antes y no quedaba ni rastro de la confianza de la que había hecho gala hacía escasos minutos. Temió haber errado con la elección de la salsa. ¿Y si no le gustaba? ¿Y si le parecía muy fuerte? ¿Y si el ajo les dejaba a los dos un aliento capaz de tumbar a un elefante? «Oh, joder, debería haber escogido otra cosa sin ajo». Intentó componerse para que al menos no le temblaran las manos y sacó dos platos.

—¿Mitad y mitad o te parece mucho? —le preguntó ella.

—Sirve tranquila. Ya he visto de lo que eres capaz —aseguró Blake.

Que sacara a relucir la noche en que se habían conocido la sonrojó. Lo disimuló sirviendo los dos platos enormes. Volcó la salsa por encima. Se dirigió hacia el sofá por costumbre, el lugar donde ella y Charlotte siempre comían.

—¿Qué quieres beber? —Lo vio revolver los cajones en busca de cubiertos—. Tengo vino tinto, si te apetece.

—¿Tienes cerveza? —preguntó el luchador.

—Claro —respondió ella. Estaba tan atontada con su presencia que no protestó por semejante atentado contra un plato de pasta. Se limitó a sacar dos latas de la nevera.

—¡Joder, Mia! —exclamó de pronto él. A la joven le dio un vuelco el corazón. ¿Había metido la pata y no se había dado cuenta?—. Esto está tremendo.

—¡No has podido ni esperarme!

—Es que tengo hambre —dijo juguetón.

De acuerdo, esa faceta suya era totalmente nueva para ella y le estaba encantando. ¿Es que no podía ser un gilipollas? Así todo sería más fácil.

Probó la comida de su plato para asegurarse de que no le estaba tomando el pelo y se sintió mucho más tranquila al saber que le había quedado de muerte, como siempre. Podría haber sido una oportunidad para recuperar la confianza y comportarse de nuevo como una persona normal, pero verlo comer con aquel ahínco, y en ropa interior, la volvió a sumir en un profundo estado de retraso mental. Entrecerró los ojos, soñadora, y siguió contemplándolo hasta que él se percató de ello. Las mejillas de ella se volvieron a encender.

—¿Qué? —interrogó él, con la boca llena.

—¡Nada! —respondió Mia rápidamente—. Me alegro de que te guste el pesto.

—¿No era vómito de gremlin?

Mia sonrió y se obligó a relajarse.

—Sí. Eso es.

Blake continuó comiendo de su plato como si no hubiera mañana. Ella dio un par de bocados más, pero se le había cerrado el estómago. Necesitaba

dejar de contemplarlo, distraerse con lo que fuera. Se le ocurrió entonces que contar el dinero era una idea excelente. Números y más números, nada de abdominales y brazos fuertes tatuados.

Buscó los maletines con la mirada y los divisó cerca del sofá, en un lateral. Se incorporó hacia ese extremo y estiró el brazo para alcanzarlos sin tener que levantarse.

—Nacida para amar... —leyó él. Mia no se había percatado hasta ese momento de que con esa postura tenía el culo en pompa en dirección al irresistible luchador y este había reparado en lo que tenía tatuado en una de sus nalgas junto a un pequeño corazón. Acto seguido, sintió una de sus enormes manos posarse sobre esta—. Estás llena de sorpresas, ¿sabes? —ronroneó.

Mia fue incapaz de moverse. Por un lado se moría de vergüenza, por el otro, estaba otra vez loca de deseo. Si no sacaba esa mano de ahí, acabaría por saltarle encima sin importar que estuviera comiendo. Entonces notó cómo sus labios se posaban sobre el tatuaje y supo que estaba perdida.

Se giró despacio sin agarrar el maletín. Que le dieran al dinero. Ahora solo le importaba Blake, cuyas manos ascendieron a sus caderas y tiraron de ella hacia él. Acabó sentada a horcajadas sobre sus piernas y devoró su boca con el picante sabor de la salsa.

Poco después ya estaba cabalgando sobre él mientras las manos del luchador, agarradas a sus nalgas, le ayudaban a marcar el ritmo. Le rodeó el cuello con sus brazos cuando los movimientos se volvieron más frenéticos y, justo cuando el orgasmo empezó a sacudirla, le clavó los dientes en el hombro robándole un gruñido ansioso.

Blake tomó las riendas y la bajó al suelo para introducirse con una embestida en su interior. Tan fuerte y tan profunda que Mia se quedó sin aliento al revivir las oleadas de su propio éxtasis. Le siguieron unas cuantas

más hasta que él alcanzó su clímax y quedó apoyado sobre sus antebrazos, con la cabeza hundida en la curvatura de su cuello y jadeando sobre ella. Su aliento hizo cosquillas a la joven, y en un arrebato cariñoso ella le acarició el pelo. En respuesta, él le besó la húmeda piel bajo la oreja.

Blake se apartó a un lado, alcanzó el edredón que había quedado sobre el sofá y lo extendió sobre ambos. Luego se quedó mirando el techo, igual que ella. Mia notó que su mano buscaba la suya y, cuando la encontró, enredó sus dedos y la estrechó. Eran grandes y masculinas. Le encantaban.

Se giró para mirarla. Entonces posó una mano sobre su brazo y lo levantó un poco.

—Tienes un nuevo tatuaje.

Se había fijado en los ojos de Charlotte que se había tatuado. Era tan reciente que aún tenía costra, pero ya no le dolía. Eso le recordó a su amiga y se imaginó lo que esta le diría después de haber profanado sus muebles y su pared, algo como una burla y que pensaba instalar cámaras para no perderselo cuando volviera a hacerlo en el futuro. Dios, la echaba tanto de menos.

—Sí —susurró Mia con la voz algo ronca y puso todo su empeño para que ninguna lágrima se le escapara—. Son los ojos de Charlotte. Una manera de rendirle tributo.

—Mierda —respondió el luchador—. Lo siento.

Se acercó más a ella, le acarició la espalda y le dio un beso en la frente.

Mia puso la palma de su mano sobre su cara y le rozó con los dedos el rostro. Sus piernas se habían enredado con las de él. Necesitaba estar en contacto, no quería pensar por qué, pero lo necesitaba.

—No lo sientas. Es mi manera de recordar. Dejar huella en mi cuerpo—. Mia hizo una pausa y se atrevió a preguntar algo que ya le había rondado la cabeza con anterioridad—. Blake, ¿por qué Kingsnake?

El luchador dejó escapar una carcajada seca.

—Mi antiguo entrenador decía que yo era como una de esas serpientes que incluso se comen a las de su propia especie si se les ponen por delante. Además, King Cobra ya estaba ocupado.

Mia soltó una risita tímida.

—Tiene sentido. No sé mucho de artes marciales, pero eres rápido, ágil y estratega. Como una serpiente.

—Y venenoso —añadió Blake en tono apagado. Luego bajó su mirada y acarició con el pulgar la cadera de Mia, donde había un tatuaje de una mariposa—. ¿Y por qué Butterfly?

Mia iba a decirle que no le parecía que él fuera venenoso ni nada semejante, pero no le dio opción.

—Porque cuando nace es una larva, luego un gusano y, cuando crece, le salen las alas y puede volar hacia cualquier lugar. Aparte, son bonitas y tienen muchos colores. Me gustan los colores.

El luchador sonrió ampliamente.

—Te va.

Mia acomodó la cabeza sobre su hombro y comenzó a acariciarle el pecho. De pronto se sentía más relajada. Era como si las vibraciones de su voz estuvieran modulando sus sentidos. Quería que siguiera así, de modo que se dedicó a satisfacer su curiosidad sin darle muchas vueltas.

—¿Y qué hay de tu familia, Blake? ¿Padres, hermanos... hijos?

—Hermana —contestó él después de una pausa—. Y sobrina.

Mia se extrañó de que no tuviera padres.

—¿Nadie más?

—Mi padre nos abandonó cuando éramos pequeños. Mi madre lo hizo cuando éramos mayores —dijo—. Por suerte, siempre nos hemos tenido el uno al otro.

La joven se sintió mal por preguntar. No parecía que Blake hubiera tenido

una infancia fácil y no sabía si aquel era material sensible. Sin embargo, la respiración pausada de él le dio la impresión de que seguía relajado y en paz.

—Eso es bonito. Cuando murió mi madre, yo tuve a Charlotte —se sinceró. También había tenido a Noah, pero nunca había sido lo mismo.

Mia empezaba a adormilarse y lo único que deseaba era seguir escuchando la voz de Blake. Quizás a la mañana siguiente se arrepentiría de haber dicho según qué cosas, pero ahora le daba igual.

—Mia... —susurró él. Oírlo decir su nombre era música para sus oídos—. Mia, te estás durmiendo. ¿No quieres hacerlo en un sitio algo menos duro? ¿Quizás una cama?

—Sí, perdona —contestó la joven y se frotó los ojos después de incorporarse—. Vamos a mi habitación.

Capítulo 24. Joyas

Blake permanecía con la mirada clavada en las estrellas que brillaban en el techo aturquesado de la habitación de Mia. A través de la ventana le llegaba el leve murmullo de la ciudad dormida. También la suave y pausada respiración de ella. Descansaba acostada sobre su pecho y él jugueteaba con los mechones de su larga cabellera que de vez en cuando le hacían cosquillas sobre la piel. Trató de pensar en todo lo que habían hecho esa noche, desde el atraco, hasta el sexo, la cena y la conversación que se había tornado tan personal. No era la primera vez que compartía un momento íntimo con ella, pero este había ocurrido justo después de la muerte de Charlotte, cuando ambos estaban demasiado vulnerables y en shock. Ahora era diferente, era como si una puerta nueva se les abriera de pronto y los dos la atravesaran tomados de la mano. Aún no acababa de creerse que hubieran hecho semejante locura y les hubiera salido bien, ni que siguieran juntos sobre la misma cama, después de haber compartido tantas experiencias. Sentía como si en una sola noche hubiera vivido años. Se había creído incapaz de tener semejante conexión con nadie y ahora...

—Mia —susurró, de improviso, pero la muchacha se encontraba profundamente dormida. Probablemente, era mejor así, puesto que si se ponía a conversar con ella y le daba voz a todas esas reflexiones, acabaría diciendo algo de lo que se arrepentiría después. Optó entonces por cerrar los ojos y abandonarse al sueño, sin éxito. Cuando Blake dormía, lo hacía profundamente, sin embargo, conseguirlo era una tarea complicada. Quizás se debía a que en la oscuridad tenía tendencia a pensar demasiado, o quizás alguien le había golpeado muy fuerte en una zona sensible y había atrofiado esa capacidad humana que se suponía que venía de serie. Se movió un poco

para acomodarse en una postura que no alejara a la chica de él. Le gustaba sentir su cuerpo cálido junto al suyo. Aquello provocó que ella se moviera y le diera la espalda. Su culo quedó rozándole y tuvo que reprimir el impulso de despertarla para un cuarto asalto. No se consideraba un adicto al sexo, pero Mia le hacía sentir como si lo fuera.

Acabó posando una mano en su muslo por mera comodidad, aunque cuando la deslizó hacia arriba, se tuvo que gritar mentalmente un «basta». Terminó por rodear la cintura de Mia con un brazo y estrecharla aún más hacia sí. Le daba igual que se le pusiera dura de nuevo. Si no iba a poder dormir, al menos disfrutaría del momento.

No se sorprendió cuando a la mañana siguiente despertó solo, aunque sí tuvo la necesidad imperiosa de comprobar si Mia se había marchado o si seguía por ahí. La encontró en la sala, sentada sobre aquel bonito sofá, vestida con un pantalón corto y la misma camiseta de tirantes. En un extremo de la mesita en la que habían cenado había un montón de fajos de billetes ordenados en pilas. En el otro, algunas de las armas.

—Buenos días —dijo con un bostezo y se sentó a su lado—. ¿No pierdes el tiempo, eh?

Ella le dedicó una sonrisa y un ligero empujón con el hombro.

—Blake, tenemos ciento cincuenta mil dólares. ¡En un solo asalto! Si le sumo los veinte mil que ya tenía, menos gastos, tenemos un total de ciento sesenta y ocho mil. Así que nos quedarán para los dos millones de dólares unos...

—Para el carro, Mia —la interrumpió. Aún no acababa de despertarse y al parecer ella ya le llevaba horas de ventaja—. No me vas a dar todo tu dinero. Además, vamos a medias, ¿no?

—No. Será todo para que saldes tu deuda excepto las inversiones que tengamos que hacer para seguir actuando. Yo te metí en este lío, Blake. No me

debes nada.

—Técnicamente, solo lo agravaste —señaló el luchador y se pasó una mano por la cara para despejarse—. Pero da igual, mira, no seas tonta. ¿Qué hay de tus planes? ¿No ibas a largarte? ¿Empezar de cero?

A Mia se le ensombreció el rostro.

—¿Y tú? ¿No has considerado llevarte el dinero e irte, en vez de devolverlo?

Blake lo pensó. ¿Que tenía que perder realmente? ¿Su estatus de caballo ganador con los Bondaryenko? Eso ya se estaba yendo al traste. Toda su vida lo estaba haciendo. Empezar de nuevo hubiera sido genial si no fuera por....

—No puedo —dijo con el ceño fruncido—. Saben sobre mi hermana. Si desaparezco sin saldar la deuda...

—Ya —dijo ella y posó una mano sobre su rodilla—. Entonces seguiremos con el plan. Todo el dinero es para ti. Pero no podrás pagarlo de golpe, porque sospecharían. O sí, y decir bueno, ya determinaremos eso...

El luchador abrió la boca para decir algo, pero se dio cuenta de que no sabía qué responder. No se había planteado como devolverlo, pero ahora solo podía preguntarse si de verdad ella iba a entregarle todo el dinero y quedarse sin nada. Le parecía demasiado injusto.

—Tengo unos treinta mil ahorrados —ofreció sin meditarlo mucho—. Puedo ponerlo también.

—No los necesitaremos. Ya lo verás.

—Aun así —Blake hizo una mueca—. Déjame contribuir. Es lo justo.

—De acuerdo —acabó aceptando ella—. Pero si los necesitas, los recuperas.

—Está bien —la pausa que siguió a continuación se le hizo incómoda, así que buscó lo primero que se le pasó por la cabeza para remediarlo—. Ahora, aún tenemos que decidir algo importante. ¿Quién se quedará con las joyas de

Nico?

Mia soltó una carcajada.

—¿Esas horteradas? Deberíamos deshacernos de ellas, por el bien de nuestros ojos.

Blake no pudo evitar reír también.

—Conozco a un tipo. Bueno... —comentó, rascándose la nuca—. De hecho, tú también lo has conocido. ¿Recuerdas, en el patio del bar, al sujeto del tribal?

—¿Ozzie! —exclamó la rubia, y el luchador frunció el ceño inmediatamente. ¿Se acordaba de su nombre?

—Sí —dijo alargando la vocal—. Él. Podría venderlas a cambio de una buena tajada.

—¿Tiene una casa de empeños? ¿No será peligro...?

—No. Él tiene sus propias fuentes. Es de fiar.

—Perfecto. Así sacaremos más.

—De acuerdo... —asintió el luchador y refrotó sus piernas con las manos mientras pensaba que la reacción de Mia a lo de Ozzie había sido excesivamente entusiasta—. Oye ¿puedo ducharme?

—¡Oh, perdona! Claro —dijo y empezó a guardar los fajos de billetes sujetos con gomas en una bolsa de deporte, muy parecida a la que ella le había robado, según su percepción, hacía un millón de años—. Te buscaré una toalla y... ¿Piensas ir ahora?

—¿Hablas de ir a ver a Ozzie? Pensé que cuanto antes nos deshiciéramos de las joyas mejor, ¿no?

—¿Y no tienes que entrenar?

—Hoy no. —Debía hacerlo, pero aún no había decidido dónde—. ¿Tú no tienes universidad?

—Hoy no —respondió ella y tuvo la sensación de que lo estaba imitando.

—¿Es que quieres venir conmigo?

Mia lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Puedo?

Blake hizo una pausa antes de responder. Había pensado que la rubia estaba emocionada por la idea de ver a Ozzie y aquello le molestó. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué debería importarle siquiera? Decidió dejar de hacerse preguntas estúpidas.

—Sí. A fin de cuentas, estamos juntos en esto. —Dicho aquello, se levantó y empezó a andar hacia el baño. No dio ni dos pasos cuando una idea se le cruzó por la cabeza y se giró para mirarla, con media sonrisa dibujada en su rostro. Mia se había levantado en dirección a su dormitorio—. ¿Quieres ahorrar un poco de agua y ducharnos juntos?

La joven se quedó con la boca abierta y un rubor adorable cubrió sus mejillas.

—Claro... —dijo en un susurro.

La sonrisa del luchador se agrandó. Se acercó a ella, le acarició los brazos con los dedos y presionó sus labios contra su cuello. Sonrió cuando percibió que a ella se le erizaba la piel. Sin previo aviso, la agarró por las nalgas y la alzó del suelo. Butterfly pegó un pequeño grito de sorpresa, lo que no iba a negarse, le hizo bastante feliz.

—¿Qué haces? —preguntó ella al ver que Blake empezaba a caminar. A pesar de ello, no trató de bajarse, más bien puso sus brazos y sus piernas alrededor de él.

—Ir a ducharme.

Terminaron gastando bastante más agua de lo necesario.

El piso de Ozzie quedaba en uno de los tantos edificios colmena que había en Maple Park. La última vez que habían estado juntos en su barrio natal, había sido de noche. Ahora, por el día, su aspecto empobrecido y

característico de la clase obrera era mucho más apreciable. Las calles no estaban tan limpias como en el centro y la parte baja de la ciudad, pero eso a Blake no le importaba. Tenía cierto apego a la zona y, aunque ya no vivía allí, seguía conociendo a muchos de los vecinos. Recordaba con cariño la tienda de la esquina en la que tantas veces había ido a hacer la compra con su hermana, mientras su madre dormía la mona tirada en el sofá. Le había disgustado mucho cuando se enteró de que se había convertido en un restaurante de comida china. Sin embargo, el quiosquero ubicado en un pequeño parque entre edificios llenos de grafitis seguía siendo el mismo y daba la sensación de que el paso del tiempo no había hecho mella en él. Lo saludó al pasar por su lado y este, al reconocerlo, le dedicó una sonrisa.

—Joder con el niño de Katheryn, que grande se ha hecho. ¿Cómo estás? La última vez que te vi fue en esa revista que te comprabas siempre.

—Capitán —le dijo Blake—. Nos vimos hace un par de semanas. Te falla la memoria.

El quiosquero se golpeó la frente en broma.

—Estoy viejo ya. ¿Qué se le va a hacer? Bonita chica te has buscado, ¿eh? De joven yo también me volvía loco por las pelirrojas.

—Hasta luego, Capitán —se despidió el luchador. No se había dado cuenta de que tenía a Mia cogida de la mano. La miró de soslayo para ver si aquel comentario la había incomodado, pero le gustó comprobar que sonreía tímidamente. Iba vestida de Butterfly, esta vez con una peluca pelirroja que, a pesar de resaltar sus ojos, no le quedaba ni de lejos tan bien como su pelo natural.

—¿Te criaste aquí? —preguntó ella al percatarse de que la miraba. Blake asintió—. Parece un barrio acogedor.

—Hasta luego, Blake —le saludó una anciana cuando pasaron por delante de la panadería.

—Adiós, señora Simonis —respondió Blake. Era otra de las vecinas que había regentado el videoclub del barrio antes de que la televisión digital acabara con el negocio. Ahora debía de estar jubilada.

—¿Una antigua novia? —le preguntó Mia entonces. Al luchador se le escapó una carcajada. La mujer ya estaba entrada en años cuando él era adolescente, aunque seguramente habría sido deseable para alguien.

—Lo nuestro fue platónico, nunca habría funcionado —bromeó—. Es aquí.

—¿Aquí vivías?

—No. Yo vivía al final de la calle paralela a esta.

—¿Y tu hermana? ¿Sigue ahí?

—Se mudó a las afueras. El barrio le traía malos recuerdos. —Blake consideró que no era el momento de contarle que el cabrón que había dejado preñada a su hermana no se había querido hacer cargo y ahora estaba en paradero desconocido con su otra familia—. Aquí vive Ozzie.

Llamó al interfono y dijo su nombre. Al cabo de un rato le abrieron la puerta. Mia y él fueron hacia el ascensor. Una vez dentro, se permitió mirarla de arriba abajo. Llevaba puestos unos vaqueros ajustados, una chaqueta de cuero abierta y una camiseta que dejaba entrever su ombligo. Estaba condenadamente sexy. Al ver que la miraba, ella le sonrió y Blake sintió que el pulso se le aceleraba. El ascensor se detuvo con un chirrido antes de dejarle hacer nada.

—Um... —empezó el luchador. Se habían detenido frente a una puerta destartada y su mano estaba a punto de tocar el timbre—. Esta vez, déjame hablar a mí, ¿de acuerdo?

Cuanto menos hablara ella con Ozzie, mejor.

—Está bien. —aceptó Mia—. Es tu amigo.

Ozzie les abrió la puerta vestido con camiseta de tirantes y un pantalón deportivo. Iba descalzo.

—Novak —saludó sin mucho entusiasmo al ver al hombre tatuado. Luego desvió la mirada a la joven y en su cara se dibujó lo que Blake sabía que él consideraba su sonrisa seductora—. ¡Butterfly!

Con un gesto exagerado les dejó pasar.

—Capullo, si me hubieras dicho que venías acompañado, me habría puesto más presentable.

—Habrás oído decir que a veces menos es más, ¿no? —contestó el luchador mientras miraba a su alrededor. El apartamento olía a tabaco y alcohol y no estaba muy limpio, con la pintura de las paredes desconchada y algunas manchas un tanto sospechosas. Blake sabía que era un lugar frecuentado por los jóvenes del barrio cuando no tenían mucho que hacer, pero no se esperaba ver al joven luchador, Willy, sentado en uno de los sofás y jugando a la Play.

—¡Hola! —saludó este con entusiasmo.

—Estás en tu piso, Ozzie. Deberías ver cómo voy en el mío. No te preocupes por mí —aseguró Mia al dirigirse a su amigo—. Hola, Willy. ¿Ese es el FIFA nuevo?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Claro. Te voy a dar una paliza.

Blake vio cómo Mia se sentaba al lado de Willy y cogía uno de los mandos. Le encantaba su espontaneidad. Aprovechó entonces para acercarse a su amigo, sobre todo por si se le ocurría volver a coquetear con la chica.

—Necesito hablarte de algo.

Ozzie levantó una ceja y sonrió como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

—De acuerdo —aceptó y le indicó a Blake que lo acompañara a la cocina—. ¿Qué lío te ha arrastrado esta vez hasta mi humilde morada?

—No es un lío —repuso el luchador—. Necesito deshacerme de unas cuantas cosas de valor. Puedes ocuparte de ello, ¿no?

Ozzie se cruzó de brazos y lo observó con lo que parecía ser desconfianza.

—Podrías haber ido a una casa de empeño.

—¿Es que ya no te interesa ganar pasta? —dijo Blake con impaciencia.

Su amigo se rio como si esperase tal reacción y descruzó los brazos. Abrió la nevera y sacó un par de latas de cerveza.

—Aún no he desayunado —comentó el luchador cuando le ofreció una.

—La primera norma para hacer negocios con alguien es que no rechaces sus gestos de cortesía, Kingsnake.

—¿Ahora te las das de mafioso? —vaciló el luchador y agarró la cerveza.

—Puede —contestó su amigo. Abrió su lata y le dio un sorbo.

—Déjate de rollos, ya, Ozzie.

—Muy bien, ¿qué es lo que tienes?

—Son unas joyas. Tiene que ser una transacción discreta, ¿entiendes?

Blake las sacó del bolsillo. Las había envuelto en un pañuelo con estampado de cebra que le había dado Mía. Su amigo las examinó durante apenas unos segundos.

—Entiendo —dijo—. ¿A quién se las has robado?

Negar lo iba a ser una pérdida de tiempo.

—¿Eso qué importa?

—Importa porque, según de quién sean, se las podré vender a uno u a otro. Curiosamente, además, esta mañana me han contado que ayer hubo un atraco en una timba de póquer clandestina y a alguien le robaron unas joyas. ¿No sabrás nada de eso, no, Kingsnake?

—¿Qué? ¿De qué demonios hablas? —Blake intentó sonar convincente. Empezó a temer las consecuencias de esa metedura de pata. Quizás debería haber arrojado las joyas al mar y no ser tan avaricioso. Mierda, ¿y si Ozzie los delataba?—. ¿Sabes qué? —bramó—. Olvídalo. Iré a una casa de empeños.

El luchador se dio la vuelta dispuesto a irse, pero su amigo lo detuvo.

—Son de Nico Gabrielli —afirmó rotundo. Blake se planteó una nueva estrategia. ¿Debería intimidar a su amigo? ¿Darle una paliza para que guardara silencio? Joder—. Está bien. Puedo venderlas.

Blake retrocedió hacia él.

—No puedes hablar de esto o...

—Lo sé, lo sé. O estás muerto. Si vendo esas joyas, me la voy a jugar por ti. ¿Entiendes eso también, Kingsnake? ¿Pero cómo cojones se te ocurre atracar a esos tíos? Sabes que no son simples niños ricos, ¿no?

—Obvio que lo sé. Uno de los Bondaryenko estaba ahí.

—Además, tú no necesitas la pasta —continuó su discurso—. ¿Qué mierdas te ha pasado? ¿Lo hiciste con ella, con Butterfly? ¿Está metida en algún lío? —Blake no contestó y Ozzie dejó escapar un largo suspiro—. Está bien, te propongo un trato. Voy a venderte estas joyas y me voy a llevar una comisión del treinta por ciento.

—El veinte.

—¡Muy bien, Novak! —exclamó con sarcasmo—. Así se hacen los negocios. Nunca aceptes la primera oferta por muy desesperado que estés.

—El quince.

—Dejémoslo en el veinticinco.

—Hecho —aceptó Blake.

—Espera, eso no es todo. Me vas a dar algo más a cambio.

El luchador resopló impaciente.

—¿Que cojones quieres, Ozzie?

—Nada que no puedas cumplir. Verás... Sabes que últimamente me he metido en esto de las apuestas.

—Creo que hace bastante que estás metido en ellas.

—Lo que quiero decir es que me he implicado aún más. Tengo a Willy. Es mi luchador. Pero no es el único. El caso es que el chico tiene talento, pero es

muy joven y no ha tenido oportunidad de recibir mucha formación. No soy un mecenas con muchos recursos, aunque lo seré.

—Ve al grano.

—Quiero que lo entrenes. Primero a él, pero si la cosa sale bien, también a los demás. Eres el mejor para este trabajo y, sinceramente, te estás haciendo mayor. Deberías pensar en alternativas antes de retirarte.

Blake hizo una mueca de disgusto. ¿De qué coño estaba hablando? Con treinta años aún tenía toda una carrera por delante. «En el circuito profesional, quizás», recalcó una vocecita en su cabeza. «Pero no con los Bondaryenko». Pelear sin ningún tipo de límite y con la frecuencia con la que lo hacía ya era bastante arriesgado. Ahora que encima lo obligaban a perder...

—No puedo.

Ozzie dejó su lata de cerveza sobre la mesa.

—¿Y por qué no?

—Porque no tengo un jodido sitio donde hacerlo, para empezar.

—Bah, bah. Siempre tan dramático. Tu no lo tendrás, pero yo sí.

—¿En este cuchitril? —se burló Blake.

—Obviamente no. Tengo una nave industrial. No es muy grande, pero fue una ganga. ¿Qué te parece si mañana a esta hora te pasas a buscarme y te la enseño? Así me dices qué necesitas, porque aún no está completamente equipada.

—Me lo pensaré.

—¡Ah! Y una cosa más —insistió Ozzie—. También quiero un polvo con tu chica.

Blake sabía que ese hijo de puta lo estaba vacilando, pero no pudo evitar dedicarle una mirada asesina. Su amigo rompió en carcajadas.

—Era broma, joder. Las chicas de los amigos no se tocan —aseguró—. Eso sí, cuando te canses de ella, avísame.

Aquellas palabras deberían haberle cabreado, pero lo único en lo que llegó a pensar fue ¿«cuando»? Levantó la vista y observó por la puerta entreabierta de la cocina cómo Mia celebraba un gol desde el sofá. Sintió una especie de opresión en el pecho. Era mucho más probable que ella se cansase de él y no a la inversa.

—Hora de irnos —dijo, sin mucho ánimo, mientras atravesaba la sala y se dirigía directamente a la puerta.

—Quiero la revancha —protestó Willy.

—Supéralo, pequeño. Una chica te ha dado una paliza al FIFA. No hay revancha que valga —se jactó Butterfly. Después de despedirse de Ozzie, fue tras el luchador, que ya la esperaba en la puerta del ascensor—. ¿Venderá las joyas?—le preguntó una vez estuvieron solos.

—Sí.

—¿Y por qué esa cara?

—¿Qué cara? —inquirió Blake.

—Como si se te hubiera muerto el gato o algo así.

—Odio a los gatos —contestó el luchador sin pensarlo.

—¡Oh! ¡Venga ya! ¡Nadie puede odiar a los gatos! ¡Si son adorables! —Mia le cogió de la mano al salir a la calle—. Ya sé lo que te pasa. Tienes hambre. ¿Me llevas a desayunar?

Blake tuvo ganas de contestarle que la adorable era ella, pero se lo calló. Suficientes estupideces había dicho ya.

—¿Te gustan las tortitas? —preguntó él.

—Tanto o más que los gatos.

Blake sonrió.

—Entonces ya sé a dónde ir. Puede que además de tortitas, también sirvan gatos.

—Suena perfecto.

¿Cuántas horas seguidas llevaba al lado de Blake? ¿Dieciséis? ¿Dieciocho? Había perdido la cuenta. No se cansaba de estar con él. Es más, se había olvidado de que había todo un mundo esperándola ahí fuera. Había faltado a clase, otra vez, aunque eso no era nada nuevo. No había dormido en su casa, otra vez, y ni siquiera se había preocupado de dar señales de vida y mucho menos mirar su teléfono. De hecho, lo llevaba apagado desde la noche anterior. No quería que nada le estropeará el momento. Iba con él cogida de la mano por un barrio que, a pesar de estar en su misma ciudad, desconocía por completo. Fantaseaba con la idea de haber echado por fin a volar, de haber conseguido empezar de cero, y de estar ante un abanico lleno de nuevas posibilidades al lado de un tío genial. Sabía que era una mentira, pero le gustaba soñar y trataba de alargarlo todo lo posible antes de despertar.

Blake la llevó a una cafetería no muy lejos de donde se encontraban. En la fachada había unos enormes ventanales que dejaban entrever el interior. Dentro, el ambiente era cálido, con paredes y muebles de madera. No le sorprendió que dos hombres cerca de la barra saludaran efusivamente al luchador en cuanto lo vieron. Blake parecía un tipo bastante popular entre sus antiguos vecinos. Ella jamás había disfrutado de un ambiente semejante cuando era una niña, encerrada en su torre en las colinas y asistiendo a un colegio privado. Su vecindario consistía en una serie de reyes, reinas, príncipes y princesas, todos atrincherados en sus propias fortalezas.

Mía tomó asiento en una mesa junto a una de las ventanas y esperó a que Blake regresara. Miró la carta y vio que más allá del especial de tortitas, no había mucho donde elegir.

—¿Ya te has decidido? —preguntó el luchador al reaparecer frente a ella.

—Especial de tortitas, por supuesto. Y un tanque de café.

Una camarera se acercó a ellos, una bastante guapa.

—¡Blake Novak! —exclamó—. ¡Quién te ha visto y quién te ve! Parece que

te ha sentado bien dejar las peleas.

Mia arqueó una ceja. ¿Quién era esa? ¿Una antigua novia, quizás?

—¿Quién te ha dicho que las he dejado? —El luchador se levantó y le dio un caluroso abrazo—. Hola, Cheryl. ¿Cómo va todo?

—Ya. Pensé que esos músculos venían de fábrica. Por aquí ya ves que todo sigue como siempre. ¿Y tu hermana?

Mia se sentía incómoda. ¿A qué venía ese comentario sobre sus músculos?

—Está muy bien. —aseguró el luchador rápidamente. Entonces, por fin le dedicó una mirada a Mia—. Cheryl, esta es Butterfly.

—¿Butterfly? —La camarera alzó una ceja—. Qué nombre más raro.

—Sí, a mí también me gusta —murmuró Mia.

La camarera se encogió de hombros y volvió a mirar al luchador.

—¿Y cómo le va a Jessica?

—Perdona, ¿podrías traer el especial de tortitas y café? —la interrumpió Mia.

Notó que la camarera la miraba con una expresión de desdén. Fue un breve duelo de miradas durante el cual ninguna parpadeó. La camarera acabó por rendirse y sacó su libreta del bolsillo.

—Un especial de tortitas...

—Dos —intervino Blake—. Y bastante café. Gracias, Cheryl.

La intrusa por fin se retiró y Mia clavó sus ojos en el luchador, dispuesta a hacerle unas cien preguntas, pero antes de que pudiera sacar ninguna, él suspiró aliviado y la agarró de la mano. Todo pensamiento se evaporó automáticamente de su mente.

—Gracias por salvarme —le dijo Blake y a ella se le dibujó una sonrisa estúpida en la cara. No sabía muy bien de qué lo había salvado, pero se sintió absurdamente orgullosa por ello.

Todo parecía volver a ir sobre ruedas mientras bebían café y charlaban

sobre las últimas escuchas que les había ofrecido Andrei. Aún no habían sacado nada sustancioso para realizar un segundo golpe, no obstante, Mia estaba segura de que no tardaría en venir. Los Bondaryenko eran una fuente de corrupción inagotable.

Blake atacó su plato y trató de robarle una de las guindas. Ella aprovechó para robarle la suya y se la comió sin darle tiempo a impedirse. Habían vuelto a una dinámica juguetona y tierna. No se estaban besando, pero las muestras de cariño eran constantes. ¿Era posible que él estuviera sintiendo algo por ella? ¿O sería así con todas? Se preguntó entonces cuál era la historia de él y Jessica. Tal vez había sido su primer amor, le había roto el corazón y ahora se dedicaba a ir de flor en flor esperando encontrar a la adecuada. Quizás Mia era la adecuada.

—Joder, no me puedo creer que estés aquí —exclamó una voz femenina. Mia alzó la mirada para encontrarse con una rubia de ojos oscuros y piel bronceada—. ¡Blake!

—¡Gina! —exclamó el luchador con una sonrisa.

«¡Me cago en todo!», pensó Mia. La tía en cuestión tenía unas piernas kilométricas y no lo disimulaba. Iba con una falda tan corta que cuando se agachase, ¡sorpresa!

—¡Estás impresionante! —le dijo ella y le puso la mano sobre el hombro—. Por ti no pasan los años. ¡Madre mía! ¿Se puede saber dónde has estado todo este tiempo? Ya nunca te vemos por aquí.

—En realidad vengo de vez en cuando, aunque no suelo quedarme mucho. Tú también estás fenomenal.

—Pues deberías. Se echan de menos los hombres de verdad en el barrio.

¡A la mierda! ¿Pero esa tía qué se creía? A Mia le dolía el ceño de tanto fruncirlo.

Estuvo a punto de volver a intervenir, pero se quedó con la boca abierta al

escuchar lo que él le dijo:

—Es que ninguno es suficiente hombre para ti, Gina.

Mia percibió que él le sonreía muy pagado de sí mismo y doña Piernas Largas le hacía una especie de caída de ojos. Siguieron hablando, pero no quiso escucharlos más. ¿Tan estúpida había sido de creerse especial? Estaba claro; Blake Novak era un jodido seductor que sabía muy bien cómo tratar a las mujeres para que perdieran el culo por él. Lo había conseguido con ella. ¿Cómo había sido tan tonta? No le gustaba enamorarse de hombres así. Con Mike ya había tenido suficiente. Podía ser que fuese una anticuada, pero no le gustaba compartir. A partir de ahora volvería a ser fría como el hielo, sí. Solo sexo, nada más.

Sacó su teléfono porque necesitaba distraerse. Si a esas alturas ya le dolía, no quería ni imaginarse qué sería de ella si se colgaba de él.

Como ya iba siendo costumbre, un montón de notificaciones le aparecieron en la pantalla. Lo puso en silencio para no molestar a la puta pareja y se puso a mirar quién le había estado dando el coñazo. Tenía dos llamadas perdidas de su padre y una de Noah. Luego miró los mensajes. Todos eran de Noah, que le decía que lo llamara en cuanto pudiese. Bien, pues ahora podía.

—Ya era hora, Mia. ¿A estas horas te levantas? Es casi mediodía.

—Hola, Noah —respondió paciente, aunque la verdad era que estaba de un humor de perros.

—¿Dónde estás? Oigo voces.

—Desayunando en una cafetería.

Y no era mentira.

—¡Ah! ¿Estás por el centro? Puedo pasarme.

—No. En nada tengo una clase. ¿Qué es lo que querías?

Finalmente se vio obligada a mentir.

—Me gustaría hablar en persona —sentenció él.

—Noah, no tengo mucho tiempo así que...

—Está bien. Como quieras. Nico me lo ha contado.

—¿Te ha contado qué? —preguntó Mia y por un momento se asustó.

—Qué fuiste a esa puta timba de póquer con el Bondaryenko. ¿Tú lo ves normal? ¡Pero si tiene diecisiete años!

Mia tuvo ganas de darse un tortazo. De todas las cosas que se le podían echar en cara, Noah había elegido la más absurda e insignificante. Le dieron ganas de gritarle que había hecho mucho más que eso, pero se contuvo.

—Solo fue una cita. Relájate, Huesos —respondió, lo más tranquila que pudo—. Él no paraba de pedírmelo, así que se lo concedí.

—Y te llevó a ese antro. ¡No quiero que vuelvas allí!

—¿Perdona? —dijo ella despacio. Su enfado iba en aumento—. Tú sí que puedes ir y yo no. ¿Me puedes aclarar cuál es la puta diferencia?

—Tranquilízate, Mia. Yo no voy casi nunca. Sí, es cierto que he tenido que asistir dos o tres veces, pero lo hago por negocios. ¿Acaso no viste que se ponen hasta el culo y se juegan un montón de pasta a lo idiota? Si tu padre se entera...

—¿Se lo vas a decir tú? —lo retó. Le extrañó que no le preguntara cómo lo sabía. Mucho mejor así.

—Claro que no —contestó él—. Pero tienes que prometerme que no volverás. Ayer les atracaron a punta de pistola, ¿sabes? Joder, es que no hago más que preocuparme por ti y tú me lo pones muy difícil.

Mia no tenía ni idea de que las noticias volasen tan rápido. ¿Estaría enterado su padre de esas timbas? Quizás sí y hacía la vista gorda. O quizás no y ahora la bronca le iba a caer a su primo.

—¿Alguien salió herido? —preguntó con fingida sorpresa.

Hubo una pausa al otro lado.

—Nico tuvo que visitar el hospital —respondió finalmente su amigo—.

Tiene la mano enyesada, pero se pondrá bien.

—Qué pena —ironizó ella y escuchó la risa que se le escapó a Noah.

—No seas mala.

La conversación se destensó. Últimamente discutían demasiado y a Mia no le gustaba. Quería a su amigo de vuelta.

—Bueno, Noah. No quiero que te preocupes tanto por mí. Sé cuidarme sola.

—Sé que sabes cuidarte sola, pero me gustaría pensar que en mi situación, tú harías lo mismo por mí.

—Sabes que sí lo haría —respondió Mia automáticamente. No lo había visto de esa forma y la invadió el remordimiento. Su amigo podía ponerse muy pesado con según qué cosas, infravalorarla, o no estar siempre que lo necesitaba, pero no iba a negar que ella le importaba y, para ser justos, ella tampoco se había portado muy bien con él—. Lo siento.

—¿En serio no podemos vernos?

—Quizás luego. Te llamo, ¿de acuerdo?

—Está bien —aceptó él.

Esa era una de las razones por las que a Blake no le gustaba pasearse por su barrio de día. Todo el mundo se creía con derecho a hacerle preguntas incómodas o a realizar juicios sobre él, aunque no fueran malintencionados. Mia debía de pensar que se había criado entre locos. Tenía que reconocer, no obstante, que encontrarse a Gina le había traído buenos recuerdos. Habían ido juntos a secundaria y se lo habían pasado de miedo con sus locuras. Hablar con ella le había puesto un poco nostálgico. En aquellos tiempos la vida era mucho menos complicada y cometer errores no traía graves consecuencias.

—Deberías venir más veces —le dijo Gina—. Podríamos ir a tomar algo a Paddy's. ¿Te acuerdas de ese antro, no?

—Cómo no acordarme. —Los baños de ese bar habían presenciado más de un encuentro íntimo, o no tan íntimo, dependiendo de cómo se mirase, y los

dos habían sido asiduos desde mucho antes de que tuvieran la edad legal para entrar. Sin embargo, no le pareció apropiado mencionar eso teniendo a Mia al lado. La misma Mia que probablemente se estaba aburriendo, y mucho. Una mirada bastó para comprobar que aquello era cierto, dado que se había puesto a hablar por teléfono. Al escuchar unas cuantas palabras de lo que decía, el corazón de Blake hizo una voltereta y acabó en su garganta. Apenas le prestó atención a Gina mientras se despedía.

—¿Qué dijo? —preguntó sin rodeos apenas ella hubo colgado.

—¿Dónde está Gina? Quizás debería haber salido a hablar fuera para dejaros algo de intimidad. Disculpa mis modales, Blake.

—A la mierda con Gina —respondió el luchador impaciente—. Sé que fue Noah. ¿Qué te dijo? ¿Sabe algo?

—¿A qué te refieres? ¿Y que más te da si sabe algo? Es mi amigo, ¿sabes?

Blake la observó perplejo. ¿En serio le estaba haciendo esto? ¿Después de haber dicho que iba a ayudarlo?

—Tu amigo —repitió—. Que reporta cada paso que da a tu padre. Tu misma lo dijiste, ¿o no? ¿Me he perdido algo? Perdóname si intento averiguar qué tan jodido estoy en este momento.

—No te preocupes, Blake. No sabe nada que pueda joderte la vida. De hecho, debería irme, no vaya a ser que yo sin querer te la joda.

Mia se puso en pie y sacó un par de billetes arrugados de su bolsillo que dejó sobre la mesa.

—Eso no fue lo que quise decir —dijo Blake y la cogió de la muñeca para que no se fuera. Joder, ¿cuándo se había descarrilado aquella conversación? —. No me refería a ti y a mí, sino al golpe —añadió en tono más bajo.

—Pero yo sí, Blake. ¿Crees que es buena idea que nos vean juntos? Ya te he hecho suficiente, ¿no crees?

El luchador tuvo la impresión de que había viajado en el tiempo y que la

Mia que tenía enfrente era la que lo había juzgado como un hombre de su padre. Como si todo lo que habían construido juntos se derrumbara cual castillo de naipes al que un golpe de viento había sorprendido.

—Lo que creo es que sin tu ayuda no lograría salir de esta, así que ya ves, puede que estés equivocada.

Mia dejó escapar un suspiro. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—No pensaba dejar de ayudarte.

Blake le soltó la muñeca y dejó que se fuera. No quería hacerlo. Quería perseguirla, pedirle que se quedara, terminar las tortitas, el asqueroso café y luego...

«¿Y luego qué?», se preguntó. «Es la hija del puto Luca Gabrielli, ¿o es que se te ha olvidado eso, pedazo de imbécil? Y el objeto de deseo de uno de sus pupilos. ¿Y tú qué eres, Blake? ¿Tú que eres?».

No le hizo falta responder a esa pregunta. Ya lo sabía muy bien. Nadie.

Capítulo 25. El Diablo

Durante los cinco días siguientes, Mia no había dejado de pensar en Blake. Se odiaba a sí misma por hacerlo, pero no podía evitarlo. Su relación con Mike le había enseñado muchas cosas, en especial errores que no quería volver a cometer. El luchador parecía hecho bajo el mismo patrón que su ex: atractivo, interesante y un imán constante para todas las mujeres. En cuanto una chica bonita se le había puesto a tiro, se había comportado con ella como un gilipollas. De ser su centro de atención, había pasado a ser invisible. Exactamente como tantas veces le había hecho Mike. No estaba dispuesta a pasar por lo mismo otra vez. «Y aunque no fuera así», se dijo, «soy Mia Gabrielli y él lo sabe. Las complicaciones que serlo comporta son demasiadas para plantearse nada».

Por eso, cuando la llamó Alexander Costello, el hermano mayor de Charlotte, sintió una retorcida satisfacción. No era que él le gustara, en absoluto, pero trabajar con alguien más en esto le hacía sentir menos dependiente del luchador. Podía vengarse sin tener que contar con Blake. De hecho, prefería relacionarse con él solo para conseguir dinero y dar golpes. En lo referente a la muerte de su amiga, era su responsabilidad.

Mientras se acababa de calzar unos *stilettos* rojos y se ajustaba el largo de su vestido verde, su teléfono sonó para indicarle que tenía nuevos mensajes de WhatsApp. Al mirar la pantalla, su corazón dio un brinco e inmediatamente se enfadó consigo misma por ello. Eran de Blake.

Grumpy: Hola. 17:04

Grumpy: ¿Estás en clase? 17:05

Estuvo a punto de contestar, pero se lo pensó mejor, resopló y guardó el

teléfono en su bolso. Se dijo que no quería llegar tarde a la cita, aunque la verdad fuera que deseaba hacer sufrir al luchador.

Su padre no estaba en casa, como de costumbre. Dolores le había dicho además que esa noche no vendría a cenar. No le dio ningún motivo, pero la joven se imaginó que habría hecho planes con su prometida, que había tomado por costumbre dormir en su casa noche sí y noche también. A esas alturas le había dejado de molestar. Si Karen sabía cómo era realmente su padre y lo aceptaba, era una hija de puta como él. Si no lo sabía, acabaría por darse cuenta, y entonces volvería al agujero del que había salido.

Mia subió a su coche, arrancó el motor y se dirigió hacia la zona deportiva que rodeaba el estadio de los Costello. Por el camino, su teléfono volvió a sonar y, tratando de no colisionar con el coche que tenía delante, miró rápidamente la pantalla.

Grumpy: ¿Alguna novedad respecto a nuestro proyecto? 17:15

«¡Ja!», soltó Mia. «¿Eso es todo lo que te importa, no? El puto dinero. Como a todos». Dio un golpe al volante fruto de la rabia que le dio pensar que la estaba utilizando. ¿Y si solo se la había tirado para mantenerla contenta y colaborativa? Pensó en Andrei y se dio cuenta de que lo que ella le estaba haciendo al niñato ucraniano no distaba mucho a lo que podría estar haciéndole Blake a ella. Era humillante, pero, ¿acaso podía culparlo? Ella estaba a punto de hacer lo mismo otra vez, aunque esperaba no tener que llegar tan lejos como con Andrei. Alexander no era un niño de hormonas alteradas. Por lo que Charlotte le había llegado a contar de él, era bastante frío y despiadado, requerimiento indispensable para todos los que estaban colgados en la pared del apartamento de Charlotte. Aún no sabía cómo era que Noah había sobrevivido tanto tiempo, puesto que estaba segura de que él no era

ninguna de las dos cosas.

Aparcó su Fiat dentro del complejo deportivo, al lado de las oficinas. En la puerta estaba Alexander, esperándola. Nunca se había fijado mucho en él y, ahora que lo tenía delante, Mia pudo apreciar el tremendo parecido que había tenido con su hermana. A excepción del color de los ojos, sus rasgos exóticos y sobrios, su forma de moverse, la curvatura de su mandíbula, incluso el puente de su nariz, guardaban semejanza. Era guapo, quizás no tanto como lo había sido Charlotte, pero lo suficiente como para ser atractivo. Si no hubiera sido por todo lo malo que había escuchado de él, siempre en boca de su propia hermana, habría considerado conocerle. Sin embargo, el destino los había unido, y no de la mejor de las maneras. Podía ser que su hermana no le importara en vida, pero su asesinato había sido un agravio. Sus intereses de venganza, por tanto, coincidían, y había sido ella, en el funeral, quién decidiera que sería un buen aliado. Realmente no había esperado que la tomara en serio, pero ahí estaban los dos.

—Bonito coche —dijo al verla, y Mia no supo deducir si se estaba burlando de ella—. Estás preciosa, muchacha. —Mia le agradeció el cumplido y dejó que él le diera un beso en la mejilla izquierda y otro en la derecha, costumbre italiana a la que no estaba muy acostumbrada—. Ya te imaginas por qué te he llamado, ¿no?

—Sí. ¿Tienes algo?

Alexander asintió y se acercó mucho más a ella. Mia se sintió un poco intimidada. Tenía una forma de moverse altiva, amenazadora, muy en desacuerdo con su tono de voz, siempre cordial.

—Tengo algo —susurró. La muchacha contuvo su respiración—. Pero tienes que saber que si aceptas, no hay vuelta atrás, Mia. Dijiste que estabas dispuesta a hacer cualquier cosa. ¿Sigue en pie?

Por unos momentos, la rubia dudó. Su mirada inquisitiva le estaba

infundiendo miedo.

—Sí —aceptó finalmente—. Cualquier cosa.

—¿Incluso aunque transgreda los límites de lo prohibido?

—Sí —repitió la joven. El pulso se le había acelerado.

Alexander esbozó una sonrisa satisfecha.

—Sé la concepción que tienen todos de ti, Mia: la inocente hija de Luca Gabrielli que no se entera de nada. ¿Y sabes qué creo? Qué están ciegos, ciegos y equivocados.

Una punzada de miedo atravesó el corazón de Mia al pensar que podría saber de su identidad como Butterfly. Y peor, de lo que había hecho con Blake. Sin embargo, esta vez no iba a dejar que el pánico la apresara y terminara delatándose sola. Con gesto determinado le sostuvo la mirada y respondió:

—Lo están.

—Y no sabes lo que me alegro —dijo él y se acercó tanto a su oído que Mia pudo notar su aliento golpear en su cuello—. Tengo a uno de los asesinos y va a morir esta noche.

La información le heló la sangre y tuvo la certeza de que no le estaba tomando el pelo. Aunque apenas podía respirar, sus pensamientos iban a mil por hora. ¿Por qué se lo decía? ¿Qué era lo que esperaba de ella?

—Te preguntas por qué te digo esto.

—No.

—¿No? —interrogó él sin apartarse ni un solo milímetro.

—Quieres darme la oportunidad de elegir si lo quiero hacer yo.

Alexander soltó una carcajada.

—Eres hija de tu padre.

Mia frunció el ceño. Estaba confundida. No sabía cómo tomarse aquella afirmación. Quizás era verdad. Después de todo, estaba cruzando los límites de una manera que jamás se había atrevido a imaginar. Podía ser que el fin

justificara los medios, pero las decisiones que estaba tomando eran suyas y de nadie más. No estaba obligada a hacer nada y, sin embargo, quería.

—Lo haré.

El Costello asintió y puso una mano sobre su hombro.

—No lo decidas aún. Te llevaré ante él. Tal vez solo quieras mirar.

Mia estaba sentada al lado de Alexander en la parte de atrás de un Audi conducido por el chófer personal de los Costello. Los ojos de él no dejaban de escrutarla mientras que ella, fingiéndose distraída, leía el último mensaje de Blake.

Grumpy: Hay algo de lo que quería hablarte.
¿Tienes tiempo ahora? 17:47

Siguió sin responderle. No tenía tiempo. No ahora. Lo que le esperaba al final del trayecto requería de toda su atención. Estaba a punto de dar un paso, que tal y como le había augurado Alexander, marcaría un antes y un después en ella. ¿De verdad sería capaz de ejecutar la venganza a sangre fría? ¿De arrebatar una vida por la que a ella le habían quitado? Estaba a punto de comprobarlo.

La nave industrial a la que la condujeron estaba a las afueras de la ciudad. No tenía ni idea de dónde exactamente, pero aquel lugar estaba alejado de la civilización, al menos lo suficiente para que una ráfaga de disparos no llamara la atención de nadie. Claro que esa gente utilizaría silenciadores, ¿no?

Grumpy: Puedo pasarme por la universidad a buscarte, si quieres. Si es que aún estás ahí. 18:28

Mia puso su teléfono en silencio y lo guardó en el bolso. Alexander la estaba esperando con la puerta del coche abierta y le tendió la mano para

ayudarla a bajar. No se imaginaba que el hermano de Charlotte fuera tan caballeroso.

—Antes de entrar, quiero decirte algo. Para mí es importante. —Mia alzó las cejas e intentó disimular la tensión que contraía sus músculos y hacía que le sudaran las palmas de las manos—. Sé que respecto a Charlotte, tú siempre has sido más familia para ella que yo. Las circunstancias hicieron que nos distanciáramos y no pudiera estar a su lado como se merecía. Quizás no me creas, pero me arrepiento. Uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde — Alexander hizo una pausa y contrajo el rostro en una mueca de pena. Parecía sincero. Sin embargo, Mia no las tenía todas con ella—. Es por ello que quiero darte esta oportunidad. Porque la mereces, mucho más que yo. Pero también quiero que sepas que si no quieres hacerlo, yo lo haré por ti, y por ella. Sobre todo por ella.

Por un momento Mia pudo respirar. De alguna forma aquello le hizo sentir que tenía la oportunidad de elegir, que no era tarde para ella. No obstante, él tenía razón en algo: Charlotte había sido como una hermana. Alexander no. ¿Quién si no debería ejecutar a uno de sus asesinos si no ella? ¿Debería dejarle cargar a otro con la responsabilidad? Agradeció su honestidad, pues sabía, en efecto, que Charlotte y él hacía mucho que no congeniaban.

—La echo de menos —susurró.

—Lo sé —dijo Alexander en tono bajo. Acto seguido, apoyó una mano en la parte baja de su espalda y señaló la puerta del almacén—. ¿Estás lista?

Un par de hombres armados los esperaban en la puerta. Había tres coches más apostados fuera, por lo que Mia dedujo que había unos cuantos más de ellos en el interior.

—Sí —se escuchó decir, y aunque sonó con convicción, no era cierto.

Alexander la guio al interior sin apartar la mano. En efecto, más hombres los custodiaron por unos pasillos. Ya había anochecido, pero apenas había

luces artificiales alumbrando el camino. La maquinaria de aquella nave producía grotescas sombras en el suelo y Mia tuvo la sensación de estar dirigiéndose a las profundidades del Averno. Como si aquello fuera una metáfora de lo que estaba a punto de vivir, de pasar finalmente al lado más oscuro.

—Es aquí —le informó Alexander y señaló una habitación con ventanales que antiguamente debía de haber sido un centro de mandos o una oficina. Dentro había dos hombres más, y entre ellos, un tipo sentado en una silla, atado de pies y manos y con signos de haber sido golpeado. Lo reconoció al momento: era Keith Schmidt, cuyo ADN había aparecido en las uñas de Charlotte.

Mia lo observó en silencio. Trataba de dilucidar qué le producía la visión de aquel monstruo. «Nada», pensó incrédula. Ni pena, ni rabia, ni compasión, ni odio. Como si fuera un objeto más de la escasa decoración.

Quizás debía acercarse, mirarlo a los ojos y preguntarle por qué. Aunque eso último fuera una estupidez. Ya sabía por qué. Se lo habían ordenado.

—¿Ha dicho algo? ¿Quién lo contrató?

Formular aquellas preguntas en voz alta le produjo una descarga de terror. ¿Y si había confesado que había sido su padre? ¿Y si la habían llevado allí, no para ejecutar, sino para ser ejecutada? Qué mejor venganza que matar a una hija por la muerte de otra.

—Sí —respondió Alexander y trató de agarrarle la muñeca, pero ella se sobresaltó y la apartó de un brusco movimiento—. Tranquila, Mia.

Ella lo miró asustada. ¿De verdad había sido tan idiota? ¿De verdad?

—¿Qué fue lo que dijo? —volvió a preguntar.

Alexander le hizo una seña a uno de sus hombres y este le dio una bofetada al rehén para que se despertara.

—Pregúntaselo tú misma —le ofreció el Costello.

Tenía que ser una trampa. ¿Y ahora qué? ¿Iba a morir ella también? Cerró los ojos y deseó estar equivocada. Que todo fuera a causa de su paranoia. Que Costello la considerara de su bando y no del ajeno. Si no era así, no tendría escapatoria.

Mia se tragó sus temores y se encaminó a la habitación donde estaba el rehén. Lo miró a los ojos y el balazo que había acabado con la vida de Charlotte retumbó en sus pensamientos. Ahora empezaba a sentir más allá de su propio terror. El miedo se convirtió en rabia en tan solo un pestañeo. Solo esperaba que si moría, por lo menos sirviera de castigo a quien había provocado todo aquello, su padre.

—¿Quién te contrató? —preguntó ella con una voz que no reconoció.

Alexander se puso a su lado. Sostenía un pistola, quizás con la que pensaba matarlos a ambos. Entonces, para su desconcierto, tomó el brazo de Mia y se la puso en la mano. Luego le acarició el antebrazo. El gesto hizo que se le erizase la piel, pero no despegó su mirada del hombre atado.

—Quién. Te. Contrató. —insistió y, esta vez, le apuntó a la cabeza con la pistola.

El sujeto la miró. Tenía un ojo tan hinchado que ni podía abrirlo, la nariz rota y le faltaban unos cuantos dientes. Sin embargo, abrió la boca y, con cierta dificultad, contestó:

—Se hace llamar Jack. Dirigió la operación. Éramos tres bajo sus órdenes. Mi hermano, un tipo cuyo nombre nunca se nos dijo y yo.

Aquello no era lo que Mia esperaba oír. Estaba tan segura de que iba a escuchar a esos labios pronunciar el nombre de su padre, que por unos instantes no pudo más que observarlo atónita. Luego, un fuerte sentimiento de frustración la invadió. ¿Es que ese tipo también la estaba tomando por idiota?

—No creas que no voy a dispararte, imbécil —sentenció—. ¿Quién os contrató a todos? ¿Quién ordenó la operación?

—Jack. No sé más.

—Oh, sí que sabes más —intervino Alexander—. Díselo.

Mia desvió por un momento su atención al Costello. Seguía a su lado. Cerró los ojos y se esforzó para no temblar.

—Jack se quedó con el dinero, pero no era lo que estábamos buscando.

—¿Qué?

—Mi hermana robó dos millones de dólares a ese tal Jack —explicó Alexander—. O eso es lo que dice esta rata.

Mia no entendía nada. Estaba hecha un manojo de nervios y su cabeza iba a mil por hora. Si Costello sabía lo de los dos millones de dólares, no tardaría en atar cabos y descubrir que el tal Jack era su padre. Sin embargo, parecía no saberlo aún y eso le daba cierta ventaja. No obstante, la pelota se estaba haciendo muy grande. ¿Acabaría Blake implicado también? La cifra no iba a ser considerada una puta casualidad.

—El dinero no era el objetivo —insistió el rehén—. Era un puto teléfono. Uno con una información valiosa. No tengo ni idea de cuál. Las órdenes eran matar a quien lo tuviera y recuperarlo. Nunca apareció.

—¿Y los matasteis de todos modos? —gritó Mia.

—Yo solo seguía las órdenes de Jack. Es mi puto trabajo —gruñó el rehén.

—Un trabajo de mierda —bufó Mia y su dedo se posicionó de nuevo en el gatillo. Iba a hacerlo, iba a disparar. Ese hijo de puta ni siquiera se arrepentía.

Una ráfaga de disparos sacudió los cimientos del edificio. Mia no tuvo tiempo a reaccionar cuando Alexander se le echó encima. Pensó que iba a matarla y le costó unos cuantos segundos darse cuenta de que su intención era protegerla.

Le arrebató el arma a Mia y disparó a Keith. La joven, pasmada, vio cómo el hombre moría en el acto. Le había dado en un puto ojo, ¡en un puto ojo! Casi podía ver a través del agujero el otro lado de la pared.

Una arcada le subió por la garganta. El suelo estaba lleno de sangre y sesos. Abajo, no se dejaban de escuchar balazos. Los dos hombres que estaban en la habitación con ellos se habían posicionado para disparar a cubierto. Apareció un tercero con un *walkie* y se lo dio a Alexander.

—¿Qué coño pasa? —preguntó el hermano de Charlotte.

—¡Joder! Mitch y Gael han caído. ¡Joder! Es un puto grupo armado. Han entrado de pronto.

—¿Cuántos son? —El tono frío y profesional de Alexander impresionó a Mia. ¿Acaso eran esas situaciones habituales para él?

—No lo sé. ¿Diez? ¿Quince?

—¿Hay vía segura?

Se hizo un silencio y otra voz contestó.

—La zona sur por el momento está despejada. Cambio.

Alexander miró a sus hombres y les hizo unas señas que Mia no supo interpretar. Seguía agachada y la sangre estaba a punto de alcanzarle las rodillas. Las ráfagas de disparos continuaban y el ruido era ensordecedor. Volvía a experimentar una situación extrema, y no se refería al atraco de la timba de póquer, dónde no había dudado ni un momento de su capacidad, sino al momento en que había visto a Charlotte morir.

—Llévala por la zona sur. Sácala de aquí. ¡Ahora! —gritó Alexander. La joven notó cómo la sostenían y pasaba de unos brazos a otros.

—Ten —le dijo el Costello y puso la prueba del homicidio en sus manos—. Si te sientes amenazada, dispara. No dudes. Solo hazlo. Te van a sacar de aquí.

Mia quiso preguntarle qué estaba sucediendo. Hacía un momento había pensado que él era el puto diablo, y ahora, ahora estaba tratando de salvarla. ¿De qué? ¿De quién?

Se dejó arrastrar escaleras abajo por una zona distinta a la que habían

accedido. No había luz, estaban a oscuras. Unas cuantas veces sus brazos y piernas chocaron con la maquinaria y el mobiliario que había desperdigado. Iba agachada, con ese hombre cubriéndole la espalda. La movilidad era muy limitada.

De pronto él la obligó a detenerse. Lo hizo agarrándola con tanta fuerza que Mia sospechó que sus dedos habrían dejado marca en su piel. Se escuchó a alguien correr y pasó de largo. Después un disparo, muy cercano, y el ruido seco de un cuerpo chocar contra el suelo. Mia se preguntó quién sería la víctima, de qué bando. El empujón que recibió por parte de su improvisado guardaespaldas le dejó claro que no se iban a quedar a averiguarlo.

Agachada y tropezando con todo lo que había a su paso, por fin salió del recinto, o más bien la arrastraron fuera de él. Tenía la impresión de que el tipo no la había cargado a su espalda únicamente porque necesitaba una mano para sostener la pistola.

—Cuando diga tres, sal corriendo y resguárdate detrás de ese coche. ¿Entendido?

Mia dirigió la mirada hacia dónde él le indicaba. Había dos coches. ¡Dos! ¿A cuál de ellos debía dirigirse? Estaba tan nerviosa que simplemente se quedó con la boca abierta hasta que escuchó el tres. Se puso a correr, consciente de que tras ella alguien disparaba. Quizás era su guardaespaldas. Quizás no. ¿El coche negro? ¿El coche azul? Antes de tomar la decisión, uno de sus tacones se partió y cayó de bruces al suelo. Sus rodillas frenaron la caída y su piel se desgarró por la fricción. Fue doloroso, pero el pánico de ser el objetivo de una bala le dio fuerzas. Decidió que en cuanto se levantara, iría en dirección al coche azul.

—¡Por aquí! —le dijo alguien y notó como sus manos la sujetaban de los brazos y la obligaban a ponerse en pie. No era su guardaespaldas, era otro hombre al que no había visto antes, y si lo había hecho, no se había fijado. Se

giró lentamente para mirar el panorama que dejaba atrás. Reconoció en el suelo al que la había estado protegiendo. No se movía. ¿Había muerto? ¿Qué mierda de decisiones había estado tomando para llegar a una situación semejante? ¿Qué había pasado con su vida? Tenía que ser una puta pesadilla, no había otra explicación. Y de ser así, ¿cuándo coño iba a despertar?

El hombre en cuestión la metió en el coche de un empujón y cerró la puerta. Mia se incorporó mientras él subía al asiento del conductor y ponía el coche en marcha. Con un acelerón, salieron disparados de allí.

—Contesta, Stan, ¿La habéis sacado ya? —Mia reconoció la voz de Alexander, que sonaba desde un *walkie*.

—Soy Bob. Stan ha caído.

—¡Joder! —escuchó que maldecía—. Llévala a un sitio seguro y vuelve cagando leches. ¿Me oyes?

—Oído.

Mia se tranquilizó al comprobar que el que conducía era un hombre de los Costello. Había barajado la posibilidad de que no lo fuera, teniendo en cuenta su puta suerte.

—¿Estás bien? No te habrán herido, ¿no? —le preguntó este y la miró por el espejo retrovisor.

—Estoy bien —susurró ella.

—Llama a alguien que te venga a buscar. Yo tengo que volver. Te dejaré lo más cerca que pueda, ¿entendido? ¿Te va bien en la estación de trenes?

—Sí.

Las manos de Mia temblaban. De hecho, todo su cuerpo lo hacía. Por suerte, la estación de tren no quedaba muy lejos del piso de Charlotte, por lo que si sus piernas dejaban de flaquear, incluso podría caminar hasta allí. O también podría encerrarse en el baño de mujeres de la estación y no volver a salir nunca. Aún no estaba segura de qué opción le gustaba más.

Seguía sosteniendo la pistola. No se atrevía a guardarla. Rebuscó en su bolso y sacó el teléfono. Le aparecieron de pleno los mensajes que le había estado mandando Blake.

Grumpy: Bueno, supongo que sí estás ocupada. Llámame cuando puedas. 18:35

Grumpy: Creo que no dejamos las cosas muy bien la otra vez y quería aclarar eso. 19:20

Grumpy: En realidad, quería disculparme. Creo que fui un poco imbécil. 19:35

Grumpy: Pero, no vas a contestarme, ¿verdad? 19:48

Grumpy: De acuerdo. Pues avísame cuando tengas algo. 19:59

Mia miró la hora. Eran las ocho y veintidós. Desde su último mensaje no se había vuelto a conectar. Tenía las emociones a flor de piel y de repente se echó a llorar.

—Oye —escuchó decir a ese tal Bob—. ¿Estás bien? Ya llegamos, ¿de acuerdo? Ya estás a salvo. Llama para que te vengamos a buscar.

La joven se secó las lágrimas, aunque estas seguían saliendo de sus ojos a borbotones. Estaba desbordada.

—Blake —dijo después de darle al botón de llamar—. Blake.

—¿Mia? —sonó su voz al otro lado de la línea. Escucharlo le produjo un profundo alivio—. ¿Qué pasa?

—Blake —volvió a sollozar. No le salían las palabras. No podía pensar. Quería pedirle ayuda, que la rescatara, que fuera su superhéroe, pero no conseguía articular nada más que no fuera su nombre.

—¿Dónde estás? ¿Qué pasa?

—Oye, chica, tienes que bajarte ya —le interrumpió Bob. Estaban al lado

de la estación de tren.

Mia guardó la pistola en su bolso y abrió la puerta. Las manos habían dejado de temblarle, aunque aún no estaba segura de si iba a poder caminar sin caerse con un tacón roto.

—¡Mia! ¿Quién es ese? ¿Dónde cojones estás? ¡Habla de una vez, por Dios!

—Estoy de camino al apartamento de Charlotte —consiguió decir—. ¿Puedes...?

La joven se sacó los zapatos y se puso a caminar. Debía de ofrecer un aspecto horrible, con las rodillas sangrando y descalza. Muchos transeúntes la miraron con desdén y con gesto de desaprobación. Le importó una mierda.

—Voy para allí ahora mismo.

—Sí. Por favor... —Trató de sosegar—. No tardes.

Mia ya estaba cruzando la avenida cuando colgó. En nada llegaría al apartamento y estaría a salvo, con él. Eso la tranquilizó. Algo duro se le clavó en la planta de los pies y le hizo daño. Aunque el dolor fue insignificante, teniendo en cuenta cómo se sentía. La joven aprovechó para buscar en su bolso las llaves. Estaban enredadas con la pistola y tuvo que detenerse para sacarlas y no provocar ningún desagradable incidente.

Ya podía ver su portal. Acceder poco después a la oscuridad del pasillo que llevaba a la puerta de su apartamento le dio un poco más de seguridad. Sin embargo, no duró mucho. Las imágenes de lo que había visto empezaron a reproducirse en su cabeza como si fueran latigazos. ¿Había estado a punto de matar a un hombre? Recordó la grotesca imagen de los sesos desparramados por el suelo y quiso vomitar. Al abrir la puerta de su apartamento se precipitó hacia el baño, incapaz de retener nada en su estómago. Su cuerpo volvió a temblar en fuertes sacudidas. Un sudor frío le recorría la espalda.

Cuando creyó que las arcadas habían cesado, se incorporó y se miró al espejo. Tenía el pelo revuelto, los brazos manchados de una especie de grasa

negra, pero la máscara de pestañas seguía intacta. Resistente al agua recordó, como si fuera un chiste. Quizás se había vuelto loca.

El sabor de la bilis seguía en su garganta, así que se dirigió a la cocina en busca de agua. Una especie de sombra pasó frente a sus ojos. Fue a girar el cuello cuando notó que algo se ceñía a este. Su instinto fue gritar, pero aquello no se lo permitió. La presión era lacerante. La estaban asfixiando con algo. «¿Quién? ¿Por qué?», se preguntó y acto seguido solo pudo concentrarse en la brutal necesidad que tenía de respirar. Luego vino el dolor, como si pequeñas explosiones tuvieran lugar dentro de su cabeza.

Las piernas de Mia quedaron suspendidas al agitarlas violentamente. Llevó las manos a su cuello y palpó aquel instrumento, una especie de cable. También golpeó a quién estaba sometiéndola a aquella tortura. No sirvió de nada. Se había convertido en un pez atrapado en una red, que se revolvía desesperado y luchaba en vano contra su inminente muerte. Su visión se empezó a oscurecer.

Capítulo 26. Peso muerto

Cuando Blake visitó por primera vez las instalaciones, se vio obligado a imponer un número elevado de condiciones para aceptar la oferta de su amigo, además de realizar una lista interminable de cosas necesarias para que aquello se convirtiera en algo más parecido a un gimnasio que a una pocilga. Tan solo habían pasado dos días desde entonces y Ozzie ya había cumplido casi la mitad de sus peticiones. No solo había hecho construir un *ring* en un tiempo récord, sino que además había logrado convencer a unos diez chavales del barrio para que despejaran la antigua fábrica de trastos viejos y limpiaran toda la porquería acumulada durante años de abandono. El luchador se había limitado a entrenar a Willy mientras todos ellos trabajaban sin descanso y con una eficiencia sorprendente para tratarse de pequeños delincuentes. Solo en una ocasión se había visto obligado a ayudarlos, más que nada para que ninguno se hiciera daño, al arrastrar una pesada máquina de metal que antiguamente debía de haber servido como cizalla. Jeremy, el carismático chatarrero del barrio, era el que se encargó de llevársela.

Fue entonces cuando, entre alabanzas y un entusiasmo propio de los jóvenes respecto a su trabajo y profesión, Blake se había dado cuenta de que aquella propuesta le gustaba más de lo que iba a reconocer. Se sentía como si empezara a formar parte de algo, algo donde podía ser útil. Quizás era un iluso por pensarlo, pero creía que si se lo proponía, podía ayudar a esos chicos a tener una vida mejor y sacarlos de la calle gracias al deporte.

Durante la quinta mañana de entrenamiento, y disfrutando del recién instalado depósito de agua caliente en los vestuarios, se le ocurrió que podría llamar a Mia y contárselo. Quizás incluso la podría llevar a la fábrica y mostrárselo. Tenía ganas de compartir con ella su entusiasmo, ya que con

Ozzie prefería fingir desinterés o sería capaz de aprovecharse de ello.

Con el teléfono ya en la mano, se acordó de cómo habían quedado las cosas entre ellos la última vez y se detuvo. ¿Seguiría enfadada con él? Optó por mandarle un mensaje para tantear el terreno. No hubo respuesta. Tampoco al segundo ni al tercero. Quizás estaba ocupada, o quizás simplemente no quería hablar con él. Aquella última reflexión le ofuscó, pero decidió seguir con su día. Al final terminó mandándole como media decena más de mensajes. Parecía un patético crío de secundaria. ¿Por qué no la llamaba y se dejaba de gilipollecés?

Estuvo a punto de hacerlo justamente cuando su teléfono sonó. Era ella, y estaba llorando. Escucharla le provocó un nudo en el estómago. Recordó inmediatamente su estado después de lo de Charlotte y se preguntó qué podía haber pasado esta vez como para que le sonara tan parecida. No le dio opción a averiguarlo, así que se concentró en ir a su coche y condujo lo más rápido posible hasta ella.

Durante el camino se saltó unos cuantos semáforos en rojo, y cuando llegó, apenas se fijó en cómo había dejado aparcado el coche. Casi se le quedaron las llaves dentro. Estaba siendo un puto desastre, más de lo normal. Se preguntó seriamente si a lo mejor había exagerado al salir disparado, y se lo siguió cuestionando hasta el momento en el que llegó al fondo del pasillo y vio la puerta del apartamento entreabierta. En ese instante, dejó de pensar.

—¡Mia! —exclamó al abrirla de un empujón.

En vez de una respuesta, escuchó cómo algo caía al suelo y se rompía. Se giró y lo que vio le hizo arder la sangre. Mia estaba forcejeando, con los pies sin tocar el suelo, y un tipo que le doblaba en tamaño la tenía asida del cuello como si fuera una muñeca. Llevaba un pasamontañas negro.

Aquella escena apenas duró un segundo. Al ver a Blake, el hombre soltó a la rubia y le propinó un puñetazo en la cara que la mandó al suelo. El luchador

se lanzó contra él y se dio cuenta de que, mientras lo hacía, el sujeto estaba en proceso de sacar un arma y apuntarle con ella. Seguramente habría apretado el gatillo de no ser porque el hombre tatuado le ganó por una fracción de segundo y el peso sumado de sus cuerpos se estrelló contra una estantería. Todo su contenido se desparramó por el suelo y la pistola cayó de la mano del enmascarado. Blake se dispuso a reventarlo a golpes, pero el sujeto lo sorprendió al esquivarlo hábilmente. De pronto, el luchador se encontró en el extremo equivocado de una patada que le hizo golpearse con el sofá y caer hacia atrás sobre él. Rodó sobre el suelo para levantarse. Temía que aquel hijo de puta fuera a levantar la pistola, o ir a por Mia. En vez de eso, fue a por él, sorteando los muebles como si fuera un maldito gato. El alivio que sintió Blake le duró exactamente nada al darse cuenta de que ahora su oponente tenía una navaja en la mano derecha.

«Al menos sé que no es zurdo», pensó el luchador y se echó hacia atrás rápidamente cuando el filo pasó en un arco plateado, cortando el aire ahí donde había estado su garganta. Joder, era rápido. Era un puto profesional. El pensamiento quedó registrado en la mente de Blake como si se tratara de una sentencia. Cabía la posibilidad de que esa fuera una pelea que no iba a ganar. También era posible que fuera la última. Se asustó, aunque hubo una cosa más: de ser así, también supondría el final de Mia. La rubia estaba sobre el suelo, podía verla de refilón, y apenas se movía. No, no iba a dejar que se le volviera a acercar.

El sujeto intentó herirlo de nuevo y esa vez Blake bloqueó su brazo y contraatacó. El crujido bajo sus nudillos le hizo saber que le había acertado en la nariz, pero el tipo parecía ser inmune al dolor. En un movimiento tan rápido que el luchador apenas lo pudo percibir, cambió la navaja de una mano a otra y lanzó una estocada hacia su estómago. Blake no fue lo suficientemente veloz como para apartarse del todo. Lo supo en el momento en el que un dolor agudo

se extendió por su costado y le robó un gruñido. No sabía qué tan grave era el daño, tampoco el muy cabrón le dio tiempo a verificarlo al asestarle un golpe en la mandíbula. Con un rugido, el luchador se lanzó hacia él, atrapó su muñeca para evitar que lo apuñalara y trató de hacerle un placaje, pero el enmascarado se impulsó contra el condenado sofá y redirigió su movimiento. El que acabó sobre su espalda en el suelo fue Blake, y el que ahora estaba encima suyo, con una puta navaja apuntándole al corazón, era su enemigo. Levantó las manos en un acto reflejo, aun sabiendo que su posición no era nada ventajosa para protegerse, y se preparó para sentir aquella punzada fatal en el pecho. Nunca llegó. En vez de ello, se oyó un disparo y el hombre del pasamontañas se desplomó como un peso muerto. Blake pudo reaccionar lo suficiente como para evitar que el asesino y su arma cayeran sobre él. Agitado, se sentó en el suelo. Respiraba como si hubiera peleado cien asaltos.

En la otra punta de la habitación estaba Mia. Tenía una horrible marca enrojecida en el cuello y sus ojos verde esmeralda estaban muy abiertos. El arma humeante que aún sostenía en alto no temblaba ni un ápice.

El luchador fue a levantarse, pero un pinchazo de dolor en su costado lo paralizó. Ella debió de percatarse de que estaba herido, porque dejó caer el arma al suelo y se precipitó hacia él. Sus manos rebuscaron nerviosas la costura de su camiseta y la levantaron. A la vista quedó el corte que aquel cabrón le había infligido con la navaja.

Al tenerla tan cerca, Blake se quedó como hipnotizado mirando la herida que ella mostraba en el cuello. Ofrecía un aspecto horrible, con la piel levantada y en carne viva. Si hubiese llegado unos minutos más tarde, la habría encontrado muerta. El torrente de emociones que la idea le provocó le nubló la vista.

—Blake, estás herido —afirmó entre toses y una voz muy afónica.

—Es superficial. ¿Tú estás bien? —El luchador estaba realmente

preocupado por el aspecto de ella. Acercó su mano al cuello de la joven, sin llegar a tocarlo. Temía hacerle más daño del que ya había sufrido. También se percató de que llevaba moretones por todas partes, y el más notable estaba en el pómulo, dónde había recibido aquel brutal puñetazo. Volvió a sentir rabia, aunque esta vez, consigo mismo. Si no la hubiera dejado marcharse, si hubiera permanecido más tiempo con ella, quizás...

—Duele, no te voy a mentir, pero sobreviviré —le respondió ella con aquella voz rota.

Los ojos de Blake se desviaron al cuerpo que tenían al lado. No se movía. Estiró un brazo, apartó la pistola de su alcance y le tocó el cuello. No tenía pulso. Mia le había disparado en la columna y aquello lo había matado casi en el acto.

—¿Quién era? —preguntó él. La muchacha lo miró con una expresión extraña. Se acercó al cadáver y le quitó el pasamontañas.

Al luchador le pareció toda una eternidad el rato que ella se quedó mirando el rostro del muerto.

—No lo sé —sollozó finalmente. Las lágrimas empezaron a enturbiar sus preciosos ojos—. Lo he matado y ni siquiera sé quién era.

Blake quería decirle muchas cosas, preguntarle otras tantas, pero no sabía ni por dónde empezar. Trataba de entender desesperadamente qué podía haber ocurrido y cómo proceder a continuación. Qué ella se echara a llorar destrozó todos sus esquemas.

—Mia, nos has salvado la vida a ambos. Él iba a...

—Lo sé —dijo cortante. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y respiró profundamente, tratando de calmar aquella tos seca que seguía atormentándola. Durante unos minutos guardaron silencio. Luego, ella lo miró y palpó su herida. Aquello robó un gruñido al luchador—. ¿Estás seguro de que es superficial?

Blake no lo estaba, pero no quería detenerse a pensar en ello. Demasiados problemas tenían ya, y había que empezar por el más gordo.

—Tenemos que deshacernos del cadáver —dijo en vez de contestarle y esta vez, se tragó el quejido mientras se incorporaba.

Al ponerse de pie, ella lo abrazó. Notó que lo hizo con suavidad y fue reconfortante.

—Si no llega a ser por ti, ahora yo... —empezó a decir, pero él la detuvo al besarle la frente con el mismo cuidado. La verdad era que no quería ni imaginarse lo que hubiera pasado.

—Necesitamos bolsas de basura. Creo —murmuró sin soltarla—. Y algo pesado con lo que hundirlo en el mar.

Llegar al punto donde tener que deshacerse de un cadáver pasaba a ser una de sus tareas más apremiantes solo podía significar que realmente había tocado fondo. Sin embargo, no se sentía así, sino más bien todo lo contrario. Debía de estar volviéndose loco para pensar que la suerte le estaba sonriendo.

—Blake. Él está muerto y puede esperar. Lo que necesitas es que te cure esa herida. Sigue sangrando. —El luchador le echó un vistazo a su camiseta manchada y tuvo que darle la razón—. Túmbate en el sofá. Iré a por vendas y... Mierda, Blake, nunca he hecho esto. Debería llevarte al hospital.

—Ni a tiros —contestó él y la sostuvo por los hombros para mirarla a los ojos—. ¿Cómo lo explicamos? No te preocupes, con unos puntos y una venda ya estará bien. Lo tuyo se ve bastante peor.

Mía se llevó la mano al cuello y esbozó una mueca de desagrado.

—Lo mío no sangra —determinó al mirarse la mano. Luego se dio la vuelta en dirección al baño.

—¿Te cuesta respirar? —le preguntó Blake de camino a la cocina. Sabía que cuando alguien sufría estrangulación, cabía la posibilidad de que se le rompiera la tráquea. Entonces el aire dejaba de llegar a los pulmones y... —.

¿Mia?

La joven volvió hasta el sofá con un montón de cosas entre sus brazos y las desparramó sobre la mesita que había enfrente. Blake se agachó conteniendo el aliento para hacerse con algo del congelador que pudiera mitigar el dolor que Mia debía de sufrir a causa de los golpes.

—Puedo respirar. Puedo hablar. Deja de preocuparte, Blake —le riñó—. Ahora vuelve aquí para que curemos tu herida.

Tras encontrar lo que estaba buscando, regresó hasta ella. Dejó la bolsa de verduras congeladas que había cogido sobre la mesa y se acomodó en el sofá. Ella le levantó la camiseta para dejar su herida expuesta y se sentó en el suelo. A continuación le ofreció una botella en la que Blake no había reparado.

—Creo que esto va a doler y en las películas, si no hay anestesia, lo usan. Así que bebe. —Blake agarró la botella y leyó la etiqueta: Michter's Bourbon—. A mí me ha ayudado en otras ocasiones extremas —le aseguró.

El luchador le dio un trago a la botella. Como mínimo, serviría para calmar los nervios. A una parte retorcida de él le gustaba tener a Mia cuidándolo y poniendo sus manos sobre su abdomen.

Cambió de idea en el momento que ella lo regó con desinfectante. El escozor le robó un alarido, además de una sacudida violenta.

—¡Oh! ¡Vamos, Blake! ¿Qué clase de superhéroe piensas ser si te duele tanto y ni siquiera te he tocado? —le dijo y ella también dio un trago de la botella.

El mero hecho de reírse le provocó más dolor. ¿Un superhéroe? Jamás se había imaginado como uno, y que ella lo hiciera le produjo una punzada de orgullo.

La vio enhebrar una aguja que después quemó con un mechero hasta dejar su punta ennegrecida. Volvió a dar otro trago a la botella y se la pasó a él.

—Quizás no deberíamos beber tanto —se le ocurrió sugerir. También iba a

añadir que si limpiaba la aguja con el desinfectante era más que suficiente, pero optó por callar. Ella suspiró profundamente y le sostuvo la herida. Casi sin darle tiempo a prepararse, hundió la aguja y los ojos del luchador se abrieron tanto que creyó que iban a salirse de sus cuencas.

—Bebe —le ordenó ella y ni siquiera hizo falta que se lo repitiera. Él tragó esta vez fue largo y profundo. El corazón del luchador latía con fuerza a causa del esfuerzo que estaba haciendo por no chillar. Mia, mientras, tiró del hilo hasta ceñir el nudo a su piel.

—Háblame —le pidió él al ver como se disponía a hundir la aguja de nuevo en su carne. Unas gotas de sudor aparecieron en la frente de ella, pero su pulso no vacilaba—. Dime que es lo que ha pasado.

—¿Recuerdas a los hermanos Schmidt del informe de Charlotte? —Blake asintió con un gemido al notar la aguja de nuevo—. Uno está detenido. El otro, cuyo ADN se encontró en las uñas de Charlotte, estaba desaparecido. Bien, pues ahora está muerto.

—¿Qué? —La información le pilló tan de sorpresa que no estaba preparado para notar de nuevo la aguja, y esta vez sí que chilló.

—No lo hice yo —se apresuró a decir ella. Cogió una gasa y empezó a limpiar la sangre que había taponado la herida—. Fue Alexander Costello, el hermano de Charlotte.

La presión de la mano de ella sobre la herida lo reconfortó por unos instantes, pero lo que estaba diciendo, ni por un momento.

—Explícate.

—Está bien —aceptó ella y retiró la gasa impregnada en sangre—. En el funeral de Charlotte me ofrecí a ayudarlo. Yo también quería vengarme y él iba a ser un buen aliado. Lo que no esperaba era que me tomara en serio, pero lo hizo. Me llamó y me llevó hasta el asesino.

—¿Que hizo qué? —Blake notó la aguja, pero esta vez no le dolió tanto. A

la chica se le daba bien distraerle. No podía creer lo que estaba saliendo de sus labios. ¿Es que acaso estaba loca? Sí, claro que lo estaba. Eso no era nada nuevo.

—Pensé que iba a matarme. Que había descubierto que fue mi padre y quería vengarse. Lo que hizo, sin embargo, fue darme su pistola, esa de ahí — señaló el arma que había usado con el enmascarado—. Y me dio la opción de elegir si quería ejecutarlo yo. —Blake comprobó cómo volvían a humedecerse los ojos de Mia, pero eso no impidió que siguiera cosiendo su herida—. Iba a hacerlo, pero algo pasó.

—Está bien —se vio obligado a decir. Mia había cerrado los ojos fruto de su desconsuelo, y aunque sus manos se habían detenido, temió que en cualquier momento volviera a sorprenderle con la aguja. Estiró una mano y le acarició el rostro.

Mia apoyó su mejilla sana sobre la palma de su mano y lo miró.

—Sufrimos una emboscada. No sé de quién ni por qué, pero empezamos a oír disparos. Alexander mató al tipo a sangre fría y luego ordenó a sus hombres que me sacaran de allí.

Mia continuó cosiendo y relatando lo ocurrido hasta llegar al momento en el que él la había salvado.

—Y eso es todo —puntualizó al cortar el hilo—. El destino quería que matara a alguien y finalmente lo he hecho.

Blake se incorporó un poco para facilitar que ella le vendara la herida. Luego agarró la bolsa de verduras congelada y se la puso sobre el moretón del pómulo.

—Tu turno —propuso él. Necesitaba curarla antes de hacerle más preguntas. En su mente barajaba la idea de que el muerto fuera uno de los de la emboscada, que la había seguido, pero no estaba seguro de ello, y por tanto, tampoco de qué tan a salvo estaban ahora mismo en ese apartamento. Lo más

importante era deshacerse del cuerpo y largarse de allí cuanto antes—. Nunca más hagas nada de semejante calibre sin contar conmigo. Si estamos juntos para recuperar el dinero, también para vengar a tu amiga. ¿Entendido?

Ella asintió mientras él impregnaba una gasa de desinfectante y se la ponía en la herida del cuello. Mia hizo una mueca pero no protestó.

—Si te duele puedes gritar. Por mí no te cortes —se burló él.

Ella sonrió levemente.

—Las mujeres soportamos mucho mejor el dolor.

—No me cabe duda de ello.

Envolvieron el cuerpo con la cortina de la ducha. Lo sacaron por el jardín, donde resultó que había una puerta que daba a un patio trasero que hacía la función de un aparcamiento y cuyas llaves también tenía Mia. Blake movió el coche hasta allí. Todo el proceso lo hicieron rápido y sin hablar. Los dos trabajando mano a mano para acometer la más grande de las locuras hasta la fecha.

El hecho de haber convertido ese apartamento en centro de operaciones le facilitó a Blake ponerse ropa limpia y de su talla. Su bolsa de deporte, con la ropa que llevaba antes del atraco a la timba de póquer, seguía ahí. Por otro lado, aquel lugar ya no era seguro, y todas las armas robadas y los recortes que Mia había coleccionado en su pared debían quedar, como mínimo, escondidos. No los metieron en el maletero, suficiente tenían con llevar un cadáver en él, pero acordaron regresar a por todo aquello después y ponerlo a buen recaudo. El apartamento de Blake tampoco era un lugar apropiado y la única alternativa que se le ocurrió fue la vieja fábrica de Ozzie. Podía ser que a su amigo no le hiciera ni pizca de gracia, aunque después de todo, tampoco tenía por qué enterarse.

Mia llevaba el cuello vendado, pero se había puesto un suéter de cuello alto que lo disimulaba. El golpe en el pómulo lo había cubierto con maquillaje, el

mismo que usaba para sus tatuajes cuando dejaba de ser Butterfly. No obstante, estaba inflamado y seguía siendo perceptible. El resto del cuerpo también lo llevaba cubierto. Las bajas temperaturas de la noche se lo permitían, pero el luchador empezó a temer lo que pasaría cuando Luca Gabrielli se percatara. También tendrían que trabajar en una excusa creíble y se hizo una nota mental de ello.

—Estás yendo en la dirección contraria —le señaló Mia cuando tomó el desvío.

—Primero debemos encontrar algo con lo que atar el cuerpo para que se hunda en el mar. Conozco a un chatarrero. El podrá darme lo que necesitamos.

Mia asintió y acarició su brazo, que estaba apoyado en el cambio de marchas. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—De nuevo en un tremendo lío por mi culpa. Debes maldecir el día en que me acerqué a ti.

—No es tu culpa —sentenció Blake—. Te he dicho que estamos juntos en esto. ¿De acuerdo? Donde tú vayas, yo voy.

Se arrepintió al instante de sonar tan cursi, pero era lo que pensaba. Si alguien había sido un imán para los problemas, ese siempre había sido él. Ahora no se añadían los de ella, simplemente se complementaban.

Jeremy no hizo preguntas. Estaba encantado por venderles una cadena pesada de una vieja grúa y un saco lleno de piezas metálicas destinadas al reciclaje.

En la oscuridad del puerto abrieron la cortina de ducha, le ajustaron una mochila con las piezas metálicas al cuerpo y volvieron a envolverlo con ella. Luego Blake anudó la cadena con un arnés y se cargó el cadáver a la espalda. El peso le hizo tambalearse y el dolor lacerante de la herida lo obligó a dejarlo en el suelo. Eso había sido una estupidez.

—Deberíamos arrastrarlo —dijo Mia al percatarse.

Entre los dos arrastraron al muerto hacia la zona más alejada de uno de los muelles. No habían ido a la parte industrial, sino que a la deportiva. Durante el otoño había muchos menos barcos que en temporada estival, aunque sí que encontraron un par de yates varados, un velero y una barcaza pesquera. Uno de los yates tenía luces encendidas, pero estaba demasiado lejos como para alarmarse. El ruido de la cadena rozando el suelo, no obstante, le puso de los nervios.

—Ya casi estamos —dijo para insuflar ánimos, aunque supo al instante que era él quien necesitaba oírlo, y no ella. Sintió una humedad caliente allí donde tenía la herida, pero prefirió callarse hasta que el trabajo estuviera hecho.

Cuando por fin lanzaron aquel peso pesado al mar, los dos lo contemplaron hundirse. Mia le estrechó la mano y le pasó su brazo por la cintura, de nuevo con sumo cuidado. Aprovechó el gesto para apoyarse levemente sobre ella mientras regresaban hacia el coche. Sentía como si él fuera quien tenía una cadena anudada al cuerpo y una mochila llena de piezas metálicas sobre la espalda, y no el hombre al que acababan de lanzar al mar.

—¿Estás bien? —le preguntó ella. Blake ya no podía disimular su extenuación.

—No mucho —reconoció.

La mano de ella fue directa a su herida y notó la sangre.

—¡Joder! —exclamó, pero Blake ya no pudo oír nada más de lo que decía. Sus piernas fallaron y se desplomó sobre el muelle.

—Blake —susurró Mia—. Blake, ¡despierta!

Optó por no gritar y llamar la atención, aunque todo su ser le empujaba a hacerlo. Pensó fríamente en lo que acababan de hacer, lo que ella había hecho... Terminar en la cárcel no entraba en sus planes. Sin embargo, Blake no despertaba y ahora ella tenía que tomar una decisión. Una muy importante.

Le puso la mano en el cuello y percibió su pulso. Débil, pero constante. La

perspectiva de perderlo a él también la tenía al borde del abismo. ¿Qué era lo que debía hacer? Él se había negado a acudir a un hospital. ¿Merecía la pena hacerle caso? No, desde luego que no. Iría al hospital y diría cualquier cosa. Si no la creían, le daba igual, siempre y cuando él se recuperara.

Trató de cargarlo a sus hombros, pero fue incapaz. Blake era un tipo demasiado grande para sus escasas fuerzas. «Arrástralo hasta el coche» le dijo una voz interior, «y llama a Karen». ¡Karen! Ella era la puta solución. Le daba igual que se lo contara a su padre, a la mierda también su orgullo, su doble identidad, sus secretos, lo que fuera con tal de rescatar a su superhéroe.

Mia agarró a Blake debajo de los brazos y tiró de él tal y como había hecho con el muerto, escasos momentos antes. No supo si era por la desesperación o por la horrible perspectiva de perderlo, pero lo hizo de forma mecánica y constante. Tiró de él con empeño y determinación, a pesar de tener el cuerpo empapado en sudor y los músculos doloridos y entumecidos por el esfuerzo.

Cuando llegó hasta el coche, rebuscó en sus pantalones y encontró las llaves. Abrió la puerta del copiloto y con un rugido fruto del impulso, alzó a Blake por los hombros y lo apoyó sobre el asiento. No quería doblegar su cuerpo por si eso hacía que la herida aún sangrara más, pero le fue imposible. El tronco de él se inclinó hacia adelante y su cabeza golpeó con el salpicadero. Lo colocó de nuevo en su sitio y le levantó el jersey y la camiseta. La venda que cubría la herida estaba empapada, ¿pero cómo coño iba a parar la hemorragia?

Con las manos impregnadas de su sangre, buscó su teléfono en el bolso que había dejado en la parte de atrás. Dio al botón de llamada a un número al que jamás había creído que acudiría, pero que su padre le había obligado a guardar en la memoria. Se subió en el asiento del conductor mientras sonaban los primeros tonos. Había desestimado ponerle el cinturón a Blake para que no le rozara la herida. Tuvo que poner una mano en su pecho para impedir que

volviera a golpearse con el salpicadero al arrancar.

—Doctora Bernard —respondió la futura mujer de su padre al otro lado de la línea.

—Karen, soy Mia. No digas mi nombre en voz alta. ¿Está mi padre contigo?

Por lo menos debía intentarlo. Mia nunca había pisado tan a fondo el pedal del acelerador, y sobre todo jamás en un coche con tantos caballos. La velocidad a la que iba era tan excesiva que no tardaría en llamar la atención.

—Sí —respondió ella—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito tu ayuda como médico y él no se puede enterar. Es una urgencia. Una de vida o muerte. ¿Puedes venir?

Karen guardó silencio unos instantes que a Mia le parecieron eternos.

—Sí. ¿A dónde?

La joven no lo había pensado. ¿Era buena idea ir al apartamento de Blake? ¿Y si allí no había instrumental suficiente para salvarle la vida? ¿Y si el arma le había tocado algún órgano vital? ¿Y si estaba cometiendo un error irreparable al no llevarlo al hospital? Ella no quería ser responsable de semejantes decisiones. La superaban por completo.

Finalmente le dio la dirección de Blake.

—¿Puedes decirme que voy a necesitar?

—Es una herida con una navaja en el abdomen. Ha perdido mucha sangre.

—Muy bien. Escúchame. Necesito que introduzcas los dedos en la herida y me digas la profundidad. ¿Entendido?

Mia asintió muy nerviosa sin percatarse de que el gesto iba a pasarle inadvertido a Karen. Dio un volantazo y paró el coche en medio del arcén de la autopista. Se inclinó hacia Blake, arrancó las vendas e hizo lo que le habían ordenado sin vacilar. Los puntos que ella le había dado habían saltado. La herida volvía a estar abierta.

—Dos centímetros, quizás tres.

—Está bien. No es grave. Tranquilízate. ¿Está consciente?

¿No era grave? ¿Y por qué se había desmayado? ¿Y si eran más de tres centímetros y ella no había sabido medirlo?

—¡No! —gruñó y golpeó el volante sumida en una tremenda frustración.

—Puede ser un síncope o... ¿Sabes cuál es su grupo sanguíneo?

—No —sollozó la joven.

—Tápónale la herida hasta que yo llegue, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Mia se sacó el suéter. Se lo puso sobre la herida a Blake y colocó la mano de él sobre este para que lo aguantara. La presión probablemente era insuficiente, por eso tenía que llegar cuanto antes a su piso.

«¿Y cómo coño lo vas a subir por las escaleras, lumbreras?», se preguntó. Karen tendría que atenderle en el coche y luego, luego...

—¿Mia? —escuchó la joven. Blake se había despertado. Estaban a tan solo dos manzanas de su apartamento.

Lo miró de soslayo sin apartar los ojos de la carretera. Estaba pálido y unos surcos negros rodeaban sus ojos.

—Te has desmayado —le informó—. ¿Quieres ir al hospital?

—No —gruñó—. Estoy bien.

—No estás bien —negó ella—. Solo dilo y te llevo, y a la mierda todo. ¿De acuerdo?

—Es una herida por arma blanca. Harán preguntas. No podemos permitirnoslo.

Mia notó que el luchador estaba haciendo un esfuerzo tremendo para hablar. También comprobó que trataba de incorporarse, pero ella se lo impidió. Habían llegado a la puerta de su edificio. Aparcó el coche lo mejor que pudo, aunque la rueda delantera se subió al bordillo y así la dejó.

—¿Dónde estamos?

—Hemos llegado a tu casa. No te muevas.

Blake no la obedeció y abrió la puerta del coche. Ella tuvo que correr hasta su lado para evitar que se desplomara en el suelo otra vez.

—¿Qué haces en sujetador? Hace frío.

La joven lo ignoró, las bajas temperaturas eran el menor de sus problemas. Con Blake volcando la mitad del peso de su cuerpo sobre ella, no pudo ni detenerse a cerrar el coche. Se dirigió hacia la puerta principal con él a cuestas. Si alguien los veía, pensaría que eran un par de borrachos que volvían a casa después de una cena que se había descontrolado. Su suéter negro tapaba la sangre para indicar otra cosa.

—¿Crees que puedes subir las escaleras?

¿Por qué demonios tenía que vivir en un tercero y sin ascensor?

—Ajá —se limitó a decir él, pero al primer peldaño quedó demostrado que no.

—¿Mia?

La voz de Karen sobresaltó a la joven. Imaginó que no esperaba verla en el portal del edificio en sujetador, con un hombre enorme que apenas se sostenía en pie y todos sus tatuajes al aire. Si Karen quería acabar de destrozarle la vida, le había dado todas las herramientas para ello.

La mujer, por el contrario, no dijo nada más. Se acercó a ellos y lo primero que hizo fue apartar el suéter de Mia del abdomen de Blake y observar la herida.

—Entremos —sentenció, y sin soltar la bolsa que traía consigo, se posicionó al otro lado del luchador y los ayudó a ascender por las escaleras.

Llevaron a Blake a su dormitorio entre quejidos. Cuando lo tumbaron en la cama, ambas mujeres respiraban con dificultad. Las dos se miraron durante un segundo para recuperar el aliento y luego Karen empezó a darle órdenes.

Mia no dudó en entregarle y hacer todo lo que pedía: agua caliente, toallas,

una bolsa de basura, encender la calefacción, ir a cerrar el coche. Empezó a dudar de que realmente necesitara todo aquello cuando le solicitó un libro.

—¿Estás tratando de distraerme?

—Es para ti. Ahora solo queda esperar a que se recupere y despierte.

—¿Ya está? ¿Qué es lo que le has hecho?

—En resumen, lo único que le ha pasado es que ha perdido un poco de sangre porque la herida, que es bastante superficial, estaba cosida de forma chapucera. Un movimiento ha hecho que se saltaran todos los puntos. Eso, sumado al estrés, le ha producido un síncope. Nada grave. De todos modos quiero que te quedes despierta y le midas las constantes cada media hora. Si hay alguna variación, tendrás que avisarme. Hazlo con este aparatito de aquí. Introduces el dedo y te saldrán las pulsaciones que tienen que estar entre estas dos franjas marcadas en rojo. Cuando se despierte, le dolerá, así que dale estas pastillas. Debe tomarlas cada ocho horas aproximadamente.

Mia tomó aquel trasto y el frasco de pastillas en sus manos. Se sintió avergonzada. Ella era la chapuzas que lo había puesto en riesgo. Debería plantearse muy en serio lo de realizar un cursillo de primeros auxilios en vez de aprender tantas cosas inútiles.

—¿No quieres preguntarme nada? —dijo la joven con un hilillo de voz.

—¿Puedo ver la herida de tu cuello?

—Preferiría que no.

—Está bien, toma las pastillas tú también. Imagino que tampoco vas a contarme lo que de verdad ha sucedido.

—Probablemente no.

—Entonces mejor nos ahorramos el esfuerzo, pero si cambias de opinión, llámame.

Mia reconoció que Karen le gustaba. Se había olvidado de las charlas que tenía con ella cuando era su médico y no la futura mujer de su padre. Habían

congeniado muy bien entonces, claro que ahora la situación ya no era la misma.

—Solo una cosa más. ¿Te lo ha hecho él?

—¿Qué? ¡No! —La idea de que Karen juzgara mal a Blake la puso muy nerviosa. Si estaba viva, era porque él había acudido a su llamada, sin preguntas, sin vacilar. Sin juegos. Ahora se lo debía todo, y mucho más—. Se ha jugado la vida por mí. Me ha salvado.

—De acuerdo. Te creo.

—¿Se lo dirás a mi padre? —acabó preguntando la joven.

Karen se acercó a ella y le cogió de la mano. Le echó un vistazo a uno de sus tatuajes, el de la calabaza de cenicienta que tenía en el brazo, y negó con la cabeza.

—La verdad es que no sabría por dónde empezar. ¿Qué te parece si ambas nos guardamos el secreto mutuamente?

—¿En serio?

La rubia estaba incrédula.

—Digamos que hice un juramento hipocrático que no me permite hablar del historial de mis pacientes.

—¿Y no quieres nada a cambio?

Karen le sonrió. Lo hizo de forma cálida, incluso maternal.

—No. En realidad lo que quiero es que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras, pero también con tu padre. No es un hombre que sepa muy bien cómo expresar sus emociones, pero te quiere más que a nada en este mundo. Estoy segura de que cuando encuentres el momento, te darás cuenta. Yo no soy quién para forzar nada. Haz lo que te he dicho, ¿de acuerdo? Si no tengo noticias tuyas, por la mañana volveré a llamarte.

Mia asintió y le ayudó a recoger sus cosas. Cuando Karen se marchó, se encontró con que tenía un montón de emociones enfrentadas respecto a ella. Le

agobió tanto empezar a analizarlas que optó por colocar unos almohadones en suelo, se sentó sobre estos, tomó la mano de Blake y empezó a leer *La historia interminable*, de Michael Ende.

Capítulo 27. Viejos lobos

—¿Ya está cerrado lo de los Nakahara? —preguntó Barney a Noah.

Padre e hijo estaban sentados en la parte de atrás de uno de los coches de la flota Gabrielli, esperando a que regresara el jefe.

—Sí.

—¿Y le has dicho a don Luca lo del micro?

—Ahora iba a hacerlo. En cuanto salga.

Huesos odiaba cuando su padre le trataba como si fuera un becario que acababa de ser contratado por la empresa. Le dedicó una mirada fulminante, entrelazó sus manos y se armó de paciencia con un prolongado suspiro. Había encontrado un micro instalado en su apartamento, solo uno, y por sus características no parecía pertenecer a los federales, que tenían esa horrible costumbre.

—Deberías haberte dado cuenta antes de que estaba ahí. Dios sabe en qué lío nos has podido meter ahora. Como si no tuviéramos suficiente.

—¿Insinúas que es culpa mía?

—Yo no he dicho eso.

Noah miró por la ventanilla. El coche estaba apostado en el aparcamiento del complejo deportivo de los Costello. Ni a él ni a su padre los habían invitado a ser partícipes en la reunión que los jefes de las dos familias habían concertado. No era habitual entre patriarcas prescindir de sus hombres; más que por una cuestión de seguridad, por una de poderío. Sin embargo, el hecho de que así fuera solo podía significar que la crisis en la que estaban sumidos estaba empeorando a pasos agigantados.

Hasta donde Noah sabía, Luca Gabrielli había encontrado a Butterfly, tarea que desgraciadamente le había correspondido a él y no había logrado cumplir.

Había resultado ser la hija descarriada de los Costello, la amiga de Mia, Charlotte. Nunca le había caído especialmente bien. No la consideraba una buena influencia para la joven Gabrielli, y después de aquello, el tiempo le había dado la razón. No obstante, era capaz de empatizar con el dolor de Mia por su pérdida; al fin y al cabo, estaban muy unidas.

Fuese como fuese, encontrarla no había supuesto ninguna solución. No había ni rastro del dinero, ni tampoco del dichoso teléfono con la grabación. Simplemente era una prueba más de que el traidor, o los traidores, les llevaban varios pasos por delante. Sin contar, además, la presión mediática que empezaba a perturbar al sindicato. A ninguna familia le gustaba que sus aliados fueran foco de atención. Ya había pasado con anterioridad y el resultado había sido una guerra, muchos muertos y un cambio de jefe. Noah temía que volviera a suceder. Tarde o temprano, los tiempos de paz siempre llegaban a su fin.

Los pensamientos de Noah pararon en seco al divisar algo extraño entre los coches del aparcamiento. Tuvo que esforzarse en enfocar la vista para leer la matrícula y así asegurarse de que no estaba alucinando; era el Fiat de Mia.

—Aguarda un momento —interrumpió a su padre y, sin esperar su respuesta, se bajó del automóvil.

—¿A dónde vas? —exigió saber este, pero Noah ya caminaba dando zancadas en dirección al vehículo color turquesa. Lo encontró vacío. ¿Qué demonios hacía el coche de la joven Gabrielli allí? ¿Y dónde estaba su dueña?

Blake cerró el maletero de su Camaro y se apoyó sobre este para tratar de apaciguar su respiración. Acto seguido, se llevó la mano a su costado y levantó su jersey para examinar la venda de debajo. Esta vez los puntos permanecían intactos. Sabía que Mia iba a matarlo si se enteraba de que no solo no se había quedado en la cama tal y como ella le había ordenado, sino que además se había puesto a cargar cosas del apartamento de Charlotte en su

coche. No podía remediarlo. Si aquel asesino la había seguido hasta allí, ¿cuánto tardarían otros en hacer lo mismo? Era por la seguridad de ambos, por lo que también se hizo con prendas de la chica, pelucas y todo lo que creyó necesario para que ella no tuviera que volver.

Al despertar esa mañana y encontrar a Mia dormida sobre una pila de almohadas al lado de su cama, y con las marcas de violencia de la noche anterior mancillando su delicada piel, tuvo la absoluta certeza de que le debía su vida. Después de sobrevivir a un tiroteo, un intento de asesinato y matar a un tío a sangre fría, Butterfly había logrado llevarlo hasta su apartamento. Nadie había arriesgado tanto por él como lo estaba haciendo ella.

Condujo hasta la vieja fábrica de Ozzie sumido en tales pensamientos. Si bien el ambiente principal de esta ya estaba adaptado para ser un gimnasio, aún tenía una oficina en la parte de atrás que nadie se había molestado en tocar. Podría dejar todas las cosas allí y nadie se enteraría. El resto de ropa y pertenencias de Mia las llevaría a su propio piso.

Miró su teléfono. No tenía ningún mensaje de Butterfly. Quería llamarla, pero se contuvo. Sabía con quién estaba. No le gustaba, pero cuando ella le había explicado lo que tenía que hacer, se había visto obligado a darle la razón. No había forma de que su padre no se diera cuenta de que había salido herida, y cuanto antes solucionara ese tema, mejor.

Con un resoplido resignado, volvió a guardar el teléfono en su bolsillo y se bajó del coche. Era temprano, así que estaba bastante seguro de que su gimnasio clandestino estaría vacío. Aun así, trató de no hacer ruido mientras abría la puerta con la bolsa de armas al hombro. Había considerado llevar todas las cosas de una vez, pero temía que le saltaran los puntos, por lo que se dedicó a ir y venir varias veces. Para cuando acabó, el dolor en su abdomen se había extendido y se había convertido en una desagradable sensación punzante. Entrenar junto a los muchachos ese día quedaba descartado. Cerró la

puerta del viejo despacho, no sin asegurarse antes de que todo lo que había dejado ahí quedara escondido, por si a alguien se le ocurría entrar. Puso un cerrojo improvisado con un candado y de su bolsillo sacó el frasco de pastillas para el dolor que había tenido la sensatez de llevarse consigo. Sorteó la indumentaria de entrenamiento que llenaba el área principal de la fábrica y se detuvo frente a un bidón de agua. Con cuidado se agachó y acercó su boca al caño. Se sentía como un maldito anciano.

Un repentino ruido lo obligó a enderezarse y el agujonazo de dolor consecuente le arrancó un quejido. Provenía de los vestuarios. ¿Acaso había alguien allí? Cabía la posibilidad de que algún indigente o drogadicto se hubiera metido a dormir la mona. O podrían ser los hombres de Gabrielli. Esa última opción no le hizo ni una pizca de gracia y no dudó en empuñar una barra para pesas antes de acercarse a la puerta de los vestuarios y abrirla.

—¡Joder! —exclamó al ver a Willy asomarse desde una de las duchas—. ¿Qué mierda haces aquí tan temprano?

—Nada —gruñó este—. No estoy haciendo nada. En mi edificio no hay agua, así que vine aquí. —Mientras lo decía, cerró la llave del agua corriente y se anudó una de las toallas a la cadera. Parecía excesivamente nervioso para alguien que no tenía nada que esconder. Blake descubrió su secreto cuando caminó un par de metros y vio que, detrás de uno de los casilleros, había una colchoneta tendida en el suelo con unas cuantas toallas encima, una muda de ropa completa y lo que parecía ser el envoltorio de un burrito.

—Dormiste aquí —concluyó.

—No es cierto, es solo que...

Blake miró al muchacho y este apartó la vista. Sí que lo era.

—¿Desde cuando estás sin casa? ¿Dónde has estado durmiendo antes? —inquirió. Willy soltó un resoplido y se encogió de hombros.

—Por ahí.

El luchador no pudo evitar sentir un poco de vergüenza. Se había hecho responsable de entrenar al chico, pero no sabía casi nada de él. Una parte de él le aseguró que no era su problema, pero otra, bastante más insistente, le recordó que había alguien que se había propuesto ayudarlo a conseguir dos millones de dólares sin apenas conocerlo. Esa voz interior fue bastante más difícil de ignorar.

Luca Gabrielli permanecía sentado muy recto en una silla del despacho de Robert Costello. El empresario conocía muy bien sus gustos y, nada más entrar, le había ofrecido un vaso de Michter's Bourbon. No obstante, la bebida continuaba intacta sobre la mesa, mientras los hielos se iban deshaciendo y estropeaban el sabor de aquel licor cargado de aromas. Ambos patriarcas fingían cordialidad, aunque el ambiente era tenso y el asunto a tratar de lo más escabroso.

—Mi hija te robó dos millones de dólares. —Luca asintió muy despacio—. Y aseguras que tú no la mataste.

En cuanto Blake Novak le había dicho a Luca que la chica que buscaban era la difunta Charlotte Costello, el jefe de los Gabrielli había sabido que además de hacer frente a un posible traidor, estaba metido en un grave problema de diplomacia. No solo con la familia Costello, sino que también con el sindicato del que era presidente. Atentar contra cualquiera de los miembros de este, sus allegados o familiares, sin permiso, era una falta muy grave, independientemente del cargo. Fuera cierto o no, las evidencias lo señalaban como culpable. Estaba obligado a defender y asegurar su posición, aunque eso supusiera hacer grandes sacrificios. Le había costado demasiado obtener las riendas del poder, pero sobre todo, instaurar la paz tan necesaria para que los negocios funcionaran a pleno rendimiento y sin indeseadas intervenciones. Consciente de que sus enemigos, fueran quienes fueran, estaban a punto de conseguir su propósito, el de desestabilizar su imperio, Luca Gabrielli era

demasiado testarudo como para quedarse de brazos cruzados y permitirlo. No era la primera vez que intentaban debilitar su estatus y, probablemente, no sería la última. Meditó sus palabras antes de hablar.

—¿Crees que pondría en riesgo todo lo que hemos construido por dinero?

Su tono no era de reproche, tampoco mostraba ninguna nota de ira contenida, aunque ese sentimiento fuese el que por dentro le estaba carcomiendo. Era frío, neutro, incluso cortés.

—Obviamente, no —respondió su interlocutor—. Pero está claro que alguien quiere que lo parezca. ¿Sabes? Nos estamos haciendo mayores. Esto el Pirata de otros tiempos jamás lo habría consentido. ¿Tener que venir a las puertas de mi casa a darme explicaciones? No te reconozco, amigo.

—La experiencia da sabiduría, Robert. Si vengo a tu casa es por el respeto que te profeso. Llevamos mucho tiempo en esto. No estoy por encima de ti. Es más, vengo aquí en faceta de amigo. Empatizo con tu pérdida y quiero resolver el asunto. Nuestros intereses no están en conflicto.

Luca sintió que era el momento de beber aquel brebaje aguado. Un gesto que estaba seguro que no le pasaría desapercibido al jefe de los Costello.

—Ya —dijo este y le imitó dando un breve sorbo a su copa—. Celebro que me tengas en tanta estima y la comparto. No te quepa duda. Sin embargo, los dos sabemos cómo funciona esto, así que no me voy a andar con rodeos. ¿Qué me ofreces por el agravio? Mi hija está muerta, y aunque no hayas sido tú, lo está por tus conflictos internos.

Luca cerró los ojos y asintió. El pragmatismo de Costello siempre le había parecido una ventaja. Era un lobo viejo, como él, y eso quedaba reflejado en su astuta forma de negociar. Nada que ver con el convulso y poco estratega jefe de los Bondaryenko.

—Necesito un hombre en Italia. Quiero a mi hermano de vuelta y su hijo Nico está bajo mi tutela. Quiero a alguien que en adelante pueda gestionar los

hoteles y casinos que tenemos allí. La repartición sería de un treinta por ciento, una vez estuviera listo para hacerse cargo.

—Eso es muy generoso por tu parte, Luca. Desde luego que estaría encantado de enviar al pequeño Dorian a proyectarse un futuro en el viejo continente. No obstante, él ama mucho esta tierra y sería doloroso para mí tenerlo tan lejos después de la pérdida de la menor.

El Pirata sonrió mentalmente, pero su rostro permaneció inalterado. Tales insinuaciones solo podían significar que el margen no le parecía suficiente. Quizás no compartía con él el desapego por su única hija, pero en todo lo demás, se parecían demasiado. Les gustaba servirse del elegante estilo de sus antepasados para llegar a un acuerdo.

—Comprendo tu situación, Robert —Luca estaba dispuesto a seguirle el juego—. Pero ten en cuenta que son más de diez hoteles, y si el chico promete, pasados cinco años, su margen subiría a un cuarenta.

Costello hizo una mueca un tanto teatral para el gusto de Gabrielli, como queriendo decir que lo estaba pensando.

—Muy bien —accedió—. Conociéndole, imagino que vendrá a vernos siempre que le sea posible.

Luca asintió, satisfecho. El trato estaba cerrado. Y no solo eso, tenía en mente reducir la influencia de su hermano Silvio en Europa, por lo que acababa de matar dos pájaros de un tiro. Dio otro sorbo al aguado Bourbon. Estaba esperando el momento en que Robert lo invitara a salir para dar finalizada la reunión, pero este parecía querer decirle algo más. Las formas le obligaron a preguntar:

—¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer por ti?

Costello se acarició el mentón interpretando su papel.

—De hecho, sí. Tu hija y la mía estaban muy unidas. Imagino que serán tiempos difíciles para ella, igual que lo están siendo para mi familia.

—No te quepa duda —contestó Luca. Se esforzó por mostrarse impávido, pero no le gustó que Robert usara el dolor de Mia para exigir más compensaciones—. Tienes mi apoyo militar para ejercer cualquier operación, siempre y cuando la apruebe el sindicato, eso ya lo sabes.

—Sí, ya, el sindicato. Está bien. ¿Y cuando encuentres a tu traidor? ¿También esperarás el consentimiento del sindicato?

A Luca no le estaba gustando ni un ápice el rumbo que estaba tomando la conversación. Costello estaba arraigado en exceso a la vieja escuela. Aunque se había adaptado a los nuevos tiempos, añoraba un pasado que nunca más retornaría, en el que los italianos trataban con italianos y subyugaban al resto. Luca había aprendido muy pronto que la globalización había llegado a todos los ámbitos empresariales, independientemente de su legalidad, y que aquellas costumbres étnicas hoy en día eran un sinsentido. Sus antecesores también lo sabían, y por ello habían creado el sindicato, una organización que aseguraba la paz y colaboración de sus miembros con un fin común. Un sistema dentro del sistema que todos ellos repudiaban. Cuando Luca fue nombrado jefe, además, hizo unos arreglos que dieron una estabilidad nunca antes vista. Le enfureció pensar que ahora todo pendía de un hilo.

—Por supuesto.

—Entonces necesitarás pruebas —dijo el astuto de su colega.

—Sí.

—Menuda pérdida de tiempo —se jactó. Luca arqueó una ceja—. No me malinterpretes. Respeto al sindicato, yo también soy parte de él. Pero me parece injusto que nuestros asuntos internos también sean problema del colectivo. Sé que tú lo organizaste así, pero imagino que te arrepentirás si deciden echarte por estos contratiempos.

Luca había barajado esa posibilidad. No sería la primera vez que destituirían a un jefe, y no se había hecho de forma precisamente civilizada.

—¿Cuento con tu apoyo? —No era la pregunta que quería hacer, pero sabía que era la que Costello estaba esperando para lanzarle una nueva petición.

—Indudablemente. Los Gabrielli y los Costello somos los últimos pilares, y no se puede sostener una casa sin ellos. —Costello hizo una pausa muy estudiada—. Hay algo al respecto que quiero comentarte. Ya somos mayores, y aunque te vayas a casar con una hermosa mujer, creo que ya no es tiempo para nuevos herederos. ¿Me equivoco? —Luca torció el cuello en señal de desaprobación. Era el único gesto expresivo que no había podido reprimir. Sospechaba lo que venía a continuación y no le gustaba en absoluto. Al comprobar que no decía nada, Costello continuó—. Tienes una hija, Luca, y yo tengo hijos. Creo que podríamos valorar la idea de unir fuerzas de verdad. Una alianza, a la vieja usanza.

—Y tanto que a la vieja usanza —gruñó Luca. Trataba de contenerse, pero su hija no era ninguna moneda de cambio—. ¿Eres consciente de que concertar matrimonios es llegar muy lejos, incluso para ti?

A Costello no le gustó el comentario. Su rostro enrojeció.

—He perdido a una hija, Luca. Creo que puedes llegar a entender el dolor que eso supone. Quiero otra a cambio. No te estoy pidiendo su muerte. Eso sería realmente la vieja usanza. Te estoy proponiendo una alianza, una que nos beneficiará a todos.

—Mi hija es muy joven.

El Pirata sabía que su interlocutor no iba a razonar. Podía reconocer en sus ojos cómo le había cegado la ambición. La propuesta estaba sobre la mesa, y sin su aceptación, no habría ningún trato. Luca no podía prescindir del apoyo de los Costello, pero tampoco era un imbécil, ni un principiante. Aceptar suponía regalarle una posición ventajosa, hasta el punto de que en cualquier momento podría volverse en su contra. Acabarían atentando contra él para quitarlo del medio. Darles a Mia suponía darles su imperio. Todos sabían que

su sobrino Nico no era ninguna alternativa.

—Oh, por favor. Alexander le sacará como mucho diez años. —Costello había adoptado un tono cordial de nuevo—. Sé lo que te preocupa. Y me ofende tu desconfianza, pero la comprendo. Aún tienes que lidiar con un traidor en tu frente. Podemos negociarlo todo si eso te deja más tranquilo. No estoy cerrado en banda.

Estuvo a punto de gritar que no. Aquello había llegado demasiado lejos. Consideró además que Costello también formara parte del plan que se había gestado en su contra y se maldijo por no haberlo previsto. Sus pensamientos fueron interrumpidos por unos golpes insistentes en la puerta.

Para variar, Mia no contestaba a su teléfono. Noah odiaba esa maldita costumbre suya. Siguió llamándola a pesar de que todo iba directamente a su buzón de voz. La alternativa era regresar al coche y decirle a su padre lo que había visto, lo que desencadenaría una serie de explicaciones posteriores al jefe. Era su obligación. Lo único que podía hacer era aplazar el tener que cumplir con ella, dado que no quería meter a la rubia en problemas.

—Mia, por lo que más quieras, contéstame. Necesito saber que estás bien. Acabo de ver tu coche aparcado y... —Tragó saliva—. Tu padre está aquí.

Una parte de él no pudo evitar sentirse culpable. Estaba abusando bastante de la confianza que su jefe había puesto en él.

El sonido de la reja metálica abriéndose lo distrajo de sus pensamientos. Un Audi negro atravesó la entrada del aparcamiento, y Noah supo enseguida identificarlo como el coche de Alexander Costello.

Lo que sí le resultó difícil fue creer a sus propios ojos cuando las puertas se abrieron y el hermano mayor de Charlotte emergió acompañado de Mia. Ante la mirada sorprendida de Noah, le puso la mano en el hombro a la joven y le habló al oído como si compartieran un secreto. Huesos trató de darle sentido a lo que estaba viendo. ¿Primero Andrei Bondaryenko y ahora el Costello?

Recordó la escena que había visto de los dos hablando muy juntos en el funeral de Charlotte ¿De dónde venían? ¿Acaso Mia había pasado la noche con él?

Los pies de Noah empezaron a moverse mientras todas estas preguntas aún se estaban formulando en su cabeza y una descarga de rabia recorría todo su ser. A la mierda el protocolo. Necesitaba respuestas, y las necesitaba ya. A escasos metros de la pareja, reparó en el aspecto de Mia y se horrorizó: su cara presentaba un enorme moretón en el pómulo y el cuello estaba vendado, como sí...

La capacidad de razonar lo abandonó por completo. Sin detenerse a pensar por un segundo lo que iba a hacer, se precipitó hacia Alexander y le asestó un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas. El golpe cogió al Costello desprevenido y cayó sobre el capó de su coche. Huesos no tenía la intención de dejar que se recuperara.

—¿Qué le has hecho, hijo de puta? —gritó, mientras lo agarraba de la chaqueta con una mano y volvía a golpearlo con la otra—. ¿Qué le has hecho?

—Noah, ¡detente! —escuchó chillar a Mia—. ¡No fue él!

—¿Qué? —Su puño se detuvo a medio camino y por fin recuperó un poco de su cordura. La joven Gabrielli lo miraba con los ojos muy abiertos, pero su expresión era más de tensión que de miedo. Se dio cuenta de que su vista estaba fijada en algún punto detrás de él y giró la cabeza. Tres hombres, que habían salido aparentemente de la nada, lo habían rodeado, y aunque no habían sacado sus armas, estaba claro que estaban ansiando hacerlo. La ira lo había cegado tanto que ni los había oído acercarse.

—Está bien —dijo Alexander. Se incorporó y apartó la mano de Noah de su chaqueta—. Solo es un malentendido entre caballeros.

Los hombres de Costello asintieron y un par de ellos bajaron su mano derecha, que seguramente ya estaba posicionada sobre el gatillo de una

pistola. Ninguno de ellos le quitó los ojos de encima a Noah.

—¿Se puede saber qué haces, Noah? —gritó su padre, que había acudido hasta ellos.

La mirada de impotencia de Huesos pasó de su padre a Mia, y la rabia que había sentido hacía un instante se transformó en una fuerte angustia.

«¿Qué te ha pasado?», estuvo a punto de preguntar, pero un golpe sorpresa le hizo girar la cara. Trastabilló hacia atrás y cuando logró restablecer su equilibrio, se llevó la mano a la mandíbula.

Alexander Costello se frotó los nudillos de la mano izquierda y le dedicó una sonrisa altiva. Acto seguido, se alisó el traje ahí donde Noah lo había arrugado.

—Estamos en paz —informó.

La puerta del edificio principal se abrió de par en par y el viejo Costello salió por ella seguido de unos cuantos hombres. Su cara estaba deformada en una mueca de disgusto. Noah divisó a Luca tras el grupo. A diferencia de estos, caminaba despacio, con la cabeza alta y una expresión neutra que no dejaba entrever ninguna emoción. Sus ojos, en cambio, transmitían una fiereza que el joven McKay conocía muy bien. Supo que estaba metido en un lío y temió por lo que iba a venir a continuación.

—¿Se puede saber qué cojones ha pasado para que os comportéis como un par de críos? —Gabrielli llegó hasta ellos poco después de que el Costello hablara.

—Apartaos —exigió y se puso frente a su hija. Le sostuvo el rostro por la mandíbula y la observó. La mirada de Mia no vaciló ni un ápice ante el escrutinio de su padre. A continuación, le retiró el pelo hacia un lado y desenganchó el vendaje. Una fina línea escarlata recorría todo el perímetro del cuello de la joven. Alrededor de esta, la piel tenía un matiz de un violáceo oscuro, prueba inequívoca de que habían tratado de estrangularla.

El pulso de Noah se aceleró ante la perspectiva y su respiración se agitó. En cambio, el jefe no dijo nada más y cubrió de nuevo la herida. Se giró hacia Robert Costello con una mirada capaz de fulminar a cualquier hombre. Noah estaba deseando que se desencadenara una ola de violencia. Estaba dispuesto a matarlos a todos si hacía falta.

—¿Se lo has hecho tú? —preguntó Robert a su hijo.

—Obviamente, no —protestó el aludido.

—Alexander me salvó la vida —añadió Mia y Noah apretó los puños en un acto reflejo. Los nervios le empujaban a formular mil preguntas, pero sabía que eso le correspondía a su jefe y no a él. Era incapaz de comprender cómo Luca poseía semejante autocontrol.

—Diez de mis hombres han muerto —comenzó a relatar aquel hijo de puta—. Alguien nos emboscó.

—¿Qué? —El patriarca de los Costello parecía estupefacto. No era el único. Todos los allí presentes estaban muy serios, deseosos de oír lo que tenían que decir. El Pirata permanecía sumido en un silencio sepulcral y no quitaba los ojos de Alexander. Aquello debía de incomodar al tipo, porque su actitud altiva se estaba evaporando por momentos.

—Encontramos a uno de los asesinos de Charlotte —continuó Alexander.

—Y yo le pedí que me lo mostrara donde lo tenían retenido —añadió Mia.

Noah la miró de nuevo con la boca abierta. En el fondo sabía que el tema de Charlotte no había quedado zanjado para ella. Pensó entonces en cuando le había dado los informes de la policía y del forense, en la determinación de ella al no perder detalle, por escabroso que fuera, en su estudio exhaustivo de cada pieza del rompecabezas y, sobre todo, en la pista que le había dado sobre dos de los autores del crimen. Jamás había imaginado que estuviera dispuesta a llegar tan lejos. Y luego estaba Alexander.

Noah entrecerró los ojos al mirarlo. Aquel bastardo se había aprovechado

de su obsesión y había usado la muerte de su propia hermana para meter a Mia en sus juegos sucios. Quizás él no era el autor de los daños, pero sí el puto responsable. Volvió a sentirse furioso y su padre debió de percatarse, porque le puso una mano sobre el brazo, en una invitación sutil para tranquilizarse.

—Cometí un error y soy consciente de ello. Jamás debería haberla llevado a la nave. No imaginé que...

—¿Quiénes fueron? —preguntó el patriarca de los Costello.

—No lo sé —reconoció su hijo—. No tengo ni puta idea.

—¿Qué querían? —insistió.

—¿A Keith? No lo sé. No sobrevivió ninguno.

—¿Y los cuerpos?

Que el padre no preguntara quién era ese tal Keith le confirmó a Huesos, y probablemente a todos los demás, que ya conocían los informes de la muerte de su hija. Era lógico que también hubieran tratado de conseguirlos, aunque probablemente no de la misma fuente de la que se había servido Noah.

—Siguen en la fábrica. Lo están limpiando.

Luca miró a Costello.

—Quizás no soy el único que tiene problemas internos —le dijo con frialdad.

Costello enrojeció tras el comentario.

—La ha salvado —gruñó—. Ella misma te lo acaba de decir.

—¿Has visto su cuello? Tu hijo está ileso, Robert —señaló Luca y esbozó una sonrisa cargada de ironía—. No deberías exigir lo que parece ser incapaz de conservar.

Noah no sabía a qué se refería su jefe, pero a juzgar por la actitud de Robert Costello, el comentario le había sentado como una patada en el estómago.

—Deberíamos ir dentro para seguir nuestra reunión —anunció el patriarca con un tono de irritación muy mal disimulado.

—La reunión ha finalizado —concluyó don Luca—. Arregla tus asuntos primero.

Barney empujó a Noah hacia el coche. El joven seguía plantado frente a Alexander. Sufría una terrible sensación de insatisfacción. Quería ver a los Costello arder, aunque eso fuera una insensatez.

—Llevaré el coche de tu hija a casa —informó Barney al jefe.

—No —protestó Mia—. Yo misma lo llevaré.

—Id juntos —ordenó don Luca al padre de Noah—. Tú hijo vendrá conmigo.

A Noah le dio un vuelco el corazón. ¿A solas con el jefe y en su estado? Tendría que hacer acopio de todo su temple para no quedar como un auténtico gilipollas. Si es que aún no era muy tarde para eso. Temía ser objeto de la furia de don Luca.

El grito que pegó el jefe cuando el chofer arrancó confirmó sus temores. De un puñetazo reventó una de las lunas traseras ante la mirada estupefacta de Noah. Jamás lo había visto perder los papeles de semejante manera.

Huesos no se atrevió a decir ni una sola palabra. Después de comprobar que se había herido los nudillos, y unos finos chorretones de sangre ensuciaban la tapicería, desvió la mirada hacia la ventanilla para ver como dejaban el complejo atrás.

Dentro del coche, la respiración agitada de don Luca se entremezclaba con los sonidos de la calle que se filtraban por la luna rota.

—A partir de ahora... —rugió—. Quedas relegado de todas tus funciones.

Noah abrió la boca para decir algo, pero el jefe lo miraba de una forma que hizo que las palabras murieran en sus labios. No soportaba la idea de haber llegado a decepcionar tanto al hombre que más admiraba y por el que estaba dispuesto a dar la vida. Pero, sobre todo, era incapaz de sobrellevar el hecho de que se le considerara culpable por lo que le había sucedido a ella, a su

Mia.

—Haré todo lo que me pida.

—Bien. Porque, a partir de ahora, vas a ser su puta sombra. No la vas a dejar ni un segundo sola, ¿me has entendido? Y si algo le pasa, y si...

—No permitiré que nada le pase.

—¿Has cambiado de opinión respecto a ella?

—¿Qué?

—Que si sigues interesado en mi hija, me cago en la puta.

—Sí, yo...

Noah jamás se había sentido tan intimidado.

—Pues como no espabiles, la vas a perder. ¿Sabes que la codician, no? ¿Sabes lo que supone que uno de esos cabrones la consiga? Todos están moviendo fichas y tú sigues ahí plantado. Jamás imaginé que fueras un cobarde. —Noah bajó la cabeza y miró la alfombrilla que había bajo sus pies. Un cobarde, eso era lo que don Luca pensaba que era. La humillación que sintió fue apabullante—. Lo siento —escuchó que le decía el jefe—. He perdido el control.

Noah levantó la vista con el semblante muy serio. ¿Su jefe ahora le pedía disculpas? Aquello, su comportamiento en general, era tan nuevo para él que era imposible no mostrarse confundido.

—No quería decir eso —insistió—. En parte es mi culpa por abusar de tu tiempo. A partir de ahora, eso va a cambiar. Necesita ayuda con sus estudios. Podemos empezar por ahí. ¿Te parece bien?

—Sí —se apresuró a decir. Claro que le parecía bien, lo que fuera por enmendar la decepción en la que al parecer se había convertido.

—Te agradecería que guardaras esta conversación entre nosotros.

—Por supuesto.

Don Luca asintió y el resto del trayecto permaneció en silencio. Ni por un

momento hizo ningún gesto de dolor, pese a que las heridas de su mano siguieron sangrando.

Capítulo 28. Te echo de menos

Mia estaba preocupada por Blake. Le habría gustado ir a verlo en cuanto el asunto con los Costello quedó zanjado, pero su padre estaba tan alterado que acabó por desestimar la idea. El plan había salido más o menos como lo habían orquestado. Bob, el hombre que la había llevado hasta la estación de tren, estaba muerto. Eso le había dicho Alexander en cuanto la había llamado de madrugada. Según la información que le había dado este, había asumido que el asesino que la había abordado a ella en el piso de Charlotte lo había atacado primero a él. Con tal de no implicar a Blake de ninguna de las maneras, improvisó que había sido Bob el que la había salvado y luego se había marchado a deshacerse del cuerpo. Aseguró que no había vuelto a tener noticias hasta ese momento y Alexander le creyó.

El hermano de Charlotte le propuso inventar más mentiras para justificarse ante sus familias. A Mia se le daba muy bien fingir, pero sabía que con tantas versiones distintas, tarde o temprano acabarían por pillarla. Solo esperaba que si la verdad salía a la luz, Blake no se viera salpicado por ella.

Determinó entonces que tendría que convencer al luchador para que se marchara con el dinero y se olvidara de devolverlo. Que empezara una nueva vida con su hermana y su sobrina, lejos del alcance de esos monstruos, aunque supusiera estar también lejos de ella.

Lamentaba tanto haber destrozado su vida. Cada paso que daban parecía empeorarla aún más. Quizás era una egoísta por ello, pero a esas alturas carecía de la voluntad necesaria para prescindir de él. Si de algún modo hubiera podido convencerle para que se marcharan juntos, ella habría estado dispuesta a sacrificarlo todo. Le asustó ser consciente de tales afirmaciones. ¿Cuándo había cambiado todo aquello? No hacía ni siquiera una semana que

se había prometido mantener las distancias, y ahora... Dios, ahora estaba loca por él.

Mia no le discutió a Alexander que él se otorgara el mérito de haberla salvado. Lo aceptó porque era lo que debía hacer. Solo Karen sabía la verdad. Si la traicionaba, por lo menos el luchador tendría un as bajo la manga para protegerse. Él era su verdadero héroe.

Sabía que tarde o temprano llegaría el momento en el que su padre la llamara para conocer su versión de los hechos, y repasó mentalmente una y otra vez los detalles. El sonido de su teléfono la distrajo y sonrió como una estúpida al ver que era él.

Grumpy: ¿Todo bien? 16:05

Butterfly: De momento sí. Ya estoy en casa de mi padre. 16:05

Grumpy: ¿Cuándo podré verte? 16:05

Butterfly: ¿Te has tomado las pastillas? 16:06

Grumpy: Sí. ¿Entonces...? 16:06

Butterfly: No creo que pueda irme hoy. ¿Necesitas que vaya? ¿Te duelen los puntos? 16:06

Grumpy: Si te digo que sí, ¿dejarás todo y vendrás? 16:06

Grumpy: :D 16:06

Grumpy: Nada, estoy bien. No hagas eso. ¿Tú cómo estás? 16:06

Mia se tapó la cara al leer los últimos mensajes y notó cómo se le encendían las mejillas. El roce le hizo daño en el pómulo, pero le dio igual. Si Charlotte hubiera estado viva, le habría pegado la conversación para que la ayudara a contestar. El sentimiento de anhelo la hizo suspirar y escribió lo primero que

se le pasó por la mente.

Butterfly: Te echo de menos. 16:08

Butterfly: No te preocupes por mí. 16:08

Se quedó mirando la pantalla. Él no contestaba y empezó a ponerse nerviosa. Se había excedido. Releyó la conversación y sintió vértigo, excitación y un montón de emociones más.

Grumpy: Yo también te echo de menos. Me estoy pudriendo aquí solo. 16:10

Mia estuvo a punto de decirle que ahora iba hacia su apartamento cuando escuchó unos nudillos golpear la puerta de su habitación.

—Mia, ¿podemos hablar? —Era su padre. Había llegado la hora. Metió el teléfono bajo la almohada y lo invitó a entrar—. He llamado a Karen para que te examine. Ya sé lo que piensas de ella, pero te pido que por esta vez...

—Está bien —aceptó la joven.

Su padre levantó las cejas ligeramente. Debió de sorprenderle la ausencia de réplica. A Mia también. Evidentemente, ya no era capaz de repudiarla como antes.

—¿Te duele?

—Un poco —reconoció.

—Creo que te debo una disculpa. —Ahora fue Mia la arqueó las cejas, aunque de una forma bastante más exagerada—. En realidad, unas cuantas. No te sorprendas tanto. También sé reconocer mis errores.

—Adelante, entonces.

—Has perdido a alguien importante en tu vida. No me imaginaba que tanto, pero ahora lo sé. No he estado ahí para ti y lo siento. —«Tampoco lo estuviste cuando pasó lo de mamá», pensó ella. «Eso no es ninguna novedad»—. Lo que

ha pasado, entiendo que quisieras venganza. Después de todo, eres mi hija. No ibas a heredar solo lo bueno de tu madre.

Mia abrió mucho los ojos. Literalmente estaba alucinando. Su padre había dejado de hablar de su madre hacía mucho tiempo y ahora le ofrecía aquella comparación. ¿Qué iba a venir a continuación? ¿Compartir con ella sus secretos? ¿Reconocer que había matado a Charlotte? Debía de estar soñando.

—No sé lo que sabes llegados a este punto. Sospecho que Alexander te habrá dicho cosas, cosas que quizás no has entendido, o has malinterpretado.

—Mia se percató de que su padre hablaba muy despacio, sopesando mucho sus palabras—. ¿Sabes a lo que me dedico?

Mia contuvo el aliento antes de responder.

—Sí —afirmó al volver a respirar—. Tienes una flota de hoteles, casinos y perteneces a una organización criminal.

Su padre suspiró con pesar.

—¿Te lo ha dicho el Costello?

—¿Importa eso?

—En realidad, no —reconoció él, pero Mia supo que estaba mintiendo. Le dolió saber que pensaba que ella no era capaz de averiguarlo por sí misma, viviendo incluso bajo el mismo techo. «Que se joda», se dijo, «y se carcoma la cabeza buscando a un culpable»—. ¿Sabes por qué la mataron?

Mia negó con la cabeza y entrecerró los ojos. ¿Realmente iba a confesar?

—Hay alguien que va tras nosotros. No sabemos quién. Casi matan a Noah, no sé si lo sabías. —La joven se echó hacia atrás por el impacto de la noticia. No tenía ni idea de eso. Fue incapaz de decir nada al respecto—. Por tu cara, deduzco que no. Fue por ello que te puse protección. Quizás debería habértelo dicho en su momento, un error más del que soy responsable. Lo de Charlotte también fue un ataque dirigido a nosotros. Ella se vio en medio del conflicto. Es por ello que ahora tengo que compensar a su familia. Lo que te ha pasado a

ti, aún no sé qué pensar. Quizás no tuvo nada que ver, quizás sí. Lamento si no me estoy explicando bien, Mia, pero hay muchas lagunas que aún ni siquiera yo entiendo. ¿Quieres preguntarme algo?

Mia quiso decir que sí, quería preguntarle unas cincuenta mil cosas, pero se quedó callada, demasiado aturdida para hablar. No sabía ni por dónde empezar. Era la primera vez que su padre le hablaba así, confesando debilidades suyas que ni ella sabía que existían. No sabía qué pensar al respecto. ¿Era posible que estuviera diciendo la verdad? Tampoco había negado ser el responsable de la muerte de Charlotte. «En medio del conflicto», se repitió. Después de todo, en algo tenía razón: era hija de su padre, y si a ella se le daba bien mentir, él debía de ser un verdadero maestro.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—Porque quiero protegerte. Porque quiero que seas capaz de ver que tu vida está en peligro, que no puedes andar por ahí jugando a ser detective. Porque quiero pedirte que te vayas con Karen hasta que arregle esto.

—¿Qué? ¡No!

¿Había dicho «detective»? Noah se habría ido de la lengua. ¡Cabrón!

—Si no quieres ir con Karen, podemos prescindir de ella.

—No puedes pedirme que renuncie a mi vida porque a ti te vayan mal los negocios.

Su padre hizo ademán de contestar, pero se quedó callado. Debía de estar meditando cómo proceder. Mia no iba a largarse, no ahora.

—Está bien —aceptó. Vaya, eso había sido fácil. Quizás la culpa por matar a Charlotte le carcomía por dentro—. ¿Sientes algo por Alexander?

—¿Qué? ¿Crees que no quiero irme por él?

Puede que no fuera mal encaminado, pero se equivocaba de persona. Si meses atrás le hubiera dado la oportunidad de irse lejos, probablemente habría sido una fantástica noticia. Por un momento, se permitió soñar con aquella

vida que ya nunca tendría, una en la que Charlotte estaba viva y compartían casa cerca de la playa. Sin preocupaciones por si no llegaban a final de mes porque su padre les costeaba el retiro, y felices por no tener que fingir más ante unos familiares que no las comprendían. El rostro de Blake se cruzó como un relámpago en la fantasía. Él era su esperanza, no lo iba a negar, sin embargo, no solo había prometido ayudarle, también vengar a Charlotte. Nada ni nadie iba a cambiar eso. Mia se quedaba dónde estaba y seguiría con su plan.

Miró a su padre con el ceño fruncido.

—Olvídalo. Solo quiero que sepas que debes andarte con cuidado con él, Mia. No es trigo limpio. Tú te mereces más. Ahora necesito que me cuentes qué es lo que ha ocurrido, por favor.

Mia respiró profundamente y recitó lo que había acordado con Alexander. Toda la verdad excepto el final: no había huido, sino que se había quedado escondida en una habitación, donde uno de los asaltantes la había abordado por la espalda y había tratado de estrangularla. Alexander había aparecido a tiempo para salvarla y acabar con él. Luego se habían ocultado hasta finalizar la contienda y habían regresado en busca de su coche. También cambió los detalles de la muerte de Keith; en ningún momento ella había empuñado ningún arma y no había presenciado la ejecución. Le había preguntado por qué y él había respondido que se lo había ordenado un tal Jack. Al decirlo, Mia escrutó detenidamente el rostro de su padre, por si hacía algún gesto que lo delatara como la figura que había tras ese simple nombre. Si lo hizo, no lo supo identificar.

—¿Querías matarlo? —Le preguntó en cambio. Mia estuvo a punto de decir la verdad, hasta que se acordó de con quién estaba hablando

—No.

—¿Sabes si Charlotte mantenía alguna relación con alguien más aparte de

con Carl?

Mía se encogió de hombros.

—Charlotte cambiaba mucho de pareja —admitió. Quería saber a dónde le llevaban las preguntas que le estaba haciendo. Una pequeña parte de ella se animó a pensar que quizás su padre no era Jack, que tal vez se había precipitado al juzgarlo, pero esta era muy pequeña y probablemente había surgido porque ahora por fin la estaba tratando como a una adulta y no como a una niña estúpida.

—En la fiesta de mi compromiso te vi bailando con un hombre relacionado con Charlotte, Mía. ¿Lo conocías? Se llama Blake Novak.

El corazón de la joven empezó a tamborilear en su pecho con estruendo. Un escozor le subió por la garganta y empezó a toser de forma descontrolada.

Luca la agarró por los hombros y, al ver cómo a su hija se le amorataba el rostro, llamó a gritos a Dolores.

La asistenta entró en la habitación seguida de Karen, que la apartó de un empujón y fue hasta Mía. Luca también se hizo a un lado.

—Tranquilízate, no te pongas nerviosa —le susurró la doctora y agarró su muñeca para medirle el pulso—. Inhala el aire despacio y profundamente. Deja que te llene los pulmones. Ahora frunce los labios y dejar salir el aire, lentamente.

Mía la obedeció y sintió un leve alivio. Karen continuó susurrándole hasta que logró estabilizarse.

—¿Le pasa algo grave? —preguntó Luca.

—Voy a examinarla, ¿de acuerdo?

Mía miró a su padre y vio el terror reflejado en sus ojos. La quería, eso no iba a negarlo. Sin embargo, no era suficiente.

Después de aquel episodio, su padre no volvió a preguntarle por el luchador. Habían pasado tres días desde entonces y aún no había podido ir a

ver a Blake. A excepción de la visita al hospital, se había visto retenida en casa bajo los cuidados constantes de Karen, que le cambiaba la venda cada noche y le aplicaba ungüentos para que no le quedara cicatriz. Según ella, era un milagro que su tráquea no estuviera dañada.

Mia estaba agradecida por lo que había hecho por Blake, también por su silencio, y aun así, seguía tratando de adoptar una actitud distante con la prometida de su padre. Era posible que no se lo mereciera, pero que le gustara hacía que se sintiera aún peor. De algún modo, tenía la sensación de que estaba traicionando a la memoria de su madre.

—No he venido a reemplazarla —le dijo esa noche mientras procedía a hacerle las curas—. Quiero que lo sepas. Ella siempre ocupará un lugar en vuestros corazones y yo lo voy a respetar. Solo quiero que hagas un poco de espacio para mí, un poco.

Lo dijo gesticulando con los dedos y aquello le robó una sonrisa a la joven. Los ojos se le humedecieron de pronto por la emoción contenida.

—Está bien —cedió y, sorprendida, recibió un cálido abrazo de la mujer.

—¿Cómo está él? —le preguntó la doctora cuando se soltaron.

—Dice que bien —susurró Mia. Sabía que le estaba hablando de Blake, y esa complicidad entre ambas fue algo tan nuevo e inesperado como el abrazo.

—Claro, no has podido ir a verle. Que tonta soy. A tu padre le gusta tenernos encerradas.

—Sí —admitió Mia.

—He hablado con Luca de ello y, aunque me ha costado, al final ha entendido que una chica como tú no debe pasar tanto tiempo en casa. La única condición es que tendrás de nuevo un guardaespaldas. Pero oye, se trata de Noah y os lleváis bien. No estará tan mal.

—No, no lo estará —suspiró Mia. De nuevo con niñera. Sintió lástima por su amigo, tampoco debía de estar muy contento con la imposición—. ¿Puedes

ir a verle?

—¿A quién? ¿A...?

—Sí. Dice que está bien, pero estaría más tranquila si tú...

Karen sonrió y aceptó. Mientras la joven le daba las gracias con otro abrazo, se percató de que su padre estaba apoyado en las jambas de la puerta de su habitación y las estaba observando. Le asustó pensar que podría haberlas escuchado, pero si lo había hecho, no dijo nada al respecto.

—¿Todo bien? —preguntó, y la doctora se giró para mirarlo.

—¿Cuánto rato llevas ahí? Es de mala educación espiar las conversaciones de las chicas.

Luca sonrió y Karen se acercó a él para darle un beso en la mejilla, un gesto que siempre había molestado a Mia, hasta ahora. Si no hubiera sido por lo que él había hecho a su amiga, Mia también se habría levantado para darle un abrazo. Su relación ya no volvería a ser la misma y no pudo evitar entristecerse por ello.

La pareja le ofreció bajar a cenar con ellos. Mia se negó. Sacó su teléfono de debajo de la almohada y envió otro mensaje a Blake.

Butterfly: Mañana iré a verte Karen. Quiere comprobar que todo está bien. 19:45

Pasó un par de minutos mirando la pantalla sin que ocurriera nada. Luego, le apareció la señal de visto y contuvo la respiración al ver que le estaba contestando. Tardó un buen rato en mandar la respuesta.

Grumpy: ¿Confías en ella? 19:48

Butterfly: Sí. Ella te ayudó y no dijo nada. En cualquier momento podría delatarnos. No perdemos nada porque se asegure de que estás bien y así yo me

quedo más tranquila. 19:48

Grumpy: De acuerdo. Tienes razón. 19:49

Grumpy: Aunque preferiría verte a ti. 19:49

Grumpy: Pero ya sé que no puedo. 19:49

—¿Pero entiendes la diferencia entre activo corriente y activo no corriente?
—preguntó Noah—. ¿Mia?

La joven había vuelto a desviar la atención a su pantalla del teléfono, para comprobar si Blake le había contestado. Nada. ¿Acaso estaría entrenando? Con la herida no era buena idea, por mucho que Karen le hubiera asegurado que estaba cicatrizando muy bien.

—Sí —mintió. Ni siquiera había escuchado la pregunta.

Suficientes cosas habían pasado ya en su vida como para tener que prestarle atención a la asignatura que tenía atravesada casi desde el principio de la carrera, Financiación Empresarial. Noah había tenido la fantástica idea de invitarla a tomar un café en un bar del campus para ayudarla a repasar antes de que llegaran los exámenes, y aunque lo hiciera con la mejor de las intenciones, no dejaba de ser una imposición ordenada por el gran Luca Gabrielli. La única manera posible que había encontrado para volver a salir de su maldita mansión.

—Entonces dímelas.

Mia abrió la boca con gesto ofuscado, pero al ver a Noah mirarla con los brazos cruzados, la cerró. Parecía indignado.

—¿En serio? —resopló—. Te lo he explicado tres veces ya. ¿Es mucho pedir que me prestes un poco de atención?

—Perdóname —se disculpó—. Estoy algo espesa hoy. No he dormido muy bien.

Al decir esto, se tocó el cuello con un gesto que parecía inconsciente, pero que no lo era. Noah suavizó su expresión y Mia notó que se estaba

compadeciendo de ella. Se sintió mal por manipularlo, pero peores cosas había hecho llegados a esas alturas. Se preguntó qué pensaría su amigo si se enterase de que había matado a un hombre a sangre fría. ¿Seguiría dándole pena? Probablemente no. Quizás ya se había convertido en uno de los monstruos que tanto despreciaba. Resultaba aterrador lo fácil que había sido.

—¿Te sigue doliendo? —preguntó Huesos con una nota de preocupación muy evidente en su voz.

—No mucho. Es culpa de las pesadillas.

No mentía, las había tenido una tras otra todas las noches y no lograba desprenderse de ellas ni de las horribles imágenes que se habían grabado en sus retinas durante los dos últimos meses; desde la muerte de Charlotte, al tiroteo, hasta el haber matado a un hombre, culpable, pero un hombre al fin y al cabo.

Noah puso una mano en su hombro con delicadeza. Su instinto protector esta vez la conmovió. No había olvidado cómo había atacado a Alexander al pensar que él le había hecho las lesiones, y cómo este le había devuelto el golpe a traición, delante de sus hombres.

—Siento si te he atosigado. ¿Quieres descansar?

Mia asintió ligeramente y tuvo el impulso de darle un abrazo. Noah era bueno, demasiado para manejarse en ese mundo de cabrones despiadados. Recordó lo que le había dicho su padre sobre él, que también habían atentado contra su vida. ¿Por qué no se había enterado de ello cuando había ocurrido? Después no le había sido nada difícil investigar en la prensa y llegar a la conclusión de que había sido en el tiroteo que había tenido lugar en una cafetería, ya que Lenny, uno de los empleados en el casino de su padre, había sido herido allí y no hacía mucho que le acababan de dar el alta. También había leído artículos que afirmaban sobre cómo un héroe anónimo había evitado una mayor tragedia al acabar con el asaltante. ¿Habría sido ese Noah?

Tenía que preguntárselo, eso y otras muchas cosas. Sospechaba que ese tiroteo tenía que ver con el dinero, el disparo de la ex de Blake que había dejado su piso encharcado de sangre y la muerte de Charlotte.

—Tal vez deberías pedir una prórroga. —añadió al cabo de un corto silencio—. Estoy seguro que te la darían. O incluso tomarte un año sabático...

—¿Tú también quieres que me vaya? —preguntó la muchacha y alzó las cejas. Huesitos frunció el ceño.

—No es lo que he dicho —respondió—. Pero lo que te ha pasado es grave y tu vida podría seguir en peligro por el mero hecho de haberte involucrado con el Costello. Entiendes eso, ¿verdad?

—Mi vida, claro —protestó Mia—. ¿Y qué hay de la tuya? Sé lo del tiroteo en el que te viste implicado y cómo te pusiste en riesgo para ser el héroe.

La joven escudriñó el rostro de su amigo para ver si lo negaba. Había sido una forma sutil de empezar a extraerle información. No creía que a él se le diera tan bien mentir como a su padre, y aunque seguía convencida de su no implicación sobre lo de Charlotte, necesitaba asegurarse de ello.

—Mia...

—Está claro que nunca nos lo hemos contado todo. Quizás ni siquiera nos conocemos de verdad.

Había sonado más agresivo de lo que había pretendido, pero la falta de una respuesta clara la impacientó.

—Hay partes de mi vida que nunca he compartido contigo, es verdad. Sé que sientes que te han dejado al margen, Mia, pero ha sido para protegerte.

—¿Lo mataste? —se escuchó preguntar ella—. Al asaltante. ¿Fuiste tú?

—Sí —dijo al cabo de un rato y bajó la mirada compungido—. Fue en defensa propia.

Mia se quedó paralizada. Quería seguir su interrogatorio, sacarle hasta la última gota de información. No obstante, la revelación la había distraído. Ella

había hecho exactamente lo mismo que él. Había matado a un hombre en defensa propia y la de Blake. Empatizó tanto con Noah que esta vez no pudo reprimirse y lo abrazó. El joven no se esperaba aquella reacción, Mia lo supo por su torpeza al dejar que ella le envolviera con sus brazos.

Él le acarició los cabellos rizados y por un momento su mente viajó a su infancia, cuando pasaban las tardes de verano jugando en la piscina mientras su madre les echaba un vistazo desde la casa de invitados, convertida en su estudio de pintura. Todo había sido tan fácil entonces. ¿En qué se habían convertido aquellos dos inocentes niños? ¿Víctimas? ¿Verdugos?

—Lo siento —dijo su amigo—. Me prometí que no iba a dejar que te pasase nada desde... desde lo de tu madre, y no he podido cumplirlo. Perdóname.

Mia se apartó para mirarlo a sus azulados ojos y vio que los tenía enrojecidos, como si tratara por todos los medios de que ninguna lágrima escapara de ellos.

—No es tu culpa —susurró ella, y quiso añadir que era de su padre, pero las palabras murieron en sus labios al ver como Noah acercaba su rostro al suyo. Notó la intensidad de su mirada y sintió que el rubor se extendía por sus mejillas. Una incomodidad repentina le hizo apartarse y esconder la cara—. Tampoco es tu responsabilidad —añadió al erguirse y empezó a hablar muy rápido, sin sopesar muy bien lo que decía—. No alcanzo a imaginar cuánta influencia ejerce mi padre sobre ti, pero sospecho que demasiada. Solo quiero que sepas que yo puedo cubrirte las espaldas, si tú dejas que lo haga. Podemos ser un equipo, como cuando éramos niños. Los dos contra el mundo, ¿recuerdas?

Los pensamientos de Mia iban a mil por hora. En una fracción de segundo había sopesado la idea de añadir a Noah a la ecuación de Blake y ella, como un valiosísimo aliado, para después acordarse de que lo que acababa de ocurrir se parecía demasiado a lo que ella le había hecho cuando su madre

había muerto, un momento de vulnerabilidad en el que el calor de otra persona era lo único que podía calmar el vacío que se había instalado en su interior. Quizás Noah ahora buscaba lo mismo que ella había buscado en su momento y sí que había encontrado. Posiblemente se lo debía, pero dárselo volvería a estropearlo todo y tuvo que reconocer que lo necesitaba a su lado. Era por eso quizás que había dicho todo aquello de forma atropellada, con la esperanza de saber que quien los separaba podía dejar de ejercer ese poder. Erró.

—¿Me estás pidiendo que mienta a tu padre? ¿Que me olvide de saber dónde estás? ¿Que si permito que te pase algo no lo considere mi culpa? ¿Que no es mi puta responsabilidad? ¿Es que no has entendido nada? —El tono de Noah se alzó y con ello atrajo la mirada de unos cuantos clientes.

—Noah... Yo no...

—Tú —gruñó—. Ni siquiera con la verdad por delante abres los ojos. Estás ciega. Creo que deberías irte a clase. Te recogeré cuando salgas.

Mía abrió mucho los ojos por la sorpresa. La conversación habría dado un giro tan grande que era incapaz de entender qué debía de estar pasando por la cabeza de su amigo. Sin embargo, una cosa sí tenía clara: pasara lo que pasara entre ellos, su padre tendría siempre las riendas.

—Está bien —concluyó con un suspiro. Se levantó y se fue a la maldita clase de Financiación Empresarial.

Capítulo 29. Confío en ti

—El cuerpo que fue encontrado hace dos días en un desguace en Haypoint, ha sido identificado como Keith Schmidt, hermano gemelo de Hank Schmidt, y uno de los sospechosos del asesinato de Charlotte Costello. Su hermano Hank murió la semana pasada mientras se encontraba bajo custodia policial. Los oficiales a cargo aseguraron que se trató de un suicidio y han rehusado dar más información al respecto. Con este último hallazgo, todo apunta a que ha sido un ajuste de cuentas y...

El sonido de un mensaje de WhatsApp hizo que Blake dejara de prestarle atención a la radio. Llevaba unos veinte minutos aparcado junto a un café del campus de la universidad de Mia.

Butterfly: Llego en cinco minutos. Mi escolta ya se ha marchado. 09:20

Blake: Por fin. Aquí te espero. 09:20

Se le aceleró el pulso. Desde su convalecencia no habían vuelto a estar juntos, y de eso hacía ya más de una semana. Era estúpido fingir que no se estaba muriendo de ganas por verla, y por mucho más que eso.

Trató de escuchar un poco más las noticias por si salía algo que les concerniera, como, por ejemplo, el cadáver que habían arrojado juntos al mar. Era gracioso que aquel muerto aún no hubiera salido a flote mientras que los hermanos Schmidt estaban apareciendo envueltos en papel de regalo para la poli, como si alguien lo hubiera planeado. Conociendo a Gabrielli, seguramente era así.

Decidió encender un cigarrillo para aplacar un poco sus nervios y salió del coche. Hacía un día soleado, así que se puso las gafas de aviador que llevaba

en la guantera y se dedicó a observar a la gente que pasaba por delante, todos estudiantes, con sus libros a cuestas y sus caras de creerse capaces de comerse el mundo. ¿Habría encajado él con ellos en su momento? Probablemente no. Estaba distraído pensándolo cuando, de pronto, vio algo que le robó el aliento; Mia, vestida con una falda de cuadros escoceses muy corta y unos calcetines negros que le llegaban por la mitad del muslo, bajaba unas escaleras en dirección a él. Se le escapó un jadeo y siguió recorriéndola con los ojos. Una camisa medio desabotonada dejaba entrever su escote y una chaqueta de cuero le cubría los brazos. No llevaba peluca y el pelo rubio le caía en cascada por los hombros. Sus labios pintados de rojo brillaban como si estuvieran cubiertos por una fina capa de caramelo, y su paladar se anticipó al dulzor que prometían. Estaba como para follársela ahí mismo.

Estuvo a punto de separarse del coche y caminar en su dirección, cuando la rubia corrió hacia él y en nada la tenía en sus brazos, regalándole un fogoso beso. En efecto, sabía a caramelo.

—Hola —saludó ella con un suspiro cuando se separó un poco.

—Hola —respondió él y sin dudarle ni un segundo volvió a besarla. Era como una necesidad que no conseguía saciar. Tuvo que recordarse que estaban en público y detener sus manos antes de que siguieran bajando por sus muslos y se metieran debajo de su falda—. ¿Lista para escaparte conmigo?

—En realidad... —sopesó ella. Se agarró de las solapas de su chaqueta de cuero y pasó la yema de sus dedos por el tatuaje de su cuello. Tenía las mejillas encendidas y parecía acalorada—. Necesito pasar por el piso de Charlotte. Tengo ahí todas mis cosas y no llevo peluca.

Blake se rascó la nuca.

—Bueno, me olvidé de decirte algo —confesó—. Tus cosas ya no están en el piso de Charlotte.

—¿Ah, no? —preguntó extrañada, pero sin soltarlo. El roce de sus dedos le

estaba estimulando en exceso, pero se contuvo—. ¿Y dónde están?

—En mi apartamento.

Mia sonrió de medio lado; hubiese dado dos millones de dólares por saber qué estaba pensando.

—Vaya, entonces tendremos que pasar por ahí antes de ir a tu gimnasio.

«Mi gimnasio», se repitió mentalmente Blake. Le sonaba raro oírlo, aunque no le desagradaba. Sin embargo, la idea de Mia y él, solos en su piso, le gustaba muchísimo más. Por desgracia, no podía ser.

—Es una opción muy atractiva, pero hay un problema. Hoy es el día que limpia la asistenta.

Mia arqueó las cejas con una sonrisa divertida.

—¿Tienes asistenta?

—Y tu pelo natural es mucho más bonito.

—¿Tratas de distraerme, Blake Novak?

—Por supuesto que no —dijo y acercó su boca hasta el cuello de ella. Al encontrarse con la venda que cubría su herida, la desvió un poco y besó la piel bajo su oreja—. No estoy... —Volvió a besarla— distrayéndote. —Subió un poco más y apenas rozó el lóbulo de su oreja con los dientes. Ella emitió un pequeño gemido y Blake la miró rápidamente.

—¿Te duele?

—No, pero si sigues haciendo eso, tendremos que despachar a tu asistenta —le susurró ella con los ojos entrecerrados y el mentón alzado para darle más espacio.

Blake dejó escapar el aire sobre su cuello y soltó una carcajada. Era una opción tentadora, aunque temía que si hacían eso no iban a salir de su apartamento en horas.

—Vamos —determinó.

—¡Espera!

—¿Qué? —preguntó él.

—No me has dicho cómo está tu herida.

Las manos de Mia se dirigieron hacia el borde de su camiseta y la levantó. También estaba vendada, aunque de forma más torpe. No se había entretenido mucho esa mañana en darse los cuidados que la doctora Bernard le había ordenado. De hecho, llevaba dos días sin hacerlo en condiciones.

—Está bien. Ya ni me acuerdo de que la tengo.

Mia presionó la herida y a él se le escapó un gruñido.

—Ya veo —se burló ella—. Menos mal que no tienes que luchar.

—Sí, menos mal —mintió para no preocuparla. Le habían programado una lucha para el viernes. Anatoli aún le trataba bien a pesar de haber perdido el último combate. Negarse habría supuesto malograr su relación de negocios con él también.

Cogió de las manos a Mia y la llevó hasta el lado del copiloto, donde la invitó a sentarse después de abrirle la puerta. Luego corrió hasta el lado del conductor y, antes de meter las llaves en el contacto, la miró. Lo que en realidad quería era llevar el coche hasta algún lugar escondido y hacerla suya de nuevo. ¿Podría contenerse antes de llegar o volvería a tener un arrebato como la última vez?

—Tengo un despacho —añadió y Mia le regaló una mueca traviesa.

Arrancó el coche satisfecho con su reacción y se encaminó hacia la vieja fábrica de Ozzie, ahora, su gimnasio. Como consuelo, la mano de él se dejó caer sobre su muslo mientras conducía.

Mia miró el reloj. Eran las diez de la mañana y disponía de nada más y nada menos que de nueve horas para estar con Blake antes de volver a la universidad a que la recogiera Noah. Había mentido a su amigo diciéndole que después de las clases se quedaría en la biblioteca a estudiar. Él se había ofrecido a acompañarla, para ayudarla, pero ella le había dicho que

necesitaba estar sola para concentrarse mejor. Huesos no se opuso, seguramente porque no había olvidado la última pelea que habían tenido, una que los dos optaron por no volver a nombrar.

Cuando Blake y ella llegaron a la fábrica, los pensamientos de Mia se anticiparon a lo que podría ocurrir ahí dentro. Ciertamente era que el motivo de su cita no era otro que el de seguir trabajando en la operación «salvar a Blake», pero su reencuentro había sido tan efusivo y tan parecido a lo que habría hecho una pareja de novios al encontrarse, que se estaba dejando llevar por la emoción. Las cosas entre los dos habían cambiado, eso podía notarlo, pero, ¿hasta qué punto? Ella ya se había dado por perdida y había decidido que disfrutaría de ello mientras estuviera ahí. No quería pensar en cuando todo acabara, y si alguna vez lo hacía, se distraía rápidamente recreando sus besos. Era un recurso agradable. Si las cosas se ponían feas, si le entraban crisis de ansiedad por ser consciente de que había matado a un hombre que yacía en el fondo del mar, recurría a Blake. Ya fuera enviándole mensajes, llamándole o soñando despierta con él. De alguna manera, él había llenado con su presencia aquel vacío que le había dejado Charlotte. Ya no estaba sola, y la idea de volver a estarlo le aterraba.

—*Voilà* —ofreció el luchador tras abrirle la puerta—. Sé que no es la gran cosa, pero teniendo en cuenta el poco tiempo en el que se ha puesto todo, creo que no está tan mal, ¿no?

—Es genial —admitió ella con sinceridad.

Por fuera era una fábrica vieja de ladrillo, con algún que otro ventanal roto y manchas en la fachada como prueba de su antigua actividad. Por dentro, sin embargo, todo el espacio había sido despejado y limpiado a conciencia. No había maquinaria que entorpeciera el paso, ni olores desagradables propios de un sitio abandonado como aquel. Quizás las paredes necesitaban una capa de yeso y pintura, pero por lo demás, incluso estaba muy bien equipado para ser

un gimnasio clandestino—. ¿Y vas a entrenar a más chicos aparte de Willy?

—De hecho, ya empecé a hacerlo —admitió Blake y se sacó las gafas de sol—. Con toda la ayuda que ofrecieron, no había forma de negarme.

A pesar de su intento de sonar reacio, notó que sonreía contento. Debía de importarle bastante, y eso no hacía más que confirmar que todo lo que tenía de guapo, también lo tenía de buena persona. Era tan injusto lo que le habían hecho esos cabrones.

En ese momento, Mia se dio cuenta de que Blake no solo le gustaba, sino que también lo admiraba. Cuando ella había tenido el dinero en sus manos, en lo único que había pensado era en largarse, sin tener en cuenta a quién podía perjudicar. Había hecho exactamente lo mismo que los demás, dañar a la persona que menos lo merecía. Y él se lo pagaba protegiéndola con su vida.

—Blake, lo siento. Lo siento mucho —dijo de pronto. La culpa la estaba torturando de nuevo. No quería verse a sí misma como ellos, pero no podía evitarlo—. Sé que te lo he dicho muchas veces, pero siento que nunca es suficiente.

La expresión del luchador denotó sorpresa y confusión. No tardó mucho en comprender de qué estaba hablando. Un resoplido silencioso se escapó de sus labios.

—No es...

—Si pudiera volver atrás y cambiar las cosas... —lo interrumpió ella—. No te mereces que te traten así, que te hagan esto. Yo...

—Tú tampoco te lo mereces —dijo de pronto. Se acercó a ella, acarició sus cabellos con una mano y esbozó una leve sonrisa afligida—. Cuando te vi en la fiesta de compromiso de tu padre, pensé que eras una niña consentida más. No tenía ni idea de todo lo que habías tenido que soportar.

Mia tuvo la sensación de que en ese momento le disparaban la flecha definitiva en el corazón.

Abrió la boca para decir algo, pero se había quedado sin palabras. Su mente estaba demasiado a gusto descansando entre nubes de algodón como para ayudarla. Se limitó a quedarse con los labios entreabiertos, lo que sin querer se convirtió en una invitación para ser besada. Blake la agarró de la cintura y la atrajo hacia sí. Depositó sus labios con suavidad sobre los suyos y le regaló un beso tierno, dulce, muy distinto a todos los que se habían dado.

—Vamos, te enseñaré dónde está todo.

La tomó de la mano y la llevó hasta una puerta al fondo de la nave. Le daba igual dónde fueran, como si era a las profundidades del infierno, siempre y cuando lo hicieran juntos.

Blake sacó un manojito de llaves y con una de ellas abrió el candado colgado de la manija de la puerta. Mientras lo hacía, a Mia no le pareció muy seguro tener todo aquello con tan solo un candado de seguridad. Ella era capaz de abrirlo incluso más rápido con una horquilla que con la llave.

—Deberías pedirle a Ozzie que también te ponga una cerradura en condiciones.

—Sí, lo he hecho. Este será mi futuro despacho.

«El despacho», pensó Mia, «me lleva a su despacho». De forma inconsciente se mordió el labio.

Al entrar, Mia observó que había una vieja mesa de roble macizo. No estaba tan limpio como el resto de las instalaciones, pero tampoco estaba sucio. Simplemente, quien se había dedicado a adecentarlo, no lo había hecho con tanto esmero.

En la parte del fondo había una estantería sin baldas, las cuales permanecían apoyadas en la pared. Dos sillas viejas estaban junto a la ventana, cuyos cristales necesitaban un buen lavado. Unas cuantas cajas se amontonaban en otra esquina. Blake las apartó y le enseñó la bolsa de armas.

—Detrás de esa estantería hay una antigua caja fuerte. He metido ahí el

dinero. Pero estas no cabían —dijo al señalarlas.

—Tendremos que comprar otra.

Blake asintió. Luego le señaló la pared donde había un corcho muy grande colgado. No tenía agujeros por lo que dedujo que era nuevo.

—Aquí podrás colgar todo lo que había en la pared. Lo metí en alguna de estas cajas. Sé que es trabajo, pero te ayudaré.

Mia le sonrió agradecida. Aquel despacho no se parecía en nada a su santuario, pero él se las había apañado para conseguirle otro espacio, y después de unos arreglos, podría ser una nueva sede de operaciones. No obstante, seguía preocupándole la seguridad. Por aquel lugar iba a pasar mucha gente, y si lo usaban como centro de operaciones, nadie debía entrar a excepción de ellos.

—Nadie podrá entrar aquí —sentenció.

—Lo sé. Solo tú y yo. Créeme, nadie lo hará. Estás en mi reino y todos siguen mis órdenes, nena.

Mia soltó una carcajada.

—¿Todos?

—Sí. Te lo demostraré. Ven aquí y dame un beso.

Mia sonrió al darse cuenta de que le iba a ser imposible negarse. Él también lo sabía y la miraba jugueteón.

Se acercó y fue él quien se abalanzó sobre su boca. Sus grandes manos se aferraron a ella y recorrieron su espalda hasta acabar sobre sus nalgas. Entonces, de golpe, la alzó por los muslos y la sentó sobre la mesa de roble macizo. Su piel hizo contacto con la fría madera y le recorrió un escalofrío.

—Vas a hacer que te salten los puntos —susurró Mia.

Blake rio y su aliento le hizo cosquillas en el cuello. Sintió que se le erizaba la piel y, para su júbilo, pudo notar cómo su boca descendía y hacía un recorrido por su hombro y su clavícula.

—Tendré cuidado —lo escuchó decir cuando abordaba su escote y sus manos acababan de desabotonar los botones de su camisa. Le retiró la chaqueta de cuero y ella hizo lo mismo con la suya. Los dos se enredaron un poco por querer llevar la iniciativa, pero al final ganó Blake, cuando con una sola mano le desabrochó el sujetador y hundió su rostro entre sus pechos. Los besó repetidas veces hasta que sus dientes mordisquearon uno de sus pezones y luego lo succionó. Mia arqueó la espalda instintivamente y empujó las caderas hacia él. Casi sintió vergüenza de lo húmeda que estaba.

Notó que las manos tatuadas de él subían por sus muslos y se abrían paso bajo la falda. Mia respiraba entrecortadamente mientras los dedos de Blake se entretenían con el pliegue de sus bragas. Finalmente tiraron de ellas hacia abajo. A la muchacha se le escapó un jadeo y, presa de la excitación, hundió sus manos en el pelo de él y tiró de su cabellera.

Él levantó la vista con una sonrisa lasciva. Sus ojos emitieron un brillo felino y con las manos empujó sus rodillas para abrirle las piernas.

Antes de que él hiciera lo que estaba a punto de hacer, Mia tiró del cuello de su camisa y le obligó a desprenderse de ella. Quería ver su torso desnudo, sus tatuajes al descubierto en esos poderosos brazos y su pecho esculpido en mármol.

—Blake —jadeó cuando notó su aliento en su sexo y besó su muslo izquierdo.

Los besos de Blake se desplazaron hacia su centro de placer. Su lengua, cálida y húmeda, se deslizaba entre sus pliegues y de vez en cuando succionaba, llevándola al límite. Mia no pudo evitar arquear la espalda al sentir todas aquellas ardientes descargas en su vientre. Llevó una de sus manos hasta la cabeza de Blake y arañó su nuca afeitada. Como respuesta, él intensificó el ritmo y con las manos tiró de sus nalgas para una mayor presión.

Blake le sujetó las caderas con las manos mientras lamía y finalizó

introduciendo su lengua en el interior de ella. Cada uno de los músculos de la joven se tensó al recibir el clímax. La luz y el calor explotaron en su interior y un gutural gemido escapó de su garganta.

El luchador acarició sus piernas y se puso en pie con una sonrisa satisfecha.
—Me encanta ver cómo te corres —ronroneó.

Mia se ruborizó, pero lejos de amilanarse, lo atrajo hacia ella y le obligó a abrir la boca para introducir su lengua en ella con un beso posesivo y cargado de lujuria. El rugido que salió de Blake quedó ahogado en su boca e hizo vibrar cada fibra de su cuerpo. ¿Qué había en ese hombre que la convertía en fuego?

Acarició su torso y besó su pecho. Tuvo cuidado de no presionarle la herida cuando sus manos desabrocharon el cinturón y notó su miembro duro y dispuesto. Introdujo la mano dentro de su ropa interior y recorrió su envergadura con los dedos, deleitándose con la suavidad de su piel. Mia ajustó sus piernas alrededor de la cintura de él y se inclinó para recibirlo. Blake presionó y la humedad de ella hizo que la penetración fuera rápida y profunda.

El luchador emitió un jadeo sonoro y sus dedos se aferraron con más fuerza a los muslos de Mia. Seguramente se los dejaría marcados, pero en esos momentos no le importó. La siguiente embestida provocó en Mia una descarga eléctrica entre las piernas y no pudo reprimir el grito.

Blake continuó el vaivén como una dulce tortura que estuvo a punto de llevarla al orgasmo de nuevo. Sin embargo, la mirada de ella fue a parar a la puerta y se dio cuenta de que había alguien mirándolos. Mia se quedó paralizada y justo en ese momento Blake gruñó al alcanzar el éxtasis.

El luchador, exhausto, fue a apoyar la cabeza sobre el hueco de su cuello, pero Mia lo empujó para taparse los pechos con un brazo y con la otra mano sacarse una bailarina y tirársela al que estaba tras la puerta.

—¡Joder! —se escuchó al otro lado.

—¿Ozzie? —se sorprendió la joven.

—¡Hijo de puta! —exclamó Blake.

—¿Así que eres rubia? ¡Lo sabía!

Blake se abrochó el pantalón y recogió una de las chaquetas de cuero. Se la puso a Mia sobre los hombros. Acto seguido, salió por la puerta como un toro enfurecido y Mia percibió cómo algo se estampaba contra la pared.

—¿Qué cojones haces aquí? —lo escuchó rugir. Mia no podía ver lo que estaba sucediendo, pero se apresuró a buscar sus bragas y ponérselas, lo mismo con el sujetador y la camisa. En cuanto estuvo vestida, salió fuera y vio a Blake descamisado, sujetando a Ozzie por las solapas de su chaqueta y reteniéndolo contra la pared.

Iba a decir algo, pero calló. Creyó que el mirón se merecía un escarmiento, así que simplemente buscó su zapato, se lo puso y luego se quedó cruzada de brazos y esperó.

—Hola, Butterfly —le saludó alguien tras su espalda. Se giró y vio a Willy con la cabeza gacha mirándose las zapatillas. Joder, estaba claro que también los había escuchado.

—Hola, Willy.

—No sabíamos que estabais aquí, le dije que os dejara en paz, pero...

—Da igual —dijo ella. Observó a Ozzie, quien le sonrió, y ella puso los ojos en blanco. No estaba para nada arrepentido.

—Ya, déjame, ¿quieres? —le reclamó este a Blake, quién lo soltó a regañadientes.

—No me has contestado —gruñó.

—Es mi gimnasio también, ¿no? Puedo venir cuando quiera —respondió su amigo y se recolocó la chaqueta de una forma un tanto exagerada—. Está bien, de acuerdo, no debí espiaros. Perdonad, pero es que hacías tanto ruido que

pensé que alguien te estaba atacando, Kingsnake. ¿Así que para eso querías tu propio despacho?

Mia bajó la mirada abochornada. Estaba segura de que su cara en ese momento se asemejaba bastante a un tomate maduro.

—Anda a tomar por culo —dijo Blake y le dio un empujón en el hombro—. Pedazo de cretino que estás hecho.

Ozzie se rio. No parecía molesto. ¿Habría pasado esto más veces con otras chicas? Hizo una mueca de forma inconsciente al imaginarlo.

—¿Estas son de verdad? —sonó de pronto la voz de Willy desde dentro del despacho.

Mia abrió mucho los ojos por la sorpresa y su mirada se cruzó con Blake que tenía la misma expresión. Se habían dejado la puerta abierta y había visto las armas.

El luchador corrió hacia el despacho y Mia hizo lo mismo. Encontraron a Willy con la bolsa deportiva a su pies y una de las pistolas en la mano.

—Así que aquí están —añadió Ozzie—. Llegué a pensar que cabía la posibilidad de que te hubieras deshecho de ellas, pero veo que no eres tan tonto. ¿Sabes que podemos sacar bastante pasta si las vendemos, no?

Blake estaba muy furioso y Mia temió que esta vez se le fuera la mano.

—¿Cuánta pasta? —intervino ella.

—Oh, ya veo quién es el cerebro de la operación. Butterfly, estás llena de sorpresas. Ahora cuéntame, ¿qué es lo que planeáis hacer con ellas? ¿Otro golpe, tal vez?

Ozzie trasteó dentro de una de las cajas y saco una foto de Andrei Bondaryenko. Blake se la arrebató.

—¿Se lo has contado todo? —preguntó Mia al luchador, presa de la confusión.

Este le lanzó una mirada furibunda a Ozzie, quien solo se encogió de

hombros.

—Soy un hombre de recursos limitados, pero con muchas dotes, cariño. Cuando quieras, te las enseño —respondió.

—Cierra tu puta boca, Ozzie —amenazó Blake.

—De acuerdo. Solo digo que hay una buena oportunidad aquí que todos podemos aprovechar. Y ya que pongo el gimnasio y me juego el cuello teniendo esto aquí, es lo mínimo que puedes hacer por mí, Kingsnake.

—Vete a la mierda tú y tu gim...

—Está bien —interrumpió Mia—. Puede venirnos bien un poco de ayuda.

La sonrisa que le dedicó Ozzie le hizo recordar a un cocodrilo. Uno pequeño, pero cocodrilo al fin y al cabo.

—¿Tú que dices, Willy? —preguntó y se frotó las manos—. ¿Te apetece sacar un poco de pasta?

El chico seguía con la pistola en la mano. Miró a Blake un tanto compungido.

—Sí a Kingsnake le parece bien, por supuesto.

—Ni de coña —dijo Blake rápidamente—. No vamos a meter a nadie más en esto. Mucho menos a un niño.

—¡No soy un puto niño! —protestó Willy.

—Tiene razón. Él sabe moverse entre chacales. Se le da bien —aseguró Ozzie.

—Supongo que lo habrá aprendido gracias a ti, desgraciado —escupió Blake.

Mia consideró que debía calmar a su luchador. Por alguna extraña razón, confiaba en Ozzie. Era un cabronazo, eso le había quedado claro, pero ya los había ayudado a deshacerse de las joyas sin ningún problema y con una suma aceptable. Eso decía bastante en su favor. Willy, por otro lado, le parecía un buen chico y profesaba una admiración y fidelidad hacia Blake más que

evidente. Estaba segura que haría lo que fuera por complacer y ayudar a su nuevo mentor.

Se acercó al luchador y posó con delicadeza la mano sobre su brazo desnudo.

—¿Podemos hablar?

Blake asintió.

—Largo de aquí los dos —exigió el luchador.

—De acuerdo —aceptó Ozzie y le quitó la pistola a Willy y la dejó en el interior de la bolsa—. Dejemos que Bonnie y Clyde decidan. —Los dos hombres salieron del despacho, pero antes de cerrar la puerta, el amigo de Blake añadió—: ¿Qué os ha pasado a ambos? Butterfly con una venda en el cuello, tú con una herida en el abdomen. ¿Arrebato de pasión u otra cosa que debería saber?

—Cállate —le gritó Blake y se escuchó una risa retorcida. Mia y él se sentaron en las dos sillas junto a la ventana cuando Ozzie cerró la puerta del despacho.

—Le gusta hacerte enfadar —dijo Mia con una leve sonrisa.

—Dime algo que no sepa —contestó el luchador irónico.

La joven pasó su mano por el pelo de él y se lo adecentó. Lo había despeinado y entre el enfado que llevaba encima y la falta de camiseta, resultaba más fiero que nunca. No iba a negar que eso le gustaba, pero el instinto le llevó a tener aquel gesto.

Mia trató de explicarle su punto de vista. Blake lo sopesó en silencio. Cuando pensaba, lo hacía inclinado la cabeza y mirando hacia arriba, lo que hacía resaltar aún más los músculos de su cuello tatuado. Cien por cien deseable a todas las putas horas del día.

—Está bien —dijo finalmente—. Es verdad que ya nos ha ayudado. Pero no quiero que te acerques mucho a él. ¿De acuerdo? Yo le explicaré lo que tenga

que saber, y no necesariamente todo.

—No le digas nada de Charlotte.

—Lo acabaré sabiendo. Recuerda que fuimos tras Carl Ritter y él nos dio la información.

—Muy bien, pues evita todo lo que consideres. Confío en tu criterio.

La mirada que le regaló Blake tras esas palabras fue un tanto extraña. Mia podría jurar que lo notó sorprendido y un tanto inseguro.

—No le diré quién eres.

—Confío en ti, Blake. Confía tú también en ti.

La respuesta de él fue una leve carcajada que sonó cargada de ironía. Entonces le besó la frente con un gesto cariñoso.

—De acuerdo.

Capítulo 30. Segundo golpe

Las escuchas habían vuelto a dar sus frutos. Resultó que el niño ucraniano tenía un refinado gusto por la coca sin cortar, y sus contactos le permitían adquirir una cantidad desorbitada para repartirla entre sus colegas y sus allegados. Quizás incluso para hacer sus propios trapicheos. Fuera como fuera, la compraba en un piso franco de la calle Blossom, en el barrio chino, supuestamente propiedad de la familia Wang. Solo tenían que esperar a que llevara el dinero y se largara con la droga para asaltar el lugar y hacerse con la suma. Una cantidad muy grande, por lo visto. Ahora eran más a repartir, pero no importaba. A lo largo, habría suficiente para todos.

No iba a negar que la nueva alianza con su colega Ozzie al final iba a resultar ventajosa. No solo por los valiosos consejos que les daba, como el hecho de no volver a utilizar su Camaro, tan fácilmente reconocible, sino que también por ser una fuente inagotable de información. Él mismo les había explicado que en ese apartamento simplemente se dedicaban a cortar la droga, empaquetarla y prepararla para distribuirla en el mercado. No era un lugar de compra y venta. La única excepción era Andrei. Por ello, el dinero estaría poco más de veinte minutos, para después salir hacia un destino incierto. También por ese motivo la seguridad era más bien escasa. No les convenía llamar la atención. La única complicación consistía en esperar los cuatro en un coche desvalijado a que Andrei realizara el intercambio. Llevaban una hora y el cabrón aún no había aparecido.

—Quizás ha entrado por otra puerta y ya se ha largado. ¿Hay más entradas?
—preguntó Ozzie.

—No, no las hay. Mira, conseguí el plano de la estructura. Una única entrada, una única salida. Es un edificio antiguo que no cumple las normas de

seguridad. Hay una orden de derribo que no llegó a ejecutarse después de la crisis. —Mia le mostró el plano a Ozzie—. Ten paciencia.

Blake notó que su amigo le miraba con una ceja alzada. Tal vez desconfiaba de la joven.

—Ya la has oído —dijo con un asentimiento—. Esperamos.

Volvió a reinar el silencio. Todo el mundo miraba expectante la puerta del edificio como si con ello pudieran hacer aparecer a Andrei. Lo único que se escuchaba eran los sonidos de la aplicación con la que jugaba Willy en su teléfono nuevo.

—Apaga eso, ¿quieres? —gruñó Blake.

Willy lo miró y, sin decir nada, guardó el aparato en su bolsillo. El luchador notó que Mia lo observaba y giró el cuello hacia atrás para comprobar que lo hacía con cara de interrogación. Se sintió un poco mal consigo mismo por su mal genio.

—¡Ya viene! Es ese —exclamó de pronto la rubia.

Un Jaguar naranja pasó por su lado y aparcó en un hueco que había más adelante. El pequeño de los Bondaryenko bajó acompañado de dos adolescentes más y un hombre de edad media que el luchador reconoció como su guardaespaldas, Dmitro. Este último se quedó apostado al lado del coche mientras los tres chicos llamaban al interfono de la vivienda. Poco después, accedieron al interior.

—Sigo pensando que deberías subir tú —protestó Blake dirigiéndose a Ozzie.

—¿En mi lugar? —preguntó Mia con un tono que denotaba irritación. Enseguida se arrepintió de haber sacado de nuevo el tema a colación. Ella había demostrado ser capaz, incluso más que todos los que estaban dentro del coche. Sin embargo, eso no evitaba que Blake se preocupara. Suspiró, aceptó las cosas tal y como eran, y se consoló pensando que Willy, aunque joven,

sería de gran ayuda si había que usar la fuerza.

Diez minutos después, Andrei volvía a su coche y los cuatro pasajeros ocupaban sus asientos.

—¿Vamos? —interrogó Willy, que ya se había puesto su pasamontañas.

—Espera. Un margen de cinco minutos nos vendrá bien, y no te pongas eso hasta que estemos dentro. No querrás alertar a nadie, ¿no? —advirtió Mia.

Blake tenía que admitir que le gustaba verla dar órdenes.

Aquellos cinco minutos fueron interminables. El luchador no dejó de pensar en todo lo que esta vez podría salir mal, como por ejemplo que un vecino viera cómo la joven forzaba la cerradura y llamara a la policía, o que dentro hubiera más seguridad de la que habían supuesto. Contaban con un hombre armado como mínimo. Pero, ¿y si había tres? ¿Y si uno disparaba? ¿Y si...? Se obligó a dejar de pensar, sobre todo cuando Mia abrió la puerta de atrás y salió del coche. Esta vez no iban vestidos de negro. Llevaban ropa de calle, o más bien, ropa de mercadillo. Prendas que, en cuanto acabaran la operación, serían calcinadas en un cubo metálico dentro del gimnasio clandestino. Los tatuajes de todos iban tapados, ya fuera con el maquillaje de Mia o con ropa. Solo se pondrían los pasamontañas una vez estuvieran dentro del rellano. Mia, además, llevaba una de sus pelucas, esta vez de un color negro que la hacía irreconocible. Sus ojos verdes parecían brillar más que nunca. La entendía. Él también experimentaba esos subidones de adrenalina.

—¡Suerte! —dijo Ozzie antes de que Blake cerrara la puerta y saliera tras los otros dos. Mia estaba forzando la cerradura y, cuando los alcanzó, la puerta ya estaba abierta. «Menudo talento», pensó.

Subieron las escaleras hasta un tercer piso. Habían discutido largo y tendido sobre cómo acceder al apartamento. Se habían barajado tantas opciones que Blake era incapaz de enumerarlas. Al final se impuso la que había propuesto él, el efecto sorpresa. Para el luchador era la más lógica, pero sospechaba que

había ganado simplemente porque todos se habían cansado de discutir más opciones.

Al llegar a la puerta del piso, le propinó una patada tan fuerte que, en lugar de abrirla, la reventó. Era más vieja de lo que habría cabido esperar.

Como si fueran efectivos de las fuerzas armadas, los tres entraron en fila con sus armas en alto. Se encontraron un apartamento minúsculo en el que apenas se podía respirar por el polvo que pululaba en el ambiente. La ventilación era escasa y el desagradable e inconfundible olor a sudor humano los recibió. Tres mujeres asiáticas estaban sentadas alrededor de una mesa, con mascarillas y trabajando la cocaína. Al otro lado, un tío calvo de rasgos también asiáticos estaba en proceso de levantarse de un sillón mullido y agarrar su metralleta.

—Quieto ahí —amenazó el luchador en cuanto vio que el sujeto trataba de apuntar a Mia. Las mujeres se habían puesto a cubierto bajo la mesa, aunque eso no significaba que pudiera perderlas de vista.

Por suerte, lo superaban tres a uno. O eso fue lo que Blake creyó.

—¡Detrás de ti! —gritó Butterfly, y el luchador apenas atinó a hacerse a un lado. Una ráfaga de aire rozó su oído derecho y, al girarse, vio dos cosas: primero, que Willy se había lanzado hacia el tío de la metralleta para impedir que la usara. Segundo, que una chica, ataviada con unas mallas deportivas verdes y una chaqueta tipo *bomber* a juego, lo observaba con una expresión asesina. Sus ojos rasgados se asemejaban a los de un gato furioso. La ráfaga que había sentido Blake era la de la patada que ella había lanzado directa a su cabeza y había logrado esquivar por los pelos.

Se hizo una nota mental para felicitar a Willy por sus reflejos. Entonces levantó el arma que portaba y apuntó a la mujer. Enseguida lamentó su curso de acción, ya que la proximidad en la que se encontraban le permitió a la gata darle un golpe en la muñeca que mandó la pistola al suelo.

—¡Coge la pistola! —le gritó a Mia mientras evitaba a que la experta en artes marciales fuera a por ella. Esta no tardó en lanzarle otra patada, una que Blake logró atrapar al apresar su pierna con las manos. Por el rabillo del ojo vio cómo Willy le daba un puñetazo al sujeto de la metralleta. No pudo prestarle mucha atención, porque en ese momento la mujer de verde saltó e hizo gala de una habilidad acrobática excepcional al darle en la cara con el otro pie, al mismo tiempo que ejecutaba un salto mortal. El espacio donde peleaban era tan pequeño que seguramente había dejado una huella en el techo al hacerlo, aparte de en su cara, claro.

—Pon tu culo saltarín en el puto suelo si no quieres que te vuele la tapa de los sesos, hija de puta. —La chica paró en seco. Mia estaba tras ella, apuntándola en la cabeza con el arma de Blake—. Muévete muy despacio.

Los ojos de la gata furiosa volvieron a clavarse en Blake y vio cómo estaba barajaba sus opciones. El luchador movió la cabeza de lado a lado. «Ni lo intentes», pensó, como si ella pudiera leerle la mente.

—Estáis cometiendo un grave error —dijo esta con un acento oriental muy marcado.

—La que lo vas a cometer eres tú como no hagas lo que te digo, zorra. —El tono de voz de Mia sonaba muy agresivo. De nuevo, irreconocible.

Blake sacó las bridas que habían comprado en una ferretería y se dispuso a ponérselas a la gata. Pudo comprobar que Willy ya tenía sometido al de la metralleta y esperaba las bridas con impaciencia. Echó un vistazo a las tres mujeres para asegurarse de que ninguna hacía ninguna tontería y a continuación ató a la chica de pies y manos.

—Vas a morir —le aseguró esta—. Y será doloroso.

Blake abrió la boca para contestar, pero en ese momento un pie descendió sobre la espalda de la chica y esta emitió en un gruñido de dolor.

—Cierra tu puta boca —dijo Mia sin dejar de pisarla.

La experta marcial no volvió a pronunciar palabra. Mientras Blake y Willy terminaban de atar a todos, Mia ojeó el resto del apartamento con las pistolas en alto para asegurarse de que no hubiera más sorpresas. No le supuso mucho tiempo. Cuando regresó, fue directa hacia las mujeres encargadas de empaquetar.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó a una de ellas. Esta solo movió la cabeza, como si no comprendiera. Las otras dos hicieron exactamente lo mismo cuando Mia se dirigió a ellas.

—Genial —se quejó Willy—. No hablan inglés. Y este imbécil se ha desmayado. —Al decir esto, le dio un pequeño puntapié al sujeto de la metralleta.

Blake se puso de cuclillas al lado de la chica de verde, que seguía sentada en el piso inmovilizada por las bridas y los miraba detenidamente.

—El dinero —dijo y le apuntó con la pistola.

—No hay.

El luchador apretó los dientes.

—¿Cómo que no hay? —preguntó. Empezaba a perder la paciencia—. ¿Qué hay de lo que ha dejado el crío?

La chica de verde soltó una carcajada seca.

—No ha dejado nada. Vino, probó y se fue. Trío de idiotas.

—No mientas, pedazo de psicópata —siseó Mia y amenazó con golpearla de nuevo. La chica ni se inmutó. Simplemente la miró arqueando una ceja.

—Ahí está su droga —dijo y señaló los paquetes sobre la mesa con el mentón, cuatro en total, amontonados alrededor de otros dos abiertos sobre el que estaban trabajando cuando habían irrumpido en el apartamento—. Vino con los bolsillos vacíos. Sin dinero, no hay droga. Todo el mundo lo sabe.

—¿Y ahora qué? —exclamó Willy.

—Ahora... —a Blake se le acabaron las ideas. El plan se había ido al

demonio, lo único que quedaba era irse.

—Muy bien. Pues si no podemos llevarnos el dinero, habrá droga. Todo el mundo lo sabe también —puntualizó la rubia imitando el acento de la asiática.

—¿Qué? —preguntó el luchador, pasmado, pero Butterfly ya se había acercado a la mercancía y la estaba metiendo en su bolsa—. Mierda. De acuerdo. Ayúdala —le pidió a Willy—. Yo los vigilo.

No tardaron ni diez segundos en dejar la mesa vacía. Incluso se llevaron los dos paquetes abiertos, la balanza y las papelinas. Una pequeña parte del contenido se derramó por el suelo, pero a nadie pareció importarle.

Abandonaron el apartamento igual de rápido y sin mirar atrás. Subieron al coche en estampida. Ozzie parecía muy entusiasmado al verlos y después de arrancar y pisar el pedal empezó a preguntar sin cesar como les había ido. Ninguno parecía capaz de contestarle.

—¿Se os han comido la lengua esos putos chinos o que cojones pasa?

—Cállate, Ozzie, y conduce —gruñó Blake. ¿Y ahora qué mierdas iban a hacer con toda esa cantidad de cocaína? Se consoló con la esperanza de que el hombre de tantos recursos les diera una solución una vez llegaran a su despacho en el gimnasio clandestino.

—No, ni de coña. No puedo vender esto —vociferó Ozzie al ver la coca—. El plan era coger el dinero. Me cago en la puta.

—Hemos tenido que improvisar. Era eso o salir con las manos vacías —se defendió Mia mientras se frotaba con una toallita húmeda los brazos para quitarse los restos de maquillaje. Blake estaba haciendo lo mismo en sus manos.

Su amigo bufó y se rascó la nuca.

—Bien, pues ahora ya me dirás qué hacemos con todo esto. Podemos pegarnos una juerga de la ostia, pero de venderlo, nada de nada.

—¿En serio, Ozzie? —intervino el luchador—. Tú conoces gente y...

—En serio, Blake. Puedo vender joyas, armas, compresas, lo que quieras, menos droga. Ese mercado está vetado a menos que te inviten a entrar. Y ten por seguro que no lo han hecho. Hay toda una estructura, ¿de acuerdo? No se puede ser autónomo con este tema. Debes pertenecer al sistema. Sin contar que sería sospechoso y...

—¿Qué sistema? —interrogó Mia.

—Eso ahora no importa, mierda. ¿Es que no me estás escuchando? Lo mejor será que nos peguemos unos tiros y planeemos otro golpe. Ya nos saldrá mejor la próxima vez.

—No vamos a meternos todo esto, ¿es qué estás loco? —añadió Willy.

—Está bien, tranquilizaos —exigió Butterfly—. Puede que yo pueda moverlo.

—¿Tú? —Blake no pudo disimular su tono de sorpresa.

—Sí. Conozco a alguien que quizás nos ayude.

Mia agarró uno de los paquetes y se dio la vuelta.

—¿A dónde vas? —preguntó Blake.

—Pues a venderlo, ¿dónde si no?

—¿Ahora? Es tarde y...

El luchador miró a la joven. Primero el fracaso del plan, ¿y ahora Mia se iba? Había pensado pasar unas cuantas horas más con ella, pero estaba claro que esa noche las cosas no iban a salir como él quería.

—¿Y no deberíamos, no sé, cortarla, ponerla en las papelinas? Ya sabes —añadió sin mucha convicción.

—Voy a venderla al por mayor —informó la joven. Rebuscó en la bolsa y sacó la balanza—. Tres kilos, pongamos que a treinta dólares el gramo, son un total de... ¡noventa mil dólares! ¡Joder!

—La puta de oros, ¿tanto vale eso? —intervino Willy.

—En realidad, más. Tiene toda la pinta de ser pura y treinta dólares es

tirando a lo bajo... Y esto... —añadió Ozzie señalando uno de los paquetes abiertos. Mojó el dedo en el polvo blanco y se lo llevó a la boca—, ¡es tiza!

—Claro, debían de estar cortándola —añadió Mia.

Blake resopló con resignación. Al parecer, ahora se habían convertido en traficantes.

—Vamos a hacer lo siguiente —alzó la voz para hacerse oír. Tanto comentario lo estaba poniendo nervioso—. Yo iré con Butterfly. Vosotros dos acabaréis de quemar la ropa y esconder todo esto. Pesar la droga, calcular beneficios y no sé, mezclarla o hacer algo útil, ¿de acuerdo?

—Yo quiero ir con vosotros —añadió Willy.

Ozzie le dio un codazo.

—Creo que en esa ecuación sobras, idiota.

Willy frunció el ceño.

—¡Oh! —dijo, cuando captó la insinuación.

Blake puso los ojos en blanco y dejó a esos dos hacer conjeturas mientras se acercaba a Mia y la tomaba por los hombros.

—¿Estás segura de que quieres ir ya? —preguntó—. No hace falta que tomemos decisiones precipitadas.

—La excusa de quedarme a dormir con Veronica en el campus no me va a servir todos los días. Es mejor que aprovechemos el tiempo.

Al menos en eso estaban de acuerdo. Blake inclinó su cabeza hacia ella y le dijo en tono bajo:

—Para ser sincero, no es así como yo planeaba aprovecharlo.

Mia le sonrió con dulzura.

—Habrá tiempo para todo —prometió y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla. Fue tan tierno que le sacó una sonrisa que debía de verse bastante boba. Tuvo que esconder la cara para asegurarse de que Ozzie no se la viera.

Capítulo 31. Celos

Consciente de que no disponían de mucho tiempo, Mia no se molestó en cambiarse de peluca. Sus cosas seguían guardadas en las cajas donde Blake las había metido y prácticamente se tuvo que conformar con lo primero que encontró: un *top* de tirantes dorado, botines del mismo color y unos *shorts* negros que dejaban poco lugar a la imaginación. Se quitó la venda del cuello. La herida había cicatrizado, pero aún era perceptible. Se puso una cinta negra y la ajustó a conciencia para que no se moviera. Quizás no era lo más acertado, pero llevar el cuello vendado siempre podría suscitar alguna pregunta incómoda. En el coche se colocó un par de pendientes de aro y se retocó el maquillaje de los ojos y los labios. Del golpe del pómulo ya no había rastro.

—Vas por la vida vestida así... —comentó su luchador mientras seguía las indicaciones que ella le había dado para llegar a la discoteca— casi en noviembre. No sé cómo aún no te ha dado una pulmonía.

—Llevo abrigo. —El comentario le pareció más propio de un abuelo que del chico que tenía ganas de tirarse a todas horas—. Y tú pones la calefacción a tope en tu coche.

—Menos mal que me tienes a mí —respondió. Mia se giró para mirarlo y vio que tenía una ceja levantada—. Y a mi coche, claro. Si mal no recuerdo, tú también querías uno así, ¿no?

Mia bajó la mirada. ¿Lo tenía? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta que reunieran el dinero y ella ya pudiese comprarse uno para sí misma? Suspiró pensando que de momento era suyo. Eso era lo que había dicho, ¿no?

—Sí, quería uno —admitió. Se dejó la parte en la que sin el dueño del Camaro, el coche no valía la pena—. Déjame hablar a mí esta vez, ¿de

acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Blake—. Aunque aún no me has dicho a quién vamos a ver.

—Quizás no te acuerdes de ella, pero la conoces. Se llama Carmín. Te la presenté en...

—Oh, sí que me acuerdo —la interrumpió el luchador—. Pensaba que trabajaba en el *diner*.

—También lo hace, pero los jueves y sábados es camarera de la discoteca a la que vamos.

—Y en la que también vende droga —concluyó el hombre tatuado.

—No. No vende droga. Pero Charlotte iba allí de vez en cuando a trapichear y sé que ella le hacía de enlace. Solo espero que ahora pueda hacer también del mío.

—Ya sé que te debe cansar que te pregunte esto, pero, ¿es de fiar?

Mía asintió.

—No me delató cuando me buscabas. Solo te dio un contacto. No sé cómo lo conseguiste, pero debiste de ser muy convincente porque ella siempre nos ha protegido, tanto a Charlotte como a mí.

Blake esbozó una sonrisa gatuna.

—Puedo ser muy convincente cuando hace falta —dijo—. Además, creo que Noah prometió casarse con ella o algo así.

Mía soltó una carcajada muy sonora que le salió de forma espontánea. Habría hecho cualquier cosa por ver a través de una ranura lo que aquel día había sucedido entre Blake y su amigo.

—No creo que sea del tipo de Noah —añadió—. Aunque puede que él si fuera el de ella.

—Es de los que se sacrifican por la causa, creo yo. Ya sabes, honor, deber y todo eso, ¿o me equivoco?

—Sí, es de esos —admitió Mia un poco más seria. Esas eran las palabras que definían perfectamente a Huesitos. Hizo una mueca al darse cuenta de lo mal que se estaba portando con él. No paraba de mentirle, por no hablar de cuando le había puesto un micro. Le había dado esquinazo, lo había dejado plantado en más de una ocasión y, últimamente, no paraban de discutir. No se merecía todo aquello y, aunque siempre achacaba la culpa a su propio padre, tal vez ella debía replantearse su actitud. Al fin y al cabo, Noah era un hombre bueno atrapado en un mundo de monstruos. Se sorprendió a sí misma pensando que quizás él también se merecía ser salvado, después de todo—. Noah es genial.

El luchador emitió un murmullo. Mia vio que se quedaba mirando fijamente la carretera y, por alguna razón, se sintió incómoda. Ninguno de los dos volvió a pronunciar palabra durante lo que quedó del trayecto.

En la entrada de la discoteca, Butterfly fue a saludar a Goku, el portero habitual, entrado en años y con un sobrepeso considerable. Este le respondió con un caluroso abrazo, pero no preguntó por Charlotte. Ya debía de haberse enterado de su muerte. Mia había tenido que tragarse todas las noticias de la prensa en busca de pistas, y hasta que otra noticia no había suscitado más interés, no se había hablado de otra cosa.

Después de una breve conversación muy superficial, la dejó pasar sin tener que hacer la cola que ya daba la vuelta a la manzana. Pese al momento incómodo que acababan de tener con el luchador en el coche, creyó conveniente cogerle de la mano para acceder al interior. A diferencia de la de ella, estaba caliente y el contacto le resultó agradable. Iba poco abrigada para la fría temperatura del exterior, pero no pensaba reconocerlo en voz alta.

—¿Venías mucho por aquí? —le preguntó Blake al oído.

Un escalofrío le recorrió la espalda al sentir su cálido aliento. Se quitó la chaqueta, pese no haber entrado en calor.

—De vez en cuando. ¿Y tú? ¿Has estado aquí antes?

El luchador se encogió de hombros.

—Un par de veces —admitió. También se quitó la chaqueta y se la colgó de un brazo. Mia se cambió el bolso de hombro. El condenado pesaba más de tres kilos por culpa de la cocaína y le había dejado la marca del asa en la piel. Él debió de fijarse en ello, porque le puso la mano encima de la marca, sorprendido.

—Dios, estás helada —exclamó y trató de sostenerle el bolso.

—Prefiero llevarlo yo —dijo impidiéndoselo. En caso de problemas, se inclinaba más a que la engancharan a ella con semejante mercancía que a él. ¿Cuántos años de cárcel podrían caerle encima si eso sucedía? No lo había pensado hasta ese momento y se puso un poco tensa. Lo mejor era ir a por Carmín cuanto antes.

La encontraron tras una de las barras de la sala central charlando animadamente con una compañera. Se sentaron en los taburetes frente a ella y, en cuanto reparó en su presencia, emitió un grito de júbilo. Toda su envergadura le permitió agarrar el rostro de Mia desde el otro lado del mostrador y cubrirla a besos. Luego la abrazó con fuerza y empezó a llorar.

—Lo siento tanto, pequeña. No he dejado de pensar en ti y en lo mal que debías de estar pasándolo.

Mia respiró profundamente para no dejarse llevar por la melancolía. No había venido buscando compasión, aunque sabía que Carmín lo hacía con buena fe.

—Gracias —susurró y esta la besó en la frente. Luego se apartó, miró al luchador y esbozó una sonrisa mientras se secaba las lágrimas.

—Mientras hay vida, hay esperanza. ¡Pero qué ven mis ojos! Al final triunfó el amor.

Mia sintió una vergüenza tremenda al oír aquello. ¿Por qué decía semejantes

cosas? Seguro que Blake debía de sentirse intimidado ante tales afirmaciones. ¿Cómo podía ser Carmín tan exagerada?

—¿Te acuerdas de Kingsnake? —dijo rápidamente fingiendo que no había oído nada de aquello—. Te lo presenté hace tiempo en una fiesta.

—¿Cómo iba a olvidarlo? —comentó la *drag* mientras sacaba dos copas y empezaba a preparar un cóctel, probablemente el especial Carmín al que siempre invitaba cuando la visitaban.

Ahora que era más consciente de dónde se encontraba, empezó a sentir de nuevo la ausencia de Charlotte. Tenía la impresión de que en cualquier momento la vería corretear de un lado al otro de la sala para decirle que había conocido al futuro padre de sus hijos, otra vez. Sonrió llena de nostalgia al recordarlo. Luego notó que Blake la miraba. Parecía preocupado.

—¿Estás bien? —le preguntó al oído.

Mia asintió, pero fue incapaz de mirarlo a los ojos, y se centró en lo que les había llevado hasta ahí.

—Carmín, ¿podemos hablar un momento?

—Claro que sí, mi amor—respondió esta rápidamente. Les sirvió las copas y se apoyó en la barra dispuesta a escucharla.

—En privado —aclaró Mia.

La *drag* se encogió de hombros. Le hizo una señal a su compañera y otra a Mia para que la siguiera.

—Ahora vuelvo —le dijo la joven a Blake y le acarició una de sus manos tatuadas. No pudo contenerse.

—No me voy a ninguna parte —contestó él y esbozó una media sonrisa.

Mia pasó por debajo de la portezuela de la barra. Ella y Carmín entraron en una especie de almacén repleto de cajas de botellas.

—¿Qué es lo que pasa, Butterfly? —preguntó, y Mia percibió también su preocupación.

Cerró los ojos y apostó todo a una. Le había prometido a Blake que Carmín era de fiar, pero ¿y si eso era llegar demasiado lejos y había errado al suponerlo? Estaba a punto de comprobarlo.

—Recuerdas que Charlotte a veces buscaba unos ingresos extras. —Carmín asintió—. Y que tú la ayudabas con ello. —Obtuvo como respuesta el mismo gesto—. Pues necesito algo parecido.

Mia abrió su bolso y le mostró el paquete de tres quilos de cocaína.

—¡Maldición! ¿¡Pero de dónde has sacado toda esa mierda, muchacha!? —exclamó con los ojos tan abiertos que hubo riesgo de que se le cayeran las lentillas que llevaba—. ¿Es lo que creo que es?

—Lo es. —Mia suspiró. Aunque había contado con que la *drag* procedería de forma teatral, ahora empezaba a irritarle tal actitud. Quería solucionar el asunto cuanto antes. Demostrarle a Blake que no era una idiota con ideas de bombero que no llevaban a ninguna parte más que para jugarse el pellejo a lo tonto. Y quizás también a sí misma—. ¿Me puedes ayudar a venderla?

—¿Semejante cantidad? ¡No!

—Es muy buena, es pura. Te lo juro, con esto vas a hacer tanta pasta que no tendrás que volver al maldito *diner*.

—Dios te oiga, muchacha, pero no me voy a jugar el coño con esta mierda. Es demasiada.

—Estoy desesperada.

—¿En qué lío andas metida, Butterfly? Empiezo a asustarme.

—En ninguno. Mira, aquí hay tres quilos. Eso a cincuenta dólares el gramo son ciento cincuenta mil dólares. Te quedas el diez por ciento. Quince mil dólares. Y si sale bien, hay más. Puedes llegar a ganar setenta y cinco mil. ¡Imagina todo lo que te puedes comprar! ¡Se acabaron las pelucas sintéticas! ¡Ni una más!

—Menuda perra estás hecha —gruñó con su voz más grave—. Sabes tocarle

la fibra sensible a una. —Mia sonrió—. Pero te has equivocado de persona. Yo solo era el enlace.

La joven frunció el ceño y pensó rápidamente.

—Entenderás que si tengo que repartir beneficio con alguien más no te puedo dar el diez por ciento. No obstante, podemos negociar un cinco por ciento y mi peluca verde. Nunca la uso y sé que te gusta.

—Qué puta la tía. Y parecías la más inocente de las dos.

Por la cara que puso Carmín, se dio cuenta de que se arrepentía de haber hecho ese último comentario. Mia, por el contrario, no se lo tomó a mal. No pensaba fingir que Charlotte no había existido por mucho que ya no estuviera en el mundo de los vivos, tampoco ignorar que cuando la había tenido a su lado, ella siempre había sido la que había llevado la voz cantante.

—¿Entonces me presentas al contacto?

—Está bien —aceptó tras unos segundos en los que simuló pensarlo. Mia ya sabía que la había convencido en cuanto había hablado de pelucas. Era Carmín quién la había llevado al paraíso de los pelos de colores en una tienda cerca del barrio chino—. Pero antes querrá probar la mercancía.

—Ningún problema.

—Contigo.

—Está bien.

—Y ahora.

«¿Ahora?», se preguntó Mia. No tenía la intención de colocarse. El resto de horas que le quedaban antes de volver a casa planeaba pasarlas con Blake, en su cama, bajo su cuerpo, o encima. Además, aquella droga era pura. Hizo una mueca por el disgusto que le suponía aquel sacrificio. «Todo por la pasta», se dijo.

La joven se sentó sobre unas cajas y esperó a que Carmín regresara. Cuando lo hizo, fueron por una salida de emergencia, atravesaron un túnel lleno de

tubos de ventilación y abrieron otra puerta que daba acceso a la parte trasera del guardarropa. Chaquetas y bolsos colgaban de innumerables perchas con sus respectivos tickets.

—Esta es Butterfly —la presentó Carmín.

Frente a ellas había una chica, de una edad similar a la de Mia, bajita y con el pelo castaño cortado a ras del cuello y muy liso. Llevaba un piercing en el labio y otro en la nariz, como había llevado Charlotte. Parecía tan joven e inocente, con esos rasgos aniñados, que nunca jamás habría supuesto que se trataba de una traficante.

—Isabel —respondió con voz grave. Una que no iba nada acorde con su cara—. Dice que tienes una cantidad exorbitante. ¿De cuánto estamos hablando?

—Tres kilos, por el momento.

—Y que los vendes a cincuenta el gramo.

—Correcto.

—Muy bien. Muéstramelo.

A Mia no le gustaba su brusquedad. Tampoco tener que enseñar la tarjeta de acceso directo a la cárcel que cargaba en su bolso. Lo hizo porque no le quedaba más remedio.

La tipa echó un vistazo rápido en el interior del complemento.

—Ahora, probémosla —exigió y señaló la mesa donde había una bandeja con un billete de diez dólares enrollado y una tarjeta lista para hacer las rayas.

Mia sacó el paquete. Lo puso sobre la mesa y lo agujereó por una esquina. El polvillo cayó sobre la bandeja, suficiente como para hacerse como mínimo seis filas.

Isabel en un momento las organizó en dos. Todo aquel contenido en dos putas rayas, y una era para Mia. Ni siquiera sabía si su capacidad para aspirar le permitiría meterse más de un cuarto de una sola esnifada.

—Tú primero —le ofreció la chica.

Mia respiró hondo, pero no permitió que su vacilación se reflejara en ninguno de sus movimientos. Tomó el billete en sus manos, lo apretó y aspiró todo lo que pudo, que fue más de la mitad.

Ofreció la bandeja a la chica, pero esta negó con la cabeza. Mia aspiró el resto de su fila y echó la cabeza hacia atrás. Sintió el amargor en el paladar y segundos después el hormigueo en la garganta y la lengua, que quedaron insensibilizadas.

Isabel sonrió satisfecha y se metió su raya de golpe. La cara que puso le recordó a la que ponían las actrices porno cuando fingían un orgasmo. Solo que aquí sospechaba que era bien real. Ella también estaba sintiendo el placer ficticio de la droga.

—Joder, esta puta mierda es la ostia.

Mia tuvo ganas de decir lo mismo, pero se mantuvo serena y asintió.

—No encontrarás otra igual —se limitó a decir.

Isabel parecía estar en una nube. Mia la imaginó sobre un unicornio color de rosa surcando los cielos y enseguida supo que se le estaba yendo la olla.

—Treinta y cinco el gramo —dijo de pronto la chica.

—¿Estás de broma? Es la mejor coca que vas a probar en tu vida, tía. Por ser amiga de Carmín te la puedo dejar a cuarenta y cinco. Menos sería como tirarla a la basura. Además, no me jodas. Es pura. Si te da la gana, puedes cortarla. A mí no me importa.

—¿Pura?

Mia asintió levemente. Pensó en las caras que ponía su padre y se vio tratando de imitarlo.

—Cuarenta. Tengo otro proveedor y no le va a hacer gracia que disminuyan sus pedidos.

—He dicho cuarenta y cinco. Si la cortas, te forras. Y quiero el pago ahora.

—No puedo pagarte esa suma ahora.

—Si no hay dinero, no hay droga. Todo el mundo lo sabe.

Isabel frunció el ceño.

—Como quieras.

Mia guardó el paquete en su bolso con cuidado de que el agujero quedara boca arriba y se dispuso a irse. Isabel la agarró del brazo.

—Necesito media hora.

—De acuerdo.

Mia y Isabel se estrecharon las manos y, por primera vez en la vida, la joven cerró un trato. Algo dentro de ella se removió, algo muy parecido a la excitación, y de pronto se creyó capaz de comerse el mundo y mucho más. De hecho, le iba a demostrar a Blake que ella valía la pena. Que si se quedaba con ella, no se iba a arrepentir.

Atravesó el túnel de servicio con paso decidido, con Carmín persiguiéndola sobre sus enormes tacones. Quería llegar cuanto antes al lado de su luchador y contarle lo que acababa de hacer, compartir con él la emoción que amenazaba con hacer explotar su pecho.

—Vas muy rápido, muchacha —se quejó la *drag* cuando atravesaron la puerta de emergencia—. Parece que llevas un cohete en el culo.

Mia abrió la boca para responder algo, estaba segura de que cualquier cosa que dijera en ese momento sería la mar de ingeniosa. Nunca llegó a hacerlo. En cuanto miró hacia la barra se detuvo en seco, de forma tan brusca que Carmín chocó con ella y la hizo tambalear. Al recuperar el equilibrio tuvo la esperanza de que lo que había visto desaparecería como un mal sueño, pero no tuvo tal suerte. Blake Novak seguía ahí, tal y como había prometido, solo que ahora había una rubia de piernas kilométricas y falda muy corta entre sus brazos. Mia reconoció aquellos muslos bronceados y aquella cabellera rubia oxigenada al instante. Era Gina, una de las amiguitas de su barrio.

—Ay cariño —comentó Carmín—. Eso te pasa por elegirlos tan guapos.

«Noah es genial», repitió mentalmente Blake y dio un largo trago a su bebida. El brebaje era bastante fuerte y tenía la esperanza de que el alcohol se encargara de quitarle la tontería. Parecía un puto crío de secundaria al no poder dejar de darle vueltas. ¿Qué más daba si el cabrón de Huesos era genial? Él pertenecía a otro mundo distinto y debería darle igual uno en el que Noah McKay y Mia Gabrielli eran amigos de toda la vida y bailaban vals en putas fiestas de compromiso en hoteles de cinco estrellas.

Esos mundos no se mezclaban. Excepto cuando sí lo hacían. Entonces era el momento perfecto para recordarse lo poco que encajaba ahí, darse una palmada en la espalda y regresar a la escoria de la que había salido. Blake nunca había tenido problemas con ello. Hasta ahora. Porque ahora estaba Mia, y Mia existía en su mundo tanto como lo hacía en el otro. Con todo lo que habían vivido juntos, y en tan poco tiempo, le había sido fácil olvidar que ella tenía una vida más allá de esas escapadas locas en las que se embarcaba con él; más allá de los golpes, los planes, el sexo furtivo y los mensajes a las tres de la mañana que no le dejaban dormir durante horas porque no podía dejar de pensar en la cara de ella mientras los escribía. Era fácil olvidar que esa Mia, su Mia, no era la única que existía.

También había sido fácil olvidar que el maldito McKay estaba enamorado de ella. Le había parecido incluso gracioso, hasta el momento en el que Mia le había hecho saber, con tan solo dos palabras, lo jodidamente importante que era Huesos para ella.

Blake acabó su trago de un sorbo y puso su vaso sobre la barra, con algo más de brusquedad de lo que habría querido. La camarera de turno lo miró y levantó una ceja. A él no le importó. Estaba a punto de pedir otra copa, cuando una mano femenina se apoyó sobre su brazo y una mezcla de vergüenza y emoción se revolvió en su pecho.

—Has sido rápida —dijo apresuradamente y solo entonces se dio cuenta de su error: la mujer que tenía enfrente no era Butterfly.

—Ni que lo digas. Hace apenas dos semanas te veo por el barrio y ahora nos volvemos a cruzar aquí. Debe de ser cosa del destino.

Blake suspiró resignado y dejó su vaso sobre la barra.

—Hola, Gina.

—¿Solo y bebiendo en la barra? ¿Tengo que preocuparme? —La mujer esbozó una sonrisa y ocupó el taburete vacío a su lado. Blake iba a decirle que estaba esperando a alguien, pero eligió no hacerlo. «Noah es genial», pensó.

—Depende.

La rubia se pasó la mano por la cabellera de forma seductora.

—¿De qué?

Blake llamó a la camarera.

—De lo que vayas a tomar tú.

¿Por qué había dicho eso? En realidad no quería coquetear con Gina.

—Un Gin Tonic —dijo esta a la camarera y se mordió el labio al volver a mirarlo. Quizás Blake estaba cometiendo un error, pero en esos momentos la frustración había tomado el dominio de sus actos.

—No has cambiado en nada —dijo él.

—Tú sí. En otros tiempos, para llegar hasta ti tendría que haber repartido unos cuantos empujones. Siempre estabas rodeado de chicas.

El luchador dejó escapar una carcajada.

—No mientas. En cuanto te veían, se iban todas —contestó, lo que también la hizo reír.

—Es cierto. No sabes lo que sufrí cuando te fuiste con Jessica.

El rostro de Blake se ensombreció a causa de los malos recuerdos.

—Tú eras una mujer muy solicitada. Sabía que nunca me darías la exclusividad.

Lo dijo con la intención de ocultar su ofuscación, pero la rubia lo miró de una manera que parecía casi melancólica.

—Los habría dejado a todos por ti. Pero tú no lo sabías, claro. No puedo culparte por ello. —Blake dio un trago precipitado a su bebida. La conversación se le estaba descontrolando—. Aunque nunca es demasiado tarde, ¿no? —insistió ella. Le cogió el vaso de las manos, lo dejó sobre la mesa, se puso en pie y sus brazos rodearon su cuello—. Mi hija está con su abuela. ¿Quieres venir a pasar la noche?

—No puedo —respondió el luchador y le puso las manos en la cintura para tratar de hacer que volviera a sentarse en su taburete.

En ese preciso momento, un brazo se cruzó por delante de su cara y un puño golpeó la mejilla de la mujer. La inercia hizo que Gina se inclinara hacia atrás y las manos de él se soltaran de sus caderas.

—Zorra asquerosa, vuelve al agujero de mierda del que te has escapado y quítale tus zarpas de encima.

Blake se giró y se encontró con Mia plantada a su lado. Sus ojos verdes brillaban de furia y su pecho subía y bajaba debido a su respiración agitada. Por un momento, no supo qué hacer o decir, y aquella demora bastó para que Gina se recuperara y estampara su propio puño contra la nariz de Mia. Lo hizo con la fuerza suficiente como para que Butterfly se cayera al suelo. Blake se puso en pie de un salto y trató de impedir que Gina se ensañara con Mia. Le sacaba una cabeza y además parecía más fuerte, más robusta. Sujetó a Gina de los brazos y no se fijó en Mia hasta que la notó en su espalda. Las manos de Butterfly le agarraron de la camisa y recibió un empujón. No uno muy fuerte, pero sí inesperado, como para tener que soltar a Gina y quedar a un lado.

—¡*Insecta* de mierda! —le chilló la alta y trató de darle otro puñetazo. Esta vez el luchador pudo atajarlo a tiempo, aunque en el proceso le cayó un manotazo de Butterfly en la cara, que no se había amilanado.

Alrededor de ellos ya se había formado un corrillo, y Blake divisó a unos tres gorilas tratando de hacerse paso entre la gente. Se giró hacia donde creía que estaba su chica. La vio sujeta entre los brazos de Carmín, que trataba de arrastrarla lejos de la gente. Unos chorretones de sangre muy abundantes le salían por la nariz y le manchaban la cara y el cuello. Rápidamente trató de ir hasta ella, pero uno de los porteros se le echó encima y vio cómo hacían lo mismo con Gina. A ambos los estaban arrastrando hacia fuera del club.

Sintió que alguien le golpeaba en el estómago al tratar de resistirse y el dolor hizo que por un momento viera las estrellas. La herida de su abdomen aún no había sanado. Reconoció al culpable como el portero obeso de la entrada, que lo miraba furibundo. Su primer instinto fue devolverle el golpe, pero se lo pensó mejor y supo que era una mala idea.

—¡Esa puta loca! —escuchó a su lado. Ya estaban fuera del club y los porteros se habían retirado. Gina estaba furiosa, con el pelo alborotado y el maquillaje un poco corrido, aunque no parecía haber sufrido mayores daños —. Me cago en su puta vida, creo que me ha roto la nariz.

—Más bien, tú le has roto la suya —dijo Blake con el ceño fruncido y la agarró del brazo para retirarse lejos de la entrada. No le había pasado desapercibida la mirada asesina que le estaban echando desde la puerta.

—¡Se lo merecía! Y más que le voy a dar cuando la enganche —mientras decía aquello, sacó unas toallitas húmedas de su bolso y se limpió las manchas de máscara de pestañas. Usaba su teléfono como espejo.

Blake se sacudió las ropas y se arregló la camisa. Su chaqueta se había quedado en alguna parte del interior del club.

—Vete a casa, Gina.

—¿Qué? ¿Ahora me largas? ¿Después de lo que he tenido que aguantar por ti? ¿Sabes? Ya no tenemos quince años, Blake. Si estabas con alguien, haberlo dicho. Eres un puto gilipollas.

—Sí. Pero eso ya lo sabías.

Gina soltó un grito exasperado.

—Capullo. No me extraña que Jessica acabara hasta los cojones de ti. ¡Madura de una puta vez!

Blake aguantó estoicamente la retahíla de insultos que Gina le soltó a continuación. Alzó la mano para pedir un taxi y trató de invitarla de buenas maneras para que entrara.

—¿En serio no vas a venir? —dijo ella finalmente.

Blake soltó un suspiro que parecía venir desde el fondo de su ser. Ya había causado suficientes desastres por una noche. Tenía que empezar a arreglarlos.

—Lo siento. Debí haberte dicho que no estaba solo. Fui un imbécil.

—¿Y estás con esa pirada? ¡Si parece una niña!

Blake levantó la mirada al cielo. Las nubes no le ofrecieron ninguna respuesta.

—Adiós, Gina.

Dio dos golpes en el techo del coche para indicar al conductor que arrancara. Se quedó allí de pie viendo cómo se alejaba el taxi. La había cagado, otra vez. ¿Y ahora cómo cojones iba a volver a entrar? Dudaba que le dejaran hacerlo.

Sacó su teléfono y marcó el número de Mia. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar. No pararía de hacerlo hasta que ella le contestara.

—¿Se puede saber qué pasa contigo? —gruñó Carmín mientras trataba de pararle la hemorragia de la nariz. Mia se quejó, pero a la *drag* no pareció importarle. Tenía la cabeza echada hacia atrás y no paraba de sangrar—. No puedes cerrar un negocio de tráfico de drogas y pelearte en el mismo sitio minutos después. No es profesional, Butterfly.

—Lo sé —murmuró esta—. Pero es que esa guarra...

—La coca habla por ti. Lo entiendo. Y, aun así, no te reconozco, chica.

La *drag* le puso un tapón de algodón dentro de la nariz y procedió a desabrocharle la cinta negra del cuello. No le dio tiempo a evitarlo y su herida quedó al descubierto.

—¿Pero qué...?

—No es nada —se apresuró a decir Mia.

—¿Cómo que no es nada? ¿Quién coño ha tratado de estrangularte? ¿Ha sido él?

—¿Qué? ¡No!

Mia se puso muy nerviosa. En realidad hacía mucho que lo estaba. La coca le hacía estar inquieta, alerta y con unas ganas locas de hablar sin parar. Si no se controlaba, le contaría absolutamente todo a Carmín.

—Está bien. No me lo cuentes. No gano para sustos contigo.

La *drag* siguió limpiándole la sangre de la cara y el cuello con un trapo húmedo. La nariz le dolía horrores.

—¿Está rota? —preguntó ahogando un gemido.

—No —suspiró Carmín—. Aunque menudo derechazo tiene esa jirafa. Mira.

Carmín le pasó su teléfono con un video preparado para ver. Le dio al reproductor y se vio a sí misma atacando a esa maldita rubia, o más bien, a esa perra devolviéndole el golpe con saña y derribándola al suelo.

—¿Te pusiste a grabar? —preguntó ofendida. Al alzar las cejas, una descarga de dolor le recorrió el rostro.

—No. Fue Becca, desde la barra. Me lo ha pasado por WhatsApp.

—Genial —bufó la joven—. Ahora toda la puta red verá mi humillación.

—Para ser justos, luchaste con valentía. No es tu culpa que no se te dé bien.

Mia dejó de escucharla. Había visto a Blake en el vídeo y estaba observando con el ceño fruncido como había actuado. ¡Había ido corriendo a proteger a la otra! ¡Cabrón!

Las lágrimas brotaron de sus ojos de forma incontrolable.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Carmín. Mia se concentró en el brillo de su bonita piel de ébano para pensar en otra cosa que no fuera lo desgraciada que se sentía. Le fue imposible—. ¿De dónde sacaste esa droga, Butterfly? ¿Te la dio él? —Mia negó con la cabeza. Aunque tenía ganas de estrangular al luchador por haberla traicionado, seguía sin querer que nadie pensara mal de él—. ¿Es trigo limpio?

—Es un cabrón. Pero un cabrón entrañable —confesó—. Ha hecho mucho por mí. Demasiado.

—Ya. Te está llamando. ¿No lo piensas coger?

—¿Debería?

Carmín suspiró.

—Cuando dejes de llorar, sí, posiblemente. Me gustaría escuchar su explicación. A lo mejor nos precipitamos.

—¡Tenía sus putas manos en sus caderas y ella rodeaba su cuello! ¿Qué otra interpretación tiene eso?

—Así que estás enamorada. Vaya, es toda una sorpresa.

—¡Carmín! —gruñó Mia—. Déjame en paz.

La *drag* negó con la cabeza.

—Locas, todas sois unas putas locas. En fin, tengo que ir a trabajar. Quédate aquí compadeciéndote de ti misma si quieres. Cuando Isabel tenga el dinero, te aviso. ¿De acuerdo?

Butterfly asintió y se tocó la nariz para comprobar los daños. Se le volvió a escapar un quejido y maldijo su puta vida. En cuanto Carmín la dejó sola, echó mano a la primera botella que alcanzó y le dio un lingotazo. Lo escupió al momento. Era ginebra. Luego estampó el teléfono contra el suelo para que dejara de sonar. No lo hizo.

Mia seguía sin contestarle. No podía culparla, aunque, al mismo tiempo, no

podía dejar de preocuparse por ella: estaba sola, herida y con tres kilos de cocaína en el bolso. No pensaba dejarla así.

—Soy yo. Hazme saber si estás bien, o si necesitas ayuda o... —empezó a decir cuando volvió a saltarle el buzón de voz— en fin. Sigo aquí afuera. Solo —aclaró—. No me moveré hasta que salgas.

A lo mejor sí que debía hacerlo. Mia podía estar en problemas. Claro que cabía la posibilidad de que mientras él buscara otra entrada al club, ella saliera por la puerta principal y se fuera sola.

—Mierda —maldijo en voz alta. Sentía la necesidad de actuar cuanto antes, pero temía empeorarlo. Después de todo, habían ido ahí por una razón, y Mia le había pedido que le dejara hablar a ella.

Resopló disconforme. Había llegado a una conclusión que no le gustaba y era que todo se resumía a una cuestión de confianza. Ella había dicho que confiaba en él. Lo mínimo que podía hacer era pagarle con la misma moneda. Tenía que creer que si lo necesitaba, lo llamaría.

Se detuvo en la acera de enfrente, se frotó los brazos y lanzó un par de puñetazos al aire para entrar en calor. Su coche estaba aparcado a más de una manzana del club, así que regresar hasta él no era una opción, a pesar del frío que hacía. El gordo imbécil de la puerta no se había olvidado de él, a juzgar por las miradas sucias que le lanzaba de vez en cuando, pero tampoco podía echarlo de la vía pública. Miró su teléfono. Seguía sin respuesta de Butterfly. Resignado a su suerte, se prendió un cigarrillo y se dispuso a esperar.

Fueron unos diez minutos de ver gente entrar y salir, hasta que Blake volvió a ver una cara conocida.

—Sospechaba que seguirías aquí —acusó Carmín. Tenía una mano apoyada sobre la cadera y en la otra llevaba algo que, al acercarse a él, le arrojó. Era su chaqueta.

—¿Está bien? —preguntó el luchador—. No me contesta.

La *drag* se cruzó de brazos.

—¿Y te sorprende?

El luchador tiró la colilla de su cigarrillo al suelo y la pisó.

—No —dijo con amargura.

—No sé qué le has hecho a esa niña, pero se la ha jugado por ti. Y tú haciéndote arrumacos con otra. Hay que ser un auténtico gilipollas. Ya le había advertido yo. Es que no hay hombres guapos que no lo sean.

—Estaba tratando de apartarla —explicó Blake exasperado—. Es una vieja amiga, pensó que... Da igual. ¿Puedes ayudarme a volver a entrar? Necesito hablar con ella.

—¿Y por qué debería hacerlo, señor Culo Prieto? ¿Para que la metas en más problemas? No lo creo, no señor.

El luchador estuvo a punto de gruñirle que ese no era asunto suyo, pero se lo pensó mejor. Estaba claro que si quería llegar hasta Mia, iba a tener que tragarse su orgullo.

—No puedo dejarla sola —confesó—. Al menos no sin hablarle primero. Si me dice que eso es lo que quiere, está bien.

Carmín pareció sopesar sus palabras.

—De acuerdo —dijo y puso los ojos en blanco—. Pero deja de comportarte como un imbécil. Que parezca que ella no quiere saber nada de ti, no quiere decir que sea así. A las mujeres nos gusta que luchen por nosotras, tonto.

Tras decir aquello se giró y, sin esperarlo, empezó a caminar. Para la sorpresa de Blake, fue directa hacia la entrada principal.

—¿Vas a luchar por ella o no? —le dijo al ver que se había quedado ahí plantado. Blake no necesitó que se lo dijeran dos veces. Seguía confundido, aunque no era el momento de ponerse a pensar. Mientras lo llevara hasta Mia, lo demás no importaba.

—Carmín, no quiero líos —dijo uno de los porteros al verlo.

—No los habrá.

—Pero...

—Viene conmigo. ¿De acuerdo? Así que calla esa boquita linda que tienes y no me hagas enfadar.

El portero se echó a un lado, aunque dirigió su rostro contraído hacia Blake, una clara advertencia de que lo estaría vigilando.

Por el camino, la *drag* saludó a unos cuantos clientes y Blake se tuvo que quedar a su lado en silencio. Sospechaba que lo estaba haciendo esperar para castigarlo. Llegar hasta la barra fue todo un suplicio y, para colmo, allí seguía sin haber rastro de Mia.

Al final le abrió la portezuela del mostrador y lo invitó a entrar en un almacén. Allí estaba Butterfly, sentada sobre unas cajas. A sus pies había una botella de ginebra derramada y su teléfono con la pantalla rota. Se imaginó que aquello se debía a sus incesantes llamadas.

Además tenía el rostro húmedo por las lágrimas y gotas de sangre seca en la nariz. Llevaba su herida del cuello al descubierto. Le sobrecogió comprobar todo el daño que había recibido.

—¿Estás bien? —preguntó alarmado y caminó hacia ella rápidamente.

Mia ni lo miró.

—Ya tengo el dinero —dijo con un tono cargado de frialdad que lo hizo detenerse en seco—. Ya te puedes ir.

Blake recogió su teléfono del suelo. Lo limpió con su chaqueta. Estaba empapado de alcohol. Se hizo una nota mental para comprarle uno nuevo en cuanto tuviera ocasión.

—No pienso irme sin ti —dijo contundente.

—No creo que a esta Gina le guste mi compañía.

Seguía sin mirarlo. «Está celosa», se dio cuenta. Su Mia estaba celosa. Aquello le hizo sentirse mucho mejor de lo que se merecía.

—Gina se puede ir a la mierda —aseguró—. La que me importas eres tú. Mia abrió la boca. La cerró. Resopló y dijo:

—También dijiste algo así la última vez que la vimos. No sé cuál es tu concepto de mandar a alguien a la mierda. Parece que es distinto al mío.

Blake suspiró pesadamente.

—Quiero ser sincero contigo —empezó y consiguió que ella por fin lo mirara—. Tengo que enseñarte a dar rechazos. Me ha encantado cómo has defendido mi honor, pero no ha sido muy efectivo.

—¿Tu honor? —gruñó Mia. No añadió nada más. Tuvo que reprimir las ganas que tenía de besarla y decirle lo halagado que se sentía.

—En realidad lo que quiero es pasar todo el tiempo que pueda contigo y no sé cómo convencerte. Soy un gilipollas, lo sé.

—Un poco sí que lo eres —dijo ella por lo bajo, pero pudo divisar una media sonrisa. Blake se puso de cuclillas frente a ella y la tomó de las manos.

—Mi coche y yo seguimos a tu servicio, si aún nos quieres —respondió, imitando la sonrisa de ella—. Y la calefacción, por supuesto.

—La calefacción estaría bien —admitió, y por su expresión supo que ya lo había perdonado.

Capítulo 32. Hay algo más

Podía ser que Mia se sintiera culpable por cómo había tratado a Noah, pero a veces era inevitable. Lo tenía encima a todas horas. Noah se había presentado de improviso en el campus justo a tiempo de que ella saliera de un pésimo examen para el que no había estudiado nada. La vio con aquel golpe en la nariz y pareció creerse su versión de que Veronica le había pegado mientras dormía, víctima de una pesadilla.

—Seguro que te ha ido bien. ¿Habéis estudiado mucho? —le preguntó después.

Estaban en su coche de camino al casino. Huesos había quedado para desayunar con su padre y le había parecido buena idea que ella los acompañara, puesto que no tenía más clases hasta pasado mediodía.

—¿Es que tú nunca has sido joven, Noah? Apenas estudiamos. Noche de chicas, cotilleos, pelis guarras. Ya sabes.

Noah sonrió de forma amigable. A Mia le gustó verlo así y comprobar que la tensión de días atrás se hubiera disipado.

—No puedo decir que haya tenido muchas de esas. Me lo tomé demasiado en serio, quizás.

Mia aprovechó para ponerse maquillaje sobre los moratones que tenía alrededor de la nariz. Noah la miró con una ceja alzada.

—¿Has visto mi aspecto últimamente? Prefiero no preocupar a mi padre más. —Su amigo asintió—. ¿Sabes? Creo que un día deberíamos salir de fiesta juntos. Así recuperas el tiempo perdido.

Al decir aquello, Mia visualizó esa posible salida y le resultó de lo más extraña. Con sus vestiditos de Mia Gabrielli, sus tatuajes cubiertos y su pelo natural, el único sitio donde podría encajar sería una fiesta de fraternidad, y

las odiaba. Al menos las de su facultad, llena de niños con corbata que no sabían hablar de otra cosa que no fuera de sus logros académicos y sus planes de futuro. Seguramente en una facultad de artes la cosa habría sido muy distinta.

—Sí, me encantaría —dijo Huesitos. Para su sorpresa, sonaba entusiasmado. Lo miró para cerciorarse de que no estaba bromeando.

—¿En serio?

—No soy tan aburrido como crees, Pulgarcita.

—Yo nunca creí que lo... ¿Oye? ¿Ese es Vinnie? ¿Y su barriga? ¡Pero cómo ha adelgazado!

—Ah, sí. Le dejó la mujer y decidió ponerse guapo.

—¡Hola, Vinnie! —saludó Mia cuando Noah detuvo el coche frente a él y bajó la ventanilla—. ¡Estás cañón!

El hombre de mediana edad soltó una carcajada muy sonora.

—¡Mia Gabrielli! Hace mil años que no te pasas por aquí. ¿Cómo está la pequeña princesa? Imagino que harta de este paleta que te acompaña a todas horas.

—No lo sabes tú bien —bromeó ella.

Noah seguía sonriendo. ¡Por fin estaba de buen humor!

—¿Vienes a ver a papá?

Mia asintió y bajó del coche para abrazar al hombre. Noah le entregó las llaves al aparcacoches. Estaban en la entrada del casino.

—¡Tú también estás cañón! —le dijo—. Pero no le digas a tu padre que he dicho eso.

—Te guardaré el secreto —aseguró Mia. Conocía a Vinnie desde hacía muchos años. También trabajaba para su padre. Fue pensándolo cuando se acordó de que posiblemente él también era uno de aquellos monstruos y la idea se le antojó extraña y lejana. Aún no había asimilado del todo lo que

ahora sabía.

Noah y ella llegaron hasta el restaurante del casino donde les esperaba Luca. Se había tomado la libertad de pedir por ellos. Mia fue incapaz de ser ella misma durante toda la velada y en más de una ocasión se vio distraída mirando el teléfono para ver si tenía algún mensaje de Blake.

Después de lo que había pasado en la discoteca, su relación seguía siendo incierta. Habían hecho las paces, ella le había perdonado y el sexo de después había sido increíble, como siempre. Aunque le hubiese gustado dejarle las cosas claras, no había tenido valor. Tenía demasiado miedo a asustarlo, a que le confesara que no era recíproco y, en definitiva, a perderlo. No habría sabido qué hacer sin él. Prefería tragarse sus inseguridades y seguir en vilo, por mucho que le crispaba los nervios cada dos por tres.

Grumpy: ¿Al final no vas a venir? Te he preparado una sorpresa. 11:12

El mensaje la hizo sonreír a la vez que le generó ansiedad. ¿Podría ir luego?

Butterfly: No lo sé. ¿Qué sorpresa? 11:12

Grumpy: En realidad son dos. No sabrás cuáles si no vienes. 11:12

—Mia, deja el teléfono. En la mesa es de mala educación —le riñó su padre.

Ella le lanzó una mirada furibunda y guardó el aparato. Entonces, para más irritación, a él le sonó el suyo. Ella esbozó una sonrisa irónica. Él resopló, la observó con su inescrutable mirada y se levantó para responder.

—¿Se te ha roto el teléfono? —le preguntó entonces Noah. Mia lo guardó recelosa entre sus manos. ¿Es que acaso había tratado de leer los mensajes?

—Sí. Se me cayó al suelo en clase.

—¿Y ya ves con la pantalla rota? Deberías comprar otro. Seguro que...

—Está bien así.

Noah frunció el ceño, quizás captando que estaba siendo un pelín pesado. Sin embargo, eso no impidió que siguiera preguntando.

—¿Y con quién hablabas?

—Con Veronica —respondió rápidamente Mia.

—Me gusta saber que tienes una nueva amiga. Parece que os lleváis muy bien.

—¡Oh! ¡Es genial! Y muy lista. Debería presentártela. Está soltera...

Si le buscaba una novia quizás se relajaba un poco. No obstante, Noah arrugó la frente. Tampoco le había caído bien el comentario. No le dio tiempo a decir nada porque su padre ya había vuelto a la mesa.

—Acabad vosotros de desayunar. Tengo que irme.

—¡Papá! —exclamó Mia al ver como se alejaba. Tenía que improvisar algo para decirle, y que la llevara a su despacho—. ¿Podemos hablar luego, en tu despacho?

—¿Es importante?

—¿Necesitas que lo sea para dedicarme algo de tu tiempo?

—Claro que no. Sube en media hora —sentenció.

Volvió a dejarla sola con Noah.

—¿Y tú qué hiciste anoche? —le preguntó la joven a su amigo, por decir algo.

—Pues descansar. Últimamente no lo hago mucho, tratando de cumplir tus horarios.

Mia se quedó con la boca abierta. Tenía una concepción muy clara de lo que a ella le suponía tenerlo de niñera, pero no había reflexionado cómo debía de ser a la inversa. Noah siempre estaba disponible para sus idas y venidas, y eso solo podía significar que no hacía nada más que esperarla. Tenía que ser

horrible.

—Lo siento, pero no entiendo cómo puedes.

—¿Cómo puedo qué? —preguntó él confundido.

—Pues que joder, has estudiado una puta carrera en tiempo récord, eres listo, tienes talento y estoy segura de que un montón de potencial para hacer lo que se te antoje. Y en cambio, te colocan a hacer de mi niñera. ¿No estás hartos? Eso es infravalorarte, joder.

—Me gusta que pienses eso de mí. Aunque a decir verdad, ser tu niñera no es ningún sacrificio. Nadie me hace reír como tú.

—Idiota. Estoy segura de que te fastidia, pero eres de los que se sacrifica por la causa. Honor, deber y todo eso.

Acababa de citar a Blake. Lo suyo era enfermizo.

Huesitos la miró extrañado y frunció el ceño.

—¿Todo eso? —preguntó—. ¿Te parece malo que lo sea?

—No, qué va. Eres demasiado genial, a eso me refiero.

Cuando Mia entró en el despacho de su padre, ya tenía muy claro lo que iba a decirle: que estaba despreciando a Noah y que debía delegarlo de sus funciones como su guardaespaldas. Eso fue exactamente lo que dijo en cuanto se sentó frente a él.

—Ya te dije que necesitas protección.

—¡Pero estás echando a perder su talento! —protestó Mia y se puso a enumerar todos los adjetivos positivos que creía que lo definían.

Su padre asintió con una media sonrisa.

—Él quiere hacerlo.

—¡Claro que quiere hacerlo! Porque es demasiado bueno para negarse. Y te admira, y te respeta, y... estás ciego si no lo ves.

—Por supuesto que lo veo, Mia. Por eso creo que es el hombre más indicado para cuidar de lo que más quiero.

Mia soltó un exasperado gruñido. No filtró la parte en la que su padre le decía cosas que ella no dejaba de poner en duda.

—Muy bien. Míralo de esta forma. Noah y yo somos muy amigos. Desde pequeños. No hace falta que te lo recuerde. Pues hacer que dependa de mí a todas horas está perjudicando esa relación. No quiero que pase.

Su padre suspiró pesadamente, pero no se le borró aquella sonrisa enigmática.

—Entiendo —dijo tras una pequeña pausa—. Si prefieres, puedo asignarte a otro. ¿A Vinnie, quizás?

—Tengo veintitrés años. No debería tener niñera. Ni siquiera debería vivir en tu casa.

—Mia —A su padre le encantaba repetir su nombre una y otra vez cuando no le gustaba lo que ella le decía—. Ya hemos hablado de esto.

—Ya, que necesito protección, que hay un traidor y bla bla bla. ¿Pero no es lo único que necesito, sabes? Vivir así no es ni vivir.

—Eres tan dramática y tan exagerada. Tienes todo lo que quieres. No te he mandado lejos, que es lo que haría cualquiera en mi lugar, solo porque tú me lo has pedido.

Mia no estaba siendo muy convincente y temió que, de seguir intentándolo, acabaría por perder la batalla. Respiró hondo y valoró tener a Vinnie como suplente de Noah. Probablemente sería mucho más manipulable. Podría sobrellevarlo mejor.

—Está bien —aceptó. Se levantó de la silla y se dispuso a irse. Su padre no se había dado cuenta, pero mientras mantenía la conversación, sus manos habían estado trabajando afanosamente debajo de la mesa para enganchar el micro que se había escondido bajo la manga del jersey rosa de cachemir. No había podido comprobar si funcionaba, pero no le había quedado más remedio que jugársela. Que la dejara sola en aquella estancia habría sido demasiado

pedir. Y por si eso fuera poco, había conseguido arrastrar la papelera de su padre con los pies hasta ella y vaciar su contenido en su bolso. Estaba hecha toda una espía. Blake le había dicho una vez que en las basuras de la gente se podían descubrir sus mayores secretos. Esperaba que tuviera razón.

A Blake le llegó un mensaje de Mia en el que le avisaba de que en menos de quince minutos llegaría al gimnasio. Sonrió como un idiota por la expectación, aunque lo hiciera dos horas después de lo planeado. Tenía unas ganas locas de enseñarle lo que había preparado para ella, de verla, en fin, de todo. Después de la noche anterior en el club, la deuda que tenía con Mia aún era mayor. Ella se había lanzado a pelear por él, y si bien podía culpar en algo a las drogas que había tenido que consumir para su venta, estaba seguro de que no había sido solo por eso. Lo que de verdad lo tenía eufórico era la esperanza de que aquello fuera el inicio de algo. El qué exactamente, aún no lo tenía claro.

Aprovechó el tiempo de espera para cambiarse y hacer el calentamiento. Su costado protestó, pero el dolor ya no era tan agudo y punzante como antes. Una buena noticia, teniendo en cuenta que tenía una pelea esa misma noche. Quizás le iba a tocar aguantar otra paliza, pero se dio cuenta de que eso ya no le preocupaba tanto. Además, si una chica como Mia podía soportar las heridas de todos los ataques que había sufrido en los últimos días sin quejarse, él no tenía derecho alguno a protestar.

En cuanto escuchó la puerta de la nave abrirse con un chirrido, dejó en paz el saco de boxeo y dirigió su mirada a la entrada. La vio aparecer con varias bolsas en la mano, sus rizos sueltos al viento y un jersey a juego con sus mejillas sonrosadas que le daban una apariencia fresca y apetecible. Toda ella desprendía un halo de dulzura de lo más tentador.

—Vas de civil —bromeó.

—No tuve tiempo de cambiarme y hace frío. Aunque aquí se está bien. ¿Habéis puesto calefacción? —le respondió al acercarse. La vio dejar las

bolsas sobre una mesa que habían colocado junto a una columna. El movimiento le ofreció una impecable vista de sus nalgas, que aquellos pantalones ajustados resaltaban.

—Jeremy nos la puso. Al parecer la instalación estaba. Solo necesitaba unos arreglos y una toma de corriente. —Mientras lo dijo siguió todos sus movimientos y se mordió el labio.

—Lo que me lleva a preguntar, ¿quién paga las facturas de la luz?

Blake rio.

—Sospecho que la comunidad. No sé, eso es asunto de Ozzie. ¿Qué traes ahí? —preguntó, mientras señalaba las bolsas con el mentón.

—¿Estamos solos?

Blake sonrió enseñando los dientes.

—Completamente solos —respondió y rodeó la cintura de Mia con un brazo—. ¿Planeas hacer conmigo cosas malas?

—Puede —le contestó ella y le mordió el labio, sin llegar a besarlo. Fue él quien lo intentó, pero ella se dio la vuelta para abrir las bolsas y sacar su contenido sobre la mesa—. No te pude traer el desayuno, así que te he traído el almuerzo.

Todo estaba envuelto, pero Blake identificó un envase con una ensalada, lo que parecían ser dos hamburguesas, patatas fritas y probablemente aros de cebolla. También una botella de agua y una Pepsi. Sabía que no debía comer mucho antes de su pelea. Ya había desayunado abundantemente y tenía preparados unos *snacks* para pasar la tarde, pero el olor hizo que le rugieran las tripas.

—Eres la mejor —afirmó—. Me matas.

—Tú a mí también —le dijo ella y lo hizo con una sonrisa un tanto traviesa. Empezó a abrir los paquetes confirmando así su contenido—. Siéntate. Tendrás hambre después de entrenar.

—Ni te lo imaginas.

Blake tomó asiento y cogió una hamburguesa. Fue abrir la Pepsi cuando Mia le arrebató las dos cosas y le puso la ensalada y el agua delante.

—¡Oh! Esto es para ti. Lo demás es para mí. Ya sabes, antes de luchar no conviene llenarse el estómago.

Blake la miró sin decir nada. No podía discernir por su expresión si estaba enfadada o no, y se encontró pensando que no era mejor que un niño al que habían pescado haciendo algo que no debía, aunque fuera ridículo. Era un maldito adulto responsable de sus propias decisiones. Aun así, tenía que reconocer que le había mentido. Lo había hecho para no preocuparla, diciendo que esa noche iría a casa de su hermana.

—¿Ya no tienes hambre?

De acuerdo, sí que estaba enfadada.

—No deberías haberte molestado —respondió, ya sin su tono juguetón—. ¿Cómo te has enterado?

Mia puso un papel sobre la mesa. Blake lo leyó rápidamente y se dio cuenta de que se trataba de una invitación al evento dirigida a Luca Gabrielli.

—¿Por qué me mentiste?

El luchador suspiró y se pasó una mano vendada por la frente.

—Porque no quería preocuparte —admitió—. Estoy bien, de veras. Estaré bien.

Mia apretó con el dedo su herida y él enseñó los dientes reprimiendo el gemido.

—No estás bien, pero es decisión tuya y yo la voy a respetar. Lo que no me gustan son las mentiras. Todos lo hacen. Creía que tú...

No acabó la frase. Se limitó a beber de «su Pepsi» y le dio un bocado a «su hamburguesa».

Blake soltó un pequeño gruñido de frustración y abrió su ensalada.

—Tienes razón —dijo mientras la removía con un tenedor de plástico—. Fue una tontería el no decírtelo. Digo, después de todo lo que nos ha pasado y hemos tenido que hacer, no sé por qué lo hice.

—Sí. Lo fue —aceptó ella y le acercó las patatas fritas—. Dejaré que cojas alguna.

Una sensación de calidez lo invadió. Sonrió, casi con timidez, y efectivamente agarró una de sus patatas.

—Te ves mejor —comentó después de masticar y tragar unas cuantas—. ¿Aún te duele?

—Tú te ves demasiado sexy con esa ropa como para estar más de dos minutos enfadada contigo. Es injusto.

Esta vez la sonrisa del luchador fue amplia y descarada.

—Y tú llevas demasiada —reprochó—. Lo que me recuerda...

Se levantó y caminó hacia el *ring*. Alzó la lona que tapaba un lado de la plataforma y sacó un par de bolsas de papel.

—Esto es para ti —dijo y le entregó una de ellas.

Mia frunció el ceño. Dejó la media hamburguesa sobre su envoltorio, se limpió las manos con una servilleta y abrió su regalo. Los ojos se le abrieron como platos al descubrir el teléfono nuevo y de última generación que le había comprado. Se había preocupado además de que le permitiera usar dos tarjetas y lo protegiera con una carcasa de color de rosa y con una mariposa estampada.

—¡Blake! —exclamó con todo de estupefacción—. No tenías por qué... Dios...

Entonces se lanzó hacia él, se sentó sobre sus rodillas y lo abrazó. El beso que le propinó a continuación lo volvió loco de satisfacción. Tanto, que casi olvidó la segunda bolsa, mucho más grande.

—Y esto también.

Los ojos de Mia brillaban de emoción como si fuera una niña la noche de Navidad. Abrió la bolsa apresuradamente y sacó una caja. La tapa voló por los aires a causa de lo rápido que la abrió.

—¿Me has comprado unas zapatillas deportivas? —dijo casi cantando. Siguió revolviendo en la bolsa y sacó unas mallas de color negro, un sujetador deportivo, unos guantes y una cinta para las manos, todo de color rosa pastel —. No me lo puedo creer. Blake, es... es...

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! No me lo esperaba. Es decir... Me has dejado... Estoy... Puedes comerte la hamburguesa que queda si quieres.

El luchador soltó una carcajada sonora y sincera. Nunca la había visto tan feliz, y pensar que era gracias a él, lo llenó de dicha. No se pudo contener y la besó de forma pasional. Ella le respondió y a punto estuvieron de tener sexo allí mismo.

—Será mejor que acabemos de comer —dijo ella y se levantó de su regazo para volver a tomar asiento. Compartieron el menú entre bromas mientras Mia jugueteaba con su nuevo teléfono.

—¿Estás cansada? —preguntó el luchador una vez recogió todos los envases y despejó la mesa.

Sin necesidad de tener que explicarse, Mia se puso en pie, fue hacia sus regalos y empezó a desvestirse. Delante de él se puso las mallas. Le quedaban perfectas. Blake la observaba con deleite y con pensamientos un tanto obscenos. No perdió detalle de cómo, de espaldas a él, se quitaba el sujetador y se lo cambiaba por el que él le había regalado, quizás una talla más pequeña de lo que debería, pero mucho mejor así. También como se puso las zapatillas deportivas. Cuando la vio vacilar con las cintas para las manos, se levantó y la ayudó a ponérselas. Notó que ella lo estaba mirando fijamente, así que levantó la vista para mirarla a los ojos, a aquellos verdes y preciosos ojos.

—¿De verdad vas a enseñarme a luchar? —preguntó y le propinó otro beso cargado de ternura.

Blake pausó sus movimientos.

—¿No quieres que lo haga?

—Claro que quiero. Me encanta aprender cosas nuevas. Tendré que enseñarte algo yo también.

—Trato hecho. Ven. —Rodó hacia el interior del cuadrilátero y le sostuvo las cuerdas para que pasara. Una vez dentro, la llevó hasta el centro y se puso frente a ella.

—Primera lección de deporte para las masas. Cuando las cámaras apuntan hacia ti, nena, debes verte como si valieras un millón de dólares —dijo y puso las manos como si le estuviera tomando una foto.

—Prefiero que sean dos —le contestó vacilona. Lo que hacía casi dos meses no le habría hecho ni una pizca de gracia, ahora hizo que se riera a carcajada limpia. Vaya si habían cambiado las cosas.

—De acuerdo, sabelotodo. Veamos tu postura de pelea.

Mia alzó las cejas de forma inquisitiva y obedeció. Blake sonrió para sus adentros. Por más satisfacción que le produjera entrenar a Willy, esto era otro nivel. Se acercó despacio a su espalda y se posicionó muy cerca.

—Separa más las piernas y flexiona un poco las rodillas —le dijo casi al oído—. La posición de los pies y de las piernas es fundamental para usar la fuerza, ya que golpear involucra todo el cuerpo. Si golpeas con la mano derecha, el pie derecho debe estar un poco hacia atrás con el talón levantado. Si golpeas con la mano izquierda, será a la inversa. Tus pies han de pivotar con cada movimiento. Si los levantas, sacarás un poco de tu peso corporal de la ecuación y perderás fuerza. Prueba a hacerlo.

La respiración de Mia se aceleró al tenerlo cerca. Desde donde estaba, podía ver su pecho subir y bajar, y el rubor que cubría sus mejillas. Era

emocionante verla así, saber que tenía el poder de hacer que su corazón latiera más rápido, que sus ojos brillaran con más intensidad. No quería que parara. Para su sorpresa, siguió sus instrucciones al pie de la letra.

—Vaya, se te da bien —añadió y se puso enfrente para corregir la postura de la parte superior de su cuerpo—. Siempre has de mantener los ojos en tu objetivo. No debes perderlo de vista. Nunca los cierras ni mires hacia otro lado; mantente completamente enfocada, con el fin de apuntar correctamente y lanzar el golpe con precisión.

Esta vez ella enfocó sus iris en los suyos y el que perdió la concentración fue él.

—¿Así? —le dijo al inclinar la cabeza y le regaló una mirada desafiante.

—¿Eh?

Ella soltó una carcajada y le golpeó con suavidad el hombro.

—Sí —afirmó atontado—. Mete un poco la barbilla, de modo que cuando golpees, el brazo te la proteja—. Le puso las manos en las caderas—. Con cada golpe también tendrás que mover el torso hacia tu objetivo, como si fueras a dar en el blanco con las caderas en lugar de con el puño. Esto te ayudará a generar la potencia que necesitas para lanzar un golpe fuerte y rápido.

Mia giró las caderas, pero se inclinó hacia delante y perdió estabilidad. Él la sujetó.

—Está bien. Recuerda; pies firmes. Inténtalo de nuevo y no te inclines. Si el objetivo está muy lejos, te acercas.

Dio un paso hacia él. No era lo que pretendía al decirle aquello último, pero lo dio por bueno.

—Sigamos. Lo más importante: al golpear, mantén el brazo relajado hasta justo antes de hacer contacto. No ladees el puño y mete el pulgar. No querrás romperte los dedos o la muñeca —añadió y le mostró las palmas para que

probara. El golpe fue certero, pero muy débil—. Vamos, sin miedo.

—No quiero hacerte daño —protestó.

Blake sonrió y asintió. Se había preparado para eso.

—De acuerdo. Espera.

Fue hacia una de las esquinas del cuadrilátero y recogió un par de almohadillas de boxeo que había dejado ahí con anterioridad. Se las puso en las manos y las alzó.

—Ahora ya no tienes que preocuparte —aseguró—. Prueba.

Mia lo hizo. La almohadilla absorbió el impacto, pero percibió que había empleado bastante más fuerza.

—Respira. Conéctate al objetivo. Exhala antes de hacer contacto. Si dominas tu frecuencia respiratoria, habrás vencido. Canaliza la energía a través de la respiración para un mayor impacto.

Mia repitió los movimientos. Blake no cesó de animarla una y otra vez hasta que consiguió darle tan fuerte que él tuvo que dar un paso hacia atrás.

—¡Bien! Sigues fallando con la respiración, pero eso es práctica.

—A ver, ¿cómo quieres que respire bien teniéndote a ti delante? —exclamó ella con tono ofuscado, y volvió a golpear—. ¡Es imposible!

El luchador sonrió ampliamente. No se iba a cansar de escucharla decir cosas como aquella, pero además, la imagen de Mia en ropa de deporte y con unas pequeñas gotas de sudor que resbalaban por su cuello hacia su escote le resultaba de lo más lujuriosas. Se dejó llevar por los instintos que ello le despertaba y eliminó las distancias. En vez de besarla, la alzó del suelo y se la cargó al hombro de la misma manera en la que lo había hecho la noche que se habían conocido.

—¿Qué haces? ¡Bájame! —exclamó, aunque muy enfadada no parecía.

Blake lo hizo, lentamente, pero en vez de bajarla del todo la sostuvo por la cintura y uno de sus muslos. Mia, a pesar de sus protestas, enredó ambas

piernas alrededor de él. Sus bocas quedaron a meros centímetros de distancia.

—Te he visto hacer unas cuantas cosas imposibles —afirmó el luchador en un susurro.

—¿A sí? —dijo juguetona—. ¿Cómo qué?

—Para empezar, citar la peli de *Pulp Fiction* al entrar en una guarida de mafiosos y aun así lograr que te tuvieran miedo.

—Soy muy fan de Tarantino —susurró. Sus labios se rozaron muy levemente y Blake trató de atraparlos en un beso. Ella se le resistió. No solo eso, sino que se echó hacia atrás lentamente y arqueó su espalda en un ángulo que parecía imposible. Blake la sostenía atónito al ver que seguía retrocediendo hasta que sus manos tocaron el suelo. No había podido apreciar hasta ahora lo flexible que era.

Una pierna se apartó de su cintura y se echó hacia atrás, seguida de la otra. Dieron la vuelta hasta que Mia volvió a quedar erguida frente a él y a una distancia dolorosamente pronunciada.

—Creo que aún te quedan cosas de mí por descubrir.

Blake estaba hechizado y más caliente que el motor de su coche cuando lo ponía a toda velocidad. Nunca había sentido tanta atracción hacia una mujer en su vida. Trató de acercarse, pero ella levantó la pierna y la puso sobre su pecho. Se sostenía solo con un pie y de nuevo estaba haciendo gala de aquella flexibilidad increíble. Recordó que iba a un estudio de baile y no pudo evitar preguntarse cuánto podría estirar sus piernas. Como si le leyera la mente, Butterfly le hizo un pequeño gesto con la mano invitándole a acercarse.

Avanzó despacio poniendo a prueba la elasticidad de sus músculos. Un paso, luego otro. La pierna de ella subía por su hombro y seguía sin inmutarse. Cada vez estaban más cerca y su corazón latía con más fuerza.

—¿No te duele? —le preguntó fascinado.

Mia sonrió ufana y volvió a hacerle el mismo gesto. Finalmente, toda su

pierna quedó apoyada sobre su torso. Hizo un arco con ella muy despacio y flexionó la rodilla alrededor de su espalda para juntar sus pelvis. Al luchador se le escapó un gemido.

Su parte racional le recordó que tenía una pelea dentro de unas horas. La mandó a la mierda y puso sus zarpas sobre ella para impedir que se le volviera a escapar. Buscó los labios de su chica con urgencia y esta vez ella no se resistió. El beso fue hambriento e indómito. Prácticamente sintió la necesidad de rugir como si volviera a ser un animal salvaje.

—¿Ella también es profe? —preguntó una voz juvenil.

Blake apartó la mirada y se dio cuenta de que unos diez chavales habían entrado al gimnasio. Conocía algunas caras, pero otras eran nuevas. Willy también estaba entre ellos y se rascaba la nuca. Se le había olvidado por completo de la hora. Maldijo con todas sus fuerzas y se llevó las manos al pantalón para disimular su erección cuando Mia se apartó.

—No lo soy —dijo Butterfly con una risita infantil y, al darse cuenta de lo que le pasaba a Blake, se puso delante para taparlo.

—¿Eres su alumna? —preguntó una niña con sorna. Tenía el pelo muy corto y la piel oscura—. Esta escuela parece interesante.

Muchos de los niños rieron y empezaron a hablar pisándose unos a otros. Mia parecía abrumada.

—Como no os calléis, os pondré a dar vueltas a todos hasta que vomitéis —bramó el luchador. Todo el cuchicheo cesó. Blake pasó entre las cuerdas y se bajó del *ring* de un salto. No era así como había planeado presentar a Butterfly a sus alumnos—. Veo que os seguís multiplicando como gremlins. De acuerdo. Ya veré si vale la pena aprenderme vuestros nombres. Si habéis venido hasta aquí, ya sabéis quien soy. Pues bien, mi compañera aquí —dijo, mientras señalaba hacia la rubia—. Se llama Butterfly.

—¿Butterfly? —preguntó la misma chica de antes y pudo escuchar unas

cuantas risas de fondo.

—¿Es tu novia? —preguntó un retaco pecoso y con gafas.

Blake se giró inquieto y miró a Mia que tenía una expresión indescifrable. ¿Lo era?

—Está buena —dijo el gracioso de turno. Ya había calado a ese muchacho desde el primer día porque no había parado de hacer comentarios jocosos a la mínima ocasión.

—A calentar. Los que sabéis qué hacer enseñadles a los demás. ¡Ya! —exclamó Blake y dio dos palmadas que fueron acompañadas de quejidos y protestas. Los chicos dejaron sus bolsas desperdigadas por el suelo y se dispusieron a correr.

—¿Quieres quedarte conmigo mientras los entreno? —le preguntó Blake a Mia.

Esta negó con la cabeza.

—Voy a ducharme y a comprobar que funciona el micro que le puse a mi padre. Entrena a los chicos mientras y luego nos vemos.

Empezó a alejarse, pero él la retuvo al apoyar una mano en su brazo.

—Quiero que te quedes conmigo —susurró. Sabía que era una estupidez, simplemente tuvo ganas de decirlo en voz alta.

Ella le sonrió con dulzura y con eso tuvo suficiente.

Capítulo 33. Epifanía

—¿Al final sí que vamos a salir esta noche? —preguntó Vinnie cuando vio a Mia descender por las escaleras de su casa. Desde que la había pasado a buscar por la universidad, hacía ya unas dos horas, había estado en la cocina conversando con Dolores muy animadamente.

Mia barajó qué era lo que debía hacer. Solo tenía clara una cosa y era que iba a ir a ver la lucha de Blake para asegurarse de que nada le pasaba. La primera opción para conseguirlo era Noah. La desestimó enseguida cuando se imaginó lo que él le diría, algo así como «esos sitios no son propios de ti y están llenos de indeseables». Además, lo más probable era que se opusiera, y el tiro le saldría por la culata solo con intentarlo. Escaparse había quedado descartado. Saltar de su ventana al árbol del jardín con tacones era demasiado temerario, incluso para ella. La siguiente opción era Andrei. Un pase directo y sin complicaciones al evento; claro que aún le quedaba el cabo suelto que era Vinnie, su nuevo guardaespaldas. No se le ocurrió nada mejor que decirle la verdad, que tenía una cita y que le iba a tocar acompañarla. Se lo diría a su padre, de eso estaba segura, pero era la única opción que tenía.

—Sí. Ya te lo he dicho. Tengo una cita. Lo siento, Vinnie, pero te tocará esperar en el coche.

—Tú padre me preguntará con quién. Sobre todo por si después tenemos que partirle las piernas.

Supo que Vinnie trataba de bromear, pero el comentario no le cayó nada bien. Desgraciadamente, tenía bastante de cierto. Mia Gabrielli no tenía citas, nunca las había tenido, precisamente por ese motivo. Pues bien, había llegado el momento de cambiar las cosas, aunque todo ello no fuera más que una pantomima.

—Andrei Bondaryenko —informó—. Ya se lo puedes decir.

—¿Ese crío? —se extrañó. Mia puso los ojos en blanco—. ¡Pero si es ucraniano!

—No es fácil conocer chicos siendo quien soy.

Vinnie asintió pensativo.

—Siempre creí que una princesita como tú acabaría con, no sé, alguien como Noah. Tan guapete él y tan alto. A Andrei le soplas y se cae al suelo. No me gusta para ti.

Mia acabó sonriendo. Vinnie, matón rozando la cincuentena, estaba dándole consejos de amor, aunque bastante desacertados.

—Deberías invitar a Dolores a salir y no desperdiciar la noche esperándome. Quién sabe a qué hora llegaré.

Vinnie se sonrojó y luego frunció el entrecejo.

—Ni se te ocurra. Estaré al acecho. No lo olvides.

No lo había olvidado, y no dejaba de pensar en cómo evitarlo. Su plan era irse con Blake. Tendría que improvisar.

Nada más verla, el ucraniano le plantó un beso en los labios. Fue tan inesperado que no tuvo ni tiempo de apartarse.

—Las manos quietas, gilipollas —escuchó que le decía Vinnie, apoyado sobre la puerta de su coche.

Andrei sonrió con vacilación.

—Ya no estás gordo, Vinnie —le dijo con desprecio—. Pero sigues igual de feo.

Mia abrió mucho los ojos, sorprendida por su descaro, y se temió que aquello no acabara bien. Por el contrario, su guardaespaldas rio afable. Debían de conocerse más de lo que imaginaba para tomarse tales confianzas.

Andrei la condujo hacia el interior del pequeño estadio, una edificación bastante nueva al juzgar por su apariencia. Mia no recordaba haberlo visto

antes, aunque, para ser honesta, tampoco frecuentaba muchos eventos deportivos.

Un miembro del personal le solicitó el abrigo y Mia se lo tendió.

—Vaya, pensé que sería en uno de vuestros clubs —dijo.

Andrei asintió y sonrió como si ya esperara la pregunta.

—¿Impresionante, no? Se han vendido casi todas las localidades. Mi padre pensó que era hora de expandir el negocio. Va a ser una gran noche. —Al decir eso, señaló una de las numerosas pantallas que cubrían las paredes. En una animación que se repetía en bucle aparecían dos luchadores en pose de pelea, con sus estadísticas al lado. Luego una voz estridente pasaba a enumerar sus logros deportivos mientras se reproducía una sucesión de escenas de las luchas que habían protagonizado. Estaba claro que se trataba de una promoción del evento principal y ninguno de los dos luchadores era Blake. Quiso preguntarle a Andrei por qué; sin embargo, eso habría podido sonar sospechoso y se tuvo que quedar con las dudas. ¿Y si había ido al evento equivocado? Empezó a ponerse nerviosa.

Andrei puso su mano en el bajo de su espalda y la hizo atravesar los pasillos hasta llevarla a las primeras filas. Sin embargo, se detuvieron un poco antes, puesto que el ucraniano quiso presentarla ante su padre.

—Mia Gabrielli, un placer tenerte aquí —le dijo el hombre. Apenas se le podían ver los ojos debajo de esas cejas blancas y pobladas—. ¿Contaremos con la presencia de tu padre? No me confirmó la invitación.

—Muchas gracias, señor Bondaryenko. Ya sabe que mi padre está muy ocupado. Puede que se le pasara por alto. Yo he venido en calidad de cita de su hijo —respondió Mia con su cara más amable. No creyó que fuera buena idea afirmar que ella se había enterado del evento al revolver en la basura de su padre.

—Lo sé, y es todo un honor para mí y para mi hijo, ¿verdad que sí, chico?

—Por supuesto —asintió el aludido, aunque carraspeó de una forma sospechosa.

—No os entretengo más, disfrutad de la velada.

La joven dudaba mucho de que el evento le proporcionara algún entretenimiento, salvo el de cerciorarse de que su luchador saliera del *ring* sano y salvo. Se había resignado a pasar el resto de la noche fingiendo, pero aparentemente el destino tenía otros planes, ya que le fue imposible no quedarse paralizada al ver quién estaba sentado en la butaca al lado de la suya.

—¿Quieres que te traiga algo de beber? —le preguntó Andrei, y Mia tuvo que parpadear varias veces para darse cuenta de que se lo decía a ella.

—Sí —asintió, y él ucraniano no le preguntó el qué. Simplemente se fue y la dejó allí con Alexander Costello, que la miraba con media sonrisa.

—Qué agradable sorpresa —dijo—. Estás preciosa, como siempre.

Le tomó la mano y se la besó.

—Hola, Alexander —saludó ella, cuando recuperó la capacidad de hablar.

Se acomodó en el asiento, un poco tensa. Aún recordaba cómo había golpeado a Noah de forma traicionera la última vez que se habían visto.

—¿Has venido con el ucraniano? Nunca habría imaginado que fuera tu tipo.

—Y no lo es —respondió Mia sin pensar. No debería haber dicho eso.

La sonrisa de Alexander se ensanchó.

—Qué estarás tramando. Eres todo un misterio, Mia Gabrielli.

El hermano de Charlotte estiró la mano y le rozó el pómulo donde ya no quedaba casi rastro del golpe. Las yemas de sus dedos descendieron por el cuello hasta la herida, que ya no llevaba vendada, pero apenas era perceptible gracias al maquillaje. Ella dejó que lo hiciera porque consideró que apartarse podría haber sido tomado como una actitud hostil, y aún le interesaba seguir teniendo al tipo como aliado. No obstante, le hacía sentir incómoda.

—Ya se ha curado —dijo ella.

El dedo de Alexander bajó hasta su clavícula y la aparición de Andrei con su bebida sirvió a Mia de excusa para retirarse. ¿Qué pretendía haciendo eso?

—Te he traído esto, toma. —Andrei le ofreció una copa queapestaba a vodka y zumo de frutas.

Desde el otro lado, Alexander movió la cabeza en señal de desaprobación.

—Todo un caballero —acusó, con evidente ironía.

—¿Has dicho algo? —preguntó el ucraniano dirigiéndose al Costello.

—A ti no —respondió este.

Mia suspiró profundamente y tomó un gran sorbo de su bebida. No le iba hacer ascos a ningún tipo de alcohol en esos momentos.

—Cuando invité a Luca Gabrielli, no imaginé que vendría su hija en su lugar.

—¿Así que lo invitaste tú? —preguntó la joven. Alexander había conseguido despertar su curiosidad. Al parecer, todos habían invitado a su padre y él había hecho oídos sordos.

—Este evento es una colaboración entre la familia de este que tienes ahí y la mía. El estadio es nuestro.

Mia frunció el ceño. Aunque no lo sabía, tenía sentido. Recordaba muy bien el lugar en el que había visto pelear a Blake por primera vez y no tenía nada que ver con aquel.

—Y yo estoy sentada en medio —murmuró muy bajo. Ninguno la escuchó porque el público empezó a chillar ante la aparición del presentador, acompañado de una música a todo volumen. Mia no prestó atención a lo que le rodeaba, pensando que si Charlotte hubiera podido verla desde el más allá, seguramente estaría partiéndose de risa. Ella solita se había metido en aquel berenjenal, y todo por ver a Blake.

El primer combate fue entre dos luchadores que no conocía, ni le

importaban. Siguió distraída y sus, al parecer, *dos* acompañantes trataron de darle conversación. Ella no estuvo por la labor hasta que Alexander asaltó su oído con algo que la dejó helada.

—Sé que lo mataste tú. —Mia apretó el vaso y giró la cabeza muy despacio hacia su interlocutor. Se le había erizado todo el vello con el susurro—. Encontramos el cuerpo. En realidad, un policía amigo nuestro lo hizo—. El aire dejó de llegar a los pulmones de la joven y se le contrajo el rostro—. Uno de mis hombres nunca lo habría dejado allí. Pero no te preocupes. No saldrá a la luz. Conmigo siempre vas a estar a salvo. Dime una cosa, ¿quién te ayudó a deshacerte del cadáver? ¿Fue Huesos?

Ella quiso decir algo, pero sentía la garganta muy seca, de modo que dio un trago y apuró el final de su copa. Mejor que pensara que había sido Noah y no Blake.

—¿Por qué no le traes algo a la chica? Sospecho que está sedienta —alzó la voz Alexander para dirigirse a Andrei. Este desvió su mirada del *ring* e hizo una mueca.

—¿Por qué no vas tú? —gruñó el ucraniano.

—Ya iré yo—dijo Mia y se levantó.

—Te acompaño.

Al pasar por delante de Andrei, Mia se dio cuenta de que parecía enfadado. El chico no tenía ni puta idea de nada. Subió por el pasillo en dirección a donde imaginaba que había una barra. Las piernas le temblaban y notaba la mirada de Alexander clavada en su espalda. Cuando sintió el contacto de su mano sobre esta, dio un brinco.

—Tranquila. No te voy a morder —dijo, aunque su sonrisa parecía indicar todo lo contrario—. Lo cierto es que me has impresionado, Mia. No imaginas cuánto. Creo que eres un diamante en bruto.

La joven no era estúpida. La actitud de Alexander era de puro coqueteo. De

seducción, una perversa y oscura. Charlotte ya le había advertido que le gustaba jugar al ratón y el gato, y por supuesto, él nunca era el roedor.

—¿Por qué me lo dices? —preguntó. Se imaginó que si no estaba echándole en cara el hecho de que le había mentado, era porque quería algo a cambio.

—Me gustas, Mia. Y quiero ser sincero contigo. Que no haya secretos entre los dos.

Si Alexander Costello tenía algún talento, ese era el de desestabilizarla. No quería indagar en la confesión que acaba de hacerle, ni qué tan sincera era, y por supuesto, qué esperaba sacar a cambio de ella. Se limitó a aprovecharse con toda la frialdad de la que fue capaz.

—¿Mataste a Hank? Leí en la prensa que se suicidó.

Blake le había dado la noticia de que el otro implicado en el asesinato de Charlotte, el que la policía había detenido, había sido hallado muerto en su celda.

Alexander movió la cabeza ligeramente. Si Ozzie le recordaba a un cocodrilo, el Costello se le antojaba como un tiburón. Daba círculos a su presa hasta encontrar el momento oportuno para atacar.

—No fui yo, aunque me gustaría decir que sí.

—¿Estás corroborando que se suicidó?

—No. No lo creo. Aún hay muchos hilos de los que tirar para sacar a la luz la verdad. Si vienes a cenar conmigo, te puedo dar todos los detalles.

—Buenas noches, hija.

Mia levantó la vista con la cara desencajada. Esa voz era la puta voz de su padre.

—¡Mia! —dijo Karen y le dio un abrazo. A su lado también estaba Noah, con los ojos clavados en el Costello. ¿Podía salirle aún peor la jugada? Una angustia le subió por la garganta en forma de bilis. ¿Y si Alexander le decía algo a Noah? Entonces estaría perdida, porque sería como decírselo

directamente a su padre.

—No sabía que te gustaran estos eventos —continuó Luca Gabrielli—. Vinnie me dijo que viniste acompañada, pero debió de equivocarse al darme el nombre de Andrei en vez del de Alexander. —Al decirlo, desvió su mirada hacia el Costello y Mia notó que este se agitaba, inquieto, lo que, a pesar de la precaria situación, le brindó un pequeño margen.

—No se ha equivocado —contestó el aludido—. Yo solo la acompañé a por una bebida, ya que el chaval estaba muy entretenido disfrutando los combates para encargarse él.

—¿De veras? —dijo Noah—. Qué considerado eres.

Su padre tampoco parecía impresionado. Escrutó a la joven y ella casi pudo ver cómo los engranajes en su cabeza se movían. No se quería ni imaginar lo que estaba pensando.

Poco después, estaban todos sentados en sus asientos. Mia seguía entre Andrei y Alexander, con la novedad de que detrás tenía a su padre, a la prometida de este y a Noah. La situación era de lo más surrealista y sus pensamientos aún más. En vez de preocuparse por todo lo que acababa de decirle Alexander, no hacía más que darle vueltas al hecho de qué haría Blake si la veía ahí con semejante compañía.

Imaginar la risa de Charlotte desde donde fuera que estuviera le ayudó a calmarse e incluso a sonreír.

—¿Te lo pasas bien? —le preguntó Andrei. Ya no parecía tan animado y lanzado como al inicio de la noche—. Ahora viene uno de los combates más aburridos. —Mia no dijo nada. No hacía falta. Cuando el ucraniano cogía carrerilla, hablaba sin parar—. Kingsnake es uno de los luchadores de mi hermano. Ahora va entrar.

Dicho y hecho, anunciaron su turno y Motörhead sonó por los altavoces. Mia quiso preguntarle a Andrei por qué aburrido. Fue incapaz de moverse.

Estaba rígida como un palo de escoba y el corazón le latía a mil por hora.

—¿Quieres que te cuente un secreto? —le susurró el ucraniano.

—Claro —afirmó ella. «Vamos, suelta todo lo que sepas, imbécil», pensó. Andrei volvió a entusiasmarse con su atención.

—Este tío solía ser uno de nuestros favoritos, un campeón. La cagó y cabreó mucho a nuestro padre. Hoy le van a dar su merecido. Resulta que tiene una herida en el abdomen. Casi no se puede apreciar porque se la tapa con el cinturón de los pantalones. Su oponente lo sabe y le va a hacer ver las estrellas. El muy hijo de puta va a flipar.

Cuando Blake vio al guardaespaldas de los Bondaryenko entrar en su camerino, ya se imaginó lo que venía. Se había vuelto tan insignificante que ni siquiera venían a amenazarlo en persona. Por lo menos habían contado con él para participar en ese ascenso. Volver a pelear en un estadio se le antojaba emocionante, aunque fuera solo para perder.

—¿Servicio de habitaciones? —ironizó, sin parar de atarse la cinta en las manos.

Dmitro no era un hombre de muchas palabras. Blake sospechaba que era porque sus conocimientos del inglés se limitaban a un vocabulario muy específico, y nada agradable. Con su acento atroz y una cara de aburrimiento total, dijo:

—El jefe quiere que ganes esta noche.

Vaya, aquello sí que era una sorpresa. Sin embargo, tenía que haber gato encerrado. El luchador estaba seguro de que no le habrían perdonado tan fácilmente.

El guardaespaldas se giró para irse, pero antes de salir por la puerta, lo miró. Claro, el inglés no lo tenía dominado, pero el arte del drama, sí. Blake se tensó cuando lo vio meter una mano dentro de la chaqueta. ¿Es que acaso había venido para liquidarlo? ¿Ahí mismo? Estaba demasiado lejos como para

detenerlo con un buen derechazo.

El ucraniano terminó de sacar la mano y Blake vio que lo que sostenía era en realidad un papel. Se lo arrojó a los pies y añadió:

—Por si necesitas motivación, Kingsnake —y sin decir nada más, se fue.

Blake se agachó rápidamente y recogió el papel. Al darle la vuelta, se quedó de piedra; era una fotografía de Laurie y Sarah.

Cuando le tocó salir ante el público, apenas pudo percibir lo que sucedía a su alrededor. Uno de los técnicos le dio un empujón y le avisó de que era su turno. Blake caminó hacia el *ring* con pasos lentos y pesados. No podía pensar con claridad. Ni siquiera podía respirar bien. Nunca había estado así ante una pelea. Él no se preocupaba de lo que pasaba en estas. Ya fuera a propinar una paliza o a recibirla, aquello siempre era algo que empezaba y acababa dentro de un cuadrilátero o una jaula octagonal. Algo que quedaba entre su contrincante y él. Ahora ya no era así. El mensaje del Bondaryenko había sido más que obvio, y de solo pensar lo que podía pasar si perdía, a Blake le daban náuseas. Laurie y Sarah eran su única familia. No podía fracasar. No iba a hacerlo.

Miró hacia los lados y por primera vez notó el público que se había juntado en las primeras filas. Obviamente, el jefe ucraniano estaba entre ellos. Respiró hondo y trató de canalizar el enjambre de emociones que se revolvía en su pecho en una sola: la ira. «A tomar por culo todos», pensó. Era Kingsnake.

Su oponente no pareció estar muy en desacuerdo con ello durante el primer tiempo. Calvo, blanco como la nieve, con tatuajes que prácticamente gritaban «cárcel siberiana», supo aguantar muy bien los golpes y se escurrió de unas cuantas llaves. No era particularmente fuerte ni veloz. Tal vez planeaba ganarle por cansancio. Blake se preguntó si sabía de su herida y si esperaba que eso le diera una ventaja.

En el segundo tiempo, lo comprobó. El hijo de puta esperó y, en cuanto tuvo

la oportunidad, le dio un golpe certero en la herida de su abdomen. El dolor se expandió por sus extremidades como una descarga eléctrica. No pudo evitar desplomarse en el suelo y encogerse en posición fetal. La vista se le nubló parcialmente, el griterío del público le llegó, intermitente. Sabía que tenía que levantarse, y lo intentó, vaya si lo intentó. Consiguió ponerse de rodillas y un puñetazo en la cara casi lo derribó de nuevo. Acabó acorralado contra la pared de la jaula. No supo muy bien cómo, pero consiguió levantar una pierna y empujar a su oponente para recuperar cierto espacio. Trató de adquirir de nuevo una postura defensiva. No obstante, sus pies ya no le obedecían y su equilibrio era inestable. Aun así, pudo devolverle un golpe. No fue muy fuerte, ni muy rápido, aunque si certero. Ahora el que estaba en el suelo era su oponente.

Una mueca de satisfacción se dibujó en su rostro. Ni siquiera haciendo trampas iban a derrotarle. Levantó los brazos en actitud desafiante y miró al público, concretamente al hijo puta de Pavlo Bondaryenko. Lo que no esperaba era que, desde la primera fila, un par de ojos verdes le devolvieran la mirada.

Se quedó paralizado un instante. ¿Qué demonios hacía Mia ahí? ¿Acaso había venido porque estaba preocupada por él? El pensamiento le angustió. No quería que corriera ningún riesgo por su culpa. Sin embargo, no podía permitirse la distracción. Regresó su atención al otro luchador, quien ya se estaba incorporando. Se precipitó hacia él, dispuesto a rematar el trabajo, pero descuidó protegerse su herida y recibió un rodillazo en ella, seguido de un puñetazo, y otro más, hasta que el dolor lo cegó tanto que se encontró golpeando a la nada. Ya ni siquiera veía a su oponente.

«Ni se te ocurra, hijo de puta», se dijo a sí mismo. «No puedes rendirte».

Como si el cielo llorara por su destino, gotas de agua cayeron sobre él. Cabía la posibilidad de que fuera fruto de su imaginación, que tuviera una

contusión fatal en la cabeza que le hiciera alucinar. Abrió la boca y sintió el sabor metálico de su propia sangre. Aquella ilusión duró hasta que alguien chilló muy cerca y sintió mucho movimiento a su alrededor.

Abrió los ojos, que tardaron unos segundos en acomodarse a la oscuridad fuera de los focos, y cuando lo consiguió, se dio cuenta de que todo aquello era real. Había saltado la alarma de incendios y estaban desalojando el estadio.

Su instinto le dijo que tenía que girarse, como si algo tras de sí lo llamara. Se dio la vuelta y sus ojos se encontraron con ella de nuevo. Estaba empapada, con su pelo y las ropas pegadas a su piel, respirando agitadamente. Trataron de acercarse el uno al otro, pero una reja los separaba. A su alrededor, la gente chillaba y corría, pero Blake tenía la sensación de que estaban solos.

Alguien le sujetó del hombro y lo arrastró hacia fuera. No pudo oponer resistencia al no valerse por sí mismo. Ante sus ojos, Mia desapareció en la bruma que formaban las gotas de agua que caían a bocajarro del techo, como si fuera una epifanía.

Después de que Andrei Bondaryenko susurrara algo a la joven sobre la que todos tenían los ojos puestos, su cara cambió por completo. Mia Gabrielli salió del patio de butacas con una urgencia que pocas veces se había podido apreciar en ella. Su rostro, apenas visible durante unos segundos desde donde se encontraba Noah, estaba contraído en una mueca tensa. No supo si de desagrado, de dolor o de alguna otra emoción que no le era posible identificar.

Estuvo a punto de gritar su nombre para detenerla cuando la joven lo sorprendió al interrumpir su trayecto junto a una alarma contra incendios. Acto seguido, tiró de la palanca y la activó. Un zumbido estridente explotó desde todos los rincones del edificio y la maquinaria antiincendios se puso en movimiento. Pudo escuchar el agua moverse por las cañerías antes de que saliera por los aspersores repartidos por todo el recinto. El desalojo comenzó

de inmediato.

—¡Mia! —gritó—. ¿Qué has hecho?

La joven no le escuchó, ni siquiera se percató de su presencia. La gente que se cruzó en el camino que los separaba hizo que la perdiera de vista. Sin embargo, levantó el rostro y comprobó las cámaras de seguridad. Aquello habría quedado registrado y, aunque de verdad se estuviera desatando un incendio, Mia acababa de perjudicar un nuevo negocio de dos de las familias más importantes del sindicato. Eso supondría demasiados problemas con los que ahora los Gabrielli no podían lidiar.

Huesos echó mano a su ingenio y pensó rápido una solución. Corrió por los pasillos esquivando a la gente. Cada vez le era más difícil por la masa de cuerpos que se movía a contra corriente. Finalmente, llegó a una puerta de servicio. Trató de abrirla, pero estaba bloqueada, seguramente por el sistema de cortafuegos. Eso significaba que no llevaba hasta el lugar que estaba tratando de encontrar. Continuó su búsqueda y, cuando estuvo a punto de desistir, por fin dio con otra puerta que parecía la indicada. Esta cedió nada más empujar la manivela, y Noah pudo acceder a una pequeña escalera que subía a mitad de la planta superior, donde supuestamente había oficinas.

Sacó su arma de fuego y llegó hasta el final del ascenso donde le esperaba otra puerta cuyo cartel esta vez rezaba «seguridad». La derribó de una patada, pero no se encontró con nadie que le obstruyera el paso. Las sillas estaban vacías y los ordenadores, desatendidos. No había aspersores que lo mojaran todo debido a que aquella parte era una construcción anexa a la estructura, hecha a base de módulos. Se fijó en que las numerosas pantallas mostraban gente corriendo por diferentes partes del recinto y personas de seguridad dirigiendo su salida. Los dos o tres que habrían sido los encargados de la sala ya habrían evacuado.

El joven miró a su alrededor en busca de algo que le fuera de ayuda. La

tarea que estaba a punto de efectuar rozaba la locura, pero hasta donde le concernía, era la única solución que se le había ocurrido con tan poco margen. Arrancó un trozo suelto de la moqueta del suelo y sacó de su bolsillo un encendedor. Las fibras sintéticas ardieron con facilidad, y la llama empezó a crecer. Repitió el mismo proceso con el acolchonamiento de las sillas y procuró incluso que todos los papeles que había sobre las mesas y en el basurero acabaran sirviendo como combustible. En cuanto vio que las llamas empezaban a alcanzar los ordenadores, dio su tarea por concluida y salió rápidamente de allí. Había actuado sin vacilar, aunque era perfectamente consciente de que si alguien llegaba a enterarse de su hazaña, podía acabar muerto: ni los Costello ni los Bondaryenko eran conocidos por su clemencia ante alguien que perjudicara lo más mínimo sus negocios. Lo único que le quedaba ya era esperar a que Mia le ofreciera una explicación y le confirmara que su sacrificio había valido la pena.

Capítulo 34. Corazón roto

—Mira la luz.

Blake obedeció. El paramédico alumbró con una pequeña linterna en sus pupilas. Luego midió su pulso y palpó su herida. El luchador apretó los dientes e inhaló el aire de forma abrupta, lo que provocó que el técnico le dedicara una mirada seria.

—No tienes una conmoción cerebral —le informó—, pero sí un hematoma en el bajo abdomen. En principio el cuerpo se encargará de absorber la sangre acumulada bajo la piel. Debes ayudar aplicando compresas calientes dos o tres veces al día. Evita los medicamentos antiinflamatorios y, obviamente no te golpees ni masajees la zona. Si no remite la marca en una semana, consulta con un médico. Yo más no puedo hacer.

Blake asintió sin decir nada. Se sentía menos aturdido que antes, aunque no por ello mejor. Sabía, además, que todo eso le iba a pasar factura mañana. «Pedazo de estúpido», pensó, «¿cómo pudiste haberte confiado tanto? Estaba claro que sabía lo de tu herida». A punto había estado de perder la pelea que podía haberle costado la vida a las únicas dos personas que le importaban en el mundo.

Al pensar aquello, se vio obligado a corregirse. No eran las únicas. Pero, a diferencia de Mia, no estaban al tanto del riesgo que estaban corriendo por el mero hecho de estar asociadas a él.

Ahora que había recuperado la capacidad de pensar, el miedo volvía a turbarlo. La pelea no había acabado, pero ¿qué pasaría si Pavlo Bondaryenko cumplía de todas formas su amenaza? Se levantó de un salto de la camilla y ni siquiera prestó atención al dolor que le infringió la violencia del gesto.

Habían evacuado el edificio principal y los habían movido a un recinto

contiguo; sin embargo, todas sus cosas seguían en el camerino, incluyendo su teléfono y las llaves del Camaro. Tenía que regresar a por ellas si quería salir de ahí.

Tal y como estaba vestido, con pantalones cortos y sin zapatos, con una manta sintética sobre los hombros que le habían brindado en la enfermería, corrió, como pudo, hacia una de las entradas laterales del auditorio. Para su frustración, la multitud que rodeaba el recinto ralentizó su andar, y en cuanto por fin pudo abrirse paso entre ellos, fue interceptado por uno de los bomberos que ya cercaban el estadio.

—No puede entrar —le advirtió—. Es peligroso.

Blake intentó hacerlo de todas formas, pero el bombero volvió a cerrarle el paso. Era tan grande como él, y en su estado actual no le iba a resultar fácil moverlo.

—Tengo que... —gruño—. Es una cuestión de vida o muerte.

—¿Hay alguien atrapado?

«Sí», estuvo a punto de decir. Quizás así lograba distraerlo y entrar. Sin embargo, no hizo falta.

—Blake —llamó una voz a sus espaldas, una que a ese punto reconocería en cualquier parte, y se giró inmediatamente como si se tratara de su mismísima salvación.

Mia se abrió paso entre la gente. Seguía empapada, tiritaba de frío y algunos de sus tatuajes estaban parcialmente visibles. Blake abrió la boca para decirle eso cuando se fijó en lo que llevaba colgado del hombro. Era su bolsa de deporte.

Sin poder contenerse, fue hacia ella y trató de abrazarla. Butterfly dio un paso hacia atrás para impedirselo, y el luchador sintió cómo se le encogía el corazón.

—Nos pueden ver —susurró ella y se puso de perfil—. Están todos aquí.

Claro, era eso. Estaba siendo un idiota.

—Y tus tatuajes también —dijo él y se quitó la manta térmica con la intención de ponerla sobre sus hombros. Tampoco le dejó.

—A los tatuajes no pueden hacerles nada. A ti, sí. ¿Dónde tienes el coche?

El luchador asintió en silencio. Estaba claro que la que tenía la cabeza más fría de los dos en ese momento era ella. De alguna manera, aquello lo tranquilizó.

—Sígueme —contestó.

Mia dejó la bolsa en el suelo y se apartó de ella.

—Vas descalzo. No quiero que te cortes.

Blake hizo lo que le pedía, pero no se entretuvo más. Fingiendo que no se conocían, él emprendió la marcha, con ella tras sus pasos. El aparcamiento que le habían adjudicado era de los que más alejados quedaban. Recorrieron todo el camino en silencio, y cuando ya tenían el Camaro a escasos metros, ella recortó las distancias y lo abrazó por la espalda desnuda. Tenía los brazos helados, pero no le importó.

—Pensaba que ese cabrón iba a matarte —sollozó. Su mejilla estaba apoyada sobre su omóplato y la sintió húmeda y fría—. Andrei, ese hijo de puta, me dijo lo que planeaban hacerte y yo... no lo pude soportar.

El luchador no pudo contestar debido al nudo que le obstruía la garganta. Por primera vez desde que la conocía, se dio cuenta de que el mundo de Mia nunca jamás les iba a dejar ser. Tener una relación, compartir sus vidas, y mucho menos unirlos, quedaba vetado, censurado, separado por un muro infranqueable que tenía muchos nombres y apellidos. Se sintió un miserable por ello.

—Yo... —murmuró y, a falta de palabras, apoyó una de sus manos sobre las de Butterfly. Las apretó como si con ello pudiera transmitirle todo lo que en ese momento sentía y que no tenía las fuerzas para decir en voz alta.

—¿Te hicieron mucho daño? —preguntó la joven, y deshizo el abrazo para ponerse frente a él. Primero le apartó el pelo que le caía enmarañado por la frente y le acarició la ceja donde había recibido un buen golpe. Después estiró las manos para examinarle el abdomen, pero fue Blake quien la detuvo esta vez.

—Me pondré bien —aseguró—. Eso no es lo que importa ahora. —Mia alzó sus ojos verdes hacia él y Blake tragó saliva—. Pavlo Bondaryenko amenazó a mi familia.

Decirlo en voz alta lo hacía aún más real.

—¿Cuánto dinero tenemos en la caja fuerte? —dijo contundente y muy seria—. ¿Doscientos treinta mil? Cógelo y llévatelas lejos. Si necesitáis más, te conseguiré más y...

—Espera. —Las manos de Blake se posaron sobre el rostro de ella—. No voy a abandonarte. Necesitamos... —dijo e inspiró hondo, tratando de conjurar un poco de esa calma que ella parecía estar demostrando—. Primero necesitamos salir de aquí. Iremos al gimnasio. ¿Está bien?

Los labios de Mia temblaron ligeramente y con un leve asentimiento, aceptó.

Al abrir la puerta del coche, Blake se tambaleó un poco. Fue solo un momento, pero Mia se dio cuenta y le quitó las llaves de las manos.

—Conduciré yo —afirmó. Su tono no daba lugar a réplicas, y el luchador no tenía la fuerza mental para proporcionárselas. Sin decir nada más, los dos se subieron al Camaro y se fueron de aquel condenado lugar. Blake puso la calefacción a tope para entrar en calor. Tenía la mente saturada de emociones, todas muy intensas. Le era imposible analizarlas detenidamente. Sacó a relucir lo más frívolo, quizás para darse tiempo a reflexionar.

—¿Qué fue lo que te dijo Andrei exactamente?

—Esos hijos de puta sabían lo de tu herida —informó sin dejar de mirar a la carretera—. Querían castigarte. Aprovecharse de tu debilidad para darte

una paliza. El puto Andrei alardeó de ello conmigo.

El luchador apretó los puños. No le fue difícil imaginarse lo que habría podido pasar. Él perdía, los malditos ucranianos se lucraban, y luego Pavlo Bondaryenko aprovechaba su humillación para hacer con él lo que se le antojara.

—Sádico de mierda —pensó en voz alta, y entonces se le iluminó el rostro—. Fuiste tú quien activó la alarma de incendios.

Mia asintió.

—Y lo volvería hacer sin pensarlo. No voy a dejar que ganen.

—No van a hacerlo —aseguró Blake. Se miró las manos, que seguían con las vendas ciñendo sus muñecas y brazos. Empezó a quitárselas despacio mientras reflexionaba—. Pero eso fue temerario.

—Creo que a estas alturas ya da igual, Blake.

El luchador la observó y ella le devolvió la mirada con sus intensos ojos verdes. Era increíble pensar que apenas hacía casi dos meses ella no era nadie para él. Un error, una niña rica que se había entrometido en su vida y a quien jamás habría creído capaz de hacer todas las cosas que habían hecho juntos, y ahora... ahora estaba conduciendo su Camaro y ponía en riesgo su vida sin vacilar, con tal de ayudarlo.

—Puede que sí —admitió—. Los dos estamos hasta el cuello.

Al decirlo, sintió un atisbo de esperanza. Si en efecto no había nada que atara a la joven a su vida como Mia Gabrielli que aún valiera la pena, quizás aceptaría simplemente coger el dinero e irse con él.

—No lo estamos, aún. Por eso, hay algo más que debes saber antes de decidir si te quedas o te vas.

El luchador hizo lo mejor que pudo para disimular su decepción. Mia casi parecía estar buscando un motivo para decirle adiós, a pesar de que él también había prometido ayudarla. Tal vez pensaba que no lo necesitaba, pero estaba

equivocada. Tendría que demostrárselo.

—¿Qué?

—Alexander Costello estaba sentado a mi lado. Me dijo algo que... —Mia suspiró pesadamente, como si tratara de buscar las palabras adecuadas—. Sabe que maté al que me atacó. Piensa que Noah me ayudó.

El luchador inspiró repetidas veces y se refregó la cara con las manos. Parecía que el círculo de tiburones que había alrededor de ellos se estaba estrechando.

—¿Te lo ha dicho solo a ti? —preguntó.

—Hasta donde yo sé, sí.

—Debe de querer algo a cambio.

—Eso fue lo que pensé. Sin embargo, también sé que es un jugador. Quiero decir, que tal vez no quiere nada por ahora, pero estaba mandándome un mensaje, para que no me vaya de la lengua o algo así.

Blake reflexionó sobre ello durante unos segundos. Sabía muy poco de Alexander Costello, pero estaba convencido de que no era de fiar.

—No me gusta, para nada —concluyó.

—Me encargaré de él.

El luchador abrió mucho los ojos.

—¿Quieres matarlo?

—¿Qué? —dijo ella muy confundida y dejó de mirar la carretera para dirigirse a él. Parecía incluso ofendida—. ¿Eso es lo que piensas de mí?

Blake negó con la cabeza.

—No.

—Está bien —contestó y aunque ya no lo miraba, se fijó en que sus manos agarraban con tanta fuerza el volante que tenía los nudillos pálidos—. No te puedo asegurar que esto no vaya a perjudicarte algún día. Yo trataré de impedirlo, pero... En fin. Ya lo sabes. Como ya te he dicho, eres tú el que

decide, Blake.

Quizás no hacía mucho que la conocía, pero ya había escuchado ese tono gélido antes como para saber lo que era. Estaba cabreada. Con él o con el resto del mundo, Blake no lo sabía, pero lo único que podía ofrecerle era la verdad.

—De acuerdo —aceptó—. Tengo que pensarlo. Necesito hablar con mi hermana primero.

Mia no debería estar enfadada, pero no podía evitarlo. Odiaba a los Bondaryenko, a Alexander Costello, a su padre, a todo el puto mundo. Maldecía a Charlotte por traicionarla y morirse, a Noah por tratar de protegerla siempre y tener una lealtad dividida, y a Blake, sobre todo a Blake, por hacer que le quisiera tanto que la posibilidad de perderlo se le hiciera inconcebible. No obstante, el verdadero y único desprecio que la dominaba estaba dirigido hacia sí misma. Había hecho cosas terribles y pensaba seguir haciéndolas. Lo había prometido.

Le había dolido saber que él la consideraba capaz de cualquier cosa, como si ya no le quedara moral alguna. Quizás era verdad. Nunca antes se habría imaginado que acabaría matando a un hombre a sangre fría, aunque fuera en defensa propia, ni tampoco creando el caos en un estadio al dar la alarma de incendios, o amenazando a quien fuera con tal de conseguir dinero. Probablemente había perdido el norte, y lo peor era que la única persona cuya opinión importaba acababa de juzgarla.

Debería instarle a que se marchara. Eso sería hacer lo correcto. Fue incapaz y prefirió que tomara él la decisión, con la egoísta y absurda esperanza de que tal y como había dicho, no la abandonara.

Llegaron a la casa de su hermana muy entrada la noche. Estaba en un suburbio a las afueras de la ciudad y tenía un pequeño porche con algunos juguetes desperdigados por el suelo. Las luces estaban encendidas y los

estaban esperando. Mia sintió que el estómago se le encogía por los nervios y todas las emociones contenidas que trataba de guardar, recelosa, en su interior.

La puerta se abrió con un chirrido y una mujer morena con exactamente los mismos ojos que Blake los recibió de brazos cruzados. Llevaba el pelo negro, ondulado y a media melena, también lucía un par de tatuajes en los brazos desnudos. A través de su ropa oscura y ajustada se dejaba entrever una figura delgada pero atlética. Era un poco más alta que Mia. La joven pensó que era atractiva, aunque sus rasgos eran duros y afilados.

—Pasad —dijo y lanzó una mirada descarada a Mia. Una bastante intimidatoria—. ¿Qué es lo que ocurre para que te presentes aquí acompañado a estas horas? —Su mano fue directa al mentón de Blake y le inclinó la cabeza para observar el golpe que tenía en la ceja—. ¿Has vuelto a perder?

El luchador la apartó de un manotazo.

—Tenemos que hablar —añadió este en tono serio.

—Ya me lo has dicho. ¿Sobre qué? ¿Y quién es ella? —al decirlo, señaló a Mia con la barbilla y esta se sintió cohibida.

—Se llama Butterfly. ¿Dónde está Sarah?

Mia trató de tenderle una mano, pero la mujer le dio la espalda y se encaminó a la cocina.

—Dormida —respondió al sacar tres vasos de un estante.

Blake se acercó a la encimera y apoyó las dos manos sobre ella. Por unos segundos, él y su hermana se quedaron mirando sin decir nada.

—Solo tengo tequila —informó ella y dio un rodeo para ir hasta la mesa. Dispuso los vasos por la superficie y sirvió el licor.

Mia seguía ahí plantada sin saber muy bien qué hacer o decir.

—Ha pasado algo y tienes que irte —soltó Blake al girarse y tomar asiento.

Laurie alzó una ceja. Luego soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—¿Irme? Tienes que estar de broma. —La expresión seria de Blake hizo

que dejara de reír—. No estás bromeando.

—No —afirmó Blake contundente—. Es por tu bien, y el de Sarah.

—Que te den —escupió la morena—. Esta es mi casa y no me voy a ninguna parte. ¿En qué mierda andas metido ahora?

La situación era de lo más incómoda para Mia. Llegó a la conclusión de que así era como debían de sentirse los fantasmas, si es que existían.

El luchador soltó un resoplido profundo.

—¿Recuerdas lo que te dije la última vez? —preguntó—. Bueno, ha empeorado. Esta gente no se anda con juegos, van en serio. Pensé que podía mantenerlos lejos de vosotras, pero me equivocaba. Necesito que os vayáis antes de que decidan haceros algo.

—¿Y no podías haberme avisado antes? —exclamó Laurie y alzó las manos—. Joder, Blake. Esto es mi vida. No puedes simplemente... Y tú —dijo de pronto señalando a Mia—. ¿Piensas sentarte o qué? Puesto que mi hermano ha decidido que esto te incumbe, qué menos, ¿no?

—Yo... —Mia se sintió pequeña e insignificante. No se había imaginado semejante desprecio. Era como si la hermana de Blake le hubiera leído los pensamientos antes de entrar a su casa—. Saldré a tomar el aire.

Dicho y hecho, la joven se dio la vuelta y salió a la intemperie. Seguía sin chaqueta y su ropa no estaba seca del todo, pero lo prefería mil veces a seguir presenciando aquella discusión.

Pasados los cinco minutos, los gritos se podían oír por todo el vecindario. Mia estaba sentada en el porche y le estaba arreglando el pelo a una muñeca que había encontrado en el suelo. Tenía las piernas encogidas y le castañeaban los dientes. Se aguantó.

—Esa es Katy —le dijo una niña somnolienta que había aparecido a su lado—. Le gusta patinar.

—¿Ah, sí? Hola, Katy. ¿Y tú eres?

—Sarah. Tengo tres años.

Mia imaginó que los gritos habían despertado a la criatura. Ella no había cerrado la puerta y eso había sido una invitación para la niña a salir fuera.

—Hola, Sarah. Aquí hace frío. ¿No deberías estar en la cama?

—No. Y no tengo frío. —La niña cogió un mechón de pelo rizado de Mia y se lo estiró hasta dejarlo liso. Al soltarlo, volvió a rizarse y eso le provocó una carcajada—. ¡Qué guay! ¿Quieres jugar conmigo y con Katy?

—¿Cómo te atreves? —escuchó que gritaba la hermana de Blake desde la cocina.

—¡Laurie! ¡No me estás escuchando! ¡La vida de tu hija está en peligro, joder!

Esa era la voz de Blake, que le llegaba con una claridad pasmosa. Debían de haber subido aún más el tono, porque hasta entonces su conversación le había resultado ininteligible.

—¿Y qué pasa con la tuya? ¿Yo me largo y tú qué coño haces? ¿Te quedas con la rubia?

Mia agudizó el oído para escuchar la réplica. Estaban hablando de ella y el corazón se le encogió al pensar en la posible respuesta.

—¡Ese es el tío *Bake*! —exclamó la niña—. Siempre me da galletas.

—¿Ah, sí? —se vio obligada a preguntar la joven. Fuera lo que fuera que se estaban diciendo, ya no lo hacían chillando—. A mí me gustan las de chocolate.

—¡A mí también! —clamó la pequeña—. ¿Tienes?

Mia negó con la cabeza ofuscada.

—¿Quién cojones eres tú? —le preguntó una voz femenina. Al levantar la vista, se encontró con una chica de piel bronceada, ojos oscuros y pelo del mismo tono. Era condenadamente guapa y en cierto modo tenía un aire a Charlotte. Quizás no tan curvilínea, pero igual de exótica—. ¿Qué? ¿Eres...?

—Su rostro se torció en una mueca de desagrado—. ¿Dónde está Blake?

La tipa no esperó su respuesta, le pasó por al lado y entró en la casa.

Mia cogió a la niña en brazos, a la muñeca y fue detrás lo más rápido que pudo. Se encontró con que la chica abrazaba a Laurie y que esta le regalaba una sonrisa cálida que al parecer si sabía esbozar. Desvió la vista hacia Blake y vio que este las miraba ojiplático.

—Jessica... —pronunció incrédulo.

La niña volvió a estirar uno de los rizos de Mia y soltó una risita. Todo el mundo se giró hacia ellas.

—¿Has sacado a mi hija de la cama? —exigió saber Laurie.

—¡Claro que no! La despertasteis vosotros con vuestros malditos gritos —contestó finalmente de mal humor. ¿Había dicho Jessica? ¿La puta Jessica que lo había metido en esto? ¿La que se suponía que se había dado a la fuga y lo había dejado tirado? ¿Con la que había tenido una relación de años?

—¿Esa es Sarah? —exclamó la susodicha—. ¡Está enorme! Se parece un montón a ti, Laurie.

A la hermana de Blake pareció caerle en gracia el comentario, pero cuando giró su cara hacia Mia, inmediatamente dejó de sonreír. Caminó hacia ella y le quitó a la niña de los brazos.

—Hora de volver a la cama, osita —le susurró.

—¡No! —protestó la niña—. ¡Quiero quedarme con ella! —Al decirlo señaló a Mia, lo que provocó que la hermana de Blake la mirara aún peor, si eso era posible.

—Ella también se tiene que ir a dormir —respondió—. Vamos, a la cama.

Sarah siguió protestando mientras su madre la llevaba hasta el dormitorio y a continuación cerró la puerta.

—¿Se puede saber qué coño hace ella aquí? —intervino entonces Jessica.

—¿Se puede saber qué coño haces tú aquí? —repuso Blake.

—¿Es la hija de Luca Gabrielli! ¿Es que estás loco?

Mia frunció el ceño. Esa Jessica no solo la conocía, sino que encima hablaba de ella como si no estuviera delante. Ya estaba más que harta de ser un cero a la izquierda.

—¿Y tú? ¡Casi haces que lo maten! —gruñó. Se acordaba muy bien de lo que Blake le había contado sobre ella, y aunque solía culparse a sí misma por haberle perjudicado al robarle el dinero, lo que había hecho su ex era aún peor—. ¿Por qué le robaste a mi padre? La única loca aquí eres tú.

Jessica la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Yo no le he robado nada a nadie! —escupió.

—¡Ja! —exclamó Mia tan fuerte y con toda la ironía que fue capaz—. ¿Y de dónde sacaste el dinero? ¿Caridad tal vez?

—¿Es que ni siquiera sabes lo que ocurre en tu propia casa? Ese dinero era mío por derecho. Tu padre me lo pagó.

Mia entrecerró los ojos. Seguro que mentía, y aun así, acabó por preguntar:

—¿Y a cambio de qué? Debía de ser algo muy gordo para darte dos millones.

—¿Quién es Luca Gabrielli? —se escuchó desde la puerta. Laurie había regresado a la cocina.

—A ver, explícaselo. —Blake parecía haber salido por fin de su estupor y miró a Jessica—. Cuéntale cómo me dejaste con toda tu mierda encima.

—¿De qué habla? —preguntó la hermana—. ¿De lo de Jim?

La ex del luchador pareció ponerse nerviosa.

—Su padre —dijo al señalar a Mia—. Es el puto jefe del sindicato de la mafia.

Mia notó que el frío la abandonaba para dar lugar a una intensa rabia que encendió sus mejillas al rojo vivo. El comentario era de lo más ofensivo. Su padre no era el jefe, y aunque lo fuera, no debería haber usado ese tono, como

si ella tuviera algo que ver con sus malditos negocios.

Se fijó en que Laurie abrió mucho los ojos y supo al instante que el rechazo que había mostrado hasta el momento hacia ella no iba a hacer otra cosa que aumentar.

—¿Qué? ¿Estás saliendo con la hija de un jefe mafioso? ¿Y la trajiste aquí? ¿Es que has perdido totalmente la cabeza?

—¿Yo he perdido la cabeza? —gritó Blake. Por lo menos no lo había negado—. Ella —señaló a Jessica— le quitó dos millones de dólares y los dejó en mi apartamento. ¡En el mío! Mi despertador de la mañana siguiente consistió un par de tíos apuntándome con sus pipas.

—¡Si no hubieras pasado la noche dando tumbos con una zorra cualquiera te habrías dado cuenta de que el dinero estaba ahí! ¿Y sabes qué, Laurie? Resulta que esa zorra se lo robó, al muy imbécil. Nada de esto habría pasado si...

—Si tú le hubieras dejado en paz —añadió Mia. La zorra de la que supuestamente hablaba era ella. Tenía ganas de estrangularla—. Si en vez de esconder el dinero, lo hubieras devuelto.

—¿Ese dinero era mío! —exclamó la ex de Blake—. Me lo gané.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué se lo reclaman a él? Si es tuyo, preséntate ante mi padre y dile que se ha confundido, que el dinero es tuyo y no suyo, ¿no?

Jessica la miró como si dudara que responderle. Acto seguido, dirigió su atención hacia Blake.

—Sabes que no puedo hacer eso. Escuchaste lo que dijo, cree que el trato ha quedado invalidado. ¡No fue culpa mía que nos emboscaran! ¡Yo salí herida también! Y Jim... —Al decir aquello se calló de golpe.

—¿Emboscaros? —preguntó Mia incrédula. Los engranajes de su cabeza empezaron a moverse muy rápido y las piezas a encajar. Noah había sufrido una emboscada en el que casi le mataban. ¿Habría sido ella? ¿O realmente sí que existía el supuesto traidor? Hasta ahora no le había dado importancia,

como si no fuera con ella, y empezaba a sospechar que había cometido un error, quizás incluso varios. ¿Y si la muerte de Charlotte no había sido obra de su padre? Tenía tantas preguntas, tantas dudas, que estaba empezando a marearse.

—No voy a hablar contigo del tema. Lo siento, pero no soy estúpida. De hecho —Jessica volvió a dirigirse a Blake—, deberías encerrarla en un cuarto o algo para que podamos aclarar las cosas. Y quitarle el teléfono. Quién sabe si no ha avisado ya a su padre de que estamos aquí.

—No lo ha hecho —contestó Blake mientras mostraba los dientes como si fuera un perro acorralado—. Ni tampoco va a hacerlo. Si hay alguien a quien deberían encerrar es a ti, joder.

Jessica se echó para atrás, sorprendida.

—No vamos a encerrar a nadie —intervino Laurie. Parecía haberse calmado un poco mientras los demás gritaban—. Sin embargo —y esta vez se dirigió a Mia—, creo que deberías irte.

Mia miró a Blake esperando a que él dijera algo. Su hermana la estaba echando como si fuera un animal sin hogar. Era tan doloroso como frustrante. A ella también le incumbía todo aquel asunto, no era ajena para que la dejaran al margen. ¡Joder! No había dejado de sacrificarse para enmendar el puto embrollo.

—¡No! —gritó Jessica. Lo último que esperaba Mia era que fuera ella la que se opusiera—. ¿Es que estás loca, Laurie? Si se larga, avisará de que estamos aquí y, mierda, esa gente no se anda con tonterías. Si nos encuentran, ¡estamos muertos! Blake...

Su frase quedó interrumpida por un estruendo. Blake había golpeado uno de los gabinetes superiores de la cocina y su puño lo había atravesado.

—Cállate —le susurró a Jessica—. Tú ya me diste por muerto.

Aquella reacción trajo consigo un silencio sepulcral. Todos parecían estar

demasiado abrumados como para decir algo hasta que, desde el fondo del pasillo, se escuchó un llanto.

—Mierda —dijo Laurie y fue en busca de su hija.

Blake se dirigió a Mia.

—Tal vez sí que deberías irte —pronunció en tono bajo y sin mirarla.

Quizás a ella no le habían rajado el abdomen, tampoco le habían dado nunca una puñalada, pero estaba segura de que aquello dolía muchísimo más que todas esas heridas juntas.

—De acuerdo —dijo Mia con un hilillo de voz y sirviéndose de toda la entereza de la que fue capaz. Dio un paso hacia atrás y casi trastabilló con la mesa. Luego, sintiéndose incapaz de contener las lágrimas, y por la vergüenza de mostrar tal debilidad ante ellos, se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta.

No le dijo a nadie que no llevaba dinero porque se había quedado en su abrigo olvidado en el estadio. Tampoco protestó por tener que volver a helarse a la intemperie. El orgullo no se lo permitía.

Sabía, además, que existía la posibilidad de que esa fuera la última vez que lo viera. «Así mejor», se dijo, pero era una estupidez. El daño ya estaba hecho. Blake le acababa de partir el corazón.

El luchador permaneció con la vista fija en el lugar en donde había estado Mia hacía tan solo un rato. Debieron de pasar unos minutos, no sabía muy bien cuántos. Se sentía desgraciado. La reaparición de Jessica había sacado a relucir sus peores cualidades y ahora, la mezcla de cansancio y agitación estaban empezando a pasarle factura a su salud mental. Y lo único que podía mantenerlo cuerdo acababa de salir por la puerta porque él mismo la había echado. Quería pensar que había sido por su propio bien, para ahorrarle los problemas y evitar que se siguiera sometiendo a más ataques por el mero hecho de estar ahí y ser quien era, pero no podía deshacerse de la idea de que

nuevamente estaba estropeando algo bueno en su vida.

—Blake... —sintió la mano de Jessica sobre su hombro—. Perdóname. Sé que te jodí la vida y tienes todo el derecho del mundo a odiarme. Pero vine aquí por una razón.

—¿Para jodérmela aún más? —preguntó el luchador. Sintió la mano retraerse y suspiró. Sabía que se estaba desquitando con ella. Se giró para enfrentarla de nuevo—. ¿A qué has venido, Jessica?

—Necesitaba verte.

—Podrías haber llamado.

—No. —Ella negó con la cabeza—. Sé que me siguen buscando y nunca sabes quién puede estar vigilándote. No podía arriesgarme. Además —añadió con una sonrisa irónica—, cabía la posibilidad de que no me contestaras.

Blake no se lo refutó. Simplemente se acercó a la mesa, tomó asiento y cogió la botella de tequila para darle un sorbo. A pesar de estar condenadamente cabreado, se lo ofreció a Jessica y ella lo imitó.

—No puedo creer que sigan vendiendo esta mierda —dijo la morena—. Es veneno puro.

El luchador esbozó una media sonrisa de forma inconsciente.

—Lo sé. Pero si no fuera por ella, tú y yo jamás habríamos estado juntos. —Se dio cuenta que decir aquello no era la mejor de las ideas. Estaba aquí para rescatar a su familia, no para revivir el maldito pasado. Tener a Jessica Spencer delante no ayudaba—. Dijiste que necesitabas verme —continuó antes de que a ella se le ocurriera responder—. ¿Para qué?

La morena adoptó una expresión seria y apartó la botella.

—Para ayudarte. Si bien ya no tengo dos millones —dijo—, tampoco estoy sin nada. Digamos que esta ha sido una de mis empresas más arriesgadas y me ha salido bastante mal, pero hubo otras que no lo hicieron. Puedo asegurarnos una vía de escape, incluso una posibilidad de empezar de cero, lejos de aquí.

Lejos de esta ciudad y su podredumbre.

—¿«Nos»? —preguntó Blake y frunció el ceño—. ¿Y qué pasa que con Jim?

Blake no había olvidado que fue ella quién lo dejó por aquel capullo adicto a los videjuegos.

—Lo asesinaron —confesó ella y su cara se ensombreció.

Blake quería mostrarse frío, pero le fue imposible. Conocía a Jim desde el instituto y aunque nunca habían sido amigos, sabía que no era un mal tipo. Quizás un tanto raro y antisocial, pero no un hijo de puta como con los que él estaba acostumbrado a tratar. Lo único que podía echarle en cara era que le hubiera quitado a Jessica, aunque lo cierto era que ya se habían perdido el uno al otro mucho antes de que eso sucediera.

—¿Es por eso que has vuelto? ¿Porque te has quedado sola?

Su mente se había debatido entre compadecerse o seguir a la defensiva. Su parte mala había vuelto a ganar.

—Blake, creo que no es momento de...

—¡Claro que es el momento! —gritó él—. Siento mucho tu pérdida, de verdad, pero comprende que no quiero acabar como él y es justamente lo que parece que sucede cuando alguien te quiere.

Jessica cerró los ojos y se llevó las manos al rostro. Blake se odia a sí mismo por sentir lástima y reprimió su instinto de abrazarla. Durante un rato incalculable los dos permanecieron en silencio, sin mirarse.

—He cometido muchos errores en mi vida —dijo finalmente Jessica y se retiró las manos del rostro para mirarlo—. Y tú nunca fuiste uno de ellos. Quiero arreglar las cosas, Blake. Quiero enmendar el daño que te hice, que te he hecho, y empezar a hacer las cosas bien. Por eso he vuelto. Por eso quiero ofrecerte mi ayuda y salvarte a ti y a tu familia. Lo tengo todo resuelto. Nuevas identidades. Números de seguro social. Incluso registros escolares por si alguien se pone quisquilloso. No empezáramos con mucho, pero nos las

arreglaríamos. —Entonces colocó su mano sobre la de él—. Nunca te abandoné, nunca lo hice y nunca lo haré.

Blake arrugó la nariz. Aquella era una conversación que no quería tener. Discrepaba bastante en lo de quién había abandonado a quién y si realmente lo suyo no había sido un error. Sin embargo, no podía discutirle que ahora estaba ahí.

—Podríamos irnos los cuatro —intervino Laurie. Tenía a su hija dormida en los brazos y se le notaba mucho más calmada.

Blake entrecerró los ojos.

—Hace un momento no querías dejar tu vida y, de pronto, ¿te parece bien? —dijo y apartó su mano de la de su ex.

—No me parece bien —repuso su hermana—, pero es mejor que irme sola con Sarah. Tampoco me gusta que tú te quedes y arriesgues tu cuello por lo que sea que lo estás haciendo. Somos una familia, Blake. Deberíamos mantenernos juntos.

Notó que Jessica asentía y las dos lo miraban expectantes, mientras que él aún trataba de asimilar el giro que había tomado la conversación.

—¿En qué momento habéis decidido esto? —preguntó—. ¿Lo habéis planeado juntas?

—No —contestó Jessica rápidamente—. Solo le pedí que me llamara cuando vinieras por aquí para poder decírtelo en persona. Pero, ¿qué importa eso? ¿Quieres que tu familia esté a salvo o no?

Obviamente que sí que lo quería. Sin embargo, el ofrecimiento de Jessica venía con unas cláusulas que él no pensaba aceptar. ¿O sí?

Irse lejos, comenzar de cero, ser un buen hermano y un buen tío para Sarah. Quizás eso era lo que debía hacer en vez de estar corriendo riesgos innecesarios y poniendo en peligro la vida de una chica que claramente había demostrado ser demasiado buena para él.

Sabía que Jessica era todo lo contrario. Desde el primer día en que la había conocido, había podido ver el odio y la ira reprimida hacia el mundo en sus ojos, y se había sentido atraído porque eran prácticamente un reflejo de los suyos. En el fondo, siempre había sabido que no iban a acabar bien y, aun así, lo había intentado. Había creído que eso era lo mejor que podía conseguir, alguien tan retorcido y destructivo como él. Esa había sido su definición de alma gemela durante mucho tiempo. Hasta ahora.

No tenía ni idea de qué era lo que tenía Mia Gabrielli, pero estar con ella lo hacía sentirse diferente. Como si estuviera drogado, y a la vez subido a una montaña rusa en la que podía descarrilar en cualquier momento o simplemente finalizar el trayecto con los dos yéndose a casa agarrados de la mano. Desde que la había conocido, no habían parado de lloverle problemas, pero a la vez se sorprendía haciendo cosas buenas que nunca se habría creído capaz de ejercer, ni siquiera de proponerse. Y le gustaba, le gustaba muchísimo. Enseñar había sido una de ellas. Si no hubiera sido por Mia, quizás nunca lo habría descubierto. No quería abandonar ese esfuerzo, no quería abandonarla a ella.

Una expresión de determinación se dibujó en su rostro.

—Haz las maletas con lo que necesites —le dijo a su hermana—. Tengo que hablar con Jessica un momento. —Laurie parecía tener algo que decir al respecto, pero Blake la cortó—. Solo danos un momento, por favor.

Su hermana asintió a regañadientes.

—De acuerdo.

Una vez solos, el luchador dirigió su atención a la joven morena.

—Me gustaría decir que sé exactamente cómo de grande es la mierda en la que tú y yo estamos metidos, pero no es así. Lo único de lo que estoy seguro es de que los dos hemos cabreado gente inapropiada y no nos van a dejar en paz hasta que estemos muertos. Así que respóndeme con honestidad, ¿realmente

puedes ayudarme a salvar a mi familia?

Jessica asintió.

—Tengo una furgoneta fuera con el depósito lleno y matrícula de otro estado. Un amigo de mi padre me ayudó con el resto de documentos —suspiró—. Me debía un favor.

Blake nunca había llegado a conocer al padre de Jessica, había muerto antes de que empezaran a salir, pero sabía que había sido policía.

—De acuerdo. Entonces irás con ellas.

Los ojos pardos de Jessica se abrieron como platos. En el pasado lo habían tenido cautivado, pero ese tiempo ya había pasado. Demasiada mierda se había acumulado entre ellos.

—¿Te vas a quedar? —exclamó, demasiado fuerte. Blake maldijo para sus adentros, no quería lidiar con las dos mujeres a la vez.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Es por la Gabrielli? ¿Estás trabajando para su padre? —Al decir aquello, la morena dio un paso hacia atrás, atemorizada.

—No estoy trabajando para nadie. Solo... Tengo que hacerlo.

Jessica negó con la cabeza. Su mirada denotaba incredulidad.

—Te has vuelto completamente loco. Vas a morir si la sigues.

Blake puso los ojos en blanco por la ironía y a punto estuvo de recordarle lo de Jim. Por el contrario, respondió:

—Eso ya no te concierne. Solo ayuda a Laurie y a Sarah. Hazlo si alguna vez te he importado algo. Enmienda tus errores.

Dicho esto, cogió la bolsa de deporte que había dejado junto a la encimera de la cocina y se encaminó hacia el cuarto de su hermana. La encontró tirando cosas dentro de una maleta, mientras Sarah dormía tranquilamente sobre la cama de su madre.

—No vas a venir —adivinó ella apenas lo vio. No era una pregunta.

El luchador inspiró hondo y asintió. Al menos sabía que no iba a ponerse a gritar con la niña al lado.

—Ciento veinte mil —dijo y le entregó la bolsa—. Ya te lo he dicho, son tuyos. Ya sé que la he cagado, pero esto es lo mejor que puedo hacer por vosotras.

—En serio no vas a venir —insistió ella—. Nos vas a abandonar.

Sabía lo que estaba pensando, a pesar de que no lo dijo. Sus padres habían demostrado ser unos egoístas incapaces de hacerse cargo de ellos, y al parecer él había salido igual. Quizás era cierto, pero ¡demonios! La chica que quería vivía en un mundo en el que su familia no podía existir. No podía tenerlo todo a la vez.

Laurie pareció darse cuenta de su lucha interna. Su expresión se ablandó un poco y, tras un profundo resoplido, le dijo:

—Ven aquí, imbécil.

Entonces Blake se acercó y lo abrazó. Fue como en los viejos tiempos, cuando se iba de gira, salvo que la que se estaba yendo ahora era ella, y posiblemente no volvería a verla en mucho tiempo. Ni a Sarah. Demonios, debía haber pasado más tiempo con ellas en vez de perderlo haciendo gilipolleces con los ucranianos.

—De acuerdo. —La misma Laurie fue la primera en separarse. Se pasó el dorso de la mano por los ojos y añadió—: Despidete.

El hombre tatuado asintió. Caminó despacio hacia la cama, le acarició el pelo a su sobrina y le depositó un beso en la frente. La niña se revolvió un poco.

—¿Tío *Bake*? ¿Tienes galletas? —preguntó somnolienta.

Al luchador se le escapó una carcajada. Inmediatamente trató de bajar la voz.

—Esta vez no. Perdón. Mañana ya te las dará tu madre.

—¡Galletas! —exigió la pequeña y se volvió a dormir.

—Capullo —gruñó Laurie, pero su voz tembló—. Vete antes de que me cabree más. Y cuida tu maldito pellejo, ¿me oíste? Si algo te pasa, no te lo voy a perdonar.

Cuando pasó por la cocina, Jessica ya no estaba ahí. La encontró sentada en el porche con uno de los juguetes de Sarah en la mano.

—Eres un idiota —afirmó—. La echaste en mitad de la noche y con ropa mojada a la calle. No te va a volver a aceptar.

Lo dijo con sorna, pero no dejaba de ser verdad. Joder, pensó. ¿Tan metido estaba en su propia cabeza que no se había dado cuenta de eso?

—Mierda. Mia... —susurró, mientras corría hacia su coche y sacaba el teléfono para marcar su número.

Capítulo 35. Frío

En la calle, en mitad de la noche, en un suburbio residencial lleno de casas bajas con sus bonitos jardines, Mia caminó en silencio, permitiéndose unos minutos de autocompasión. El llanto apareció en cuanto supo que ya nadie la escucharía y le dio rienda suelta sin tapujos. Pasados unos cinco minutos, se calmó, lo suficiente como para encender su teléfono, realizar una llamada y no sonar completamente desesperada.

—Gracias a Dios —escuchó al otro lado—. ¿Estás bien, Mia?

—Noah —gimió.

—Mierda. ¿Te ha pasado algo? El incendio, todos están como locos buscándote.

—No. No me ha pasado nada —mintió—. Me fui.

—¿Qué te fuiste? ¿A dónde? ¿Estás con Alexander?

—No.

—¿Con quién, Mia? Habla, por Dios.

—Estoy sola. ¿Puedes venir a...?

—Mierda, sí. Dime dónde estás.

—Te paso la ubicación por WhatsApp.

Ya se había imaginado que largarse de aquella manera del estadio iba a traerle problemas. No había avisado a nadie y tampoco había permitido que se pusieran en contacto para no importunarla. Había estado dispuesta a correr cualquier riesgo, por mucho que todos se enfadaran con ella, ya que Blake la necesitaba. Ahora se daba cuenta de su error.

Se sentó en el bordillo de la acera y se llevó las manos a los brazos. Los frotó de forma insistente como si eso impidiera que se congelara. Tenía las mejillas calientes por los lloros, pero el resto de su cuerpo permanecía

helado. Si no enfermaba al día siguiente, sería un milagro.

Entonces reparó en que sus tatuajes estaban a la vista y no tenía forma de taparlos. Noah iba a descubrir uno de sus secretos. Quizás ya no merecía la pena seguir ocultándole el resto. Recordó entonces que Blake le había prometido ayudarla a resolver el asesinato de Charlotte. Si él se iba, ya no tendría que seguir dando golpes para recuperar el dinero, esa deuda quedaba saldada. Sin embargo, aún quedaba esa otra que no planeaba abandonar, por muy desdichada y miserable que se sintiera. Visualizó a Noah como su nuevo aliado y se sintió aún más despreciable por ello. No quería utilizar a nadie más. Tendría que arreglárselas sola.

Sus dedos estaban entumecidos y los dientes le castañeaban cuando vio los faros de un coche solitario a lo lejos. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que fuera Noah. Para su desesperación, el coche pasó de largo y no lo reconoció como el de su amigo.

Los minutos pasaban y cada vez se encontraba peor. Se levantó y caminó de nuevo calle abajo y calle arriba para calentar sus músculos. El ruido de otro motor le hizo levantar la vista, y esta vez sí que era él.

Noah paró el coche en seco, se quitó el cinturón y fue hacia ella. Mia se vio abrazándolo con todas sus fuerzas y hundió la cara en su pecho. El calor le resultó tan reconfortante que las lágrimas volvieron a humedecerle los ojos.

—Joder, Mia. Hace un frío tremendo y estás aquí así. —Rápidamente se quitó su suéter, pero al ponérselo encima, vaciló un momento. Acababa de percatarse de sus tatuajes—. Vamos, entra en el coche.

Ella terminó de ponerse la prenda y obedeció. Su perfume le llenó las fosas nasales con un agradable aroma y, gracias a la calefacción del interior, empezó a entrar en calor. Lo siguiente que hizo él fue subirse en el asiento del conductor y abrazarla de nuevo, mientras le frotaba insistentemente los brazos. El aspecto que ella debía ofrecer tenía que ser bastante desalentador, pues

Noah tenía el rostro contraído y no hablaba.

—Lo siento —susurró ella cuando se apartó.

—Le he dicho a tu padre que me llamaste desde un hospital al que te habían llevado por haber inhalado humo. Que no habías podido llamar hasta ahora, y que yo me encargaba de recogerte, ya que te habían dado el alta al no tener ninguna lesión.

—Has mentido por mí. —Fue lo único que fue capaz de decir la joven. Aquello no se lo esperaba.

—Sí, Mía. Lo he hecho.

—¿Por qué?

«Porque no quiero perderte», quiso decir. Sabía que si don Luca se enteraba de la hazaña de su hija, no habría forma de evitar su ira. Podía ser que a ella le diera igual que la mandara lejos, pero él no estaba dispuesto a permitirlo. No ahora, por muy egoísta que eso fuera.

Al verla en aquel estado, muerta de frío, con los labios azulados, los ojos entumecidos por las lágrimas y unos tatuajes que tenían que ser falsos, no había otra explicación, el joven no sabía ni por dónde empezar a preguntar. Necesitaba tantas respuestas que lo resumió todo en una simple pregunta:

—¿Qué ha pasado?

—No...

—Sí. Vas a contármelo. Y vas a empezar explicándome porque le diste a la alarma de incendios en el estadio.

Mía cerró los ojos y se apoyó en el respaldo del asiento. Inspiró repetidas veces. Noah estaba impaciente, no podía disimularlo. Por eso arrancó el coche y miró hacia la carretera.

—Lo hice para proteger a alguien.

—De acuerdo —asintió él. Era un buen comienzo, aunque ni de lejos se iba a contentar con tan poco.

—¿Vas a llevarme a casa? —le preguntó ella.

—Eso pensaba hacer. ¿Por qué?

—No quiero ir. ¿Puedes...?

—Quieres que llame a tu padre y vuelva a excusarte —terminó él su frase.

—Sí. Llévame a cualquier lugar, pero a casa no —suplicó.

Noah suspiró profundamente al ver cómo lloraba. Él tampoco quería llevarla a casa, pero no estaba seguro de poder ofrecer una justificación convincente a su padre. Le retiró las lágrimas con el pulgar, tratando de no dejar de mirar la carretera. Luego, sacó el teléfono y marcó el número de su jefe.

—Don Luca —dijo, y aunque estaba hecho un manojo de nervios, la voz no le tembló.

—¿Está ahí contigo?

—Sí —afirmó—. Está afectada por el incendio. No quiere ir a casa aún.

—Entiendo. Y no quiere hablar conmigo.

—Me temo que no.

—Haz lo que creas conveniente, hijo. Confío en ti.

Noah trató de no sentirse abrumado ante tal afirmación y fracasó. Le carcomía la culpa por mentir al Pirata. No se merecía que lo tuviera en tan alta estima, aunque eso era algo que ya sabía desde hacía mucho tiempo.

—Lo haré. Gracias, don Luca.

Colgó el teléfono y se giró hacia Mia. Estaba hecha un ovillo en su asiento y tenía el rostro tapado con las palmas de sus manos. Sus rizos le caían por encima de su cabeza contribuyendo a la imagen de vulnerabilidad que ofrecía. Le dio lástima tener que indagar en aquello que la afligía, sin embargo, tantos secretos y mentiras habían agotado su paciencia.

—Gracias —susurró—. Eres tan bueno, Noah. No merezco que me ayudes.

—Deja de compadecerte y convénceme de que merece la pena. Habla, Mia.

Me lo debes.

La joven permaneció en silencio y los minutos siguieron pasando, por lo que estuvo a punto de volver a insistir, cuando ella habló:

—He estado saliendo con alguien.

Noah lo sospechaba, y también con quién. Por supuesto, lo de Andrei era una farsa, seguramente para acercarse a Alexander. Tenía lógica que, después de perder a Charlotte, se inclinara por alguien cercano a su amiga. Sin embargo, eso no evitaba que le ardiera la sangre al imaginarlo. Conocía de buena mano al tipo desde que eran unos críos, y siempre había sido un hijo de puta despiadado y cruel. Lo más probable era que estuviera jugando con ella, y ahora él tenía que recoger los pedazos. Estaba dispuesto a hacerlo, eso y mucho más.

—Y él te ha dejado ahí sola, ¿verdad? Muerta de frío y en medio de la nada.

—Mia se echó a llorar desconsoladamente y Noah supuso que eso era un sí. Muy propio de Alexander—. Cabronazo, después de que te pusieras en riesgo por él. ¿Sabes que te captaron las cámaras, no?

Mia levantó el rostro y lo miró un poco asustada.

—No...

—Provoqué un incendio, Mia, para que no aparecieras en las grabaciones como culpable. Me la tuve que jugar a lo grande. Estas locuras tienen que terminar. ¿Sabes qué hubiera pasado? Ese puto evento era una apuesta de mucho dinero entre los Bondaryenko y los Costello. Joder un negocio trae consecuencias en el mundo que vivimos, y sabes que no están las cosas como para eso. La posición de tu padre es precaria.

Mientras hablaba, Noah trataba de usar el tono más cordial posible. No obstante, él mismo se estaba dando cuenta de que sonaba como si estuviera dando un sermón a una niña pequeña. Desestimó añadir eso a la lista de sus propios reproches porque ella se estaba comportando como tal. ¿Es que no iba

a madurar nunca? ¡Joder! Luca ya le había informado que en breve habría una reunión con el sindicato y que las cosas no estaban como para tirar cohetes. Después de los últimos acontecimientos, las familias se habían puesto nerviosas y la amenaza de conflicto cada vez era más real.

—Lo siento —repitió, y tuvo que reprimir las ganas de abrazarla concentrándose en la carretera. ¿Cómo se podía querer a alguien tanto? Si hasta casi le dolía. Maldita sea, haría lo que fuera por ella.

—No lo digas más, Mia. Solo demuéstalo.

El resto del camino lo hicieron en silencio. Aunque Noah no llevaba su suéter, la calefacción estaba tan alta que la temperatura dentro del coche empezó a ser asfixiante. Casi agradeció respirar el aire frío cuando aparcó en el subterráneo del edificio en el que estaba su apartamento.

—¿Te parece bien que nos quedemos aquí? Prefiero hablar contigo sin tener que conducir.

La joven asintió y abrió la puerta del coche. Tenía la cabeza baja y de perfil seguía recordándole a cuando era una adolescente. Quizás no había cambiado mucho desde entonces.

En el ascensor, Mia le rodeó con sus brazos la cintura. Era como si constantemente buscara el contacto con él, y aquello lo puso en alerta. Sabía, muy a su pesar, que aquel no era el momento para conquistarla. No quería ser el objeto desechable de su despecho. ¿Podría contenerse? Cerró los ojos con amargura deseando que así fuera.

Una vez dentro del apartamento, ella misma entró en su habitación y cogió algo de ropa suya. Se dio la vuelta al ver que no había cerrado bien la puerta y se estaba cambiando, no sin antes volver a contemplar aquellos tatuajes. Lo tenían demasiado intrigado.

Durante todo ese rato, Noah se había propuesto preparar una bebida caliente, pero cuando se puso a hacer té, intuyó que Mia se lo iba a rechazar.

Al final, simplemente dejó la botella de Bourbon que guardaba en el bar sobre la mesita delante del sofá y se acomodó en un extremo a esperarla. Cuando ella apareció, lo hizo con una sudadera suya de la época universitaria. Le llegaba casi hasta las rodillas. También se había puesto unos calcetines deportivos suyos cuya costura se había amontonado en sus tobillos. Parpadeó nervioso consciente de que le resultaba de lo más atractiva. Verla así, con ropa suya, en su piso, había sido una fantasía demasiado recurrente como para quedarse indiferente. Ella no se percató de su agitación interior, se sentó a su lado y volvió a hacerse un ovillo.

—Los tatuajes —dijo Noah de pronto. La voz le tembló ligeramente—. ¿Qué significan?

—¿A qué te refieres? —preguntó ella y se abrazó a un cojín.

—Qué porque te has puesto tatuajes esta noche. ¿Algún juego con él?

Realmente no quería preguntar eso; en realidad, no quería oír la respuesta. No pensaba con claridad y el corazón le martilleaba en el pecho.

—Noah —susurró—. Hay muchas cosas que no sabes de mí. —En eso estaba totalmente de acuerdo—. Son de verdad.

—De verdad —repitió como un autómatas.

Ella se arremangó y le mostró el que tenía en el anverso del brazo.

—Este fue el último. Son los ojos de Charlotte.

Huesos no supo qué decir ni qué pensar. Aquella información no congeniaba con lo que sabía de Mia Gabrielli. ¿O sí?

—Empecé a hacérmelos cuando murió mamá. Todos son recuerdos. Es mi forma de no olvidar.

Se apartó su sudadera un poco y le mostró otro que llevaba en el omóplato. Era un reloj rodeado de dos palomas y dos rosas. Se fijó en las manijas y el recuerdo le cayó encima como un jarro de agua fría. Marcaba la hora en la que había muerto Lily, su madre.

Cuando Noah era pequeño, su padre había entrado en la cárcel y su madre se había divorciado de él por ese mismo motivo. En vez de irse con ella a Europa, se había quedado con los Gabrielli, y don Luca se había hecho cargo tanto de su custodia como de su educación, así como de todos los cuidados necesarios para que nunca le faltara de nada. Lily, además, le había ofrecido el cariño de una madre ausente a la que solo veía algunos veranos, cuando la visitaba en Irlanda. Su muerte repentina había sido una desgracia que a él también le había afectado mucho.

Alargó la mano y le acarició el tatuaje. Abrumado, no pensó mucho en el gesto y se permitió deleitarse con la suavidad de su piel. Ella no se opuso.

—¿Por qué los escondes? —preguntó finalmente.

—¿Crees que a mi padre le gustarían?

Posiblemente la respuesta fuera un no, pero era un recuerdo de Lily. Tenía derecho a él. Además, don Luca también llevaba uno en honor a su mote.

—¿Y cómo lo has hecho? Quiero decir, son grandes, son vistosos. Te he visto mil veces... —se interrumpió para no decir ninguna gilipollez subida de tono.

—Maquillaje.

El agua de los aspersores. Por eso ahora los llevaba al descubierto. La ocurrencia trajo consigo otra nueva, y era que todo ese tiempo había estado fingiendo ser alguien que no era. «¿Hasta qué punto?», se preguntó.

—Noah... —susurró ella—. Hay algo que quiero preguntarte.

Mia se acercó peligrosamente a él y Noah se puso tenso.

—Adelante —dijo y, aunque le costó horrores, finalmente desvió la mirada.

—Charlotte robó dos millones de dólares. ¿Verdad? Eso es lo que dicen.

—¿Quién lo dice?

Mia había vuelto al tema de siempre. Todo giraba en torno a ello. Se calmó pensando que también quizás por eso salía con Alexander. Que no estaba

enamorada de él, que simplemente se había creado una ilusión a su alrededor por lo afectada que estaba tras la pérdida.

—Eso no importa. Lo que quiero saber es si ese dinero tiene relación con la emboscada que sufriste, en la que casi te matan. ¿Estabas realizando un pago que salió mal?

—Mia...

Noah no quería hablar de aquello, no quería meter más leña al fuego.

—Dímelo, por favor. Necesito saberlo.

El joven suspiró pesadamente.

—Sí. Era un intercambio y alguien nos emboscó. Un traidor. Alguien que sabía los detalles. ¿De acuerdo? Ese mismo que probablemente ordenó la muerte de tu amiga y que ha estado generando el caos hasta poner a tu padre en una situación límite. Ya no puedo decirte más.

La joven se apartó un poco y miró al frente, donde estaba el televisor de plasma apagado.

—¿Qué es eso que valía tanto dinero, Noah?

—He dicho que no puedo decírtelo. Habla con tu padre. Pregúntaselo a él. No me hagas esto, por favor.

La voz de Noah sonó como un ruego. Quizás por ello Mia se limitó a asentir y no volvió a preguntar más.

—Él no la mató —dijo ella de pronto.

—¿Qué?

—Que mi padre no mató a Charlotte.

—¡Claro que no! —exclamó Noah. Don Luca jamás le haría eso a su propia hija, por no hablar que cargar contra una familia aliada por esa cantidad de dinero era una estupidez impropia de él.

—Todo este tiempo he creído... —se lamentó y se puso en pie a dar vueltas por la habitación mientras se tiraba del pelo—. Mierda, Noah. Mierda. He

sido una imbécil.

—Mia, mírame —exigió al incorporarse. La cogió por los hombros y la enderezó. Ella volvió a clavarle su mirada esmeralda. Noah se sintió demasiado impotente ante aquella atracción que ejercía sobre él. Incluyó levemente la cabeza y entonces la besó. Todo el fuego que había contenido en su interior estalló. Fue la experiencia más maravillosa y atemorizante que había vivido nunca. Pudo oír el atronador latido de su corazón golpear en su pecho cuando ella, para su sorpresa, le respondió. Fueron unos instantes en los que dejó fluir aquella adoración que lo hacía amarla más allá de lo humanamente posible.

—Noah —musitó al apartarse de forma abrupta—. No puedo. No es el momento.

Ya había amanecido y Blake seguía buscando a Mia. No había dejado de llamarla una y otra vez sin obtener respuesta. En consecuencia, había recorrido el vecindario con la convicción de que no podría haber llegado muy lejos si iba a pie. Su desesperación iba en aumento al no encontrarla. También había ido al gimnasio y lo había encontrado todo cerrado y en calma. Después había pasado por su universidad, y había gastado prácticamente una hora al recorrer el campus de arriba abajo. Incluso había visitado el piso de Charlotte, a pesar del riesgo que suponía. Seguía tal y como lo habían dejado. Si alguien se había metido mientras no estaban, lo había hecho sin dejar rastro. Empezaba a temer que le hubiera pasado algo. ¿Cómo podía haber permitido que se fuera así? Mientras más lo pensaba, peor se sentía. La aparición de Jessica había sido una sorpresa para él, y no las había tenido todas consigo al tomar esa decisión, pero eso no lo excusaba. Podría haberle pedido que esperara en el coche, con la maldita calefacción puesta, en vez de simplemente echarla. Ni siquiera se había opuesto. Debía de estar odiándolo en ese momento.

—Soy yo —dijo, cuando el buzón de voz saltó por enésima vez. Resopló y se refregó la cara con la mano. La fatiga estaba empezando a ganarle—. No debí decirte que te fueras. Lo siento. No estaba pensando con claridad... —«La excusa de tu vida», reflexionó. «¿Es que en algún momento lo has hecho?»—. Necesito saber si estás bien.

Colgó. Solo le quedaba un sitio por revisar: la casa de los Gabrielli. Desde luego que entrar ahí era como firmar su propia sentencia de muerte, si es que siquiera llegaba a cruzar la puerta. A menos que pudiera hablar con alguien de dentro. Recordó entonces que tenía el número de la doctora Bernard.

El teléfono emitió varios tonos y el luchador empezó a pensar que llamar a la novia del mafioso que había estado a punto de matarlo no era la mejor idea del mundo. Sin embargo, siguió llamando después de que se fuera al buzón de voz. A la tercera, le respondieron.

—Bernard —se escuchó una voz carrasposa al otro lado. La había despertado.

—Doctora —se apresuró a decir—, ¿está Mia con usted?

—Un momento —respondió y le siguió un silencio prolongado en el que pudo escuchar movimiento de sábanas y unos pasos. ¡Joder! Debía de estar durmiendo al lado del puto Luca Gabrielli. Quizás sí se había vuelto loco, pero de remate—. Tranquilízate. No está aquí, pero está bien.

—¿Dónde está? ¿Cómo puedo encontrarla?

—Creo... —hizo una pausa—. Mira, mejor vete a dormir, descansa y mañana ya hablarás con ella.

—Por favor, Karen. Necesito verla —insistió.

—Ahora no puedes. Está con un amigo. Haz lo que te he dicho y no hagas una estupidez. ¿De acuerdo?

Un amigo. Blake se hacía una idea de quién podía ser ese. El puto McKay había aguardado al momento oportuno para tratar de salir de su maldita zona

amigo. Ya estaba, la había perdido, o más bien, la había echado. ¡Joder! Golpeó el tablero de mandos con el puño y la guantera se abrió, dejando caer todas las cosas que había dentro. Una de ellas fue uno de los botes de maquillaje de Mia. Lo había guardado ahí en una de las ocasiones en las que la había recogido de la universidad.

—¿Estás bien? —escuchó que le decía la mujer.

—Cuando la vea, dígame que me llame, por favor.

Blake colgó y volvió a quedarse solo con sus pensamientos. ¿Realmente se habría ido con Noah? Claro que sí, era su maldito guardaespaldas. Uno que estaba enamorado de ella, como si fuera una puta telenovela. Y Blake era el gilipollas que la había hecho sufrir para lanzarla a sus brazos, joder, mierda. Él ni siquiera pertenecía al reparto principal, solo era un invitado en esa historia.

Inspiró profundamente. Se estaba regodeando en su propia miseria y eso no iba a ayudarle en nada. Al menos había tenido una buena noticia: media hora antes, Laurie lo había llamado para decirle que ya estaban en camino y que todo estaba bien. Blake no le había preguntado a dónde. Era mejor que por el momento no lo supiera.

Llegó a su piso pasadas las siete de la mañana, y estuvo dispuesto a caer sobre la cama tal y como estaba, cuando su teléfono sonó. Se abalanzó sobre él pensando que podía ser Mia, pero la pantalla se iluminó con el nombre de Ozzie.

—¿Qué quieres? —le bramó.

—Que traigas tu maldito trasero aquí. Willy está en el hospital. —La voz de su amigo estaba desprovista de su burla habitual. —A Blake le tomó unos segundos comprender lo que le dijo—. ¿Me has escuchado?

—Sí —respondió pasmado—. ¿Qué ha pasado?

Desde el otro lado se escuchó un gruñido.

—Hubo un incendio en el gimnasio. Se ha quemado todo.

—¿Qué? ¿Todo?

—Ya sé lo que estás pensando. —Hubo una pausa mientras se escuchaba a alguien hablando por megafonía—. Saqué el dinero de la caja fuerte cuando apagaron el fuego. Estaba intacto. Willy sacó las pipas y la nieve. Por eso se quemó.

—¿Está muy grave? —preguntó Blake. Se estaba poniendo la chaqueta de nuevo, aunque sus propias manos no parecían querer obedecerle.

—Está bastante jodido. No sé, los paramédicos se lo llevaron volando y, en cuanto pude, vine hasta aquí. Aún no me han dejado verlo.

—¿Dónde?

—En el St. Patrick, ¿dónde va a ser?

—Voy para allí.

Minutos después de haber aparcado su Camaro, volvía a subirse en él de forma apresurada. Raspó la esquina de otro coche al salir. Dos manzanas después casi se llevó por delante un ciclista. Trató de calmarse, de respirar, de pensar con claridad. No pudo. Su mundo entero se estaba desmoronando por momentos.

Por la mañana, Noah llevó a Mia a su casa. Él no volvió a preguntarle por el causante de su malestar la noche anterior, y ella no comentó nada del beso que se habían dado. Había sido un momento de vulnerabilidad, de estupidez, de necesidad del cariño que Blake le había negado. Casi al instante había sabido que estaba mal. No podía hacerle eso a Noah, no otra vez.

Por si no fuera poca la culpa que sentía, ver a su padre no hizo más que aumentarla. Lo había odiado tanto y de forma tan injusta que ni siquiera sabía cómo actuar ante él. Por supuesto, no le había perdonado toda la autoridad y el dominio que siempre había ejercido sobre ella, pero aquellas parecían estupideces insignificantes comparadas con lo que lo había creído capaz de

hacer.

Fue Karen, asidua ya en su casa a todas horas, la que rompió el tenso momento del reencuentro al darle un caluroso abrazo de bienvenida.

—Tienes fiebre —comentó al momento y le puso la mano en la frente.

—Creo que ayer cogí frío —se justificó la joven. Lo cierto era que le dolía todo el cuerpo y sentía la cabeza un poco abotargada.

—Te daré unos analgésicos.

Mia alzó la mirada para observar la expresión de su padre. Tenía una mueca de disgusto grabada en el rostro.

—Deberías descansar —se limitó a decir.

Mia asintió. Una parte de ella quería pedirle disculpas, quizás incluso reclamar un poco de afecto. Andaba bastante necesitada de él al parecer. No obstante, algo había que la impedía actuar como antaño. Habían pasado demasiadas cosas, y aún tenía que asimilarlas. Fuera como fuera, él seguía siendo un miembro de la mafia que permitía o incluso fomentaba la desdicha de personas como Blake.

En la cama, empezó a sufrir los estragos de la fiebre. Se sentía débil y sin fuerzas. Cerró los ojos y apretó la mandíbula al recordar la noche anterior. Revivió los golpes que había recibido Blake como si se los dieran a ella misma, también el frío que le había calado hasta los huesos y ahora la obligaba a estar en la cama tiritando, el desprecio de su hermana, y sus palabras invitándola a irse. Empezó a llorar y se sintió estúpida. ¿De qué se sorprendía? Lo había sabido desde un primer momento, nadie querría nunca a alguien como ella a su lado, y mucho menos alguien como él. Blake podía tener a cualquiera, eso ya había quedado demostrado, ¿para qué complicarse con Mia Gabrielli? No podía culparlo por no ser un imbécil.

Dos horas después, abrió los ojos. Las pastillas habían hecho su efecto y, aunque no estaba del todo recuperada, se sentía un poco mejor. Se destapó

acalorada para dirigirse a la ducha. El agua caliente le sentaría bien. Cuando salió de su propio cuarto de baño, Karen llamó a la puerta.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó al entrar.

—Creo que mejor.

—Deberías seguir en la cama. Así seguro que mañana estás como nueva.

—Sí —aceptó Mia. Lo único que le apetecía era refugiarse del mundo y dejar de existir por un tiempo. Y si ello incluía no pensar, mejor que mejor.

—Noah me ha dado esto. Te lo dejaste en su coche —dijo y le tendió su teléfono, el que Blake le había regalado. Estaba apagado. Tan congestionados tenía los sentidos que se había olvidado completamente del dispositivo. Una parte de ella, una muy idiota, por lo visto, aguardó la esperanza de tener alguna noticia del luchador. Entonces supo que lo mejor que podía hacer era dejarlo como estaba y no encenderlo. No quería sufrir.

—Gracias.

—Oye, Mia, ¿estás bien? —La joven sabía a qué se refería, pero no quería hablar de ello. La cara que puso habló por sí sola—. Solo quiero decirte que me llamó. Creo que eran las seis de la mañana y parecía algo ansioso. Quizás deberías ponerte en contacto. No sé qué es lo que ha pasado entre los dos, pero sospecho que nada bueno. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—No, Karen. Gracias por todo. De verdad. Ahora solo necesito...

—Sí, lo sé. No te preocupes. Ve a descansar. No voy a dejar que nadie te moleste si no quieres, ¿de acuerdo? Pero si en cualquier momento quieres que hablemos, solo llámame.

—Te lo agradezco —respondió Mia con total sinceridad.

La mujer se levantó y le dio un beso en la frente. Luego cerró la puerta tras de sí y dejó a Mia de nuevo a solas con sus pensamientos.

Tal vez fueron diez minutos, o media hora, pero Mia se pasó todo ese tiempo contemplando el aparato y tratando de resolver si debía encenderlo o

no. ¿La había estado llamando? ¿Y si le había pasado algo? No quería hablar con él. Estaba muy dolida, y sin embargo, necesitaba hacerlo. Al final pudo con ella su parte más imbécil y casi al momento de encenderlo, el teléfono empezó a vibrar. Tenía llamadas de su padre, de Noah, de Vinnie, de Karen, incluso de Alexander. Luego le siguieron las de Blake. Miró las horas. Todas habían sido realizadas después de que la hubiera echado de la casa de su hermana, y se asustó.

Las pocas fuerzas que tenía, sumadas a la ansiedad que se le había generado a raíz de esos últimos pensamientos, hicieron que el teléfono se le resbalara de las manos y se le cayera al suelo. Fue a recogerlo cuando el nombre de Ozzie apareció en la pantalla.

A los quince minutos y sin haber escuchado los mensajes de voz que Blake le había dejado en el buzón, Mia salía de casa fingiendo que estaba como una rosa y acompañada de Vinnie, camino de la universidad. Había argumentado que su amiga Veronica necesitaba unos apuntes y no podía fallarle después de la ayuda que le había brindado para estudiar. Con esa mentira, de nuevo tendría que coger un taxi desde el campus para ir a un hospital en la otra punta de la ciudad, el St. Patrick. Efectivamente había pasado algo terrible.

Karen, que no era estúpida, ni siquiera le pidió una explicación para apoyarla. Tenía que admitir que ella hacía que su vida fuera un poquito más fácil dentro de toda la miseria en la que estaba hundida.

El camino se le hizo eterno y tuvo que resistir las ganas de llamar a Blake. Tampoco quiso escuchar sus mensajes para no echarse a llorar. Ozzie le había confirmado que él estaba allí y era consciente de que iba a reencontrarse con él. No se había ido, quizás por lo acontecido. No obstante, eso no quería decir que no tuviera planeado hacerlo. Verlo iba a ser horrible, de eso estaba segura. Si ni siquiera podía aguantarse de pie, ¿cómo demonios iba a actuar cuando lo tuviera delante? Tenía que armarse de frialdad y echar mano a sus

dotes para fingir. Después de todo, aún le quedaba una pizca de orgullo.

Bajó del taxi como si lo hiciera a cámara lenta. Volvía a encontrarse fatal. Por lo menos, si se desplomaba, lo haría en un hospital.

Caminó hasta la recepción pesadamente, y cuando le indicaron la planta que tenía que ir, fue directa al ascensor con el mismo paso de tortuga. La parte buena de todo aquello era que la fiebre la tenía medio atontada, y llegó a pensar que todo, absolutamente todo, le daba igual.

Qué equivocada estaba. Al entrar en la habitación de Willy, sus ojos se encontraron con los de Blake y todas las emociones que la fiebre había dormido se le pusieron a flor de piel. La angustia se instaló en su maltrecha garganta y el saludo que le salió fue ronco y afónico.

Ozzie fue el primero en acercarse, pero al ver cómo estaba dio un paso hacia atrás.

—Menudo gripazo llevas encima, Butterfly —constató, por si no había quedado claro.

—¿Cómo está? —preguntó ella con la misma voz rota. No se atrevió ni a quitarse el abrigo.

—Hace un rato despertó, ahora se ha vuelto a dormir.

—Me refiero a sus....

Mia consiguió apartar la vista de Blake, que parecía derrotado, para observar a Willy. Unas vendas le cubrían la mitad del rostro y llevaba una máscara de oxígeno. El brazo derecho también lo tenía vendado. Por lo demás, ofrecía buen aspecto.

—Quince por ciento de quemaduras de segundo grado. Dolorosas, pero sobrevivirá. Le darán aspecto de malote. Eso le gustará —bromeó Ozzie y esbozó una sonrisa agrisada—. Ha rescatado el botín. Puedes agradecersele luego.

—¿Es por eso que se quemó? —preguntó la joven. El maldito dinero no

hacía más que traerles desgracias.

Ozzie asintió.

Entonces, para su sorpresa, Blake se levantó del sillón, dio dos pasos y se le puso delante. Mia tuvo la sensación de que alguien le estrujaba el corazón.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó.

Blake estaba abrumado por todos los pensamientos y las emociones que martilleaban en su cabeza. O al menos creía que lo estaba hasta que entró Mia. El verla le provocó a la vez una sensación de alivio enorme y una cólera brutal, al imaginarse en dónde y con quién había estado. De puro milagro, o quizás por todo el cansancio que llevaba encima, se abstuvo de montar una escena digna de un paciente de manicomio y permaneció callado mientras Ozzie le explicaba el panorama. Finalmente, no pudo consigo y la abordó.

Salieron de la habitación para no perturbar a Willy, y se alejaron un poco hasta el final del pasillo que daba a una ventana.

—¿Dónde has estado? —preguntó el luchador.

Mia frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Qué dónde has pasado la noche, joder?

—¿En serio me estás preguntando esto? ¿Me echaste de casa de tu hermana, el gimnasio se ha quemado y Willy está ingresado, y tú quieres saber dónde pasé la noche?

—Eso mismo.

Mia resopló de forma exagerada.

—¿Y a ti que más te da? —respondió furiosa—. Si tú estabas con Jessica. La misma a la que culpabas de estar metido en un lío con mi padre, por la que lloriqueabas ya que te había traicionado y por la que me echaste en mitad de la noche sin dinero y con la ropa mojada. Eres un gilipollas.

Blake sintió que la sangre le ardía.

—Tú no eres mejor. Mientras yo trataba de salvar a mi familia, lo estabas pasando en grande con Noah.

—¡No me lo puedo creer! ¿Pero tú has visto cómo estoy? —Alzó la voz—. ¿Sabes qué? Dile a Willy que pasaré a verle en otro momento, uno en el que tú no estés. Adiós, Blake.

—Sí, adelante. Huye. Regresa a tu vida de Barbie Malibú, que nada de esto es problema tuyo. —La desesperación pudo con él, o quizás era la rabia.

Mia se giró y le dedicó una mirada cargada de ira.

—No tienes vergüenza. Después de todo lo que he hecho por ti. Yo he cumplido, Blake. Quizás deberías dejar de mirarte el ombligo y pensar un poco antes de hablar. ¿Qué hay de lo que prometes tú? Se lo lleva el puto viento, eso es lo que pasa.

—Oh, ¡lo siento! Me olvidé de estar pendiente de ti por cinco minutos mientras trataba de salvar a mi puta familia. Me cago en todo, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Ya nada. Lo has dejado todo muy claro. Pero no te preocupes, que no me desentiendo de mis promesas a diferencia de otros. Cuando reúna el dinero, te lo haré llegar. ¡Espero que te aproveche!

Fue al ver cómo se alejaba que su cabeza sufrió un cortocircuito. ¿Por qué había dicho aquellas cosas que ni siquiera pensaba? No. Tenía que ser mejor persona. Se lo debía.

—Butterfly, espera —gritó y fue corriendo tras ella. No le costó alcanzarla porque la chica andaba despacio. La estrechó entre sus brazos sin que ella opusiera resistencia. Simplemente se dejó hacer, como si fuera una muñeca—. Olvida todo lo que he dicho, por favor. Es solo que te busqué toda la noche y estoy cansado, y tienes razón, no pienso antes de hablar —confesó—. En realidad, también te busqué toda la mañana. Temía que te hubiera pasado algo.

Mia levantó la mirada, tenía los ojos humedecidos por las lágrimas. Se

sintió un ser despreciable.

—¿Por qué lo hiciste, Blake? ¿Por qué me echaste? ¿Es que aún sientes algo por ella?

—¿Qué? No, yo...

—¿Y por qué cojones lo hiciste? —Mia se apartó—. No me mientas. Claro que sí que sientes algo por ella. Fue aparecer Jessica y el Blake que yo conozco desapareció.

El hombre tatuado apartó la mirada y cerró los ojos. Aquella conversación estaba tocando temas de los que no quería hablar y, sin embargo, sabía que si no lo hacía, la perdería para siempre. O tal vez ya lo había hecho, pero como mínimo, le debía la verdad.

—El Blake que conoces solo existe gracias a ti —dijo aun sin mirarla—. Antes de eso solo era un gilipollas más. Y tal vez lo sigo siendo. No quería que vieras eso.

Mia suspiró, se dio la vuelta de nuevo y se alejó. Blake sintió que algo se rompía dentro de él. Desde luego que se lo merecía. Entonces, cuando ya creía haberla perdido, ella se dejó caer sobre una de las sillas adosadas a la pared del pasillo.

—No me aguanto de pie —susurró. Se quitó el gorro de lana que llevaba puesto y del bolsillo de su chaqueta sacó algo que se llevó a la boca. Debían de ser unas pastillas.

El luchador la miró titubeante.

—¿Quieres que te traiga algo? —preguntó—. ¿Agua? ¿Café...?

—Sí. Tu culo, y que lo pongas aquí —dijo al señalar el asiento de al lado. Blake obedeció sin dudarlo—. Sí que eres un gilipollas. Pero eres bueno. No dejes que nadie te diga lo contrario.

Blake soltó una pequeña carcajada. Por alguna razón, insistía en decirle cosas como aquellas y, aunque no se lo creía del todo, hacían que se sintiera

bien al escucharlo. Toda ella lo hacía sentir bien. Incluso ahora que todo parecía estar yéndose a la mierda, el hecho de que Mia siguiera a su lado era como un pequeño rayo de esperanza. Una señal de que no todo estaba perdido.

—La buena eres tú —respondió y no pudo seguir mirándola por vergüenza. Acabó estudiándose las manos—. Y yo no te he tratado como te merecías. Lo siento. Espero que Noah lo haga mejor.

—Tendré que preguntárselo, a ver qué dice —le respondió ella con tono de burla—. Noah y yo solo somos amigos. Ya sabes, el que está ahí cuando el capullo de tu novio te echa de casa.

—Cabrón oportunista —bufó Blake—. Que se busque su propia novia.

De pronto sintió la mano de Mia en la nuca y aquello le produjo un escalofrío. Le acarició unos mechones de pelo y él cerró los ojos deleitándose con el contacto. Luego giró el rostro y frotó su mejilla contra la mano de ella. Tomó su muñeca con una mano y presionó sus labios contra ella. Pudo percibir su pulso acelerado bajo la piel y estuvo a punto de acercarse y besarla, cuando Mia estornudó.

—Puto resfriado —se quejó ella. La miró y comprobó que tenía la nariz y los ojos enrojecidos. La verdad era que se le veía muy cansada, y aun así, había venido hasta allí. Se le hizo un nudo en la garganta al pensarlo.

—¿Habéis dejado de discutir ya como un maldito matrimonio? —Ozzie estaba frente a ellos—. Porque Willy, y probablemente la planta entera, se ha despertado.

Los dos se dirigieron a la habitación. Allí estaba Willy con la mascarilla colgando y la cara un tanto contraída. Estaba serio.

—Hay algo que debéis saber —dijo. Habló de forma lenta y pausada, seguramente porque el hacerlo con una parte del rostro quemada debía suponerle un dolor atroz—. El incendio fue provocado. Vi a ese ucraniano, Andrei, con su deportivo de color naranja. Iba acompañado de unos cuantos.

Gritaban cosas. Dijeron varios nombres. Creo que uno fue Mia Gabrielli, y el tuyo, Blake. ¿Quién es ella?

Blake asimiló la información como si le dieran una bofetada. Aquello solo podía significar que habían descubierto su relación. ¿Cuánto tiempo tardaría en llegar a Luca Gabrielli? Prefirió no pensarlo por el momento.

Ozzie le dedicó una mirada a Mia de lo más sospechosa. Acababa de descubrir su verdadera identidad.

—Me cago en la puta —gruñó y la señaló—. ¡Eres tú!

—Ozzie —dijo rápidamente Blake—, tranquilízate.

—¿Qué me tranquilice? ¡Es la hija del Pirata!

Mia se llevó las manos al rostro. Blake los observó alarmado. Lo que les faltaba, que uno de los pocos amigos que le quedaban se les pusiera en contra.

—Ozzie, mírame —exigió la rubia—. Soy Butterfly, ¿de acuerdo? Nada ha cambiado. —Entonces se dirigió a Blake—. ¿Le diste todo el dinero a tu hermana?

—No, le di la mitad.

—De acuerdo. Venderemos lo que queda de coca y te daremos lo que necesites para reconstruir el gimnasio. Seguiremos con el plan y... —Esta vez le lanzó una mirada a Willy—. Les daremos su merecido.

El muchacho asintió débilmente. Hizo un intento de sonrisa, pero al parecer le dolía demasiado. Blake miró a Ozzie. Este se llevó una mano a la cabeza e inspiró de forma sonora.

—¿Todo lo que necesite? —dijo al cabo de unos segundos.

—Sí. Incluso un traje para que hagas negocios. Estoy segura de que te sentará muy bien —le aseguró Mia.

Ozzie levantó una ceja y enderezó los hombros. Seguro que ya se lo estaba imaginando. Si había algo que podía mejorarle el humor a su amigo, era la idea de ganar dinero con estilo.

—De acuerdo —respondió—. Vamos a hacer negocios, pequeña Pirata.

Capítulo 36. El golpe de la venganza

Mia tan solo dispuso de un día para recuperarse de su catarro y para elaborar un plan con el cual mantener la boca de Andrei Bondaryenko cerrada. Por supuesto, también incluía darle una lección que jamás olvidaría.

En medio de la noche, y ataviada con la ropa que Blake le había regalado, salvada del incendio gracias a que se la había llevado a su casa para lavar, volvió a saltar por su ventana. La hazaña le resultó más fácil que la primera vez. Llegados a ese punto, había hecho cosas mucho más arriesgadas que aquella.

Bajó corriendo por el terraplén y pasó por el hueco que había dejado en la segunda valla, que había permanecido inalterado por la falta de lluvias. Luego corrió calle abajo como si fuera una deportista muy madrugadora y solicitó un taxi que la llevó hasta el apartamento de Blake.

No le había avisado de que llegaría. La decisión había sido demasiado espontánea. Cuando estuvo ante su puerta, vaciló en si debía llamar o simplemente usar sus manos para entrar y darle una sorpresa. Optó por lo segundo porque la ansiedad no le permitía esperar. Quería verlo, necesitaba verlo, y sobre todo explicarle que ya había encontrado una solución.

Se coló en su piso aunque fuera una idea horrible. En realidad, no lo pensó mucho. Todas las luces estaban apagadas y unos ligeros ronquidos provenían de su dormitorio. El ambiente era cálido, aunque no se escuchaba el sonido de la calefacción. Caminó despacio, sin hacer mucho ruido, y cuando abrió la puerta, lo vio dormido plácidamente, con el cuerpo boca arriba. Sonrió para sus adentros por lo que estaba a punto de hacer.

Se quitó despacio las zapatillas, las mallas, la sudadera y la ropa interior. La carrera le había servido para entrar en calor en una noche tan fría como

aquella.

Abrió las sábanas y se metió en la cama, a su lado. Apoyó la cabeza sobre la palma de su propia mano para contemplarlo. Sus ronquidos se entrecortaron cuando, despacio, pasó la yema de sus dedos por su pecho desnudo. Le besó el tatuaje del cuello y él soltó un jadeo. Seguía dormido. Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de ella.

Entonces besó repetidas veces su clavícula y con la lengua hizo círculos sobre su piel. Él se removió un poco. Siguió bajando por su esternón hasta llegar a sus abdominales. Ahí se deleitó besando las formas prominentes de sus músculos hasta bajar hasta sus caderas. Se encontró con la goma elástica de unos pantalones de pijama y puso los dedos sobre ella a la vez que le ofrecía un mordisco juguetón en el lado opuesto de su herida, ya bastante cicatrizada.

—Joder —susurró el luchador al abrir los ojos. Lo primero que vio en la oscuridad de su habitación fue una cabellera rubia y una mirada penetrante e hipnótica, acompañada de unos labios provocadores—. Mia...

Ella esbozó una sonrisa traviesa. Tal vez se trataba de un sueño; para variar, uno bueno.

—Te echaba de menos —le susurró y notó cómo tiraba de su pantalón. Aunque seguía bastante dormido, no tuvo problemas en levantar las caderas para ayudarla.

—Yo... —No pudo completar la frase, ya que en ese momento la boca de Mia descendió a su miembro semierecto y su mente colapsó. Fue vagamente consciente de haber emitido un gruñido gutural al mismo tiempo que echaba la cabeza hacia atrás. Sintió su lengua jugar con la punta y soltó otra maldición. Definitivamente, no era un sueño; él no tenía tanta imaginación. ¡Estaba ahí! El pulso se le aceleró aún más de solo pensarlo.

Llevó una de sus manos hacia abajo y la enredó en los mechones rubios. Sus

labios cubrían el grosor de su erección y recorrían su longitud. Podía notar la succión que le estaba abrasando las entrañas y no pudo evitar ejercer un poco de presión con su mano. En respuesta, los movimientos de Mia se aceleraron y un gemido se escapó de sus labios, seguido de otro, y de otro más. Apretó los puños.

Quería dejarse ir, y estaba a punto de hacerlo cuando ella le acarició con una mano los testículos. Sin embargo, estiró la mano hacia el cajón de la mesita de noche y tanteó a ciegas el fondo buscando un preservativo.

—Mia, para —pidió y tiró ligeramente de su cabello. Ella se detuvo y pudo ver el desconcierto en su expresión, así que se apresuró a decir—: Ven aquí.

Se sentó sobre la cama y la atrajo hacia él. La puso sobre su regazo y rodeó su cintura con un brazo, al mismo tiempo que abría el envoltorio del preservativo con los dientes. Mia, mientras tanto, incapaz de estarse quieta, siguió lamiendo su piel. Primero el brazo, luego el hombro, después el cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja. Aquello le dificultó la tarea de colocarse la goma más de lo que le habría gustado.

—Te deseo tanto —le susurró ella al oído y notó que deslizaba su brazo por debajo del suyo y le arañaba la espalda.

Apenas tardó unos segundos en ajustarse sobre él y pudo percibir la humedad de sus muslos envolviéndolo. Ella echó la cabeza hacia atrás con un gemido y se dejó caer sobre toda la envergadura de su miembro. Una nueva oleada de placer recorrió su cuerpo. Sus manos se asieron a las caderas de la joven, que comenzaron a moverse en círculos, muy despacio, tanto que le resultaba casi tortuoso. Empezó a incrementar el ritmo hasta cabalgar sobre él con furiosas sacudidas que lo llevaron de nuevo al borde del precipicio. Los jadeos de ambos se entremezclaron, Blake no podía dejar de mirarla, con sus pupilas dilatadas y sus pechos rebotando con cada embestida. Aprisionó uno con las manos y lo estrujó mientras cubría el otro con su boca. La escuchó

gemir y levantó la mirada.

—Quiero que te corras conmigo —le susurró.

Casi al momento, Mia arqueó la espalda hacia atrás cuando le llegó el orgasmo y el nombre de Blake escapó repetidas veces de sus labios en forma de jadeo. Él la siguió y lo que salió de su garganta fue prácticamente un grito.

Mia tardó un rato en separarse de él y se estiró a su lado. Tenía la respiración agitada. El luchador se tumbó junto a ella. Se la quedó mirando fascinado, para asegurarse de que era real y que estaba ahí con él. Entonces le regaló un beso tierno, dulce, como si con él le entregara su alma.

—Eres jodidamente hermosa —le dijo sin pensar—. Si pudiera despertarme contigo todos los días, nunca saldría de la cama.

—Ojalá pudiéramos —susurró Mia, y esta vez fue ella quien lo besó.

Blake se dejó llevar y puso sus brazos alrededor de ella. La estrechó contra su pecho y sintió su corazón palpar. Le producía amargura saber que aquel momento no iba a durar, pero a la vez quería disfrutarlo al máximo.

No tardaron en quedarse dormidos.

Al despertar, volvieron a tener sexo. En la ducha, en la cama y en la encimera de la cocina. Mia se sentía insaciable. Blake despertaba en ella deseos que ni siquiera sabía que existían. Con semejantes distracciones, era natural que hubiera olvidado el motivo que la había empujado hasta allí a esas horas de la madrugada, aparte de esa necesidad constante de estar con él. Fue Valerie la que la trajo de nuevo al mundo de los vivos con un mensaje de texto:

Valerie: ¿Sigues en pie aquello que me dijiste ayer de ganar pasta? Porque la necesito.08:26

Butterfly: Sí. ¿Estarás hoy en la escuela de baile? Me paso a verte. 08:26

Valerie: De acuerdo. Se te echa de menos. Ya no vienes nunca. Aquí estaré. 08:26

Luego envió más mensajes a Veronica y a Carmín. El plan estaba en marcha y tenía que comunicárselo a Blake.

—Ya sé cómo vamos a hacerle pagar a Andrei lo que ha hecho —le dijo cuando él apareció tras su espalda y le apartó el pelo para besarle el cuello. Estaba tan cariñoso que maldijo tener que ponerse serio—. Necesitaremos ayuda. Te lo explicaré luego. Ahora voy a hablar con Carmín. Me ha pedido más nieve. Ya la han vendido toda.

—Te acompaño. Pero cuéntame, ¿qué tienes pensado? —preguntó mientras extendía los brazos sobre los de ella y entrelazaba sus dedos con los suyos. El calor que emanaba la estaba volviendo loca.

—Tengo que acabar de hilarlo —carraspeó nerviosa—. Ten paciencia y confía en mí.

Él permaneció callado, Mia imaginó que lo estaba sopesando.

—De acuerdo —dijo finalmente.

—¿Tienes más? Isabel lo ha vendido todo. Está muy contenta con el producto.

—Algo queda aparte de esto —reconoció Mia a la vez que le entregaba a Carmín un nuevo paquete de la cocaína robada—. Pero ya sabes que fue algo puntual. No me dedico a esto.

La joven estaba sentada sobre una de las neveras del *diner* mientras Carmín preparaba una hamburguesa con queso. Blake se había quedado en la barra disfrutando de un batido de un color verde nada apetecible, que al parecer ya había probado con anterioridad.

—Una pena, la verdad. ¿Trajiste mi peluca? Esa que llevas ahora también me gusta.

—Te prometí la verde. Esta es mi preferida. —Mia se había puesto la rosa, aquella con la que había conocido a Blake. Le pasó una bolsa de tela en donde estaba guardada la de color verde. Le había costado bastante encontrarla entre sus cosas, ahora todas metidas en cajas en el piso de su luchador—. Oye, Carmín. Hay algo que tengo que pedirte.

Durante unos quince minutos Mia le estuvo explicando a la *drag* lo que había planeado para evitar que Andrei Bondaryenko no se fuera de la lengua, ahora que sabía sobre su relación con Kingsnake. La idea era un poco salida de madre. Carmín, como siempre, hizo toda una puesta en escena para negociarlo, pero en cuanto Mia le nombró la recompensa, aceptó sin preámbulos. La joven acabó de ultimar los detalles con ella mientras se comía un helado de fresa que le había regalado.

El siguiente paso fue ir a la escuela de baile. Hacía tanto tiempo que no la pisaba que nada más hacerlo, se sintió nostálgica. Echaba mucho de menos bailar.

Blake y ella entraron por la puerta cogidos de la mano. Aún no se acababa de creer que hacía tan solo dos días lo había dado por perdido. Ahora su relación parecía más fuerte que nunca y las muestras de cariño eran constantes. La confianza que se había instalado entre ellos casi le había hecho olvidar sus miedos y sus inseguridades. Se comportaban como una pareja. Todo parecía demasiado perfecto para estar ocurriendo de verdad.

—Tú —gruñó Valerie al verlo. Mia recordó que él le había contado que se habían conocido cuando había ido a preguntar por Butterfly—. ¿Qué haces con este?

—Hola, Val —dijo Mia y soltó al luchador para darle un abrazo. Su amiga se lo respondió de forma efusiva—. Él es Blake. Aunque me temo que ya os conocéis.

—Sí. Tu amigo rebosa simpatía.

El luchador le ofreció una media sonrisa.

—Es posible que hayamos empezado con el pie equivocado —admitió.

—No seas dura con él. Lo pillaste en un mal día. —«Y en parte por mi culpa», pensó Mia.

Valerie arrugó la nariz.

—Está bien —aceptó—. Ahora cuéntame ese trabajito que tienes para mí.

Mia le hizo una seña a Blake para hablar con Valerie en privado. A él no pareció gustarle volver a quedarse al margen, pero no protestó. Estaba confiando en ella y no podía disimular su júbilo al constatarlo.

Rápidamente le explicó a Val en qué consistía y, aunque no le hizo mucha gracia, aceptó. La suma de dinero en este caso también fue determinante. Mia no iba a escatimar en recompensar a todos los implicados. Sabía que había riesgos y por ello debían ser bien remunerados.

Después volvieron al apartamento de Blake y no lo habrían abandonado si no hubiera sido porque la joven tenía que volver a su casa y fingir que no había salido de allí en medio de la noche. Sin embargo, acordaron verse unas horas más tarde en el campus. Lo que no le gustó fue que ella le pidiera que llevara a Ozzie consigo, y también que le solicitara a este que consiguiera un equipo de filmación.

Después de almorzar, también recibió un mensaje de Mia en el que le pedía que trajera dinero. Tenía que pagarle a una amiga suya y no llevaba nada consigo. Blake pasó a buscar a su compañero del tribal en la cabeza y se dirigieron al lugar acordado.

—Así que esto es la vida universitaria —dijo Ozzie sin dejar de mirarle el culo a una chica que acababa de pasar al lado del Camaro, sobre el que se encontraban apoyados—. Bueno, a lo mejor sí que debí haber estudiado, si esto era lo que me perdía.

—No te habrían admitido —afirmó Blake. Su mirada estaba fija en uno de

los accesos y esperaba a que Mia apareciera entre la muchedumbre de estudiantes que entraban y salían.

—¡Qué sabrás tú! Ni siquiera acabaste el instituto.

—Tú tampoco.

—Buen punto. Entonces —añadió, y se giró hacia Blake con una expresión de curiosidad—, estás saliendo con la hija del Pirata. —Blake puso los ojos en blanco. Intuía que no iba a poder abstenerse de hacer comentarios al respecto—. ¿Sabías quién era cuando te la tiraste? No, ¿verdad? —Ozzie soltó una carcajada al ver la cara de pocos amigos que ponía el luchador—. Ya me lo imaginaba. Solo a ti te pasan estas cosas, tío. Aunque reconozco que el riesgo tiene su morbo. Supongo que esa no será la única razón por la que sigues con ella. Porque estáis juntos, ¿no? No es solo sexo, vosotros dos sois una pareja. Hasta tenéis peleas de telenovela y todo. Es tu novia.

Antes, en el hospital, había afirmado que lo era, y aunque lo había hecho en parte movido por los celos, no dejaba de ser verdad. Claro que una cosa era admitirlo ante Mia y otra totalmente diferente hacerlo ante Ozzie. El gilipollas de su amigo no desaprovechaba oportunidad para irritarlo.

Blake refunfuñó por lo bajo.

—Es complicado.

—Ya me lo imagino. No creo que a ese hombre le guste que su princesita salga con un mierdas como tú. ¿Cómo se lo tomó? —Kingsnake le dedicó una mirada furiosa—. ¡Oh, joder! ¡No lo sabe! Lo tuyo es una jodida locura. Te va a cortar la polla en cuanto se entere.

«Dime algo que no sepa», pensó el luchador.

—Para ser justos, tú estás delinquiendo con ella. Puede que tu polla también esté en riesgo.

Ozzie se lo pensó. No parecía muy intimidado.

—Soy más inteligente que tú —aseguró con una sonrisa de chacal—. A mí

no me pillarán. De modo que no hace falta que te diga que mi oferta sigue en pie, ya sabes, si te cansas de ella...

—Para ser alguien inteligente, te falta instinto de supervivencia —amenazó Kingsnake.

—¡Hola! —saludó Mia de pronto. Iba acompañada de otra chica con pelo corto, oscuro, y flequillo de color azul—. Blake, ¿trajiste lo que te pedí?

El luchador asintió y le entregó el sobre con el dinero. La joven se lo tendió a su amiga.

—Gracias —dijo esta y lo guardó en su mochila.

—¿Y tú eres? Con esa cara tan bonita, seguro que tú nombre es precioso. —Ozzie abordó a la chica.

—Veronica —respondió esta, algo intimidada, y se ajustó las gafas. El hombre del tribal en la cabeza se había puesto a escasos centímetros de su oído.

—Ozzie. Es un placer.

—Déjala en paz —lo regañó Blake y le dio un leve empujón en el hombro. Estaba empezando a lamentar el haberlo traído.

—Solo estaba saludando. —El interpelado sonrió—. No es mi culpa que tu chica tenga amigas tan interesantes. Me gusta tu camiseta, nena.

Veronica, que lucía el emblema de Batman en el pecho, se sonrojó y sonrió levemente.

—Nos vemos, ¿de acuerdo? —dijo a modo de despedida. Ozzie estuvo a punto de ir tras ella, pero Mia se lo impidió al tirar de su oreja.

—Ya hablaras con ella otro día. Ahora tenemos cosas que planear —le dijo—. Ya he reservado las habitaciones en el hotel.

—¿Habitaciones de hotel? ¿Equipo de filmación de última generación que yo he conseguido? Esto se está poniendo interesante.

—¿Nos vas a explicar ya en qué consiste el plan? —preguntó Blake. Estaba

empezando a inquietarse demasiado.

—Mañana por la noche, Andrei celebra su cumpleaños. Primero con su familia, pero después ha quedado con unos amigos para seguir la fiesta de Halloween en un club. Valerie y yo asistiremos y lo convenceremos para que venga con nosotras al hotel.

—Espera, ¿tú? —interrumpió el luchador.

—No creo que si lo haces tú funcione —le respondió Mia.

—No te estás centrando en lo importante, Blake —intervino Ozzie—. Equipo de filmación, dos chicas y habitación de hotel. ¿Qué vamos a grabar?

La sonrisa de este se ensanchó. A Blake eso no le gustó nada. Dirigió su atención a Mia, esperando que desmintiera lo que su amigo estaba sugiriendo.

—Ahí es donde entran las amigas de Carmín. Lo engañaremos y lo filmaremos. Imágenes comprometidas a cambio de dinero y silencio. Imagino que a un patriarca como el Bondaryenko no le gustaría un escándalo de este calibre.

—Me gusta como piensas —afirmó Ozzie—. Dos pájaros de un tiro, a eso le llamo yo eficiencia.

Blake frunció el ceño, no se sentía ni de lejos tan optimista al respecto.

—Te estarás exponiendo mucho —repuso—. Puede que Andrei no sea peligroso por sí solo, pero es que no lo estará. Casi siempre va acompañado de sus amiguitos, y Dmitro es su puta sombra.

—Y ahí es donde entras tú. —Mia le enseñó un par de micros con auricular a Blake—. Podrás oírme, y yo a ti. Si las cosas se ponen feas, intervienes y abortamos misión. Pero solo si se ponen feas. Eres nuestro seguro.

—Vaya, Butterfly, estás hecha toda una superespía —dijo Ozzie y silbó por lo bajo.

Blake tomó uno de los auriculares con dos dedos y lo examinó. Era bastante fácil de ocultar bajo una cabellera tan larga y abundante como la de Mia. Tenía

que admitir que se lo había trabajado bastante en cuestión de detalles.

—De acuerdo —suspiró. Seguía sin gustarle el papel que se había asignado ella, pero intuía que seguir discutiendo sería inútil.

Mia escogió disfrazarse de Harley Quinn, mientras que Valerie lo hizo de Wonder Woman. Era la noche de Halloween y el plan se había puesto en marcha. Ambas chicas estaban sentadas en la barra esperando el momento oportuno para empezar.

La rubia dirigió la mirada al palco de la zona VIP y divisó a Andrei. Por su actitud imaginó que estaba poniéndose de coca hasta el culo. Además, un montón de mujeres le acompañaban a él y a sus numerosos amigos. A pesar de la música, el escándalo que montaban casi se podía escuchar desde la barra. No iba a ser fácil acercarse, y se tuvo que recordar que ahora no era Butterfly, sino Mia Gabrielli. Ya le había dicho a Val que la llamase por ese nombre, y esta no le había pedido explicaciones. Desconocía su apellido.

«Haz que te vea», pensó. «Llama su atención como sea». No se había vestido de esa manera para pasar desapercibida.

—¿Todo bien por ahí? —escuchó la voz de Blake en el micro. Imaginó que estaría impaciente, o quizás aburrido. Le había tocado esperar en su coche, apostado no muy lejos del club. Mientras, Ozzie aguardaba en el hotel junto a Carmín y sus amigas.

—Lo veo —le respondió ella.

—¿Ya te está hablando por el micro? Pero si acabamos de entrar —protestó Valerie—. Dile que lea un libro o algo y no sea pesado.

—Dile a tu amiga que la oigo —recriminó Blake. Mia sonrió.

Hizo entonces un barrido rápido al club para ubicar un punto alto o una tarima desde donde se las pudiera ver. Lo localizó; había unas tres chicas disfrazadas ocupándolo. Tendrían que echarlas.

—Val, ¿recuerdas la coreografía de Gala?

—¿Esa en la que se ponía en plan zorra a sobar a Zoe?

Mia asintió.

—Pues es lo que nos toca ahí arriba.

—No me parece bien —protestó Blake—. El plan zorra déjalo para otro día. Conmigo a poder ser, y a solas.

La sonrisa de Mia se ensanchó. Era divertido tener a Blake en su cabeza, y no solo en su corazón.

—Trato hecho —le dijo la rubia a su chico. Se bebió de un trago el chupito de ron que acababa de pedir, cogió a Valerie de la mano y fueron hasta el pequeño podio. La primera en subirse fue Mia, y se hizo un hueco entre aquellas chicas. Movi6 un poco el culo y una de ellas se bajó. Entonces subió Valerie y las otras dos, ya fuera por falta de espacio o por los codazos que habían ido recibiendo disimuladamente, acabaron por ceder el territorio.

Valerie no se anduvo con rodeos. Lo primero que hizo fue poner una pierna entre las de Mia, y la obligó a flexionar las rodillas para empezar a mover juntas las caderas. Sus manos tampoco se estuvieron quietas y las pasó por sus brazos de forma sugerente. Luego las apoyó en sus caderas y le propinó un beso sensual en los labios. Mia no sabía si habían acaparado la atención de Andrei, pero por lo menos sí de unos cuantos que alcanzaba a ver a su alrededor. Se giró para ofrecerle su culo a Val y continuaron aquella burda coreografía.

El jaleo de la zona VIP se incrementó y Mia dirigió la mirada hacia allí mientras le pasaba las manos por los pechos a Valerie. Sus ojos se cruzaron con el cabronazo del Bondaryenko y supo al momento que la había reconocido.

Minutos después, un hombre con aspecto de armario empotrado les hizo una seña para que se inclinaran a escucharlo.

—Mi jefe quiere invitaros a unas copas en la zona VIP. ¿Queréis

acompañarlo?

—El muy flojo ni se acerca, manda a los demás a que lo hagan —escuchó Mia por el micro—. Al final has hecho la coreografía esa, ¿no?

—Por supuesto —respondió Valerie al tipo. Mia se abstuvo de decir nada.

El sujeto las ayudó a bajar de la tarima, que enseguida fue ocupada por una sirena y un hada. Hubo un hombre que intentó abordarlas de camino a la zona VIP, pero el armario empotrado se puso en medio y bastó una sola mirada para hacer que reculara.

—Mia Gabrielli —dijo Andrei con sorna una vez estuvieron ante él. Se había apartado a un sofá en una zona más reservada, lejos del resto de sus amigos.

—Hola, Andrei —Mia simuló estar avergonzada—. No esperaba verte aquí.

—Vaya, vaya. —El adolescente ucraniano se desparramó aún más sobre su sofá de cuero blanco y abrió las piernas como si quisiera exhibir su paquete—. Así que esto es lo que haces cuando tu padre no está mirando, ¿no?

—Por favor, no le digas que estoy aquí —Fingir un tono implorante no resultó difícil, Andrei parecía deseoso de creerse sus mentiras. Podía ver que le encantaba la idea de tener poder sobre ella.

El muchacho echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Acto seguido se refregó la nariz con gesto violento.

—¿Quién es tu amiga? —preguntó.

—¿Amigas? Somos más que eso, cariño —contestó Valerie—. Lo compartimos todo, ¿sabes? —Al decir aquello, caminó hacia él moviendo las caderas de forma sugerente. El armario empotrado hizo ademán de ponerse en su camino pero Andrei movió la mano y desistió. Valerie se posicionó entre las piernas abiertas de Andrei y puso las manos sobre sus rodillas. Luego las subió por sus muslos y arqueó la espalda mientras se inclinaba hacia delante. Mia pudo ver cómo acercaba su boca al cuello del chico y se lo lamía—. Y no

me había dicho nada de ti aún. Muy mal, Mia. ¿Querías guardártelo para ti sola?

—Joder con tu amiga —le susurró Blake por el micro—. Es buena.

—Ahora mismo estoy flipando —reconoció el ucraniano al dirigirse a la rubia—. No me imaginaba que tú...

—Ya te dije una vez que yo no era una chica cualquiera. Me gusta hacer cosas emocionantes.

Mia se sentó al lado de Andrei y le pasó la yema de sus dedos por el pecho descubierto que dejaba a la vista su camisa desabotonada.

—Yo lo corroboro —dijo Val con malicia y se sentó sobre el regazo de este—. ¿Sabes? Mi rubia y yo teníamos pensado pasar la noche en un hotel. ¿Quizás te gustaría venir a jugar con Harley Quinn y Wonder Woman?

—¡Val! —protestó Mia.

—¿Estás celosa, nena? ¿Quieres a Andrei para ti sola? —continuó su amiga.

—No sé si él querrá. Quizás es muy formal para nuestro rollo. ¿No lo has pensado?

Valerie sonrió de forma lasciva, agarró del cuello a la rubia y la volvió a besar. Mia notó cómo le lamía los labios y tuvo que reconocer que le gustó bastante. Valerie era una zorra encantadora si se lo proponía.

—¿Qué dices, Andrei? ¿Remilgado o aventurero?

—No os veo, pero me lo estoy imaginando, y estoy bastante seguro de que ese imbécil se acaba de correr en sus pantalones —añadió Blake por el micrófono.

—Aventurero —jadeó Andrei—. Siempre aventurero.

Entonces su gorila intervino.

—¿Dónde os alojáis? —exigió saber.

—Le hemos invitado a él, no a ti. Cuatro son multitud —añadió Valerie.

—Es su guardaespaldas, amor —intervino Mia y acarició el rostro de su

amiga—. En el Gallery Room. ¿Vamos?

—De acuerdo. Pero —la mano de Andrei se asió a su codo—, quiero un adelanto.

Mia no pudo evitar fruncir el ceño.

—¿Adelanto? —preguntó, tratando de disimular.

—Sí. Me prometiste que me enseñarías algo, ¿no te acuerdas?

—¡Hijo de puta! —exclamó Blake.

Mia se acordó de lo que le había dicho en la fiesta de compromiso. Maldijo haber tenido la lengua tan larga. Sabía, no obstante, que evitarlo haría sospechar al ucraniano. Lanzó una mirada a Valerie.

—Se lo verás todo en el hotel —aseguró su amiga—. Y podrás tocarlo, si te portas bien.

—Yo creo que me merezco algo ahora —insistió el ucraniano.

—Que se joda. Sal de ahí —se escuchó la voz del luchador.

Mia respiró profundamente, agarró las manos del muchacho y las puso sobre sus pechos.

—Estas haciendo que me ponga a mil. Ahora, vámonos, Andrei, porque lo necesito todo de ti.

El ucraniano asintió con un jadeo y los presionó un poco.

—¿Lo has hecho? Dime que no lo has hecho —tener a Blake en el oído preocupándose por ella era adorable, pero empezaba a ser una distracción.

—Vámonos —dijo finalmente Andrei, y se levantó de un salto. Aquello hizo que se tambaleara. Estaba colocado. «Genial», pensó Mia, eso les facilitaría mucho las cosas.

—Me cago en todo. Sí que lo has hecho —sonó la voz malhumorada del luchador—. Voy para el puto hotel.

—Ya están de camino. —El hombre tatuado cerró la puerta de la habitación con algo más fuerza de lo que era necesario. Atravesó la habitación de un par

de zancadas, apenas prestándole atención a todos los hombres que pululaban por ella y que se estaban aplicando maquillaje o vistiéndose con prendas de colores brillantes. Finalmente, se dejó caer sobre uno de los sofás. Ozzie levantó la mirada de su teléfono y alzó una ceja.

—Vaya humor que traes. Ya te dije que debería haberme quedado yo con el micro y tú con las *drags*. Tengo plumas por todos lados.

—Pues quita tu culo de mi boa —dijo una de ellas, a medio vestir, y empujó a Ozzie para que liberara la prenda sobre la que se había sentado.

—Ya sabía que esto no iba a salir bien —se lamentó Blake.

—¿De qué hablas? —inquirió su interlocutor. Se desplazó hacia él por el sofá y entonces otra de las *drags* vino a protestar porque se había sentado sobre sus mallas. Ozzie se levantó de un salto y agitó las manos—. A tomar por culo todos, no dejéis vuestras mierdas tiradas si no queréis que me siente sobre ellas —dijo y regresó su atención al luchador—. ¿Ha pasado algo?

—Sí, el puto cerdo le ha puesto las manos encima.

Ozzie frunció el ceño.

—¿Le ha pegado?

—No. Solo se ha pasado de mamón y ella ha dejado que la tocara —gruño Blake y le dio una pequeña patada a una de las patas de una mesa. Como resultado, un bolso lleno de maquillaje volcó y todo su contenido se desparramó por el suelo.

—¿Podéis parar de destruir cosas, par de animales? —exigió Carmín. Tenía la cara pintada y una malla le envolvía el cuero cabelludo.

Ozzie rio.

—Ah, bueno. Era solo eso. ¿Llevas el micro encendido?

Blake asintió.

—Los sigo oyendo, pero Mia no me escucha a mí. Lo he apagado. —Hizo una pausa—. Ahora el imbécil está metiéndose más rayas en su limusina. Mia

y Valerie están brindando con vodka.

—Tu bebida favorita —se burló Ozzie—. Solo relájate y deja que tu novia haga su trabajo.

—Es un papel, Kingsnake. No es real —añadió Carmín. Ya se había ajustado la peluca de color verde que su chica le había regalado.

Blake quiso acotar que las manos del mocoso sobre los pechos de Mia habían sido bastante reales, pero la conversación entrecortada que le llegó por el auricular lo hizo volver al presente.

—Están en el ascensor —informó Blake—. Dmitro va con ellos.

Se produjo un silencio espectral. Todos estaban atentos a lo que iba a suceder en la habitación contigua, y aunque las paredes gruesas amortiguaran los ruidos, era mucho más prudente ser discretos.

—Este no está invitado —escuchó que decía Valerie a través del micrófono. Blake aguantó la respiración. Lo que más le preocupaba era el puto guardaespaldas y el no poder llegar a tiempo si fuera necesario.

—Claro que no —respondió Andrei y una risita que reconoció como la de Mia le siguió. Le vino el sonido de una puerta cerrándose. El luchador respiró un poco más tranquilo. Bien, habían dejado al cabrón de Dmitro fuera.

El equipo de filmación de Ozzie consistía en una cámara fija que habían escondido tras un televisor, y otra móvil que él mismo se iba a encargar de manejar. En el plan de Mia también se incluía a su amiga de la camiseta de Batman, quien al recibir las imágenes por *streaming*, se encargaría de prepararlas para hacer un video de lo más lucrativo, y donde iba a cuidar que ningún rostro de los implicados más allá del de Andrei apareciera reconocible.

Gracias a esa primera cámara ya instalada en la habitación, pudo ver por la pantalla del ordenador portátil cómo los tres entraban en el dormitorio. Andrei las sobeteaba a ambas sin descanso. Por suerte, Valerie se deshizo de él al

empujarlo sobre la cama.

El ucraniano protestó, pero tanto el luchador como él se quedaron atónitos; la morena se había puesto tras de Mia, le había desabrochado el *short* y había dejado que este cayera al suelo. Ahora Butterfly estaba prácticamente en ropa interior ante el tío más gilipollas de la ciudad, tres *drag queens* y Ozzie.

—Joder... —escuchó que decía este último cuando Valerie le dio una palmada en las nalgas a Mia—. Esto se está poniendo interesante.

Blake no dijo nada. Tenía sentimientos encontrados al respecto.

Mia se puso de cara a la cámara, agarró a Valerie de la cintura y comenzó a besarle el cuello y la clavícula.

—Esas perras saben cómo provocar —susurró Carmín. No estaba equivocada, para nada.

El luchador siguió contemplando ansioso la pantalla. Entonces se fijó en que Mia alargaba la mano y se hacía con su bolso, apoyado encima del mueble sobre el que estaba la cámara. Abrió la cremallera y sacó un frasquito con algo transparente que le ofreció a Valerie. Blake intercambió miradas con Ozzie. Este tampoco parecía tener ni idea de que estaban haciendo. Aquello no formaba parte del plan.

La mulata se lo bebió y Mia sacó otro para hacer lo mismo.

—¿Qué es eso? ¿Qué tomáis? —La pregunta de Andrei hizo eco de los pensamientos del luchador. Odiaba sentirse tan confundido como el ucraniano.

Valerie se acercó a gatas al chico sobre la cama y le acarició el torso.

—Es la droga del amor —le susurró—. Un poquito de esta mierda y el sexo se convierte en un puto viaje al país de las maravillas.

—Yo quiero de eso —pidió Andrei. Blake puso los ojos en blanco. El niño era tonto del culo. Por un momento se compadeció de su hermano mayor.

—¿Estás seguro? —le retó Mia—. Es bastante fuerte. No es como la coca.

—Pues claro —afirmó el otro.

Mia sacó otro botecito y se lo lanzó a Andrei. A este se le resbaló de las manos y tuvo que tantear sobre la cama para encontrarlo. En cuanto lo hizo, se lo tragó de un golpe y una sonrisa lasciva se dibujó en su rostro. Mia se subió a la cama y, para la irritación de Blake, se posicionó sobre el regazo del ucraniano.

—¿Lo notas ya? —le susurró. El chico asintió. Ella le puso una venda en los ojos. Andrei, por supuesto, no perdió el tiempo para tocarla allí donde no debía. Blake vio cómo la joven se apartaba, aunque no pudo esquivar del todo la manaza de aquel subnormal. Aun así, continuó metida en su papel—. Pues ahora solo déjate llevar.

En cuanto Andrei cayó del todo sobre la cama con una expresión ida, Mia se levantó con calma. Fue hasta su amiga y le dio un beso en la mejilla. Luego le susurró un «gracias» y dio dos golpecitos en la pared. Era la señal que habían estado esperando para que las *drags* hicieran acto de presencia en la habitación, comunicada por una puerta cuya cerradura había sido forzada por Butterfly esa misma tarde.

Aunque no debía, Blake también entró en el dormitorio. Lo primero que hizo fue ponerle su chaqueta encima a Mia.

—¿Estás bien? —le susurró—. No tienes que seguir aquí...

—Ni tú tampoco. Vamos a... —la joven señaló la puerta abierta. Blake cogió su ropa del suelo y se dirigió hacia allí.

—Me voy ya. Le diré al de afuera que te prefería a ti y me aburrí —dijo Valerie ya con su abrigo puesto.

—De acuerdo —asintió la rubia y le tendió el sobre de la compensación que llevaba en su bolso.

—Un placer, Butterfly. Si me necesitas otra vez, ya sabes. Me lo he pasado genial.

Mia soltó una carcajada y las dos volvieron a abrazarse.

—Lo haré —confirmó.

Blake frunció el ceño. Valerie lo notó y esbozó una sonrisa vacilona.

—¿Que? No me digas que no te ha gustado. Deberías haber conocido a Charlotte. Las tres juntas éramos imparables.

Blake puso sus brazos alrededor de Mia instintivamente, pero a esta no pareció molestarle que mencionaran a su amiga muerta. Al contrario, se la veía hasta contenta.

—Lo éramos —aseguró con un brillo en los ojos.

Vieron cómo Valerie atravesaba la gran habitación y se dirigía a la puerta que comunicaba con el pasillo. La cerró rápidamente tras de sí.

Finalmente, tanto Mia como él dejaron atrás la escena en la que Andrei ya estaba pasándolo de lo lindo con quienes creía que eran Mia y Valerie. No podía estar más equivocado.

El luchador dirigió una última mirada a Ozzie, que filmaba con una mueca de asco grabada en el rostro. No iba a negar que aquello le produjo cierta satisfacción. Había disfrutado demasiado momentos antes.

—¿Qué es lo que os habéis tomado en ese frasquito? —preguntó una vez estuvieron solos.

—Nosotras dos agua con colorante. Él, Ketamina.

—¿Lo has drogado? —dijo el luchador sorprendido.

—Técnicamente se ha drogado él solo. Nadie le obligó. —La rubia esbozó una sonrisa triunfante. Había pensado en todo.

—Ya... Bien jugado —admitió el hombre tatuado.

La joven dirigió su mirada a la pantalla del portátil.

—Imagino que en un momento u otro se sacará la venda y la ketamina era un seguro para que aparezca entusiasmado en el video. —Mia hizo una pausa para escribir algo en su teléfono—. Veronica dice que ya le están llegando las

imágenes. Ya está trabajando en ellas. El efecto le durará un par de horas, así que tendremos que esperar a que se recupere para las amenazas. ¿Compraste la ropa que te pedí?

Blake asintió. Le había encargado que comprara sudaderas con capucha, todas de color negro, y más pasamontañas, para que nada fuera reconocible. El luchador sacó una de ellas y se la entregó.

—Deberías taparte un poco.

Ella arqueó las cejas aunque pudo ver un atisbo de sonrisa en sus labios.

—¿Te molesta verme así?

El imitó su expresión y se acercó un poco más a ella mientras la miraba de arriba abajo.

—En realidad iba a pedirte que no te saques nunca esas botas. Me vuelves loco con ellas. Lo que no quiero es que distraigas a Ozzie.

Butterfly le agarró del cuello de la camisa y le obligó a acercarse a sus labios. Le brindó un beso jugoso y sensual.

—Me encanta que me digas cosas así —le susurró. Cogió la sudadera de sus manos, se quitó la chaqueta y se la puso encima. Le quedaba enorme, pero con esas botas...—. ¿Mejor así?

—Definitivamente mejor —aseguró Blake. Volvió a acortar las distancias entre los dos, paseó sus manos por los brazos de ella, su espalda baja, llegó hasta el borde de la sudadera y la enganchó con los dedos. Había todo un circo en la otra habitación pero allí, allí estaban completamente solos—. He cambiado de opinión. Esto sobra.

Mia le regaló una sonrisa traviesa y el luchador estaba a punto de alzarla por los muslos y llevarla hasta la enorme cama para darle un buen uso. Desafortunadamente, en ese instante les llegaron los sonidos de la habitación contigua a través de los altavoces del ordenador portátil.

—¡Oh, sí! —chilló el ucraniano—. Me encanta.

Los dos miraron la pantalla al mismo tiempo y Blake inmediatamente deseó no haberlo hecho. Andrei estaba rodeado de las *drags*, que apenas lo tocaban. Sin embargo, el chico tenía una erección que asomaba debajo de la tela de sus calzoncillos, y con los brazos alzados daba la sensación que la mujer invisible lo estaba cabalgando.

—Bueno, ahí tienes el tráiler para tu película —suspiró el luchador.

El resto del tiempo que duró la toma de imágenes comprometidas, Mia y Blake lo pasaron sentados en el sofá. En actitud cariñosa, aunque después de la última interrupción, el deseo había quedado aparcado. Finalmente, las *drags* volvieron a la habitación. Habían estado no más de media hora. Andrei estaba dormido.

Ozzie suplicó que lo dejaran marcharse. No hacía muy buena cara, y Mia aceptó.

—¡No podré volver a dormir nunca más! —chilló mientras se ponía la chaqueta.

—Oh, cariño. No mientas. Sé que te estabas muriendo de ganas de entrar en acción. Esos ojitos no engañan —le respondió Carmín con una voz profunda. Ozzie se estremeció y prácticamente salió corriendo por la puerta.

Dos horas más tarde, Andrei dio muestras de estar despertando. Volvía a ser el turno de Mia, que ya había recibido el montaje realizado por Veronica, con la aprobación posterior de todos los presentes, excepto de Carmín, que argumentó que no habían sacado su lado bueno. Por suerte, nadie se la tomó en serio, ya que tenían cosas más importantes de las que preocuparse. Ahora venía la parte más violenta de todas.

Encapuchados con las sudaderas nuevas y sin ningún rastro de plumas, los cuatro hombres, incluido Blake, entraron en la habitación. Mia los siguió y fue hasta la cama donde dormía Andrei.

—¿Te ha gustado? —canturreó mientras le acariciaba la cara. El chico abrió

los ojos y asintió.

—Ha sido la mejor noche de mi vida.

Mía soltó una carcajada muy fría.

—Ya lo creo que sí. Te he hecho un recuerdo para que no lo olvides.

Accionó el mando y las imágenes aparecieron en el televisor. Andrei se incorporó lentamente en su cama y miró la pantalla atontado. Parecía que aún no se había despertado del todo. Blake tuvo que reprimir sus ganas de acercarse y darle una colleja. Finalmente, y al cabo de casi medio minuto, los ojos del chico se abrieron con exageración a medida que su cerebro se ponía al día con lo que estaba viendo. Se tiró hacia el borde de la cama y vomitó.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? Ya me imagino porqué. Si esto lo ve tu padre, Dios, seguro que te da una paliza que no olvidarás. No es lo que se dice tolerante. ¿Verdad? —se burló Mía. Andrei tuvo unas cuantas arcadas más.

—Pedazo de puta. Me las vas a pagar —escupió con odio. Entonces trató de abalanzarse sobre ella. Blake reaccionó al instante y dio un paso hacia delante, pero una mano grande se anticipó y ciñó el brazo de Andrei.

—Yo de ti no haría esto —amenazó Carmín, con su voz más masculina y grave.

Eso hizo que el niño se detuviera en seco y reparara en el resto de hombres que había en la habitación. Antes de que se pusiera a chillar, Mía le puso una pipa en la cara. Su pipa.

—¡Esa lengua, Andrei! —le riñó Mía con sarcasmo—. A mi gente no le gusta que no me traten como la señorita que soy. Tampoco les gusta que les quemem sus propiedades. Los tienes bastante enfadados.

—¿De qué hablas? ¿Qué cojones quieres de mí?

Mía le dio un bofetón con la palma abierta y muy sonoro.

—¿En serio me lo preguntas? ¿Te he dicho alguna vez que no tengo paciencia? Tú y tus malditos amigos quemasteis el gimnasio de mi gente. Vas a

pagar por ello.

—¿Ah, sí? —se burló Andrei, aunque la voz le tembló ligeramente—. ¿Y qué vas a hacer? ¿Matarme? Mi padre irá a por tu familia y lo lamentarás.

Mia no pareció intimidarse nada con aquel comentario. Al contrario, sonrió como si se lo esperara.

—Muy bien. Como quieras. Si vamos a meter a nuestros padres en esto, empecemos enviándole este vídeo al tuyo, a ver qué pasa.

—No te atreverás, puta. Yo te he visto...

—Ajá. ¿Pero qué pruebas tienes de lo que has visto tú? Sería tu palabra contra la hija del Pirata. ¿Y a quién creerán? ¿A un pervertido como tú o la inocente y dulce chica que todos ven cuando me miran? Te tengo pillado por los huevos, imbécil —dijo la rubia. Para enfatizarlo, lo agarró de la entrepierna y estrujó. El ucraniano soltó un alarido y su rostro se puso del color de las berenjenas—. Y no me vuelvas a llamar puta o lo vas a lamentar. ¿Estamos de acuerdo?

—Lo estamos —susurró Andrei y Mia lo soltó. Blake podía entender el miedo que se veía reflejado en la cara del ucraniano. Nadie nunca se esperaba que alguien como Mia fuera capaz de actuar de esa forma. De hecho, a él le seguía impactando.

—Ahora viene mi parte del trato —continuó ella—. Yo guardo este video en el baúl de los recuerdos. Tú le dices a tu guardaespaldas que se largue, que vas a pasar el resto de la noche conmigo, y luego nos vamos a por los trescientos mil dólares que ibas a gastarte en cocaína para compensar por lo que hiciste. Nunca le diré nada a nadie si tú mantienes la boca cerrada. De lo contrario, bueno, ya sabes lo que hay.

—¿Trescientos mil dólares? ¿Estás de broma?

—¿Es que no te ha quedado claro que no estoy jugando? ¿Necesitas más pruebas? —Mia se giró para mirar a Blake e hizo un gesto. Este dio un paso al

frente dispuesto a darle la tunda que tanto se merecía, pero Andrei se acobardó al instante.

—Está bien, de acuerdo —aceptó.

Mia apagó el televisor y se hizo a un lado para que Andrei se incorporara. Cuando lo hizo, se puso a su espalda y clavó el cañón de la pistola en su columna.

El luchador no perdió detalle de cómo fueron hasta la puerta y Mia se escondió estratégicamente detrás de esta, mientras Andrei le decía a Dmitro que se largara. Su guardaespaldas no protestó. Debía de estar más que harto de estar ahí fuera esperando.

La rubia volvió a cerrar la puerta.

—Vístete —ordenó y le lanzó su ropa.

Al final fueron todos a la furgoneta ante la estupefacción de Andrei. Blake se ocupó de conducirla mientras los otros tres encapuchados y Mia custodiaban al ucraniano. Las indicaciones que él les dio los llevaron cerca del centro, a una serie de rascacielos dedicados a viviendas. Andrei tenía a una de sus putas alojadas allí, que al parecer era la que le guardaba el dinero que sacaba de sus trapicheos con las drogas al margen de su familia. Ante la estupefacción de la mujer, Andrei metió el dinero en una bolsa y se la entregó a Mia de malas maneras. La joven se la pasó a Carmín para que lo contara mientras ella se dedicaba a lanzarle las últimas amenazas al Bondaryenko.

—¿Cómo sé que no se lo mandarás a mi padre después de darte el dinero? —preguntó el ucraniano con un hilillo de voz.

—No lo sabes —sentenció Mia—. Solo ten seguro que si hablas y cuentas algo de esto, será tu fin. Espero que hayas aprendido la lección: quien juega con fuego, se acaba quemando.

Capítulo 37. Oportunidades

Al salir del despacho de su jefe, Noah se encontró con Vinnie en la puerta del ascensor. Le sorprendió que estuviera ahí en lugar de con la hija de don Luca.

—¿Dónde está Mia? —fue lo primero que salió de su boca. Tenía la sensación de que esa era su puta pregunta favorita.

Vinnie soltó una carcajada.

—Hola a ti también.

—¿Ha pasado algo?

—Tranquilo chico. Soy un profesional. ¿Es que acaso no confías en mí?

Noah apretó los dientes. Claro que confiaba en Vinnie. Sin embargo, después de las últimas revelaciones sobre la joven, había llegado a la conclusión de que ella los había burlado a todos sin problemas. Debería haber sospechado que le gustara pasar tanto tiempo en la universidad, cuando claramente sus notas demostraban lo contrario.

—Sí, perdona —se obligó a decir.

—Está en la universidad. Hay que ver cómo le gusta a esa chica estudiar.

Huesos no pudo evitar arquear una ceja. Seguramente también le estaba tomando el pelo a Vinnie. Quizás debería activar la aplicación de GPS que le había puesto en su nuevo teléfono para cerciorarse, pero se había prometido usarlo solo en caso de emergencia. Invadir así su intimidad, sin motivo, quizás era llegar demasiado lejos. Sin embargo, si se le ocurría volver a quedar con Alexander, él...

—¿Y tú dónde vas? ¿Nuevo trabajito para el jefe? Quizás pueda acompañarte. Ser el guardaespaldas de la pequeña Gabrielli ha hecho que gane un par de kilos. Es muy aburrido.

—Si no quieres engordar, quizás deberías dar vueltas por el campus de vez en cuando para cerciorarte de que está bien y sigue ahí.

Él no lo había hecho y se arrepentía bastante de ello.

—¿Y mezclarme con esa gentuza que va a la universidad? No, gracias, tengo suficiente contigo.

—Hablo en serio, Vinnie.

El hombre suspiró de forma cansada.

—De acuerdo. Lo haré. Pero vete, ya no quiero ir contigo. Eres peor que mi exmujer.

Noah negó con la cabeza y presionó al botón del ascensor. Se pensó seriamente volver a solicitar a Luca la custodia de la joven. Visto lo visto, Vinnie no estaba dispuesto a hacer las cosas bien.

Mientras iba en su coche, camino al apartamento del luchador, tiró el CD de Johnny Cash de su padre por la ventana. No tenía ni idea de cómo había llegado hasta ahí, pero su ánimo no estaba como para escucharlo. Desgraciadamente, le recordaba a ella, al beso que le había dado, a cómo ella le había respondido y poco después le había rechazado. No la culpaba por ello, ciertamente había escogido el peor de los momentos. No obstante, eso no evitaba que escociera. La sensación permanente de haber perdido el tiempo y de haber llegado tarde le martilleaba la conciencia sin piedad.

—¿A dónde vas? —preguntó Blake al ver que Mia salía de la habitación. No obtuvo respuesta, así que, movido por la curiosidad, la impaciencia y la falta de contacto físico, se levantó de la cama y, desnudo como estaba, caminó hacia la cocina. Encontró a Butterfly de espaldas a él, ataviada con una camiseta de tirantes y unas bragas de color turquesa. Sacaba algo de unas bolsas y parecía que iba a cocinar. Recordó el plato de pasta y la boca se le hizo agua. O quizás era la imagen tan sensual que ella le ofrecía. No estaba seguro.

—Pensé que te ibas a escapar —le susurró al oído y rodeó su cintura con las manos desde atrás para impedir la posibilidad de tal acción.

—Blake —protestó ella con una sonrisa y se escurrió entre sus brazos para darse la vuelta. Quedaron frente a frente y él aprovechó para besarla y volver a estrecharla entre sus brazos—. Si no te vistes un poco, seré incapaz de hacerte el desayuno.

El no pudo evitar sonreír ampliamente.

—El desayuno puede esperar —ronroneó y la subió sobre la encimera. El paquete de harina que había abierto volcó y parte de su contenido se derramó sobre ellos, los muebles y el suelo. Sin importarle, empezó a bajar sus labios por el cuello de Mia. Ella puso las manos en su pecho y le pellizcó un pezón. Aquello lo hizo gruñir y ella soltó una carcajada.

—Lo estamos poniendo todo perdido. ¿Qué dirá tu asistenta, Blake? —le susurró en el oído y luego le ofreció un mordisco en el hombro.

El luchador solo rio en tono bajo y notó con satisfacción cómo ella se estremecía cuando su aliento le golpeó el cuello. Las manos de él ya estaban tratando de quitarle las bragas salpicadas de harina. Ella alzó las piernas para ayudarle y las terminó enredando en su cintura mientras Blake arrojaba la prenda sin mirar adonde. Volvió a unir sus labios a los de ella y presionó su erección entre sus muslos. Los dos gimieron al unísono y el luchador tuvo que apretar sus nalgas con las manos para contenerse y no penetrarla ahí mismo.

—Joder, nena —se le escapó en un jadeo—. ¿Cómo puedes ser tan irresistible?

Blake sabía que tenía que ir a por los preservativos que tenía en el cajón de la mesilla, pero la sola idea de separarse de ella en esos momentos le resultaba dolorosa. Debería guardar por todos los rincones de su apartamento, visto que estaban dispuestos a usarlos todos.

—He empezado a tomar la pastilla, Blake —dijo ella, como si le hubiera

leído el pensamiento. Dejó de contenerse y ella arqueó la espalda para recibirlo.

Le pareció escuchar que el timbre sonaba, pero le dio igual. Siguió embistiendo a Mia, concentrado en su cuerpo, en sus caricias, en el calor que nacía en su entrepierna y se extendía por todas sus extremidades.

El timbre siguió sonando de forma más insistente.

—¿Esperas a alguien? —jadeó ella.

—No...

—Blake Novak. Sé que estás ahí. Puedo oírte. Abre la puerta.

—¿Qué mierda...? —empezó a decir, pero entonces la misma Mia lo apartó de un empujón. La cara de ella se había transformado en una mueca de terror absoluto.

—Es Noah —dijo con un hilillo de voz.

Blake parpadeó un par de veces, y se preguntó si aquello estaba pasando de verdad. Era demasiado ridículo.

—¡Novak! —la voz de McKay se lo confirmó.

—Mierda —siseó—. Ya voy. Un momento.

Miró a Mia. Ella ya se había bajado de la encimera y estaba buscando algo con la mirada, probablemente, sus bragas.

—Tengo que esconderme. No puede verme —le dijo en tono tan bajo que casi le costó oírla—. Y tú deberías ponerte algo.

Blake asintió, contagiado por la tensión que ella reflejaba en su rostro. La acompañó a su habitación, ella le pasó unos pantalones de su armario mientras procedía a vestirse también. El luchador trató de ponérselos sin sufrir ningún desagradable accidente por su erección. Notó que ella le sacudía la harina sin éxito. El timbre volvió a sonar.

—Ve y no dejes que entre aquí —suplicó ella.

Blake cerró la puerta tras de sí. Se sintió molesto, enfadado; ya ni siquiera

podía estar con ella libremente en su propio apartamento. ¿A qué cojones había venido ese cabrón?

—Te he dicho que un momento —le gritó al abrir la puerta.

Noah parpadeó varias veces y lo miró de arriba abajo sin disimulo.

—¿Qué cojones estabas haciendo? ¿Dándote el lote con un saco de coca o qué? ¿Estás colocado?

El luchador se percató en ese momento de la imagen que debía ofrecer. Semidesnudo, manchado de polvo blanco y con una cara de mala leche tremenda. Sí, McKay tenía todo el derecho de asumir que estaba colocado.

—Es harina, zopenco —respondió y puso los ojos en blanco. Lo dejó pasar y echó un rápido vistazo a la cocina. Estaba hecha un desastre.

Noah le regaló una carcajada y, antes de que se dirigiera al fondo de la estancia, el luchador le impidió el paso. Tenía que mantenerlo lo más lejos posible de su dormitorio.

—¿Estabas cocinando? Parece que no se te da muy bien. Si quieres, llamo a Vinnie.

—Muy gracioso. —El hombre tatuado se cruzó de brazos—. ¿A qué has venido?

—¿Y qué cocinabas? —Huesos le ignoró deliberadamente—. Por mí no te cortes. Además, tengo hambre.

«Pedazo de cabrón», pensó el luchador.

—Tortitas. —Respondió lo primero que se le vino a la cabeza.

—¡Perfecto! Me encantan.

Blake tuvo ganas de estrangularlo ahí mismo.

Noah retrocedió en sus pasos y fue hasta la cocina. Sin preguntar nada, se sirvió un poco del café que Mia había hecho en una taza limpia del fregadero. Blake lo siguió hasta allí.

—¿Has traído tu culo hasta aquí solo para desayunar de gorra? ¿O es que

me has echado de menos?

—Siempre es un placer venir a verte —dijo el sinvergüenza e hizo una pausa para sorber de su taza—. Joder, Kingsnake, este café está buenísimo. Me estaba replanteando lo de las tortitas, pero después de esto no voy a poder negarme.

Blake soltó un resoplido sonoro. Acto seguido, abrió uno de los cajones y sacó una sartén.

—¿Le has preguntado a tu jefe si también quiere unas cuantas? —ironizó.

—¿De verdad ibas a hacérmelas? Qué detalle por tu parte —se burló y dio otro sorbo—. Lo cierto es que tengo que preguntarte si estás ocupado esta mañana, aparte de cocinar y limpiar. A don Luca le apetece tener una charla contigo.

—¿En serio? —preguntó el luchador automáticamente. Era consciente de que toda la sangre se le había drenado de la cara, pero hizo su mejor esfuerzo para disimularlo.

—Sí. No sé porque te extrañas. Creo que la última vez no te trató nada mal, a pesar de que le mentiste. Pocos pueden decir lo mismo. ¿Jugaste ya las fichas de casino que te regaló?

Blake puso la sartén sobre el fuego y le añadió un trozo de mantequilla. Se había sentido demasiado tentado de estamparla contra la cabeza de McKay.

—No tengo mucha suerte para esas cosas.

—El truco está en no apostar más de lo que tienes, pero te entiendo. A mí tampoco me gusta el juego. Ahora, en serio, Novak. Tiene una oferta que proponerte. Todos vimos lo que te hicieron los ucranianos. Lo siento, tío.

La carcajada que se le escapó a Blake fue muy sonora.

—Estoy seguro de que sí —respondió, rebosando sarcasmo—. Tarde o temprano tenía que suceder, ¿no? Mis problemas me los he buscado yo solo. Ah, no. Espera. Los dos millones de dólares que se llevaron de mi

apartamento no fueron culpa mía. Pero a tu jefe no le importa eso.

—Mira, no te culpo porque estés enfadado por eso. Reconoce que estabas en el lugar equivocado en el momento equivocado. Bueno, eso y que también te tiraste a la chica equivocada. —«Sí tú supieras», pensó Blake, y recogió un poco de la harina que había permanecido en el paquete y la echó en un bol—. Tienes razón en lo de que no tienes mucha suerte. Sin embargo, no te ha ido tan mal para haberla cagado tanto. Si cambias de actitud, quizás las cosas sean distintas. Don Luca está dispuesto a apostar por ti. A darte una oportunidad. Muchas veces solo hace falta poner un poco de nuestra parte para cambiar las cosas.

—Ya puedes dejar el discurso de autoayuda, lo he captado. El jefe quiere verme. —respondió el luchador. Quizás McKay se estaba creyendo lo que decía. Al menos así sonaba, aunque Blake no dudaba ni por un momento de que a él no le estaban dando ninguna elección en lo que fuera que fueran a proponerle. Se preguntó entonces qué estaría pensando Mia si era que estaba escuchando la conversación. Si bien ella ya no culpaba a su padre de ser el responsable de la muerte de Charlotte, los dos seguían coincidiendo en que era un grandísimo hijo de puta manipulador.

—Pues venga, apaga ya la puta sartén, que no tienes ni idea de hacer tortitas, y vámonos de una vez. ¡Ah! Y dile a la chica que tienes escondida en tu cuarto que ya volverás luego.

Blake abrió la boca para responderle y entonces su vista se fijó en algo color turquesa que colgaba de una lámpara en mitad del salón. Eran las bragas de Mia. Desde luego, el muy cabrón las había visto nada más entrar y se había estado mofando de él desde entonces.

—Gilipollas —sentenció y apagó la vitrocerámica. Luego cruzó la estancia y, antes de entrar en su dormitorio, recogió la prenda.

Cerró la puerta tras de sí. Mia no estaba por ningún lado. Se le ocurrió

agacharse y la encontró debajo de la cama.

—¿Sigue ahí fuera, verdad?

—Sabe que hay una chica aquí dentro —le confirmó él y la ayudó a salir. Ya se había puesto uno de sus atuendos que ahora guardaba en su armario.

—Lo he escuchado —repuso ella—. Todo, absolutamente todo. No te fíes, Blake. No lo hagas.

—No lo haré —sentenció él y empezó a vestirse—. ¿Me esperarás aquí?

Mia asintió mientras él se ponía los zapatos.

—Noah es muy listo. Querrá saber por qué escondes a alguien. Dile que soy una mujer casada. No sé, invéntate algo. O que soy un hombre, o me da igual, pero quítale las sospechas.

—¡No pienso decirle que estaba con un hombre!

—Blake, joder. Esto no es una broma —protestó ella.

El luchador suspiró.

—Vuelvo en cuanto pueda —finalizó y le dio un beso en la frente.

Noah rio para sus adentros al contemplar la huella de un culo femenino que había quedado marcado con harina sobre la encimera de la cocina. Había llegado en mal momento y le pareció de lo más divertido. Sin embargo, el hecho de que lo ocultara no dejaba de ser sospechoso. Demostrado había quedado que el tipo no tenía mucha suerte al escoger a sus amantes.

El luchador no tardó mucho en aparecer, y aunque pudo notar que lo hacía a regañadientes, se subió a su coche y los dos se encaminaron hacia el casino.

—¿Y por qué escondías a la chica? No iba a robártela si eso es lo que temías —se burló Huesos. Miró al luchador de reajo para ver como reaccionaba y no le sorprendió ver que el comentario no le había caído en gracia.

—Se escondió sola —gruñó—. Es una mujer casada.

Noah silbó por lo bajo.

—Tú sí que sabes cómo escogerlas.

—Oye, al menos yo lo intento. ¿Cómo vas tú con tu zona amigo?

—No sé si se puede considerar intentar con una mujer casada. A mí me va mejor. Gracias por preocuparte.

Le sorprendió que el luchador se acordara de la conversación que habían tenido cuando andaban en busca de Charlotte. No obstante, tampoco era que tuviera ganas de compartir con él su vida, así que se limitó a pensar en el beso que se había dado con Mia. Había sido un avance, ¿no?

—¿Mejor? ¿Te la has tirado o qué?

El tono que usó fue un tanto brusco.

—¿A ti qué coño te importa? Me va mejor y punto. ¿Es que te molo o qué? Porque lo siento, tío, pero me van las mujeres.

Blake lo miró fijamente durante unos segundos y Noah se preguntó si a lo mejor había dado en el clavo. Podía ser que se le diera tan mal escoger mujeres porque en realidad le gustaban los hombres. «Hijo de puta, pues que a mí ni me mire», pensó Noah.

—Tú eres el que entró a mi casa exigiendo que te hiciera el desayuno — respondió el luchador y se encogió de hombros.

—Se acabó la conversación. ¿De acuerdo? Déjalo estar.

A Mia le iba a dar una taquicardia. Ni siquiera cuando Noah y Blake abandonaron el apartamento se calmó. Le llevó unos diez minutos atreverse a salir de la habitación y, cuando lo hizo, se dio cuenta de que tenía la oportunidad de escuchar lo que fuera que su padre pensaba proponerle a Blake. Había instalado un micrófono y, por lo que sabía, aún seguía ahí.

Corrió en busca de su ordenador portátil. Estaba sobre la mesita en frente del sofá. Lo encendió y la alerta de falta de batería le puso los nervios a flor de piel. Como una loca rebuscó por el suelo en busca del cable correcto para ponerlo a cargar. Le temblaban tanto las manos que ni acertaba a introducir la

clavija en el enchufe. Lo consiguió y la espera a que su maldito Windows nuevo funcionara le supuso un infierno. Buscó el programa rápidamente, se puso los cascos y empezó la conexión. Solo le llegó silencio. ¿Acaso se iban a reunir en otro lugar? Aguardó inquieta mientras se dejaba llevar por sus pensamientos. ¿Y si Blake no había sonado convincente con las excusas de haber escondido a una mujer en su dormitorio? ¿Y si Noah indagaba y acababa por descubrirla? ¿Qué coño iba a hacer entonces? Pero lo que más miedo le daba, por supuesto, era que su padre se enterara. No tenía ni idea de lo que sería capaz de hacer. Nunca lo había puesto a prueba porque sospechaba que nada bueno.

«Tranquilízate», se exigió. El ruido de unos pasos la puso en alerta. Unas voces. ¿Era ese su padre? Sí. Tenía que serlo.

—No vas a ocuparte de esto tú solo, Nico. Ve a recibir a tu padre al aeropuerto y deja de molestarme.

—Mi padre puede venir solo hasta aquí. No sé para qué...

Silencio. Mia se imaginó que su padre acababa de fulminar con la mirada a su primo. Le sorprendió, no obstante, que su tío Silvio estuviera en la ciudad. No era ninguna fecha especial ni tampoco había programado ningún evento más allá de... «la boda», pensó. ¿Cuándo se iban a casar? ¡No se lo habían dicho! Tampoco era que hubiera pensado en preguntarlo. Había estado demasiado ocupada.

Otros pasos y unos golpes la devolvieron a las escuchas.

—Adelante —dijo su padre. El corazón de Mia dio un vuelco. Tenían que ser Blake y Noah. Agudizó el oído.

—Sr. Novak. Tome asiento, por favor. ¿Nos disculpas, Noah?

—Por supuesto, don Luca—aceptó este.

Mia hizo una mueca. «¡Serás pelota, Huesos!», pensó. Escuchó los pasos de su amigo abandonar el despacho, y también probablemente los de su luchador

al tomar asiento. Se lo imaginó frente a su padre y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Imagino que se preguntará por qué le he hecho llamar. Me gustaría saber qué es lo que piensa al respecto —continuó su padre.

Hubo una pausa.

—McKay mencionó que tenía una propuesta para mí —se escuchó la voz de Blake.

—Así es. Pero antes me gustaría saber si tiene alguna noticia nueva de la que yo debería estar enterado. Ya conoce nuestro primer acuerdo.

Uno en el que su padre le exigía a Blake dos millones de dólares, como si él hubiera sido el que se los había robado. Mia apretó más los auriculares a su oreja por la indignación.

—Sí. ¿Cómo iba a olvidarlo? Lamento decirle que no tengo nada nuevo. Si me entero de algo, por supuesto —y enfatizó esta última palabra—, se lo haré saber de inmediato.

Mia se alarmó. El tono de Blake era de lo más osado. Hablarle así a su padre no era buena idea. Un silencio prolongado le confirmó las sospechas. Ella contuvo la respiración.

—Me parece que tengo que recordarle que si me jode, lo va a lamentar.

Mia se obligó a coger aire repetidas veces. Le daba la sensación de que se ahogaba. Blake había cabreado a su padre. ¿En qué demonios estaba pensando?

—Mire, su amigo Pavlo ya se ha encargado de hacerme saber que soy una cucaracha bajo su zapato. Mi reputación se ha ido a la mierda, mis amigos me han traicionado, mi familia me odia. No sé qué más quieren de mí, pero la verdad es que ya no me queda apenas nada que perder.

Al escucharlo, Mia se compadeció de Blake. Realmente se lo habían quitado todo. Del miedo pasó a la más absoluta rabia.

—Está bien. Entiendo su postura. Tampoco apruebo lo que le hizo el señor Bondaryenko durante el último combate. Estaba usted herido, ¿puedo saber qué le sucedió?

Mia arqueó una ceja. Luca Gabrielli no entendía una mierda sobre las personas.

—Una pelea —respondió Blake—. Pasé por mi antiguo barrio hace poco y me vi envuelto en una vieja rencilla. Supongo que ya no soy tan popular como antes.

Otro silencio. ¿Se lo había tragado? Blake sonaba bastante convincente.

—Entonces no debería volver por ahí si acepta mi propuesta. Lo necesito sano—. Mia habría dado lo que fuera por ver sus caras. En lugar de un micro debería haber instalado una cámara. ¿Por qué no había pensado en ello?—. Hay un viejo conocido que ambos compartimos. Eric Hart. Luchó contra usted hace poco.

—El ex campeón de peso mediano de la MFA. Sí, sé quién es. ¿A dónde quiere llegar con esto?

«Eso, ¿a dónde quiere llegar?», pensó Mia. «Que hable claro de una vez».

—Después de ganarle, se ha retirado finalmente de la lucha. Ciertos problemas de salud. Sin embargo, es una amistad muy valiosa para mí y decidí acceder a su petición. Quiere que promocione su carrera como entrenador profesional. Sinceramente, creo que es una decisión acertada. ¿Lo cree usted?

—Claro que sí. Es Hart. Apenas necesita que lo promocionen.

—Permítame que le corrija, señor Novak. En eso está usted muy equivocado. Sin un campeón, no es fácil ser entrenador. Lo curioso de esta historia es que yo le di carta blanca para escoger, y adivine, lo quiere a usted.

Esta vez el silencio fue más prolongado y Mia abrió la boca fruto de la sorpresa.

—¿Qué? —dijeron ella y Blake a la vez.

—No se sorprenda tanto. Usted es bueno. Puede que su reputación se haya empañado, pero lo ha hecho en un ambiente que no es en el que encaja. ¿Le gustaría volver a la liga profesional, señor Novak?

—¡Me cago en la puta! —gritó Mia. Su propio padre le iba a arrebatarse a Blake.

—Eso sería difícil actualmente, si no imposible. Me sancionaron cuatro años —respondió el luchador.

—Debería saber a estas alturas que para mí pocas cosas son imposibles. Entonces...

El teléfono de Mia empezó a sonar. Estaba en el dormitorio. Vaciló en si ignorarlo, pero algo le dijo que lo mejor era comprobar de quién era la llamada. Se suponía que estaba en la universidad. Rápidamente se quitó los cascos y fue a por él. El que llamaba era Noah.

—Hola —contestó atropelladamente.

—¿No estás en clase?

—Eh... No. Estoy en la cafetería. Ahora tenía descanso.

—Genial. Me he encontrado con Vinnie y me ha dicho que estabas en el campus. Voy de camino a recoger unos papeles. Te veo en un rato en la cafetería.

No le dio tiempo a contestar. Su amigo colgó. ¿Pero qué cojones...? Miró al portátil, desesperada. No podía quedarse a oír el resto de la conversación, y necesitaba hacerlo, maldita sea. Lo que estaba pasando cambiaba el curso de los acontecimientos tan repentinamente que le entró vértigo. ¿Y si él aceptaba? ¿Y si ahora trabajaba para Luca Gabrielli? «Se acabaría todo, Dios mío». Casi tuvo ganas de gritar.

No obstante, en ese momento no podía lidiar con algo así. Cogió el bolso, las llaves y salió como alma que lleva al diablo en dirección a la universidad. ¿Cuánto tiempo tenía? ¿Diez minutos? ¿Quince? Se subió a un taxi y le ofreció

un billete de cincuenta dólares a cambio de llevarla lo más rápido posible.

¿Y si le había mentido? Noah tuvo una vez más la necesidad de abrir aquella aplicación y revisar si estaba donde decía. Se contuvo. Quizás estaba siendo un paranoico y, además, de todas formas, lo averiguaría en unos minutos.

Al llegar al campus, aparcó su todoterreno y caminó por una vereda enmarcada por árboles que vestían los colores otoñales. Trató de no acelerar mucho el paso, aunque realmente fuera lo que deseaba hacer.

Siendo las once y pico de la mañana, la cafetería ya estaba llena de estudiantes, por lo que ni se molestó en tratar de buscarla. Directamente, sacó su teléfono y la llamó.

—Estoy en el baño —respondió ella que descolgó casi sin dejar que sonara ni un tono—. Espérame en las escaleras, al lado de los ascensores.

Noah se encaminó hacia allí sorteando un par de chicas con una bandeja llena de cafés. El panorama le produjo cierta nostalgia. Cuando había sido estudiante, su vida era mucho más apaciguada. Más divertida incluso. Ahora tenía la sensación de haber crecido de golpe y los problemas le agobiaban más de lo que estaba dispuesto a reconocer. No podía olvidar que los Gabrielli seguían en la cuerda floja, ni tampoco la presencia de aquel desconocido traidor que acechaba en las sombras, imaginarias o no.

—¡Hola! —le dijo Mia, y le puso la mano en el hombro. Parecía acalorada—. El ascensor tardaba mucho y he bajado por las escaleras. ¿Qué haces aquí, Noah?

Su excusa eran unos papeles, pero obviamente era mentira. Había decidido ir a verla, primero para comprobar que estaba donde decía, y no con Alexander. Lo segundo, porque la conversación con el luchador le había provocado cierta agitación. No la parte en la que parecía tirarle los trastos, sino cuando había insinuado que él no estaba haciendo lo suficiente para

ganársela. En eso no le faltaba razón. Noah cargaba en su conciencia la cobardía que ella le insuflaba cada vez que lo miraba como ahora estaba haciendo. No le importó que la última vez que se habían visto hubiera sido en condiciones un tanto embarazosas, sobre todo después del beso. Ahora iba a coger el toro por los cuernos y mirarlo de frente.

—¿Te apetece ir a desayunar?

—Esto, tengo clase —respondió ella.

—¿Y desde cuando te importa? Vamos, Mia. Me dijiste que necesitaba divertirme de vez en cuando. Pues eso intento.

La joven bajó el rostro y se miró las zapatillas.

—De acuerdo —aceptó. No parecía muy contenta—. Pero hay que avisar a Vinnie.

—Lo haré yo —ofreció él. Mientras caminaban de vuelta a la salida, hizo lo prometido—. ¿A dónde quieres ir?

—¿Cuándo empezaría? —preguntó Blake. Desde el otro lado de la línea, le llegó la voz de Eric. Gabrielli los había dejado hablando en el teléfono de su oficina mientras él salía a hacer quién sabe qué.

—El lunes, si quieres. Ya sabes que tengo el gimnasio. Don Luca me dijo que sufriste una lesión recientemente, por lo que sería bueno que vinieras para que se te pudiera evaluar.

El luchador hizo una mueca ante la mención de «don Luca». Hasta los que no estaban metidos en ese nido de ratas lo llamaban así, o era que a lo mejor no había nadie realmente que no estuviera metido. Una enorme telaraña de poder en la que personajes como Gabrielli lo concentraban y disponían de los demás como si fueran meros recursos. Blake había creído que ya lo habían desechado, y ahora parecía ser que se había equivocado. La noticia había provocado en él sentimientos en conflicto. No estaba seguro de encontrarse en condiciones de tomar la decisión correcta, aunque no podía negar que ya le

habían puesto el caramelo en la boca.

—Necesito pensarlo —acabó diciendo.

—¿De veras? ¿Te han hecho una oferta mejor? —La respuesta a esa pregunta no iba a ser respetuosa, así que Blake se abstuvo de darla. Hart resopló y siguió—. Mira, Novak, siempre dije que eras un cabrón maleducado y mantengo mi posición. Pero da la casualidad de que también eres uno de los mejores de tu promoción. Hazte un favor y deja de desperdiciar tu habilidad. ¿Qué importa cómo regreses? La cuestión es que lo hagas y puedas restregarle eso en la cara a todos los que dijeron que no dabas la talla. ¿No es eso lo que quieres?

Lo era, no podía negarlo. O, al menos, lo había sido durante un buen tiempo. Si bien el orgullo le impedía admitirlo en voz alta, siempre había albergado la esperanza de volver algún día a la cumbre de la que tan cerca había estado. Por otro lado, su vida había cambiado muchísimo en los últimos dos meses, y no podía negar que aceptar ese trato iba a complicar las cosas.

—Sabes quién es Gabrielli. —dijo. Era una afirmación, no una pregunta—. Ya he tratado con él y no ha sido placentero, así que no me culpes por querer pensármelo. ¿O me vas a decir que no puedo darme ese lujo?

—Claro que puedes. Solo espero que no seas un idiota.

Kingsnake suspiró profundamente.

—Yo también.

La puerta del despacho se abrió y el que parecía ser el diablo en persona volvió a aparecer en escena.

—¿Hemos llegado a un acuerdo? —preguntó como si no se imaginara otra respuesta que un sí.

—Novak quiere un par de días para pensárselo —dijo Eric por el altavoz—. ¿Le parece bien?

Gabrielli miró a Blake y su ceja izquierda dibujó un arco pronunciado. Le

pareció incluso ver un ápice de sonrisa bajo su bigote.

—Ningún problema. Dejemos que el señor Novak se tome su tiempo — afirmó y tras una rápida despedida, colgó. En cuanto volvió a tomar su asiento tras el escritorio, Blake comprendió que ya no pintaba nada ahí. Se levantó, hizo un leve movimiento de cabeza y se dio media vuelta para salir de allí.

—No se lo piense mucho, señor Novak. O puede que deje pasar la oportunidad —le dijo Gabrielli antes de salir. Blake tuvo ganas de preguntarle por qué se había interesado de pronto en su suerte, pero no se atrevió.

—¡Hola, Novak! —le dijo alguien cuando estaba a punto de tomar el ascensor en dirección al vestíbulo. Al girarse, vio a un hombre ataviado con un traje arrugado que llevaba una taza de café en la mano. Le costó unos segundos reconocerlo.

—¿Vinnie? Mierda, has perdido un montón de peso.

—¿A que sí? Ahora estoy más bueno que tú. ¡Ja! —El guardaespaldas de Mia se palmeó la barriga con alegría. Blake sonrió ante el comentario. No podía caerle mal aunque lo desease. En parte, porque Vinnie era tan malo en su trabajo que Mia podía escaparse sin dificultad para ir a verlo. Eso le hizo recordar que la rubia seguía en su casa, y seguramente se estaba pudriendo del aburrimiento. O quizás no, pero no pensaba desperdiciar más tiempo ahí cuando podía pasarlo con ella.

—Adiós, Vinnie.

Subió al ascensor y el descenso se le hizo lento ante la perspectiva de seguir lo que había dejado a medias. Lo que no esperaba era que, al abrirse las puertas, vería a Mia y Noah charlando animadamente mientras caminaban en su dirección.

Se quedó paralizado. ¿Qué hacía Mia ahí? ¿Con él? La conversación que había tenido con Noah en el coche pasó a primer plano en su cabeza. Había dicho que le estaba yendo mejor cuando le había preguntado sobre su zona

amigo. ¡Hijo de la gran puta! ¡Trataba de robarle a su chica!

«Idiota, ni siquiera sabe que es tuya», se dijo a sí mismo. «Tranquilízate y no la cagues». Pensarlo era más fácil que hacerlo, pero lo intentó, incluso cuando Huesos, al verlo, sacó pecho y puso su brazo sobre los hombros de la joven. Pedazo de cabrón.

—¿Te ha ido bien allí arriba? —le preguntó con un deje de fanfarronería cuando reparó en su presencia. Blake dirigió una rápida mirada hacia ella y se dio cuenta de que tenía la cabeza inclinada y se observaba las manos.

—Sí, genial —levantó una ceja—. ¿Quién es tu amiga?

Se fijó en que Noah apretaba más a Mia junto a su cuerpo y aquello lo enfureció.

—Mia Gabrielli, te presento a Blake Novak. Aunque creo que ya os conocéis, ¿no?

Butterfly alzó la vista alarmada hacia él. Seguro que tenía miedo de que se fuera de la lengua en frente de su mierda de amigo.

—¿De veras? —preguntó—. No me acuerdo.

—Me ofende que no se acuerde, señor Novak. Bailó usted conmigo en la fiesta de compromiso de mi padre.

El luchador entrecerró los ojos.

—Mia, creo que Blake es de los que prefiere que le tuteen —intervino Noah—. De todos modos, tenemos prisa. Ya nos veremos.

Huesos empujó a la chica ligeramente para llegar hasta el ascensor y Blake notó que al pasar por su lado, ella le rozaba el brazo. Fue un gesto sutil que logró calmarlo un poco.

—Sí. Ya nos veremos —respondió, mientras las puertas metálicas se cerraban frente a su cara.

Capítulo 38. Cadenas rotas

A Noah McKay la mañana le pasó volando. Había desayunado con Mia y habían charlado de muchas cosas y, por fin, esa vez no habían acabado peleando. Desde luego tenía mucho que ver el hecho de que ninguno de los dos hubiese sacado a relucir ningún tema escabroso de los que les habían estado atormentando, y aunque quizás la conversación había podido resultar un poco superficial, en realidad era un alivio. No se habló de besos, de relaciones tóxicas, ni de deberes incumplidos. En su lugar, casi todo fue recuerdos compartidos sobre una época que ambos añoraban. Un nostálgico viaje al pasado.

Podía sentirse orgulloso además de haber propiciado una vez más un encuentro no planificado entre padre e hija. Consideraba que tanto al uno como al otro les hacía falta, sobre todo si tenía en cuenta los últimos episodios que habían enfriado tanto su relación. Mia había llegado a creer que don Luca había asesinado a su amiga.

Por la tarde, ella regresó a su casa. Acordaron, no obstante, volver a llamarse pronto. La impresión final fue que ella estaba mejor y bueno, tampoco le convenía acosarla, por mucho que la sensación de recuperar el tiempo perdido le clamara lo contrario.

Pasó los dos días siguientes distraído con esos pensamientos, hasta que al caer la noche del domingo, una sucesión de imágenes perturbaron su conciencia. La primera le recordó la desagradable sensación que le habían producido los desafortunados comentarios de Blake Novak. Ese tío era raro de cojones. No solo había escondido a una mujer en su apartamento cuando él hiciera acto de presencia, sino que además había insinuado... En fin. Que ya no le caía tan bien. Desgraciadamente, si aceptaba la oferta de don Luca, lo

iba a tener que ver más a menudo. Durante unos segundos pensó en la posible identidad de la supuesta mujer, aunque visto lo visto, quizás podía ser un hombre. Entonces recordó la última vez que había estado allí, en busca de aquella que se hacía llamar Butterfly y había resultado ser Charlotte Costello.

Noah se incorporó de golpe en su cama. La amiga de Mia era morena. El puto pelo que había encontrado en su cama era rubio. No era rosa, tampoco negro. Torció el gesto. ¿Y si ese cabrón estaba mintiendo? ¿Y si Charlotte no era la que habían estado buscando? ¿Y si la que estaba en su dormitorio era la verdadera Butterfly? La maldita chica que poseía los dos millones de dólares y el teléfono incriminatorio. «No será capaz, ese cabrón. No se habrá atrevido», pensó. Trató de sosegar el torbellino de ideas que empezaron a azotar su mente. Mierda. Ahí había algo.

Se tumbó con la convicción de que aquellas no eran horas para tratar de desentrañar una conspiración. Cuando despertó, cinco horas después, ya no podía pensar en otra cosa.

Se duchó, se vistió y desayunó sin dejar de darle vueltas y, cuando salió por la puerta de su apartamento, en lugar de dirigirse al casino, lo hizo hacia la tienda de tatuajes de aquel camello gilipollas que había asegurado ser el novio de la chica.

La encontró cerrada. No obstante, conservaba su dirección, conseguida cuando había sido uno de los objetivos después de que se les escapara. Fue la siguiente parada de su trayecto.

La zona, cerca del puerto, era uno de los barrios más feos de la ciudad, con edificios altísimos llenos de viviendas, construidos a toda prisa para alojar la cantidad de trabajadores que solicitaban las fábricas e industrias circundantes. Muchos de ellos además habían sufrido el impacto del tiempo y se podían ver grietas en sus fachadas que no favorecían en nada la sensación de seguridad. Noah no solía pisar aquella parte de la ciudad. Sabía que alojaba el mayor

porcentaje de traficantes de poca monta en cien kilómetros a la redonda. En consecuencia, también el mayor porcentaje de *yonkis* dispuestos a gastárselo todo por calmar el mono. Un sitio idóneo para los negocios si eras un hijo de puta sin moral. No era de extrañar que fuera el lugar que había visto nacer y crecer a Mike Siegel.

Nada más atravesar la primera fila de esas construcciones monstruosas, un tipo se le acercó ofreciéndole unas papelinas. Le siguieron otros dos, uno con relojes robados y otro tratando de robarle el suyo. No tuvo problemas para espantarlos cuando con un gesto disimulado les enseñó su pistola. Quizás no le habría ido mal la ayuda de Sonny, aunque no quería involucrar a nadie hasta estar seguro.

En vez de llamar al interfono, se coló en el interior del bloque, cuya puerta de entrada tenía todos los vidrios rotos. Llamó al ascensor, pero tras unos segundos se dio cuenta de que no funcionaba. Con resignación, empezó a ascender por las escaleras hasta un quinto piso y en el rellano tuvo que esquivar a una pareja que discutía a pleno pulmón.

Una vez en la puerta, supo que llamar le daría una oportunidad al cabrón para escapar, si era que estaba dentro, por lo que se limitó a forzar la cerradura tal y como su padre le había enseñado. Le costó un poco por la falta de práctica. Cuando lo consiguió, echó un vistazo rápido a la vivienda y escuchó un zumbido intermitente que venía del fondo. A los tres pasos pudo divisar a aquel gilipollas con su máquina de tatuar sobre el vientre de una chica. Todo tenía un aspecto bastante insalubre y no pudo evitar hacer una mueca al comprobar los pocos sesos que debían de tener ambos.

Desenfundó su pistola y apuntó a su objetivo.

—Tú, mamonazo. Deja de hacer lo que estás haciendo y pon las manos en alto.

Mike levantó la mirada, pero fuera de eso, su reacción fue tan lenta que no

cabía duda de que estaba colocado.

—¿Qué mierdas...? —entonó. La chica sobre su regazo murmuró algo ininteligible cuando dejó de aguijonearle el abdomen.

—Las manos en alto, imbécil —amenazó Huesos y dio unos pasos hacia ellos.

La chica se incorporó y se tapó los pechos que llevaba al descubierto. Mike acabó obedeciendo. Noah observó a la joven detenidamente. Tenía unos cuantos tatuajes y el pelo rubio platino, ¿podía ser ella Butterfly?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Oye, gilipollas... —empezó Mike, pero Huesos lo cortó.

—No te estoy hablando a ti. Contesta.

La mirada de la chica recayó sobre el cañón de su pistola y abrió mucho los ojos.

—A... Alyssa.

—¿Eres su novia?

—¡No! —exclamó con una mueca—. Que va. Solo somos amigos.

—Eres el otro gilipollas que buscaba a Butterfly —soltó Mike.

—¿Sabes? No deberías faltar al respeto a alguien que te apunta con un arma, pedazo de imbécil —exclamó Noah y le dio una patada a una mesa llena de pinturas que se desparramaron por el suelo.

—Está bien, tranquilo —clamó el otro y estiró la mano. Aquello puso en alerta a Noah y estuvo a punto de disparar si no hubiera sido porque Mike detuvo su movimiento.

—Solo voy a coger mi teléfono para dártelo y que puedas ver las malditas fotos. La muy idiota vino a borrarlas con tu amigo, pero se las envió a su propio correo y volvieron a grabarse en mi galería.

Noah asintió con los ojos clavados en cada uno de sus movimientos. Sin embargo, lo que acababa de decir empezó a confirmar sus sospechas, y no

supo cómo sentirse al respecto. En realidad sí, una pizca de orgullo por haber destapado al luchador, sumado a una cierta inquietud por la tormenta que el hallazgo iba a desencadenar.

—Ten. Quédatelo. Y no volváis por aquí. Me estáis jodiendo la puta vida.

Noah sujetó el teléfono sorprendido de que lo que había estado ahí todo el tiempo fueran unas simples fotos, no una dirección ni nada semejante. Quizás tampoco sacaba nada en claro con ello, pero por lo menos sabría si Butterfly era o no Charlotte. Con la otra mano que tenía libre miró la galería tal y como ese idiota le había indicado. Una sucesión de chicas desnudas pasó por la pantalla.

—Imbécil. Aquí hay un montón.

Mike suspiró.

—Solo hay una con el pelo rosa. ¿Es que ni siquiera sabes cómo es?

Noah pasó el dedo cada vez más rápido por la pantalla hasta que apareció una chica de espaldas y una cabellera lisa y corta de un color rosa pastel. Tuvo que enfocar los ojos para asimilar el dibujo que vio en su hombro. Un reloj, un puto reloj rodeado de flores y palomas. No podía ser casualidad.

Pasó la siguiente y le vio el rostro. Los preciosos ojos verdes de Mia Gabrielli lo miraron directamente a través de la pantalla. No llevaba nada más puesto que unas bragas del mismo color que aquella peluca. Fueron un total de cinco fotos subidas de tono que lo dejaron en shock hasta el punto de olvidarse de dónde y ante quién estaba.

—Ya está. Ahí las tienes. Te puedes ir.

Noah levantó la mirada por inercia. Se sentía aletargado, como si su cerebro se rehusara a procesar la información que acababan de entregarle sus ojos. Su primer pensamiento fue que debía de tratarse de algún tipo de estafa.

—¿Cómo mierda conseguiste estas fotos de ella? —preguntó.

Mike se encogió de hombros. No parecía ser consciente de que su respuesta

iba a determinar si vivía o moría.

—Pues porque me la follaba, ¿por qué iba a tenerlas si no?

La mano de Noah volvió a alzarse y apuntarle con la pistola.

—No me mientas —gritó fuera de sí.

La chica de su lado se echó al suelo y se puso las manos a la cabeza mientras sollozaba.

—¡No lo hago! —chilló Mike—. Era mi novia y me dejó, no sé nada más, ¡joder!

—¿Tu qué? —A Noah le costaba respirar.

—¡Mi novia! ¡Dos años de relación! ¡Dos! —El dedo de Huesos se posicionó en el gatillo—. ¡Oh, Dios! No me mates por favor, no quiero morir, no quiero morir. —La voz de Mike se deshizo en un llanto histérico a medida que el cañón de la pistola se acercaba a su cara. No era buena idea hacerlo, pero no podía evitarlo. El único pensamiento que lo dominaba era el ver los sesos de ese gilipollas pintando la pared.

El tono de llamada de su propio teléfono hizo que no se le fuera más la olla. Bajó el cañón del arma ante los gritos de aquellos dos, se dio la vuelta y salió del apartamento.

Antes de responder, se obligó a respirar profundamente varias veces. Era su padre quién lo llamaba.

Gracias a que todas las grabaciones se habían descargado en la nube, Mia pudo escucharlas de nuevo de principio a fin. También sacó nueva información para un posible golpe, pero aquello había dejado de tener importancia. Su angustia no hizo más que apoderarse de ella con cada palabra que salía por los auriculares, y la dominó por completo cuando Blake le envió un mensaje diciéndole que tenían que verse para hablar. No dejaba de pensar en que todo lo que habían construido juntos había dejado de tener sentido. Si Blake aceptaba la oferta de su padre, ya no la necesitaba. Y no solo eso, sino que los

planes que una vez había albergado y nunca había sido capaz de decir en voz alta también morían con tal decisión. Ya no se irían juntos a un lugar donde estarlo no supusiera esconderse, fingir y guardar el secreto. De hecho, ya no podrían estarlo. Si alguien los descubría, sería el fin para su carrera, una que parecía importarle y cuyas riendas iba a entregar a su padre.

Lloró de nuevo como una niña pequeña. Incapaz de combatir ese nuevo frente, se excusó ante el luchador hasta el lunes. Se sentía desgraciada. Quería creer, a pesar de lo que le decía el buen juicio, que Blake rechazaría la oferta y la elegiría a ella, pero sabía que el aferrarse a esa ridícula esperanza solo le iba a provocar más sufrimiento. Blake ya se había quedado una vez con ella, cuando su familia se había marchado, y aunque nunca había sabido el verdadero motivo, ya que cabía la posibilidad de que fuera por su gimnasio, se había repetido una y otra vez que era por su relación. Ahora volvía a dudar y no lo culpaba a él. Tener algo con Mía Gabrielli era un suicidio. No podía exigírselo a nadie, tampoco él debería hacerlo, no si pensaba quedarse y prosperar.

Su parte más ilusa reflexionó en la posibilidad de decir la verdad. Contarle a su padre que había conocido a alguien que la hacía feliz y con quien quería compartir lo que fuera que tenían. Llegó incluso a imaginarse que él lo aprobaba. Fue una bonita fantasía hasta que su parte racional la obligó a regresar a la realidad, y entonces se sintió aún peor. Eso jamás ocurriría. Luca Gabrielli nunca iba a permitir que su hija se juntara con alguien como Blake. Moriría sola e infeliz, posiblemente rodeada de gatos.

«Si mamá siguiera viva, todo sería tan distinto», se lamentó. Había entrado en un bucle de autocompasión y no podía detenerlo. El hecho de que su corazón intuyera que volvía estar ante una inminente pérdida hizo aflorar todos aquellos sentimientos de dolor que la habían atormentado en el pasado. Primero mamá, luego Charlotte y, posiblemente, también Blake.

La mañana del lunes Mia estaba un poco más sosegada. Ya se había dedicado hasta casi las tres de la mañana a sus pensamientos más funestos. Ahora simplemente todo había dejado de tener color para volverse de un tono gris asqueroso.

Fue hasta la universidad con Vinnie, que trató de darle conversación, como todas las mañanas, pero esa vez fue incapaz de reírle ni una de sus gracias. Si él notó su mal humor, lo disimuló muy bien.

En cuanto lo vio marchar, se dirigió andando al estudio de baile. No estaba muy cerca, pero le apetecía disfrutar del frío y aplazar cuanto pudiera lo inminente, como si eso fuera a evitarlo. Blake ya le había enviado un mensaje de que en una hora y media se pasaría por allí a buscarla. Le contestó con un simple «de acuerdo». Ni siquiera se atrevió a preguntarle nada, temía demasiado sus respuestas.

Como si pudiera percibir su estado de ánimo, el cielo se cubrió de nubes plomizas y una lluvia torrencial empezó a caer. Mia no llevaba nada con lo que cubrirse, y aun así, rehusó a ponerse a cobijo.

«Tremenda gilipollas eres», se recriminó, y optó por recordar la noche en la que había conocido al luchador y cómo habían transitado esas mismas calles, alucinados y subidos a una bici con una canastita de flores. No pudo evitar reír con aquel recuerdo, como si fuera una puta loca en medio de la calle. Quizás lo era.

Al llegar al estudio, tres personas se le echaron encima para cuidarla. Le quitaron la bolsa de las manos, le atusaron el pelo y le dieron una toalla para que se secase. Adoraba el ambiente de la escuela, lo amables y considerados que eran siempre unos con otros, y en solo cinco minutos ya se sintió mucho más reconfortada.

En cuanto Valerie se enteró de que estaba ahí, fue corriendo hasta ella y, tal y como había esperado, le propuso practicar una coreografía. No se negó y

pasó una hora ensayando sin rechistar y concentrada solo en lo que su compañera le decía.

—No sé qué te pasa hoy, pero no das pie con bola —le dijo cuándo dio la sesión por terminada.

Mia la miró ofuscada.

—¿Y por qué no lo has dicho? Creía que lo estaba haciendo bien.

—Ay, no sé, es que se te ve tan triste. Ni siquiera llevas una peluca.
¿Problemas con el tiarrón?

—Algo así —admitió.

—Hombres —renegó su amiga, y ambas se dirigieron a los vestuarios.

Los latidos de Mia empezaron a intensificarse a medida que se acercaba la hora en que Blake iba a recogerla. Ojalá pudiera detener el tiempo. Ojalá pudiera retroceder en él. Ojalá...

—Un hombretón híper sexy pregunta por ti, Butterfly —le informó Gala. Había llegado la hora—. Si no lo quieres, me lo quedo yo. Está como para arrancarle toda la puta ropa a mordiscos.

—¡Cállate, Gala! —la riñó Valerie.

Mia se pintó los labios de color rosa, como si de esa manera disimulara la mierda de pensamientos grises que la invadían. Se puso su ropa de Butterfly y se hizo con una de las pelucas que tenía en la taquilla, una rubia platino con mechones de distintos colores pastel.

Al salir al vestíbulo, lo vio ahí de pie, tan guapo o incluso más que de costumbre. Las gotas de lluvia brillaban sobre su pelo y la chaqueta de cuero. Una bufanda del color de sus ojos hacía que su mirada aún se viera más intensa. Y esos pantalones negros, mierda, se le ajustaban como un guante a sus torneadas y perfectas piernas. No era de extrañar que Gala y muchas otras no le quitaran los ojos de encima mientras se pavoneaban delante de él. Mia suspiró.

—Hola —le dijo al llegar a su altura. Ni un abrazo, ni un beso, y a unos dolorosos cincuenta centímetros de distancia.

Blake sacó las manos de los bolsillos y dio un paso hacia delante, pero al ver su expresión, se detuvo. Mia tuvo ganas de gritarle de que no lo hiciera, de pedirle que la abrazara con todas sus fuerzas y no la soltara nunca. Se tuvo que morder el labio para no hacerlo.

—Hola —respondió él con el ceño fruncido—. ¿Estás bien?

«No, me estoy desmoronando, ¿acaso no lo ves?», pensó. «No quiero que me dejes, joder.»

—Sí —mintió.

El luchador asintió.

—Hace un frío de cojones hoy —comentó—. Vamos, tengo la calefacción a tope, como te gusta.

Esto la hizo sonreír un poco. Inmediatamente se odia a sí misma por ello. «Eres patética. Es solo calefacción, no te está pidiendo matrimonio». Blake le abrió la puerta y la dejó pasar primero. Era como si una barrera imaginaria impidiese que mostraran la actitud cariñosa que tanto anhelaba. ¿Era solo ella o el distanciamiento por su parte ya había empezado?

Una vez estuvieron en el coche, el luchador abrió su chaqueta y se quitó la bufanda. Mia apartó la mirada en cuanto se percató de que su tentador cuello tatuado quedaba expuesto.

—¿Vamos a mi piso? —preguntó.

Encerrados, escondidos, aislados del mundo. Eso era lo único que podría haber entre los dos.

—De acuerdo.

Permanecieron todo el trayecto en silencio, incluso la radio estaba apagada y solo se escuchaba el rugido del motor y el repiqueteo de la lluvia al caer sobre la carrocería del coche.

Al llegar al apartamento, se percató de un olor bastante notable que provenía de la cocina.

—He hecho la comida —aclaró Blake y le ayudó a quitarse el abrigo—. No sé si será acorde a tus estándares, pero espero que te guste.

La joven se visualizó a sí misma derritiéndose como un helado al sol. Maldita sea, se lo quería comer a besos y ni siquiera era capaz de hablar. Lo observó mientras sacaba una bandeja del horno y la ponía sobre el mármol de la cocina. Era un pollo asado con verduras, dorado y con una pinta increíble. Su apartamento no tenía un comedor propiamente dicho, así que Blake puso los platos sobre la mesita pequeña de la sala y la invitó a sentarse cuando comenzó a servir. También trajo un par de cervezas.

—¿Muslo o pechuga? —preguntó.

—¿Eh? —dijo Mia.

—A mí me gusta más el muslo. Aunque la verdad es que no le hago ascos a nada.

—Pechuga —consiguió decir.

Blake le sirvió un trozo enorme. En ese momento le iba a costar un horror bajar la comida por una garganta obstruida por el miedo y la tristeza.

—¿No te gusta? —preguntó él.

Ella se dio cuenta de que había estado sentada frente a su plato durante varios minutos sin apenas tocarlo. Se obligó a dar un bocado. Estaba delicioso y aquello no hizo más que aumentar sus ganas de echarse a llorar.

—Yo también me siento así respecto a la comida, a veces —le dijo al ver que se le habían humedecido los ojos. Su comentario hizo que casi se atragantara al escapársele una carcajada—. Menos mal, estabas empezando a asustarme.

Dio un sorbo a la cerveza para bajar aquel pedazo de pollo. Luego lo miró a los ojos.

—¿Vas a dejarme? —Las palabras salieron solas de su boca. Imaginó que llevaban demasiado tiempo luchando por salir. Dio otro trago a la cerveza, uno que vació media lata.

El luchador dejó de comer y la observó muy serio. No parecía muy sorprendido y Mia se preparó para lo peor.

—Has escuchado la conversación —dijo después de un silencio que se le hizo insoportable.

No lo había negado. No lo había hecho. Entrecerró los ojos por la furia que se desencadenó en su interior e iba dirigida a su padre, una vez más.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Se presentó aquí Noah, casi me descubre, se te llevó ante mi padre. ¡Estaba histérica! Pensaba... Yo que sé, que podían habernos descubierto, que iba a hacerte otra putada, o que, joder, que iba a matarte porque había cambiado de idea. Te exigía dos millones, ¿sabes? Poca gente le debe tanta pasta a mi padre y puede contarlo. Claro que iba a escucharlo, todo, de principio a fin, y todas las putas veces que hiciera falta.

Tuvo que parar a coger aire porque durante su discurso apenas se había acordado de respirar. Blake seguía observándola con aquella expresión inescrutable.

—Bien —concluyó al fin—. Porque necesito que me ayudes a pensar que mierda he de decirle.

La joven se quedó con la boca abierta. Trató de cerrarla, pero ella sola se volvió a abrir y no emitió sonido alguno. Al final se pasó la mano por el pelo y se arrancó la peluca. Le estaba picando horrores, algo que nunca le pasaba. Entonces se levantó, se soltó el pelo y dejó que cayera sobre sus hombros y espalda mientras caminaba a grandes zancadas por el piso. De nuevo, debía parecer una loca desquiciada. Que inteligente por su parte, y que maduro, comportarse así.

—Yo... —empezó Mia—. Obviamente yo no puedo decidir por ti. Es tu

vida.

Blake dejó los cubiertos sobre el plato.

—A ver —dijo y se levantó de su asiento—. Este es el problema que tengo. Tu padre no es idiota. Sabe que el trato que me está proponiendo es demasiado bueno para que lo rechace. Si le digo que no, va a querer saber el porqué.

—Por Dios, Blake —se exasperó ella—. Deja de pensar en los demás y piensa en ti mismo. ¿Qué es lo que quieres tú? ¿Deseas volver a la liga profesional? ¿Eso te gustaría?

El luchador suspiró.

—Por supuesto que me gustaría. No voy a mentir. Pero no es lo único que quiero.

—¿Y qué es lo otro? —dijo con un hilillo de voz y levantó la vista para mirarlo a los ojos.

Blake soltó una carcajada. Estaban a unos pasos de distancia y la acertó aún más.

—Vaya genio que estás hecha si no has podido darte cuenta hasta ahora. Te quiero a ti, Mia Gabrielli. Me vuelves completamente loco.

Fulminada por un rayo, así era como se sentía. Pero por uno de color de rosa y lleno de corazones, cabe especificar. En su cara se dibujó una sonrisa estúpida y tuvo que pasarse el dorso del brazo por los ojos para contener las lágrimas.

—¿De verdad? —preguntó, y su voz sonó como la de una niña a la que le habían regalado un pony disfrazado de unicornio. O un unicornio, directamente.

El luchador la miró a los ojos, alzó las manos hasta su rostro y la besó en los labios con una devoción estremecedora, como si ella fuera preciosa, o como si tuviera miedo de perderla.

—Sí, de verdad.

Mia se obligó a volver a la realidad después de haber estado dando tumbos en un mundo de fantasía y a todo color.

—Te ha perdonado la deuda —constató. Aquella era la noticia que más la había alterado al escucharla, aunque eso la convirtiera en alguien ruin y mala persona. Blake era libre y no gracias a ella.

—Lo sé. —El luchador soltó un gruñido de frustración—. En realidad, me ha comprado a los Bondaryenko. O al menos pretende hacerlo, ahora que no valgo una mierda.

—Según ellos. Yo pagaría lo que fuera por ti.

Blake esbozó una sonrisa agrisada.

—Tú no tienes que hacerlo.

—Pero podría —dijo convencida. Recordó el golpe que se le había ocurrido en las escuchas realizadas a su padre. Tanto dinero que superaba con creces los dos putos millones, de hecho, hasta los doblaba. Su fantasía de largarse con el luchador se infló tan rápido como se desinfló, al pensar que él quería volver a la liga profesional. Ella era incapaz de conseguirle aquello, también de negárselo—. ¿Qué vas a hacer?

Por mucho que le pesase, era Blake quien debía decidir. El luchador se mostró pensativo durante unos instantes. Sus manos le acariciaron el pelo y Mia trató de no distraerse con el placer que eso le produjo.

—Si le digo que sí... —empezó, dubitativo—, ¿crees que algún día pueda aceptar que tú y yo...?

Algo explotó en el pecho de la joven al saber que Blake aguardaba la esperanza de que lo suyo pudiera ser real, mejor aún, normal. Chico conoce a chica, chica se lo presenta a su padre, y todos se llevan bien y son felices. No pudo reprimir el instinto de abrazarlo. Pasó sus brazos por debajo de los suyos y lo estrechó todo lo que pudo mientras hundía su rostro en su pecho. Extendió las palmas de su manos para que hicieran mayor contacto con el

calor que emanaba de su espalda y a través de su suéter, como si de esa manera pudiera sentirlo aún más suyo.

—No. No lo creo. Lo siento, Blake. —Le hubiese encantado poder decir que sí, que había una posibilidad, pero no quería engañarlo ni darle falsas esperanzas. Finalmente, su padre había ganado—. Te irá bien con él, siempre y cuando hagas lo que quiere. No creo que yo entre en esa ecuación.

—Joder —siseó él. Mia sintió cómo el pecho del luchador se hundía a medida que exhalaba y sus hombros bajaban, como si la energía abandonara su cuerpo. Sin embargo, los brazos de él la rodearon y la estrecharon con fuerza—. Esto es una mierda.

—Lo es. No es justo que tengas que escoger.

Ya estaba, lo había dicho. La joven sabía que esa era la verdadera decisión que él debía tomar. No consistía en aceptar un trato o no, sino en elegir lo que prefería y renunciar a lo demás.

Los latidos del corazón de Blake retumbaban con fuerza en sus oídos. Parecía tan agitado como ella, como si un peligro inminente los acechara. En realidad, así era.

—No quiero perderte —lo escuchó decir—. Que le den a la liga.

Era probable que en su maldita vida Mia jamás hubiera experimentado aquel tipo de dicha. Era tan intensa, tan desconcertante, que estaba haciendo lo imposible por no dejarse dominar por ella.

—Blake, no quiero ser la responsable de que renuncies a tus sueños. ¿Estás seguro de que eso es lo que quieres?

Aquellas palabras también eran las que más le había costado pronunciar jamás. Se separó un poco de él para mirarlo a los ojos.

—No puedo renunciar a algo que no tengo. Él me da la liga, pero me pone unas cadenas. Tú me dijiste una vez que querías liberarme, ¿no? Pues acabas de hacerlo.

Mia recordaba bien el momento en el que lo había visto en aquella jaula y la mirada de animal encerrado que tenía en ese momento. En contraste, ahora sus ojos grises le transmitieron paz y determinación.

—Y tú has hecho que me enamore de ti.

Capítulo 39. El último golpe

—¡Mierda! —bramó Noah en voz alta—. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Cada exclamación venía acompañada de un golpe al volante. No era capaz de parar. Al cabo de un rato, se vio obligado a aparcar y respirar repetidas veces antes de que la cordura lo abandonara del todo, tal y como lo había hecho en el piso de Mike Siegel.

Mia era Butterfly. Tenía que ser una puta broma. ¿Para qué coño había necesitado robar dos millones de dólares a su propio padre? No tenía sentido y rehusaba creérselo. Sin embargo, su mente no paraba de hilar ideas y hechos que antes le habían parecido inconexos, y que ahora empezaban a cobrar un nuevo sentido. Su actitud extraña y temerosa en la fiesta de compromiso. El que desapareciera esa misma noche después de que el maldito Novak bailara con ella. Su obsesión por investigar la muerte de Charlotte y el hecho de que sabía lo del dinero robado. La alarma de incendios que había activado cuando habían empezado a darle una paliza al luchador. Y el Bondaryenko; lo había usado para obtener acceso a la pelea, pero antes de eso había habido un atraco a la timba de póquer donde a Nico le habían fracturado la mano. El retaco aseguraba que habían sido media decena de personas, pero había otras versiones. Una fuente que Noah consideraba fiable le había asegurado que se trataba solo de dos: un hombre y una mujer. ¿Era posible? «Joder. Mia, joder, ¿qué has hecho?».

Y entonces se acordó de cómo había entrado al apartamento del luchador hacía apenas un día y este tenía una mujer escondida en su dormitorio. Un escalofrío desagradable le recorrió la espalda. No podía ser ella, y mucho menos haber tenido algo con aquella escoria. Su mente enseguida le proporcionó el recuerdo de una huella de nalgas sobre la harina en el piso de

Kingsnake. Sintió náuseas. Tenía que hacer algo para no volverse loco. Debía destapar esa maldita red de mentiras y comprobarlo con sus propios ojos.

Extrajo el teléfono que llevaba en el bolsillo de su chaqueta y abrió la aplicación de rastreo por GPS. La activó. La pantalla tardó unos segundos en cargar y cuando lo hizo, un mapa de calles le indicó que el aparato que rastreaba se encontraba en una dirección que ya había visitado antes. Era el estudio de baile Funktory. No perdió tiempo en arrancar y dirigirse hacia allí.

No estaba seguro de qué exactamente esperaba ver al llegar, tal vez solo tenía esperanzas de encontrar a Mia para que le diera explicaciones. Algo que le dejara las cosas claras y posiblemente lo revelara todo como un gran malentendido. No estaba preparado para la sacudida violenta que experimentó al ver el Camaro de Novak estacionado frente a la puerta de cristal. Medio minuto después, lo vio salir junto a una chica. Tenía el cabello platino y liso, con mechones de colores, una chaqueta rosa, unos vaqueros negros y rotos... Nada que ver con la forma de vestir de Mia, aunque su complexión y altura fueran similares. Aun así, no podía estar seguro y tenía que comprobarlo.

Vio cómo entraron en el coche y a continuación se fueron de allí. Noah les siguió hasta el edificio donde vivía el luchador y fue testigo de cómo ambos entraban en él. La luz de su apartamento se encendió mientras Huesos seguía inmóvil en el asiento de su coche. ¿Qué estaba haciendo allí? Por un momento, se preguntó si estaba perdiendo el tiempo. No obstante, al abrir de nuevo la aplicación del GPS, la respuesta le cayó como un balde de agua helada: el teléfono de Mia estaba en ese apartamento.

Sus manos apretaron el volante con tanta fuerza que le dolió. El primer impulso que tuvo fue el de salir del coche y caminar hasta la puerta del edificio. Barajó entre tratar de abrir la cerradura y simplemente apretar los botones del interfono hasta que uno de los residentes le abriera, cuando se le ocurrió otra idea: la escalera de incendios. Así el maldito Novak no iba a

tener tiempo de esconder a nadie.

Se precipitó hacia el callejón mientras la lluvia caía sobre sus hombros y le empapaba el traje. Cerca de un contenedor encontró aquella estructura metálica anclada a la pared de ladrillos. Su altura le permitió alcanzar sin dificultad la parte de abajo de la escalera y tiró de ella. No fue silencioso, pero el ruido quedó ahogado por el repiqueteo incesante de la lluvia sobre las superficies. Subió rápidamente los escalones del primer tramo sirviéndose de la barandilla mojada y resbaladiza. El tacto le heló la mano, pero no le importó, tampoco las gotas de agua que empezaban a empañarle la visión. Todas las ventanas de esa planta permanecían cerradas, por lo que no se preocupó de esconderse. En el segundo piso no fue muy distinto; pese a distinguir perfectamente el salón comedor a través de los cristales, la oscuridad y falta de muebles fueron una clara señal de que estaba deshabitado. En el tercer y último tramo llegó al apartamento de Kingsnake, que permanecía completamente iluminado. Con cuidado avanzó hasta asomar la cabeza por la puerta acristalada y pudo ver con perfecta claridad lo que sucedía en el interior.

Blake estaba de pie en medio de la sala junto a una chica. Él la abrazaba por la cintura y ella tenía sus brazos alrededor de su cuello, y los dos estaban unidos en un beso pasional. Quizás antes no había podido distinguirla bien por la distancia y el atuendo que llevaba, pero ahora ya no tenía tal excusa. Aquella joven de cabello rubio y rizado que se dejaba tocar por el luchador no era otra que Mía Gabrielli.

«¿Cómo? ¿En qué momento?», se preguntó, inútilmente. Ni siquiera podía apartar la mirada a pesar del dolor indescriptible que le atravesaba el pecho. Su mente trataba en vano de buscar alguna explicación lógica. Hasta ahora había imaginado que ella podía estar trabajando con el luchador, que ese malnacido de Siegel le había mentado sobre el origen de las fotos, pero verla

entregarse a otro hombre con semejante intensidad lo incapacitó para pensar en algo más que no fuera lo traicionado que se sentía. Mia, *su* Mia, se le había escurrido entre los dedos.

El recuerdo de aquella chica que se había entregado a él en una noche de tormenta de verano, en la casa de la piscina que olía a flores y rodeados de las pinturas de su madre, le vino con una viveza brutal. «Joder, cómo la había amado». Habría dado lo que fuera por mantenerla a su lado.

El dolor físico en su pecho lo hizo sentir como si lo estuvieran abriendo en canal. Apoyó la frente sobre sus manos, apretó los dientes y se abandonó a la desesperación total que lo había invadido. La lluvia se tragó el sonido de su llanto.

Entonces clavó la mirada en el luchador y una fuerte oleada de odio nació en sus entrañas. Mia no se le había escurrido. Aquel hijo de puta se la había arrebatado.

Su parte más enfermiza le gritaba a pleno pulmón que desenfundara su arma y terminara de una vez por todas con aquella desagradable escena. Sin embargo, la última pizca de raciocinio que le quedaba le impedía ponerse en una situación donde sería capaz de hacerle daño a ella. «No», se dijo. Aquel no era el momento, pero no tardaría en encontrarlo.

Blake observó las gotas de lluvia que golpeaban incesantes los cristales de su dormitorio. Se imaginó a sí mismo como un barco a la deriva que por fin había encontrado su ancla. Mia se había enamorado de él, y él lo estaba perdiendo de ella. Su vida era un gran desfile de malas decisiones y peor suerte, pero lo había llevado hasta ahí, y no podía evitar sentirse agradecido por ello.

Sonrió cuando notó las yemas de los dedos de Mia acariciarle el pecho desnudo y jugar con siguiendo el contorno de sus tatuajes. Decidió entonces que guardaría ese momento para siempre en la memoria como uno de los más

felices de su existencia. Fuera del pequeño refugio de su apartamento les aguardaba un mundo hostil y lleno de problemas. Lidar con él era algo que no iban a poder evitar. Aun así, la sensación de calma que le brindaba tenerla tumbada en la cama, a su lado, poder tocarla y simplemente oírla respirar, era tal que le parecía que nada más importaba y nadie podía hacerles daño. No quería romper esa ilusión.

—Oye —dijo y alargó una mano para atrapar uno de los rizos rubios de Mia y estirarlo un poco—. ¿En qué estás pensando?

Ella lo miró con aquellos hipnóticos ojos verdes.

—¿Te irías conmigo? —preguntó.

Había deseado tanto oír aquella pregunta que no sabía si se la había imaginado.

—¿Me estás proponiendo que nos escapemos juntos?

Blake se fijó en que le temblaron un poco los labios.

—Si no quieres, lo entiendo, es decir, que yo, que tú, que lo de rechazar la liga,...

—¿A dónde quieres ir?

Ella esbozó una enorme sonrisa y se incorporó. Parecía entusiasmada.

—Donde quieras, pero lejos. Un lugar en que los dos podamos ser y no tengamos que escondernos más.

Blake se preguntó si existía tal lugar. «Seguramente, sí», se dijo. Los putos Bondaryenko y Gabrielli no podían estar en todas partes. Trató de imaginar cómo sería irse a otro sitio, empezar de nuevo. ¿Qué haría con su vida? Enseñar, tal vez. Abrir otro gimnasio o, qué coño, trabajar en uno. Realmente le daba igual con tal de que Mia y él pudieran estar juntos.

—De acuerdo —asintió y se incorporó también. Luego añadió, a manera de reflexión—: Tal vez algún sitio más cálido.

Mia lo sorprendió con un beso efusivo y espontáneo.

—Claro. Sí, por supuesto —dijo y lo abrazó—. Un último golpe y nos vamos.

El luchador alzó las cejas.

—¿Un último golpe?

—Necesitaremos dinero para abrir un gimnasio para que enseñes a chicos. Y he pensado que yo... Quizás yo podría enseñar a bailar. No sé. Son ideas.

Blake inclinó la cabeza hacia un lado y esbozó una pequeña sonrisa.

—Podría ser un gimnasio a la vez que un estudio de baile. Ya sabes, para ahorrar en alquiler.

—¡Sería genial! —dijo ella y volvió a besarlo, pero esta vez en la mejilla. Fue un gesto fugaz, pero lo hizo sentirse como un niño al que estaban mimando, o al menos así se imaginó que habría de sentirse uno. Se perdió un poco persiguiendo sus labios como respuesta.

—¿Tienes algo en mente? —preguntó finalmente.

Mia tardó unos segundos en hablar. Se había quedado sin aliento.

—Sí —dijo al fin con un adorable rubor en sus mejillas—. Cuando escuché la conversación que tuviste con mi padre, vi que había más grabaciones. Una me dio la clave. Podremos sacar suficiente para reconstruir nuestras vidas sin problema. Eso sí, tiene que ser pasado mañana. Voy a comprarte, Blake Novak. Vas a ser mío.

—Ya soy tuyo. —Por más que le encantara escucharla expresarse así, no pudo evitar pensar en el posible riesgo de lo que ella estaba proponiendo—. Pero no vamos a tener mucho tiempo para prepararnos. ¿Estás segura de que es una buena idea?

—Sí. Necesitaremos a Ozzie y dos coches, mejor si son robados. Ya lo verás, será coser y cantar.

Blake sonrió. La primera vez que ella le había propuesto hacer golpes y le había dicho eso, no le había creído. Claro que, ¿quiénes eran ellos dos para

joder los negocios de la gente más poderosa de la ciudad y no morir en el proceso? Una niña rica y un luchador con pocas luces, esa había sido su respuesta original. Lo que le vino ahora a la mente sonaba bastante diferente. Eran un equipo. Y podían hacer lo que les diese la gana.

—¿Qué hace Willy aquí? —preguntó Mia.

Se encontraban en un descampado, cerca de la interestatal y al lado de una antigua fábrica semidestruida donde tenían apostados los dos vehículos con los que iban a realizar el golpe. Faltaba Blake, que no tardaría en llegar.

Ozzie abrió la boca para responder, pero Willy se le adelantó.

—Quiero participar.

La rubia recorrió con la mirada su brazo vendado y los parches que tapaban sus quemaduras en el rostro y cuello. Negó con la cabeza. Willy ya se había hecho suficiente daño ayudándoles.

—No creo que sea buena idea —advirtió seria y miró a Ozzie con desaprobación.

—A mí no me mires —dijo Ozzie y levantó las manos—. Yo ya le dije que no, pero cogió el coche. Me ahorró un viaje y tampoco le iba a pegar a un lisiado para impedirselo.

—No soy un lisiado —protestó el aludido—. Lo que pasa es que no tienes cojones de pegarme porque sabes que te daría una paliza.

Ozzie esbozó una sonrisa afable.

—Si no fuera así, te habría abandonado ya, pequeño gilipollas. —Dirigió su atención a Mia justo cuando esta iba a intervenir—. Al margen de eso, podríamos necesitar su ayuda. Blake puede conducir muy bien, pero lo haría mejor si alguien se ocupara de recoger lo que le pases, en vez de tener que hacerlo él mientras sujeta el volante. ¿No crees?

En eso Ozzie tenía razón. Después de que Veronica interceptara la ruta que iban a realizar los camiones de Translisco, empresa que se encargaba de

transportar los pagos en dinero negro de las familias afiliadas al sindicato a un almacén de la ciudad, habían tenido la difícil tarea de escoger solo a uno de ellos para asaltarlo. Cada camión tenía un recorrido único y, tras estudiarlos todos, se decantaron por aquel que iba a transitar en un tramo recto durante más tiempo y durante la noche. De esa manera, uno de los coches iba a poder acercarse a la parte de atrás sin ser detectado y, desde allí, Mia accedería al camión. Como era de esperar, Blake no estuvo muy feliz con la idea de que ella se encargara de la parte más peligrosa, pero se quedó sin argumentos para rebatirlo. Mia era la única de los tres que sabía abrir cerraduras. Corrección, de los *cuatro*.

—Está bien —aceptó ella—. Irás conmigo y con Kingsnake, y en cuanto esté sobre el capó, te pasarás al asiento de copiloto para recibir los paquetes, ¿entendido?

Willy asintió con un entusiasmo más que evidente. Ni siquiera se había recuperado y ya quería meterse en problemas. La rubia suspiró y trató de no pensar en lo culpable que la hacía sentirse eso. Después del golpe, Blake y ella irían a por sus pertenencias para inmediatamente largarse para siempre de allí. Algo se sacudió en su interior al pensarlo. Por fin había llegado el día en que iba a dejar todo atrás, y con una persona por la que era capaz de darlo absolutamente todo. Podía notar que la expectación y el nerviosismo revoloteaban en su estómago y aceleraban su pulso. Se obligó a tranquilizarse. Era de vital importancia estar concentrada para que todo saliera bien. El último golpe para alcanzar la felicidad.

—De acuerdo —dijo Ozzie y se refrotó las manos de forma ansiosa—. ¿Cuánto falta?

Mia miró su reloj. Eran las once y media de la noche. A las doce en punto, el camión pasaría por el kilómetro cincuenta y tres de la interestatal y entonces, uno de los coches ya tendría que estar delante de él para impedir que

viajara a más de cien kilómetros por hora. A una velocidad mayor, a Mia no solo le sería imposible realizar su tarea, sino que correría el riesgo de salir despedida por los aires y probablemente morir tras el impacto. Habían tenido ocasión de ensayarlo una sola vez, y el luchador se había negado a poner una velocidad superior a los ochenta kilómetros. Mia sabía que podía aguantar hasta cien y se había ocupado de hacérselo saber a Ozzie en privado. Lo importante, después de todo, era que el conductor del camión no se enterara de nada.

—Veinte minutos —respondió con el ceño fruncido. ¿Dónde estaba Blake? Ozzie pareció leerle la mente.

—Voy a llamar a ese zoquete, a ver —comentó y sacó su teléfono. Lo dijo con el mismo tono burlón de siempre, pero había una nota de preocupación en su mirada que a Mia no se le pasó por alto. Aquello la volvió a poner nerviosa.

«Contrólate», pensó. «Respira. Seguro que aparece en nada.» No era momento de dejarse dominar por sus inseguridades, no después de la conversación que habían tenido dos noches atrás. Aún se le entrecortaba la respiración al recrearla. Blake estaba dispuesto a dejarlo todo por ella. La amaba. Tenía que confiar en él.

—¿A dónde crees que vas, saco de mierda?

Al luchador se le heló la sangre al escuchar esa voz. Su mano se quedó suspendida en el aire a medio centímetro de la manija de la puerta de entrada a su apartamento, y en la superficie plateada de las jambas pudo ver el reflejo distorsionado de quien, sin duda alguna, le estaba apuntando con una pipa en la cabeza.

— McKay. —Decirlo en voz alta fue como leer su propia sentencia.

—Ni se te ocurra hacer una gilipollez. Date la vuelta, lentamente.

Blake lo hizo. Su instinto le gritaba que actuara rápidamente y no se dejara

acorrallar, pero en el momento supo que eso no lo iba a salvar. Huesos no era idiota, y se había puesto a suficiente distancia como para quedar fuera de su rango. Estaba a su merced.

—¿Que mierda haces? —preguntó Blake a pesar de ya intuir la respuesta. La cara de Noah, contorsionada en una mueca de odio apenas contenido, habló por sí sola.

—Cállate —escupió—. Abre la puerta y entremos.

El cañón de su arma llevaba silenciador. Blake apretó los puños y sintió que los músculos de su pecho se ponían tensos, como si llevara una coraza en la que rezaba, en letras muy grandes, la palabra «perdedor».

—Ahora —ordenó McKay.

El luchador aún albergaba la esperanza de que algún vecino suyo irrumpiera en el rellano, a pesar de que las posibilidades fueran prácticamente nulas. Había solo dos apartamentos por piso y el sujeto que vivía en frente trabajaba de noche.

No le quedó más remedio que obedecer. Con un ligero gesto de cabeza, Noah le indicó que se sentara en uno de los sillones, y él se acomodó en el reposabrazos del que había enfrente. No dejó de apuntarle.

—Eres un puto traidor y un mentiroso —dijo con inquina. Tenía las pupilas dilatadas y el rictus deformado—. ¿De verdad creías que podías engañarnos?

—¿De qué coño hablas?

Huesos dio una patada a la mesita de té que había frente al sofá y la volcó. El cristal opaco de la superficie se hizo añicos.

—Debería matarte solo por lo imbécil que eres. ¿Así que una mujer casada, no? ¡Te estabas riendo en mi puta cara! —alzó la voz.

El luchador soltó un gruñido de frustración. Tenía que ser su destino que al maldito «pagafantas» de Mia se le ocurriera venir a amenazarlo justo cuando estaban a punto de dar el último golpe.

—No lo estaba haciendo. De hecho, habría preferido no tener que esconder lo que tenemos, pero está el inconveniente de que ella nació rodeada de tíos como tú que preferirían ponerme una bala en la cabeza antes que dejarla ser feliz. —La sangre se le acumuló en las sienes y el miedo dio lugar a la rabia—. ¿En serio vas a matarme porque te robé a la chica? Das pena.

—¿Feliz? —Huesos soltó unas cuantas carcajadas. Su risa fue extraña, aguda, como si algo se hubiera roto en su garganta—. Eres un puto deshecho, Blake Novak. Pero respóndeme a esto, que tengo curiosidad: ¿cómo un mierdas como tú va a hacerla feliz haciendo que robe a los suyos para salvar tu puto culo? La has estado utilizando. Y no solo eso. La has puesto en peligro, desgraciado.

El dedo de Noah se deslizó sobre el gatillo y Blake supo que podía tener los segundos contados. Sin embargo, fue incapaz de contestar. McKay no tenía ni puta idea de nada, pero había dado de lleno con esa pregunta: ¿cómo podía hacerla feliz? Una vez acabaran los golpes y la emoción desenfrenada que estos les proporcionaban, ¿qué era lo que quedaría entre ambos? Mia parecía estar convencida de que él era algún tipo de superhéroe, pero con el tiempo seguramente se daría cuenta de que estaba muy lejos de serlo. De que no valía ni una décima parte de lo que ella pensaba.

—¿Ahora te callas, no, hijo de puta? Pues vas a hablar, por mis cojones que vas a hacerlo. ¿Te inventaste lo de que ella te robó el dinero, no? Pensabas quedártelo, pero Charlotte se os adelantó y se largó con él. Quizás incluso la mataste tú y no se lo dijiste a Mia. Pero no estabas dispuesto a quedarte sin la pasta y la obligaste a salir con ese desgraciado de Andrei para poder atracar luego la timba. Yo te daré pena, pero tú me das asco.

Las ganas de autocondpadecerse se le esfumaron al escuchar aquella ráfaga de estupideces. Estaba más que harto de que lo acusaran de cosas que no había hecho.

—Si eso es lo que crees, ¿por qué no me has matado aún? —exclamó en contra de cualquier instinto de supervivencia que pudiera tener—. Eres tan listo que lo sabes todo, ¿no? Una mierda. No me conoces, y por lo visto, tampoco la conoces a ella. No me inventé nada. Mia quiso ayudarme.

A Noah se le hinchó la vena de la frente y permaneció unos segundos callado.

—Y tú te aprovechaste. La sedujiste para que lo hiciera. Os vi —acusó—. Hiciste que me pusiera un micro, que mintiera a su padre una y otra vez, que pinchara el teléfono del maldito ucraniano, que se obsesionara con la muerte de su amiga hasta el punto de casi morir por ello a manos de un sicario. La lanzaste a los brazos de Alexander Costello, un tío peligroso, despiadado y cruel. También la dejaste tirada en mitad de la noche a punto de sufrir hipotermia y permitiste que se jugara la vida provocando un incendio en un negocio entre los Bondaryenko y los Costello para salvarte de una mierda de paliza que bien te merecías. ¿Sabes qué le habría pasado si la hubieran descubierto? Creo que puedes llegar a imaginártelo. Tienes razón, Kingsnake, no te conozco. ¿Qué clase de monstruo eres para permitir todo esto?

Joder, era verdad. No podía negar que tenía la culpa de muchas de esas cosas. Las que había hecho Mia, por otro lado... Había asumido que de ser descubiertos, su estatus de hija del jefe la protegería, pero no había considerado hasta ahora de que se la podría juzgar de traidora. Había ciertos momentos en el *ring* que para Blake sucedían a cámara lenta. Podía anticipar el movimiento de su contrincante y analizar las ramificaciones de cada uno de los contraataques que este decidiera utilizar. Esta vez no había *ring*, pero sí que había ramificaciones, y por un segundo, el luchador fue capaz de apreciarlas con una claridad pasmosa. Decirle a McKay que Mia era en realidad el cerebro de la operación difícilmente iba a cambiar su propia suerte, pero ¿sería este capaz de volcar su ira contra ella? ¿Comunicárselo a

su padre? ¿O a otros miembros de ese sindicato al que pertenecían? ¿No era mejor que todos creyeran que él la había obligado a hacer todas aquellas cosas? Quizás era lo único que podía ofrecer sin empeorarlo más o poner de nuevo la vida de Mia en peligro. La decisión estaba clara; acarrearía con la culpa y se arriesgaría.

El luchador abrió la boca para responder y entonces sonó su teléfono.

—Dámelo —ordenó Huesos. Blake miró la pantalla antes de entregárselo. Era Ozzie. Faltaba poco para las doce, ¡mierda!—. ¡He dicho que me lo des! —El grito vino acompañado de una patada contra su televisor que acabó estrellado en el suelo. McKay le arrebató el teléfono.

—¿Quién es? —preguntó al ver que no era el nombre de Mia el que salía en la pantalla. Tenía el entrecejo fruncido.

—Un amigo —dijo Blake. Trataba de permanecer lo más calmado posible, pero joder, qué difícil le estaba resultando. No solo su vida estaba en peligro, sino que las de Mia y Ozzie también. Una nueva idea se cruzó por su mente: si no recibían noticias tuyas, ¿asaltarían el camión sin él? ¿Irían a buscarlo? Cualquiera de las dos opciones sería desastrosa.

Noah se guardó su teléfono en el bolsillo y, sin darle tiempo a reaccionar, le propinó un puñetazo al luchador en toda la mandíbula. El instinto de Blake fue incorporarse para devolverle el golpe, pero se volvió a encontrar con el cañón de la pistola y se lo pensó mejor.

—Tengo otra duda —empezó Huesos—. ¿Qué planeabas hacer con ella cuando consiguieras el dinero? ¿Ibas a dejarla tirada, o algo mucho peor? Porque imagino que esto de los golpes se iba a acabar en un momento u otro, ¿no? No fuera a ser que te descubrieran.

«Estás muerto», le dijo a Blake una voz interior. «Así es como mueres». Se acordó de que hacía tan solo dos noches había pensado en su desastre de existencia como algo positivo, algo que lo había llevado por fin a conocer a la

mujer de su vida. Ahora, todo eso se iba a ir por el retrete. Quizás un hombre más disciplinado habría apretado la mandíbula y se hubiera ido callado, pero a Kingsnake no le apetecía.

—¿Quieres una declaración firmada de que soy un hijo de puta? —preguntó—. Lo soy. No valgo ni el suelo que ella pisa. Pero mientras aún me quiera a su lado, ahí es donde me quedaré.

Noah apretó el gatillo y la bala se alojó en la estructura mullida del sillón. No se escuchó más que un leve silbido y Blake pudo sentir cómo el proyectil había cortado el aire junto a su oreja. De reojo vio el agujero humeante que había dejado tras su paso en la tela.

—¿Sí? —preguntó el rubio con un tono de mofa exagerado—. Yo creo que no. ¿Qué crees que va a hacer su padre cuando se entere de lo que has hecho? ¿Que te dará su bendición?

Blake se levantó del sillón.

—Pedazo de cobarde —dijo—. Deja de esconderte detrás de tu jefe. Si lo que quieres es desquitarte conmigo porque perdiste tu oportunidad con ella, ¡adelante! A ver si tienes huevos de hacerlo sin la pistola.

La exhalación de Huesos fue desmedida. El arma tembló en su mano. Durante unos instantes, a Blake le pareció que iba a perder el control y el siguiente disparo iba a dirigirse a su cabeza.

—No he venido aquí a medirme la polla contigo, malnacido—. Bufó McKay como un toro enfurecido y dio un paso hacia atrás para salir de su alcance—. Ahí está la diferencia entre los dos. Te crees que esto es una puta competición en la que poder demostrar tu hombría. Pues no. No estoy hablando de lo que siento por ella, sino de que has tocado a la hija del jefe, la has manipulado y puesto en peligro. Por lo que a mí respecta, eres basura percedera, un engaño que tarde o temprano ella descubrirá. Pero él, don Luca, te lo va a hacer pagar. Si quieres evitar hacer más daño del que ya has hecho, si quieres evitarle más

sufrimiento a Mia, te largarás ahora mismo y no volverás jamás.

El teléfono de Blake volvió a sonar, esta vez desde la chaqueta de McKay. Este no apartó su mirada del luchador, más bien la agudizó mientras sacaba el aparato del bolsillo. Desvió sus ojos por una fracción de segundo para mirarlo, muy poco tiempo para cogerlo desprevenido, pero lo suficiente, aparentemente, para que la expresión de Noah cambiara por completo.

—Así que la llamas Butterfly —gruñó—. Contesta y dile que te vas a largar.

Las palabras sobresaltaron tanto al luchador que casi no llegó a coger el teléfono cuando Noah se lo lanzó. ¿Decirle que se iba a largar? Mia sería capaz de creérselo, desde luego que él le había dado más de un motivo.

Su mente luchó desesperadamente para servirse de cualquier cosa que pudiera salvarlo.

—¡Blake! —exclamó ella apenas descolgó—. ¿Dónde estás? Estamos esperándote.

—Mia... —dijo y tuvo que aclararse la garganta. La posibilidad de que esta fuera la última vez que escuchaba su voz lo golpeó en la conciencia.

—¿Qué? ¿Qué sucede? ¿Blake?

—Hazlo —susurró McKay.

«Maldito seas, hijo de puta.»

—Dime que estás de camino porque el camión no espera —intervino ella. El luchador lanzó una mirada de soslayo a Huesos y, a juzgar por su expresión pensativa, supo que se había percatado de aquella información y trataba de entenderla.

—Ha pasado algo. Tengo que marcharme —dijo Blake rápidamente.

Casi podía ver su cara de sorpresa y decepción. Cerró los ojos y trató de ignorar el dolor que le provocó la pausa que escuchó al otro lado. Iba a obedecer a Noah, pero solo hasta que se le ocurriera una solución mejor que no incluyera ser agujereado por una bala.

—¿Pero estás bien? —dijo ella con un hilillo de voz.

Blake se sintió culpable de estar vivo. No era la primera vez, desde luego que su niñez ya lo había acostumbrado a ese sentimiento, pero que le pasase con alguien que lo amaba de verdad era peor, mucho peor. Sabía lo que era ser abandonado, Mia y él tenían eso en común. No quería ser una persona más en la lista de los que la habían defraudado, joder, no quería hacerle eso.

—Sí. Es mi familia —respondió. Se le había secado la garganta.

—¿Qué ibas a hacer? —susurró Noah—. ¿Para qué un camión?

—¿Volverás a por mí? —intervino Mia tras otra pausa.

«Aunque sea lo último que haga», pensó el luchador, e ignoró a McKay. Sin embargo, este se tensó repentinamente.

—Lo haré —prometió—. No hagas nada sin mí.

Noah le arrebató el teléfono y colgó. A continuación le dio con la culata del arma en la sien y un dolor agudo le cegó por un momento.

—¡Ibais a dar un puto golpe! —bramó—. Ibais a robar uno de los transportes del sindicato. ¿Es que estás mal de la cabeza? Eso habría sido vuestra puta sentencia de muerte, joder.

Tal vez estaba en lo cierto. Con suerte, Mia y Ozzie cancelarían la misión. No podrían hacerlo con solo dos personas, ¿no? La incertidumbre lo invadió por un momento. No obstante, solo podía lidiar con un problema a la vez, y el que tenía enfrente se llamaba Noah McKay. Lo que le quedó claro en ese momento fue que no tenía mucho tiempo para actuar. Huesos, en su afán de dramatizar, había desviado el arma un poco. Blake se lo tomó como una invitación.

Cuando Mia colgó el teléfono, le llevó un buen rato hablar, incluso a pesar de que tanto Ozzie como Willy la miraban expectantes. Estaba sumida en una vorágine de pensamientos que se solapaban unos a otros y la confundían para sacar una conclusión. Blake no iba a venir. Estaban solos. Y no solo eso, sino

que además, él no se la llevaría lejos, tal y como habían acordado, al menos no por el momento. La historia volvía a repetirse. Era como si estuviera condenada a una pesadilla en la que siempre se quedaba a las puertas de realizar sus sueños. No podía obviar que Charlotte también había prometido que volvería y nunca lo había hecho. Había muerto.

Un frío repentino le recorrió la espina dorsal a la joven y se sacudió ligeramente. ¿Qué le habría pasado a su familia? ¿Por qué no lo compartía con ella? Le dolió el silencio, porque la incertidumbre generaba preocupación, miedo y ansiedad. Emociones a las que no quería sucumbir.

Levantó la vista y observó a sus compañeros. Seguían siendo tres, como en un principio. Podían conseguirlo. Si daban el golpe, ellos se marcharían con los bolsillos llenos. Ella, en cambio, se quedaría a esperar a Blake y, cuando regresara, sería capaz de ofrecerle una vida equiparable a la que había tenido antes de conocerla, y se esforzaría por que fuera aún mejor. Estaba decidido entonces. No iba a dejarse vencer por los miedos y las inseguridades, no iba a perder la esperanza. Había llegado muy lejos y hecho demasiado para rendirse ahora.

—Blake no va a venir —sentenció con voz rotunda—. Pero daremos el golpe igual.

—¿Qué? ¿Por qué cojones no va a venir? —gruñó Ozzie. Luego dio un golpe sobre el capó y lo abolló.

Mia lo ignoró. No tenían tiempo para explicaciones que ni siquiera ella era capaz de dar.

—Willy, tu conducirás el primer coche e irás delante. Ozzie, tú el segundo. Confío en que tu pericia te permita coger lo que sea que encontremos dentro y no estamparte contra el camión mientras lo haces. ¿Estamos de acuerdo?

—Yo puedo conducir y cargar, si Ozzie no quiere —se ofreció Willy.

El aludido chasqueó la lengua de forma sonora. Se le veía furioso. Mia

imaginó que, en cierto modo, el que Blake no se presentara se podía considerar una traición. No solo era que habían trabajado mucho para llegar hasta ahí, sino que además habían puesto unas ilusiones y un empeño que ahora podía verse frustrado. Por eso, ella no iba a renunciar, porque ninguno de ellos merecía quedarse sin el gran premio.

—Lo haré —dijo Ozzie al fin—. Pero su parte nos la repartimos. No va a ver ni un céntimo. Pedazo de cabrón que está hecho.

Mia arqueó las cejas, indignada.

—Ni hablar. Se queda su parte o renuncio. No ha venido, pero lo merece tanto como cualquiera de nosotros, incluso más.

—Butterfly tiene razón.

—¡Tú te callas! —gritó Ozzie y dio un empujón en el hombro al chico. Este no protestó, aunque por su expresión quedó claro que le había dolido. Lo había hecho en el lado de las quemaduras.

—¡Ozzie! —le riñó la joven—. Tranquilízate, joder. ¿Es que crees que no eres capaz de hacerlo?

—Claro que lo soy. Solo que me jode. Tú no lo conoces tanto, pero yo sí, Butterfly. Siempre hace lo mismo.

La expresión de Mia permaneció imperturbable, aunque aquello no era lo que esperaba oír. Quizás habría caído de nuevo en un bucle de sentimientos de desengaño si no hubiera sido porque su alarma sonó. Se les había acabado el tiempo.

—En marcha —se limitó a decir, con el sabor amargo de la hiel en sus labios.

La patada pilló a Noah desprevenido, y aunque no le hizo mucho daño, la pistola salió despedida de su mano. No se hacía ilusiones sobre sus posibilidades en una pelea a puño limpio contra un luchador profesional y maldijo el haberse descuidado. Escuchó los vidrios de la mesa rota crujir y,

antes de que pudiera hacer algo al respecto, una segunda patada le impactó en el pecho con tanta fuerza que lo dejó sin aire. Trastabilló, incapaz de mantener el equilibrio, hasta que su espalda chocó contra la pared de ladrillo expuesto. Se agarró a los bordes sobresalientes para incorporarse, aunque lo hizo de forma lenta y torpe. Kingsnake no se quedó esperando. Una ráfaga de puñetazos le cayó como si fueran piedras y Huesos apenas tuvo tiempo de alzar los brazos para salvaguardar su cabeza. Su propio golpe logró conectar con la mandíbula de Blake y poner un poco de distancia entre los dos. Se dejó llevar y propinó unos cuantos impactos más. Sabía que no debía hacerlo, pero sus manos prácticamente actuaban solas, fruto del escozor en sus entrañas debido a las ganas que tenía de partirle la cara. Novak consiguió esquivar el último ataque y su puño tatuado impactó contra su hígado con tanta eficacia que el cuerpo de Huesos se encogió sobre sí mismo. Un fuerte tirón de su chaqueta lo envió hacia delante y, sin poder evitarlo, derribó dos taburetes y se estrelló contra un lado de la encimera de la cocina.

Peleó para incorporarse. La cabeza le zumbaba tras haber impactado contra el mármol y la sensación de líquido caliente sobre su frente le informó que estaba sangrando. En cuanto logró hacer que sus piernas le hicieran caso, se abalanzó sobre la superficie pulida y estiró una mano para alcanzar los cuchillos de cocina.

Los brazos de Blake atraparon su cuello y aplastaron su garganta. La visión de Huesos empezó a llenarse de manchas blancas. Iba a perder el conocimiento. «Maldita sea, ¡no!», pensó mientras se forzaba a permanecer consciente. Tenía que proteger a Mia de ese psicópata, de su ridícula obsesión que iba a hacer que ella terminara muerta. Casi a ciegas, encontró un mango de madera y lo sacó de un tirón. Trató de clavarlo por encima de su hombro, en el cuello o la cabeza del luchador. Le pareció que el cuchillo rozaba algo y de pronto su atacante lo liberó de un empujón, y pudo respirar de nuevo. Se giró

rápidamente y movió el filo en un arco, buscando darle al luchador a pesar de que su garganta lastimada lo hacía toser con violencia. Vio que Blake se echaba hacia atrás y avanzó al mismo tiempo que lanzaba una estocada a su estómago. El hombre tatuado la sorteó. Volvió a atacar y este lo esquivó de nuevo, con una facilidad que a Noah le resultó desesperante.

—Deja de hacer el imbécil, McKay —gruñó Blake—. No vas a ganar.

—¡Cállate! —estalló Huesos. ¿Quién se creía que era ese energúmeno? Un maldito intruso, escoria, ¿qué demonios veía Mia en él?—. No voy a dejar que destruyas su vida, hijo de puta.

En ese momento, Blake dio un paso rápido hacia delante y se coló bajo su guardia. Noah se esperaba otro golpe, pero Kingsnake enganchó una mano en su nuca y se impulsó. De pronto, las piernas del luchador se asieron a su torso y el peso de este arrastró a Noah hacia abajo. En un parpadeo estaba en el suelo, con su brazo armado atrapado en una palanca. Un grito de dolor escapó de su garganta al notar cómo se lo extendía más allá de su capacidad. Tanteó con desesperación por el parque en busca de algo que le ayudase, y en ese momento su vista se fijó en un objeto negro tirado sobre una colchoneta de entrenamiento, entre las pesas y el saco de boxeo. Era su pistola. Como un hombre ahogándose en busca de un salvavidas, se lanzó hacia ella con toda la fuerza que tenía y estiró su brazo libre. El peso de Kingsnake empujaba hacia el lado opuesto y eso provocó que se frustrara su intento, además de un profundo suplicio. Sin embargo, los dedos de Noah consiguieron alcanzar la tela de la colchoneta y tiró de ella. El movimiento brusco hizo que el arma se deslizara hacia atrás, sobre la superficie. No obstante, la punta de su dedo índice logró tocarla. Sentía que su hombro estaba a punto de ser dislocado, pero se obligó a luchar contra la agonía.

El momento en el que su mano se asió con firmeza a la culata de la pistola, fue también el instante en el que Blake le arrebató el cuchillo de su otra mano.

Ninguno de los dos hombres se molestó en levantarse del suelo. Sus cuerpos se movieron al mismo tiempo, buscando desenredarse y, a la vez, se precipitaron el uno hacia el otro con toda la violencia de un golpe final. La repentina promesa de destrucción mutua los obligó a frenar en un absurdo empate. La Beretta de Noah apuntaba a la frente de Blake y el cuchillo en la mano de este rozaba la garganta de Huesos.

Mia se bajó el pasamontañas con un ligero temblor en las manos. El camión acababa de pasar por delante de donde tenían los coches apostados. El Ford del ochenta y seis conducido por Willy fue el primero en salir. Ozzie y Mia, montados en un Volkswagen Corrado de techo abierto y con las luces apagadas, lo siguieron.

Durante unos cinco minutos fueron por la interestatal en silencio y a una distancia prudencial de su objetivo. Un tiempo necesario para llegar a las largas rectas de la carretera.

—Siento haber perdido los papeles antes —dijo Ozzie—. También creo que se merece su parte. Es solo que...

—No te preocupes —respondió Mia rápidamente. No tenía ganas de hablar, estaba demasiado asustada y no quería que él se lo notara—. A todos nos pasa.

Ozzie fue a abrir la boca, pero el GPS le interrumpió para anunciar que habían llegado a su destino.

Se habían puesto los micrófonos que habían usado para vengarse de Andrei, y Ozzie le comunicó a Willy que había llegado la hora de adelantar. Mia contempló cómo el Ford ponía el intermitente y se posicionaba delante del camión. Sus ojos se desviaron al contador de velocidad y se obligó a respirar profundamente para tranquilizarse. Pasaban los noventa kilómetros por hora. El margen era muy pequeño.

La joven se aseguró de llevar todo el equipo y procedió a abrir el techo acristalado del vehículo. El viento helado se ocupó de relajar sus músculos,

hasta ahora en tensión.

—Suerte —le dijo Ozzie cuando ella se deslizó hacia arriba.

—No la necesitamos —respondió ella y, aunque esbozó una sonrisa, el pasamontañas la ocultó. Quiso creer con todas sus fuerzas en lo que acababa de decir.

Las botas que le había traído Ozzie tenían una suela antideslizante, pero prefirió descender resbalando con sus piernas sobre el cristal. La falta de luz era tanto una ventaja como un inconveniente. Les permitía pasar inadvertidos, pero dificultaba las maniobras de Mia en exceso. La única manera que tenía de ver era la pequeña linterna que llevaba en la mano y que acabó por sujetar con los dientes, lo que la obligó a rasgar la obertura del pasamontañas. De rodillas, sobre el capó, notó la fuerza del viento en todo su esplendor. Tuvo que hacer acopio de toda su capacidad equilibrista para no dejarse vencer por él. El ruido era ensordecedor, y ver tan de cerca las ruedas gigantescas de aquel vehículo le robó el aliento. Si resbalaba, sería engullida por ellas, y si no tenía esa mala suerte, acabaría aplastada por los bajos del Volkswagen.

—Acércate un poco más —le dijo a Ozzie después de sacarse la linterna de la boca y al darse cuenta de que no alcanzaba la parte trasera del camión con el brazo estirado. No era una orden fácil de cumplir, pero Ozzie consiguió realizarla sin colisionar—. ¡Listo!

Por fin pudo enganchar el pulpo que uniría los dos vehículos como única referencia para el conductor. El éxito le produjo un subidón que no iba a desaprovechar.

A continuación, se puso en pie. Una repentina sensación de que la carrocería cedía un poco bajo sus botas precipitó el salto. El impacto no fue doloroso, pero sí el ruido que hizo la cizalla que colgaba de su cadera al hacer contacto con las puertas metálicas del tráiler.

Aguardó unos instantes, presa del miedo, sujeta a los hierros que reforzaban

la puerta, sin ningún soporte para los pies.

—¿A qué esperas? Engánchate o te caerás —le gritó Ozzie por el micrófono.

Al ver que no ocurría nada, obedeció la orden y, con la ayuda de un mosquetón, enganchó su arnés a los mismos hierros. Tenían un soporte que impedía que resbalara hasta abajo si se soltaba, aunque le limitaba considerablemente la movilidad por la ausencia de cuerda. Más o menos estabilizada, y en una postura algo incómoda, se dispuso a forzar la cerradura. Ni siquiera le hicieron falta las malditas cizallas, ya que la seguridad consistía en una simple clavija donde iba una llave y una palanca de metal que cedía una vez esta era abierta. Simple y rápido, si no hubiera sido porque una sacudida hizo que se le escurrieran de las manos las horquillas dobladas. Maldijo en voz alta y sacó otras dos de su sujetador. Llevaba unos pantalones ajustados y negros y una chaqueta térmica del mismo color para combatir el frío. Sin embargo, habría tenido que abrirla para acceder a lo que guardaba en sus bolsillos interiores, y decidió que su escote sería una buena opción para ocultar algunas cosas.

Las dobló con las manos sudorosas para convertirlas en ganzúas y procedió a repetir la operación. Quizás fuera el limitado espacio, o los nervios, pero le costó más de lo normal. Cuando por fin cedió, bajó la palanca y abrió solo una de las puertas. Por el micro le llegó un grito de júbilo de Ozzie y, alarmada, comprobó que se adelantaba en exceso hasta casi rozar la parte trasera del camión.

—¡Cuidado! —le gritó rabiosa al desenganchar su arnés—. ¡Concéntrate, joder!

—Perdón —dijo este rápidamente.

—¿Todo bien? —preguntó Willy—. Tenéis que daros prisa porque he visto por el retrovisor que son tres. Van hablando, pero si sigo a esta velocidad

mucho tiempo, se van a dar cuenta.

Mientras Willy no decía nada que no hubieran imaginado, Mia había accedido al camión. Cogió la linterna para alumbrar el interior, y muy a su pesar, descubrió que al fondo había una puerta que comunicaba directamente con la cabina. Un paso en falso y tendría a dos de esos tipos armados encima en cuestión de segundos, y aunque ella también llevaba pistola, no entraba en sus planes utilizarla.

Siguió alumbrando y divisó un montón de cajas, demasiadas. Era muy probable que el dinero estuviera en una de ellas. Le habría llevado una eternidad si no hubiera sido porque una, a diferencia del resto, era de metal. Sospechó entonces que tenía que ser la que transportaba el dinero. Con sumo cuidado apartó las dos cajas de cartón que tenía encima y se dio cuenta de que estaban llenas de teléfonos móviles de alta gama. ¿Regalos tal vez para los miembros del sindicato? ¿O un vano intento de disimular lo que en realidad transportaban? Si le sobraba tiempo, pensaba llevarse unos cuantos, pero primero tenía otra prioridad.

No le sorprendió encontrarse de nuevo con otra cerradura, esta vez un tanto más sofisticada. Por si acaso, había traído consigo un destornillador de punta plana que, con ayuda de sus ganzúas artesanas, era infalible.

—¿Te falta mucho? —preguntó Ozzie.

—No —susurró ella y puso todo su empeño en maniobrar con movimientos hacia delante y atrás hasta desanclar los pernos.

La caja se abrió al hacer clic y Mia estuvo a punto de llorar al ver la cantidad de fajos de billetes ordenados que ahí había. Debería hacer tres viajes como mínimo para cargarlos todos.

Rápidamente se desabrochó la chaqueta, sacó las bolsas de basura que guardaba en un bolsillo, desenvolvió una y metió todos los fajos que pudo dentro. Se dirigió hacia la puerta y vio que Ozzie ya se incorporaba para sacar

medio cuerpo por la ventanilla del techo.

Ahora era él quien debería ocuparse del volante a la vez que de agarrar la bolsa. Una maniobra un tanto difícil, pese a que el peso no era desorbitado.

Mia respiró hondo y la lanzó. Por inercia se le cerraron los ojos, como si de esa forma solo ocurriera lo que visualizaba en su mente. Los abrió a tiempo de ver a Ozzie atraparla de forma tan torpe que había conseguido rasgarla. Un fajo de billetes salió volando por la obertura y se perdió en la oscuridad de la noche. Sin embargo, el hombre logró retenerla y la introdujo por la ventanilla.

Mia corrió al interior, cuidando que sus pasos fueran lo más silenciosos posibles, y procedió a cargar una nueva bolsa. Esta vez lo hizo más rápido y confiada. La operación se repitió por segunda vez, y Ozzie estuvo mucho más acertado al agarrarla.

La última bolsa fue como a ella le gustaba decir, coser y cantar. La cargó hasta los topes y dejó la caja metálica vacía. No obstante, no pudo evitar sacar un billete de cien y dejarlo ahí como ironía. Esos hijos de puta no debían de estar acostumbrados a que se rieran de esa forma de ellos y el gesto le pareció de lo más divertido. El miedo se había esfumado.

Además, no dejó pasar la oportunidad de hacerse con unos ocho móviles que se cargó a la espalda en otra bolsa y la anudó a uno de los ganchos de su arnés. Ya en la puerta, le pasó a Ozzie el contenido. Sin embargo, un golpe la hizo trastabillar y a punto estuvo de precipitarse entre los dos vehículos. Con los brazos haciendo palanca en los extremos lo impidió, pero la inercia del movimiento la llevó a caer de espaldas sobre la plataforma del tráiler. El ruido fue ensordecedor.

Le costó unos segundos darse cuenta de qué era lo que había pasado. Ozzie, al agarrar la bolsa, se había acercado demasiado, y finalmente el coche había colisionado con el camión.

Al instante, una luz brillante cegó a la joven. Habían encendido unas luces, y

los ruidos que escuchó le confirmaron que los hombres de la cabina estaban abriendo la puerta. Un rugido, además, le indicó que el conductor del vehículo estaba pisando a fondo el pedal. Ahora iban mucho más rápido.

—¡Joder! ¡Joder! —escuchó por el micro a Willy—. Me va a embestir.

—¡Butterfly! Vuelve cagando leches —gritó Ozzie.

Mía se incorporó dispuesta a alcanzar el capó del coche de un salto. Ya podía visualizarse sobre él y escalando hasta la ventanilla del techo. Sin embargo, en última instancia, un tirón de la bolsa de teléfonos la dejó medio suspendida en el aire unas fracciones de segundo, hasta que volvió a ser engullida por aquellas paredes metálicas. Unas manos se asieron a su cintura y brazos, y cuando trató de resistirse, el frío cañón de un arma se posicionó sobre la piel descubierta de su cuello.

—Quieto o te vuelo la tapa de los sesos.

La amenaza fue tan real que no movió ni un solo músculo.

—¡Mierda! ¡Joder! —escuchó que gritaba Ozzie.

Ante sus ojos, otro hombre armado pasó por delante de ella y fue directo a la puerta. Comenzó a disparar de forma indiscriminada con un fusil, mientras su asaltante le quitaba el pasamontañas.

—¡Putá ladrona! —exclamó cuando su rostro y cabello quedaron al descubierto. También le arrancó de un tirón la bolsa con los teléfonos. La respiración de Mía hizo que su pecho subiera y bajara, lo que provocó que el brazo de aquel hombre se ciñera aún más entorno a su cuerpo. Ella valoró sus opciones. Las cizallas seguían colgadas de su cintura, un contundente objeto con el que golpear al tipo si no fuera porque apenas podía moverse. No obstante, también llevaba la pistola bajo el brazo, tapado por la chaqueta. Si pudiera liberar una mano y hacerse con ella...

Una fuerte embestida, probablemente por parte de Ozzie, sacudió el camión, El hombre que la sujetaba, de pronto, estaba en el suelo y ella era

completamente libre.

—¡Me han dado! —gritó Ozzie.

Mia corrió hacia la puerta y sin pestañear siquiera, empujó al tipo del fusil fuera. Lo vio caer sobre el capó y trató de ir detrás. Sin embargo, la distancia se había ensanchado y no dejaba de hacerlo a cada segundo que pasaba. El salto a esas alturas ya era mortal porque Ozzie había detenido el coche.

Sus ojos se desviaron al suelo, alertados por un golpeteo incesante y descubrió que el pulpo había arrancado el parachoques del Volkswagen y este repiqueteaba brutalmente contra el asfalto.

—¿Qué cojones está pasando ahí detrás? —preguntó Willy. También se escucharon los gruñidos de Ozzie.

El hombre del interior del camión, no obstante, no perdió el tiempo. Mia lo percibió tras de sí a tiempo de desenfundar su pistola y, cuando se giró, ahora era ella la que lo tenía a su merced.

—Levanta las putas manos —dijo Mia y fue consciente de la terrible situación en la que se encontraba. Si no lo mataba, él la mataría a ella. No lo conocía de nada, no sabía si era un asesino, si tenía familia, o si simplemente trabajaba en la seguridad de transportes y estaba en el momento y el lugar equivocado. Fuera como fuera, ella debía ejecutarlo si quería sobrevivir.

Se lo pensó demasiado. La distancia entre ambos era extremadamente corta. Lo supo cuando aquel tipo, de un rápido movimiento, le golpeó la mano y le arrebató el arma. La impotencia fue desgarradora.

—Aborto misión. Lo siento, Butterfly —dijo Ozzie por el micro. Sonaba exhausto, derrotado.

Se acabó, ahora la que iba a morir era ella. La joven cerró los ojos y se preparó para ello. Sin embargo, ¿cómo se disponía uno para enfrentarse al final? No le pasó su vida por delante de los ojos, ni siquiera los últimos meses que habían sido tan intensos. La única imagen que proyectó su mente fue la del

rostro del luchador cuando sonreía de medio lado e inclinaba ligeramente la cabeza. Una expresión de él que adoraba.

—Voy a por ti, Butterfly —gritó Willy. La afirmación fue un soplo de vida, una que aún tenía y quizás podía evitar perder.

Mia abrió los ojos bruscamente. Lo primero que vio fue el cañón del arma apuntándole y supo que tenía que moverse. Su instinto fue agacharse, fuera del alcance de la trayectoria que podían tener las balas que él disparara. A continuación, con una rapidez y decisión que ni ella misma sabía que poseía, sacó el destornillador de su cinturón y se lo clavó en la pierna. El hombre dio un alarido de dolor que le inspiró una sensación de triunfo y, con la mano aún sobre el mango de la herramienta, torció el destornillador. Esta vez el grito fue más prolongado y la distracción lo suficientemente efectiva como para que el cuerpo del guardia dejara de obedecerle y, sin quererlo, bajara la pistola. La joven dio un paso hacia atrás y se irguió. Cuando el sujeto pudo recobrar un poco de control y empezó a levantar el arma, ella lo recibió con un golpe de cizallas en la cabeza. Literalmente lo tumbó y, por muy mala idea que fuera, en vez de tratar de quitarle la pistola, corrió hasta las puertas de la parte trasera del camión donde de refilón había visto el Ford de Willy.

Se asomó dispuesta a saltar y lo que vio le rompió el corazón en pedazos. El coche de Willy daba vueltas de campana a lo lejos, fuera de la carretera. Lo siguiente que sintió fue un fuerte golpe en la cabeza y se desplomó al tiempo que Blake le sonreía en la oscuridad.

Capítulo 40. Donde mora el diablo

El luchador respiró hondo. Sus fosas nasales se llenaron con el olor de su propia sangre, o quizás era la de McKay, cuya cara parecía una máscara de guerra por los chorretones que caían por ella. También se debía a la expresión salvaje que llevaba, propia de un hombre que estaba luchando para matar o morir. Blake supuso que la suya no debía de verse muy diferente. Su cuerpo entero estaba en tensión por el exceso de adrenalina y el saber que, en cualquier momento, la vida de uno de ellos podría llegar a su fin.

Los dedos de Noah apretaron con más fuerza la culata de su pistola y Blake presionó la punta del cuchillo contra su piel. No sabía si Huesos pensaba disparar, pero definitivamente su intención era disuadirlo. El filo penetró su piel y un fino hilo de sangre se deslizó por la garganta de su oponente. La expresión de McKay se endureció.

—Adelante, hazlo. Demuéstrale quién eres realmente —lo retó—. A ver si te sigue amando después de que le hayas quitado a otro ser querido.

—Puto imbécil —gruñó Blake—. Yo no he matado a Charlotte. Lo hizo quien fuera que estaba buscando el contenido de esa maldita bolsa. Lo vimos cuando fuimos a las cabañas.

Los ojos de Noah se abrieron tanto que pareció que iban a salirse de las cuencas.

—¿Lo visteis? ¿Mía lo vio? —preguntó fuera de sí—. ¿La llevaste allí?

Estaba claro que de nuevo empezaba a sacar unas conclusiones que no favorecían en nada al luchador. Era agobiante.

—Charlotte le robó el dinero a Mía —explicó Blake lo más tranquilo que pudo, que no era mucho—, después de que ella me lo robara a mí. La traicionó. Logramos rastrearla hasta las cabañas. No teníamos ni puta idea de

que alguien más andaba tras ella.

Noah soltó un bufido.

—Sí, claro. ¿Por qué coño no se lo dijiste a don Luca?

—Porque ambos creímos que lo había hecho él.

Pensó que aquello, seguramente, iba a tener una réplica agresiva, pero Noah apretó los dientes y se quedó callado. Al parecer no había perdido del todo la capacidad de pensar.

—Vas a venir conmigo y vas contarle a don Luca todo lo que sabes — afirmó al cabo de unos segundos.

Ahora era el turno de Blake de reír con ironía.

—Sí, claro. No tengo nada mejor que hacer que volver a ponerme a merced de ese psicópata. Sigue soñando, McKay.

La cara del rubio volvió a contraerse en una mueca de ira.

—Idiota. Imbécil. Fuiste tú el que le plantó esa idea en la cabeza. ¡Le hiciste pensar que su propio padre había matado a su mejor amiga! —exclamó enfurecido.

Blake estuvo a punto de negárselo, pero entonces recordó el momento en el que se lo había dicho, aquella noche. Mia estaba en shock, acababa de ver a Charlotte morir. Joder, ¿y si había sido él el que la había hecho creer eso? ¿Serían las cosas diferentes ahora si no hubiera abierto la boca entonces? Quizás a ella no se le hubiera ocurrido hacer los golpes, tal vez ni siquiera estarían juntos.

No, esto último no podía ser verdad. Podía ser que le hubiera llevado tiempo darse cuenta de que la amaba, tal vez ella habría tardado más que él en enamorarse, pero de todos modos, habría pasado. Estaba seguro de ello. Que no hubiese salido la bala cuando te habían disparado veces tenía que ser cosa del destino.

—No —respondió contundente—. Ella siempre lo creyó capaz de hacerlo.

Yo no tuve que convencerla de nada.

McKay apretó los dientes con tanta fuerza que Blake pudo escucharlos entrechocar.

—Mientes —siseó Huesos.

—Llámalas y pregúntaselo si no me crees. —Uno de los dos se iba a cansar de mantener aquella posición, y si bien Blake estaba bastante seguro de que no sería el primero, tenía la desventaja de no poder apuntar de lejos—. McKay —añadió—, tenemos que detener esta gilipollez. Los dos queremos lo mismo.

—¿En serio? —ironizó con un tono mordaz.

Blake puso los ojos en blanco.

—¿Acaso no quieres hablar con ella y asegurarte de que está bien? ¿De que está a salvo y no se ha ido a hacer algo estúpido? —McKay adoptó una expresión molesta que el luchador interpretó como una afirmación—. Eso pensé. Pues bien, si los dos estamos muertos, no se va a poder, ¿sabes?

Huesos frunció el ceño. Blake rezó por que estuviera considerando un curso de acción que no incluyera convertirlo en una coladora.

—¿Qué propones? —preguntó.

El luchador suspiró.

—Que me des mi maldito teléfono y no me dispaes mientras la llamo. —Dicho aquello, soltó el cuello de la camisa de Noah, que hasta ahora había estado agarrando con la mano izquierda, y puso la palma arriba, a la espera de que McKay colaborara.

Tardó unos cuantos segundos en hacerlo.

—Ponlo en altavoz —ordenó. El hombre tatuado lo hizo. Los tonos de llamada resonaron por la sala. Uno, dos, tres. Unos cuantos más y luego se activó el buzón de voz. Blake frunció el ceño y marcó de nuevo. Mismo resultado. Iba a llamar una tercera vez cuando la pantalla de su teléfono se iluminó debido a una llamada entrante. Era Ozzie de nuevo. Barajó si contestar

o no frente a Huesos, y finalmente se dijo: «a la mierda». Estaba demasiado preocupado como para no hacerlo.

Lo primero que escuchó fue un ruido ensordecedor que saturó el altavoz. Se dio cuenta de que se trataba de un viento fuerte y, de fondo, el rugido de un motor. Entonces le llegó la voz de su amigo. Sonaba entrecortada y tensa, como si el hablar le costara.

—Por si te importa —dijo—, estamos en problemas.

El luchador sintió que el aire dejaba de llegar a sus pulmones. De reojo, notó que McKay abría mucho los ojos. Se había dado cuenta por su expresión de que esa llamada estaba conectada al golpe.

—Lo habéis hecho sin mí —adivinó Blake—. Joder, ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Mia? ¿Esta...?

—Se la han llevado, cabronazo. Y por cierto, estoy desangrándome—le cortó Ozzie—. Tremendo hijo de puta. Esto es tu puta culpa.

«Joder, no. No, no, no», pensó el luchador, presa del pánico.

—¿Quién se la ha llevado? —intervino Huesos. Esta vez no se molestó en susurrar.

Se escuchó un silencio al otro lado.

—¿Quién está contigo? —El tono de su amigo estaba cargado de sospecha, a pesar de la fatiga que se le notaba en la voz.

Blake apretó los dientes. El maldito McKay no estaba ayudando.

—Da igual —gruñó Kingsnake con desesperación—, solo contesta a la puta pregunta.

Ozzie soltó un resoplido, acompañado de lo que pareció ser un quejido de dolor.

—Los guardias del camión —respondió al cabo de unos segundos que a Blake se le hicieron eternos—. Abrieron fuego y no pude hacer nada. Lo siento. Se la han llevado, joder.

La mirada del luchador se cruzó con la de Noah. Su expresión era de terror y aquello lo agitó.

—¿Llegaron a hierirla? —preguntó Blake con la garganta seca. No hubo respuesta y la desesperación más absoluta lo invadió—. ¿Ozzie? ¡Ozzie! —gritó.

—¿Kingsnake? —dijo alguien de pronto. No tardó en reconocer a su nuevo interlocutor como Willy ¿Qué demonios hacía él ahí?

—Sí. ¿Esta Ozzie...?

—¿Vivo? —se escuchó un ruido, como si se estuviera moviendo algo pesado—. Sí, está respirando. Blake, lo siento. Quería hacer algo, pero no pude. Lo siento, lo siento mucho... —La voz del muchacho sonaba lastimera y casi tan desesperada como se sentía el luchador.

Noah se levantó de golpe. Mientras lo hacía, apartó el brazo de Blake con el cuchillo de un manotazo. El luchador estaba tan distraído con la conversación que no se lo pudo impedir. No le habría costado nada a McKay acabar con su vida en ese momento. Sin embargo, no lo hizo. Simplemente se levantó y empezó a caminar hacia la puerta dando grandes zancadas. Al tercer paso, echó a correr. Blake lo siguió, con el teléfono aún en la mano.

—Ocúpate de Ozzie —atinó a decir—. La encontraré.

No tenía ni puta idea de cómo. Sabía, porque había visto el trayecto en un mapa, donde tenía que ir a parar el camión, pero teniendo en cuenta lo que había pasado, no había ninguna garantía de que no cambiara de rumbo. Se preguntó si McKay poseía alguna información al respecto, o simplemente tenía la misma necesidad imperiosa de actuar que él.

«Mierda.»

Un pensamiento repentino se cruzó por su mente. Se detuvo en el umbral de su casa y, muy a su pesar, regresó corriendo a su dormitorio. Necesitaba una pistola, y la única que tenía era la que se había llevado del piso de Charlotte y

que había pertenecido al asesino que Mia y él habían mandado a dormir con los peces. Como un poseído, sacó la caja con las cosas de la rubia de un tirón desde el fondo de su armario y volcó todo su contenido al suelo. Tardó tres segundos en encontrar lo que buscaba y fue dolorosamente consciente de cada uno de ellos.

Cuando salió a la calle, Huesos ya arrancaba su todoterreno y Blake se apresuró a seguirlo con el Camaro. Había tomado la decisión de hacerlo, en parte, porque su instinto le decía que Noah estaba actuando como un hombre enamorado y no como el profesional consumado que afirmaba ser. De lo contrario, habría avisado a su jefe en lugar de presentarse solo a acosar al luchador a su apartamento. El hecho de que la velocidad de su coche negro excedía cualquier límite impuesto por las normas de tráfico parecía confirmar su teoría, tanto que un par de veces estuvo a punto de perderlo de vista. Estaba apostando la vida de Mia a que McKay supiera lo que estaba haciendo. También estaba apostando la suya. No le importaba. Sabía que para eso Noah tenía mejor juicio que él y lo habría admitido a gritos si eso hubiera ayudado en algo. Habría hecho cualquier cosa, renunciado sin dudar a lo que fuera, para cambiar el rumbo que había tomado la noche.

«Ella nunca debió haberte conocido. Si no fuera por ti, su vida no estaría ahora mismo corriendo peligro», se dijo.

No supo exactamente cuánto duró el trayecto, pero cuando el todoterreno se detuvo, estaban en las afueras de la ciudad, y las chimeneas de una vieja fábrica asomaban entre los árboles. No era el lugar al que debía ir el camión, no era un puto banco.

Mia se retorció como una serpiente dentro del camión. La acababan de dejar sola desde que la habían capturado y no desaprovechó la oportunidad para tratar de soltarse de las ataduras que la ceñían las muñecas y los tobillos. Aunque le habían arrebatado la chaqueta térmica junto a su pistola, el

micrófono y el destornillador, aún llevaba su teléfono escondido en el escote junto a varias horquillas y necesitaba acceder a él como fuera.

Lo primero que hizo, después de conseguir aflojar un poco la cinta aislante, fue pasar las manos que le habían atado detrás de la espalda por delante. No le costó mucho gracias a su flexibilidad. El segundo paso habría sido mucho más fácil si no hubiera sido porque la puerta que comunicaba la cabina con el contenedor se abrió con un estruendo y uno de los guardias entró a por ella. Además, la luz volvió a cegarla por unos instantes.

—Ni lo pienses, perra —dijo el tipo y le propinó un bofetón con el revés de la mano en la cara que la hizo besar el suelo.

Se trataba del mismo sujeto al que había apuñalado en la pierna. Se giró y clavó sus iris verdes en él, tratando de canalizar toda la ira que sentía en su mirada. No quería que pensara ni por un momento que le tenía miedo, por más que eso fuera verdad y la cara le ardiera a causa del impacto. Lo habría insultado si no hubiera sido porque también le habían pegado dos trozos de cinta aislante en la boca.

—¿Acaso me estás desafiando? —le inquirió con una media sonrisa—. No debes de tener ni idea de a quién le has robado. Solo te digo una cosa, hija de puta, vas a pagarlo, y una vez nos hayamos cebado contigo, iremos a por tus putos socios. Estás bien jodida.

No había creído a Jessica cuando le había dicho que su padre era el jefe del sindicato. Ahora, no obstante, deseaba que lo fuera con todas sus fuerzas. Era su única esperanza.

Entonces el vehículo se detuvo y al cabo de unos minutos alguien abrió las puertas de atrás. El tipo se acercó a ella y le propinó una patada en el estómago que hizo que se doblara en dos. Agradeció, de forma absurda, el tener la boca amordazada y que el grito de dolor muriera en su garganta.

—Ahora vuelvo, zorra —dijo al pasar por su lado y descendió por la parte

trasera.

Cuando la joven pudo volver a abrir los ojos, a través de las puertas abiertas, divisó que estaban en el interior de una gran nave, una que debía de estar en obras por la cantidad de sacos de cemento, ladrillos y otros materiales de construcción que pudo identificar repartidos por el espacio. Aquello no era el banco que marcaba el final de la ruta que habían extraído de la empresa de transportes.

Escuchó voces, pero ninguna le llegó con la suficiente nitidez para saber qué decían, hasta que las sintió mucho más próximas. Se habían apostado al lado del vehículo, pero no podía verlos.

—¿Está ahí la puta? —preguntó una voz con el típico acento entrecortado del medio oeste.

—Sí. ¿Has llamado al jefe? Sabes que no le gusta que empecemos sin él.

—Claro que le he llamado, imbécil. Os han robado seis putos millones. Está que trina. Vas a flipar.

—¡Eh! No ha sido nuestra culpa. Además, os la he traído viva. Cantará todo y los recuperaremos.

—Eso espero, por tu bien —amenazó el del acento entrecortado.

—¿Y mi compañero? ¿Habéis ido a recogerlo?

—Sí, Fue Owen. ¿Cómo coño dices que se cayó del camión?

—La puta lo empujó mientras trataba de disparar a los otros malnacidos. Esos cabrones sabían lo que hacían.

—Ya...

—¿Es que no me crees?

Mia se dio cuenta de que otro hombre cuyo rostro estaba lleno de marcas de viruela había asomado su cabeza por la puerta de camión y la estaba observando con las cejas arqueadas. Debía ser el del acento.

—No parece que tenga mucha fuerza.

—No la subestimes. Mira lo que me hizo.

La joven escuchó una carcajada muy sonora.

—Menuda marca de guerra. Ve a curarte, gilipollas, si no quieres pillar una infección. Yo me ocupo de ella.

Escuchó un leve gruñido y unos pasos de alguien que se alejaba. Debía ser al que había dejado cojo, por su forma de andar. Entonces el de la viruela pegó un grito y llamó a alguien. Luego entró en el camión.

—Hola, preciosa —saludó con su particular acento—. Te has metido en un buen lío, pero, ¿sabes qué? Si cooperas, estoy seguro de que te irá muy bien.

Acompañó sus palabras con un gesto que acabó con su mano sobre el muslo de Butterfly. Si bien el instinto le gritó que se apartara de él, su parte fría y racional la obligó a permanecer quieta y no dejarse intimidar. Desvió su mirada hacia la pistola enfundada que el hombre llevaba bajo la axila. Tal vez, si dejaba que se acercase lo suficiente, podría...

—Te gusta mi novia, ¿eh? —La voz del tipo interrumpió sus pensamientos—. Lo siento, preciosa. No te la puedes quedar. Pero si te portas bien, luego te la muestro.

De no tener la boca cubierta, le habría escupido. Tal y como estaba, solo pudo dedicarle una mirada cargada de desdén. Sus posibilidades para escapar, de momento, eran nulas.

El sonido de unos pasos apresurados le informó que alguien se acercaba corriendo. El sujeto del acento le dedicó una sonrisa y apartó la mano, pero siguió en cuclillas frente a ella.

Mia giró la cabeza. Ahora un tío alto y moreno la miraba a través de la puerta del camión.

—¿En serio? —preguntó, con tono impaciente—. ¿Necesitabas mi ayuda para esto?

El tipo de las marcas de viruela se encogió de hombros.

—Aparentemente esta cosita es responsable de que Owen tuviera que raspar a uno de estos imbéciles del asfalto.

El alto sonrió.

—¿Y vamos a jugar con la cosita?

Su interlocutor hizo una pausa.

—Depende de lo que diga el jefe.

Un escalofrío recorrió la espalda de Mia. No sabía ante quién la llevarían ni lo que tendrían planeado hacer con ella, y sus ganas de entrar en pánico aumentaban con cada segundo. Sin embargo, cuando los dos sujetos la alzaron del suelo y la sacaron del camión, no se resistió. Le costó bastante el no hacerlo, pero se convenció de que no valía la pena gastar fuerzas. En vez de eso, se concentró en mirar a su alrededor y medir todas las distancias. Si recordaba todo lo que veía, le sería más fácil trazar una ruta de huída.

—Buena chica —le dijo el de la viruela. Le estaba clavando los dedos en el culo para sostenerla.

Subieron por unas escaleras y a pesar de llevarla suspendida en el aire, ninguno pareció fatigarse. Barajó la opción de zafarse entonces, pero si la soltaban, corría el riesgo de caerse. No le quedó más remedio que armarse de voluntad para seguir siendo dócil.

Por un momento, Mia tuvo la sensación de reconocer el lugar. Sin embargo, estaba mucho más despejado, distinto, reformado. No podía ser la nave a la que la había llevado Alexander. ¿O sí? Desesperada, buscó agujeros de bala en la pared más cercana. Allí había habido un tiroteo. Empalideció al encontrar un par. ¿Quién era el jefe de esos tipos? ¿Alexander Costello?

—¿La habéis cacheado? —preguntó el moreno. Al moverse, un ligero tufillo a sudor llegó a las fosas nasales de Mia.

—¿Por qué? ¿Quieres hacerlo tú? —el del acento se rio—. No es una mala idea.

Atravesaron una puerta de metal y accedieron a una oficina que tenía las paredes de cristal. Ya no le quedaba duda alguna. Era la fábrica de los Costello y la estaban sentando en la misma puta silla en la que había muerto Keith Schmidt, uno de los asesinos de Charlotte. Un recuerdo repentino asaltó su mente: Keith en el suelo, con un hoyo en la cabeza y trozos de sus sesos desparramados por el piso mientras los sonidos del tiroteo resonaban por toda la fábrica. Sin poder controlarse, se revolvió con tanta brusquedad que el tipo de las marcas de viruela soltó una de sus piernas.

—Uf, parece que no le gusta —comentó mientras intentaba volver a apresar su muslo—. ¿Qué pasa, preciosa? ¿Tienes algo escondido?

Mia se arrepintió de no haberse controlado. Si encontraban su teléfono, perdería la posibilidad de pedir ayuda. Volvió a quedarse quieta.

—Quizás simplemente no le gusta que la manosees, cabrón —respondió su compañero y se alejó. La joven no pudo ver lo que hacía, pero supo por el ruido que no había salido de la estancia. A los pocos segundos regresó con más cinta aislante y con un cuchillo en las manos.

Mia no pudo evitar sobresaltarse y el del acento sonrió como un reptil.

—Ahora veamos qué escondes ahí debajo, muñeca —le dijo y la levantó de las axilas para ponerla de pie. El alto se agachó, cortó las cintas que anudaban sus tobillos y rápidamente, sin darle tiempo a actuar, se puso tras su espalda. El afilado instrumento ahora amenazaba con cortar su cuello. El corazón de Mia se puso a latir a mil por hora mientras aquel tipo trataba de aflojarle el arnés.

—La estás poniendo muy nerviosa. Para mí que esconde algo. ¿Lo haces? —le preguntó el alto y sintió que le tiraba ligeramente del pelo. La respiración de la joven cada vez era más agitada. Era como si la nariz se le hubiera taponado y sufría la agonía constante de no poder coger aire por la boca.

El hombre de la cara marcada de viruela finalmente bajó su arnés por sus

piernas, pero no se detuvo, y sus manos se deslizaron por su vientre recorriendo la costura de su pantalón.

Mia se movió para evitarlo y emitió un quejido ahogado por la cinta aislante. El que la sostenía se ciñó aún más a ella y pudo notar en su espalda las carnes flácidas de su abdomen. Finalmente, también le quitaron las botas y los pantalones.

—Así mucho mejor —puntualizó el de la viruela.

Su compañero dejó de sujetarle el pelo y la forzó a sentarse. No había dejado de amenazarla con el objeto punzante.

El del acento marcado agarró el rollo de cinta aislante y empezó a atarle cada uno de los tobillos a una pata de la silla. Por otro lado, el que tenía el cuchillo se inclinó hacia delante y Mia pudo sentir su respiración pesada sobre su cuero cabelludo.

—Estoy deseando saber qué quiere hacer contigo el jefe —afirmó el alto después de sujetarle los brazos. Luego cortó las ataduras que juntaban sus muñecas—. Sospecho que todos nos lo vamos a pasar muy bien. Sobre todo si te da por no hablar.

Era la mejor oportunidad que iba a tener. Con el sujeto de la viruela tan cerca, su pistola quedaba al alcance de una de sus manos, ahora liberada. Se abalanzó hacia el arma en un intento desesperado. Casi no pudo creer su suerte cuando lo logró y, al juzgar por la cara del hombre frente a ella, él tampoco. Supo entonces que lo primero que tenía que hacer era librarse del que tenía detrás, que aún apresaba uno de sus brazos y blandía el cuchillo. Estaba preparada para apretar el gatillo, cuando un fuerte tirón la desequilibró e hizo que perdiera por completo su sentido de la orientación. Su cabeza chocó contra el suelo con violencia, pero su mano no soltó la pistola. Estuvo a punto de moverla en dirección al alto, cuando el de la viruela se adelantó y le pisó la muñeca. El dolor le agarrotó los músculos de los dedos y en pocos

segundos se la habían arrebatado.

Los ojos se le humedecieron por la abrumadora sensación de fracaso. De nuevo, había estado cerca y se había quedado en el intento.

—¡Joder! —escuchó exclamar al alto—. ¡Me cago en todo! Ha estado a punto de matarme, la muy puta.

Su compañero la observó detenidamente desde arriba, con la pistola en la mano.

—Ya —dijo—. Creo que tiene ganas de jugar un poco; ¿no, preciosa?

El sujeto se agachó y antes de que ella pudiera poner un brazo para escudarse, le dio un puñetazo en la cara. Mia trató de zafarse cuando vio que el alto también estaba dispuesto a darle una patada. Consiguió recibir el golpe en el brazo en lugar de en el rostro. No por ello el dolor fue menor.

—Hay que atarle las manos —el que estaba detrás de ella la agarró de las muñecas y entre los dos volvieron a colocarla en la silla de forma vertical. Notó que de la nariz le salía un líquido caliente e imaginó que era sangre. Las sienes le palpitaban de dolor.

—¿Qué parte de esperar al jefe no habéis entendido, par de gilipollas? —exclamó alguien con una voz exageradamente grave. El alto la tenía asida del pelo y tiraba con fuerza. Aquello la obligó a mirar al recién llegado y su rostro le resultó muy familiar—. Yo a ti te conozco. ¡Es una de las putas del jefe!

Inmediatamente, tras esa información, el alto la soltó. Sus manos seguían libres, así que aprovechó para arrancarse la cinta de la boca. El tirón no fue nada comparado con el daño que había sufrido tras los golpes.

—¡Hijos de puta! —chilló. Su voz estaba cargada de una ira descomunal—. Soy la hija de Luca Gabrielli y todos vosotros estáis muertos.

Los latidos de Noah atronaban en su pecho como si anunciaran el prelude de una tragedia. Conducía sumido en una desesperación total, mientras, no en vano, valoraba lo que allí podía encontrar, como si de esa forma pudiera

prepararse para ello. Mia había cometido el peor de los delitos contra el sindicato y ni siquiera su apellido, si es que la reconocían, podría llegar a salvarla. El transcurso del tiempo, los segundos, eran lo único que podía marcar la diferencia de un destino u otro. Toda la responsabilidad pesaba sobre sus hombros, le gustase o no.

Las manos le temblaron al encender el GPS para localizarla, pero no volvieron hacerlo más. No se lo podía permitir. Con el pie pisando a fondo el acelerador, y con la eficiencia de un robot, llamó a su padre. No tuvo valor para enfrentarse a don Luca.

Había una palabra para casos de emergencia que habían acordado. Una que jamás había llegado a usar porque implicaba la máxima alerta, el fin de los días para el clan. Al pronunciarla, sintió como si se desplomara al vacío eterno de los infiernos. No podía perderla, se negaba a hacerlo, y mucho menos así.

—Lily—rugió cuando su padre descolgó el teléfono—. Mia está a punto de ser Lily.

Se aferró al volante y tomó la curva de forma tan brusca que se subió al bordillo y se llevó dos contenedores por delante.

—¿Dónde?—obtuvo como respuesta, pasados unos segundos. Noah le dio la ubicación. La señal no se movía y apuntaba a una vieja fábrica a las afueras de la ciudad. Nunca había estado, pero la reconoció como propiedad de los Costello. Una de tantas que habían abandonado al dedicarse de lleno al negocio de los deportes.

Pensó en Alexander y casi gritó por la burla. Ahora deseaba que él estuviera ahí para impedir lo que quiera que fueran a hacerle a la hija de Luca Gabrielli.

Una guerra. Eso era lo que finalmente iba a desencadenar todo aquello. ¿Y lo curioso? Le importaba una mierda. Libraría mil batallas con tal de salvarla.

La explanada en la que estaba ubicada la edificación tenía unos cuantos coches aparcados, pero no había nadie en el exterior. Supo al instante que si había centinelas, no tardarían en verlo desde las ventanas. No podía acceder allí dentro solo o sería un puto suicidio.

Detuvo el todoterreno en seco antes de llegar, de forma tan brusca que la grava bajo las ruedas salió disparada y golpeó los bajos del coche. Bajó de un salto, desenfundó su pistola y miró el reloj. Su padre, como mínimo, tardaría quince minutos. No podía esperar tanto.

El ruido de un motor le provocó un nudo en el estómago. Vaciló en esconderse entre la maleza que rodeaba el camino, a pesar de que el coche sería completamente visible para los recién llegados. No obstante, no tuvo que tomar una decisión. Reconoció el Camaro del maldito luchador casi al instante, aquella antigualla que se creía que era el no va más.

El odio que sentía hacia él alcanzó sus cotas más altas. Su cara debía de estar enrojecida por la rabia. Él, y solo él, era el puto culpable. Sus instintos más bajos le gritaron que le liquidara allí mismo. Las ansias de sangre, de apretar el gatillo, lo estaban dominando de una forma demasiado emocional. Toda su profesionalidad había desaparecido.

Imaginó que así debía de haberse sentido Luca Gabrielli cuando le habían comunicado que su mujer había muerto. No había llegado a verlo, pero sí que había escuchado cómo en soledad había arrasado con casi todos los muebles de su despacho. Los gritos habían alertado al personal y a sus hombres, y Noah había sido el encargado de llevarse a Mia lejos para no contemplar el espectáculo. ¿Pero qué demonios estaba pensando? Su mente iba a mil por hora y la idea de perder a Mia volvió a sumirlo en un arranque de violencia extrema que le hizo apretar los dientes. Apuntó al luchador al verlo bajar del coche. Iba a hacerlo, iba a matarlos a todos, y él iba a ser el primero.

—¿A que mierda juegas? ¿Está ahí dentro? ¡Vamos a por ella! —exclamó el

tipo con una semiautomática en la mano, y para su sorpresa, con silenciador incorporado.

Su cabeza sufrió una especie de cortocircuito. Dos hombres, mejor que uno. No iba a negar que los sentimientos de él le amargaban y le torturaban. Había llegado a creérselos, y utilizarlos en su favor le provocaba la sensación de estar traicionándose a sí mismo. No obstante, ahora nada de eso tenía la menor importancia.

—¿Llevas cargadores de repuesto? —le preguntó con un tono de voz helado, en contraposición al fuego que lo consumía por dentro.

—No. Solo este y una en la recámara.

—¿Y sabes disparar? —insistió mientras retrocedía, abría el maletero, sacaba el falso fondo y se hacía con más cargadores del modelo que había identificado.

—No es mi fuerte —admitió el luchador—; Mía es mucho mejor que yo, pero lo he hecho antes.

En el rostro de Huesos se dibujó una mueca de asco. La mano le tembló al luchar contra lo que le dictaba su parte más oscura.

—Si no eres capaz de apretar el gatillo, morirás. Tú sabrás lo que estás dispuesto a hacer.

Mientras lo decía, Noah consideró que el luchador se iba a quedar atrás. No se esperó a comprobarlo, se dirigió al recinto dispuesto a atacar solo si fuera necesario. Acababa de tener una idea y ajustó el silenciador en su pistola para asegurarse de que seguía en su sitio.

Tras de sí pudo sentir los pasos de aquel hijo de puta. «Ojalá mueras», determinó.

Acceder por la puerta era una temeridad y entrar en la explanada también. El GPS seguía marcando la misma ubicación, aunque le era imposible identificar en qué lugar exacto de la fábrica la retenían. Una punzada de pánico

lo atravesó al pensar que quizás lo único que quedaba de ella era el maldito teléfono. ¿Y si la habían asesinado y se habían deshecho del cuerpo? Los ojos se le humedecieron ante la perspectiva, pero fue capaz de canalizar el dolor en un curso de acción. No descansaría hasta comprobarlo por sí mismo.

Cercaron el perímetro del recinto hasta la parte trasera, donde la explanada se reducía y la maleza se ocupaba de ocultar un posible acceso hasta la estructura. Al tratarse de una fábrica, había viejos andamios y grúas por las que habían desplazado maquinaria pesada. Lo mejor era ascender hasta arriba y comprobar si había algún centinela. De ser el caso, eliminarlo inmediatamente y así abrir una ruta de acceso para cuando su padre llegara con sus hombres y evitar un fuego cruzado que les frenara el paso.

—¿Qué haces? —escuchó la voz del imbécil cuando se agarró del borde inferior de uno de los andamios y se impulsó hacia la plataforma del siguiente nivel. No contestó hasta subir del todo.

—Entraremos por arriba. Si hay centinelas en la azotea, mátalos.

Una parte infantil y mezquina de Noah esperaba que el luchador le dijera que no podía hacerlo, o que, directamente, se diera la vuelta y saliera corriendo de allí. Sin embargo, este asintió en silencio y, tras guardar la pistola en su cinturón, se subió al andamio con él. Continuaron trepando de forma sigilosa, hasta llegar a la última plataforma debajo del nivel de la azotea. Huesos se detuvo y le hizo una seña al luchador para que hiciera lo mismo. Acto seguido, agudizó el oído. No le pareció escuchar nada. Entonces, con cuidado, asomó su cabeza por encima del borde.

Vio a dos tipos apostados en el otro extremo. Conversaban en vez de vigilar. Noah imaginó que no se esperaban que alguien pudiera entrar en el recinto si no era en un vehículo rodado, y en tal caso, se darían cuenta de ello. Si no, no se explicaba tanta ineficiencia.

Sin contemplaciones, les disparó a los dos por la espalda. Fue certero y

mortífero. No miró a su compañero. Era un cero a la izquierda respecto a él.

A paso decidido se acercó hasta los cuerpos. Uno de ellos aún respiraba, pero la sangre que salía a borbotones de su boca era una clara señal de que le quedaba muy poco. Palpó sus ropas en busca de unas llaves o algo que les permitiera salir de la azotea. Las encontró en el que había muerto, en su puta mano. Le desagradó que estas estuvieran calientes. También le sustrajo un *walkie*.

El ruido característico de un arma con el silenciador incorporado le sobresaltó. Levantó la mirada y vio al luchador con su semiautomática apuntando hacia el que hacía unos segundos se ahogaba en su propia sangre. Ahora tenía un hoyo humeante en la frente y había dejado de moverse.

—Has desperdiciado la bala —afirmó Huesos. Mientras caminaba hacia la puerta decidido, escuchó al luchador murmurar:

—Es una puta fea manera de morir, McKay.

—¿Sí? Pues piensa lo que le habrán hecho a Mia, si es que aún está viva.

Lo dijo con la intención de hacerle daño, pero fue a sí mismo a quién afectó de una forma totalmente destructiva. Trató de calmarse y lo hizo con argumentos de peso. Si habían conseguido robarles dinero, había una oportunidad de que ella siguiera viva para utilizarla a recuperarlo. Frunció el ceño. Si no estaba muerta, la estaban torturando. Se precipitó hacia la puerta metálica que comunicaba con el interior. Cada puto segundo contaba.

Después de atarle las muñecas y volver a amordazarla, Mia se quedó sola en aquella habitación. La sangre de la nariz ya se le había secado, pero todo su cuerpo estaba sumido en un sopor constante, ya fuera tanto por los golpes recibidos, como por las ataduras que se ceñían a su piel. La habían fijado tan bien que lo único que podía mover era el cuello y un poco la espalda. Además, a todo se le sumaba el hecho de que estaba tiritando de frío. Solo llevaba la camiseta y las bragas. Por suerte, no se les había ocurrido

desnudarla del todo. De ser así, habrían descubierto su teléfono, al que no había logrado acceder y no porque no lo estuviera intentando.

Respiró hondo tratando de calmarse. No iba a negar que estaba muerta de miedo. Se repetía una y otra vez que aquella última información que les había dado, en cierta manera, los había amedrentado. Y aunque no había tenido ocasión de preguntarlo, estaba cien por cien segura de que el supuesto jefe era Alexander. Al verla, él la sacaría de allí. Probablemente estaría enfadado y le exigiría compensar la afrenta, no solo devolver el dinero. No obstante, su vida ya no correría peligro, porque él sería incapaz de matarla, ¿no?

Su torrente de pensamientos se detuvo de forma abrupta en el momento en el que le pareció escuchar a alguien ascender por las escaleras. El pulso se le aceleró en cuestión de segundos y se puso alerta. También notó que el que se acercaba a la puerta ralentizaba el paso, como si quisiera tomarse su tiempo.

Trató de visualizar a través de los cristales de quien se trataba, pero unos cuantos mechones de pelo rebelde le cubrían el rostro y no era capaz de apartarlos. Escuchó la puerta abrirse e hizo lo imposible para retirarlos. Al final, sus ojos se encontraron con los de él. Contuvo el aliento.

—¡Mia Gabrielli! —exclamó y a continuación soltó una carcajada muy sonora—. ¡La jodida Mia Gabrielli servida en bandeja de plata! ¡No me lo puedo creer!

Mia torció el gesto y se le formó un enorme nudo en la garganta que le quebró la voz.

—Alexander —consiguió decir.

Él se agachó y se puso a su lado. No hubo amago de liberarla y Mia empezó a ponerse muy nerviosa. En cambio, él agarró uno de sus rizos y se lo apartó de la cara.

—¿Te han pegado mis hombres? —preguntó. Mia dudó si había una nota de burla en sus palabras. Ella asintió, muy levemente—. Pobrecita. No puedes

culparlos, ¿sabes? Me has robado mucho dinero. Has sido bastante mala.

La joven clavó su mirada en él. De acuerdo, se estaba mofando de ella. No iba a dejarse intimidar, no siendo quien ella era.

—Mi padre te lo devolverá. Con intereses. No sabía que era tuyo.

—Ya... Tú padre.

Alexander se levantó y se frotó las manos, como si estuviera tratando de calentarse. De nuevo otra burla. Ella estaba congelada.

—¿Tienes frío? —le preguntó entonces.

—Puedes soltarme, Alexander. Te he dicho que te devolveré todo el dinero, además de lo que consideres por el agravio. Te repito que no sabía que era tuyo.

—Imagino que sí lo tienes. Vamos, te llevaré a mi despacho. Ya verás qué bonito ha quedado. Te va a encantar.

Antes de que a Mia se le ocurriera siquiera qué responder, el Costello desapareció de su campo de visión. De pronto, su silla se inclinó hacia atrás con brusquedad e instintivamente se preparó para una caída que nunca llegó. En vez de ello, la arrastró hacia afuera en dirección a una pasarela que cruzaba un gran espacio abierto. Lo único que pudo divisar fueron los conductos del techo y una escalera de emergencia que conducía a otro nivel superior.

—Alexander, por favor —suplicó Mia—. Déjate de juegos.

Él volvió a reír y a la joven se le antojó espeluznante. Le vinieron a la mente las advertencias de Charlotte, ¡joder! Debió haberle hecho caso. No solo la había cazado, también la estaba mordiendo.

Mia escuchó cómo se abría una puerta y, a continuación, el sonido de su silla arrastrándose por el suelo se convirtió en algo opaco. Lo que debía de tener bajo los pies sería una especie de moqueta. También el ambiente era mucho más cálido, lo que su cuerpo agradeció. A pesar de que las luces eran

muy tenues, pudo divisar un enorme colchón rojo de forma circular dispuesto como un gran sofá, una pequeña barra y lo que parecía ser un escritorio tras el cual había una gran pantalla de televisión. Además, muchas de las zonas estaban iluminadas con luces de neón.

Su silla volvió a estar apoyada sobre sus cuatro patas y, nuevamente, el movimiento fue tan brusco que Mia sintió que se iba a caer hacia delante. Estaba jugando con ella como si fuera una muñeca.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta? —lo dijo con una agresividad muy palpable y con las pupilas muy dilatadas, hasta el punto de poder verse reflejada en sus profundidades.

—Alexander —dijo ella con un hilillo de voz.

—Me lo tomaré como un sí. Una lástima, porque todo esto podría también haber sido tuyo. ¿Sabes? Estaba dispuesto. Al principio me pareció una idea repugnante, pero luego me expusieron los motivos. Y bueno, no estás mal. Despertabas mi curiosidad, lo reconozco. Llegó incluso a encantarme. Pero tu padre...

Sin previo aviso, Alexander la abofeteó. El rostro de Mia se giró noventa grados por el impacto. Fue exactamente en ese momento cuando Mia supo que realmente estaba jodida. No tenía ni idea de qué hablaba el tipo, pero se estaba comportando como un puto chiflado. Debía pensar otra estrategia, porque estaba claro que ser la hija del Pirata no la estaba ayudando.

—¿Qué hizo mi padre?

Alexander sonrió de medio lado.

—Eso es lo que me gusta de nosotros. Que nos entendemos fácilmente —dijo al señalar intermitentemente a uno y a otro—. Perdona si me he excedido. Estoy un poco alterado, lo admito.

—No pasa nada —dijo ella a regañadientes.

Alexander se acercó y le acarició el rostro, allí donde él le había pegado.

—Me habría gustado que esto acabara de otra forma.

La confesión la hizo quedarse helada. No había manera de malinterpretar lo que estaba diciendo.

—¿Tiene que acabar? —Hizo acopio de toda la fuerza de voluntad que tenía para hacer que no le temblara la voz. No podía acabar así, no podía hacerlo, tenía que sobrevivir por todos los medios posibles. Pensó en Blake. También en su padre y en Noah. Supo entonces que haría lo que fuera para volver a verlos. Disimuladamente empezó a frotar sus manos. Tenía la vaga esperanza de conseguir desgastar la cinta hasta el punto de romperla.

Alexander la observó con una expresión indescifrable. Parecía estar teniendo algún tipo de debate interno.

—Eres buena, lo reconozco. Muy buena. Hija del cabrón de tu padre. Por eso te guarda para él, como su puto tesoro. Dime una cosa, ¿te ha tocado alguna vez?

Mía no pudo reprimir su expresión de asco al escuchar aquello. Al Costello no se le pasó por alto y soltó otra carcajada.

—Ya. ¿Y el asqueroso ucraniano? ¿Qué cojones hacías con él? Me lo he preguntado tantas veces y nunca lo he entendido. Habla.

Barajó el mentirle. Sin embargo, ¿qué iba a poder decir que fuera convincente? Ya se había ido de la lengua una vez al confesarle que no tenía ningún interés romántico en Andrei.

—Ya te lo dije. Lo estaba utilizando.

—¿Para qué?

—Para robarle.

Alexander aplaudió con entusiasmo.

—¿Lo conseguiste?

—Sí —admitió Mía.

Al Costello se le agrandaron los ojos de pronto.

—Lo de la timba de póker, fuiste tú.

Si lo admitía, tendría que implicar a alguien más, y no pensaba hacerlo.

—No.

A Alexander le cambió la expresión de forma abrupta y acercó su rostro a escasos centímetros del suyo. Entonces la pellizó en la pierna con saña y ella dejó escapar un aullido.

—No me mientas, joder. No lo hagas, porque entonces no voy a tener piedad.

—Sí. Lo hice —gruñó—. Con mi novio, Mike.

El Costello arqueó las cejas y apretó los labios. Entonces la rodeó y se posicionó detrás de ella. Pudo sentir la yema de sus dedos sobre su brazo, allí donde ponía el nombre del gilipollas de su ex y estaba tachado.

—Te he imaginado muchas veces desnuda. No me esperaba esto. ¿Así que tu novio?

Mia tuvo que aclararse la garganta ante aquel comentario.

—Lo hemos dejado varias veces.

—¿Y ahora? ¿Estás con él? ¿O lo estás utilizando también?

—¿Tú que crees? —Mia giró el rostro para mirarlo y sonrió de medio lado.

—Eres perversa —dijo y entonces notó como posaba los labios sobre su brazo y lo recorría hasta su hombro, clavícula y cuello. Por mucho que lo deseara, no se apartó—. También me has utilizado a mí.

—Traté de hacerlo, sí, pero no me hizo falta. Compartíamos los mismos intereses.

—Cierto. La zorra de mi hermana. A veces olvido que erais amigas. Supongo que algo de ella se te pegó. La muy puta, siempre andaba jodiendo.

Mia mantuvo su rostro impertérrito, pero en su interior nació una cólera que amenazaba con echar todo a perder. Estaba ante el más grandísimo hijo de puta que jamás habría podido imaginar. El mal personificado. Aquello le hizo

entrar en un bucle de pensamientos confusos que, hilados unos con otros, le llevaron a preguntarse si al que ahora miraba a los ojos era el puto traidor. *Jack.*

—¿La mataste tú?

Alexander dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza.

—Creía que nos estábamos entendiendo. Joder, Mia. Me decepcionas.

La joven permaneció callada. No era idiota y escuchar decir aquello a un psicópata como Alexander era como tener las peores cartas de una jugada de póker. La única alternativa era marcarse un farol, uno de los buenos. Debía pensar en algo, pero se tomaría su tiempo.

En cuanto él volvió a posicionarse delante, volvió a frotar sus manos con insistencia y de manera casi imperceptible. La cinta había cedido un poco y aquello le daba fuerzas.

—Más preguntas. ¿Para qué una muñequita rica como tú quiere pasta? ¿Es que acaso tu padre no te ha comprado el poni que querías?

—Muy gracioso —ironizó ella—. Quería largarme. Vivir mi puta vida. A una muñequita como yo le gusta tener comodidades, ¿sabes?

Alexander sonrió de oreja a oreja.

—Como a mi hermana. ¡Oh, joder! Quizás también tenías algo con ella. ¿Ibais a largaros juntas?

—Tu hermana me traicionó y se largó por su cuenta. Me dejó sin nada.

No era un farol, pero el desdén que usó al decirlo no era el que realmente sentía. Charlotte había prometido volver a por ella y Mia estaba convencida que de no haber sido asesinada, lo habría hecho.

—Muy propio de ella.

En ese momento alguien llamó a la puerta. Alexander se giró con violencia, como si estuviera poseído. Quizás realmente lo estaba.

—Jefe. ¿Puede salir un momento? Es importante.

El bufido que soltó erizó la piel de la joven.

—Espérame aquí. Enseguida vuelvo. Estás en tu casa.

Obviamente era otra burla. Empezaba a calar su retorcido sentido del humor.

En cuanto se quedó sola, frotó sus manos con tanta insistencia que por fin consiguió que la cinta cediera lo suficiente para volver a liberarse. Llevó la mano a su escote y sacó el teléfono. Histérica, entró en los contactos para buscar el de su padre. Esta era la última oportunidad que iba a tener. Desgraciadamente, escuchó a Alexander tras la puerta y tuvo que volver a pasar la mano por la cinta con el teléfono en ella. Deslizó el dedo sobre la pantalla allí donde supuso que estaba el botón de llamada. El Costello abrió la puerta y regresó hasta ella refunfuñando en voz baja.

—Ineptos, desgraciados. El tío al que lanzaste del camión, lo han encontrado tirado en el asfalto. Se les ha muerto por el camino. No dejas de joderme, Mia. ¿Cuántas bajas van ya en mis hombres por tu culpa? ¿Diez? Me sales muy cara y les estás mermando la moral.

La joven tenía fe de que su padre la estuviera escuchando, por lo que decidió tomar las riendas de la conversación, a pesar de la amenaza de cabrearlo. Aún le escocía la piel de la cara y la notaba al rojo vivo.

—Sigues sin responder mi pregunta. ¿Qué hizo mi padre?

—Eso ya no importa. Tú padre ya no importa. Tiene las putas horas contadas. De hecho, puede que ya la haya diñado. Tú, en cambio... La verdad es que no sé qué hacer contigo. Debería matarte, eso lo tengo claro. Pero me has hecho un favor robando al sindicato. Una pieza más para justificar la muerte de Luca Gabrielli. Eso debería contar, ¿no? —Las palabras brotaron de su boca como una cascada salvaje y violenta.

Mia empalideció y abrió los ojos como platos. Todo su cuerpo se echó a temblar y a punto estuvo de dejar caer el teléfono de las manos. Con esa

información, le fue imposible sobreactuar. ¿Y si su llamada no era respondida? ¿Y si realmente su padre ya estaba muerto? La vista se le nubló por un instante y una lágrima rodó por su mejilla. Había perdido por completo la capacidad de concentrarse. Ni siquiera era capaz de pensar con claridad.

—No llores. Te hace débil.

Alexander inclinó su cuerpo hacia ella, la agarró del pelo y la forzó a besarlo. Lo hizo de forma tan brusca que sus dientes entrec chocaron y no dudó en morderla hasta el punto de herirla. Pudo notar el sabor de la sangre en su paladar.

—Podría convertirte en mi juguetito. Sí, creo que me gustaría eso. Después de todo, me lo merezco.

—Hijo de puta —murmuró ella. A la mierda su instinto de supervivencia. Quería matar a ese cabrón. Dejó caer el teléfono, liberó sus manos y fue directa a arañarle los ojos. Seguía anclada a la silla, por lo que cuando él gritó y retrocedió, ella fue detrás y se aplastó las rodillas al caer.

Rápidamente trató de librar una pierna, ignorando el dolor, el miedo y todo lo que amenazaba con derrumbarla. Lo consiguió a tiempo, puesto que él seguía vociferando insultos con las manos cubriéndose los ojos. No obstante, un fuerte golpe en la cabeza la detuvo en seco. Toda la habitación empezó a dar vueltas a una velocidad desconcertante. Su visión se llenó de puntos blancos y, aunque creyó emitir un gemido, nunca llegó escucharlo.

Capítulo 41. La cara del diablo

Blake trataba de ser lo más sigiloso posible, pero hasta el sonido que hacían las suelas de goma de sus propias botas le resultaba ensordecedor. Se esforzó por hacer menos ruido, sin embargo, eso provocó que se quedara rezagado. McKay ya había bajado las escaleras que llevaban desde la azotea a la tercera planta y lo estaba esperando pegado a la pared en la que había otra puerta. Pudo ver la impaciencia en su mirada a pesar de la poca luz, pero Noah se abstuvo de decirle nada. Sabía que lo consideraba un inútil y, en ese momento, no podía culparlo.

El luchador inspiró ansioso y lo imitó al posicionarse en el lado opuesto del acceso. El último comentario que le había hecho Noah antes de bajar, seguía retumbando en sus oídos de forma lacerante. Los segundos se estaban escapando y, con ellos, quizás la vida de Mía también. La idea de perderla amenazaba con arrebatarse la poca cordura que le quedaba. Cada molécula de su cuerpo lo impulsaba a correr, a luchar, a hacer lo que fuera con tal de encontrarla, pero se obligó a esperar. No quería dar un paso en falso que echara todo a perder. En consecuencia, la pistola ardía en su mano sudorosa hasta el punto de quemarle.

Huesos le hizo una seña para que estuviera preparado y giró la manija de la puerta con lentitud. Un olor a polvo, cemento y óxido se filtró sus fosas nasales. Vio cómo Noah echaba un vistazo rápido dentro de la estancia y se señaló a sí mismo con un gesto veloz para indicar que iría por la izquierda. La siguiente orden fue para que Blake se ocupara de la derecha. Entonces abrió la puerta un poco más, solo lo suficiente como para pasar por ella, y desapareció dentro. El hombre tatuado se precipitó a seguirlo. Se encontró con una sala amplia iluminada únicamente por la tenue luz de la noche abierta que se

colaba por las ventanas y los tragaluces del techo a dos aguas. Sus ojos buscaron cualquier tipo de movimiento mientras trataba de tener cuidado para no abrir la puerta más de lo necesario y hacer chirriar las bisagras. Tan concentrado estaba en esa tarea que se olvidó del silenciador incorporado a su arma y este chocó contra las jambas con un ruido seco.

Agudizó el oído y de repente le llegó el sonido de una música atronadora que debía de venir de la planta principal. Se abalanzó hacia una pila de material de construcción para ponerse a cubierto e hizo un rápido barrido visual. Localizó a McKay agazapado junto a uno de los pilares y unas cajas. Este lo miró y asintió despacio con la pistola en la mano. Mientras que Blake estaba hecho un puto mar de dudas y la música no hacía más que ponerle los nervios a flor de piel, Huesos volvía hacer gala de esa profesionalidad que tanto habría deseado poseer. Hizo lo que pudo para controlar su respiración y desacelerar los latidos de su corazón, que acabaron acompasándose con los bajos de la canción electrónica que ahora sonaba.

Entonces vio a Noah apuntarle con su arma y, por un turbador instante, Blake pensó que al rubio se le habían aflojado los tornillos. Al segundo, unos pasos muy cercanos le advirtieron que había alguien detrás de él y se agachó rápidamente. Una sombra se proyectó a su lado y desapareció casi al instante tras el silbido de un disparo con silenciador. Ante sus ojos, McKay se levantó y, sin mirar dos veces al hombre que acababa de matar, avanzó hacia el fondo. Casi inmediatamente se escucharon disparos, y estos ya no provenían del arma de Noah. Se había desatado un puto tiroteo, todo porque él, Blake Novak, no había conseguido entrar por una maldita puerta sin hacer ruido antes de que la música lo envolviera todo. Un pánico repentino lo apresó al darse cuenta de que Huesos acababa de salvarle la vida, y de que, sin él, sus posibilidades de rescatar a Mía eran nulas.

Aquella idea lo empujó a la acción. Se asomó por el hueco entre la pila de

bloques de cemento y eso le permitió ver a dos hombres disparando a Noah mientras este se ponía a cubierto. Sus balazos se mezclaban con el ritmo frenético de la música. Un pensamiento traicionero se coló en la mente de Blake: estaba a punto de matar de nuevo, quizás más de una vez. Recordó al hombre de la azotea, con la sangre saliendo a borbotones de su boca. Sintió un escalofrío y el arma en su mano tembló ligeramente. Se maldijo por no tener la frialdad de McKay; no podía perder los estribos ahora. Entonces, apuntó y disparó dos veces. Para su desgracia, ninguna de las dos balas llegó a acertar al blanco. Sin embargo, sin querer, le había dado a un saco de cemento y una nube polvorienta se levantó en la cara de uno de los tipos. Este se cubrió los ojos y empezó a toser. McKay no desaprovechó la oportunidad: antes de que el hombre pudiera volver a esconderse, le disparó una vez y este se desplomó en el suelo.

Al darse cuenta de que solo quedaba uno, el luchador abandonó su refugio y corrió. No había mucho sitio donde esconderse, pero tampoco planeaba hacerlo. Ahora hacer ruido ya no era un problema, por lo que ir directamente a por el tipo le pareció la mejor idea. Solo tenía que sorprenderlo por detrás.

Saltó por encima de las cajas que estaban en su camino y rodeó el viejo mueble detrás del cual se escondía el tirador. No lo encontró de espaldas, como esperaba, sino de perfil hacia Blake y, al juzgar por la posición de sus manos sobre el arma, acababa de recargarla. En cuanto vio al luchador, se giró violentamente hacia él y hubo un instante en el que Blake prácticamente pudo sentir en su pecho el disparo a quemarropa que el tío estaba dispuesto a regalarle. Sin embargo, él fue más rápido. Lanzó todo su peso hacia él y los dos se fueron al suelo. Ambas pistolas quedaron perdidas en el proceso al deslizarse fuera de su campo de visión. Un golpe certero se estampó contra la cara de Blake en medio del forcejeo y aquello acabó por hacerle perder los estribos. No fue consciente de lo que hacía hasta que McKay le gritó que

parara. Al parecer, le había estado destrozando la cara al tipo con los puños.

—Detente, joder —gruñó Huesos y lo apartó de un empujón.

—Tienes que estar de broma —contestó Blake furioso y con la respiración entrecortada—. ¿Te los has cargado a todos y a este lo necesitas vivo?

—Es el último y está a tu merced. ¿Cómo la vamos a encontrar si no, pedazo de idiota?

Noah se puso de cuclillas frente al hombre y presionó la punta del silenciador contra su mejilla.

—¿Dónde está la chica? —preguntó con una voz que parecía carecer de toda emoción.

—Cómeme la polla —susurró el tipo, o algo parecido. No se le entendía muy bien.

McKay le estrujó la cara con saña y el hombre soltó un alarido. Probablemente tenía un pómulo roto, quizás la nariz, también.

—Está con el jefe, joder. —No fue difícil de disuadir. Sin embargo, Noah no se quedó contento y volvió a presionar aquella cara ensangrentada. Blake dejó de prestarle atención. Mia estaba viva. ¿No? Eso era lo que acababa de decir ese hijo de puta, que estaba con su jefe, no durmiendo con los peces ni ninguna mierda parecida. El alivio que sintió fue como si le quitaran de encima una puta losa de cien kilos.

—¿Dónde?

—En su despacho. Bajo vuestros pies. Os matará, cabrones, os...

Ya no pudo decir más. Noah le atravesó la tapa de los sesos con un balazo.

—Has malgastado una bala —ironizó Blake. Como respuesta solo obtuvo una mirada furibunda. No le importó, Mia estaba viva.

Noah respiraba fuego. Notó el consuelo reflejado en los ojos del luchador y al momento lo tachó de iluso. Podía ser que Mia estuviera con Alexander Costello, él mismo había deseado que así fuera cuando se habían enterado de

que la habían apresado, pero en algún profundo recoveco de su estómago, tenía la incómoda sensación de que eso tampoco significaba nada bueno. Ella había robado al sindicato y aunque el hecho de ser hija de Luca Gabrielli la salvaba de una muerte segura a manos de otro miembro, Alexander tendría el respaldo de estos para darle un castigo ejemplar. Conocía al tipo demasiado como para tener la esperanza de que no lo hubiera hecho. Incluso se lo imaginó argumentando que habían sido sus hombres y que cuando él la había reconocido, había hecho gala de una admirable compasión. Por supuesto, eso le haría ganar simpatías y el error de Mia aún los pondría en una situación más crítica de la que estaban a su padre y a todo el clan.

¿Y Huesos? ¿Dónde quedaba él en toda aquella historia? Seguramente que no muy bien parado. Había ejecutado a un total de cuatro hombres de los Costello en su desesperación y poco importaba que hubiera hecho lo mismo con un quinto, a pesar de ser innecesario. El núcleo de sus pensamientos, no obstante, se centraba en el hecho de descubrir que Alexander le hubiera puesto una mano encima a Mia. Que no fuera a recibir pena por ello sería culpa de ese gilipollas que tenía al lado y se había dedicado a entorpecer todo el rescate. Si incluso había tenido que salvarle la vida. No entendía por qué lo había hecho, o quizás sí. Noah se adjudicó a sí mismo el título de imbécil del año.

—Vamos —se limitó a decir y señaló una escalera de incendios que tenían al lado. Sabía que no era la mejor alternativa, porque los iba a dejar bastante expuestos, pero ahora jugaban con la ventaja de la música que sonaba a un volumen considerable desde la planta baja. Sospechó, además, que el resto de hombres se habrían concentrado ahí, aunque no descartó el hecho de encontrar a uno o dos custodiando la entrada al despacho del Costello. Por ese motivo, siguió con su arma en alto dispuesto a disparar a la mínima ocasión.

Al primer escalón se agachó y estudió el espacio. Podía ver la planta baja y

cuatro hombres sentados sobre unas cajas. También identificó el equipo de música que había al fondo, donde había otros dos. Uno pinchaba discos y el otro bailaba a su alrededor. Al parecer tenían una pequeña fiesta improvisada que de un momento u otro iba a terminar muy mal. No se había olvidado de que los refuerzos estaban a punto de llegar. Los sorprenderían con botellas en la mano en vez de con armas de fuego. Eso jamás habría pasado con hombres de los Gabrielli.

Al segundo escalón identificó en el otro extremo unas oficinas de cristal y una pasarela que comunicaba ambos lados del edificio. La recorrió con los ojos hacia donde supuestamente estaba el despacho de Alexander. Tal y como suponía, había un hombre apostado en la barandilla, que contemplaba a sus compañeros desde arriba con cara de aburrimiento. Desde donde Noah estaba, podía ver las horribles marcas de viruela que le surcaban el rostro y lo reconoció como uno de los hombres más fieles de la familia, un italoamericano del medio oeste, despiadado y prepotente, que nunca le había caído bien.

Bajó los siguientes escalones despacio, pero de forma segura. Percibió que el luchador lo seguía con la misma cautela. Una vez estuvieron en el segundo nivel, tiró de su chaqueta para que se agachara. Había encontrado una posición desde la que sería capaz de matarlos a todos. ¿Estaba dispuesto a hacerlo? Quizás hacía unos instantes, sí, ahora no estaba tan seguro. Arriesgarse a un fuego cruzado podía poner en riesgo a Mia. Lo caviló durante unos segundos y al final determinó que lo mejor era quitar al de la viruela del medio y entrar en el despacho de forma igualmente sigilosa. Se giró hacia Blake.

—¿Eres capaz de dejar sin conocimiento a ese mientras yo entro? Y sin que te vean, obvio.

El luchador miró hacia donde se encontraba el objetivo con expresión tensa.

—¿A este no lo matas? —susurró, al cabo de un par de segundos.

—¿Y arriesgarme a que Alexander sepa que estamos aquí? ¿Con ella en sus fauces? ¿Eres imbécil o te lo haces?

Blake frunció el ceño.

—¿Hablas de Alexander Costello? ¿El hermano de Charlotte?

—Sí, joder. No tengo tiempo para esto. ¿Puedes o no?

—Sí.

—Pues vamos a ello. Tendrás que ir primero. No la cagues.

El luchador asintió, aunque parecía estar bastante nervioso. Tomó la delantera y Noah fue testigo de cómo se acercaba agazapado al de las marcas de viruela mientras este miraba en dirección opuesta. Tuvo que admitir que sus movimientos fueron veloces y que en poco tiempo ya lo tenía bajo el yugo de su brazo y lo estaba asfixiando. Tenía que aprenderse esa maniobra, que también había usado con él.

Noah hizo el mismo recorrido hasta la puerta del despacho. No se detuvo a esperar al luchador y abrió la puerta tan despacio como pudo. Sus ojos tardaron unos segundos en adaptarse a las luces de neón que iluminaban la habitación. Estaba mucho más en penumbra que el espacio principal de la nave. Unos movimientos captaron la dirección de su mirada. No estaba preparado para lo que vio y sufrió un bloqueo tan grande que casi podría asegurarse que había llegado a perder la conciencia. Sin embargo, algo rugió dentro de él y se apoderó de todo su ser.

La mandíbula se le tensó tanto que los tendones del cuello se le agarrotaron. Alzó su pistola en alto dispuesto a usarla hasta vaciar la recámara, cuando la música se detuvo en seco. Le llegaron unos gritos y empezó el tiroteo. Los refuerzos finalmente habían llegado. Aquello provocó que Alexander dejara de hacer lo que estaba haciendo y se percatara de su presencia. Su expresión se le antojó diabólica, con los ojos negros refulgiendo y rodeados de lo que se adivinaba como arañazos. Cuando reparó en Noah, no obstante, su rostro se

deformó en una mueca de terror. Fue a abrir la boca, pero Huesos no le dio oportunidad. Disparó una vez, dos veces, tres, con una puntería mortífera, hasta que el Costello se desplomó hacia atrás con la boca abierta y los ojos en blanco. Noah se acercó y siguió disparando a su cuerpo desnudo. No dejó de hacerlo hasta que se dio cuenta de que el sonido que salía de su arma era un simple *click*.

Entonces escuchó unos pasos precipitarse dentro de la estancia. No se giró para ver de quien se trataba, lo supo en el momento en el que se detuvieron y la voz desesperada del luchador gritó:

—¡Mia!

En ese momento, se atrevió a mirar y sintió como si alguien le arrancara el corazón del pecho, junto con todas las entrañas. Mia no se movía. Estaba desnuda y tenía marcas de violencia por todo su cuerpo. Los rizos le cubrían el rostro, pero pudo identificar en sus mejillas chorretones negros que le debía de haber dejado la máscara de pestañas después de haber llorado.

Blake se sacó la chaqueta que llevaba, su jersey y se lo puso encima para taparla, entonces la escuchó gemir y supo que seguía viva. El luchador la tocaba con una delicadeza y cuidado impropios de él, como si la venerara. Cuando le retiró el pelo del rostro, quedaron a la vista más marcas de las agresiones que había sufrido. El labio le sangraba, el pómulo que ya se había curado volvía a estar amoratado, pero la peor de todas fue lo que parecía ser una herida en la parte frontal de su cráneo. No la podía ver, pero sí todo el cerco de sangre que la rodeaba, manchando con una masa pegajosa y oscura su cabello. En ese momento algo dentro de él se quebró. Su brazo se alzó como si tuviera voluntad propia y apuntó al luchador con la pistola.

—Suéltala. —No pudo reconocer su propia voz al decirlo. Sonaba hueca, vacía.

El luchador ni lo miró.

—No pienso dejarla —respondió y pasó un brazo por debajo de sus piernas y otro por debajo de su espalda. Luego la alzó y la cargó en dirección a la puerta.

—¡Te he dicho que la sueltes! —La voz de Noah se alzó hasta convertirse en un grito.

—Blake —sollozó Mia y el labio de Huesos empezó a temblar. Fue incapaz de retenerlo y, ante su impotente mirada, el luchador la sacó de allí.

—¡Joder! —escuchó que decía una voz tras de sí. Llevaba un tiempo indeterminado con la mirada perdida en ningún sitio y saboreando su miserable derrota—. Hijo, mierda.

No pudo reconocerlo hasta que se posiciono delante de él y lo sostuvo por los hombros. Era su padre.

—Has matado a Alexander Costello —sollozó. Los ojos del joven se alzaron para encontrarse con los de su progenitor. Se sorprendió descubrir que estaban enrojecidos por lo que parecían ser lágrimas—. Tienes que marcharte. Ahora mismo. Voy a pedirte un billete de avión a Dublín con tu madre. ¿Podrás ir al aeropuerto tu solo o pido que te acompañen?

—La he salvado —respondió—. Pero no he llegado a tiempo para impedir que...

La voz se le quebró y se odió porque le resultaba imposible racionalizar nada de lo que había ocurrido.

Entonces su padre le abrazó y fue como si una ola de frío polar lo congelara por dentro.

—Has hecho lo correcto. Estoy orgulloso de ti.

—Papá —Noah se deshizo de sus brazos. El contacto se le estaba haciendo insoportable. No quería compasión, ni amor, porque aquello le hacía sentir y su única alternativa para seguir respirando era convertirse en un bloque de hielo—. Mia es Butterfly.

Capítulo 42. Huracán

Luca negó con la cabeza al camarero cuando pasó por su lado y le ofreció una copa de champán. Finalmente había conseguido que el sindicato se reuniera para dar la bienvenida a una nueva familia, los Nakahara, y quería saborear la victoria sin abotagarse la cabeza. Había sido un trámite difícil con muchas negociaciones de por medio, en especial si tenía en cuenta la situación precaria en la que lo habían dejado los últimos acontecimientos. Muchos de los miembros seguían agitados por la atención mediática del intercambio que había salido mal, la muerte de Charlotte Costello y el tiroteo desatado por una fuerza anónima en una vieja propiedad de estos. Había sido imposible negar la existencia de un traidor y todas las miradas se habían dirigido a él como responsable; al fin y al cabo, lo era.

Además, el patriarca de los Costello, al que ya no podía seguir calificando como amigo, se había ocupado de mover fichas en su contra a la mínima ocasión, como si esa presión fuera a servirle para que cediera a sus absurdas peticiones de matrimonio concertado con su hija. La entrada de los Nakahara, no obstante, suponía una nueva fuerza aliada y auguraba un futuro mejor. Luca tenía la convicción de que de ese modo había logrado sortear la amenaza de guerra, al menos por el momento. Una nueva fuente de efectivo entraba en la coalición dispuesta a apaciguarlos a todos con lo que más les gustaba, el dinero. Aun así, no iba a bajar la guardia tan temprano. No podía pasar por alto que los traidores seguían tras un parcial anonimato. No había conseguido las pruebas necesarias para destaparlos a todos, aunque había puesto la mayor parte de sus esfuerzos en ello.

Le habían llegado noticias de que los Bondaryenko estaban almacenando armas de las que no habían emitido parte. Demasiado sospechoso para pasarlo

por alto como simples rumores. Por ese mismo motivo, en lugar de tener a Barney, su segundo, a su lado en un evento del sindicato, lo había enviado a los almacenes del puerto de los ucranianos a comprobarlo. Mientras, él se ocupaba del evento social que estaba teniendo lugar a veinte kilómetros de la ciudad, en la lujosa finca de caza de Ayako Nakahara, la líder del clan.

Tampoco lo acompañaba Karen. No se lo había pedido porque no estaba seguro de si hacerla partícipe por completo de todos sus asuntos. Lily, su primera mujer, nunca había mostrado interés, y aunque Karen estaba al tanto de muchas más cosas de las que Lily nunca había sabido en vida, no se había atrevido a tomar una decisión de tan vital importancia aún. El hecho de que ella estuviera de guardia en el hospital había sido la excusa que necesitaba para aplazarlo, al menos, hasta que estuvieran casados. Ya había fecha y en menos de tres meses, ella sería su mujer. Aquello también lo llenaba de dicha y le daba fuerzas para buscar la estabilidad en sus negocios con más ahínco.

—¿Por qué no están aquí los McKay? —le preguntó una voz muy familiar. Se giró para mirar a su hermano. Con él prescindía de su ridículo acento italiano. Ambos sabían que era fingido.

—Yo también me alegro de verte, Silvio.

—Padre e hijo son tu puta sombra —continuó con inquina—. ¿Acaso ha pasado algo de lo que debería enterarme?

—Mis asuntos están en regla —contestó Luca y le dedicó una fría mirada—. Por lo tanto, los tuyos también. ¿O es que tengo algo de lo que preocuparme?

Su hermano apretó los labios en un mal intento de sonrisa. Estaba enfadado porque le había relegado de sus funciones en Italia. Luca tenía motivos para tal decisión. Lo quería tener cerca y comprobar hasta dónde llegaba su lealtad. Se negaba a cuestionarla por mucho que le habían insistido en que lo hiciera.

Desde que eran niños, habían tenido una buena relación. Había sido Silvio el que había convencido al padre de ambos para incluir a Luca en sus círculos,

y había sido este el que le había enseñado a partir de aquel momento todo lo que él ya había aprendido. Luca siempre había sido consciente del instinto protector de su hermano y también de su liderazgo. Sin embargo, el tiempo había demostrado que era Luca el que estaba más preparado para asumir la jefatura del clan, mucho menos dado a los brotes temperamentales de su hermano. Así fue como lo había dictaminado la familia.

Luca jamás olvidaría el momento en el que había sido elegido, cuando su hermano, con la derrota grabada en el rostro, le había jurado lealtad y apoyo incondicional. Sin embargo, el paso del tiempo había demostrado que el temperamento de Silvio era cada vez más descontrolado, posiblemente por aquella frustración, y había sido por ello que había decidido enviarlo a Europa, donde podía dejarlo crecer a sus anchas sin tener que estar bajo su yugo constante. Una manera de tenerlo contento y de que de nuevo se sintiera parte de algo y no un súbdito. Había funcionado, o eso se esforzaba en repetirse una y otra vez cuando lo miraba a los ojos. Los demás tenían que estar equivocados, él no podía formar parte de ningún complot.

—Pues la verdad es que sí. Me ha contado el Bondaryenko que quieres comprarle a uno de sus luchadores. No parece muy feliz con la idea, aunque imagino que lo sabes. También que no puede negarse, tú siempre tan astuto. Pero dime, ¿por qué vas a ampliar más el negocio?

Luca suspiró. Su hermano estaba alzando la voz a pesar de saber de sobras que le molestaba en exceso que lo hiciera en público. La discreción siempre había sido el lema de los Gabrielli, excepto para Silvio. Fue a replicarle una respuesta corta y tajante para poner punto y final a la desagradable conversación, pero la vibración de su teléfono lo distrajo.

—Discúlpame. —Luca se encaminó hacia fuera del salón, donde el ruido era menor, para atender mejor la llamada. Sin embargo, había esperado que se tratara de Barney y cuando leyó el nombre de su hija en la pantalla, tuvo un

mal presentimiento. La noche estaba avanzada y supuestamente ella estaba en la residencia del campus, con una amiga, estudiando.

Sin querer empujó a un camarero y lo hizo trastabillar con la bandeja en la mano. Chocó contra algo duro, como si llevara una coraza. Las prisas le hicieron olvidar el detalle y tampoco se preocupó de pedirle disculpas.

Abrió las puertas que daban al balcón que comunicaba la casa con los jardines. El viento de la noche otoñal le sacudió el traje. Descolgó e instintivamente puso la mano en la otra oreja para escuchar mejor lo que ella tuviera que decirle.

En un primer momento las voces le llegaron distorsionadas, como si un dedo sobre el micrófono del aparato estuviera obstruyendo el sonido. Poco después, la voz de un hombre gritando se escuchó con toda claridad. Luca agudizó el oído. Trataba de entender desesperadamente de lo que estaban hablando y dio varios pasos más hacia la escalinata que bajaba hacia los jardines. Entonces le llegó la voz de ella y la contestación de su interlocutor le provocó un brutal escalofrío en la columna. Se detuvo en seco al comprender la amenaza que se cernía sobre ambos. A continuación, le llegó su llanto y un nudo se le formó en el estómago. Supo que tenía que salir de allí, que había caído en una terrible trampa, y que su hija, su Mia, estaba en una situación de auténtico peligro.

La respiración se le agitó a medida que descendía los escalones de dos en dos, de tres en tres, hasta aterrizar con sus zapatos sobre el suelo pedregoso. Apretaba con fuerza el teléfono a su oído al tiempo que sus piernas se movían en busca de una posible salida. Era consciente de que debería llamar, pedir auxilio, avisar a quien fuera, pero fue incapaz. Lo que ocurría al otro lado de la línea lo tenía hipnotizado y el miedo más puro le fulminó como un rayo, uno que jamás había sentido, porque estaba cargado de la conciencia de que nada de lo que hiciera sería suficiente para impedir que su hija sufriera ningún

daño.

El golpe que escuchó le paralizó el corazón. Sintió que el dolor era tan real que temió estar sufriendo un ataque cardíaco. Sin embargo, no dejó de correr y con la mano que tenía libre sacó su pistola. A través del altavoz le llegaron unos gritos. Eran los del hombre que asediaba a su hija. Ella lo había atacado. Aquello le dejó sin aliento. «Mia, corre», gritó en su fuero interno. «Huye, donde quiera que estés, ponte a salvo».

Por primera vez en su vida su mente se quedó en blanco. Si algo le había dado ventaja siempre sobre sus enemigos había sido su capacidad de reacción ante cualquier adversidad, por muy dura que fuera. Esto, en cambio, le superaba. Todo lo que había hecho por protegerla, por mantenerla al margen de la parte más turbia de su existencia, de mantenerla sana y salva, había caído en saco roto.

El grito que se gestó en sus entrañas murió en su garganta cuando divisó a dos hombres recorriendo el muro que delimitaba la finca. Se agachó precipitadamente para no ser visto. Supo en ese instante que su presencia allí no se debía a una cuestión de seguridad para impedir la entrada de intrusos, sino que para que ninguno de los invitados escapara cuando empezara lo que fuera que los traidores hubieran orquestado. Un atentado en toda regla contra el sindicato.

No llevaba un silenciador encima para disparar en la distancia sin alertar a más guardias, por lo que contempló desde la oscuridad durante unos segundos el escenario y tomó la decisión de atacar de frente con el factor sorpresa. Era posible que sus huesos no estuvieran ya tan jóvenes como antaño, pero nunca había descuidado el mantenerse en forma. La falta de acción y los tiempos de paz no lo habían acomodado. Luca Gabrielli siempre estaba alerta.

A través del teléfono no le llegaron más voces y tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para no derrumbarse allí mismo. Si él moría, no habría

esperanza para ella, y eso era lo único que le importaba: Mia.

Se arrastró por el suelo con sigilo hasta llegar a escasos metros del primer guardia. Un seto le permitió erguirse, contó hasta tres y cuando este se dio la vuelta para cambiar de rumbo, le disparó a quemarropa. El sonido del disparo rebotó entre los árboles e hizo eco. Su compañero, alertado, a los dos segundos, recibió la misma sentencia.

Luca escuchó unos gritos y unos pasos acelerados que se acercaban velozmente a su posición. Se puso el teléfono en el bolsillo consciente de que nada más podía hacer con él y de un impulso logró colgarse de un saliente en la mitad del muro de piedra. La parte de arriba estaba cercada con alambrada de espinos e iba a ser bastante dificultoso sortearla. No desistió. Escaló todo lo rápido que pudo y sus dedos por fin se aferraron a la parte superior del muro. Un último impulso lo situó en el borde y cuando llegó la parte de sortear la alambrada, lo hizo de un salto. La carne de su pierna se laceró con uno de aquellos hierros, pero el dolor fue inexistente. Ni siquiera se habría dado cuenta de ello si no hubiera sido por la sangre que le goteaba por la pantorrilla y que tan molesta le resultaba.

Ya al otro lado de la finca, empezó a escuchar disparos. No se permitió más de unos segundos para coger aire. Aún no estaba a salvo.

Echó a correr en dirección al bosque, lejos de la carretera donde podría ser visto. Su hermano, joder, había quedado atrapado allí. La culpa de haberlo abandonado fue terrible, pero Luca sabía que retroceder era inútil. Decidió confiar en sus capacidades para salvarse, si es que tenía que hacerlo, y trató de serenarse pensando en lo agradecido que estaba de que ni Karen ni Barney ni Noah se encontraran allí por sus propias, aunque inconscientes, decisiones. Su hija, en cambio. Sacó el teléfono de su bolsillo y tuvo ganas de estrujarlo entre sus dedos al comprobar que la llamada había finalizado. No obstante, tenía unas diez llamadas de Barney. Le devolvió la última con tal ansiedad que

al teléfono le costó varios intentos reconocer la yema de sus dedos.

—Don Luca —dijo con una exhalación su segundo—. Es Mia.

—Lo sé —respondió este y fue imposible que no se le quebrara la voz. Aun así, que él lo supiera le dio esperanza.

—Noah la tiene localizada. Ha ido a por ella, estoy de camino con veinte hombres. No vamos a permitir que le pase nada.

Luca se obligó a coger una bocanada de aire cuando empezó a sentir la ausencia de este en sus pulmones. Lo hizo repetidas veces mientras se dejaba envolver por la gratitud de tener a hombres tan capaces. Noah, ese chico era un ángel caído del cielo, tan leal, tan atento y tan eficiente. El Pirata jamás habría llegado a ser quien era si no hubiera tenido a los McKay a su lado, a ambos.

—Sé que lo harás —sollozó. Fue incapaz de contenerse. Por suerte, solo Barney lo conocía lo suficiente como para que tal gesto no fuera tomado como una muestra de debilidad.

—¿Vienes hacia aquí?

—Barney —Hizo una pausa para reflexionar cuantos detalles necesitaba su segundo y que estos no fueran a resultar una distracción. Lo quería entero y concentrado—. Han atentado contra el sindicato. Mi hija me ha salvado con una llamada. Haz que merezca la pena que siga viviendo. ¿De acuerdo? Mátales a todos.

Se hizo un pequeño silencio al otro lado de la línea.

—De acuerdo.

—No prescindas de nadie para venir a buscarme. Me las arreglaré.

—Te mantendré informado.

Dicho esto, Luca colgó el teléfono y anduvo en silencio entre la densa vegetación sin alejarse por completo de la carretera, su única referencia para no perderse en la espesura del bosque. Solo la luz de una media luna le

permitía vislumbrar por dónde pisaba. Fueron unos aproximados veinticinco minutos, los peores de toda su vida, los que pasó caminando hasta divisar las primeras luces de la ciudad, en los suburbios. Trató de llamar a su hermano, pero no obtuvo respuesta. No se atrevió a hacerlo con ninguno de sus aliados por si en realidad no lo eran; primero debía estar a salvo, rodeado de sus hombres, y ocuparse de su hija. Había grabado la llamada, pero se había prohibido volverla a escuchar. Si lo hacía, la cordura lo abandonaría, estaba seguro de ello, y ahora no se podía permitir dejar de ser el hombre pragmático y tenaz que siempre había sido. No podía quebrarse, ella aún lo necesitaba.

Al acceder a la primera calle residencial en la que había varias casas a medio construir, no se molestó en esconderse. La finca había quedado lejos y parecía que nadie andaba en su búsqueda. Sin embargo, las luces de un coche lo alertaron y optó por ser precavido. Se ocultó en el patio de una casa sin habitar.

Cuando el todoterreno negro se detuvo a su lado, ya tenía el arma preparada, con el seguro fuera, dispuesto a hacer blanco, pero entonces identificó a Vinnie el Gordo salir del asiento del conductor, con el motor en marcha. Debía de haber activado la localización del teléfono de Luca para encontrarlo. Todos sus hombres lo tenían, pero solo uno podía facilitar la contraseña para activarlo, en caso de emergencia. Imaginó que debía de haber sido obra de Barney que Vinnie lo hubiera localizado.

—¿Jefe? —preguntó este.

Luca se llevó una mano a la frente tratando de apaciguar la furia que le carcomía por dentro. Vinnie debía haber estado custodiando a su hija y había fracasado. Quería hacérselo pagar.

Salió de su escondite sin dejar de apuntarlo. Al verlo, el hombre levantó los brazos y se dejó caer de rodillas.

—Me lo merezco —gimió con los ojos cerrados—. Lo acepto. He fallado.

No me lo perdonaré jamás.

Luca esbozó una mueca de disgusto. El pulso le temblaba por la rabia contenida. Conocía a ese hombre desde la infancia, siempre había sido parte de la familia, fiel como un perro. No lo creía capaz de traicionarlo y, aun así, ¿cómo habían logrado secuestrar a Mia sin que él se enterara? Las palabras del hombre que amenazaba por teléfono a Mia se repitieron en su mente. Quizás la había subestimado. Quizás ella... No. No tomaría la decisión aún. Por todos los años de servicio, le concedería eso, aunque tuviera que luchar contra sus propios deseos de sangre que ahora mismo lo dominaban. Él era alguien racional, no era su hermano.

—Dame tu arma —ordenó con la voz fría—. Muévete muy despacio y deslízala por el suelo.

Vinnie siguió sus instrucciones al pie de la letra. Luca ni siquiera parpadeó, controlando todos sus movimientos.

—Ahora ponte de espaldas y apóyate sobre el capó.

Dicho y hecho, Luca le cacheó y comprobó que no llevaba ninguna pistola más. Lo siguiente que le dijo fue que se subiera al asiento del conductor.

—¿No va a matarme?

Luca lo miró de reojo mientras rodeaba el coche en dirección al asiento del copiloto.

—Eso depende de ti —contestó y su hombre asintió con solemnidad. Aquello lo habría conmovido si la vida de su hija no hubiera corrido peligro, pero lo hacía y no podía pensar en otra cosa que no fuera ella.

Pocos minutos después, Barney se puso en contacto para informarle que su hija estaba en el hospital en el que trabajaba Karen. No quiso entrar en detalles y Luca no se atrevió a preguntarlos. Lo único que le confirmó fue que estaban todos muertos y eran los hombres de Alexander Costello.

—Resiste, nena. Solo resiste —Blake trataba de convencerse de que Mia

podía oírlo, pero en el fondo sabía que se lo estaba diciendo a sí mismo.

Los sonidos del tiroteo aún lo perseguían en la conciencia cuando puso el cuerpo inerte de la joven en el asiento del copiloto y arrancó el motor para alejarse de aquel maldito lugar. Después de sortear algunos cuerpos, se había cruzado con Barney el Verde y este le había dado la orden de que la llevara al hospital más cercano, el Becker's Hospital, a veinte minutos de ahí y bastante próximo a las colinas de la ciudad.

Su Camaro voló como si los mismísimos demonios lo llevaran sobre sus espaldas y acabó el trayecto en la mitad de tiempo. No se molestó en buscar un sitio donde aparcar, ni siquiera en apagar el motor o cerrar el coche. Atravesó las puertas acristaladas de la sala de emergencias con Mia en brazos.

Dos enfermeras se acercaron corriendo y le dijeron algo. Fue consciente de que respondía, las seguía por un pasillo y varios pares de manos experimentadas le quitaban a Mia de los brazos y la echaban sobre una camilla. Vio cómo le revisaban las pupilas y comprobaban sus signos vitales. Su limitado, pero existente conocimiento sobre traumas cerebrales, le permitió saber que estaban preocupados.

Blake se aterrorizó. Había logrado llegar hasta allí y sostenerse en pie por el mero hecho de que Mia necesitaba a alguien que la cargara, pero ahora que su vida dependía de manos más capaces que las suyas, sintió que se precipitaba de cabeza en un pozo sin fondo. Su mente giraba como una peonza, incapaz de asirse a nada, y las imágenes de lo vivido en las últimas dos horas se mezclaban con aquellos monstruos que habían fijado residencia en su cabeza desde tiempos inmemorables. El huracán resultante acabó provocándole náuseas y corrió trastabillando hacia el baño. No se sintió mejor al vomitar, simplemente más débil y roto. Había llevado su vida al límite de la destrucción y en el proceso había arrastrado a Mia con él. La imagen de su cuerpo desnudo y maltratado escaldó su mente y Blake clavó sus dedos en el

borde del inodoro hasta que las convulsiones que sacudían su cuerpo provocaron que arrancara la tapa.

—Joder —exhaló, tratando inútilmente de controlar la tormenta que se desataba en su pecho—, Joder, joder, joder... Mia.

Su mente traicionera le trajo otra imagen: Mia, sonriente y feliz, estudiándolo con sus curiosos ojos verdes mientras trazaba con el dedo el contorno de uno de los tatuajes sobre su brazo. Quizás nunca más la volvería a ver así. Sin poder detenerse, cayó de rodillas sobre el suelo y rompió en sollozos.

De camino al hospital, Luca le dio unas breves instrucciones a Vinnie para que se ocupara de lo que había pasado en la finca y localizara a su hermano. Seguía sin contestar a su teléfono y también se temía lo peor.

Al detenerse en el aparcamiento, se precipitó por la puerta del coche y fue directo a la recepción. Allí dijo el nombre de su hija y mientras esperaba sumido en la impaciencia a que le dieran algún detalle, una mano se apoyó en su espalda. Se giró sobresaltado para encontrarse con Karen, su Karen.

—Ven conmigo —le dijo y le deslizó la palma por el brazo hasta sostenerle la mano, que estrechó con fuerza. No hizo falta que se dijeran nada más, Luca notaba el apoyo que le daba su futura mujer a través del simple contacto físico.

Lo condujo por un pasillo y atravesaron unas puertas en las que rezaba «solo personal». Entonces abrió una puerta y vio que era una sala de descanso para médicos.

—¿Qué hacemos aquí? ¡Quiero verla! —gruñó. No le gustaba alzar el tono de voz, nunca, jamás, y mucho menos con ella.

Karen le acarició el rostro con una parsimonia desesperante. Sin embargo, por muy sorprendente que fuera, aquello logró tranquilizarlo un poco. Ella ejercía sobre él un magnetismo mágico.

—No puedes verla. La están operando.

—Operando —repitió.

—He hablado con el cirujano. Le dieron un golpe en la cabeza que le ha inflamado el cerebro. Están tratando de aliviarle la presión, pero no parece que haya una lesión que implique más cirugía.

Golpe en la cabeza, cirugía; Luca estaba abrumado y trataba desesperadamente de no dejarse llevar por el pánico. No estaba resultando fácil, aunque su rostro no reflejara ninguna de aquellas emociones tan intensas que lo tenían al borde de la locura.

—Luca. Hay algo más.

El aliento del hombre se congeló y las manos de la doctora envolvieron las suyas.

—La han violado. No hay lesiones graves, tampoco. Nada que no sane con el tiempo, al menos físicamente. Creo que...

Luca hundió el rostro en el hombro de ella. Cerró los ojos y se abandonó al más profundo desconsuelo. La doctora lo acunó en sus brazos y durante unos instantes ninguno de los dos dijo nada. Sin embargo, la mente de Luca era un hervidero, y del abatimiento por saber lo que le había ocurrido a su hija, pasó a una cólera tan brutal que fue como si algo dentro suyo colisionara con violencia y destrozara todo a su paso.

—Tu hija es muy fuerte Luca. Se pondrá bien. No te lo digo como médico porque siempre hay que tener en cuenta posibles complicaciones. Pero lo creo firmemente porque la conozco. Es una superviviente, como tú.

Alguien llamó a la puerta en ese momento. Luca se quedó con la mirada perdida y sumido en aquel pesar. De nuevo respiraba como si fuera una bestia tras un enfrentamiento por una presa, exhalando el aire con furor.

Le costó bastante percatarse de que ahora era Barney el que estaba sentado frente a él, en lugar de Karen, que permanecía de pie a su lado y cruzada de brazos. Luca no tenía ni idea de cómo había llegado su segundo hasta aquella

zona apartada del hospital, pero tampoco le importaba. Quería saber absolutamente todos los detalles y, de ser necesario, ir a aniquilar a todos los Costello esa misma noche, sin necesidad de un consentimiento del sindicato, si es que aún existía uno.

Se fijó entonces que traía en sus manos el teléfono nuevo de su hija, con una funda de color rosa y una mariposa dibujada en ella. El corazón volvió a darle un vuelco al pensar en lo que le había ocurrido. La culpa por no haber sido capaz de impedirlo, entre todo lo que aún tenía por asimilar, era casi insoportable. En un instante, todo se había destruido en un puto instante.

—Hay muchas cosas que debes saber, Luca —dijo su amigo. También se le veía derrotado. Entonces lanzó una mirada a Karen, pero esta no hizo ademán de irse. Quería saberlo todo y Luca no fue capaz de alejarla. No hizo falta decirle a Barney nada, él lo dedujo por sí solo y empezó a hablar—. Noah mató a Alexander. Doce disparos. Lo he mandado a Dublín hasta que esto se solucione.

Luca asintió y casi sin quererlo su maquinaria mental se puso en marcha para trazar un plan de venganza. Podía ser que Barney tuviera que alejar a su hijo, pero el Pirata iba a conseguir que no fuera por mucho tiempo. El inicio de la guerra finalmente había tenido lugar y les había estallado a todos en la cara.

—Le acompañaba Blake Novak. Él fue quien trajo a Mia al hospital. —La cara de Gabrielli se contrajo levemente por la confusión—. Porque tu hija, Luca, es Butterfly.

Blake no supo exactamente cuánto tiempo pasó allí, pero la necesidad de hacer algo más que autocondolencia lo obligó a levantarse y salir del cubículo. Había un par de personas usando los urinarios y un hombre viejo con un abrigo desgastado se lavaba las manos. Lo miró de forma compasiva cuando Blake se acercó a enjuagarse la cara. El luchador apartó la mirada.

¿Qué demonios hacía él ahí? Era inútil, innecesario, y no solo eso, sino que tenía claro que no tardarían en encontrarlos. Lo lógico era largarse del hospital, incluso de la ciudad, lo más rápido posible y no volver.

«¿Y dejarla sola?». El luchador se dio cuenta de que no podía hacerlo. Aunque no quisiera aceptar la posibilidad de que Mia no se recuperara, si algo le pasaba esa noche, él... No, no había otro sitio para él más que a su lado. Los ojos se le humedecieron de nuevo y notó cómo un enorme vacío se abría paso en su pecho, como un abismo.

Intentó buscarla, pero su ingreso por las puertas de vaivén atrajo la atención de varios enfermeros y doctores, quienes lo obligaron a regresar y tomar asiento en la sala de espera. Lo único que pudo sacar de ellos fue que la joven estaba en el quirófano y aún no habían terminado con ella.

—¡Blake! ¡Blake! —la voz pareció llegarle como a través de una espesa neblina y tardó unos segundos en percatarse de que le estaban hablando a él. También le costó reconocer a la mujer en pijama azul que lo miraba con expresión preocupada. Era Karen Bernard.

—Estás sangrando —dijo la doctora al ponerse de cuclillas frente a él—. Deja que...

—Estoy bien —interrumpió el luchador automáticamente— Es Mia. Está muy herida. Creo que han abusado de ella.

Decirlo en voz alta fue como recibir un latigazo en carne viva.

—Lo sé. Ven —su voz fue firme cuando lo tomó de la mano y lo obligó a seguirla por un pasillo. Luego giraron a la derecha y después a la izquierda. El bullicio de los pacientes quedó atrás. Ahora estaban solos.

—Por favor —suplicó Blake—, Karen, por favor. Ayúdala.

—Tienes que irte —el tono de la doctora era serio y urgente.

—¿Qué? No, no puedo.

—Su padre está aquí.

Blake ya se lo había imaginado.

—¿Va a estar bien? —preguntó, desesperado—. Por favor. Necesito saberlo.

Karen suspiró pesadamente y Blake sintió un nudo en su garganta.

—Tiene un hematoma subdural. No puedo hacerte ninguna promesa, pero si todo sale bien, debería recuperarse. Has hecho bien en traerla aquí. Pero ahora vete.

El luchador apretó los puños. La culpa y la desesperación se manifestaron como una agonía física que agarrotó sus músculos. Lo último que quería ahora era marcharse, y a la vez era lo único que podía hacer si quería permanecer vivo. Pero dejar a Mia...

—Blake, entiendo que es difícil, pero quedarte aquí es un suicidio — insistió la doctora—. Sé que no fuiste tú el que le hizo daño, no obstante, si te ven, eso no importará. Confía en mí. Ve a algún lugar seguro, pero no vayas a tu apartamento. Mantén tu teléfono encendido y espera noticias mías. En cuanto sepa cómo se encuentra, te llamaré.

El luchador asintió despacio, con dificultad. Se estaba dejando convencer por la única persona en quien podía confiar en ese momento, alguien competente, a pesar de que su cuerpo entero se resistía a la idea. La doctora le dio un leve empujón en el brazo y finalmente se obligó a moverse. Siguió su consejo y usó una salida lateral del hospital para llegar al aparcamiento. Estaba desprovisto de gente, más allá de un guardia aburrido apostado en la puerta de la sala de emergencias. El Camaro seguía ahí, aunque alguien lo había movido para que no bloqueara la entrada e incluso había apagado el motor. No pensó mucho en ello hasta que se acercó y notó que las llaves no estaban en el contacto.

Un ligero tintineo tras de él lo hizo girarse bruscamente. Barney el Verde lo observaba, apoyado sobre la carrocería de un todoterreno muy parecido al de

su hijo.

—No me imaginaba que seguirías aquí. Tranquilo —dijo cuándo Blake se puso en tensión—, no hace falta montes un espectáculo.

Blake se percató de que un par de hombres se habían acercado al guardia y le hablaban de algo. Ojeó rápidamente el aparcamiento en busca de otra salida.

McKay padre suspiró de forma sonora, como si estuviera cansado.

—No seas un idiota, Novak —dijo—. Ahora es el peor momento para serlo.

Su tono era excesivamente apaciguado, como siempre, pero el luchador sintió que los ojos que lo miraban eran los de un cazador despiadado que acababa de acorralar a su presa. Aquella sensación de irrevocabilidad lo permeó hasta los huesos y lo paralizó por unos instantes en los que su mente parecía aceptar la conclusión lógica de que no había salida.

No le duró. La lógica nunca había sido su fuerte. Era Blake Novak y no un puto animal atropellado, y no podía rendirse tan fácilmente.

Barney estaba a un par de metros de él, pero no se esperó la velocidad brutal con la que Kingsnake atravesó esa distancia al impulsarse del capó de su propio coche y lanzar un puñetazo cruzado desde el aire. McKay padre ya estaba con su arma en la mano, pero no llegó a apuntarle. Quizás simplemente no se había esperado que realmente lo intentara.

Varios pasos tras de él le informaron que no tendría tiempo de hacerse con la pistola de Barney. Se giró y descubrió a los tipos que habían alejado al guardia acercarse corriendo. Sorprendió a uno de ellos con un golpe directo. El otro le apuntó con un arma.

—¡No! —gritó McKay padre. El hombre vaciló y Blake se lo agradeció con una patada. Tenía que salir de ahí cuanto antes. Se dio la vuelta dispuesto a regresar hasta McKay y arrebatarse las llaves cuando un fuerte impacto en el estómago lo obligó a doblarse. Luego otro, en la espalda, y otro más. De un

vistazo rápido constató que una figura tras él blandía una palanca de metal e hizo lo posible para salir de la trayectoria de esta, sin embargo, un segundo objeto contundente se estrelló contra su nuca y esta vez sus piernas cedieron. En nada estaba en el suelo, cubriéndose la cabeza con las manos, la única acción que su cuerpo podía permitirle mientras un número de gente que no podía contar se empeñaban en quebrarle los huesos.

—¡Basta! —se alzó una voz. Los golpes cesaron de inmediato. El luchador levantó la mirada con dificultad, pero las piernas de sus atacantes le impedían ver nada. Entonces, como si alguien abriera un telón, los tipos se apartaron, y frente a él estaba una sola persona que lo miraba con los ojos rebosantes de odio. Luca Gabrielli se dirigió a él—: Levántate.

Las piernas de Blake tardaron en responderle. Sus brazos y espalda ardían, un chorro de líquido caliente empapaba su nuca, pero ninguna de esas cosas le preocupaban, no realmente. El enjambre de emociones que padeció al ver al padre de Mia fue tan abrumador que tuvo la necesidad de decir algo y se le atragantaron las palabras.

—¡He dicho que te levantes! —exigió el Pirata. Kingsnake no tuvo más remedio que obedecer, aunque apenas le quedaran fuerzas. Al enderezarse, pudo contemplar cara a cara el sufrimiento palpable de aquel hombre y, por un momento, se vio reflejado en él —. Tú. Tú. —Luca Gabrielli no gritaba, rugía en susurros capaces de asustar a la más fiera de las bestias, y cada sílaba que pronunciaba estaba cargada de veneno—. ¿Cómo has osado?

Blake inspiró de forma entrecortada. En su vida se había sentido tan vulnerable como en aquel momento, como si delante suyo tuviera realmente a un animal salvaje a punto de destrozarlo. Al mismo tiempo, sentía una empatía asfixiante por la agonía de aquel hombre que hasta hacía nada odiaba, el padre de la mujer de su vida.

—Lo siento —fue lo único que pudo decir.

—¿Que lo sientes? —Esta vez casi le costó escucharlo. Lo había dicho en tono muy bajo. Entonces sintió el impacto de su puño en la mandíbula. La inercia le hizo girar la cara, pero no movió más que el cuello para volver a mirarlo. No hizo ningún ademán de defenderse—. Si no hubieras mentido, pedazo de hijo de puta, nada de esto hubiera pasado.

El Pirata se sacó la chaqueta de un tirón y la dejó caer al suelo. Uno de sus hombres se ocupó de recogerla apresuradamente. Entonces vio cómo se arremangaba la camisa y a la vista quedó un enorme tatuaje en su brazo: una calavera tras la que aparecía el mástil de una fragata. Blake se quedó absorto en el dibujo, como si este escondiera alguna respuesta entre sus líneas que lo sacara de allí.

Luca volvió a golpearle, esta vez en el lado opuesto. El impacto lo hizo trastabillar, pero logró mantenerse en pie.

El instinto de Blake respondió por él al tercer golpe y lo bloqueó con los brazos. Aquello provocó que tres de los hombres se abalanzaran para sujetarlo.

—¡No! —exigió Luca Gabrielli—. Soltadlo. —Sus hombres acataron la orden aunque, a juzgar por sus rostros, no parecían muy convencidos. A Blake le costó sostenerse erguido—. Vamos, rata miserable. Lucha. Sé un puto hombre.

¿Por qué insistía en pelear con él? Blake no se hacía esa pregunta casi nunca. Si había una contienda y él estaba en medio, solo había una cosa que hacer. Siempre había asumido que moriría combatiendo. Ahora, sin embargo, en lo que podía ser su último aliento, se veía incapaz de responder a los ataques. Sentía que no tenía derecho. Compartía demasiado con Luca Gabrielli.

El Pirata le acertó en el estómago con una potencia que lo dejó sin respiración. El rostro de Blake enrojeció y tosió de forma violenta.

—¡Lucha! —gritó encolerizado el padre de Mia. Sus ojos se salían de sus órbitas y sus labios estaban tan apretados que se contraían en una fina línea.

A duras penas, el luchador volvió a erguirse. Estaba mareado. Posiblemente la colisión de un bate en su cabeza, o lo que fuera que habían utilizado, le había sacudido el cerebro. Pensó en Mia sobre la mesa del quirófano. Karen había prometido llamarlo en cuanto tuviera noticias sobre su estado, pero probablemente nunca llegaría a hacerlo. La agonía emocional y física en la que estaba sumido acabó de nublarle la mente.

—La quiero —exhaló. La convicción era tan intensa, el sentimiento tan puro, que Blake tuvo la sensación de que había puesto todo su corazón en esas simples palabras—. Y sé que debí haberme mantenido alejado, pero no pude. Estoy enamorado de ella.

Luca Gabrielli bajó los puños y sus brazos quedaron colgando inertes en los laterales de su cuerpo. Lo miraba con tal furia que parecía querer quitarle el alma. El ruido de la brisa fría otoñal filtrándose por las ranuras de la estructura del edificio fue lo único que se escuchó en aquellos críticos instantes. Fue como si todo alrededor del luchador se mantuviera suspendido en el tiempo. El crujido del cuero de la funda de la pistola al ser extraída lo devolvió a la realidad. Luca Gabrielli había sacado su arma y apuntaba a su cabeza. Tenía las venas de los brazos tan hinchadas que parecían que le iban a estallar.

—No se puede amar algo que ya no existe —dijo y quitó el seguro de la pistola con un dedo.

Escucharlo decir aquellas palabras fue como si la bala ya lo hubiera atravesado. Se sintió desconectado de sí mismo, incapaz de procesar nada que no fuera el desconsuelo absoluto que le produjo esa información. Todo su ser se redujo a esa única emoción, equiparable a un gran fuego que estallaba en su interior y arrasaba todo a su paso. Cualquier otra cosa que hubiera pensado,

sentido o hecho hasta ahora, había dejado de importar. Todo lo que era se estaba volviendo cenizas. No había Blake Novak sin Mia Gabrielli.

—No... —susurró, incapaz de aceptarlo. Se negaba a creer que aquella chica de ojos verdes que le había robado el corazón y le había dado sentido a su vida ya no existía—. No puede estar...

La mirada de Luca Gabrielli fue implacable. La esperanza de que lo que le había dicho no fuera verdad desapareció en ese momento.

Puede que su cuerpo estuviera allí, pero su mente parecía haber volado lejos. Las imágenes se sucedieron en tropel en su memoria. Mia estaba muerta y no iba a volver a verla. Nunca más podría deleitarse con su olor, saborear el dulzor de su piel, escuchar la melodía de su risa. Jamás volvería a experimentar la suavidad de sus rizos entre sus dedos, o el cosquilleo que le producía cuando ella trazaba las líneas de sus tatuajes. Comprender la pérdida le hizo llorar con el alma, de la manera que más duele, sin lágrimas.

—Mia... —El luchador se tambaleó como si ya no hubiera nada que lo sostuviera. Cayó de rodillas al suelo, cerró los ojos y esperó.

—Luca —escuchó. Era la voz de Barney—. Aquí no.

Capítulo 43. Los hombres lloran

Luca Gabrielli ni siquiera quiso que Barney se encargara de matar a esa rata. Cualquiera podía hacerlo y ellos aún tenían muchos asuntos que arreglar. No sabían qué había sido del sindicato, de su hermano, qué había ocurrido en la finca, quiénes eran los traidores además de los Costello, y qué estrategia debían seguir para empezar una guerra. Se avecinaban tiempos convulsos para la familia y debían estar preparados. Aun así, lo único en lo que podía pensar el Pirata era en su hija. Le resultaba imposible ser racional. Había perdido los cabales. Lo único que tenía claro era que el hospital estaría atestado de sus hombres en todo momento, y en cuanto ella despertara, la mandaría con Karen lejos. Quizás con Noah, demostrado había quedado que él sabría cuidarlas. Dios. No podía creerse lo que había sucedido, tampoco dejar de culparse. El dolor era insoportable.

Sentado en un sofá de aquella sala de descanso para médicos, se retorció las manos como si aquel gesto le proporcionara algún consuelo.

—No te diré que vayas a casa a descansar porque sé que no lo harás, pero por lo menos deberías dejarme que te traiga un café —le dijo Barney—. Quizás eso ayude.

Luca asintió sumido en su desdicha. Odiaba sentirse incapacitado, pero aún le quedaba la entereza suficiente para reconocerlo y no dejarse llevar por lo que de verdad quería hacer: un maldito baño de sangre.

Su segundo abandonó la habitación y él agarró el teléfono de su hija, que había quedado olvidado en un sofá. Lo encendió y se dio cuenta de que usaba dos tarjetas, dos números distintos en un solo teléfono. Su identidad como Butterfly seguía dejándolo en shock; no encajaba para nada con la imagen que tenía de ella. Quizás fuera porque necesitaba cerciorarse, verlo con sus

propios ojos, pero se descubrió entrando en la bandeja de mensajes que se había estado enviado con aquel desgraciado luchador al que llamaba Grumpy. Lo que leyó solo sirvió para hacerle hervir la sangre y acabó cerrando los ojos y negándose a sí mismo que aquello pudiera ser cierto, aunque tuviera las pruebas delante de sus narices.

El sonido de una melodía lo desperezó. El que sonaba no era su teléfono ni el de su hija, sino el que le había arrebatado a aquel hijo de puta tatuado. Lo sacó de su chaqueta y contempló el nombre que rezaba en la pantalla. Tuvo que parpadear varias veces para cerciorarse de que no estaba alucinando.

—¿Blake? —preguntó ella desde el otro lado de la línea. Era Karen. Luca tensó la mandíbula de forma involuntaria.

—Karen. —Dijo su nombre entre dientes.

Un silencio prolongado fue la respuesta de ella. Finalmente, habló:

—Luca. ¿Qué le has hecho?

El tono de voz de ella le irritó más allá de lo humanamente posible. Colgó el teléfono incapaz de mantener una conversación cordial y se llevó las manos a las sienes haciendo lo imposible por calmarse.

Su futura mujer no tardó en aparecer frente a él. Al alzar la vista y mirarla, sus ojos se estrecharon. La expresión de ella tampoco le auguró una bonita conversación. ¿Quién más le había estado traicionando? ¿Acaso todo el puto mundo se había dedicado a conspirar a su espalda? Estaba a punto de explotar como una maldita granada.

—Luca. Tu hija lo ama. Si lo has matado, la perderás para siempre —replicó ella con voz chillona.

—Tú también —esbozó con una mueca de desdén—. Tú también me has mentido.

—Lo hice por tu bien —dijo con descaro. Había alzado el mentón y aquello provocó que Luca se pusiera en pie y la mirara desafiante—. Estabas ciego

respecto a Mia y ella lo sabía. Tenía tanto miedo de decirte la verdad, de que la rechazaras, que estaba desesperada. Joder, estaba sola. Tuve que tenderle una mano para que no la perdieras del todo. Si hasta te mintió cuando se rompió el tobillo. No fue andando. Fue bailando, porque a tu hija le apasiona la danza.

Una bestia volvió a rugir en su interior, apenas contenida por el poco autocontrol que le quedaba.

—No tienes ni idea de nada. Tú no la conoces.

Karen no se dejó intimidar y dejó escapar una risa sardónica.

—¡Oh, por favor! Deja de ser un maldito irracional y abre los ojos. Me da igual si consideras que te he traicionado, pero si lo has matado, ya puedes despedirte de ella. Y dicho de paso, de mí también. ¿Sabes? Llegué a comprender lo que hacías, me costó, lo sabes, pero sé que tus convicciones son buenas. Que dentro de lo despreciable que puedas ser en los negocios, hay una causa, una justicia, un orden. Esto en cambio, es repugnante. No tienes derecho, no eres Dios.

Luca Gabrielli no dijo nada. Todo su esfuerzo mental estaba concentrado en no erupcionar como un volcán y acometer algo que sabía que jamás se iba a perdonar. Karen debió de interpretar su silencio como una afirmación. Los ojos de ella se humedecieron y le dedicó una mirada cargada de lástima. Aquello le dolió como si fuera el peor de los insultos.

—Tu hija ya ha salido de quirófano. Puedes verla, quizás por última vez. Adiós, Luca.

Dicho esto, se sacó el anillo de un bolsillo del pijama azul que llevaba y lo dejó sobre una mesita, al lado del sofá. Abandonó la habitación y él no hizo nada para impedirlo, aunque sabía que lo iba a lamentar. Estaba demasiado abrumado.

Cuando entró en la habitación de su hija y la vio allí tumbada, dormida

profundamente, un amargor le inundó el paladar. Se sentó en la silla que había al lado de su cama y le acarició aquellos preciosos rizos rubios. Luego le estrechó la mano y hundió el rostro en las sabanas.

Los recuerdos acudieron a él como si fueran pequeños fogonazos. Estando en la veintena, como muchos veranos de su infancia, había viajado a Italia, al lugar del que provenía su familia. A diferencia de otros años, no obstante, no había regresado a casa al acabar la época estival. Había decidido quedarse un tiempo para aprender mejor el idioma y conocer el país. Se había establecido por su cuenta y, cuando se le había acabado el dinero, había encontrado trabajo como camarero en una pizzería en Palermo. El establecimiento era frecuentado por numerosos estudiantes gracias a su proximidad con la universidad, y aunque Luca odiaba su trabajo, le había permitido conocer a Lily. Mientras que en esa época, él no tenía donde caerse muerto, ella era una estudiante de familia acomodada que se codeaba con gente de similar estatus. Una mujer inalcanzable, aseguraban sus amigos, aunque él nunca había estado de acuerdo. Los juegos de miradas, las sonrisas encubiertas, siempre habían estado presentes entre ambos, a pesar de que nunca habían cruzado más de dos palabras.

Fue durante la primavera, una tarde soleada en la que ya se podía gozar de un clima excelente para pasar las horas muertas en las terrazas del puerto, cuando le retaron a hacer una locura. Luca era joven y, como tal, era incapaz de rechazar una nueva aventura. Ese día no solo se había ganado su apodo, sino que también a su primer gran amor. Había robado una lancha motora y acudido a una fiesta privada en un yate en el que se encontraba Lily. Ante la estupefacción de todo el mundo, cuando él le había propuesto escaparse con ella en aquella embarcación robada, Lily había aceptado. Fue la noche más mágica de su vida, y después le seguirían muchas más. Habían acabado enamorados, pese a las objeciones de todo el círculo de ella, en especial de su

familia. No importó. Luca se la había traído a Norteamérica consigo, se habían casado y habían tenido a Mia. Todo y cuanto había deseado se había hecho realidad a partir de entonces, y todo había acabado cuando ella había muerto. No había tenido esperanza de poder empezar de nuevo hasta que había conocido a Karen, y ahora, también la había perdido a ella.

Luca se dio cuenta de que estaba llorando. Su cuerpo se destensó cuando se abandonó al llanto y, en cierta manera, fue liberador.

Siempre había considerado que su hija era el vivo reflejo de Lily, y no solo físicamente. Ahora empezaba a cavilar lo errado que había estado. Mia se parecía a él, demasiado.

Lamentó entonces haber estado tan ciego, no haberla sabido comprender, no haberse comunicado mejor. Que ella hubiera robado el dinero solo podía significar que lo quería para irse, para no depender de nadie, para ser libre, como una vez también había hecho él.

El veneno de la duda se inoculó en su mente, sembrando el caos en su cabeza. ¿Y si estaba cometiendo el peor error de su vida al matar a Novak? Aquel pensamiento le dio ganas de reír a carcajadas, a pesar de que una sensación nada graciosa y hueca había anidado en su pecho. Se sentía perdido, desorientado, como si las coordenadas del mundo se hubieran alterado y él careciera de una brújula para ubicarse. No podía obviar la sensación de que, ciertamente, el vínculo que una vez los había unido se había echado a perder.

—Camina, pedazo de mierda.

Blake no se giró a mirar quién le ladraba la orden. Tampoco tuvo que poner mucho esfuerzo en obedecerla, pues vino seguida de un fuerte empujón que lo hizo perder el equilibrio y rodó por una pequeña cuesta cubierta de maleza, como si fuera un maldito tronco. Hubo unas cuantas risas, aunque enseguida cesaron, y unos pasos se precipitaron hacia él, acompañados por el crujir seco de las hojas.

—He dicho que camines, no que te eches una puta siesta —puntualizó el hombre y golpeó al luchador en la cara con la culata de su pistola. Posiblemente estaría preocupado por si huía, o por si intentaba algo contra él y sus cuatro amigos, que los seguían a pocos metros de distancia. Blake habría considerado hacerlo, aun con peores posibilidades que esas, si creyera que valía la pena. Por más mierdosa que llegara a ser su vida a veces, por más dolorosa y amarga que fuera en sus peores momentos, nunca realmente había considerado ponerle fin. Siempre había buscado reemplazar una clase de dolor con otro, uno que era más fácil de sobrellevar y de sanar. Porque las heridas y los moretones se iban con el tiempo, ¿no? Claramente, había estado engañándose a sí mismo, o simplemente no había tenido la oportunidad de apreciar la verdadera capacidad humana para el sufrimiento, hasta ahora. El abismo que se había abierto ante Blake era demasiado grande como para intentar salir de él. No tenía las fuerzas para ello, no era la clase de hombre que podía hacerlo. En el fondo, siempre había sido débil.

—Sonny, amigo, creo que aquí ya se está bien, ¿no? —dijo uno de los hombres en tono cansado.

—Estás loco. No queremos que se lo encuentren unos putos excursionistas, tío.

—Ya, pero mi hermano caza en esta parte del bosque y dice que hay que tener cuidado con los lobos. Cazan en manadas, ¿sabes?

—Para algo tienes una puta pipa.

—Callaos —sentenció la voz del hombre que conducía a Blake a base de empujones y agravios. En efecto, uno de estos últimos le fue propinado al luchador y sus rodillas volvieron a ceder ante el abuso—. Será aquí. Pásamela.

Blake levantó la vista. Habían llegado a la cima de una pequeña colina, rodeada de árboles desnudos y troncos caídos. El frío, propio de una noche tan

despejada como aquella, se le antojó más intenso y penetrante. Dedicó unos segundos a contemplar el cielo estrellado, enmarcado por las ramas ennegrecidas que se bamboleaban ligeramente por el viento. Daba la sensación que eran brazos que se estiraban con anhelo hacia el firmamento, en busca de algo inalcanzable.

Quizás Mia ya estaba allí arriba, en alguna parte. De pequeño, solía creer que eso era lo que le pasaba a la gente buena después de morir, y de mayor nunca había sabido en qué creer. Las fantasías de un niño eran lo único que le quedaba.

Un objeto alargado cayó frente a él e hizo un ruido metálico al chocar contra una piedra en el suelo. Era una pala.

—Cava —ordenó Sonny.

Cuando Mia consiguió despegar los párpados, lo primero en lo que se fijaron sus ojos fue en que una tenue luz dorada que se filtraba por la ventana proyectaba un hipnótico baile de sombras en la habitación. Tenía los sentidos muy abotargados y le estaba resultando imposible enfocar su atención en nada que no fueran aquellas sombras. Por ello, le costó un buen rato darse cuenta de que se encontraba sobre una cama. Además, cuando lo logró, su cuerpo empezó a tiritar por un frío repentino que se convirtió en un dolor físico insoportable. Primero fue un grave palpitar en su cabeza y una neblina densa que enturbió su visión. Luego, las punzadas en distintas zonas del rostro, el brazo izquierdo, la cadera, el bajo vientre y un escozor irritante entre sus muslos. Era como si toda ella ardiera a una temperatura tan alta que la sensación era similar a la de estar congelándose.

—¿Mia? —dijo su padre al notar que se había movido—. ¿Estás bien? ¿Llamo a un médico?

—Papá —logró decir ella y notó que este estrechaba un poco la mano con la que la tenía sujeta.

Lo acontecido horas antes emergió a la superficie de su consciencia de forma fulminante. El labio empezó a temblarle y rompió a llorar. Aquello provocó que su padre se irguiera de su asiento y la abrazara. Se derrumbó en sus brazos con un llanto incontrolable, mientras todas aquellas intensas emociones entrechocaban entre sí y la desestabilizaban por completo. No sabía qué hacer, qué decir, ni siquiera qué pensar. Simplemente se cobijó bajo la protección y el afecto de la persona que tanto había anhelado. Era como viajar al pasado, cuando él y ella habían sido realmente padre e hija y no dos desconocidos.

—Ya estás a salvo —susurró él—. Ya ha pasado todo.

Mia quería expresar lo que pasaba por su cabeza, dejarlo ir, liberarse, pero no sabía ni por dónde empezar. Barajaba a una velocidad vertiginosa palabras, conceptos, sentimientos, ideas, y todos se solapaban unos a otros para morir en su garganta antes de ser pronunciados. Se decantó por el alivio de saber que estaba viva, pero sobre todo, de que él también lo estaba.

—Escuchaste la llamada.

Su padre dejó escapar un hondo suspiro y se apartó un poco para mirarla, pero no la soltó del todo. Ella lo agradeció enormemente.

—No solo eso, Mia. Me salvaste la vida.

La joven se secó los ojos con ímpetu.

—¿Y tú me la salvaste a mí?

Luca negó con la cabeza.

—Fue Noah. Él... —Su padre hizo una pausa en la que cerró los ojos, como si dudara en compartir con ella la información. Mia arrugó el entrecejo decepcionada. Nada había cambiado, o eso pensó hasta que él habló—. Entró en la fábrica en la que te retenían sin esperar refuerzos. Llegó hasta ti y... mató a Alexander Costello.

Mia tuvo que esforzarse para respirar y no dejarse vencer por el cansancio

que la adormilaba. Lo último que recordaba era a ese animal gritando después de que le arañara los ojos. También el golpe en la cabeza. Se llevó la mano a la fuente de dolor más constante y comprobó que la tenía vendada. Había perdido la consciencia y no sabía si sentirse agradecida por ello o todo lo contrario. De haber podido, habría luchado con uñas y dientes. Le habría hecho pagar a ese cabrón sus amenazas, sus traiciones, y ella misma lo habría ejecutado. Supo al instante que por ello, su amigo estaba en peligro.

—¿Dónde está? ¿Qué va a pasar ahora? ¿Los Costello son los traidores? — Las preguntas salieron a borbotones de su boca.

—Lo son, pero puede que haya más. No sabemos a ciencia cierta con quiénes trabajaban, aunque tengo mis sospechas. Se avecina una guerra, hija. Noah se ha marchado para estar a salvo. Tú también tendrás que hacerlo.

La sinceridad de su padre la sobrecogió. Tomar conciencia de lo que decía, en cambio, la espantó. De repente se había dado cuenta de que no quería huir, sino formar parte de todo aquello, aportar su granito de arena. Ella también tenía parte de culpa en todo ese asunto.

—No me eches de tu lado, otra vez no. Puedo ayudar.

Su padre se mordió el labio y se agitó levemente en su asiento. La joven notó su nerviosismo, algo tan poco habitual como que le contara abiertamente tantas cosas.

—No puedo, Mia. Tengo que estar al cien por cien, y si tú estás en medio, no podré. Eres lo único que me importa.

La joven se llevó las manos al rostro. Entonces pensó en Blake. Se había marchado, pero podría volver en cualquier momento. Tenía que avisarle para que no lo hiciera. La ciudad se convertiría en un lugar muy feo para cualquier implicado con miembros del sindicato. Si bien su padre por suerte aún no sabía de su participación, sí lo hacían Andrei y el resto de Bondaryenko.

Desvió la mirada en busca de su teléfono y el recuerdo sacudió los

cimientos de su raciocinio. Lo había usado para llamar a su padre. Si Alexander había muerto, quien quiera que se ocupaba de arreglar aquellos escenarios del crimen podría haberse hecho con él. Demasiados secretos para olvidar a su suerte.

—Necesito mi teléfono. Si voy a irme, tengo que zanjar asuntos.

—¿Con quién? —preguntó su padre de forma brusca.

Mia sintió una punzada de pánico. Por su actitud, había deducido que no sabía por qué la había atrapado Alexander. Quizás había errado en sus suposiciones.

—Con Veronica.

Luca entrecerró los ojos y frunció los labios. Fue a abrir la boca, pero alguien llamó a la puerta. No esperó a ser invitado y entró en la habitación. Era su tío Silvio.

—*Buona sera, principessa* —saludó y dejó un ramo de flores en su mesita de noche. Mia se percató de que había un montón más. También cajas de bombones, peluches y los típicos objetos que se le regalan a uno cuando está en el hospital ingresado—. ¡Por fin has despertado! Tu padre lleva tres días aquí encerrado esperando que ocurra. ¡Cómo le haces sufrir!

—¿Tres días? —preguntó ella, confusa. De repente pensó en Ozzie y Willy. ¿Qué habría sucedido con ellos? ¿Y con el dinero?

—Silvio, mi hija y yo estábamos...

El tío de Mia alzó la mano con gesto despreocupado.

—Lo sé, pero tenemos que hablar. Ya sabes lo que nos aguarda.

Al darse la vuelta, Mia vio que su tío llevaba el brazo fijado en un cabestrillo.

—¿Qué te ha pasado, tío?

—Un pequeño accidente, nada grave.

—Le dispararon —confesó Luca. Tanto Mia como Silvio lo miraron con

expresión de sorpresa. Ninguno de los dos se esperaba aquel ataque de sinceridad—. Te lo he dicho, Mia. Me salvaste la vida. Tú tío tuvo suerte, pero sospecho que yo no habría tenido tanta. Si estoy ileso, es gracias a ti.

Conmovida era la palabra que mejor definía en ese momento el estado de ánimo de la joven. ¿Era posible que por fin su padre empezara a tomarla en serio?

—¿Qué es lo que pasó? —se atrevió a preguntar ella.

—Luca... —dijo Silvio a modo de advertencia—. Es importante.

—Tengo una reunión. Volveré en cuanto acabe. Si necesitas cualquier cosa, muchos de mis hombres están aquí. Diré que estén atentos, ¿de acuerdo?

Su padre no esperó a que ella aceptara su marcha. No quería hacerlo, aunque comprendía que habría sido egoísta pedírselo. Recibió su beso en la mejilla con una leve sonrisa y le dedicó una leve caída de ojos a su tío como despedida. Se quedó sola en aquella habitación de hospital, víctima de todos sus dolores. Se preguntó entonces por qué tenía aquella sensación de incomodidad entre sus muslos y la respuesta le vino de forma inmediata como si la hubieran golpeado de nuevo en la cabeza. ¿Qué le había hecho ese hijo de puta cuando se había quedado inconsciente? Los calmantes impidieron que siguiera torturándose con las sospechas.

Capítulo 44. Traidor

—Mia, Mia. Despierta.

La voz le llegó lejana y difusa. Notó que una mano se posaba sobre su hombro y abrió los ojos. Reconoció el rostro de Noah antes de lograr enfocar la visión. Sin embargo, le costó un poco más darse cuenta de la sorpresa que implicaba verlo allí.

—¡Noah! —exclamó y se incorporó un poco. El dolor en sus extremidades le robó un gruñido—. ¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo?

Su amigo no respondió enseguida. Se tomó su tiempo para mirarla con una expresión de ternura y le acarició la mejilla. Mia se puso nerviosa.

—No ha pasado nada. Tranquila. ¿Cómo estás?

La joven respiró pausadamente y logró calmarse. Entonces supo que tenía tanto que agradecerle que no sabía ni por dónde empezar.

—Lo siento. Por mi culpa, tú... —Formuló las palabras de forma entrecortada.

—No importa. Ya no me importa. Hice lo que tenía que hacer, aunque tarde.

Noah contrajo el rostro y Mia frunció el entrecejo. Sabía, intuía, muy a su pesar, de lo que estaba hablando. Ella sola había llegado a la conclusión antes de dormirse y finalmente una enfermera se lo había confirmado.

—No fue tu culpa. Fue mía.

Noah negó con la cabeza sin cambiar su expresión.

—No. Tendría que haber matado a Alexander el día que apareciste con la herida en la garganta.

Los tendones del cuello de su amigo se tensaron y ella lo compensó con una sincera muestra de afecto. Lo abrazó, aunque el gesto le supusiera todo un esfuerzo físico. Noah la rodeó con sus brazos con gentileza, como si tuviera

miedo de romperla, y le acarició el cabello.

—Llegué a pensar que te había perdido —confesó, tan bajo que ella apenas pudo oírlo—. Yo... No sé lo que habría hecho. No puedo imaginar una vida sin ti.

Tras aquellas palabras, Mia se cobijó en el hueco de su cuello, avergonzada. ¿Cómo podía mirar a los ojos a alguien que quería cuando no había parado de joder todo lo que tocaba?

—Lo siento. No te he tenido en cuenta, Noah. Me olvidé de que siempre estabas ahí. Joder. Lo siento —Un par de lágrimas escaparon de su control y humedecieron el cuello de su amigo. Sintió que la apretaba con más fuerza contra su pecho y aunque dolió, no se quejó.

—Mia, yo... —El joven se separó de ella cuidadosamente. Por un momento los labios empezaron a temblarle. Respiró hondo y clavó sus ojos azules en los de ella—. Quiero que vengas conmigo. Tendría que haberte pedido esto hace mucho. Debería haberte escuchado cuando me lo pedías. Fui un maldito cobarde. Pero lo cierto es que te quiero. Más de lo que jamás he querido a nadie. Estoy enamorado de ti desde, desde ya no se ni cuándo.

La boca de Mia quedó entreabierta, como si fuera a decir algo, pero no emitió ni un solo sonido. Su actitud, su instinto de protegerla, de cuidarla, de velar por ella y de estar siempre cuando lo necesitaba, aunque no de la manera que realmente necesitaba, empezó a cobrar sentido. La culpa le abrumó, no solo porque tenía la sensación de haberse aprovechado de él, sino también por el hecho de haber estado ciega al respecto y de haberlo propiciado cuando eran un par de adolescentes y había buscado en sus brazos apaciguar el vacío que le había dejado la muerte de su madre. También recordó el último beso que se habían dado. No eran solo amigos, eso lo había sabido siempre, pero su confesión... Tenía que estar confundido. O si no, realmente llegaba muy tarde. Quizás ella podría haberlo amado de la misma forma, no estaba segura de ello,

pero en cambio, sí tenía la certeza de que ahora ya no iba a poder hacerlo. Había entregado su corazón, su alma, a otra persona. Al final, lo que dijo no expresó ni la más mínima parte de todo lo que quería, de todo lo que sentía.

—Noah —pronunció despacio—. Creo que estás confundido. Los dos hemos vivido un infierno y tenemos las emociones a flor de piel. Nos queremos, sí, pero tú no deseas escaparte conmigo. Nunca has querido. —La expresión del joven tras sus palabras fue como si lo hubiera apuñalado—. Estabas contento con tu vida —continuó—. Yo no. Exigirte que cambiaras eso no era justo, aunque no voy a negarte que lo intenté. Fui egoísta. Tú no te mereces alguien así. Mereces a alguien que quiera las mismas cosas que tú.

—Lo único que quiero —dijo Noah, y su voz tembló al hacerlo—. Es a ti. Ya no me importa nada más. Sé que llego tarde. Lo siento, pero no puedo perderte de nuevo, Mia. No sobreviviré.

Las lágrimas brotaron de los ojos de su amigo, que bajó la cabeza, avergonzado. Mia saboreó un amargor incómodo en su paladar. La vulnerabilidad de él era algo nuevo e inesperado. Y que ella fuera la causa la aturdí, la confundía y le hacía sentirse la peor persona en la faz de la Tierra.

—Nunca me vas a perder, Noah. Te voy a querer siempre —dijo ella y le sostuvo el rostro para que la mirara. Luego le limpió con el dorso de la mano las lágrimas—. Pero ya no te puedo dar lo que me pides.

Decirlo fue difícil, pero no quería mentir. Al menos le debía eso.

La cara de Noah se contrajo. Por un momento pudo leer el desconsuelo en su mirada, hasta que dio paso a algo más.

—¿Y a él sí? —preguntó, y esta vez su voz temblaba de rabia—. ¿O es como Mike?

—¿Qué? —A Mia no le sorprendió que hablase de otra persona. Ella ya se lo había confesado. Lo que la dejó estupefacta fue escuchar el maldito nombre de su ex. Luego se calmó. Había olvidado que todos sus tatuajes estaban a la

vista y en el brazo seguía siendo perfectamente visible el nombre, aunque estuviera tachado—. ¿Lo dices por el tatuaje? Mike fue un error. Tú también habrás cometido alguno. Pero sí, ya te lo dije, Noah. Hay otra persona.

Huesos se levantó de la silla tan bruscamente que esta casi volcó. Era tan alto que a Mia le dolía el cuello al tratar de seguir mirándolo a los ojos. Lo hizo de todas formas.

—¿De veras? —le dijo el joven. Su voz sonaba extraña, como más aguda—. Pues yo no lo veo por ninguna parte. No debe de quererte mucho.

—Ya... —dijo ella con paciencia—. Sabes perfectamente que tenerlo aquí sería complicado, además de intimidatorio para él. No seas injusto, Noah. Por favor.

—¿Injusto? —de la boca del muchacho salió una risa que Mia jamás había escuchado y le puso los pelos de punta—. ¿Sabes lo que es realmente injusto? Que después de todo lo que he hecho por ti, te enamores del hijo de puta que casi provoca tu muerte.

Mia imaginó que Noah seguía pensando que el objeto de su amor sería Alexander. La idea le repugnó. Solo pensar en su rostro le daba escalofríos.

—Y te lo agradezco, pero te equivocas. Él no tuvo nada que ver.

—¿Pero cómo puedes ser tan estúpida, joder? Él tuvo toda la culpa. ¿Acaso no trataste de robar al sindicato para conseguirle el dinero? Te ha usado, Mia. Te ha manipulado y ahora ha prescindido de ti.

Mia se incorporó del todo. Lo hizo de forma brusca y violenta, sin importarle para nada el estado de su maltrecho cuerpo. ¿Noah lo sabía todo? ¿Y su padre? «Joder, joder, joder». La sensación de precipitarse al vacío la colapsó y a punto estuvo de gritar.

—¿Qué es lo que sabes? —preguntó casi sin aliento.

Noah apretó la mandíbula.

—Todo —sentenció—. Lo sé todo, Mia. Sé que tú eres Butterfly y sé lo que

has estado haciendo con Novak estos últimos meses. ¿Es que no te dabas cuenta de que pudiste haber muerto?

—Pero no lo he hecho, ¿no? ¿Y qué hay de ti, Noah? ¿No podrías morir tu cualquier día haciendo lo que haces? O es que yo soy débil y... ¿cómo me has llamado? Ah, sí, estúpida. Que me dejo manipular, que me dejo usar. ¿No te has planteado que quizás no sea así? ¿Que es posible que lo que tú crees que quieres solo exista en tu puta cabeza?

Se había puesto agresiva, quizás como reflejo defensivo. Ella sabía que él no se merecía que lo tratara así, no después de todo lo que había pasado, y aunque quizás era lo que pensaba, debería haber medido sus palabras. No obstante, tenía que saberlo, porque si su padre se enteraba, más le valía salir corriendo ahora mismo y avisar a Blake de que nunca, jamás, volviera.

—Deja de ser tan jodidamente infantil —escupió Huesos con amargura—. No estás sola, nunca lo estuviste. Si lo hubieras estado de verdad, no habrías salido viva de la guarida de Costello. Has estado rodeada de gente que te quiere y que daría la vida por ti durante toda tu puta existencia y te has cagado en ellos. ¿Por quién? ¿Por un imbécil al que acabas de conocer? ¿Qué puede darte él que nadie más puede?

Mia entrecerró los ojos y apretó los puños. Lo peor de todo era que tenía parte de razón. Nunca había estado tan sola como había creído, simplemente ninguno de ellos se había molestado en comprenderla. Siempre subestimada, siempre infravalorada.

—Creyó en mí, cuando ninguno de vosotros lo ha hecho nunca. ¿Y sabes qué? Me acepta tal y como soy. De él no me tengo que esconder. Incluso no le importa mi apellido. Pero aquí viene lo mejor, tampoco quiere cambiarme. Oh, pero espera, que se me olvida lo más importante. Nunca escogería a mi padre antes que a mí. ¿Puedes decir tú lo mismo?

—Mia... —a Huesos parecieron atragantársele las palabras.

—¿Se lo has dicho, Noah? ¿Lo sabe? —Huesos la observó en silencio. Parecía suplicarle con la mirada que desistiera, como si temiera que su respuesta fuera a abrir entre ellos un abismo insuperable, sin embargo, Mia no pudo sentirse conmovida por esa emoción, a pesar de comprenderla. Sí su padre lo sabía, Blake corría peligro. Eso era lo único que le importaba de verdad—. ¡Contesta!

El joven se sobresaltó con el sonido de su voz. Por un momento, Mia tuvo la sensación de que la miraba como si ella fuera Luca Gabrielli, y no su hija.

—Sí —confesó, con voz ronca.

La respuesta la puso al rojo vivo. Sacó los pies de la cama y fue hacia la pequeña taquilla que había bajo la televisión. Allí habían dejado una bolsa con ropa suya, para cuando le dieran en alta. Ya la había inspeccionado con anterioridad, pero no encontró ningún teléfono. Seguía incomunicada. Sin importarle que Noah estuviera allí plantado, mirándola, se calzó unos pantalones vaqueros. Eran ajustados y el roce le molestó un poco.

—¿Qué cojones haces? —gruñó él.

Mia lo ignoró. Se quitó la bata y se enfundó el jersey de punto de color blanco y cuello redondo encima. Para ponerse las zapatillas tuvo que agacharse y ahogar un gemido. La cabeza volvía a darle vueltas de los bruscos movimientos que estaba ejerciendo.

—Mia, detente. No puedes salir así, estás herida.

—Con que uno lo esté es suficiente —murmuró y procedió a atarse los cordones—. A menos que me dejes tu teléfono. Tengo que avisarle.

Lo miró a los ojos, desafiante. Noah vaciló. Hubo algo en su mirada que le dio mucha ansiedad, y esta se convirtió en pánico en cuanto lo escuchó decir:

—Ya es muy tarde.

Mia se detuvo en seco. Un sudor frío le empapó el cuerpo. Sintió un fuerte escalofrío.

—¿Qué quieres decir? —su tono fue casi un sollozo. «No. No. No. Esto no puede ser real, esto no puede estar pasando».

—Se lo dije a mi padre apenas te encontré. Han pasado tres días.

Los latidos de su corazón retumbaban en su pecho con tanta fuerza que apenas podía oír lo que Noah le decía. «Blake se fue. Estaba fuera de la ciudad. Tres días, quizás no lo han encontrado aún».

—Noah —sollozó ella y se aproximó hacia él como empujada por un furioso vendaval. Tuvo que agarrarse a la cama para no perder el equilibrio y caer redonda al suelo—. ¿Qué le han hecho? ¿Dónde está?

Huesos levantó los brazos para sujetarla y movió la cabeza, apesadumbrado.

—Nada, Mia. No le han hecho nada porque se ha fugado. —La tomó de la mano y la entrelazó con la suya—. Sé que después de lo que ha pasado esto es lo último que quieres escuchar, pero Blake Novak te ha estado engañando todo este tiempo. Esperó a que tú dieras ese último golpe para llevárselo todo e irse con su novia y su familia. Tú nunca le has importado una mierda. Por eso te dejó tirada aquella noche en medio de la nada. Le molestabas. Joder, Mia, ¿es que acaso no ves que te ha seducido para utilizarte? ¿Quién mejor que tú para robar a los tipos que habían jodido a su novia? Lo siento, de verdad que lo siento, pero si no me crees, compruébalo tú misma.

Noah le tendió su teléfono y ella lo sostuvo con sus manos temblorosas. La duda la estaba corroyendo las entrañas. ¿Era posible que todo lo que había vivido con él fuera una farsa? ¿Qué realmente la hubiera manipulado desde el principio? No, imposible. No. Ella había sido la que lo había empujado a dar a aquellos golpes, aunque en un primer momento él se había negado. ¿Por qué había cambiado de idea después? ¿Quién había hecho que se animara a ello? ¿Jessica?

Las piernas de Mia fallaron y Noah volvió a sostenerla. La obligó a sentarse

sobre la cama. Muy despacio marcó los números de su teléfono. Se lo había aprendido de memoria por simple obsesión. Le salió apagado o fuera de cobertura. Volvió a llamar con el mismo resultado.

—Esto no prueba nada —sentenció. No iba a creérselo si no lo comprobaba con sus propios ojos. ¿Sería capaz Noah de estar mintiéndole? Ya no sabía qué pensar, ni en quién confiar. De repente, el mundo se volvió un lugar más hostil, más oscuro, más triste.

—Lo siento, Mia.

—Llévame a su apartamento —exigió entonces—. Demuéstrame que no mientes.

—No creo que esa sea una buena idea —protestó él.

Mia no iba a discutir. De un rápido movimiento, le sacó la pistola de la funda que llevaba bajo el brazo. Fue tan inesperado para él que no pudo hacer nada para evitarlo. Mia se deslizó por la cama y la utilizó como barrera entre ambos al posicionarse en el otro extremo. No quería correr el riesgo de que se la quitara.

—Vas a llevarme. Tú eliges si por las buenas, o por las malas.

—¿Qué demonios haces? —exclamó Huesos y estiró una mano hacia ella—. Mia, por Dios, dame la pistola.

—Me cago en la puta, Noah —bramó ella, le apuntó y amartilló el arma—. He dicho que me lleves a su apartamento.

El joven la observó perplejo, incluso dolido, como si lo estuviera traicionando. Quizás lo estaba haciendo. Decidió no pensar en el tema y le sostuvo la mirada, implacable. Finalmente el apretó la mandíbula y dijo con disgusto:

—Está bien. Si eso es lo que quieres. Pero no digas que no te lo advertí.

Los dos hombres apostados en el otro lado de la puerta se quedaron pasmados al verlos salir. Mia se imaginó que el aspecto que debía ofrecer no

era muy tranquilizador, pero, aparte de eso, resultó ser que su padre había dado indicaciones muy estrictas sobre su vigilancia. Quizás, en cualquier otro momento, eso habría supuesto una barrera infranqueable, pero la convicción con la que les anunció que Noah debía llevarla junto a don Luca los dejó sin argumentos posibles. Le indicó a Huesos con la mirada que caminara por delante de ella y lo siguió hasta su todoterreno. Lo hicieron de forma rápida, y Mia no dejó de lanzar miradas nerviosas a todo su alrededor temiendo la posibilidad de ser interceptada por alguno de sus médicos.

Noah volvió a tratar de convencerla durante el trayecto de que era una idea estúpida, pero todas sus plegarias cayeron en saco roto y acabó por desistir. Condujo en silencio el resto del camino, en dirección al barrio donde vivía el luchador. Ni siquiera hizo falta que le dijera dónde, él lo sabía muy bien.

Mia no dejó de apuntarle de forma disimulada. Odiaba hacerlo, desconfiar de él, en especial después de todo lo que había hecho por ella. No obstante, la necesidad de cerciorarse era superior a cualquier favor de lealtad o gratitud. La sola idea de que tuviera razón le provocaba náuseas. Pero si era mentira, lo que le esperaba era terrorífico. Iba a tener que enfrentarse abiertamente a aquellos que supuestamente la querían. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera por Blake, de eso sí que no le cabía ninguna duda.

Fue Noah el que se encargó de forzar la cerradura de la puerta de entrada al edificio cuando nadie respondió al interfono. Mientras, Mia golpeaba el suelo con el pie, impaciente. No era ni la mitad de rápido que ella, y eso que Barney les había enseñado a los dos.

Al subir las escaleras, tuvo que detenerse a los cinco escalones. Le había dado un fuerte calambre en la cadera, uno de los lugares en los que había recibido una brutal patada. Noah se giró para mirarla y ella temió que aprovechara para quitarle el arma, así que la apartó.

—Mia, no es necesario que sigas apuntándome. Te he traído hasta aquí, ¿no?

¿Acaso piensas que sería capaz de hacerte daño? —Su tono estaba cargado de compasión. Como si la perdonara por perder así los estribos.

Aquello la enfureció. Debería odiarla, joder, porque así ella también podría odiarlo a él y no creer ni una sola de las palabras que había dicho. Se agobió al pensar que entonces Blake podría estar en grave peligro. Jamás había estado tan aterrada y confusa.

Mia vació el cargador y sacó la bala de la recámara. Se las guardó todas en un bolsillo y se la entregó. Quería asegurarse de que si encontraban a Blake, no hubiera armas cargadas de por medio.

—Me detesto por lo que te estoy haciendo, Noah, pero estoy desesperada. Quiero que sepas que lo lamento, lo lamento con todo mi corazón. Ojalá nada de esto fuera así. Sé que te debo más de lo que jamás podré pagarte.

—No me debes nada —respondió él y le ofreció la mano para ayudarla a subir los escalones. Mia quería confiar en él, y sin embargo, el hacerlo suponía aceptar que se había entregado a una mentira, a una burla fatal y cruel.

Subieron el resto de plantas despacio y en silencio. Llamaron a la puerta y nadie abrió. Bastó una mirada para que Noah se pusiera a forzar la cerradura y, cuando cedió, Mia pudo contemplar con sus propios ojos aquel apartamento cargado de recuerdos.

Horrorizada, constató que faltaban la mitad de las cosas. No solo estaba limpio como una patena, sino que faltaba el televisor, la mesita del sofá, la colección de DVD de lucha, el saco y el equipamiento deportivo, incluso un cuadro y la única foto que Blake tenía enmarcada, una de su sobrina y su hermana. Abrió los cajones de la cocina y también los encontró vacíos a excepción de la cubertería barata; la nevera estaba apagada y no había ni un solo alimento en ella. Lo mismo con el congelador, el bar y la despensa. Mientras lo inspeccionaba todo, Noah estaba ahí de pie, con una expresión compungida que la estaba poniendo frenética.

Al llegar al dormitorio, encontró más de lo mismo. Del armario solo colgaba una única prenda, una camiseta vieja que ella había usado una vez, con el logo de la feria del puerto, una noria y un payaso. Desvió su mirada allí donde habían permanecido las cajas con sus cosas y encontró la esquina tan vacía que no pudo evitar romper en sollozos. No podía ser cierto, no podía creerlo.

Noah entró en la habitación y, sin mediar palabra, la atrajo hacia sí para darle un abrazo. Ella se deshizo de él. Ahora mismo no soportaba que nadie la tocara. Todo lo que había hecho, todo lo que había sufrido, había sido en vano.

Cayó de rodillas incapaz de sostenerse y se llevó las manos al rostro, como si de esa manera pudiera ahogar su llanto.

—Mia... —susurro Noah.

—¡Vete! —chilló ella—. Déjame sola. No puedo...

Le costó varios minutos calmarse. Cuando lo hizo, escuchó que el sonido de su respiración agitada hacía eco en aquella habitación tan sumamente hueca, una maldita metáfora de cómo se sentía. ¿Cuánto dolor más sería capaz de soportar? ¿Es que acaso no había sufrido ya bastante? ¿Por qué le pasaba todo aquello? ¿Qué había hecho mal? Primero su madre, luego Charlotte, ahora Blake. Y lo de Alexander. Ya no quería ser una superviviente, no le quedaban fuerzas. Solo quería cerrar los ojos y desaparecer.

—Vámonos —le dijo Noah con suavidad. Se había acercado pero seguía sin tocarla—. Te llevaré a casa.

La idea de volver a su casa se le antojó desagradable y repugnante. No podía regresar a su prisión. Se consumiría en su propia desdicha. No obstante, no se opuso cuando él finalmente la sostuvo de los brazos y la obligó a enderezarse. Pasó una mano por su cintura y la ayudó a caminar fuera de aquel maldito apartamento. En las escaleras optó por cogerla en brazos como si fuera una niña pequeña. Solo la soltó cuando llegaron al rellano.

El aire frío de la calle no logró despejarla. De repente, unas terribles arcadas la impulsaron a vomitar y corrió al callejón para hacerlo. Apenas tenía nada en el estómago y la fuerza de las arcadas le reventó algunos capilares de la piel. Lo supo por los pequeños pellizcos que notó con cada esfuerzo.

—Quizás será mejor volver al hospital. No estás bien.

Mia asintió. Que la embotaran a calmantes le pareció la idea más maravillosa del mundo. Fue al levantar la vista cuando reconoció saliendo de un contenedor su peluca rosa. Como hipnotizada, caminó hasta allí y lo abrió. Se encontró con todas las cajas repletas de sus cosas, sus vestidos, sus botes de maquillaje para ocultar sus tatuajes, sus pelucas, algún que otro libro, collares, zapatos, incluso sus cuadernos de dibujos. Cogió uno con la mano temblorosa y lo abrió. Había unas diez páginas dedicadas a las expresiones de Blake que tanto adoraba. Aquello le produjo una convulsión y lo soltó de golpe. Entonces una carta cayó de entre sus páginas. Una que no reconoció. Se agachó para mirarla y vio que no tenía remitente, pero sí los sellos de haber sido enviada, desde un lugar cuyo nombre le resultó muy familiar. Era el puto pueblo ubicado al lado de las cabañas donde había visto morir a Charlotte, y la fecha databa del mismo día. Se quedó petrificada.

—¿Qué sucede? —preguntó Noah preocupado—. ¿Mia?

—Es de Charlotte —susurró. La sostenía en las manos como si le quemara. Debía de haber llegado después de que asesinara a ese tipo y Blake la había recogido junto con sus cosas. Había estado todo ese tiempo olvidada en aquellas cajas.

—¿Y no quieres leerla? —se extrañó él.

¿Quería? ¿Debía? El miedo de lo que pudiera encontrar dentro jugaba en su contra. ¿Qué más le tenía preparado el destino? Sus manos decidieron por ella al romper el sobre. En su palma apareció una nota y una llave USB. Extendió el

papel y se dispuso a leer.

Te escribo esto escondida en un puto baño que huele a meados, sudor y colonia barata. Te habría mandado un puto mail, pero Carl dijo que era peligroso. Por lo menos me ha dejado enviarte esto desde el pueblo porque hemos venido a por provisiones y mañana nos vamos. Espero que leas esto antes de ver lo que hay en la USB, porque si no, no te va a hacer ninguna gracia nada de lo que te diga, y quiero que lo haga, porque lo que vas a ver te va a quitar las ganas de sonreír y odio que pase eso. Siempre me ha encantado ver cómo lo haces. Recuérдалo Mía. Por favor.

También quiero decirte que te quiero, que no me olvido de ti, y que en cuanto esto se calme, voy a ir montada en mi Ferrari a buscarte y nos vamos a largar donde quieras y vamos a ser jodidamente ricas, ricas y libres. ¿Me oyes? No dejo de imaginármelo. Va a ser genial. Nada de esto importará entonces.

Se fuerte, pequeña Butterfly. Sé que lo que se te viene encima es muy duro y me duele no poder estar ahí contigo. Pero piensa que la verdad no cambia lo ocurrido, lamentablemente. Ahora solo sabrás que quien creías que merecía tu amor, en realidad merece una bala entre ceja y ceja. Tu padre se encargará de ello. Estoy segura.

Tu ángel de la guarda,
Charlotte.

El grito que escapó de la garganta de Mia hizo eco entre los edificios. Era como si una herida que apenas había sanado hubiera vuelto a abrir, ahora más profunda que nunca. Su amiga no había dejado de quererla. Tenía planeado regresar a por ella. No la había abandonado, se la habían arrebatado. El llanto desconsolado volvió y casi ni fue consciente de que Noah se le acercaba apresuradamente. Se le veía asustado, como si no supiera qué hacer. La joven

Gabrielli dejó caer la carta y él la recogió.

—Dios, Mia, lo lamento, lo lamento tanto. —Dijo después de leerla. Estiró nuevamente sus brazos para abrazarla y esta vez se dejó hacer.

—No puedo soportarlo. No puedo —gimoteó.

—Lo sé. Lo lamento. Lo lamento —repitió él sin dejar de sostenerla. Era como si sus brazos fueran lo único que la mantenía unida, si la soltaba, se desharía en pedazos—. Mia —lo escuchó decir en voz baja—. Hay más aquí.

—Léelo —le solicitó ella. Ella era incapaz de interpretar las letras y necesitaba oír a su amiga, aunque fuera a través de la voz de Noah. El la soltó con cuidado y se sentó a su lado en el suelo, sin importarle que se manchara su traje al hacerlo.

Mia, si lees esto último, he reconocido a tu primo Nico en el pueblo con más hombres. Vienen a por nosotros. Tengo mucho miedo. No sé cómo, pero se han enterado dónde estamos y creo que lo que quieren no es el dinero, es lo que tienes en tus manos. Por Dios, úsalo, deténlos. En cuanto pueda, te llamo. Me da igual lo que diga Carl. Te quiero.

—Tenemos que ver lo que hay ahí —La voz de Noah sonó ansiosa—. Vamos. Mia. Levántate.

La joven cerró los ojos y respiró profundamente. Se obligó a calmarse, porque tanto la actitud de su amigo como las palabras de Charlotte escondían un secreto que estaba oculto en esa llave. Uno que era probable que hubiera estado buscando desde que la había visto morir. Aletargada por tanto dolor, se puso en pie. Noah no la dejó caerse. La dirigió hasta su coche y la metió dentro. Él se subió rápidamente en el asiento del conductor.

—Nico —dijo como una autómatas—. Los hermanos Schmidt, Nico y el desconocido Jack. Esos fueron los que la mataron.

—¿Jack? —preguntó Noah—. ¿De dónde has sacado ese nombre?

Mia esbozó una mueca cargada de desdén.

—De Alexander —Hizo una pausa para tragarse su odio—. Por qué, ¿sabes quién es?

El cuero del volante crujió bajo los dedos de su amigo.

—No —admitió— Pero sé que Hank Schmidt lo mencionó en su declaración. Debe ser un alias. Y Nico... —su respiración se agitó de pronto—. Joder, no podemos precipitarnos con ninguna conclusión aún.

Mia se sumió en un estado mental neutro y no dijo nada más. Ni siquiera podía pensar. Si lo hacía, sufriría una crisis nerviosa. Tenía que mantenerse cuerda para llegar al final de aquel asunto. Por Charlotte, incluso por sí misma.

Noah jamás se habría creído capaz de hacer tanto daño a una persona, y mucho menos a ella. Cuando empezó a construir la mentira, no obstante, lo hizo siguiendo las órdenes de Luca Gabrielli y en ningún momento había considerado que fuera una mala idea. Sin embargo, al ver cómo le había afectado, estuvo a punto de recular. Se consoló pensando que lo superaría. Qué lo de Novak, tal y como había pasado con ese gilipollas de Mike, tarde o temprano también habría sido algo pasajero. Ellos dos eran los que estaban destinados, aunque Mia aún no se hubiera dado cuenta, ¿no?

Lo de Charlotte, en cambio, había sido la gota que colmara el vaso. El grito que había dejado escapar Mia lo había asustado tanto que había creído que iba a explotarle el pecho. Y al leer lo que decía la carta, casi podía estar seguro de que la Costello había encontrado el teléfono con el video del traidor. Habían dado con el puto Santo Grial en un contenedor y estaban a punto de verlo, juntos. El corazón le iba a mil por hora.

El cielo empezó a cubrirse de nubarrones plomizos mientras conducía hasta su bloque. El ambiente estaba sumido en un silencio tenso, más que nada por parte de Noah. Mia parecía haberse abstraído de la realidad que tanto

sufrimiento le había proporcionado. Huesos temía que lo sucedido pudiera haber causado un daño irreparable a su entereza mental. Primero lo de Alexander y ahora esto. Habría vendido su alma al diablo con tal de protegerla de tanto mal.

Cogieron el silencioso ascensor desde el aparcamiento subterráneo hasta su piso. Normalmente, Huesos disfrutaba de las modernas comodidades de su propiedad, pero en ese momento habría preferido que la maquinaria se tambaleara un poco o hiciera algún tipo de ruido para romper el incómodo silencio que se había instaurado entre ambos. En realidad, lo que de verdad quería era abrazarla y no soltarla nunca. Darle todo el consuelo que ella necesitara para que volviera a estar entera. No le importaba que le hubiera amenazado con su propia pistola, tampoco que se hubiera quedado con las balas, ni las cosas que le había echado en cara como que siempre escogía a su padre antes que ella, por muy culpable que le hubieran hecho sentir. Todo lo que había hecho por Mia, lo habría repetido una y otra vez, aunque ella lo odiara por ello. De hecho, ya subido en el avión camino a Dublín, se dio cuenta de que no podía huir. Habían sido las veinticuatro horas más angustiosas de su vida a la espera de coger otro avión que lo llevara de vuelta. Porque no podía dejar el tiempo correr, la necesitaba ya, y estaba claro que ella lo necesitaba a él.

Fue directo a su portátil apenas atravesaron el umbral de su puerta y lo encendió. Mientras arrancaba, sin embargo, fue a la cocina y le trajo a Mia un vaso de agua. Ella no bebió ni una sola gota. Se limitó a quedarse frente a la pantalla, absorta en las luces de colores que proyectaba el inicio del sistema operativo. Lo que sí hizo fue moverse para introducir la llave en la clavija. La carpeta abierta mostró un solo archivo de vídeo. Noah hizo *clic* y empezaron las imágenes.

A juzgar por la calidad, supo que eran cámaras de vigilancia, y no tardó en

identificar que lo que filmaban: era el interior de la casa de Luca Gabrielli. Noah tenía un vago recuerdo de que durante un periodo, los federales habían estado espionando al jefe. Lo había sabido años más tarde, aunque al parecer el mismo Luca estaba enterado de ello mientras se hacía.

Una Mia de quince años apareció en las imágenes mientras se dirigía a la cocina y sacaba una Coca Cola del refrigerador. Llevaba el pelo más largo y recogido en una coleta baja, pero sus rizos le caían desordenados por el rostro. Noah contuvo el aliento, recordaba perfectamente a aquella chica llena de vida que disfrutaba retándolo siempre que tenía ocasión. La que tenía sentada al lado ahora parecía un cascarón vacío en comparación. Sintió que la mano de ella se agarraba a su rodilla, la primera muestra de emoción que hacía desde que había gritado al leer la carta de Charlotte.

—Noah... —susurró con voz helada—. Mira la fecha.

El joven obedeció y un escalofrío le recorrió la columna. Era el día en el que había muerto su madre, Lily.

A continuación, apareció la mujer que en aquel entonces había ocupado el puesto de Dolores en casa de los Gabrielli. Meses después había muerto en un brutal accidente de coche que conducía su sobrino. Noah se sintió mal al no recordar ni su nombre.

Vestida con un uniforme un tanto anticuado, se disponía a cortar unas verduras. Tras ella, apareció un hombre que la abrazó por la cintura. Aunque estaba mucho más delgado y joven, Noah lo identificó como Silvio Gabrielli. El paso del tiempo había hecho bastante mella en su físico.

—Será hoy —le susurró en el oído. Debía haber también algún micrófono escondido porque el audio era perfecto.

La cara de la mujer se contrajo en una mueca de miedo.

—Silvio, no puedo hacerlo —se lamentó—. No se lo merecen.

El rostro del tío de Mia cambió de una expresión melosa a una mucho más

seria y amenazante.

—Claro que puedes. Y vas a hacerlo —ordenó. No había ni rastro de su acento italiano—. Solo tienes que echar el veneno en su copa de Bourbon y seguir con tu trabajo. Es la puta tarea más fácil del mundo.

—Yo...

—¿Acaso no quieres que estemos juntos, Lucía? ¿Que deje a mi mujer por ti? ¿Que vivamos juntos en una gran casa, esta casa? Pues mi hermano nunca lo permitirá. Para él solo eres una sirvienta, pero para mí lo eres todo. Joder. Necesito que hagamos esto juntos.

Noah observó las imágenes con una mezcla de pavor y asco. Siempre había respetado a Silvio, aunque sus maneras y sus formas excesivamente teatrales le habían dado la sensación de una carencia de elegancia total en comparación al resto de los Gabrielli. Tampoco lo consideraba muy astuto, ni inteligente; demasiado temperamental. Al parecer había vivido engañado. Silvio les había mentido a todos con la misma facilidad con la que lo había hecho con aquella mujer, porque estaba más que claro que la había utilizado también. Que ella hubiera muerto en un accidente ya no le pareció algo fortuito.

Desvió sus ojos de la pantalla momentáneamente hacia Mia. Tenía la boca abierta y ni siquiera parpadeaba. En el fondo supo que el haberlo visto con ella estaba siendo una pésima idea después de todo lo que ya había sufrido, pero se encontraba casi tan en shock como la pequeña Gabrielli, y era incapaz de impedirlo. El cambio en los sonidos que provenían de su portátil le hizo regresar la mirada a la pantalla y lo que vio le puso los pelos de punta:

Habían pasado unas tres horas según indicaba la fecha del vídeo, y Luca Gabrielli y su mujer estaban sentados en los sofás del salón, uno frente al otro. Por su actitud, dedujo que estaban discutiendo sobre algo. No parecían muy contentos, ninguno de los dos.

—Quieren conocer a su nieta, Luca —la voz de Lily sonaba casi implorante

—. Solo serían unos meses.

—No me puedo creer que lo estés valorando. Después de lo que intentaron hacer con nosotros. ¿O es que acaso lo has olvidado?

—¡Por supuesto que no! —exclamó su mujer—. Pero es mi familia. Y ha pasado mucho tiempo. Perdonar es de sabios, Luca.

En ese momento entró Lucía con una bandeja que contenía una copa de Martini blanco, un vaso con hielos y la botella de Michter's Bourbon. Ninguno de ellos le prestó la más mínima atención, aunque el ángulo de la cámara permitió que Mia y él fueran testigos de cómo servía el Bourbon y vertía el contenido de una botellita transparente en el vaso. La mano de Mia le apretó tanto la rodilla que Noah tuvo que cambiar de postura.

—Sí me dedicara a perdonar todos los agravios que cometen contra nosotros, no tendríamos nada de esto. —La voz de Luca sonaba cargada de inquina—. Haz lo que quieras, pero no te llevarás a Mia. No quiero que le metan sus malditas ideas clasistas en la cabeza. No la he educado para que sea como ellos.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que conmigo lo hicieron mal? —Lily había alzado la voz. El disgusto de Luca fue claramente perceptible en su rostro.

—No he querido decir eso —se corrigió.

—No puedes prohibirme que venga conmigo, y lo sabes —dijo ella más tranquila—. Tú nunca estás en casa, maldita sea. Son solo dos meses. No te vas a dar ni cuenta.

—Estás siendo injusta. Sabes que si por mi fuera...

—Tenemos todo lo que necesitamos. Pero tú siempre vas a querer más, ¿verdad? Ahora son las nuevas reglas del sindicato, pero, ¿qué será la semana que viene?

—¡Lily! —La reprimió él con los ojos fuera de sus órbitas y se levantó como si tuviera un resorte en el asiento—. No puedo lidiar con esto ahora,

joder.

—¡Luca! —gritó ella indignada, pero su marido ya había abandonado la habitación dando un portazo.

Lily tomó la copa de Martini entre sus manos y con un grito furioso la estrelló contra la chimenea. Durante unos segundos se mantuvo allí de pie, con la respiración agitada y los ojos enrojecidos. Estuvo a punto de hacer lo mismo con el vaso de Bourbon, pero finalmente se lo bebió de un trago.

—No... —Noah escuchó a Mia y se giró para mirarla—. No, no, no...

La grabación volvió a cortarse y durante unos segundos se quedó en negro. Luego volvió a aparecer el mismo escenario, pero con una Lily inerte en el suelo. La Mia adolescente fue la que a los pocos segundos reparó en el cuerpo y se abalanzó sobre su madre para ver qué le pasaba. Noah detuvo el video. No quería que ella volviera a revivir aquel terrible momento.

Huesos dirigió toda su atención a Mia, que respiraba entrecortadamente. Las aletas de la nariz se le habían ensanchado y las manos le temblaban del pánico, como si le hubieran dado un susto de muerte.

Noah soltó todo el aire que había retenido en sus pulmones. El dolor de ella impregnaba todo el ambiente y lo envolvió como si fuera una tormenta de nieve.

—Respira, Mia —dijo al ver que su rostro enrojecía por la falta de aire. Ella trató de hacerlo y buscó el vaso de agua presa de unas violentas convulsiones. No coordinó bien y terminó tirándolo al suelo. El cristal se hizo añicos—. No te muevas —exclamó el joven y se levantó precipitadamente para ir a la cocina a por más. Lo último que necesitaba era que se hiciera aún más daño al cortarse con un puto vidrio. Se abalanzó sobre el fregadero y llenó otro vaso con agua, luego cogió un trapo para poder agarrar los trozos del que se había roto. En ese momento, escuchó la puerta de su apartamento cerrarse de golpe.

Corrió hacia el salón y comprobó que ella ya no estaba. Tampoco las llaves de su coche que había dejado sobre la mesita, ni su teléfono. Soltó una maldición al tiempo que sus piernas se precipitaban a seguirla. En el descansillo vio cómo las puertas del ascensor se cerraban a lo lejos. Eso no le dejó otra alternativa que lanzarse a la carrera por las escaleras. Quince pisos que lo separaban del aparcamiento y compitiendo con un ascensor ultrarrápido del que siempre se había sentido orgulloso.

Le zumbaban los oídos por el esfuerzo y el corazón amenazaba con salirse del pecho. Tenía que impedir que ella cometiera una locura, y era lo que estaba seguro que se disponía a hacer.

Al llegar abajo, la camisa que llevaba se le había convertido en una segunda piel. Lo consiguió al tiempo de ver cómo ella desaparecía quemando llanta con su todoterreno.

Sin teléfono, sin coche, solo con una pistola descargada en la funda bajo su brazo, se dio cuenta de que iba a tener que cometer una estupidez para seguirla; robar en su propia finca. Fue corriendo hacia un coche aparcado, forzó la puerta y realizó un puente, como si volviera a ser un adolescente.

Grandes lagrimones rodaban por las mejillas de Mia. Los dientes le rechinaban y la cabeza le daba vueltas tratando de asimilar todo lo ocurrido de forma desesperada. Había robado el teléfono de Noah y nada más puso sus manos al volante del coche de su amigo, marcó el botón de llamada para avisar a su padre. Los tonos se sucedían una y otra vez por el altavoz sin que nadie le diera una respuesta. Lo último que había sabido era que se había reunido con su tío, el traidor, el asesino de su madre. Su vida podía estar corriendo peligro en ese mismo instante. Quizás incluso llegaba tarde. Su visión se tiñó de sangre al pensar en la posibilidad. Apenas podía distinguir el resto de los coches a través de aquel rojo encendido de su mirada.

Nunca había tenido un temperamento agresivo al volante, excepto en una

ocasión, cuando la vida de Blake corría peligro. Ahora se repetía la misma escena y nadie le cogía el maldito teléfono. Aporreó el claxon con un grito ahogado al ver que un camión le obstruía el paso para dirigirse a las colinas. Siguió haciéndolo y al ver que no se movía y finalmente dio un volantazo, se subió a la acera y se llevó por delante un dispensador de prensa del *Times*. Escuchó cómo se rallaba la carrocería del todoterreno, pero nada de eso consiguió frenarla, y pisó más a fondo el acelerador. Esperaba, por lo que más fuera, que la reunión se estuviera celebrando en su casa. Siempre había sido la tendencia para cuando asistía Silvio, el traidor, el asesino de su madre. Se lo repetía una y otra vez, para que la rabia se apoderara de ella y le permitiera hacer lo que tenía en mente. Aprovechó para abrir la guantera en busca de otra arma. Lamentó el momento en que le había devuelto a Noah la suya. Ahora la necesitaba.

Los papeles del seguro cayeron al suelo, también una botella pequeña de agua y un dibujo que ella le había hecho hacía muchos años. Se lo quedó mirando unos segundos, abstraída en los terribles sentimientos que la dominaban. Había pasado por tanto y en tan poco tiempo, que probablemente ya se había vuelto loca. Le daba igual.

Un repentino grito devolvió su atención de golpe a la carretera y la obligó a frenar en seco. No llevaba cinturón de seguridad y al hacerlo tan bruscamente se comió el volante con la frente. Aquello le arrancó un alarido de dolor. Ni siquiera el *airbag* estaba de su parte.

Alguien palmeó su capó. Levantó la vista y se dio cuenta de que había estado a punto de atropellar a Valerie. Estaba casi a las puertas de su casa. ¿Qué coño hacía ella allí? No tenía tiempo para eso.

—Joder, ¡Dios santo! ¡Butterfly! ¡Casi me matas! —exclamó su amiga en cuanto Mia abrió la puerta del coche.

—Lo siento —dijo la rubia rápidamente. Su mente iba a mil por hora,

necesitaba un arma. Quizás podría hacerse con una en su casa. No, no podía perder el factor sorpresa. Volvió a asomarse dentro del coche y rebuscó bajo el asiento. Nada.

—Tía, ¿Qué coño te ha pasado? ¡Estás hecha mierda! ¡Joder, si hasta te sangra la frente!

Valerie trató de apartarle un mechón de pelo para mirarla, pero Mia la esquivó y fue hacia el maletero. Lo abrió y no pudo disimular su decepción al ver que solo había una caja con productos de limpieza para el coche.

La rabia la llevó a golpear el fondo, acompañando el gesto de una maldición. Sabía que tenía los ojos de su amiga clavados en la nuca, pero seguía sin tener tiempo para eso. Sin embargo, un impulso la llevó a golpear de nuevo y efectivamente se cercioró del sonido hueco. Buscó con las manos, desesperada, alguna ranura y la encontró bajo la caja de cartón. Un doble fondo apareció ante sus ojos con una cantidad de armamento capaz de ensombrecer a un puto agente secreto.

—¡Joder! —escuchó que exclamaba Valerie.

—Tienes que irte —se limitó a decir Mia mientras seleccionaba una Glock y comprobaba que estuviera cargada.

—¿Qué cojones vas a hacer, Butterfly?

Su amiga la miraba con los ojos muy abiertos y las pupilas dilatadas por la sorpresa.

—Vete —repitió la rubia.

Cerró el maletero y se encaminó hacia su casa. Valerie le pisaba los talones.

—Fui a buscarte al hospital, pero no estabas allí. Hay algo que tengo que decirte, joder, espera. —Sintió que su mano agarraba su hombro—. Willy vino a verme. Me dejó el dinero.

Mia se detuvo en seco.

—¿Qué?

—Lo que oyes, joder. No voy a negarte que no me haya sentido tentada a llevármelo todo. Me habéis metido en un buen follón por lo que veo. — Entonces señaló la pistola que llevaba en las manos—. Pero no sabría qué hacer con tanto. Me conformo con el diez por ciento que me ha prometido el chaval. ¿Estás de acuerdo, no?

—¿Qué?

—Joder, es el diez por ciento. No seas avariciosa, coño. Soy tu amiga y me estoy jugando el culo por ti, otra vez —soltó, pero se detuvo cuando Mia le clavó las uñas en los antebrazos—. ¡Au!

—Valerie —susurró la rubia—. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

Su amiga soltó un resoplido.

—Pues de tu parte y la de Blake. Dos millones y medio, si no recuerdo mal. No lo sé, no me he puesto a contar todo. Solo los doscientos cincuenta mil que me tocan.

Mia sintió que el mundo giraba vertiginosamente a su alrededor. Fue como si le hubieran envuelto el cerebro con un alambre de púas que no la dejaba pensar, o más bien todo lo contrario, que la obligaba a hacerlo tan rápido que era incapaz de reaccionar. En consecuencia, se le había desenfocado la visión y sus propios latidos hacían eco en sus oídos. Le costaba incluso controlar su propia consciencia. «No te desmayes», se dijo, «no lo hagas».

—Mi parte y la de Blake —susurró al fin. Noah la había engañado, Noah era otro maldito traidor. Apretó los puños consumida por la rabia y el odio más absoluto. Su padre, su amigo, los dos habían tenido que orquestar la mentira. Y de ser así, ¿dónde estaba Blake? Su mano se asió con más fuerza a la culata de la Glock—. Vete a casa, Valerie. Y quédate el veinte por ciento. Nuestra parte ya pasará a buscarla.

—¿El veinte? ¿En serio? Quizás es mucho. ¿Estás segura?

—Sí —exclamó la rubia. Le daba igual si le hacía lo mismo que Charlotte.

Ahora nada de eso importaba—. Gracias por tu lealtad.

Mia se giró y volvió a encaminarse para su casa. Guardó la pistola tras su espalda y la tapó con el jersey.

—¡Mia! —gritó Valerie antes de irse—. Ten cuidado, ¿de acuerdo? Quiero volver a verte.

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza y desapareció por la pequeña cuesta que daba a la entrada de la casa de Luca Gabrielli.

—Creo que con esto se confirma que los Bondaryenko están con los Costello —comentó Barney. Los hombres de Luca habían descubierto el alijo de armas que habían acumulado los ucranianos sin dar parte y se lo habían robado—. ¿Qué hay de los Nakahara? ¿Sobrevivió alguno?

Sonny negó con la cabeza.

—A menos que la hija de dieciséis años de Ayako asuma el mando, no podemos contar con ellos.

—Asumo que cuando la niña crezca no estará muy contenta con lo que le pasó a su clan. Quizás deberíamos deshacernos de ella —dijo Silvio mientras agitaba el bourbon en su vaso.

—No —negó Luca de forma tajante. Se ocuparía de que a la chica no le faltara de nada y, de ser necesario, él mismo la instruiría para que se hiciera cargo de los negocios de su familia.

—Cuenta con los Noriega y los Santana —añadió Cassandra Dellaney con una sonrisa de autosuficiencia. Conocida como la Bomba, había venido desde Texas para ofrecer apoyo militar. Luca jamás había dudado de su lealtad, aunque en su momento había temido que su breve romance estropeará las relaciones, nunca había llegado a pasar. Era una profesional, una mujer de negocios tan atractiva como despiadada. Por ello dominaba ella sola y casi por entero la zona de los estados del sur.

El sindicato efectivamente había quedado disuelto. O más bien,

fragmentado. Todos ellos estaban uniendo fuerzas para restaurarlo y el primer paso era librarse de aquellos que habían osado destruirlo.

—Los Wang se niegan a participar. Se han declarado Suiza. ¿Qué hacemos con ellos? —preguntó Devin Fitzpatrick, jefe de los irlandeses. Su familia era hasta la fecha la menos influyente y su líder había visto la oportunidad de cambiarlo con la guerra. Se notaba en cada una de sus palabras la ambición por repartirse el botín de los aniquilados.

—Les dejaremos ser Suiza por el momento.

—No me parece buena idea —protestó el Fitzpatrick.

—He dicho que les dejaremos ser Suiza —constató Luca y el irlandés no se atrevió a replicarle de nuevo.

Luca no había hablado mucho, se había dedicado a escuchar lo que todos allí reunidos tenían que decirle y daba pequeñas instrucciones al respecto. Aun así, notaba el agotamiento en cada uno de sus músculos y, aunque deseaba tomarse un receso para ir a ver a su hija, no se mostró impaciente.

Miró la botella de Bourbon con ojos cansados. Quizás una copa le daría un poco de energía para seguir aguantando estoicamente aquella reunión tan importante. Su hermano ya se había servido un vaso a pesar de no ser una de sus bebidas favoritas. Estaba ahí, a su lado, herido, y aunque la mayoría de cosas que salían por su boca eran estupideces que no se había parado a pensar, se sentía orgulloso, sobre todo después de haber comprobado que sus sospechas sobre él eran erróneas. Ahora, más que nunca, lo necesitaba. Se lo había hecho saber con palabras muy edulcoradas para complacerlo y él se había mostrado entusiasmado al respecto. Ya no quedaba ni rastro del enfado que le había supuesto el ser relegado de sus funciones en Europa.

Tenía la botella en la mano cuando esta estalló en pedazos. El líquido aromático se derramó sobre sus pantalones junto a los minúsculos trocitos de cristal a los que había quedado reducida la botella. Levantó la vista con los

ojos desorbitados por la sorpresa y se enfrentó a unos iris verdes, idénticos a los suyos.

—¡Mia! —exclamó estupefacto y alzó las manos para detener a todos los hombres que custodiaban a los reunidos, los cuales ya estaban sacando sus armas.

El pecho de su hija subía y bajaba debido a la respiración agitada. Atónito, contempló cómo desviaba el cañón de su pistola y apuntaba a su hermano. Luca tuvo la sensación de que todo ocurría a una velocidad extremadamente lenta. Fue como si escuchara los latidos del corazón de su hija, el aire que salía y entraba de sus pulmones, la gota de sudor que le resbaló por la frente y se estrelló contra el suelo, hasta el roce de su dedo en el gatillo al presionarlo por segunda vez.

El olor dulce de la pólvora del primer disparo penetró en sus fosas nasales. No estaba preparado para escuchar un segundo, por lo que cuando lo hizo, sus tímpanos recibieron una descarga de dolor. Silvio había acogido la bala en su pecho y un reguero de sangre empezaba a empapar su camisa.

—¡Hijo de puta! —gritó Mia con tanta rabia que la voz sonó ronca y tosca. Disparó dos veces más y, a su lado, el cuerpo de su hermano se sacudió con cada impacto. El vaso que había dejado caer rodó por el suelo.

La mayoría de los presentes se había agachado y se había cubierto la cabeza para dejar que sus hombres los protegieran. Ese pensamiento fue el que empujó a Luca a ponerse en pie, entre la trayectoria de estos y su hija, como un escudo. Fue entonces cuando vio que detrás de ella alguien se acercaba con una pistola en alto. Era Nico, con una expresión de odio grabado en el rostro. En una fracción de segundo supo que, a tal distancia, no llegaría a apartar a su hija de la trayectoria de la bala; la iba a ver morir delante de sus ojos sin poder hacer nada al respecto. Notó una presión brutal en el pecho.

Sus retinas registraron una figura alta en el pasillo. Antes de que Nico

podiera girarse del todo hacia quien le estaba pisando los talones, un estruendo explosivo retumbó por el pasillo y el sobrino de Luca se echó hacia atrás, como si algo lo impactara con fuerza. Se oyó un segundo disparo y Nico cayó al suelo, inmóvil. Noah McKay se acercó a su cuerpo, portando una escopeta recortada que aún humeaba.

Mia bajó su arma, pero no la soltó. Los hombres de Gabrielli se mantuvieron inmóviles, pero los guardaespaldas que cada uno de los presentes se había traído a la reunión no dudaron en apuntar a su hija y a Noah.

—¡No disparéis! —gritó Barney a lo desesperado.

—Joder con tus hijos, Luca —exclamó alguien. Era Cassandra, que había sido la primera en levantarse y se estaba estirando el traje—. ¿Podéis explicaros? No soy muy admiradora de este tipo de contratiempos.

Luca notaba la cabeza pesada, como si tuviera algo dentro que le aporreaba el cráneo, tratando de romperlo.

—Él —gruñó Mia con aquella voz irreconocible—. Mató a mamá tratando de asesinarte a ti. Ella se bebió tu maldito Bourbon, envenenado por tu propio hermano.

—¿Qué? —Aquella capacidad de reacción que le había dado fama se le había ido al traste. Apenas era capaz de pensar.

Mia le lanzó una llave USB que le golpeó en el pecho y pudo atrapar antes de que se cayera al suelo.

—Puedes comprobarlo tú mismo —respondió ella—. Ese malnacido también ordenó matar a Charlotte. Nico participó.

—Es cierto —dijo Noah después de aclararse la garganta—. Lo vimos. Ella lo vio.

—Yo... —Luca estaba conmocionado. ¿Había conseguido su hija finalmente la prueba? ¿Era cierto que su hermano era un traidor? Se tuvo que volver a sentar sobre una silla del mareo que padeció al pensar en Lily. No podía ser,

nada de aquello tenía sentido, había muerto por un ataque al corazón, eso había determinado el forense.

Sus ojos se desviaron a la mancha de Bourbon sobre la alfombra y los cristales brillantes que lanzaban destellos sobre el tejido. ¿Acaso había vuelto a salvarle su hija la vida? Su mirada se dirigió hacia el cuerpo inerte de Silvio. Su rostro se había quedado fijado en una mueca de burla permanente, con la boca entreabierta y los ojos en blanco.

—Don Luca —escuchó decir a su hija. Al girarse, sintió como si unos dedos invisibles le estrujaran el corazón. Mia alzó la pistola y puso el cañón sobre su propia sien—. ¿Qué has hecho con Blake Novak?

Capítulo 45. Ángel vengador

—¿Cuánto tiempo más vamos a tener que quedarnos aquí?

—Hasta que el jefe lo diga.

—Me revienta tener que usar el cagadero de fuera, joder. Puedo escuchar aullar a los lobos y...

—Tío, si una vez más mencionas a los putos lobos, te juro que te encerraré ahí con él. No bromeo.

—Joder, Vic. Joder. Está bien. —El hombre, Tom, obsesionado con lobos y adicto a los cigarrillos mentolados, emitió un resoplido resignado antes de añadir—: Tampoco es como si ese baño fuera la gran cosa.

No lo era. Aparte de la ausencia de luz, la falta total de ventanas, un pobre caño oxidado y un hoyo en el suelo que pasaba por inodoro o autopista de cucarachas, según como uno lo mirara, no había mucho más. La tubería a la que habían esposado a Blake era gruesa y resistente, una de esas que podían soportar una buena carga, como por ejemplo el peso completo de un hombre adulto. Incluso si hubiera estado al cien por cien, le habría sido imposible romperla. Con un brazo fracturado, el simplemente intentarlo le suponía un dolor insoportable. Más útil habría sido arrancarse una mano a mordiscos. Blake lo había considerado, pero también había quedado descartado.

En realidad, cualquier idea que involucrara un escape le parecía inútil. Su nuevo hogar solo tenía una salida que en ningún momento dejaba de ser custodiada por Vic y Tom, cuyas conversaciones eran el único enlace que tenía con el mundo exterior. Había aprendido bastante sobre sus vidas en esos tres días, ¿o quizás eran cuatro? De todas formas, tampoco le brindaban ninguna información relevante. Estaban tan sumidos en la ignorancia como él, y eso le frustraba. ¿Qué planeaba hacer Gabrielli con él? ¿Devolvérselo a los

ucranianos? ¿Venderlo a alguien más? Quizás pensaba que aún podía sacar algo de Blake, o tal vez simplemente quería torturarlo. Era bastante comprensible que quisiera hacerlo. El luchador no podía culparlo.

Cualquiera que fuera la respuesta, no pensaba quedarse a averiguarlo. Solo había una salida concebible de ahí y el azulejo agrietado con el que había dado de casualidad iba a facilitársela. Llevaba unas cuantas horas escarbándolo con las uñas y su trabajo empezaba a dar resultados. Podía sentir que la cerámica se estaba aflojando. Solo un poco más y...

El sonido de un impacto lo hizo detenerse en su tarea. Parecía venir de lejos, como de otra planta o quizás del exterior. ¿Una puerta que se abría de golpe?

—Por fin —dijo Tom.

—Ve a ver quién es, capullo —gruñó Vic y a Blake le llegó un *clic* metálico muy parecido al sonido de un seguro al ser quitado. Se dio cuenta de que no le quedaba tiempo.

«Una mierda», pensó y hundió sus uñas con más ahínco en los bordes de la losa. Luca Gabrielli ya había tenido su oportunidad de acabar con él; si no era lo suficientemente hombre como para hacerlo, Blake le quitaría la responsabilidad de las manos. Sentía las puntas de sus dedos en carne viva pero no dejó que el dolor lo frenara, le quedaba muy poco.

Un repentino tintineo de cerámica resonó por el baño y por un momento su corazón se detuvo. Al siguiente segundo, ya estaba rebuscando por el suelo frenéticamente para dar con aquel trozo afilado que se había ganado, el último fruto de su esfuerzo. Escuchó pasos que se acercaban, pasos apresurados.

«¡No!». Sus manos desesperadas dieron con lo que buscaba. Una absurda sensación de triunfo lo invadió al saberse una vez más dueño de su propio destino. Nadie iba a decidir qué hacer con su vida y su libertad, excepto él. Solo había una persona más a quien había estado dispuesto a entregárselas, y

ella estaba muerta, no iba a regresar, con lo cual, no había razón para soportar lo que fuera que planeaban hacerle. Alzó el pedazo de losa dispuesto a hundirlo en su propia garganta, y en ese momento la puerta se abrió.

La luz de fuera lo cegó completamente. Llevaba días sin verla e hizo que le dolieran los ojos. Sabía que alguien acababa de entrar al baño y, sin embargo, en vez de terminar lo que había empezado y acabar con su maldita existencia, sus instintos, sus putos instintos, lo traicionaron. Levantó aquel ridículo filo improvisado contra quien creía que se dirigía hacia él y gruñó como un felino salvaje que llevaba demasiado tiempo encerrado en una jaula, dispuesto a llevarse con él al depredador que estaba por atacarlo.

—Blake —dijo una voz femenina—. Dios mío, ¡Blake!

Unos brazos le rodearon. Eran suaves, cálidos, y el aroma que llenó sus fosas nasales lo abrumó hasta tal punto que estuvo seguro de haber perdido la cordura. Estaba alucinando. Su mente por fin había colapsado.

Entonces unos rizos suaves le tocaron la mejilla y le hicieron cosquillas. Abrió los ojos de par en par, a pesar del ardor que le provocaba eso, y los clavó en la mujer que se había lanzado a sus brazos.

La imagen que vio hizo que el corazón se le encogiera en el pecho. Estaba pálida como una sábana y, por ello, los moretones que cubrían su rostro y probablemente el resto de su cuerpo resaltaban de una manera chocante. Una venda le cubría la cabeza ahí donde sabía que se la habían abierto y un par de surcos violetas le rodeaban los ojos. Sin embargo, esos mismos ojos ardían con la intensidad incandescente de dos soles verdes y le daban la apariencia fiera de un ángel vengador.

—Mia —exhaló, sin atreverse aún a creerlo—. Mia... —Dejó caer el pedazo de azulejo e intentó mover las manos para tocarla, olvidándose de que estaban esposadas a la tubería. El resultante tirón en su brazo roto lo hizo encogerse de dolor, pero volvió a levantar el rostro para mirarla—. Mia. —

Era incapaz de decir otra cosa que no fuera su nombre y los ojos empezaron a llenársele de lágrimas. Realmente estaba ahí, no había muerto, ¡estaba viva!

La joven estiró las manos hacia sus esposas. Se escuchó un chasquido y sus muñecas dejaron de estar apesadas. Inmediatamente la rodeó con su brazo sano y la presionó contra sí con fuerza, como si tuviera miedo de que se desvaneciera en cualquier momento. Desde luego, era eso lo que temía, y por cada segundo que pasaba en el que ella seguía abrazada a él, su llanto se intensificaba hasta convertirse en sollozos incontenibles.

—Mia... Pensé... Pensé que estabas... —No podía con las emociones que brotaban de él, su alma era una herida abierta que sangraba sin parar.

—Estoy aquí —La voz de ella, la misma voz que pensó que nunca más volvería a oír, le pareció el sonido más hermoso que había escuchado en toda su vida—. Nunca te voy a dejar.

Epílogo

Mia Gabrielli sacó a Blake Novak de aquel pozo de mierda y lo llevó al hospital. Ambos recibieron tratamiento y pocas horas después estaban preparados para ir a buscar el dinero que Valerie había prometido guardar. Encontraron el coche de Novak en el aparcamiento, como por arte de magia. Alguien lo había dejado allí con las llaves puestas. Mia casi tuvo un ataque de risa irónica al pensar en el intento desesperado de su padre por recuperarla. No lo iba a perdonar jamás, no después de lo que le había hecho a Blake. La había perdido, y esta vez, para siempre.

Ella fue la que se encargó de conducir hasta la casa de Valerie. Blake llevaba el brazo enyesado y le habría resultado imposible.

Su amiga los esperaba en el porche y casi no le dio ni tiempo a Mia a que se apeara del coche para saludarla con un efusivo abrazo.

—Te voy a echar tanto de menos, Butterfly —dijo. Mia reprimió un quejido. Aún le dolían ciertas zonas del cuerpo cuando se las rozaban—. Que sepas que te llevas a mi bailarina preferida —le dijo a Blake. Al luchador se le dibujó una sonrisa tontorróna en el rostro.

—Yo a ti también te voy a echar de menos, pero estoy segura de que volveremos a vernos. Esto no es un adiós para siempre, Val.

—Lo sé, lo sé —dijo ella—. No nos pongamos dramáticas.

Entonces le entregó la bolsa.

—Me he quedado el diez por ciento. No necesito más, en serio. Con esto podré hacer todo lo que siempre he querido.

—¿Estás segura? —le preguntó Mia. Valerie asintió. Las dos chicas volvieron a abrazarse. Mia no había sabido apreciar lo amigas que eran; había creído que solo había tenido a Charlotte, y realmente no era así. También se

había despedido de Verónica, quien nunca le había negado su ayuda, y de Carmín. Iba a dejar atrás más de lo que imaginaba, aunque lo que le esperaba era mucho mejor. Tenía a Blake a su lado, ya no tendrían que esconderse e iban a construir una nueva vida, juntos.

De vuelta al coche, Mia abrió la bolsa y sacó unos cuantos paquetes de billetes, que juntos debían de sumar un total de doscientos cincuenta mil.

—¿Crees que tendremos suficiente con esto? —le preguntó a Blake al señalar el montón que había apartado.

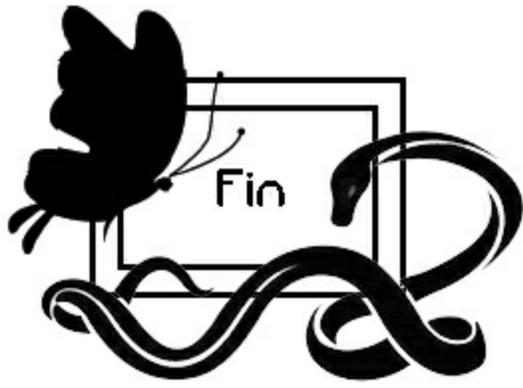
—¿En qué estás pensando?

No le hizo falta contestar. Blake respiró profundamente y entendió lo que quería hacer. Mientras conducía hacia la que hasta entonces había sido su casa, él no apartó la mano de su muslo. La reconfortaba tanto sentir su contacto que su corazón trotaba de felicidad.

Aparcó el coche al otro lado de la verja, sin llegar a entrar en la propiedad. Entonces bajó del Camaro y de un impulso lanzó la bolsa por encima y la vio caer dentro. Luego miró a la cámara que sabía que la estaba enfocando e hizo una peineta.

—Ahí tienes tus dos putos millones, don Luca.

Mia se subió rápidamente al asiento del conductor y pisó el acelerador. Dejaron la ciudad tras ellos y la vieron empequeñecer en el espejo retrovisor. Por delante, un nuevo futuro juntos les aguardaba.



Spotify

Si quieres escuchar las canciones que inspiraron esta novela, puedes hacerlo con la siguiente lista de reproducción de Spotify:

<https://goo.gl/XgUL7A>



Scarlett de Pablo



Nacida en Barcelona, Scarlett es graduada en dirección cinematográfica (ECIB) e Historia del Arte (UB). Después de realizar un máster en Edición (UPF), empezó a trabajar en el mundo editorial.

Autora de la trilogía juvenil Arlia, ya ha publicado dos entregas con Escarlata Ediciones: *Entre mundos* (2015) y *La luz robada* (2016).

Se confiesa una apasionada de la ficción y de las historias de la vida. Por eso le encanta leer, la historia y el cine.

Puedes encontrarla en:

Twitter: @ScarlettdePablo

Facebook: @Scarlett de Pablo

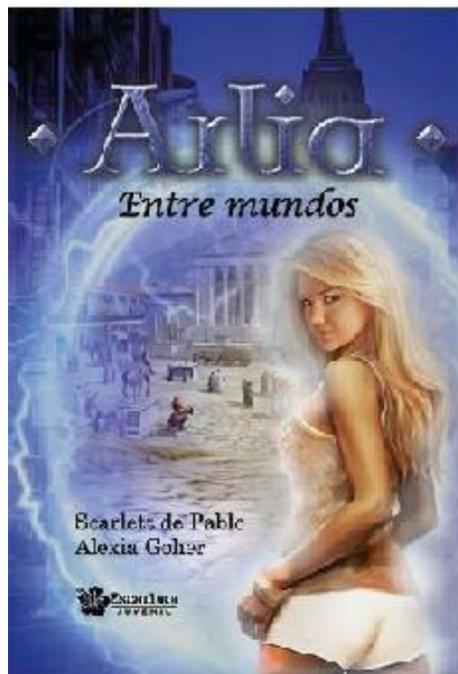
Instagram: @scarlettdepablo

O visitar:

www.scarlettdepablo.com

Otras novelas de la autora

Artia de Scarlett de Pablo y Alexia Gohier

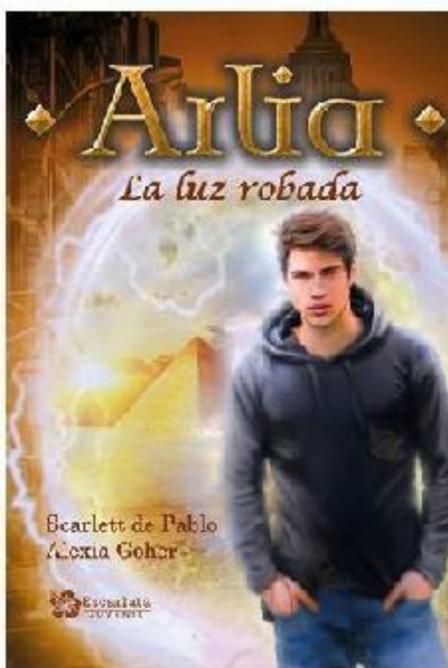


Desde la muerte de su vida, Kirsten Jules ha sentido una atracción innata para los problemas. Estar en el internado de Artia, donde aprende a controlar sus dones sobrenaturales, no iba a cambiar eso.

Un nuevo amigo, un haz de luz, un libro y un poder desconocido arrastrarán a Kirsten a través del espacio-tiempo y la llevarán a la antigua Roma. Allí conocerá a Tacitus, un joven patricio romano que cambiará por completo su forma de ver el mundo y la ayudará a resolver el enigma de unas misteriosas muertes que están teniendo lugar en el internado.

Ha pasado un año desde que Kirsten viajó al pasado. Por otro lado, Justin está tratando de convertirse en un hombre, con todo lo que eso conlleva: responsabilidades, mujeres, proteger a su amiga de cualquier cosa que se le ocurra, hablar egipcio antiguo... ¿Desde cuándo Justin habla egipcio antiguo? Que nadie diga que las visitas al museo siempre son aburridas.

Mientras nuestros increíbles protagonistas se enfrentan en nuevas aventuras, el verdadero monstruo de sus pesadillas acciona: el fin de su niñez, que podría estar llegando mucho más pronto de lo que esperan y de una manera que jamás se podrían imaginar.



Cuando Butterfly conoce a Blake Movak, un luchador de artes marciales, instantáneamente se siente atraída hacia él. Lo que Blake no sabe de ella es que vive una doble vida, y que debajo de eso encanto infantil y las pelucas de colores, está Mia Gabrielli, la hija de un jefe del crimen organizado.

Lo que se suponía que iba a ser solo un encuentro fugaz, se convierte en el comienzo de una aventura peligrosa cuando el robo de dos millones de dólares vuelve a unir sus caminos.

Mia va a tener que enfrentarse a los enredos y engaños tan propios de su familia, cuando su plan de huir y comenzar una nueva vida se vea frustrado. Subestimada desde siempre como la frágil e inocente hija de Luca Gabrielli, su vida empezará a convertirse en un gran torbellino de acción, donde el dinero, el narcotráfico, los asesinatos y las traiciones son el pan cotidiano.

¿Y qué pasa con Blake? ¿Encontrará en él al aliado que tanta falta le hace, o se trata solo de otro cabrón más que la quiere manipular?



Escarlata
EDICIONES

www.escarlataediciones.com



P.V.P. 12,90 €